TUS LIBROS

CUENTOS COMPLETOS

Wilhelm Hauff

Lectulandia

Sorprende tanta actividad en tan corta vida. Hauff murió sin haber cumplido los veinticinco años, y aún tuvo tiempo de doctorarse en Filosofía y Teología; escribir tres novelas largas y otras seis cortas; poesías, artículos, críticas, charlas, media docena de sermones… Y, por supuesto, los tres *Almanaques de cuentos*. Todos ellos han quedado recogidos en esta edición. Se abre con «El Califa Cigüeña», un cuento que de seguro nadie ignora. Se cierra con «El corazón frío», inexplicablemente menos conocido, a pesar de la hermosa película que hizo Paul Verhoeven hace cincuenta años. Un cuento del que diría Hugo von Hofmannsthal que era el mejor de toda la literatura alemana.

Wilhelm Hauff

Cuentos completos

Tus libros - 161

ePub r1.0
Karras 20.02.2020

Título original: *Märchen für Söhne und Töchter gebildeter Stände*
Wilhelm Hauff, 1832
Traducción: Elena Bombín Izquierdo
Prólogo: Luis Alberto de Cuenca
Apéndice: Alfredo Arias
Ilustraciones: Alicia Cañas Cortázar

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Cuentos completos
Prólogo
La narración almanaque
Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas para el año 1826
- La caravana
- Historia del Califa Cigüeña
- Historia del barco fantasma
- Historia de la mano cortada
- El rescate de Fátima
- Historia del pequeño Muck
- Historia del falso príncipe

Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas para el año 1827
- El jeque de Alejandría y sus esclavos
- El enano Narizotas
- Abner, el judío que no había visto nada
- El mono hombre
- Historia de Almanzor

Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas para el año 1828
- La posada de Spessart
- La leyenda del florín del ciervo
- El corazón frío
- La suerte de Said
- La gruta de Steenfoll
- El corazón frío

Apéndice
Bibliografía
Sobre el autor
Notas

WILHELM HAUFF (1802-1827)

La presente edición es traducción directa e íntegra del original alemán publicado en tres almanaques con los títulos de *Märchen-Almanach auf das Jahr 1826, für Söhne und Töchter gebildeter Stände. Herausgegeben von Wilhelm Hauff*, editado por la imprenta y editorial de la librería de J. B. Metzler, Stuttgart, 1826, y *Mährchcnalmanach für Söhne und Töchter gebildeter Stände auf das Jahr 1827 herausgegeben von Wilhelm Hauff* y *Mährchenalmanach für Söhne und Töchter gebildeter Stände auf das Jahr 1828 herausgegeben von Wilhelm Hauff*, ambos publicados por Franckh Hnos., Stuttgart, 1827 y 1828, respectivamente. Los tres almanaques fueron recogidos por primera vez en un solo volumen en 1832 con el título de *Märchen für Söhne und Töchter gebildeter Stände*.

Las ilustraciones, originales de Alicia Cañas Cortázar, fueron realizadas para la edición de Cuentos completos publicada por Anaya en 1994.

Prólogo

Wilhelm Hauff nació el 29 de noviembre de 1802 en Stuttgart, capital desde 1482 del estado ducal de Württemberg. Moriría el 18 de noviembre de 1827 en la misma ciudad. Stuttgart era en aquella época un importante centro intelectual en el que se había desarrollado la conocida escuela literaria de Suabia, a la que pertenecieron entre otros Ludwig Uhland (1787-1862) y Gustav Schwab (1792-1850), con quienes Hauff mantuvo una afectuosa amistad (de hecho, sería Schwab quien, en 1830, se encargase de editar las obras completas de Hauff en treinta y seis volúmenes).

La familia de Wilhelm pertenecía a la vieja burguesía de Württemberg. Funcionarios públicos, juristas y clérigos se contaban entre sus antepasados. Su abuelo, el abogado Johann Wolfgang Hauff, había adquirido renombre por su defensa a ultranza de la Constitución en los tiempos absolutistas del duque Carlos Eugenio (1737-1793). Su padre, el también abogado August Friedrich Hauff, se distinguió asimismo por su oposición al régimen establecido, lo que hizo que pasara algún tiempo de su juventud en la cárcel del Estado; la injusta condena y las duras condiciones de la prisión dañaron seriamente la salud de August Friedrich, que falleció el 1 de febrero de 1809, a los treinta y siete años. Wilhelm heredaría de él su independencia y su amor a la libertad.

A la muerte de su padre, Hauff se fue a vivir a Tubinga con su madre y sus tres hermanos (un varón y dos niñas), a casa de sus abuelos maternos. Wilhelmine Hauff (Elsasser de soltera) era una mujer dotada de una gran fantasía, sin rival a la hora de imaginar historias y de contárselas a sus hijos. Wilhelm encontraría en la nutrida biblioteca de su abuelo una auténtica mina que explotar como lector. En 1817 ingresó como becario en el seminario evangélico del monasterio de Blaubeuren, uno de los típicos internados de Württemberg, donde recibió una sólida formación humanística, especialmente en Filología Clásica.

Entre 1820 y 1824 Hauff cursó, sin problemas en el rendimiento académico, pero también sin demasiado interés, estudios de Teología y

Filosofía en la universidad protestante de Tubinga. Se doctoraría en 1825. Eduard Mörike, Wilhelm Waiblinger y Ludwig Bauer se hallaban por aquel entonces en la misma universidad, pero Hauff no tuvo, que sepamos, el más mínimo contacto con ellos. Entre los poetas jóvenes de Suabia, Hauff no pintaba nada. El hecho de que escribiera casi exclusivamente prosa de ficción —sólo compuso algunas poesías, y de carácter popular— contribuyó a su marginaron. En el Württemberg de la primera mitad del siglo XIX, el que quería oficiar de escritor y ser reconocido como tal tenía que escribir poemas u obras dramáticas. A Hauff le horrorizaba la idea de tener que cultivar a la fuerza determinados géneros para ganarse un puesto en la literatura suaba de su tiempo. Su ambición lo llevaba a buscar un reconocimiento universal.

Al finalizar sus estudios, Hauff, que nunca quiso ser pastor y acceder a una rectoría, obtuvo un empleo en Stuttgart como profesor particular. Desde octubre de 1824 hasta comienzos de 1826 trabajó como preceptor de los hijos del general von Hügel, aristocrático personaje de la más rancia estirpe württemberguesa, lo que le dio ocasión de codearse con la gente más distinguida de la ciudad. Por lo demás, las clases le dejaban el suficiente tiempo libre para dedicarse a escribir. La madre de sus alumnos y segunda esposa del general, cuyo apellido de soltera era Gemmingen, había heredado el castillo de Guttenberg, a orillas del Neckar, y allí pasaron Hauff y su familia el verano de 1825. Parece que fue la señora von Hügel la responsable de que se publicaran los cuentos que Wilhelm contaba a sus hijos, pues lo animaba constantemente a hacerlo. Para Hauff, sin embargo, aquellos cuentos que luego le darían tanta fama no significaban gran cosa en su carrera literaria.

En ese mismo año de 1825 había escrito unas magníficas *Memoiren des Satan* («Memorias de Satán»), editadas en 1984 por Bernhard Zeller, máximo especialista actual en Wilhelm Hauff. El modelo de esas *Memorias* era, sin duda, *Los elixires del diablo*, del maestro E. T. A. Hoffmann. Inmediatamente después redacta, no sabemos si en broma o en serio, *Der Mann im Mond oder Der Zug des Herzens ist des Schicksals Stimme* («El hombre en la Luna o El impulso del corazón es la voz del destino»). Cuando Hauff publica esa novela humorística o sentimental (en Stuttgart y en la imprenta y casa editorial de los hermanos Franckh), no la firma con su nombre, sino con el seudónimo de H. Clauren, anagrama de Carl Heun, un autor de novela popular que, como Heinrich Clauren, era muy célebre y leído entonces. Se perseguía el escándalo y éste se produce: los hermanos Franckh pierden el proceso por infracción de

las leyes de prensa entablado por Clauren y tienen que retirar de las librerías la edición íntegra de la novela.

Quizá su obra más famosa —o, por lo menos, junto a los *Cuentos*, la más acorde con el gusto contemporáneo— sea *Lichtenstein*, una novela escrita al estilo de las de Walter Scott, que sitúa a Hauff, al lado de Achim von Arnim y Willibald Alexis, como fundador de la narrativa histórica en Alemania. La concibió durante su época de preceptor en casa de la familia von Hügel, la escribió con increíble rapidez en el invierno de 1825-1826 y la publicó inmediatamente después (1826, tres volúmenes).

En la primavera de 1826 realiza Hauff el *groβe Tour* o «gran excursión», esto es, el viaje cultural que solían hacer los jóvenes cultos de aquella época. Pasa el comienzo del verano en París, visita después Normandía y Bélgica y de ahí se traslada a Gotinga, Bremen y Berlín, muy satisfecho de la notoriedad que sus primeros escritos le han proporcionado. Empieza entonces a relacionarse con la *élite* literaria de su tiempo, visitando a Alexis, Fouqué y Chamisso en Berlín y a Ludwig Tieck en Dresde. *Die Phantasien in Bremer Ratskeller* («Fantasías en la cantina municipal de Bremen»), de 1827, es un delicioso librito basado en recuerdos de viaje escritos durante su estancia en Bremen; se cuentan entre lo mejor de la obra hauffiana.

Debido a su creciente y rápida fama, el editor Cotta le confía, a partir del 1 de enero de 1827, el cargo de redactor de las páginas literarias del *Morgenblatt*, el periódico más prestigioso entonces de Alemania. Este puesto fijo hace posible su enlace matrimonial, tras largo noviazgo, con su prima Louise Hauff. Las secciones fijas que lleva en el periódico —«Fantasías y esbozos», «Los libros y los lectores», «Horas de ocio junto a la ventana»— revelan en él a un prosista sumamente ingenioso, costumbrista cuando hay que serlo, irónico a veces, frívolo siempre y más en materias de crítica literaria.

Nadie diría que Hauff ha entrado en el último año de su vida. Se acaba de casar, tiene un trabajo estable, su agenda está cuajada de compromisos. Por ejemplo: le encargan reunir en tres tomos —que no aparecerían sino póstumamente, en 1828— sus *Novellen*, narraciones que, publicadas originariamente en distintas revistas, abordan temas de actualidad y llevan títulos como «La mendiga del Pont-des-Arts», «Süβ, el judío», «El retrato del emperador», «La cantante», «Los últimos caballeros de Marienburg»…

Entonces, cuando la vida más lo necesita, Hauff contrae una enfermedad mal diagnosticada cuyos rapidísimos avances hacen inútil la ofensiva médica (*Nervenfieber*, fiebre nerviosa, se dijo que tenía). El 18 de noviembre de

1827, poco antes de cumplir veinticinco años, unos días después del nacimiento de su primer y único vástago —una niña—, Wilhelm Hauff se despide de este mundo. Aún está en pie su tumba, en el cementerio de Hoppelau, en Stuttgart. Aún está en pie, sobre todo, su obra, una obra narrativa que permanece tanto en la memoria de sus contemporáneos como en la de las generaciones posteriores, jugando al escondite con la muerte y fascinando a los niños y adultos de ayer, hoy y mañana con la magia de su escritura.

* * *

Los *Cuentos* de Hauff pertenecen, como los de los hermanos Grimm, al tesoro familiar de la cuentística alemana. Son, claro está, «cuentos artísticos» (*Kunst märchen*), no «cuentos populares» (*Volksmärchen*), si nos guiamos por la clasificación de E. T. A. Hoffmann. Cuentos como «Historia del Califa Cigüeña», «El enano Narizotas» o «Historia del pequeño Muck» figuran entre los más famosos cuentos de Alemania. Wilhelm Hauff publica sus *Cuentos* en tres almanaques. Estos *Marchen-Almanache* o «Almanaques de cuentos» aparecen en Stuttgart, editados por J. B. Metzler, en 1826 (aunque había ejemplares en noviembre de 1825), y por los hermanos Franckh en 1827 (pero vio la luz a finales de 1826) y 1828 (póstumo), y van destinados «a hijos e hijas de clases cultas» («*für Söhne und Töchter gebildeter Stände*»), en todo caso a chicos y chicas de doce a quince años, como escribe el propio Hauff en carta al editor Metzler. Cada uno de esos almanaques contiene de cuatro a seis cuentos ligados entre sí por un relato-marco. Conozco una impecable edición moderna de los *Märchen* completos de Wilhelm Hauff: la llevó a cabo el citado Bernhard Zeller en dos volúmenes ilustrados (Francfort, Insel Taschenbücher, 1976), con interesantísimo estudio al final del segundo tomo.

El primer ciclo narrativo, *La caravana* (*Die Karawane*), comprende seis cuentos narrados por un caballero de Bagdad, Selim Baruj, y por cinco mercaderes, durante un descanso en mitad del desierto de la caravana de que forman parte. La narración más conicida de este grupo es «Historia del Califa Cigüeña» («*Die Geschichte vom Kalif Storch*»), sobre un califa convertido en cigüeña que, tras muchas vicisitudes, vuelve a su forma de hombre.

El segundo. *El jeque de Alejandría y sus esclavos* (*Der Scheik von Alessandria und seine Sklaven*), abarca seis cuentos narrados al jeque Alí Banu por sus esclavos, a quienes libera el duodécimo día del Ramadán para

implorar de Alá el regreso de su hijo Kairam, que le había sido arrebatado por los francos.

El tercero y póstumo, *La posada de Spessart* (*Das Wirtshaus im Spessart*), se compone de cuatro cuentos narrados por cuatro jóvenes viajeros reunidos por azar en torno al fuego de una posada situada en el corazón de un bosque de la región de Spessart, donde se habían extraviado al hacerse de noche. El cuento más bello de este grupo es, sin duda, «El corazón frío» («*Das kalte Herz*»), en que se narra el encantamiento que padece Peter Munk por obra y gracia de los duendes que habitan la Selva Negra; de este cuento decía Hugo von Hofmannsthal que era el mejor de la literatura alemana.

La idea nuclear de que los cuentos deben ser dichos y oídos, y no sólo escritos y leídos, queda suficientemente subrayada por la existencia de esa narración-marco de la que surgen, como ramas de un tronco, los distintos relatos. Hay personajes del relato-marco que son susceptibles de ser identificados con personajes de los cuentos ligados entre sí por el relato-marco, lo que confiere más verosimilitud a lo narrado. El desvanecimiento de los límites —recuérdese la técnica leonardesca del *sfumato*— que separan la realidad del mundo irreal de los cuentos aumenta la sensación de verosimilitud y credibilidad que éstos transmiten y mantiene suspensa y fascinada la atención del lector. Hauff adopta, pues, una técnica narrativa de antiquísima tradición que cuenta, por lo tanto, con numerosos modelos. Pero posee, también, unas dotes narrativas personales fuera de lo común y ese gusto por fabular y por improvisar que sólo está al alcance de los grandes autores del género.

De muchacho —lo cuenta su sobrino Julius Klaiber— le gustaba mucho contar cuentos e historias a sus hermanitas pequeñas. «Por las tardes reunía a sus dos hermanas —que, unos años menores que él, le tenían un gran cariño — y a sus amigas favoritas en una habitación apartada e iluminada sólo por la débil luz que se filtraba a través de un ventanuco. Allí, al amor de una mística semioscuridad, rodeados de trastos y ropas viejas, les contaba él los cuentos e historias que se le habían ocurrido a la luz del día y en el banco de la escuela, y disfrutaba lo indecible ante el aplauso de su auditorio, cuyo entusiasmo llegaba a la cumbre cuando introducía en la narración personajes reales conocidos de todos e imitaba su voz y sus gestos, disfrazándose con los trapos que había en la habitación».

Estos cuentos más o menos fantásticos acaso no reflejen la verdadera personalidad artística de su autor, de inspiración claramente realista y humorística, pero han contribuido a fijar el imaginario colectivo de muchas

generaciones alemanas. El hecho es que no es fácil situar a Hauff dentro de una determinada escuela o tendencia literaria. El Romanticismo *stricto sensu* no satisface las exigencias mentales de Hauff, ni como hombre ni como escritor. Existen sustanciales diferencias entre la vida de Hauff y una vida romántica (como, por ejemplo, la de E. T. A. Hoffmann). Tampoco participó nunca Hauff de la ironía propia de los románticos.

El componente satírico de su carácter y de su obra remite más bien al siglo XVIII, y su manera de narrar apunta al Realismo que vendrá después del Romanticismo. La mayor parte de su obra literaria podría muy bien haber sido escrita en la época realista, pero sus *Cuentos* tienen mucho que ver con la tendencia prerromántica. Entre la literatura de la Ilustración y el Realismo de la segunda mitad del siglo XIX se da en las letras württemberguesas una especie de continuidad. De cualquier forma, Hauff se resistió siempre a ser clasificado, como puede verse en una carta fechada a 27 de abril de 1827 y dirigida a su amigo Hofrat Winkler, que lo había tildado de «tieckiano»:

> *Sólo soy un pobre hombre que intenta abrirse paso con su pluma; pero tengo a gala que siempre late y latirá la libertad en mi interior, guiando mis pensamientos y mis acciones. Ni soy miembro de escuela alguna ni me debo a ningún maestro. El único amo al que debo respeto y obediencia son las eternas leyes de la bondad y la belleza, solas normas a que me atengo. Puede que mi forma de escribir tenga que ver con las grandes figuras de mi tiempo, pero mi espíritu no es goethiano, ni tieckiano, ni schlegeliano, ni de nadie que no sea yo mismo.*

En cierto sentido, Hauff encarna el tipo moderno del escritor que vive del periodismo y que, por tanto, debe reunir las siguientes características: agilidad, sentido de lo actual y «gancho» descriptivo. Su literatura se nutre de la experiencia y de la observación de los temas y los problemas cotidianos, al mismo tiempo que de las importantes reservas literarias que su condición de impenitente lector le proporciona. Capacidad de trabajo, una inteligencia despierta y una imaginación extraordinariamente viva se combinan en él de una manera muy peculiar. La inteligencia lo conduce al realismo y a la sátira y a los temas de actualidad; la fantasía, por su parte, lo lleva a un universo de misterios y maravillas, donde se han abolido las leyes de la Lógica y gobiernan las fuerzas anárquicas del sueño.

Allí donde se unen la fantasía y la inteligencia, donde se interpenetran el mundo de la realidad y el reino del misterio, la maravilla y el enigma, es donde Wilhelm se sitúa para ofrecernos lo mejor de su arte narrativa. Verdad es que sus cuentos brotan de la fuente inextinguible de su fantasía personal, pero no hay que olvidar que Hauff tiene también sus modelos, tanto en las

letras alemanas como fuera de ellas, sobre los que basarse de forma libre y creadora, desarrollándolos e interpretándolos a placer hasta forjar historias de cuño propio y personajes nuevos surgidos de su propia imaginación.

Las fuentes que Hauff utiliza y aprovecha son, fundamentalmente, *Las mil y una noches*, cuya primera traducción alemana íntegra apareció en 1823, precisamente en Stuttgart; unas *Mil y una noches* que, a partir de la versión francesa de Galland, influyeron muchísimo en la literatura europea dieciochesca y prerromántica: piénsese en *Le sofa*, de Crébillon hijo; en el *Vathek*, de Beckford, o en el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Potocki. Junto a la compilación oriental, Wilhelm tiene presente el inagotable filón de los cuentos populares, sobre todo los *Cuentos de niños y del hogar*[1] (1812-1815), de los hermanos Grimm, y también la riquísima veta de los «cuentos artísticos» o *Kunstmärchen* escritos por los cuentistas franceses de los siglos XVII y XVIII y por los alemanes de comienzos del XIX —Hoffmann, Tieck, Brentano, Jean-Paul…—, cuya forma y contenido se sitúan en la estela de los cuentos tradicionales.

Pondré algunos ejemplos: en «Historia del Califa Cigüeña» se advierte la presencia de la «Historia del rey papagayo», de *Las mil y una noches*; la historia del barco fantasma es una ingeniosa adaptación del motivo utilizado más tarde por Wagner en su ópera *El holandés errante*; «El corazón frío» se basa en una leyenda de la Selva Negra; «Abner, el judío que no había visto nada» es la libre adaptación de un capítulo del *Zadig*, de Voltaire, y «La gruta de Steenfoll» se basa en un relato de los *Tales of a Voyager to the Arctic Ocean*, de Robert Pearce Gillies (1788-1858), aparecidos en 1826 y traducidos al alemán (por Eduard von Bülow) un año después. Pero Hauff sigue a sus modelos libremente, sirviéndose de ellos para crear un producto narrativo en el que lo propio y lo ajeno se funden en un mismo crisol, dando lugar a una historia nueva y original que desde su primera frase subyuga la atención del oyente o lector.

Los *Almanaques de cuentos* de Hauff contenían algunos relatos no susceptibles de ser incluidos en la categoría de cuentos (*Märchen*). En el relato-marco del segundo almanaque, el mismo autor explica la diferencia que existe entre el cuento propiamente dicho y esos textos, «que suelen llamarse —dice Wilhelm— historias». Las historias, escribe, «suceden en el mundo real, y lo maravilloso en ellas consiste en la sucesión de lances de fortuna de un hombre que se vuelve rico o pobre, feliz o desgraciado, debido al mero azar o al encadenamiento de las circunstancias, sin que en ese proceso intervengan fórmulas mágicas, maldiciones de brujas o caprichos de hadas».

Lo inusual y lo extraordinario son, pues, rasgos comunes a ambas formas narrativas, pero lo extraordinario en los cuentos se debe a la intervención de fuerzas preternaturales, mientras que en las historias el suceso sorprendente e insólito que acaece se rige por las leyes de la naturaleza.

Cuando Hauff, en el verano de 1826, envía desde París a la editorial Franckh de Stuttgart el manuscrito de su segundo *Almanaque de cuentos*, adjunta una nota en la que comunica a sus editores que en el envío iban dos cuentos y dos historias. Una de las historias, «*Der Affe als Mensch*» («El mono hombre»), inspirada en las *Fantasías a la manera de Callot*, de E. T. A. Hoffmann, es una sátira de un cuerpo de baile, muy conocido en la época, en el que un mono llamado Joko —acaso el gran Hergé le rindiera homenaje al llamar Jocko al simpático chimpancé de su tebeo *Jo, Zette et Jocko*— representaba el papel principal. A este segundo almanaque se añadieron, para que tuviese la extensión acostumbrada, cuatro textos que no eran de Hauff: «*Der arme Stephan*» («El pobre Stephan»), un cuento del württembergués Gustav Adolf Schöll (1805-1882), arqueólogo y crítico de arte; «*Der gebackene Kopf*» («La cabeza asada»), episodio perteneciente a la traducción alemana (por Rudolf Wald: Leipzig, 1824) de las *Adventures of Hajji Baba of Ispahan*, novela de James Justinian Morier (1780-1849), y, por último, dos cuentos de Wilhelm Grimm, «*Das Fest der Unterirdischen*» («La fiesta del infierno») y «*Schneeweißchen und Rosenrot*» («Blancanieves y Rosarroja»).

Cuentos e historias figuran juntos en los almanaques. Junto a relatos claramente fantásticos, aparecen otros —como la espléndida «Leyenda del florín del ciervo»— que, desarrollando un suceso fuera de lo común, son sólo extraordinarios en la medida en que lo es la concatenación de azares reflejada en sus páginas. La principal virtud del narrador es trasladar el mundo real al de los cuentos y viceversa, mezclando fantasía y realidad para mayor disfrute del oyente o lector.

El enorme atractivo de los *Cuentos* de Hauff reside en el poder de fascinación de sus temas y en la naturalidad, ligereza y desenvoltura de su estilo literario (se diría al leerlo que uno tiene delante al propio Wilhelm, arrellanado en una butaca, y que está charlando con él, como en una tertulia). Pero los *Cuentos* de Hauff también son inmortales por el mensaje moral —la moraleja— que transmiten. Su código de valores corresponde al de la burguesía triunfante y ha de fundarse, por lo tanto, en la búsqueda del éxito, un éxito que no consiste sólo en la obtención de un *status* social, sino también, y sobre todo, en la adquisición de una conciencia limpia y satisfecha por medio de las buenas obras. Y eso, ¿cómo se logra? Pues con fuerza moral,

la única arma que tiene el héroe para superar cuantas pruebas se le presenten. En cuanto al malvado, recibirá el castigo que sus malas obras merecen. La intención pedagógica de Hauff es innegable.

* * *

Pinocho fue, en los años veinte, la mejor revista infantil y juvenil que se publicaba en España. Estoy seguro de que todos los españoles mayores de setenta años la recuerdan. Afortunadamente mis padres conservaron los *Pinochos* de su infancia, lo que hizo que también formaran parte de la mía. Junto a los nacionales «Pinocho», de Bartolozzi, y «Currinche y Don Turulato», de K-Hito, concurrían en sus páginas los personajes más relevantes del cómic norteamericano: «La tormenta y el ciclón, o hazañas de Tin y Ton» (delirante título que enmascara a los *Katzenjammer Kids*, de Rudolph Dirks), «Colorín y su pandilla», «Gato Morronguis, gato travieso» (*Félix the Cat*, de Sullivan), «Anita buen corazón» (la celebérrima *Annie*) y muchos más. Pues bien, había en *Pinocho* una sección teatral que ofrecía, a lo largo de varios números, el texto de una pieza teatral en página impar, así como unos deliciosos recortables de sus escenarios y *dramatis personae* en página par; dentro de esa sección apareció una adaptación escénica de «Historia del Califa Cigüeña». Fue mi primer contacto con un cuento de Hauff.

Volví a tropezarme con Hauff en un *Libro de cuentos ilustrado* (publicado, sin nombre de autor, en Urberach, Hessen, por Anton Appelmann hacia 1950), que incluía «Historia del Califa Cigüeña», «Historia del barco fantasma», «Historia del pequeño Muck», «Historia del falso príncipe» —los cuatro pertenecientes al primer *Märchenalmanach*— y «El enano Narizotas» —del segundo—, con diez maravillosas láminas en color de Gertrude Hecht-Appelmann.

Mi tercer encuentro con Hauff fue un homenaje: el capítulo XXV de mi libro *Museo* (Barcelona, Antoni Bosch, 1978, páginas 195-209) se titulaba «La aventura» y albergaba una traducción mía de «El barco fantasma», basada en dos ediciones alemanas: la exenta de *Das Gespensterschiff* publicada en Munich por Heyne en 1976, y la mencionada edición colectiva de los *Märchen* en dos volúmenes a cargo de Bernhard Zeller (volumen I, páginas 41-57).

En 1988, Emilio Pascual me regaló, tal vez pensando ya en esta primera traducción completa en español de los *Cuentos* de Hauff, una preciosa edición

parcial de los *Marchen* (Weinheim, Beltz & Gelberg, 1986), con estupendas ilustraciones a todo color de Helga Gebert e interesante apéndice de Hans-Joachim Gelberg. Por esa edición me enteré de que mi admirado Alfred Kubin ilustró con sus característicos dibujos a pluma los *Cuentos* de Hauff en 1911 (¡quién pillara ese libro en el mercado!).

Un año después, en 1989, aparecía la *Historia del Califa Cigüeña y otros cuentos* (Palma de Mallorca, José J. de Olañeta), en traducción y prólogo de la llorada Carmen Bravo-Villasante. Se trata de la traducción íntegra del primer *Märchenalmanach* (1826), con su atractivo prólogo «La narración almanaque». Leí ese libro cuando vio la luz. Fue mi último contacto con Hauff antes de redactar estas líneas previas a la edición definitiva de sus *Cuentos* en nuestra lengua.

Wilhelm Hauff vuelve a visitar, espléndidamente ilustrado por Alicia Cañas Cortázar, las bibliotecas públicas y privadas del mundo de habla castellana, invitándonos a viajar con él al reino de la fantasía, donde hay bazares en penumbra, misteriosos enanos, sastres que se convierten en príncipes y soberbios palacios orientales, donde el lector se adentra en un bosque de mitos que es, también, el jardín donde Bondad y Belleza tejen sus luminosas y alegres leyes. Sin *Cuentos* como los de Hauff, este mundo real en que habitamos se habría muerto de tristeza y aburrimiento.

Luis Alberto de Cuenca

La narración almanaque[2]

En un hermoso reino lejano, del que se dice que el sol nunca se pone en sus jardines eternamente verdes, reinaba desde el principio hasta hoy la reina Fantasía. Desde hacía muchos siglos, derramaba a manos llenas sobre los suyos la plenitud de sus riquezas, y era querida y honrada por todos los que la conocían. Sin embargo, el corazón de la reina era demasiado grande para limitarse a favorecer a su país. Con el ornato real de su eterna juventud y belleza, descendía a la Tierra, pues había oído decir que allí viven hombres que llevan una vida triste, entre fatigas y padecimientos. A éstos les había traído los más bellos dones de su reino, y desde que la hermosa reina pasaba por los campos de la Tierra, las gentes permanecían contentas en su trabajo, más alegres dentro de su seriedad.

También a sus hijos, no menos hermosos y amables que su real madre, los envió para hacer felices a los hombres. En una ocasión en que Narración[3], la hija mayor de la reina, había regresado de la Tierra, la madre advirtió que su hija estaba triste; incluso le pareció en algunos momentos que tenía los ojos llorosos.

—¿Qué tienes, querida Narración? —le dijo la reina—. Desde tu viaje estás triste y deprimida. ¿No quieres confiar a tu madre qué añoras?

—¡Ah, querida madre! —respondió Narración—. No habría callado tanto tiempo si no supiera que mi pena es también la tuya.

—Continúa hablando, hija mía —rogó la hermosa reina—. La pesadumbre es una roca que aplasta a uno solo, pero dos la apartan fácilmente del camino.

—Si así lo deseas —respondió Narración—, escucha: ya sabes con qué placer frecuento el trato de la gente, la alegría con que me sentaba delante de la choza de los más pobres para charlar con ellos una horita después del trabajo; por otra parte, me ofrecían enseguida su mano saludándome cuando llegaba, y cuando seguía mi camino me miraban sonrientes y contentos. ¡Sin embargo, en estos tiempos ya no es así!

—¡Pobre Narración! —dijo la reina acariciándole la mejilla, que humedecía una lágrima—. ¿No es posible que sean imaginaciones tuyas?

—Créeme —respondió Narración—, me doy cuenta perfectamente de que ya no me quieren. En todos los lugares a los que llego me reciben con miradas frías, en ninguna parte se me considera ya bien; incluso los niños, a los que siempre he querido tanto, se ríen de mí y vuelven la espalda precozmente.

La reina apoyó la frente en la mano y guardó silencio reflexionando.

—¿Y a qué puede deberse —preguntó la reina— que la gente haya cambiado allá abajo?

—Los hombres han dispuesto guardianes inteligentes que inspeccionan y comprueban con mirada crítica todo lo que procede de tu reino, ¡oh reina! Si llega uno que no se ajusta a su criterio, profieren grandes gritos, lo golpean hasta dejarlo medio muerto o lo difaman de tal modo entre la gente, que ésta cree a pies juntillas que ya no hay nada de amor, ni una chispita de fidelidad. ¡Ah, cuánto mejor lo tienen mis hermanos, los Sueños, que brincan por la Tierra alegres y ligeros! Les importan poco aquellos hombres inteligentes y visitan a los durmientes, tejiendo y pintando para ellos lo que hace feliz a su corazón y alegra sus ojos.

—Tus hermanos son unos muchachos atolondrados —dijo la reina—. Y tú, querida mía, no tienes ningún motivo para envidiarlos. Por lo demás, conozco a esos guardianes. Los hombres no han hecho tan mal en colocarlos. Llegaban algunos tipos fanfarrones y hacían como que procedían directamente de mi reino, aunque a lo sumo nos habían entrevisto desde algún monte.

—¿Pero por qué me hacen sentir esto a mí, a tu propia hija? —se lamentó Narración—. ¡Ah, si supieras cómo me han tratado! Me censuraron como a una vieja solterona y me amenazaron con no dejarme entrar la próxima vez.

—¿Cómo? ¿No dejar entrar a mi hija? —exclamó la reina, acentuando la cólera el rojo de sus mejillas—. Pero ya sé de dónde procede esto: la malvada Tía nos ha calumniado.

—¿La Moda? ¡No es posible! —exclamó Narración—. ¡Parecía siempre tan afable!

—¡La conozco, a la muy falsa! —respondió la reina—. Pero inténtalo otra vez, para fastidiarla. A mi hija, que quiere hacer el bien, no debe detenérsela.

—¡Ah, madre! Pero ¿y si me rechazan de plano, o si me acusan de que los hombres no quieren ni verme, o me dejan sola y despreciada en un rincón?

—Si los mayores, deslumbrados por la Moda, te menosprecian, vuélvete hacia los pequeños, que verdaderamente son mis preferidos: a ellos les envío

mis imágenes más queridas a través de tus hermanos, los Sueños; incluso yo misma he volado muchas veces sobre ellos, los he acariciado y besado, y he jugado con ellos a hermosos juegos; me conocen bien, aunque no saben mi nombre, pero ya he advertido a veces cómo de noche sonríen a mis estrellas, y por la mañana baten palmas de alegría cuando mis brillantes corderos aparecen en el cielo. Incluso cuando se hacen grandes me aman todavía; ayudo a las amables muchachas a tejer coronas de muchos colores, y los impetuosos jóvenes se apaciguan cuando me siento a su lado en lo alto de las rocas y hago aparecer ante ellos elevados castillos y brillantes palacios del mundo nebuloso de las lejanas montañas azules, y con las nubes rojizas del atardecer construyo bandas de intrépidos jinetes y extrañas comitivas de peregrinos.

—¡Ah, qué encantadores son los niños! —exclamó Narración conmovida —. Sea, lo intentaré otra vez con ellos.

—Sí, mi buena hija —dijo la reina—, ve con ellos. Pero quiero vestirte con un poco de esmero para que gustes a los niños y los mayores no te rechacen. Te daré el ropaje de un almanaque.

—¿De un almanaque, madre? Me da vergüenza aparecer así delante de la gente.

La reina hizo una seña y las sirvientas trajeron los elegantes ropajes de un almanaque. Eran de colores brillantes y de un tejido de hermoso estampado.

Las doncellas trenzaron los largos cabellos de la hermosa joven, calzaron sus pies con sandalias doradas y le pusieron el traje.

La discreta muchacha no se atrevía a mirarse, pero la madre la contempló con benevolencia y la estrechó en sus brazos.

—Ve con mi bendición —dijo a la pequeña—. Y si te desprecian y escarnecen, vuelve conmigo; es posible que las generaciones posteriores, más fieles a la naturaleza, vuelvan de nuevo su corazón a ti.

Así habló la reina Fantasía. Narración descendió a la Tierra. Con el corazón palpitante se aproximó al lugar donde se hallaban los guardianes inteligentes. Inclinó la cabecita hacia el suelo, se ajustó el hermoso traje y con aire vacilante se acercó a la puerta.

—¡Alto! —exclamó una voz profunda y ronca—. ¡Atención! Ahí viene un nuevo almanaque.

Narración tembló al oírlo; varios hombres de edad, de apariencia sombría, salieron precipitadamente. Tenían plumas afiladas en el pulgar y las dirigieron a Narración. Uno del grupo avanzó hacia ella y la agarró de la barbilla con su tosca mano:

—¡Venga —gritó—, la cabeza levantada, señor Almanaque, para que se le pueda ver en la cara si es auténtico o no!

Narración alzó la cabecita sonrojándose y levantó sus ojos negros.

—¡La Narración! —exclamaron los guardianes riendo a carcajadas—. ¡La Narración! ¡Nos imaginamos que vendría! ¿Pero cómo vienes con esa ropa?

—Mi madre me la ha puesto —respondió Narración.

—¿Sí? ¿Quiere que no pases inadvertida? ¡De eso nada! Fuera de aquí rápidamente —exclamaron los guardianes alzando las plumas puntiagudas.

—¡Pero yo sólo quiero ir con los niños! —rogó Narración—. ¿No podríais permitírmelo?

—¿Es que no anda ya suficiente gentuza por el país? —exclamó uno de los guardianes—. Sólo les cuentan estupideces a nuestros hijos.

—Veamos lo que sabe esta vez —dijo otro—. Venga, di lo que sabes; pero date prisa, porque no tenemos mucho tiempo para ti.

Narración alargó la mano y trazó en el aire muchos dibujos con el índice. Se vio entonces desfilar figuras multicolores, caravanas con hermosos corceles, caballeros con lujosos atavíos, tiendas sobre la arena del desierto, pájaros y naves en procelosos mares, bosques tranquilos y plazas, y calles populosas, batallas y nómadas pacíficos: todos aparecían en imágenes vivas, en variopinta multitud.

En su afán por presentarles las imágenes, Narración no había advertido que los guardianes se habían ido quedando dormidos. Se disponía a hacer nuevos dibujos cuando un hombre se le acercó amablemente tomándole la mano:

—Mira, buena Narración —dijo señalando a los que dormían—, para éstos tus cosas llenas de color no son nada. Cruza rápidamente la puerta: no sospecharán que estás en el país, y podrás seguir tu camino en paz y pasar inadvertida. Quiero conducirte junto a mis hijos. En mi casa hallarás un lugar tranquilo y acogedor. Puedes quedarte allí y hacer tu vida. Si mis hijos e hijas han aprendido bien, acudirán a ti con sus juegos y te escucharán. ¿Quieres que así sea?

—¡Ah, cuán a gusto te seguiré junto a tus queridos hijos! ¡Cómo voy a esforzarme por hacerles pasar un ratito alegre de vez en cuando!

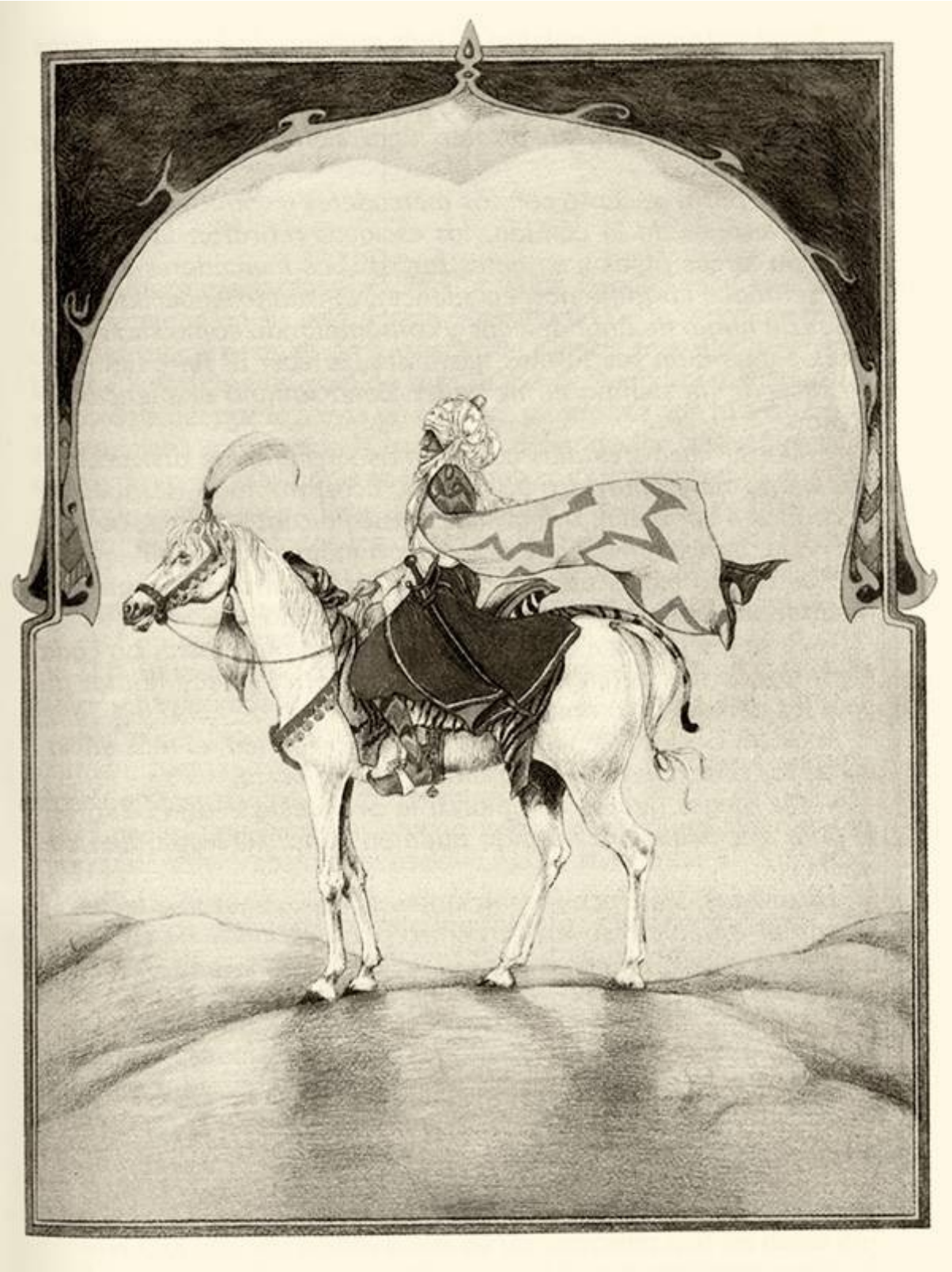
El buen hombre asintió amablemente y le ayudó a pasar por encima de los pies de los guardianes dormidos. Al pasar, Narración miró sonriendo a su alrededor y cruzó rápidamente el umbral de la puerta.

W. H.

Almanaque de cuentos
para hijos e hijas de clases cultas
para el año 1826

La caravana

Una gran caravana atravesaba el desierto. En la enorme llanura, donde no se ve más que arena y cielo, se oían ya en la lejanía las campanillas de los camellos y los cascabeles de plata de los caballos; la densa nube de polvo que la precedía anunciaba su proximidad y, cuando una corriente de aire partía la nube, las armas centelleantes y las brillantes vestiduras cegaban los ojos. Así se le presentaba la caravana a un hombre que se acercaba por un lado. Montaba un hermoso caballo árabe cubierto con una piel de tigre. De la roja correa colgaban cascabeles de plata, y en la cabeza del animal ondeaba un hermoso penacho. El caballero tenía una apariencia elegante, y sus vestidos correspondían a la magnificencia de su corcel; un turbante blanco, bordado ricamente en oro, cubría su cabeza. Vestía una levita y amplios pantalones de un rojo espléndido, y una espada con rica empuñadura colgaba de su costado. Llevaba el turbante calado hasta cerca de los ojos: el turbante y los negros ojos, que brillaban bajo espesas cejas, además de una larga barba bajo la nariz aguileña, le daban un aspecto fiero y audaz. Cuando el jinete estuvo a unos cincuenta pasos del principio de la caravana, lanzó a su caballo al galope y en pocos momentos alcanzó a la avanzadilla de la comitiva. Era un hecho tan insólito ver a un jinete solitario cruzar el desierto, que los guardianes de la caravana, temiendo un asalto, le recibieron con sus lanzas.



—¿Qué queréis? —exclamó el jinete al verse recibido tan hostilmente—. ¿Creéis que un hombre solo va a atacar vuestra caravana?

Los guardias retiraron sus lanzas avergonzados, pero su jefe se aproximó al desconocido y le preguntó qué deseaba.

—¿Quién es el dueño de la caravana? —preguntó el jinete.

—No pertenece a un solo dueño —respondió el interrogado—, sino a varios mercaderes que van de La Meca a su patria; vamos guiándolos a través del desierto, porque a menudo atemorizan a los viajeros toda suerte de bandidos.

—Llévame, pues, junto a los mercaderes —pidió el desconocido.

—Ahora no es posible —respondió el guía—, porque hemos de continuar sin detenernos, y los mercaderes nos siguen como mínimo a un cuarto de hora de distancia; sin embargo, si queréis cabalgar junto a mí hasta que acampemos para el descanso de mediodía, cumpliré vuestro deseo.

El desconocido no respondió nada. Sacó una larga pipa que llevaba atada a la silla y comenzó a fumar lanzando grandes bocanadas de humo mientras seguía cabalgando junto al guía. Éste no sabía cómo tratar al desconocido. No se atrevía a preguntarle su nombre, y a sus intentos de iniciar una conversación; diciendo que fumaba un buen tabaco o que su caballo llevaba buen paso, el desconocido le había contestado siempre con un breve «sí, sí».

Llegaron, por fin, al lugar donde iban a detenerse para el descanso de mediodía. El guía había dispuesto a su gente como vigilantes y él se detuvo con el desconocido para dejar avanzar la caravana. Pasaron treinta camellos pesadamente cargados, conducidos por hombres armados. Detrás de ellos venían también los cinco mercaderes a los que pertenecía la caravana, montados en hermosos caballos. Eran hombres de edad avanzada, de aspecto serio y reposado; solamente uno parecía mucho más joven que el resto, más alegre y vivaz. Cerraban la marcha un gran número de camellos y mulas de carga.

Se habían montado tiendas y dispuesto alrededor los camellos y los caballos. En el centro había una gran tienda de seda azul. Allí llevó el jefe de la guardia al desconocido. Al entrar a través de la cortina, vieron a los cinco mercaderes sentados en cojines dorados; esclavos negros les servían manjares y bebidas.

—¿A quién nos traes? —preguntó el mercader joven al guía.

Antes de que éste pudiera responder, habló el desconocido:

—Me llamo Selim Baruj y soy de Bagdad. En un viaje a La Meca fui hecho prisionero por un grupo de bandoleros y hace tres días que he escapado de la prisión. El gran profeta hizo que oyera a lo lejos las campanillas de vuestra caravana y así llegué junto a vosotros. Permitidme viajar en vuestra compañía. No prestaréis vuestra ayuda a alguien indigno de ella y, cuando lleguéis a Bagdad, recompensaré ampliamente vuestra bondad, pues soy el sobrino del gran visir.

Tomó entonces la palabra el más anciano de los mercaderes diciendo:

—Selim Baruj, bienvenido seas a nuestra tienda. Nos complace auxiliarte, pero en primer lugar siéntate y come y bebe con nosotros.

Selim Baruj se sentó con los mercaderes y comió y bebió con ellos. Después de la comida, los esclavos retiraron la vajilla y trajeron largas pipas y sorbetes turcos. Los mercaderes estuvieron sentados largo tiempo en silencio, lanzando nubecillas azuladas de humo delante de ellos y contemplando cómo subían en anillos y perdían sus formas hasta desaparecer al fin en el aire. Al cabo de un tiempo el mercader joven rompió el silencio diciendo:

—Desde hace tres días cabalgamos sin ninguna distracción. Me siento muy aburrido, pues estoy acostumbrado después de la comida a ver bailar, o escuchar música o canto. ¿No se os ocurre nada, amigos míos, que nos hiciera matar el tiempo?

Los cuatro viejos mercaderes siguieron fumando y parecían meditar seriamente, pero el desconocido habló así:

—Si se me permite, quisiera haceros una propuesta. En cada lugar donde nos detengamos, uno de nosotros puede relatar algo a los demás. Esto nos haría entretenernos.

—Selim Baruj, has hablado bien —dijo Ahmed, el más anciano de los mercaderes—. Aceptamos la propuesta.

—Me alegra que os complazca la propuesta —dijo Selim, y, para que veáis que no pido nada en vano, seré yo quien comience.

Divertidos, los cinco comerciantes se aproximaron e hicieron sentar al desconocido en el centro. Los esclavos llenaron de nuevo las copas, rellenaron las pipas de sus señores con tabaco fresco y trajeron brasas ardiendo para encenderlas. Selim se refrescó la garganta con un buen trago de sorbete, acarició su larga barba y comenzó:

—Escuchad, pues, la Historia del Califa Cigüeña.

Historia del Califa Cigüeña

I

Una hermosa tarde, el califa Chasid de Bagdad estaba sentado cómodamente en su sofá. Había dormido un poco, porque era un día caluroso, y después de su sueñecillo parecía muy alegre. Fumaba una larga pipa de palo de rosa, bebía de cuando en cuando un sorbo de café, que le servía un esclavo, y cada vez que lo saboreaba se acariciaba complacido la barba. En definitiva, se veía que estaba muy a gusto. A esas horas se podía hablar muy bien con él, porque siempre estaba muy afable e indulgente, y por ello su gran visir Mansor le visitaba todos los días a tal hora. Aquella tarde también acudió, pero parecía muy pensativo, al contrario de lo que acostumbraba. El califa se retiró un poco la pipa de la boca y dijo:

—¿Por qué tienes una cara tan pensativa, gran visir?

El gran visir cruzó los brazos sobre el pecho, se inclinó ante su señor y respondió:

—¡Señor! No sé si mi cara parece pensativa, pero abajo, a la entrada, hay un mercader que tiene cosas tan hermosas que me irrita no tener mucho dinero de sobra.

El califa, que hacía ya mucho quería dar alguna alegría a su gran visir, envió abajo a su esclavo negro para traer al vendedor. Pronto regresó el esclavo con él: era un hombrecillo gordo, de rostro moreno y con un traje harapiento. Llevaba una caja con toda clase de cosas, perlas y anillos, pistolas ricamente guarnecidas, copas y peines. El califa y su visir examinaron todo lo que llevaba y finalmente el califa compró para él y para Mansor unas hermosas pistolas, y para la esposa del visir un peine. Cuando el buhonero iba ya a cerrar la caja, el califa observó un cajoncito pequeño y preguntó si también allí guardaba mercancías. El buhonero lo abrió y les mostró una cajita con polvos negruzcos y un papel con una escritura extraña, que ni el califa ni Mansor sabían leer.

—Recibí una vez ambas cosas de un mercader que las había encontrado en La Meca, en la calle, y no sé lo que contienen —dijo el buhonero—. Serán vuestras por poco dinero: a mí no me sirven para nada.

El califa, a quien gustaba conservar viejos manuscritos en su biblioteca, aunque no pudiera leerlos, compró el escrito y la caja y despidió al buhonero. Pensó que le gustaría descifrar el contenido del escrito y preguntó al visir si no conocía a nadie que pudiera hacerlo.

—Bondadosísimo soberano y señor —respondió éste—, junto a la Gran Mezquita vive un hombre llamado Selim, el Sabio, que conoce todas las lenguas. Acudamos a él: tal vez conozca estos misteriosos caracteres.

El sabio Selim fue llamado inmediatamente.

—Selim —le dijo el califa—, se dice que eres muy sabio; mira este escrito, a ver si puedes leerlo; si lo lees, recibirás un traje de fiesta; si no, recibirás doce azotes en la espalda y veinticinco en las plantas de los pies por llamarte en vano Selim el Sabio.

Selim hizo una reverencia y dijo:

—¡Cúmplase tu deseo, señor!

Durante mucho tiempo observó el escrito, exclamando de repente:

—Que me cuelguen, señor, si esto no es latín.

—Si es latín, di lo que pone.

Selim comenzó a traducir: «Hombre que has hallado esto, da gracias a Alá por su bondad. Quien aspire los polvos de esta caja diciendo *mutabor*[4], podrá convertirse en cualquier animal y entenderá también el lenguaje de los animales. Si quiere volver a su forma humana, ha de volverse tres veces hacia el Este y pronunciar esta palabra; pero, cuando estés metamorfoseado, guárdate de reír, o la palabra mágica desaparecerá por completo de tu memoria y seguirás siendo animal».

Cuando Selim terminó la lectura, el califa estaba extraordinariamente divertido. Hizo jurar al sabio que no hablaría a nadie de su secreto, le regaló un hermoso traje y le dejó marchar. Dijo después a su visir:

—¡Esto es comprar bien, Mansor! ¡Cómo me alegra la idea de convertirme en un animal! ¡Mañana por la mañana vendrás aquí y nos iremos juntos al campo, aspiraremos un poco de mi cajita y nos enteraremos de lo que se habla en el aire y en el agua, en los bosques y en los campos!

II

A la mañana siguiente, apenas el califa Chasid había desayunado y se había vestido, apareció el gran visir para acompañarle en su paseo, como le había ordenado. El califa colocó la caja con los polvos mágicos en su cinturón y, después de ordenar a su escolta que se quedara atrás, se puso en camino acompañado sólo por el gran visir. Fueron primero por los extensos jardines del califa, pero en vano buscaron algo vivo para probar maravilla. Finalmente el visir propuso seguir hasta un estanque donde antes había visto a menudo muchos animales, entre ellos cigüeñas, que por su aspecto solemne y el castañeteo de su pico siempre le habían llamado la atención.

El califa aceptó la propuesta de su visir y se dirigió con él al estanque. Cuando llegaron allí, vieron una cigüeña que iba muy seria de acá para allá buscando ranas y castañeteando con el pico de vez en cuando. Vieron también otra cigüeña sobrevolando la zona allá en lo alto.

—Bondadoso señor, me apuesto mi barba —dijo el gran visir a que estas dos zancudas van a tener una buena conversación entre ellas. ¿Qué tal estaría si nos convirtiéramos en cigüeñas?

—¡Bien dicho! —respondió el califa—. Pero antes vamos a recordar una vez más cómo convertirnos en hombres. ¡Bien! Inclinarse tres veces hacia el Este y decir *mutabor*, y ya soy de nuevo califa y tú visir. ¡Pero, por lo que más quieras, no te rías o estaremos perdidos!

Mientras el califa hablaba así, vio a la otra cigüeña planear sobre sus cabezas y posarse lentamente en tierra. Sacó rápidamente la caja de su cinturón, aspiró una buena dosis, se la ofreció al gran visir, que aspiró a su vez, y ambos dijeron: «*Mutabor*».

Entonces sus piernas se encogieron y se hicieron delgadas y rojas, las hermosas babuchas amarillas del califa y de su acompañante se convirtieron en deformes pies de cigüeña, los brazos en alas, el cuello se separó de los hombros y alcanzó el largo de una vara, la barba había desaparecido, y suaves plumas cubrían su cuerpo.

—Tenéis un hermoso pico, señor visir —dijo el califa después de un atónito silencio—. Por las barbas del profeta, en mi vida he visto nada así.

—Mis más humildes gracias —respondió el gran visir con una inclinación —, pero, si se me permite una afirmación, diré que su alteza tiene una apariencia casi más bella como cigüeña que como califa. Pero, ea, si os place, espiemos a nuestros camaradas de ahí y sepamos si verdaderamente entendemos el *cigüeñés*.

Entretanto, la otra cigüeña había llegado a tierra. Con el pico se limpió los pies, colocó en orden sus plumas y fue junto a la primera cigüeña. Las nuevas cigüeñas se apresuraron a acercarse y, para asombro suyo, oyeron la siguiente conversación:

—Buenos días, doña Zancuda, ¿tan pronto ya en la pradera?

—Muchas gracias, querida Pico Crotorante[5]. Sólo he venido a buscar un desayunito. ¿Le apetece tal vez un cuarto de lagartija o un sapillo?

—Muy agradecida; hoy no tengo nada de apetito. He venido a la pradera por una razón muy distinta. Tengo que bailar hoy ante los huéspedes de mi padre y quiero practicar un poco con tranquilidad.

Al decir esto, la joven cigüeña dio varios pasos con estrafalarios movimientos. El califa y Mansor la miraban asombrados, pero, cuando se quedó apoyada en una pata, en una pintoresca posición y meciéndose gentilmente con las alas, no pudieron contenerse más y de su pico salió una carcajada irreprimible que intentaban contener desde hacía tiempo. El califa fue el primero en recobrarse:

—Ha sido un espectáculo que no se puede pagar ni con oro. ¡Lástima que estos estúpidos animales se hayan espantado con nuestra risa; si no, seguramente habrían cantado también!

Pero entonces recordó el visir que la risa les estaba prohibida durante la metamorfosis. Comunicó al califa su temor.

—¡Por La Meca y Medina! ¡Maldita la gracia que tendría seguir siendo cigüeña! Trata de recordar la palabrita, yo no lo consigo.

—Tenemos que inclinarnos tres veces hacia el Este diciendo «*Mu-Mu-Mu*».

Se colocaron mirando hacia Oriente y se inclinaron de modo que casi tocaban la tierra con el pico, pero ¡oh desdicha!, la palabra mágica se les había olvidado y por más veces que el califa se inclinaba y por más ansiosamente que su visir decía *Mu-Mu-Mu*, el recuerdo había desaparecido y el pobre Chasid y su visir eran y siguieron siendo cigüeñas.

III

Anduvieron tristes los embrujados por los campos, sin saber qué podrían hacer en su desdicha. No podían salir de su piel de cigüeña, ni regresar a la ciudad para darse a conocer, pues ¿quién habría creído a una cigüeña diciendo que era el califa? Y, aunque le hubieran creído, ¿habrían querido los habitantes de Bagdad tener una cigüeña por califa?

Así transcurrieron varios días en los que se alimentaban miserablemente de frutos del campo, que por la longitud de su pico no podían comer bien. Por otra parte, no les apetecían nada las lagartijas y sapos, pues temían que se les echara a perder el estómago con semejantes manjares. Su única diversión en esta penosa situación era que podían volar y volaban a menudo sobre los tejados de Bagdad para ver lo que allí sucedía.

Los primeros días advirtieron gran confusión y tristeza en las calles. Pero, alrededor del cuarto día después de su hechizo, estaban posadas en el palacio del califa, cuando vieron en la calle un espléndido cortejo. Sonaban tambores y gaitas, y un hombre con un manto escarlata bordado en oro cabalgaba un caballo lujosamente enjaezado. Iba rodeado de servidores lujosamente ataviados. Medio Bagdad le seguía y todos gritaban:

—¡Viva Mizra! ¡Viva el señor de Bagdad!

Las dos cigüeñas posadas sobre el techo del palacio se miraron mutuamente y el califa Chasid dijo:

—¿Sospechas ahora por qué estoy encantado, gran visir? Este Mizra es el hijo de mi mortal enemigo, el poderoso mago Kasnur, que en mala hora me juró venganza. Pero no pierdo aún las esperanzas. Ven conmigo, fiel compañero de mi desgracia, vamos a peregrinar a la tumba del profeta: tal vez el encantamiento se rompa en los santos lugares.

Abandonaron el tejado del palacio y volaron hacia la comarca de Medina.

Pero el vuelo no acababa de salir bien, ya que ambas cigüeñas tenían todavía poca práctica.

—¡Señor! —gimió al cabo de unas horas el gran visir—. ¡Con vuestro permiso, no puedo resistir más, voláis demasiado rápido! Además, ya ha anochecido y haríamos bien en buscar un refugio para la noche.

Chasid atendió el ruego de su servidor, y como abajo, en el valle, divisó unas minas que parecían ofrecer albergue, volaron en aquella dirección. El lugar donde se disponían a pasar la noche parecía haber sido en otro tiempo un castillo. Sobresalían entre las minas hermosas columnas, y varios aposentos, todavía bastante bien conservados, eran testimonio del antiguo

esplendor de la casa. Chasid y su acompañante anduvieron por los corredores para buscarse un lugarcito seco. La cigüeña Mansor se detuvo de repente y susurró:

—Dueño y señor, comprendo que tener miedo a los fantasmas es disparatado para un gran visir y más aún para una cigüeña, pero aquí al lado han sollozado y gemido claramente.

El califa se detuvo a su vez y percibió perfectamente un ligero llanto, que parecía proceder más de un ser humano que de un animal. Lleno de esperanza, quiso dirigirse al lugar de donde venían los lamentos, pero el visir le agarró del ala con el pico y le rogó suplicante que no se lanzara a nuevos e insospechados peligros. ¡En vano! El califa, que incluso bajo las alas de cigüeña albergaba un corazón valeroso, se desasió, no sin pérdida de algunas plumas, y se adentró en un oscuro pasadizo. Pronto llegó a una puerta que sólo parecía entornada, al otro lado de la cual percibió claros sollozos mezclados con algún aullido. Empujó la puerta con el pico, pero se detuvo sorprendido en el umbral. En la habitación en minas, escasamente iluminada a través de una ventana enrejada, vio una gran lechuza sentada en el suelo. De los grandes ojos redondos caían gruesas lágrimas y con voz ronca dejaba escapar sus lamentos por el corvo pico. Pero, al ver al califa y a su visir, que entretanto se había aproximado, lanzó un gran grito de alegría. Delicadamente se enjugó las lágrimas de los ojos con el ala de manchas marrones y con gran asombro de los dos se dirigió a ellos en correcto árabe:

—¡Bienvenidas seáis, cigüeñas: sois para mí un buen presagio de salvación, pues una vez me profetizaron que me llegaría una gran felicidad a través de unas cigüeñas!

Cuando el califa se hubo recobrado de su asombro, hizo una inclinación con su largo cuello, colocó sus delgadas patas en una elegante postura y dijo:

—Lechuza, por tus palabras creo que debo ver en ti a una compañera en la desgracia. Pero ¡ah!, es vana tu esperanza de que por nosotros te llegue la salvación. Tú misma vas a reconocer nuestro desvalimiento cuando hayas oído nuestra historia.

La lechuza le pidió que la contara y el califa le empezó a relatar lo que ya sabemos.

IV

Cuando el califa terminó su narración a la lechuza, ella le dio las gracias y le dijo:

—Escucha también mi historia y entérate de que no soy menos infeliz que tú. Mi padre es el rey de la India, y yo, su única y desgraciada hija, me llamo Lusa. El mismo mago Kasnur que os encantó ha sido también la causa de mi desdicha. Un día se presentó ante mi padre y le pidió mi mano para su hijo Mizra. Mi padre, que es un hombre colérico, le arrojó escaleras abajo. El miserable halló el medio de llegar otra vez cerca de mí y en una ocasión en que quise beber un refresco, tomando la figura de una esclava, me sirvió una bebida que me transformó en este repulsivo animal. Perdí el sentido horrorizada; me trajo hasta aquí y con una voz espantosa me gritó al oído: «Aquí has de permanecer, fea y despreciada incluso por los animales, hasta el final de tus días, o hasta que alguien quiera hacerte su esposa por su propia voluntad, incluso con esta horrible forma. Así me vengaré de ti y de tu orgulloso padre». Desde entonces han pasado muchos meses. Triste y sola vivo como una ermitaña en este muro, apartada del mundo, siendo un horror incluso para los enemigos; la hermosa naturaleza me está vedada, pues de día estoy ciega, y sólo cuando la luna arroja su pálida luz sobre este muro cae de mis ojos el velo que los cubre.

La lechuza había terminado y se volvió a enjugar los ojos con el ala, pues el relato de sus desgracias le había arrancado las lágrimas.

Mientras la princesa hablaba, el califa había estado sumido en una profunda reflexión.

—Si no me engaño —dijo—, hay una relación secreta entre nuestra desgracia. Pero ¿dónde encontrar la clave del misterio?

La lechuza respondió:

—¡Oh, señor, también yo lo sospecho, pues una vez, en mi temprana juventud, una adivina me anunció que una cigüeña me traería una gran felicidad y yo podría saber tal vez cómo salvarnos!

El califa se sorprendió mucho y preguntó de qué modo.

—El mago que ha causado nuestra desgracia —dijo ella— viene una vez al mes a estas ruinas. No lejos de este aposento hay una sala donde suele celebrar banquetes con muchos amigos. Ya les he espiado con frecuencia mientras estaban allí contándose sus vergonzosas fechorías. Tal vez pronuncien la palabra mágica que habéis olvidado.

—¡Oh queridísima princesa —exclamó el califa—, dinos cuándo viene y dónde está esa sala!

La lechuza guardó silencio un instante y luego dijo:

—No lo toméis a mal, pero sólo con una condición puedo cumplir vuestro deseo.

—¡Habla, habla! —exclamó Chasid—. Ordena cuanto gustes.

—Desearía también liberarme, pero eso sólo puede suceder si uno de vosotros pide mi mano.

Las cigüeñas parecieron vacilar algo ante aquel pacto, y el califa hizo señas a su servidor de salir un momento con él.

—Gran visir —dijo el califa junto a la puerta—, es un trato disparatado, pero podríais aceptarlo.

—¿Y que mi esposa me arranque los ojos cuando vuelva a casa? —respondió éste—. Además, soy un hombre viejo; vos sois aún joven y soltero, y sería más adecuado que os casarais con una joven princesa.

—Ésa es la cuestión —suspiró el califa dejando caer las alas abatido—. ¿Quién te dice que es joven y hermosa? ¡Esto es como comprar un gato dentro de un saco!

Siguieron hablando todavía un rato, pero al fin, cuando el califa vio que su visir prefería seguir siendo cigüeña antes que casarse con la lechuza, decidió cumplir él mismo el requisito. La lechuza se alegró en extremo. Les confesó que no podían haber llegado en mejor momento, porque probablemente el mago haría su reunión aquella misma noche.

Abandonó la estancia con las cigüeñas para conducirlas a la sala. Recorrieron durante mucho tiempo un oscuro corredor, hasta que por fin las deslumbró un resplandor que salía de un muro medio derruido. Cuando llegaron allí, la lechuza les aconsejó mantenerse muy callados. Desde el hueco en el que se encontraban podían ver una gran sala. Estaba rodeada toda de columnas y decorada espléndidamente. Numerosas lámparas de colores sustituían a la luz del día. En medio de la sala había una mesa redonda sobre la que se veían muchos platos exquisitos. En torno a la mesa se hallaba un sofá en el que estaban sentados ocho hombres. En uno de ellos reconocieron las cigüeñas al buhonero que les había vendido los polvos mágicos. Su vecino de mesa le pedía que contara sus últimas hazañas. Entre otras, contó la historia del califa y de su visir.

—¿Y qué palabra les dijiste? —le preguntó otro mago.

—Una palabra latina muy difícil: *mutabor*.

V

Al oír esto, las cigüeñas desde su agujero quedaron casi fuera de sí de la alegría. Con sus largas patas corrieron tan rápido hacia la puerta que la lechuza apenas podía seguirlas. Allí el califa, emocionado, dijo a la lechuza:

—Salvadora de mi vida y de la vida de mi amigo, acéptame como esposo en eterno agradecimiento por lo que has hecho por nosotros.

Se volvió entonces hacia Oriente. Las cigüeñas dirigieron tres veces sus largos cuellos hacia el sol, que precisamente salía detrás de las montañas; *mutabor*, dijeron, y en un abrir y cerrar de ojos se transformaron, y en el colmo de la alegría por la vida recién recobrada, amo y servidor cayeron uno en los brazos del otro riendo y llorando. Pero ¿quién podría describir su asombro cuando miraron a su alrededor? Delante de ellos estaba una hermosa dama, espléndidamente ataviada. Sonriendo, dio la mano al califa:

—¿Ya no reconocéis a vuestra lechuza? —dijo.

Así era; el califa estaba tan encantado de su hermosura y gracia, que exclamó que su mayor felicidad era haberse convertido en cigüeña.

Los tres se trasladaron a Bagdad. El califa halló en sus vestidos no sólo la cajita con los polvos mágicos, sino también la bolsa con su dinero. En el pueblo más próximo compró lo necesario para su viaje y pronto llegaron a las puertas de Bagdad. La llegada del califa produjo gran asombro. Le habían dado por muerto y el pueblo se alegró sobremanera de recobrar a su amado soberano.

Pero mucho más se inflamó su odio contra el impostor Mizra. Se lanzaron hacia el palacio e hicieron prisioneros al viejo mago y a su hijo. El califa envió al viejo al mismo aposento del castillo en ruinas donde la princesa había vivido siendo lechuza y le hizo colgar allí. Pero al hijo, que no conocía las artes de su padre, el califa le dio a elegir entre morir o tomar rapé. Como eligió esto último, el visir le presentó la cajita. Una aspiración profunda, y la palabra mágica del califa le transformó en una lechuza. El califa le hizo encerrar en una jaula de hierro que fue colocada en sus jardines.

El califa Chasid vivió muchos años feliz con su esposa, la princesa; sus horas de mayor diversión eran cuando el gran visir le visitaba por la tarde. Hablaban entonces de su aventura y, si el califa estaba muy animado, imitaba el aspecto del visir cuando era cigüeña. Se erguía entonces muy serio y recorría de puntillas la habitación, crotoreaba, movía los brazos a modo de alas y mostraba cómo aquél se había inclinado en vano hacia Oriente diciendo *Mu-Mu*. Para la esposa del califa y sus hijos esta representación era siempre una alegría, pero, si el califa crotoreaba y se retorcía demasiado tiempo,

gritando *Mu-Mu*, el visir le amenazaba sonriendo con revelar a la señora califa lo que se había tratado ante la puerta de la princesa lechuza.

Cuando Selim Baruj terminó su historia, los mercaderes se mostraron muy satisfechos con ella.

—Verdaderamente, la tarde se nos ha pasado sin darnos cuenta —dijo uno de ellos, retirando la cortina de la tienda—. El viento de la tarde sopla fresco y todavía podríamos avanzar un buen trecho del camino.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo: se desmontaron las tiendas, y la caravana se puso en camino, en el mismo orden en que había llegado.

Cabalgaron casi toda la noche, porque el día era sofocante y en cambio la noche fresca y estrellada. Finalmente llegaron a un lugar de acampada conveniente, desplegaron las tiendas y se tendieron a descansar. Los mercaderes obsequiaron al desconocido como si se tratara de su huésped más apreciado. Uno le dio almohadones, otro mantas, un tercero le cedió esclavos; en suma, estuvo tan bien servido como si estuviera en su casa. Ya habían llegado las horas más calurosas del día cuando se levantaron, por lo que decidieron de común acuerdo esperar allí la noche. Después de comer juntos, permanecieron reunidos y el mercader más joven se dirigió al más anciano diciendo:

—Selim Baruj nos proporcionó ayer una tarde divertida. ¿Y si nos contarais también algo, Ahmed? Puede ser de vuestra larga vida, que ha conocido muchas aventuras, o bien un bonito cuento.

Ahmed guardó silencio unos momentos, como si dudara para sí entre decir esto o aquello o no decir nada. Al fin comenzó a hablar:

—¡Queridos amigos! En este viaje os habéis comportado como fieles compañeros; también Selim merece mi confianza. Por ello quiero contaros algo de mi vida, que en general no cuento de buena gana ni a cualquiera: la Historia del barco fantasma.

Historia del barco fantasma

Mi padre tenía un pequeño establecimiento en Basora: no era ni pobre ni rico, del tipo de personas que no quieren arriesgar algo por miedo a perder lo poco que tienen. Me educó con sencillez y rectitud y pronto se llegó al punto en que le pude ayudar. Precisamente al cumplir yo los dieciocho años, murió cuando acababa de hacer su primer negocio de mayor envergadura, probablemente por el pesar de haber confiado al mar mil piezas de oro. Al poco tiempo hube de considerarle feliz por haber muerto, ya que unas semanas después llegó la noticia de que el barco al que mi padre había confiado sus bienes había naufragado. Mi espíritu juvenil no podía rendirse ante este accidente. Vendí todo lo que mi padre me había dejado en herencia y me dispuse a marchar para probar suerte en el extranjero, acompañado sólo por un viejo servidor de mi padre, que por su antigua lealtad no quiso separarse de mí ni de mi destino.

En el puerto de Basora embarcamos con viento favorable. La nave en la que me embarqué se dirigía a la India. Habíamos navegado ya quince días por la ruta habitual, cuando el capitán nos anunció una tormenta. Su rostro estaba pensativo, pues al parecer no conocía suficientemente las aguas de aquella zona para poder enfrentarse con tranquilidad a una tempestad. Hizo arriar todas las velas y proseguimos muy despacio. Había llegado la noche, clara y fría; el capitán creía ya haberse equivocado al considerar que se avecinaba una tormenta. De repente pasó muy cerca del nuestro un barco que no habíamos visto hasta ese momento. De la cubierta partía un griterío de alegría salvaje, que no me dejó de sorprender en aquella hora angustiosa, ante una tempestad. A mi lado, el capitán se puso pálido como un muerto.

—¡Mi barco está perdido! —exclamó—. ¡Ahí viaja la muerte!

Antes de que pudiera preguntarle por su extraña exclamación, se acercaron los marineros gritando fuera de sí:

—¿Habéis visto? ¡Es nuestro fin!

El capitán leyó sentencias consolatorias del Corán y se puso él mismo al timón. ¡Pero en vano! La tempestad arreciaba por momentos y, antes de que transcurriera una hora, el barco se partió y se detuvo. Se lanzaron al agua los botes y, apenas se habían salvado los últimos marineros, el barco se hundió ante nuestros ojos y me quedé en el mar como un mendigo. Pero la desgracia no parecía tener fin. La tormenta se hacía más terrible y el bote no se podía gobernar. Me abracé a mi viejo servidor y nos prometimos no separarnos en ningún momento. Al fin amaneció, pero, con el primer rayo de la aurora, el viento hizo zozobrar el bote en el que estábamos y lo volcó. Ya no volví a ver a ninguno de los marineros. El golpe me había dejado sin sentido y, cuando desperté, me encontraba en los brazos de mi fiel servidor, que se había salvado en el bote volcado y me había arrastrado con él. La tempestad se había calmado. De nuestro barco ya no se podía ver nada, pero no lejos de nosotros descubrimos otro barco; las olas nos arrastraban hacia él. Cuando nos acercamos, reconocí en aquel barco al que por la noche había pasado junto a nosotros y que tanto había atemorizado al capitán. Me quedé horrorizado ante su vista. Me aterraba la afirmación del capitán, que tan espantosamente se había confirmado, la siniestra apariencia del barco, en el que al llegar cerca nadie respondió por más alto que gritamos. Sin embargo, era nuestro único medio de salvación, por lo que dimos gracias al profeta, que tan asombrosamente nos había preservado.

De la proa del barco colgaba una larga soga. Con todas nuestras fuerzas remamos hacia allí para cogerla. Al fin lo logramos. Una vez más levanté la voz, pero siguió el silencio en el barco. Trepamos entonces por la cuerda, yo delante por ser el más joven. ¡Pero qué espanto! ¡Qué espectáculo se me ofreció cuando pisé la cubierta! El suelo estaba manchado de sangre; veinte o treinta cadáveres, con traje turco, yacían en el suelo; junto al mástil central había un hombre lujosamente vestido, con el sable en la mano; su cara estaba pálida y desencajada, y atravesaba su frente un grueso clavo que le mantenía clavado al mástil: también él estaba muerto. El terror detuvo mis pasos, apenas me atrevía a respirar. Al fin llegó mi acompañante; también a él le espantó la vista de la cubierta, pues no aparecía nada con vida, sólo todos aquellos espantosos cadáveres. Después de habernos encomendado al profeta en nuestra angustia, nos atrevimos a continuar. A cada paso mirábamos a

nuestro alrededor por si se presentaba algo nuevo y aún más terrible; pero todo siguió como estaba: en suma, nada vivo excepto nosotros dos y el mar. Ni una vez osamos hablar alto, por miedo a que el capitán muerto clavado al mástil volviera sus ojos fijos hacia nosotros o alguno de los muertos moviera la cabeza. Llegamos a una escalera que conducía a la bodega. Involuntariamente nos detuvimos y nos miramos, pues ninguno se atrevía a exteriorizar sus ideas.

—¡Oh, señor! —dijo mi fiel sirviente—. Aquí ha ocurrido algo terrible. Sin embargo, aunque el barco esté lleno incluso de asesinos ahí abajo, prefiero entregarme incondicionalmente a ellos antes que permanecer más tiempo entre estos muertos.

Yo pensaba como él; hicimos acopio de valor y bajamos llenos de esperanzas. También allí reinaba un silencio de muerte y nuestros pasos resonaban en la escalera. Nos detuvimos ante la puerta de la cámara. Pegué el oído a la puerta y escuché, pero no se oía nada. Abrí. La estancia ofrecía un aspecto desordenado. Trajes, armas y otros objetos yacían revueltos. Nada estaba en su sitio. La tripulación o el capitán debían de haber estado bebiendo recientemente, pues todo andaba aún revuelto. Continuamos de una zona a otra, de un camarote al siguiente: en todas partes hallamos grandes cantidades de seda, perlas, azúcar, etc. Yo estaba fuera de mí al ver aquello, pues, como no había nadie en el barco, creí poder apropiármelo todo, pero Ibrahim me advirtió que probablemente estábamos aún lejos de tierra y que no podríamos llegar solos y sin ayuda humana.

Nos repusimos con la comida y la bebida que encontramos en abundancia y subimos luego a cubierta. Allí se nos seguía poniendo la carne de gallina ante el terrible espectáculo de los cadáveres. Decidimos librarnos de ellos echándolos por la borda; pero cuál no sería nuestro espanto cuando encontramos que ninguno podía moverse de su lugar. Yacían como pegados al suelo y habría que haber arrancado la madera de la cubierta para separarlos, para lo cual nos faltaban las herramientas. Tampoco el capitán podía ser separado del mástil y ni siquiera pudimos apartar su sable de la mano rígida. Pasamos el día considerando nuestra triste situación y, cuando comenzó a anochecer, permití al viejo Ibrahim echarse a dormir, pero yo quise velar en la cubierta para intentar pedir ayuda. Pero, cuando salió la luna y por las estrellas calculaba que serían alrededor de las doce, se apoderó de mí un sueño tan irresistible que caí sin poderlo evitar detrás de una cuba que se encontraba en cubierta. Sin embargo, se trataba más de un aturdimiento que de sueño, pues oía claramente el mar golpeando en el costado del barco y las

velas crujir y silbar por efecto del viento. De repente creí distinguir voces y pasos de hombres en cubierta. Quise incorporarme para mirar, pero una fuerza invisible mantenía mis miembros aprisionados, sin que pudiera siquiera abrir los ojos. Las voces se fueron haciendo cada vez más claras, me parecía como si una tripulación alegre se desplazara por la cubierta. Creía oír entre las demás la voz fuerte de alguien que daba órdenes, al mismo tiempo que percibía con claridad cabos y velas subiendo y bajando. Progresivamente iba perdiendo la conciencia y caí en un profundo sopor, durante el cual creí oír un estruendo de armas, y no me desperté hasta que el sol estaba ya alto y me quemaba la cara. Asombrado, busqué a mi alrededor el tumulto, el barco, los muertos y lo que en aquella noche había oído y me pareció un sueño, pero al mirar encontré todo como el día anterior. Los muertos yacían inmóviles e inmóvil estaba el capitán sujeto a su mástil. Me reí de mi sueño y me levanté para buscar al viejo.

Éste estaba sentado en la cámara muy pensativo.

—¡Oh, señor! —exclamó cuando llegué junto a él—. Preferiría estar en lo más profundo del mar antes que pasar otra noche en este barco embrujado.

Le pregunté cuál era la causa de su preocupación y me respondió así:

—Cuando había dormido algunas horas, me desperté y me di cuenta de que por encima de mi cabeza andaban de acá para allá. Pensé que seríais vos, pero eran por lo menos veinte los que andaban arriba; oí también gritar y llamar. Después descendieron la escalera unos pasos pesados. Entonces ya no me di cuenta de más; sólo de vez en cuando recobraba el sentido por unos instantes y veía al mismo hombre que está arriba clavado al mástil sentado en esa mesa de ahí, bebiendo y cantando; el que yace en el suelo no lejos de él, con un traje rojo escarlata, estaba sentado junto a él y bebían juntos.

Esto me contó mi viejo sirviente.

Podéis creerme, amigos míos, cuando os digo que me sentí muy mal: no era una alucinación, yo había oído a los muertos. Me resultaba tremendo navegar en tal compañía. Ibrahim se hundió de nuevo en profundas reflexiones. Al cabo exclamó:

—¡Ya lo tengo!

Recordó algo que le había enseñado su abuelo, un hombre de experiencia y que había viajado mucho, un conjuro que debía defenderle de cualquier fantasma o aparición. Creía también que a la noche siguiente podría evitar aquel sueño extraño que nos había sobrevenido leyendo muy fervientemente sentencias del Corán. Estuve de acuerdo con el consejo del anciano. Vimos llegar la noche en una tensa espera. Junto a la cámara había un pequeño

camarote: allí decidimos retirarnos. Practicamos varios agujeros en la puerta, suficientemente grandes para poder ver por ellos todo el salón. Cerramos luego la puerta desde dentro lo mejor que pudimos e Ibrahim escribió el nombre del profeta en las cuatro esquinas. Así esperamos el horror de la noche. Serían otra vez alrededor de las doce, cuando sentí un violento sueño. Mi compañero me aconsejó recitar sentencias del Corán, y de hecho esto me sirvió de ayuda. De repente pareció que se producía animación arriba, las jarcias crujían, andaban sobre la cubierta y se distinguían claramente varias voces. Habíamos permanecido varios minutos en ansiosa espera, cuando oímos bajar la escalera de la bodega. El viejo comenzó a recitar entonces el conjuro que le había enseñado su abuelo contra encantamientos y magia:

Bajad del aire,
subid del fondo del mar,
dormid en la tumba oscura,
acudid del fuego:
Alá es vuestro señor y maestro,
a él obedecen todos los espíritus.

He de reconocer que no creía mucho en aquel conjuro y que los cabellos se me erizaron cuando la puerta se abrió y entró aquel hombre alto magníficamente vestido que había visto clavado al mástil. El clavo le atravesaba también el centro de la frente, pero tenía la espada envainada; tras él entró otro, vestido menos lujosamente, al que también había visto arriba. El capitán, pues lo era sin ninguna duda, tenía el rostro pálido, una gran barba negra y ojos extraviados que recorrían toda la estancia. Pude verle con toda claridad cuando pasó junto a nuestra puerta; él pareció no prestar ninguna atención a la puerta que nos ocultaba. Los dos se sentaron a la mesa que había en el centro de la cámara y hablaban entre sí casi a gritos en una lengua desconocida. Fueron hablando cada vez más alto y con más vehemencia, hasta que el capitán golpeó la mesa con el puño cerrado de un modo que hizo temblar el recinto. Con espantosas carcajadas saltó el otro e hizo una señal para que le siguiera. Éste se levantó, desenvainó el sable y ambos dejaron la cámara. Respiramos aliviados cuando se fueron, pero nuestra angustia todavía no iba a cesar. En la cubierta había cada vez más ruido. Se oía ir y venir apresuradamente, gritar, reír y sollozar. Al final se desató un ruido verdaderamente infernal, de modo que creímos que la cubierta se nos vendría encima con todas las velas, el estruendo de armas y los gritos; pero de repente

sobrevino una calma total. Cuando después de muchas horas nos aventuramos a subir, encontramos todo como antes; ni uno solo estaba en un lugar distinto, y todos estaban rígidos como la madera.

Así pasamos varios días en el barco, navegando siempre hacia Oriente, donde según mis cálculos debía estar la tierra, pero aunque de día hubiera avanzado muchas millas, de noche parecía volver atrás, pues siempre nos encontrábamos en el mismo lugar cuando salía el sol. No podíamos hallar otra explicación que la de que los muertos volvían a navegar cada noche a toda vela. Para evitarlo, antes de que llegara la noche arriamos todas las velas y las recogimos. Como habíamos hecho con la puerta del camarote, escribimos en pergamino el nombre del profeta y el conjuro del abuelo y lo adherimos a las velas arriadas. En nuestro camarote esperamos temerosos el resultado. Aquella noche el hechizo pareció aún más desenfrenado, pero he aquí que a la mañana siguiente las velas seguían recogidas tal como las habíamos dejado. Durante el día desplegamos sólo las velas necesarias para impulsar suavemente el barco y de este modo recorrimos en cinco días un buen trecho.

Al amanecer del sexto día descubrimos tierra a escasa distancia y dimos gracias a Alá y a su profeta por nuestra asombrosa salvación. Ese día y la noche siguiente nos acercamos a la costa, y en la mañana del séptimo día creímos descubrir una ciudad no muy alejada. Con mucho esfuerzo echamos un ancla al mar, que pronto alcanzó el suelo, botamos un pequeño bote que había en cubierta y remamos hacia la ciudad con todas nuestras fuerzas. Después de media hora penetramos en un río que desemboca en el mar y nos acercamos a la orilla. A las puertas de la ciudad preguntamos por su nombre y nos enteramos de que era una ciudad de la India, no lejos de la región a la que al principio se dirigía nuestro barco. Nos encaminamos a un lugar de descanso de caravanas para recobrarnos de nuestro accidentado viaje. Allí mismo intenté también encontrar a un hombre sabio y con experiencia, dando a entender al patrón que debía ser uno que entendiera un poco de magia. Me

condujo a una casa modesta, en una calle apartada, llamó y me hizo entrar advirtiéndome que sólo debía preguntar por Muley.

En la casa vino a mi encuentro un hombrecillo viejo con barba gris y una larga nariz y me preguntó qué deseaba. Le dije que buscaba al sabio Muley y me respondió que era él. Le pedí consejo sobre cómo proceder con los muertos y lo que habría de hacer para sacarlos del barco. Me respondió que la tripulación permanecía encantada en el mar probablemente por algún crimen cometido y que creía que el hechizo se rompería al traerlos a tierra, pero esto no podría hacerse más que desprendiendo las tablas sobre las que yacían. Tenía pleno derecho a apropiarme del barco con todo su cargamento, debía llevar todo en el mayor secreto y regalarle algo de mis abundantes riquezas. Por ello quería ayudarme con algunos esclavos a sacar fuera del barco los cadáveres. Le prometí recompensarle espléndidamente y nos pusimos en camino junto con cinco esclavos provistos de sierras y hachas. El mago Muley no tenía palabras suficientes para elogiar nuestra ocurrencia de amarrar las velas con las sentencias del Corán. Decía que éste era el único medio de salvación.

Era todavía muy temprano cuando llegamos junto al barco, Enseguida pusimos manos a la obra, y en una hora ya había cuatro cadáveres sobre el bote. Algunos de los esclavos debían dirigirse a tierra para enterrarlos allí. Al regresar contaron que los muertos les habían ahorrado el esfuerzo de hacerlo, ya que en cuanto los colocaron sobre la tierra se convirtieron en polvo. Continuamos aserrando las maderas y, antes de anochecer, todos habían sido llevados a tierra. Ya no quedaba a bordo más que el clavado al mástil. En vano intentamos sacar el clavo de la madera: ninguna fuerza era capaz de desplazarlo ni un milímetro. No sabía qué hacer, ya que no se podía arrancar el mástil para llevarlo a tierra. Muley nos sacó del apuro en esta ocasión, con la idea de enviar rápidamente a uno de los esclavos a traer un recipiente lleno de tierra. Cuando regresó, el mago pronunció misteriosas palabras y echó la tierra sobre la cabeza del muerto. Inmediatamente abrió éste los ojos, aspiró profundamente y la herida de su frente comenzó a sangrar. Extrajimos fácilmente el clavo y el herido cayó en los brazos de uno de los esclavos.

—¿Quién me ha traído hasta aquí? —dijo cuando pareció que se había recobrado un poco.

Muley me señaló y yo me acerqué.

—Te doy gracias, joven desconocido, por haberme salvado de un largo martirio. Desde hace cincuenta años, mi cuerpo navega por estos mares y mi

espíritu estaba condenado a volver a él cada noche. Ahora, la tierra ha tocado mi cabeza y puedo ir en paz junto a mis padres.

Le rogué que nos dijera cómo había llegado a aquella terrible situación y habló así:

—Hace cincuenta años era yo un hombre poderoso y respetado que vivía en Argelia; el deseo de ganancia me llevó a fletar un barco y ejercer la piratería. Llevaba ya en ello algún tiempo, cuando en una ocasión recogí en Zante a un derviche[6] que quería viajar sin pagar. Mis marineros y yo éramos gente ruda y no considerábamos la santidad de este hombre, sino que yo le traté con sarcasmo. Una vez que por su celo religioso me había reprendido por el mal camino de mi vida, de noche en mi camarote se apoderó de mí la cólera, tras haber bebido mucho con mi timonel. Furioso por las palabras del derviche, que no habría tolerado que me dijera ni un sultán, me lancé a la cubierta y le clavé mi puñal en el pecho. Moribundo, me deseó a mí y a mi tripulación que no pudiéramos ni vivir ni morir hasta que nuestra cabeza reposara en la tierra. El derviche murió y le arrojamos al mar, burlándonos de sus amenazas, pero aquella misma noche se cumplieron sus palabras. Una parte de la tripulación se rebeló contra mí. Se luchó con horrible saña hasta que mis partidarios fueron vencidos y a mí me clavaron al mástil. Pero tampoco los vencedores sobrevivieron a sus heridas y mi barco fue pronto una gran tumba. También a mí se me extraviaban los ojos, se me cortaba la respiración y pensé que iba a morir. Era sólo el espanto lo que me mantenía; la noche siguiente, a la hora misma en que el derviche había sido arrojado al mar, despertamos mis compañeros y yo: la vida había vuelto, pero no podíamos hacer y decir más que lo que habíamos hecho y dicho aquella noche. Así navegamos desde hace cincuenta años, no podemos vivir ni podemos morir, pues ¿cómo podríamos tocar tierra? Con loco empeño navegábamos siempre con las velas desplegadas en la tormenta, esperando estrellarnos por fin contra algún acantilado y reposar la cansada cabeza en el fondo del mar. No lo logramos. Ahora, sin embargo, voy a morir. Una vez más, te doy gracias, salvador desconocido; si los tesoros pueden recompensarte, acepta mi barco como prueba de mi agradecimiento.

El capitán dejó caer la cabeza al terminar de hablar y expiro. Como sus compañeros, inmediatamente se convirtió en polvo. Lo recogimos en una cajita y lo enterramos al llegar a tierra. De allí llevé trabajadores que pusieron el barco en buenas condiciones. Con grandes ganancias, cambié por otras las mercancías que tenía a bordo; contraté marineros, recompensé espléndidamente a mi amigo Muley y me hice a la mar con dirección a mi

patria, no sin dar un rodeo en el que hice escala en muchas islas y tierras donde vendí mis mercancías. El profeta bendijo mi empresa. Después de nueve meses llegué a Basora dos veces más rico de lo que me había hecho el capitán al morir. Mis conciudadanos estaban asombrados ante mis riquezas y mi fortuna, y creían, nada menos, que yo había encontrado el valle de los diamantes del famoso Simbad el Marino[7]. Les dejé permanecer en tal creencia, y desde entonces los jóvenes de Basora, apenas llegaban a los dieciocho años, habían de ir a recorrer mundo para hacer fortuna como yo. Viví tranquilo y en paz y cada cinco años hacía un viaje a La Meca para dar las gracias al Señor en su ciudad santa por su bendición y para rogar que admitiera en el paraíso al capitán y a sus hombres.

El viaje de la caravana continuó al día siguiente sin incidentes y, cuando se habían repuesto en el campamento, Selim, el desconocido, se dirigió en estos términos a Muley, el más joven de los mercaderes:

—Sois el más joven, siempre estáis alegre y es seguro que sabéis alguna historia divertida para nosotros. Servídnosla para que nos reconforte después del calor del día.

—Sí que me gustaría contaros algo que pudiera divertiros —respondió Muley—, pero a la juventud le conviene la modestia en todas las cosas, por lo que mis compañeros de viaje deben tener preferencia. Zaleuco, que está siempre tan serio y pensativo, debería contarnos qué ha hecho su vida tan seria. Tal vez podríamos aliviar sus penas, si es que las tiene, pues servimos con gusto al hermano, aunque su fe sea otra.

El interpelado era un comerciante griego, un hombre de mediana edad, fuerte y de buen aspecto, pero muy serio. Aunque era un infiel, no musulmán, sus compañeros de viaje le querían, pues les había inspirado confianza y respeto por su forma de ser. No tenía más que una mano, y algunos de sus compañeros sospechaban que tal vez esta pérdida había hecho así su carácter.

Zaleuco respondió a la amistosa petición de Muley:

—Me siento muy honrado por vuestra confianza; penas no tengo, al menos ninguna en la que me pudierais consolar, incluso con vuestra mejor voluntad. Sin embargo, como Muley parece reprocharme mi seriedad, quiero contaros algo que explicará por qué soy más serio que otras personas. Veis que he perdido la mano izquierda. No me falta de nacimiento, sino que la perdí en los días más espantosos de mi vida. Si soy culpable de ello, si no tengo razón para ser más serio desde aquellos días en que esto sucedió, lo podréis juzgar cuando hayáis oído la Historia de la mano cortada.

Historia de la mano cortada

Nací en Constantinopla: mi padre era dragomán (intérprete) en la corte turca y además comerciaba en una escala bastante considerable con olorosas especias y sedas. Me dio una buena educación, en parte enseñándome él mismo y en parte poniéndome bajo la dirección de uno de nuestros sacerdotes. En principio me destinó a continuar con sus negocios, pero, al dar muestras de mayor capacidad de lo que había esperado, por consejo de sus amigos me orientó a la medicina, en la idea de que un médico que ha aprendido algo más que las charlatanerías habituales puede hacer fortuna en Constantinopla. Frecuentaban nuestra casa muchos francos[8] y uno de ellos convenció a mi padre para que me permitiera viajar a su patria, a la ciudad de París, donde tales cosas se podían aprender gratuitamente y de manera inmejorable. Él mismo se ofreció a llevarme con él a su vuelta sin ningún gasto. Mi padre, que también había viajado en su juventud, accedió; el franco me dijo que en tres meses debía estar listo. Estaba fuera de mí por la alegría de ver lejanas tierras y esperaba con impaciencia el momento de embarcarnos. Por fin el franco cerró sus negocios y estuvo dispuesto para el viaje. La víspera de la partida, mi padre me llevó a su dormitorio, donde vi sobre la mesa hermosos trajes y armas. Pero sobre todo atrajo mis miradas un gran montón de oro, pues nunca había visto tanto reunido. Mi padre me abrazó y dijo:

—Mira, hijo mío, te he procurado trajes para el viaje. Estas armas son las que tu abuelo me dio cuando viajé al extranjero: ahora son tuyas. Sé que tú puedes llevarlas, pero no las uses más que cuando seas atacado: entonces te aconsejo ser valiente con ellas. Mi capital no es grande: como ves, lo he repartido en tres partes, una es tuya, otra será mi sustento y mi reserva, y la tercera será un bien intocable, porque te servirá en la hora de la necesidad.

Así habló mi anciano padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas, tal vez por la sospecha de lo que sucedería, pues nunca volví a verlo.

El viaje transcurrió sin contratiempos y pronto llegamos a la tierra de los francos; después de seis jornadas, llegamos a la gran ciudad de París. Mi amigo franco alquiló para mí una habitación y me aconsejó que gastara juiciosamente mi capital, que en total ascendía a dos mil táleros[9]. Tres años viví en aquella ciudad y aprendí lo que ha de saber un buen médico, pero mentiría si dijera que estuve a gusto allí, pues las costumbres de ese pueblo no me agradaron; sólo tenía unos cuantos amigos, si bien éstos eran jóvenes nobles.

La añoranza de mi patria se hizo fuerte en mí. En todo el tiempo no había noticias de mi padre y por ello aproveché una oportunidad para volver a casa.

Una embajada del país de los francos se dirigía a la Corte. Me uní a la comitiva como médico de la embajada y regresé feliz a Estambul. Encontré cerrada la casa de mi padre, y los vecinos se asombraron al verme y me dijeron que mi padre había muerto hacía dos meses. El sacerdote que me había enseñado en mi juventud me trajo la llave; solo y desamparado entré en la casa. Encontré aún todo como mi padre lo había dejado, pero faltaba el oro que prometió dejarme. Pregunté por él al sacerdote y éste se inclinó y dijo:

—Vuestro padre ha muerto como un santo, pues ha legado su oro a la Iglesia.

Esto me resultó incomprensible, pero ¿qué podía hacer? No tenía ningún testigo contra el sacerdote y aún debía alegrarme de que no hubiera considerado también como herencia la casa y las mercancías de mi padre. Ésta fue la primera desgracia que me afligió, pero desde entonces los golpes se sucedieron. Mi fama como médico no acababa de propagarse, porque me avergonzaba actuar como un pregonero de mercado y me faltaba la recomendación de mi padre, que me habría introducido entre los ricos y poderosos, que ahora ya no pensaban en el pobre Zaleuco. Tampoco las mercancías de mi padre hallaban salida, pues los clientes se habían esfumado después de su muerte y sólo poco a poco se adquieren otros nuevos. En una ocasión en que reflexionaba desconsolado sobre mi situación, recordé que entre los francos había visto hombres de mi pueblo que recorrían el país mostrando sus mercancías en los mercados de las ciudades; recordé que se les compraba con gusto, porque venían de lejanas tierras, y que en este comercio se podía ganar el cien por cien. Inmediatamente tomé la decisión. Vendí la casa de mi padre y di una parte del dinero conseguido a un amigo para que me lo guardara: con el resto compré cosas que escasean entre los francos, como chales, sedas, ungüentos y aceites; busqué lugar en un barco e inicié mi segundo viaje. Pareció como si la fortuna se me hiciera otra vez favorable en

cuanto pasé el estrecho de los Dardanelos. Nuestro viaje fue corto y feliz. Atravesé ciudades grandes y pequeñas de los francos y en todas partes encontré gente dispuesta a comprar mis mercancías. Desde Estambul, mi amigo me enviaba de vez en cuando nuevas existencias y yo me hacía más rico de día en día. Cuando hube ahorrado tanto que creí poder emprender un negocio mayor, me trasladé con mis mercancías a Italia. He de reconocer que mis conocimientos de medicina me proporcionaron no pocas ganancias. Al llegar a una ciudad, anunciaba que se encontraba en la ciudad un médico griego que había curado ya a muchos; y de hecho mis bálsamos y medicinas me aportaron bastantes cequíes[10]. Así llegué a la ciudad de Florencia, en Italia. Decidí permanecer más tiempo en esta ciudad, en parte porque me encontraba muy bien allí y en parte porque quería descansar de las fatigas de mis andanzas. Alquilé una tienda en el barrio de Santa Croce y, en una hospedería no lejana, unas hermosas habitaciones que daban a una galería. Enseguida hice circular anuncios que me dieran a conocer como médico y comerciante. Apenas había abierto mi tienda, los compradores acudieron, y aunque había puesto precios un tanto elevados, vendía más que otros por ser amable y complaciente con mis clientes. Había pasado ya cuatro días gratos en Florencia, cuando una tarde, después de haber cerrado mi tienda y revisado las existencias en mis cajas de ungüentos, como era mi costumbre, encontré un mensaje en una cajita que no recordaba haber traído. Lo abrí y encontré la siguiente invitación: «Esta noche, a las doce en punto, en el llamado Ponte Vecchio». Pensé mucho tiempo quién podía ser el que me convocaba allí, pero, como no conocía a nadie en Florencia, consideré que tal vez quisieran llevarme en secreto junto a algún enfermo, como había ya sucedido a menudo. Decidí por tanto acudir, aunque, por precaución, me ceñí el sable que mi padre me había regalado.

Cuando era ya casi la medianoche, me encaminé al Ponte Vecchio y pronto estuve allí. Lo encontré desierto y decidí esperar hasta que apareciera el que me había llamado. Era una fría noche; la luna brillaba y yo contemplaba las ondas del Amo, que resplandecían al reflejarse su luz en ellas. En las iglesias de la ciudad dieron las doce; me volví, y delante de mí se hallaba un hombre totalmente envuelto en una capa roja y con uno de sus extremos tapándole la cara.

Al principio me sobresalté un poco por su repentina aparición, pero me recobré enseguida y dije:

—Decidme qué deseáis para haberme hecho venir hasta aquí.

La capa roja se movió y dijo lentamente:

—Sígueme.

No me resultaba nada grato ir solo con el desconocido, me quedé parado y dije:

—No sin que me digáis primero adónde, querido señor; podríais mostrar vuestro rostro para que vea si tenéis buenas intenciones conmigo.

Él no pareció prestar atención:

—Si no quieres, Zaleuco, quédate —respondió continuando su marcha.

Mi cólera estalló y exclamé:

—¿Creéis que un hombre como yo permite que cualquier loco se burle de él y le haga esperar para nada en medio de la fría noche?

Le alcancé con un par de zancadas, le tiré de la capa y grité aún más alto cogiendo con la mano el sable; en la otra quedó la capa, pero el desconocido había desaparecido por la primera esquina. Mi indignación se fue aplacando: tenía además la capa, que me daría la clave de mi extraña aventura. Me la colgué y me dirigí a casa. Apenas me había alejado cien pasos, alguien pasó a mi lado y me dijo:

—Tened cuidado, conde, esta noche no se puede hacer nada.

Antes de que pudiera mirar a mi alrededor, ya había pasado el que me habló y sólo vi desaparecer una sombra entre las casas. Comprendí que sus palabras iban dirigidas al de la capa y no a mí, pero esto no arrojó ninguna luz sobre el asunto. A la mañana siguiente andaba yo reflexionando sobre qué hacer. Al principio estaba resuelto a anunciar la capa como que la había encontrado, pero el desconocido podía enviar a buscarla a un tercero y yo perdería mi conexión con el asunto. Mientras pensaba, miré la capa con más detenimiento. Era de grueso terciopelo genovés, color rojo púrpura, orlada con piel de astracán y ricamente bordada en oro. La contemplación de la lujosa capa me dio una idea que decidí poner en práctica. La llevé a mi tienda y la puse en venta, pero a un precio tan alto que estaba seguro de no hallar comprador. Mi intención era mirar bien a los ojos a quien se interesara por la piel, pues estaba seguro de reconocer entre mil la figura del desconocido, que percibí aunque fugazmente al perder su capa. Hubo muchos que se interesaron por la prenda, cuya extraordinaria belleza atraía todas las miradas, pero ninguno se parecía ni de lejos al desconocido, ni estaba dispuesto a pagar por ella el alto precio de doscientos cequíes. Me llamó la atención que, al

preguntar a unos y otros si en Florencia se encontraban capas así, todos me respondían negativamente y aseguraban no haber visto jamás un trabajo tan magnífico y elegante.

Iba ya a anochecer, cuando al fin llegó un joven que había acudido otras veces y que también hoy había ofrecido mucho por la capa. Arrojó sobre la mesa una bolsa con monedas y exclamó:

—¡Dios mío, Zaleuco, tengo que conseguir tu abrigo aunque me cueste convertirme en mendigo!

Inmediatamente empezó a contar sus monedas de oro. Me vi en grave aprieto, porque sólo había expuesto la capa con objeto de atraer al desconocido, y ahora venía un joven insensato a pagar aquel precio disparatado. ¿Pero qué otro remedio me quedaba? Acepté, pensando en el otro aspecto de la situación, el de ser tan espléndidamente compensado por mi aventura nocturna. El joven se puso el abrigo y se marchó, pero en el umbral se volvió despegando un papel que estaba adherido a la capa, y me dijo tendiéndomelo:

—Aquí hay algo, Zaleuco, que no es de la capa.

Miré con indiferencia la hojita, pero vi lo que llevaba escrito: «Esta noche, a la hora que sabes, trae la capa al Ponte Vecchio: te esperan cuatrocientos cequíes». Quedé como fulminado por un rayo. ¡Así que yo mismo había echado a perder mi fortuna y había errado por completo mi blanco! Sin embargo, no lo pensé dos veces, recogí los doscientos cequíes, alcancé al comprador de la capa y le dije:

—Tomad vuestros cequíes, amigo mío, y devolvedme el abrigo: me es imposible vendéroslo.

Al principio tomó el asunto a broma, pero, al advertir que iba en serio, se encolerizó por mi pretensión, me trató de loco y finalmente llegamos a las manos. Conseguí arrebatarle la capa y ya me disponía a irme, cuando el joven llamó en su ayuda a la policía y me llevó a los tribunales. El juez estaba muy sorprendido por la acusación y adjudicó a mi contrario la capa. Pero ofrecí al joven veinte, cincuenta, ochenta, hasta cien cequíes, además de los doscientos suyos, si me entregaba la capa. Lo que no lograron mis ruegos lo consiguió el oro. Tomó mis monedas y yo me marché triunfante con la capa, exponiéndome a que en toda Florencia me tuvieran por loco. La opinión de la gente me era indiferente, sabía mejor que ellos que había ganado con el asunto.

Esperé con impaciencia la noche. A la misma hora que el día anterior me dirigí al Ponte Vecchio con la capa bajo el brazo. Al sonar la última

campanada del reloj vino hacia mí la figura de la noche anterior. Sin duda era el mismo hombre.

—¿Tienes la capa? —me preguntó.

—Sí, señor —respondí yo—, pero me ha costado cien cequíes en efectivo.

—Lo sé; pero mira, aquí hay cuatrocientos.

Contó conmigo las monedas de oro: eran cuatrocientas, en efecto. Brillaban magníficas a la luz de la luna y su resplandor alegraba mi corazón, sin sospechar, ¡ay!, que ésa sería su última alegría. Metí el dinero en la bolsa; quería ver bien al desconocido benefactor, pero llevaba un antifaz detrás del cual me escrutaban agudamente unos ojos negros.

—Os agradezco vuestra bondad, señor —le dije—, pero ¿qué queréis ahora de mí? De antemano os prevengo que no puede ser nada malo.

—Preocupación innecesaria —dijo, poniéndose la capa sobre los hombros —. Necesito vuestra ayuda como médico no para un vivo, sino para un muerto.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunté lleno de asombro.

—He venido con mi hermana de tierras lejanas —me contó haciéndome al mismo tiempo una señal para que le siguiera—. Vivía aquí con ella, en casa de un amigo de mi familia. Mi hermana murió ayer repentinamente de una enfermedad y los parientes quieren enterrarla mañana. Sin embargo, según una antigua costumbre de nuestra familia, todos han de reposar en el mausoleo del padre. Muchos de los que mueren en el extranjero, reposan allá embalsamados. A mis parientes les concedo sólo el cuerpo, pero he de llevar a mi padre al menos la cabeza de su hija para que la pueda ver siquiera una vez más.

Esta costumbre de cortar la cabeza de los seres queridos me pareció un tanto siniestra, pero no me atreví a objetar nada por miedo a ofender al desconocido. Por ello le dije que podía encargarme de embalsamar el cadáver y le pedí que me condujera junto a la fallecida. No pude resistir el deseo de preguntar por qué había de ser todo tan secreto y en medio de la noche. Me respondió que sus parientes, que consideraban cruel su propósito, se lo impedirían de día, pero, una vez cortada la cabeza, no tendrían mucho más que decir. Habría podido traerme él la cabeza, pero un sentimiento natural le impedía cortarla con sus propias manos.

Entretanto habíamos llegado a una soberbia mansión. Mi acompañante me la señaló como meta de nuestro paseo nocturno. Pasamos junto a la entrada principal y penetramos por una pequeña entrada, que el desconocido cerró cauteloso tras de sí, y subimos en la oscuridad por una estrecha escalera de

caracol. Conducía a un pasillo escasamente iluminado, por el que se llegaba a una habitación que alumbraba una lámpara fijada en el techo.

En esta estancia había una cama en la que yacía el cadáver. El desconocido volvió su rostro pareciendo querer ocultar sus lágrimas. Me señaló el lecho y me ordenó cumplir mi cometido correctamente y con presteza, y se dirigió de nuevo a la puerta.

Saqué el cuchillo, que como médico llevaba siempre conmigo, y me aproximé a la cama. Sólo era visible la cabeza del cadáver, pero era tan hermosa que involuntariamente se apoderó de mí la más profunda compasión. El cabello negro se repartía en largas trenzas; tenía la cara pálida, los ojos cerrados. Primero hice un corte en la piel, al modo de los médicos cuando quieren seccionar un miembro. Tomé rápidamente mi cortante cuchillo y de un solo tajo desprendí la cabeza. Pero ¡horror!, la muerta abrió los ojos y los cerró de inmediato, pareciendo que era entonces cuando en el sollozo exhalaba su último suspiro. De la herida saltó un chorro de sangre caliente. Me convencí de que era entonces cuando yo había matado a la desdichada, pues no cabía ninguna duda de que estaba muerta, ya que no hay salvación posible de una herida así. Permanecí unos minutos en una angustiosa consideración de lo que había sucedido. ¿Me había engañado el de la capa roja, o tal vez su hermana estaba muerta sólo en apariencia? Esto último me pareció más verosímil, pero no debía decir al hermano de la difunta que tal vez un corte menos precipitado la habría despertado sin matarla, y por ello quise desprenderle por completo la cabeza; pero la moribunda gimió una vez más, se agitó por el dolor y murió. Me quedé sobrecogido y me precipité horrorizado fuera de la estancia. El corredor estaba oscuro, pues la lámpara se había apagado. No descubrí ni rastro de mi acompañante y hube de avanzar en la oscuridad guiándome por la pared para llegar a la escalera de caracol. Por fin la encontré y descendí cayendo y resbalando. Tampoco abajo había ni un alma. La puerta la encontré sólo entornada y respiré más libremente al hallarme en la calle, pues el interior de la casa me resultaba insoportable. Espoleado por el terror, corrí a mi casa y me hundí en las almohadas de mi lecho para olvidar el horror que había vivido. Pero el sueño había huido y sólo al amanecer se apoderó de mí. Me parecía probable que el hombre que me había inducido a aquel crimen atroz, que es como entonces lo consideraba, no me denunciara. Decidí dirigirme a mi tienda y continuar en mi negocio, con aspecto despreocupado en la medida de lo posible. Pero ¡ay!, sólo entonces caí en la cuenta de una circunstancia que aumentó todavía más mi preocupación. Me faltaban mi gorra y mi cinturón, así como el cuchillo, y no

estaba seguro de si los había dejado en la habitación de la muerta o los había perdido en mi huida. Por desgracia, lo primero me parecía más verosímil y por tanto me podrían descubrir.

Abrí el almacén a la hora acostumbrada. Como solía hacer todas las mañanas, acudió mi vecino, que era un hombre hablador:

—¿Y qué me decís del espantoso suceso —comenzó— que ocurrió anoche?

Hice como si no supiera nada.

—¿Cómo podéis no haberos enterado, si toda la ciudad no habla de otra cosa? ¿No sabéis que esta noche ha sido asesinada Bianca, la más hermosa flor de Florencia, la hija del gobernador? ¡Ah! La vi ayer, tan feliz aún, recorrer las calles con su prometido, ya que hoy debían celebrar sus bodas.

Cada palabra de mi vecino era como un pinchazo en el corazón. ¡Y cuán a menudo se repitió mi tormento, ya que todos los clientes me contaban la historia, más espantosa cada vez, pero que en ningún caso podía decir todo el horror que yo mismo había presenciado! Alrededor de mediodía se presentó un hombre del juzgado en mi almacén y me pidió que despidiera a la gente.

—*Signore*[11] Zaleuco —dijo mostrando los objetos que yo había perdido —, ¿os pertenecen estas cosas?

Consideré si no debía negarlo por completo, pero vi a través de la puerta entreabierta a mi patrón y a varios conocidos que podían testificar contra mí y decidí no empeorar más el asunto con una mentira, reconociéndome dueño de los objetos que me mostraban.

El alguacil me ordenó seguirle y me condujo a un gran edificio, que pronto reconocí como la cárcel. Allí se me asignó por el momento una celda.

Mi situación me pareció desesperada cuando, al quedarme solo, me puse a reflexionar. Una y otra vez me venía la idea de haber cometido un asesinato, aunque involuntario. Tampoco podía engañarme: el brillo del oro me había deslumbrado, porque en caso contrario no habría caído tan fácilmente en la trampa. Dos horas después me sacaron de la celda. Descendimos varias escaleras y llegué a una gran sala. En torno a una mesa larga, cubierta con un paño negro, estaban sentados doce hombres, en su mayoría ancianos. A los lados de la sala había bancos ocupados por los próceres de Florencia; en las galerías que se hallaban en la parte alta se apiñaban los espectadores. Cuando llegué ante la mesa negra, se levantó un hombre de aspecto abatido y sombrío, el gobernador. Dijo a los reunidos que, siendo el padre, no quería ser juez en este asunto y que en esta ocasión cedería su lugar al más anciano de los senadores. Era éste un anciano de noventa años por lo menos; caminaba encorvado, y sus sienes estaban orladas de escasos cabellos blancos; pero sus ojos brillaban todavía llenos de viveza y su voz era fuerte y segura. Comenzó preguntándome si me confesaba culpable del crimen. Pedí la palabra y relaté sereno y con voz clara lo que había hecho y lo que sabía. Observé que, mientras hablaba, el gobernador tan pronto empalidecía como enrojecía y, cuando terminé, exclamó encolerizado:

—¡Ah, miserable! ¿Conque quieres cargar sobre otro un crimen que has cometido por codicia?

El senador le censuró la interrupción, ya que había renunciado voluntariamente a su derecho y tampoco estaba probado que yo hubiera cometido un delito por codicia, pues, según su propia afirmación, no le habían robado nada a la difunta. Continuó diciendo que debía informar sobre la vida que había llevado su hija, pues sólo así podía averiguarse si yo había dicho la verdad o no. Después levantó la sesión por ese día para, según dijo, investigar en los papeles de la joven que el gobernador iba a entregarle. Me devolvieron a mi celda, donde pasé un día triste con el ardiente deseo de que se pudiera descubrir alguna relación entre la muerta y el hombre de la capa roja. Al día siguiente entré en la sala del tribunal lleno de esperanza. Había varias cartas sobre la mesa; el viejo senador me preguntó si la letra era mía. Las miré y encontré que debían ser de la misma mano que los dos mensajes que yo había conservado. Así se lo manifesté a los senadores, pero no parecieron prestar atención y respondieron que yo mismo podía haberlos escrito y así habría sido, puesto que la firma de las cartas era evidentemente una Z, la inicial de mi nombre. Las cartas contenían amenazas a la muerta por el matrimonio que quería contraer.

Parecía que el gobernador les había proporcionado informaciones particulares en relación con mi persona, pues ese día se me trató con más desconfianza y severidad. Para justificarme, me referí a los papeles, que debían hallarse en mi habitación, pero se me dijo que los habían buscado y no habían encontrado nada. Así se desvaneció toda esperanza para mí y, cuando al tercer día fui conducido a la sala, me leyeron la sentencia: probado que había cometido el crimen de que se me acusaba, era condenado a muerte. A eso había llegado: abandonado por todo lo que en la tierra me era aún querido, lejos de mi patria, debía ser ajusticiado a pesar de ser inocente y estar en la flor de mi juventud.

En la tarde de aquel día aciago en que se había decidido mi destino, estaba sentado en mi celda solitaria, desvanecidas mis esperanzas y con mis pensamientos dirigidos a la muerte, cuando inesperadamente se abrió la puerta y entró un hombre que me contempló largo rato en silencio.

—Así que te vuelvo a encontrar, Zaleuco —dijo.

Al débil resplandor de mi lámpara no le había reconocido, pero el sonido de su voz despertó en mí viejos recuerdos: era Valetty, uno de los pocos amigos que hice en la ciudad de París cuando estudiaba allí. Dijo que casualmente había venido a Florencia, donde vivía su padre, hombre respetado, y había oído mi historia, por lo que había venido para verme una vez más y oír directamente de mí cómo había podido ponerme en tan tremenda situación. Le conté toda la historia. Pareció muy asombrado y me exhortó a confesarle todo a él, a mi único amigo, y a no morir con una mentira sobre mi conciencia. Le juré con la mayor solemnidad que había dicho la verdad y que no pesaba sobre mí más culpa que la de, cegado por el brillo del oro, no haber reconocido la falsedad del relato del desconocido.

—¿Así es que no conocías a Bianca? —me preguntó.

Le aseguré que jamás la había visto. Valetty me contó entonces que había en el asunto un grave secreto, que el gobernador había precipitado mi juicio y se había extendido entre la gente el rumor de que yo conocía a Bianca hacía tiempo y que, para vengarme de su matrimonio con otro, la había asesinado. Le hice observar que todo esto cuadraba bien al poseedor de la capa roja, pero que su participación en el hecho no podía probarse con nada. Valetty me abrazó llorando y me prometió hacer todo lo posible al menos para salvar mi vida. Tenía poca esperanza, pero sabía que Valetty era un hombre sabio y conocedor de las leyes y que haría lo que fuera por salvarme. Pasé dos largos días en la incertidumbre, al cabo de los cuales apareció Valetty.

—Traigo un consuelo, aunque doloroso. Vivirás y quedarás libre, pero perderás una mano.

Conmovido, di las gracias a mi amigo. Éste me explicó que el gobernador se había mostrado implacable en cuanto a investigar otra vez el asunto, pero que finalmente había concedido, para no parecer injusto, que, si en los libros de la historia de Florencia se hallaba un caso semejante al mío, mi pena se ajustaría a la que allí se impusiera. Su padre y él habían buscado día y noche en los viejos libros y habían terminado por encontrar un caso muy parecido al mío. La sentencia era que al culpable se le cortaría la mano izquierda, se le requisarían sus bienes y sería desterrado para siempre. Así era también mi condena y debía por tanto prepararme para la dolorosa hora que me esperaba. No quiero hablaros de esos terribles momentos, en que, en medio de la plaza del mercado, puse mi mano para recibir el tajo, y mi propia sangre se derramó abundantemente sobre mí.

Valetty me acogió en su casa hasta que estuve restablecido y luego me surtió generosamente de dinero para el viaje, ya que todo lo que con tanto esfuerzo había conseguido quedó en poder del juzgado. Viajé de Florencia a Sicilia y de allí a Constantinopla en el primer barco que encontré. Mi esperanza estaba en la suma que había entregado a mi amigo, al que también pedí que me alojara en su casa. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando éste me preguntó por qué no me instalaba en mi casa. Me dijo que un extranjero había comprado una casa a nombre mío en el barrio de los griegos, diciendo al vecino que yo llegaría pronto. Inmediatamente me dirigí allí con mi amigo y fui recibido con alegría por todos mis vecinos. Un viejo mercader me entregó una carta que había dejado para mí el hombre que compró la casa.

La carta decía así:

Zaleuco:

Hay dos manos dispuestas a hacer que tú no sientas la pérdida de una. La casa que ves y todo lo que hay dentro es tuyo, y todos los años se te entregará lo suficiente para que te cuentes entre los ricos de tus conciudadanos. ¡Ojalá puedas perdonar a quien es más desgraciado que tú!

Podía suponer quién lo había escrito, pero además el mercader respondió a mis preguntas que había sido un hombre que le pareció un franco, vestido con una capa roja. A decir verdad, sabía de sobra que el desconocido no estaba desprovisto de algún noble propósito. En mi nueva casa encontré todo

dispuesto de la mejor manera posible y un almacén con mejor mercancía de la que yo nunca había tenido. Diez años han pasado desde entonces; más por la vieja costumbre que por necesidad, continuó mi comercio, pero nunca he vuelto a ver aquella tierra en la que fui tan desgraciado. Desde entonces recibo cada año mil monedas de oro, pero, aunque me complace saber noble a aquel desdichado, no puede el dinero redimir el dolor de mi corazón, pues vive eternamente en mí la espantosa imagen de Bianca muerta.

Zaleuco, el mercader griego, había terminado su historia. Los demás le habían escuchado con gran interés; sobre todo el extranjero parecía particularmente conmovido. En alguna ocasión había dejado escapar profundos suspiros, y a Muley le pareció incluso que tenía lágrimas en los ojos. Hablaron aún mucho tiempo sobre la historia.

—¿Y no odiáis al desconocido que tan indiferente fue a la pérdida de un miembro tan importante de vuestro cuerpo e incluso puso en peligro vuestra vida? —preguntó el desconocido.

—En efecto, hubo al principio momentos —respondió el griego— en los que mi corazón le acusaba ante Dios de haber envenenado mi vida, pero hallé consuelo en la fe de mis padres y ésta me manda amar a mis enemigos; además, él es aún más infeliz que yo.

—¡Sois un hombre noble! —exclamó el extranjero estrechando emocionado la mano del griego.

El jefe de la guardia interrumpió su charla. Entró en la tienda con aire inquieto, diciendo que no debía prolongarse el descanso porque era en aquel lugar donde solían atacar a las caravanas y que sus vigilantes creían incluso haber visto varios jinetes en la lejanía.

Los mercaderes se mostraron muy inquietos por la noticia, pero Selim, el extranjero, se extrañó por su preocupación, considerando que estaban tan bien protegidos que no tenían que temer ni a una tropa de bandoleros árabes.

—¡En efecto, señor! —le respondió el jefe de los guardias—. Si se tratara sólo de ladrones, se podría descansar sin preocupación, pero desde hace algún tiempo aparece por aquí el temible Orbasán, y más vale estar prevenido.

El extranjero preguntó quién era ese Orbasán, y Ahmed, el anciano mercader, le respondió:

—Corren entre el pueblo todo tipo de leyendas sobre ese extraño personaje. Unos le tienen por un ser sobrehumano, porque a menudo ha vencido con cinco o seis hombres; otros, por un franco valiente a quien la

desgracia ha desviado hacia estas tierras; pero lo cierto es que es un temible bandolero y ladrón.

—No supongáis eso —replicó Leza, uno de los mercaderes—. Si bien es ladrón, también es cierto que es un hombre noble y como tal se ha comportado con mi hermano, como podría contaros a modo de ejemplo. Ha hecho de toda su banda hombres ordenados y, en tanto que él domine el desierto, ninguna otra banda se atreverá a aparecer. Tampoco roba como los demás, sino que cobra a las caravanas un dinero por su protección, y, si se le paga voluntariamente, se continúa sin peligro, pues Orbasán es el dueño del desierto.

Los viajeros hablaban entre ellos en la tienda, pero los vigías situados en torno al campamento empezaban a inquietarse. Como a una media hora de distancia se divisaba un número bastante considerable de jinetes armados, que al parecer se dirigían hacia el campamento. Uno de los hombres de la guardia se dirigió a la tienda para anunciar que probablemente serían atacados. Los comerciantes discutían entre ellos qué habría que hacer: si salirles al paso o esperar el ataque. Ahmed y los dos comerciantes ancianos eran partidarios de esto último, pero el fogoso Muley y Zaleuco aconsejaban lo primero y trataban de atraer a su opinión al extranjero. Pero éste sacó tranquilamente un pañuelo azul con estrellas rojas de su cinturón, lo ató a una lanza y ordenó a uno de los esclavos que la colocara sobre la tienda; dijo que apostaría su vida a que, al ver esa señal, los jinetes pasarían de largo. Muley no creía que tuviera éxito, pero el esclavo emplazó la lanza sobre la tienda. Entretanto, todos los que estaban en el campamento habían cogido las armas y observaban a los jinetes en una tensa espera. Éstos vieron al parecer la señal sobre la tienda y de repente se desviaron de la dirección del campamento y, describiendo un amplio arco, continuaron hacia un lado.

Los viajeros se quedaron algunos momentos perplejos y tan pronto miraban a los jinetes como al extranjero. Éste permanecía indiferente, como si nada hubiera sucedido ante la tienda, contemplando la llanura. Por fin Muley rompió el silencio:

—¿Quién eres tú, poderoso extranjero —exclamó—, que con una señal dominas a las hordas salvajes del desierto?

—Sobrestimáis mi poder —respondió Selim Baruj—. Me he provisto de esta señal al huir de la prisión; no sé yo lo que puede significar, sólo sé que quien viaje con ella tendrá una fuerte protección.

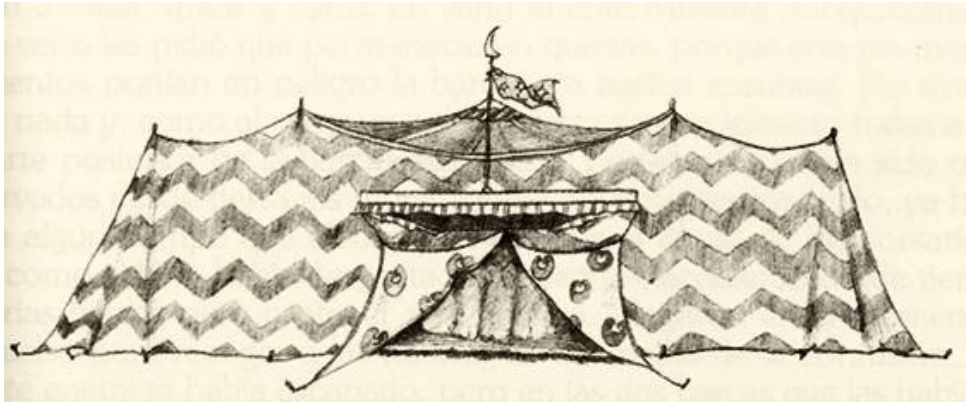
Los mercaderes dieron las gracias al extranjero, considerándole su salvador. Ciertamente, el número de jinetes era tan grande que la caravana

no habría podido resistir mucho tiempo.

Con el espíritu más aliviado se entregaron al descanso y, cuando el sol comenzó a ocultarse y el viento de la noche sopló sobre la llanura de arena, se pusieron en marcha y continuaron su camino.

Al día siguiente acamparon aproximadamente a una jornada de distancia del límite del desierto. Cuando los viajeros se hubieron reunido de nuevo en la gran tienda, tomó la palabra Leza, el comerciante:

—Ayer os dije que el temido Orbasán era un hombre generoso: permitidme que hoy os lo pruebe con el relato del destino de mi hermano. Mi padre era cadí[12] *en Acara. Tenía tres hijos. Yo era el mayor, y mi hermano y mi hermana eran mucho más jóvenes. A los veinte años me llamó a su lado un hermano de mi padre. Me nombraba heredero de sus bienes con la condición de que permaneciera junto a él hasta su muerte. Tuvo una vida muy larga, de modo que hace sólo dos años que volví a mi patria y no sabía qué terrible destino había tenido entretanto mi casa y qué bondadoso se había mostrado Alá en su ayuda.*



El rescate de Fátima

Mi hermano Mustafá y mi hermana Fátima eran casi de la misma edad; aquél tenía a lo sumo dos años más. Se querían mucho y los dos contribuían a que resultara más ligero para mi padre el peso de la vejez. Cuando Fátima cumplió dieciséis años, mi hermano organizó una fiesta. Invitó a todas las amigas, dispuso en el jardín de la casa exquisitos platos y al atardecer invitó a las muchachas a subir a una barca que había alquilado y adornado festivamente para dar un pequeño paseo por la costa. Fátima y sus compañeras se mostraron encantadas, pues la tarde era hermosa y la ciudad ofrecía una vista magnífica contemplada desde el mar, especialmente al anochecer. A las muchachas les gustó tanto que pedían a mi hermano seguir adentrándose en el mar. Mustafá accedió de no muy buena gana, porque hacía unos días se había dejado ver un corsario. No lejos de la ciudad hay un promontorio que se adentra en el mar: hasta allí querían ir las muchachas para ver cómo se hundía el sol en el mar. Remando ya cerca vieron a poca distancia una barca ocupada por gente armada. Sospechando que no se trataba de nada bueno, mi hermano ordenó a los remeros dar la vuelta y dirigirse a tierra. De hecho, su temor pareció confirmarse, pues la barca se acercó rápidamente a la de mi hermano, la adelantó porque tenía más remeros, y se detuvo entre la tierra y nuestra barca. Al darse cuenta del peligro que las amenazaba, las muchachas empezaron a saltar, gritar y llorar. En vano intentó Mustafá tranquilizarlas, en vano les pidió que permanecieran quietas, porque con sus movimientos ponían en peligro la barca y la harían zozobrar. No sirvió de nada y, como al acercarse el otro bote se precipitaron todas a la parte posterior de la barca, ésta volcó. Entretanto habían sido observados desde tierra los movimientos del bote desconocido; ya hacía algún tiempo que albergaban temores a causa de los corsarios y, como el bote había despertado sospechas, acudieron desde tierra varias barcas para proteger a la nuestra. Llegaron en el momento preciso para recoger a las náufragas. En medio de la confusión, el bote enemigo había escapado, pero en las dos barcas que las

habían recogido se dudaba que se hubieran salvado todas; se acercaron y, ¡ay!, encontraron que faltaban mi hermana y una de sus compañeras, y al mismo tiempo descubrieron en una de las barcas a un hombre a quien nadie conocía. Ante las amenazas de Mustafá, reconoció que pertenecía al barco enemigo fondeado a dos millas al Este y que, en su precipitada huida, sus compañeros le habían abandonado al intentar ayudar a rescatar a las muchachas; también dijo haber visto cómo se llevaban al barco a dos de ellas.

El dolor de mi anciano padre no tuvo límite, pero también Mustafá estaba terriblemente afligido, pues no sólo había perdido a su querida hermana y se acusaba de ser culpable de su desgracia, sino que la amiga de Fátima que había corrido su misma suerte estaba destinada por sus padres para esposa suya, aunque todavía no se había atrevido a comunicárselo a nuestro padre, porque los padres de ella eran pobres y de linaje inferior al nuestro. Mi padre era hombre severo y, cuando su dolor remitió un poco, hizo venir ante él a Mustafá y le habló así: «Tu insensatez me ha privado del consuelo de mi vejez y la alegría de mis ojos. Vete, te expulso para siempre de mi lado, te maldigo a ti y a tus descendientes, y sólo si me devuelves a Fátima estará libre tu cabeza de la maldición paterna».

Mi pobre hermano no se esperaba esto. Ya había decidido antes ir en busca de su hermana y de su amiga y quería recibir la bendición paterna, pero él le enviaba ahora por el mundo cargado con su maldición. Pero, si antes le había rendido aquel pesar, ahora espoleó su valor la atrocidad de la desgracia que no había merecido.

Se dirigió al pirata capturado y le interrogó sobre la dirección en la que iría su barco. Supo que comerciaban con esclavos y que habitualmente se detenían en el gran mercado de Basora.

Al volver a casa a prepararse para la partida, la cólera del padre parecía haber remitido algo, pues le entregó una bolsa de oro para el viaje. Mustafá se despidió llorando de los padres de Zoraida, que así se llamaba la novia robada, y se puso en camino hacia Basora.

Mustafá no hizo el viaje por mar, ya que desde nuestra pequeña ciudad no partía ningún barco directo hacia Basora. Por ello tenía que hacer jornadas muy largas para no llegar a Basora mucho después que los piratas. Con un buen caballo y nada de equipaje, podía contar con llegar a la ciudad al final del sexto día. En la noche del cuarto, sin embargo, cuando cabalgaba solitario, le asaltaron repentinamente tres hombres. Al observar que estaban bien armados y eran fuertes, como tenía menos interés por su dinero y su caballo que por su vida, les dijo que se entregaba. Bajaron de sus caballos, le ataron las piernas bajo el vientre de su caballo y le colocaron en medio de ellos; cogiendo uno las riendas de su caballo, se lo llevaron rápidamente, sin decir palabra.

Mustafá se entregó a una muda desesperación, pareciéndole que ya se manifestaba sobradamente la maldición de su padre. ¿Cómo iba a esperar poder salvar a su hermana y a Zoraida, si privado de todos sus medios sólo era capaz de ofrecer su desdichada vida para liberarlas? Mustafá y sus mudos acompañantes habrían cabalgado ya como una hora, cuando se desviaron a un pequeño valle transversal. El vallecillo rodeado de árboles altos, un césped verde oscuro y un arroyo que lo atravesaba por el medio invitaban al descanso. De hecho vio de quince a veinte tiendas a las que estaban amarrados camellos y hermosos caballos; de una de las tiendas salían las notas alegres de una cítara y de dos hermosas bocas de hombres. A mi hermano le pareció que gente que había elegido un lugar de acampada tan encantador no podía tener en mente nada malo contra él, y obedeció sin inquietud la invitación de sus guías, que, una vez que le liberaron de sus ataduras, le indicaron que bajara del caballo. Le condujeron a una tienda más grande que las demás y en su interior estaba bien arreglada, casi con esmero. Los magníficos almohadones bordados en oro, las soberbias alfombras y las pipas de oro hubieran denotado riqueza y vida holgada en otro lugar, pero aquí parecían sólo mera rapiña. Sobre un almohadón estaba sentado un hombrecillo viejo, de cara repulsiva, piel oscura y brillante, y un aire hostil de astucia turca en torno a los ojos y a la boca que hacían desagradable su

presencia. Aunque el personaje intentaba darse importancia, Mustafá advirtió pronto que la tienda no estaba así adornada tan lujosamente para él, y la manera de dirigirse a él su guía le pareció confirmar su sospecha.

—¿Dónde está el Poderoso? —preguntaron al pequeño.

—Está de caza —respondió aquél—, pero me ha encargado que ocupe su lugar.

—En esto no ha actuado cuerdamente —respondió uno de los bandidos—, pues hay que decidir pronto si este perro debe morir o pagar, y eso lo sabe el Poderoso mejor que tú.

El hombrecillo se levantó para poner de relieve su dignidad y se estiró para alcanzar con los dedos la oreja de su enemigo, pues quería vengarse con un golpe, pero, viendo que sus esfuerzos eran vanos, empezó a desatarse en improperios (¡y verdaderamente los demás no le fueron a la zaga!), de tal modo que la tienda temblaba.

De repente se abrió la entrada de la tienda y entró un hombre alto y elegante, joven y bello como un príncipe persa. Su traje era sencillo y sus armas pequeñas, a excepción de un puñal ricamente adornado y un brillante sable, pero su mirada grave y toda su apariencia inspiraban respeto sin provocar miedo.

—¿Quién es el que se atreve a armar pelea en mi tienda? —exclamó.

Durante un tiempo reinó un profundo silencio, y por fin uno de los que habían traído a Mustafá contó lo sucedido. El rostro del Poderoso, como le llamaban ellos, pareció ponerse rojo de cólera.

—¿Cuándo te he dejado a ti en mi lugar, Hasán? —gritó al hombrecillo con una voz terrible.

Éste se encogió de miedo, de modo que parecía mucho más pequeño que antes, y se deslizó hacia la puerta. Una zancada del Poderoso hizo que desapareciera por la puerta con un gran salto.

Cuando desapareció, los tres hombres llevaron a Mustafá ante el dueño de la tienda, que entretanto se había tendido sobre un cojín.

—Aquí traemos al que nos has ordenado capturar.

Éste contempló largo tiempo al prisionero y dijo después:

—¡Bajá[13] de Zuleica! Tu propia conciencia te dirá por qué estás ante Orbasán.

Cuando mi hermano oyó esto, se inclinó delante de él y respondió:

—¡Oh, señor! Parece que estás equivocado: soy un pobre desgraciado, pero no el bajá al que buscas.

A todos los presentes les sorprendieron estas palabras.

El señor de la tienda dijo:

—De poca ayuda te va a servir el fingimiento, pues te llevaré ante gente que te conoce bien.

Mandó traer a Zuleima. Trajeron a la tienda a una mujer anciana, que, a la pregunta de si reconocía en mi hermano al bajá de Zuleica, respondió afirmativamente y juró por la tumba del profeta que era él y no otro.

—¿Ves, miserable, cómo tu treta ha fracasado? —comentó encolerizado el Poderoso—. ¡Eres demasiado despreciable para que manche mi buen puñal con tu sangre, pero te ataré a la cola de mi caballo, y mañana cuando el sol se levante iré a cazar contigo por los bosques hasta que se oculte tras las colinas de Zuleica!

Mi pobre hermano perdió el valor:

—¡Ésta es la maldición de mi cruel padre, que me lanza a una muerte terrible —exclamó llorando—, y tú también estás perdida, querida hermana, y tú, Zoraida!

—Tu simulación no te sirve de nada —dijo uno de los ladrones, atándole las manos a la espalda—. Desaparece de la tienda, que el Poderoso se muerde los labios y mira su puñal. Si quieres vivir una noche todavía, ven.

Justo cuando los ladrones querían sacar a mi hermano de la tienda, se encontraron con otros tres precedidos por un prisionero. Entraron con él.

—Aquí traemos al bajá, como nos ordenaste —dijeron llevando al prisionero ante el cojín del Poderoso.

Al entrar el prisionero, mi hermano tuvo ocasión de contemplarle y le llamó la atención el parecido que este hombre tenía con él, aunque su rostro era más moreno y tenía una barba negra. El Poderoso pareció muy asombrado por la aparición del segundo prisionero:

—¿Quién de vosotros es el auténtico? —dijo mirando ya a mi hermano, ya al prisionero.

—Si te refieres al bajá de Zuleica —respondió en tono orgulloso el prisionero—, soy yo.

El Poderoso le contempló largo tiempo con su grave y terrible mirada y luego indicó en silencio que se lo llevaran. Cuando lo hubieron hecho, se dirigió a mi hermano, cortó sus ataduras con su puñal y le pidió que se sentara en el cojín:

—¡Lamento, extranjero, haberte confundido con aquel criminal! —dijo—. Pero atribuye a una disposición especial del cielo que te haya conducido a las manos de mis hermanos precisamente en el momento destinado a la muerte de ese malvado.

Mi hermano le pidió una única gracia, la de que le permitiera seguir su viaje inmediatamente, porque cualquier demora podía ser para él fatal. El Poderoso le preguntó por la causa de su prisa y, cuando Mustafá le hubo contado todo, le aconsejó permanecer esa noche en su tienda, ya que él y su caballo necesitaban descanso: al día siguiente le mostraría un camino que le llevaría a Basora en día y medio. Mi hermano aceptó, fue espléndidamente agasajado y durmió tranquilamente hasta que llegó la mañana en la tienda del bandolero.

Al despertar se vio solo, pero ante la cortina de la tienda oyó varias voces que hablaban: una parecía pertenecer al dueño de la tienda y la otra al hombrecillo moreno y pequeño.

Escuchó un poco y oyó con espanto que el pequeño se empeñaba en convencer al otro para que matara al extranjero, ya que cuando estuviera libre podía delatarlos. Mustafá advirtió enseguida que el pequeño le guardaba rencor por haber sido la causa de que el día anterior le trataran tan mal. El Poderoso pareció reflexionar unos momentos:

—No —dijo—, es mi huésped y la hospitalidad es sagrada para mí; tampoco da la impresión de querer delatarnos.

Después de hablar así, levantó la cortina y entró.

—La paz sea contigo, Mustafá —dijo—. Saboreemos la bebida de la mañana y disponte para la partida.

Le tendió un vaso de sorbete y, una vez bebido, enjaezaron los caballos, y con un ánimo verdaderamente más alegre del que tenía al llegar, Mustafá subió a su montura. Pronto dejaron atrás las tiendas y recorrieron un buen trecho camino del desierto. El Poderoso contó a mi hermano que el bajá al que habían capturado les prometió permitirles permanecer sin peligro dentro de su territorio, pero hacía unas semanas había capturado a uno de sus hombres más valientes y le había hecho colgar después de atroces tormentos. Había ordenado espiarle bastante tiempo y hoy mismo debía morir. Mustafá no se atrevió a objetar nada, pues estaba contento de haber escapado sano y salvo.

A la salida del bosque, el Poderoso detuvo su caballo, indicó el camino a mi hermano y le dio la mano para despedirle, diciendo:

—Mustafá, de modo muy especial has sido huésped del bandolero Orbasán: no voy a exhortarte a que no delates lo que has visto y oído. Has pasado por una angustia inmerecida y te debo una compensación. Acepta este puñal como recuerdo y, si necesitas ayuda, házmelo llegar y me apresuraré a auxiliarte. Esta bolsa tal vez la necesites en el viaje.

Mi hermano le agradeció su generosidad, tomó el puñal y rechazó el dinero. Sin embargo, Orbasán le estrechó una vez más la mano, dejó caer la bolsa y desapareció en el bosque a la velocidad del rayo. Al ver Mustafá que ya no la recogería, desmontó para tomar la bolsa y quedó asombrado de la magnanimidad de su amigo, pues la bolsa contenía una buena cantidad de oro. Dio las gracias a Alá por su salvación, encomendó a su bondad al bandolero y con el corazón alegre siguió su camino hacia Basora.

En este punto, Leza guardó silencio y miró indeciso a Ahmed, el viejo mercader.

—Si es así —dijo éste—, con gusto modifico mi juicio sobre Orbasán, pues verdaderamente trató bien a tu hermano.

—Se ha portado como un buen musulmán —exclamó Muley—, pero espero que no hayas cerrado tu historia con esto, pues, según me imagino, todos estamos ansiosos por seguir escuchando cómo le fue a tu hermano y si liberó a tu hermana Fátima y a la bella Zoraida.

—Si no os aburro, con gusto os lo seguiré contando —respondió Leza—, pues la historia de mi hermano es curiosa y llena de aventuras.

Al mediodía del séptimo después de su partida, llegó Mustafá a las puertas de Basora. En cuanto se detuvo en un lugar de descanso para caravanas, preguntó cuándo comenzaba el mercado de esclavos que se celebraba allí anualmente. Obtuvo la terrible respuesta de que llegaba con dos días de retraso. Lamentaron su retraso y le contaron que se había perdido una gran cosa, pues el último día habían llegado dos esclavas de tan gran belleza, que habían atraído las miradas de todos los compradores. Se había llegado a auténticas peleas y golpes por ellas y habían sido vendidas a un precio tan alto, que sólo su actual dueño no se había arredrado ante él. Se informó con más detalle sobre las dos, y no le quedó ninguna duda de que las desdichadas eran las que él buscaba. También supo que el hombre que las había comprado vivía a cuarenta horas de Basora y se llamaba Thiuli-Kos, un hombre muy rico y ya viejo, que antes había sido kapudan-bajá**[14]** del gran señor, pero ahora se había retirado a descansar con las riquezas acumuladas.

Mustafá quería al principio lanzarse otra vez a cabalgar para llegar rápidamente junto a Thiuli-Kos, que sólo le debía de llevar un día de ventaja a lo sumo. Al considerar que él solo no podría enfrentarse con el poderoso viajero y menos arrebatarle su botín, trató de idear otro plan y pronto lo encontró. El hecho de que le confundieran con el bajá de Zuleica, que estuvo

a punto de ser fatal para él, le llevó a pensar en presentarse con este nombre en la casa de Thiuli-Kos y hacer un intento de rescatar a las dos desdichadas jóvenes. Contrató a algunos sirvientes y alquiló caballos, para lo cual le sirvió de inapreciable ayuda el dinero de Orbasán; se procuró lujosos trajes para él y para sus servidores y se puso en camino hacia la mansión de Thiuli. Pasados cinco días llegó a las proximidades de ésta. Estaba situada en una hermosa llanura y rodeada de altos muros que dejaban ver poco de la construcción. Al llegar allí, Mustafá se tiñó de negro el cabello y la barba, y frotó su rostro con el jugo de unas plantas que le dieron un color moreno como el del bajá. Envió luego a uno de sus servidores al castillo y le mandó pedir albergue para la noche en nombre del bajá de Zuleica. Pronto volvió el servidor y con él cuatro esclavos muy bien vestidos, que cogieron las bridas del caballo de Mustafá y le condujeron al patio del castillo. Allí le ayudaron a descender, y otros cuatro le llevaron por una escalera de mármol a presencia de Thiuli.

Éste, un viejo risueño, recibió a mi hermano con mucho respeto y le hizo probar lo mejor que su cocinero sabía preparar. En la sobremesa, Mustafá fue llevando la conversación al tema de las nuevas esclavas, y Thiuli celebró su belleza, lamentando sólo que estuvieran siempre tan tristes, aunque creía que esto pasaría pronto. Mi hermano estaba muy divertido por el recibimiento y se retiró a descansar con las mejores esperanzas.

Habría dormido una hora aproximadamente, cuando le despertó la luz de una lámpara que le iluminó la cara. Al levantarse creyó que estaba soñando todavía, pues estaba delante de él aquel individuo moreno y pequeño de la tienda de Orbasán, con una lámpara en la mano y su bocaza abierta en una sonrisa odiosa. Mustafá se pellizcó el brazo y se retorció la nariz para convencerse de que estaba despierto, pero la aparición siguió como antes.

—¿Qué haces en mi cama? —exclamó Mustafá cuando se hubo recobrado de su asombro.

—¡No os esforcéis, señor! —dijo el otro—. Os he descubierto y por eso he venido. Todavía recordaba vuestro estimado rostro, pero verdaderamente, si no hubiera ayudado a colgar con mis propias manos al bajá, tal vez me habríais engañado. Ahora estoy aquí para hacer una pregunta.

—Sobre todo di cómo has llegado hasta aquí —le respondió Mustafá, lleno de cólera por verse descubierto.

—Os lo voy a decir —respondió—. Ya no podía soportar al Poderoso y por eso huí. Pero vos, señor Mustafá, habéis sido propiamente la causa de nuestra disputa, y por ello habréis de darme por esposa a vuestra hermana y

yo os ayudaré en la fuga; si no me la dais, acudiré a mi nuevo señor y le contaré algo sobre el nuevo bajá.

Mustafá estaba fuera de sí por el horror y la rabia: ahora, cuando se creía cerca de la meta de sus deseos, tenía que venir aquel indeseable y hacer fracasar todo. Sólo había un medio de salvar su plan: tenía que matar al pequeño monstruo. De un salto se tiró de la cama y se abalanzó sobre el pequeño, pero éste, que debía haberse imaginado algo así, dejó caer la lámpara, que se apagó, y escapó en la oscuridad gritando horriblemente para pedir ayuda.

Necesitaba urgentemente un plan genial; a las muchachas debía dejarlas por el momento y pensar sólo en salvarse él. Por ello se dirigió a la ventana para ver si podía saltar. Hasta el suelo, la altura era considerable y por el otro lado había un muro elevado que tendría que escalar. Se hallaba, vacilante, ante la ventana, pero oyó muchas voces que se acercaban a su habitación, que estaban ya a la puerta, y cogió desesperado el puñal y la ropa, y se lanzó por la ventana. La caída fue dura, pero sintió que no se había roto ningún miembro y corrió hacia el muro que rodeaba el patio, lo escaló, para asombro de sus perseguidores, y pronto se vio libre. Huyó hasta llegar a un bosquecillo, donde se tumbó agotado. Se puso a pensar qué podía hacer. Había tenido que abandonar caballos y servidores, pero estaba salvado el dinero, que llevaba en el cinturón. Su mente ingeniosa descubrió pronto otra vía para el rescate. Siguió por el bosque hasta llegar a un pueblo, donde por poco dinero compró un caballo que en poco tiempo le llevó a una ciudad. Allí buscó un médico, y le aconsejaron uno viejo y experimentado. Con algunas monedas de oro consiguió de éste que le entregara una medicina que produjera un sueño semejante a la muerte, que podía ser neutralizada inmediatamente por otra pócima. Ya en posesión de ambas medicinas, se compró una larga barba postiza, un traje talar negro y un montón de cajas y cajitas, de modo que en su momento pudiera parecer un médico viajero; cargó sus trabajos en un asno y regresó al castillo de Thiuli-Kos. Tenía que estar seguro de que esta vez no le descubrirían, pues la barba le cambiaba tanto que ni él se reconocía. Al llegar se identificó como el médico Chakamankabudibaba, y sucedió lo que se había imaginado: el estrafalario nombre le dio un brillo poco común a los ojos del viejo loco, de modo que de inmediato le invitó a su mesa. Chakamankabudibaba se presentó ante Thiuli y, apenas habían conversado durante una hora, el viejo decidió someter a todas sus esclavas a la cura del sabio doctor. Apenas podía éste ocultar la alegría de poder volver a ver a su amada hermana y con el corazón palpitante

siguió a Thiuli, que le condujo al serrallo. Llegaron a una habitación bellamente decorada, pero en la que no había nadie.

—Chababa o como te llames —dijo Thiuli-Kos—: mira ese agujero que hay en la pared. Por ahí sacará el brazo cada una de mis esclavas y podrás averiguar si el pulso está bien o no.

Mustafá quería poner objeciones, pero no logró que le permitiera verlas. Thiuli consintió en decirle cómo se encontraban habitualmente. Thiuli se sacó del cinturón una larga lista y comenzó a llamar a sus esclavas de una en una por su nombre: cada vez salía un brazo de la pared y el médico le tomaba el pulso. Ya había visto a cinco, y a todas las había diagnosticado como sanas, cuando Thiuli leyó el nombre de la séptima, Fátima, y una pequeña mano blanca se deslizó por el agujero. Temblando de alegría, Mustafá cogió esa mano y declaró con aire preocupado que estaba muy enferma. Thiuli quedó muy preocupado y ordenó a su sabio Chakamankabudibaba preparar rápidamente una medicina para ella. El médico salió y escribió en una hojita: «Fátima, voy a salvarte si eres capaz de decidirte a tomar una medicina que te haga morir por dos días: poseo también el medio de volverte de nuevo a la vida. Si accedes, di sólo que esta poción no te ha servido, y para mí será la señal de que aceptas».

Pronto volvió a la habitación donde esperaba impaciente Thiuli. Trajo un brebaje inofensivo, tomó una vez más el pulso a la enferma Fátima y al mismo tiempo deslizó la hojita bajo su brazalete, suministrándole la bebida por el agujero de la pared. Thiuli parecía muy preocupado por Fátima y propuso el examen de las demás hasta un momento más oportuno. Después de abandonar la habitación con Mustafá, le dijo en tono compungido:

—Chadibaba, dime claramente qué piensas de la enfermedad de Fátima.

Chakamankabudibaba respondió con un profundo suspiro:

—¡Ah, señor, ojalá el profeta te otorgue consuelo! Tiene una fiebre latente que puede acabar con ella.

Esto provocó la cólera de Thiuli:

—¿Qué dices, maldito perro de médico? ¿Que ella, por la que he pagado mil monedas de oro, se me va a morir como una vaca? ¡Entérate de que si no la salvas te corto la cabeza!

Entonces notó mi hermano que había cometido una estupidez y dio otra vez esperanzas a Thiuli. Cuando estaban todavía hablando, vino del serrallo un esclavo negro para decir al médico que la poción no había servido.

—Despliega todo tu arte, Chakamdababelba, o como te llamen, y te pagaré lo que quieras —gritó Thiuli-Kos, casi aullando por miedo a perder

tanto oro con una muerte.

—Voy a darle un jarabito que la librará de todo mal —respondió el médico.

—Sí, sí, dale un jarabito —sollozó el viejo Thiuli.

Con alegría fue Mustafá a buscar en su baúl, y después de entregárselo al esclavo negro e indicarle lo que debía tomar cada vez, volvió junto a Thiuli, le dijo que tenía que ir al lago a buscar hierbas curativas y corrió hacia la puerta. Al lado del lago que había no lejos del castillo, se quitó sus ropajes y los arrojó al agua, de forma que quedaron flotando, pero él se ocultó en unas matas y esperó a que llegara la noche para penetrar en el mausoleo que estaba junto al castillo.

Apenas llevaría Mustafá una hora ausente del castillo, le llevaron a Thiuli la espantosa noticia de que su esclava Fátima agonizaba. Envió rápidamente al lago a buscar al médico, pero pronto volvieron sus emisarios diciendo que el pobre médico se había caído al agua y se había ahogado, porque se veía flotar su traje negro en medio del lago y de vez en cuando emergía entre las olas su imponente barba. Cuando Thiuli no vio ya solución, se maldijo a sí mismo y a todo el mundo, se arrancó la barba y golpeó la cabeza contra la pared; pero todo eso no le sirvió de nada, porque Fátima, no tardó en morir en los brazos de las demás mujeres. Al oír la noticia de su muerte, Thiuli ordenó que hicieran rápidamente un ataúd, porque no podía soportar ningún muerto en la casa, e hizo llevar el cadáver al mausoleo. Los esclavos llevaron allí el sarcófago, lo depositaron rápidamente y huyeron, pues habían oído sollozos y suspiros entre los demás ataúdes.

Mustafá, que se escondía detrás de los sarcófagos y desde allí había contribuido a poner en fuga a los portadores, se acercó y encendió la lámpara que con ese objeto había traído. Sacó luego un frasco que contenía la medicina para despertar y levantó la tapa del ataúd de Fátima. ¡Pero qué desilusión sufrió cuando a la luz de la lámpara aparecieron unos rasgos desconocidos! En el ataúd no estaba ni mi hermana ni Zoraida, sino otra distinta. Necesitó un tiempo para recuperarse del nuevo golpe del destino. Al fin, la compasión venció a la cólera. Abrió el frasco y le dio el remedio. Ella respiró, abrió los ojos y pareció reflexionar un momento. Luego recordó lo sucedido, saltó del ataúd y se arrojó a los pies de Mustafá:

—¿Cómo puedo agradecerte, bondadoso ser —exclamó—, que me hayas liberado de esa terrible prisión?

Mi hermano interrumpió sus expresiones de gratitud con una pregunta: ¿Cómo había podido suceder que la rescatada fuera ella y no su hermana Fátima?

La joven le miró sorprendida y respondió:

—Ahora entiendo este rescate que antes me resultaba incomprensible. Sabe que en aquel castillo me llaman Fátima y es a mí a quien diste el mensaje y la pócima salvadora.

Mi hermano le pidió información sobre su hermana y sobre Zoraida y supo así que ambas se encontraban en el castillo, pero Thiuli les había dado otro nombre, como solía, y ahora se llamaban Mirza y Nurmahal.

Cuando Fátima, la esclava salvada, vio a mi hermano tan abatido por aquella confusión, le dio ánimos y le prometió revelarle un medio para liberar también a las dos muchachas. Reanimado por esta idea, Mustafá cobró nuevas esperanzas y le pidió que hablara; ella dijo:

—Hace cinco meses que soy esclava de Thiuli, pero desde el principio he pensado en escapar, aunque para mí sola era demasiado difícil. Habrás observado que en el patio interior del castillo hay una fuente que arroja agua por diez caños. Me llamó la atención la fuente porque recordaba haber visto una parecida en casa de mi padre: el agua llega por una amplia conducción. Para saber si estaba construida también así, un día elogié ante Thiuli su magnificencia y le pregunté quién había sido el constructor. «Yo mismo la he proyectado y lo que aquí ves no es más que lo mínimo —me respondió—. El agua recorre al menos mil pasos desde un arroyo y va por una conducción abovedada que tiene la altura aproximada de un hombre; y todo esto lo he planeado yo». Después de oírle, he deseado a menudo tener sólo por un momento la fuerza de un hombre para ser capaz de mover una piedra del lado de la fuente, porque entonces podría huir a donde quisiera. Te mostraré la conducción por la que de noche puedes entrar en el castillo y libertarlas. Pero debes ir al menos con dos hombres, para reducir a los esclavos que vigilan de noche el serrallo.

Así habló; mi hermano Mustafá, aunque ya había quedado decepcionado dos veces en sus esperanzas, cobró nuevos ánimos y esperaba llevar a cabo el plan de la esclava con la ayuda de Alá. Le prometió ocuparse de su regreso a su patria, si quería ayudarle a entrar en el castillo. Sin embargo, una idea le inquietaba: ¿De dónde sacaría dos o tres compañeros fieles? Se acordó entonces del puñal de Orbasán y de la promesa que éste le había hecho de

acudir en su ayuda en caso necesario. Salió con Fátima del mausoleo para buscar al bandido.

En la misma ciudad en que se había disfrazado de médico, compró un caballo con sus últimas monedas y alquiló una habitación para Fátima en casa de una mujer pobre de las afueras. Se dirigió luego rápidamente hacia las montañas donde había encontrado a Orbasán la primera vez y llegó en tres días. Encontró pronto su tienda y entró, para sorpresa de Orbasán, que le dio una amable bienvenida. Le contó sus fallidos intentos de rescate, sin que el severo Orbasán pudiera evitar reírse un poco de cuando en cuando, sobre todo al referirse al médico Chakamankabudibaba.

Se encolerizó por la traición del enano y juró colgarle con su propia mano donde lo encontrara. A mi hermano le aseguró que estaba dispuesto a ayudarle en cuanto descansara del viaje. Mustafá durmió otra vez esa noche en la tienda de Orbasán, y con los primeros albores del día partieron. Orbasán llevaba con él a tres de sus hombres más valientes, bien armados y con buenos caballos. Cabalgaron sin cesar y, dos días después, llegaron a la pequeña ciudad donde Mustafá había dejado a la rescatada Fátima. Desde allí continuaron con ella hasta el bosquecillo desde el que se podía ver a poca distancia el castillo de Thiuli; allí acamparon para esperar la llegada de la noche. En cuanto se puso el sol, guiados por Fátima, se dirigieron al arroyo desde el que partía la conducción de agua y pronto dieron con ella; dejaron a Fátima y a uno de los servidores con los caballos y se dispusieron a bajar;

pero antes, ella les repitió una vez más los detalles: que por la fuente llegarían al patio del castillo, donde había a derecha e izquierda dos torres en las esquinas: en la sexta puerta, a partir de la torre de la derecha, se encontraban Fátima y Zoraida, vigiladas por dos esclavos negros. Provistos de armas y herramientas, Mustafá, Orbasán y otros dos hombres entraron en la conducción; el agua les llegaba a la cintura, pero no por eso avanzaron con menos decisión. Una media hora después llegaron a la fuente y al punto pusieron manos a la obra. El muro era grueso y sólido, pero no resistió mucho tiempo el ataque de los cuatro hombres unidos y pronto practicaron una entrada de tamaño suficiente para poder pasar con holgura. Primero se introdujo Orbasán y los otros le siguieron; cuando estuvieron todos dentro del patio, observaron la parte del castillo que tenían delante para buscar la puerta indicada. Sin embargo, no se pusieron de acuerdo sobre cuál era, pues, partiendo de la torre izquierda hacia la derecha, hallaron una puerta condenada, si no es que habían pasado por alto la verdadera. Orbasán no lo pensó mucho:

—Mi buena espada abrirá cualquier puerta —exclamó dirigiéndose a la sexta; los demás le siguieron.

Al abrir la puerta encontraron seis esclavos durmiendo echados en el suelo; querían salir en silencio al ver que habían pasado por alto la puerta de la derecha, cuando apareció una sombra que empezó a pedir auxilio con una voz bien conocida. Era el hombrecillo del campamento de Orbasán. Pero antes de que los negros supieran bien qué pasaba, Orbasán se precipitó sobre el pequeño, partió en dos su cinturón, le tapó la boca y le ató las manos a la espalda; se volvió luego a los esclavos, ya medio atados por Mustafá y los otros, y ayudó a reducirlos por completo. Les pusieron un puñal al pecho y les preguntaron dónde estaban Nurmahal y Mirza: les indicaron que dormían en la habitación contigua. Mustafá se precipitó en el aposento y, en efecto, allí estaban Fátima y Zoraida, a quienes el ruido había despertado. En un momento recogieron sus ropas y sus vestidos, y siguieron a Mustafá.

Entretanto, los dos ladrones habían propuesto a Orbasán llevarse lo que encontraran, pero éste se lo prohibió, diciendo que no debía poderse decir de Orbasán que penetraba de noche en las casas para robar oro. Mustafá y las recién rescatadas se introdujeron rápidamente en la galería de la fuente, y Orbasán aseguró que los seguiría enseguida. Cuando desaparecieron, Orbasán y uno de sus hombres llevaron al hombrecillo al patio, le ataron al cuello un chal de seda que habían cogido con este propósito y le colgaron del extremo más alto de la fuente. Después de haber castigado así la traición del miserable,

se introdujeron en la conducción y siguieron a Mustafá. Con lágrimas en los ojos agradecieron su rescate al generoso Orbasán, pero éste les aconsejó que se apresuraran, pues era muy probable que Thiuli-Kos mandara perseguirlos en todas las direcciones. Profundamente conmovidos, Mustafá y las rescatadas se separaron al día siguiente de Orbasán. ¡Ciertamente nunca lo olvidarían! Fátima, la esclava liberada, se marchó disfrazada hacia Basora para embarcar rumbo a su patria.

Tras un viaje breve y grato, los míos llegaron a casa. La alegría de volverlos a ver estuvo a punto de matar a mi padre. Al día siguiente de su llegada, organizó una gran fiesta en la que participó la ciudad entera. Ante una gran concurrencia de parientes y amigos, mi hermano hubo de relatar su historia, y todos a una los elogiaron, a él y al noble bandido. Cuando concluyó, mi padre se puso en pie y tomó de la mano a Zoraida:

—Así quedarás libre de la maldición que hice caer sobre ti —dijo con voz solemne—: toma a esta mujer que como premio bien merecido has logrado con tu celo incansable; te concedo la bendición paterna; ojalá no falten nunca en nuestra ciudad hombres que te igualen en amor fraterno, inteligencia y entusiasmo.

La caravana había alcanzado el límite del desierto, y los viajeros recibieron alegres la aparición de los prados verdes y los árboles frondosos de los que tantos días habían estado privados. En un hermoso valle había un lugar de descanso de caravanas que eligieron para acampar durante la noche y, aunque ofrecía escasa comodidad y frescor, el grupo estaba más alegre y confiado que nunca, pues la idea de haberse librado de todos los peligros y dificultades que entraña un viaje por el desierto los había predispuesto a la risa y la diversión. Muley, el mercader joven y risueño, bailó una divertida danza y cantó una canción que arrancó una sonrisa incluso al severo Zaleuco. Pero no se conformó con alegrar a sus compañeros con cante y baile: además les contó de la forma más divertida la historia que les había prometido. Cuando se hubo recuperado de sus piruetas, comenzó a relatar la Historia del pequeño Muck.

Historia del pequeño Muck

En Nicea, mi querida ciudad natal, vivía un hombre al que llamaban el pequeño Muck. Me acuerdo muy bien de él, aunque yo era entonces muy niño, sobre todo porque a causa de él mi padre me dejó una vez medio muerto a golpes. El pequeño Muck era ya un hombre viejo cuando le conocí, pero no tenía más de tres o cuatro pies de estatura. Además, su figura era extraña, pues un cuerpo tan pequeño y enclenque debía soportar una cabeza mucho mayor y más gruesa de lo normal; vivía completamente solo en una gran casa e incluso se guisaba su propia comida. Como no salía más que una vez cada cuatro semanas, no se habría sabido en la ciudad si estaba vivo o muerto a no ser por el abundante humo que despedía su chimenea a mediodía. A menudo se le veía al anochecer andar por la azotea, pero desde la calle se habría dicho que su cabezota andaba sola. Mis amigos y yo éramos chicos traviesos que se divertían burlándose de todo el mundo, por lo cual era una gran fiesta para nosotros el día en que el pequeño Muck salía.

En la fecha prevista nos concentrábamos ante su casa hasta que aparecía. Se abría la puerta y asomaba primero la gran cabezota con el no menos gran turbante, al que seguía luego el resto del cuerpecillo, cubierto con una capita raída, amplios pantalones y un ancho cinturón del que colgaba una daga tan larga, que no se sabía si Muck estaba pegado a la daga o la daga a Muck. Cuando salía así, digo, retumbaban en el aire nuestros gritos de alegría, arrojábamos los gorros al aire y danzábamos como locos a su alrededor. El pequeño Muck saludaba con solemnes inclinaciones de cabeza y bajaba la calle con paso lento, tropezando, porque llevaba unas babuchas tan grandes y anchas como jamás había yo visto. Los chicos corríamos detrás gritando sin cesar: «¡Pequeño Muck, pequeño Muck!». Teníamos también un alegre estribillo que cantábamos en su honor de cuando en cuando:

Pequeño Muck, pequeño Muck,
en una casona vives,
sólo una vez al mes sales.
Eres un enanito,
tienes una cabecilla como una montaña.
Echa una mirada alrededor.
Búscanos y míranos,
corre y cógenos, pequeño Muck.

A veces habíamos llevado nuestro juego hasta tirarle de la capa, y he de reconocer para vergüenza mía que yo era de los más atrevidos; incluso una vez le pisé la gran babucha y cayó al suelo. Esto me resultó sumamente divertido, pero al punto se me estropeó la diversión cuando vi al pequeño Muck ir a casa de mi padre. Me escondí junto a la puerta y le vi salir de nuevo acompañado por mi padre, que le llevaba respetuosamente de la mano y se despidió de él a la puerta con muchas atenciones. Me sentía muy inquieto y permanecí largo tiempo en mi escondite. El hambre, más terrible para mí que los golpes, terminó por hacerme salir, y me presenté ante mi padre, humilde y con la cabeza gacha.

—Según he oído, te has burlado del buen Muck —dijo con tono grave—. Te contaré su historia, y seguro que no volverás a reírte de él; pero antes y después recibirás lo acostumbrado.

Lo acostumbrado eran veinticinco latigazos, que se cuidaba de contar con exactitud. Cogió después su larga vara y la empleó con más dureza que nunca.

Cuando completó los veinticinco, me mandó escuchar y me contó la historia del pequeño Muck:

El padre de Muck, que en realidad se llama Mukra, era un hombre pobre pero respetado aquí en Nicea. Vivía casi tan solitario como ahora su hijo. No podía soportar a éste, porque se avergonzaba de que fuera enano, y por ello le dejó crecer en la ignorancia. A los dieciséis años, Muck era todavía un chico alegre, y su padre, un hombre taciturno, le reprochaba siempre el ser aún pueril e inocente cuando hacía mucho que había *gastado los zapatos de niño*.

El viejo tuvo una mala caída de la que murió y dejó al pequeño Muck pobre e ignorante. Los crueles parientes, a los que el difunto debía más de lo que había podido pagar, echaron al pobre Muck de su casa, aconsejándole que se fuera a recorrer mundo para hacer fortuna. El pequeño Muck respondió que estaba dispuesto y sólo pidió el traje de su padre; fue lo único que le concedieron. Su padre había sido un hombre alto y corpulento, y su ropa no le

iba bien, pero Muck tuvo pronto una idea: cortó lo que le sobraba de largo y se la puso. Al parecer olvidó que también de ancho debía haber cortado algo, de ahí el extraño aspecto con el que aún hoy puede vérsele; el gran turbante, los anchos pantalones, la capita azul, todo es heredado de su padre y lo lleva puesto desde entonces. Se colgó en el cinturón la larga daga damasquina de su padre, cogió un bastoncillo y se puso en marcha.

Caminó alegre todo el día, pues había partido en busca de la felicidad. Si veía en el suelo brillando al sol un pedazo de vidrio, estaba convencido de que se transformaría en el más hermoso diamante; si veía a lo lejos resplandecer como fuego la cúpula de una mezquita o un lago fulgurante como un espejo, se apresuraba gozoso pensando que había llegado al país de las maravillas. Pero ¡ay!, todos los espejismos desaparecían al acercarse, y su cansancio y el vacío de su estómago ronroneante le recordaban que se encontraba aún en el país de los mortales. Había viajado así ya durante dos días, entre hambre y padecimientos, y dudaba de su suerte. Los frutos del campo eran su único alimento y la dura tierra su lecho. En la mañana del tercer día divisó desde un alto una gran ciudad. La media luna brillaba clara sobre sus torres, y ondeaban sobre los tejados banderas multicolores, que parecían invitarle a acercarse. Asombrado, se detuvo y contempló en silencio la ciudad y la zona:

—Allí está la fortuna del pequeño Muck —se dijo haciendo una zapateta a pesar del cansancio—: ahí o en ninguna parte.

Reunió todas sus fuerzas y se dirigió hacia la ciudad. Aunque parecía muy cercana, no llegó hasta mediodía, pues sus piernecillas se negaban casi por completo a obedecerle y a menudo tuvo que sentarse a la sombra de una palmera para recuperarse. Por fin alcanzó las puertas de la ciudad. Se colocó bien la capita, se arregló mejor el turbante, se estiró el cinturón y dispuso más oblicuamente la daga. Se limpió luego el polvo de los pies, cogió su bastoncillo y pasó animoso la puerta.

Ya había recorrido algunas calles, pero ninguna puerta se abrió ni le llamaron, como se había imaginado, diciendo: «Pequeño Muck, pequeño Muck, entra, come, bebe y descansa tus piececillos fatigados».

Estaba mirando con curiosidad una casa muy grande y hermosa, cuando se abrió una ventana y una mujer anciana se asomó y dijo con voz cantarina:

Aquí, aquí,
cocido está el guiso,
la mesa pongo, probadlo;
aquí, vecinos,

cocido está el guiso.

La puerta de la casa se abrió, y Muck vio entrar a muchos perros y gatos. Dudó unos minutos y acabó por decidirse y entrar. Delante de él iban un par de gatitos, y pensó seguirlos, porque probablemente sabrían mejor que él dónde estaba la cocina.

Cuando Muck había subido la escalera, encontró a la anciana que antes se había asomado a la ventana. Le miró malhumorada y le preguntó qué deseaba.

—Has invitado a todos a probar tu comida —respondió Muck—, y como estoy tan hambriento, he venido yo también.

La vieja soltó una carcajada y dijo:

—¿De dónde sales tú, joven extravagante? Toda la ciudad sabe que no guiso para nadie que no sean mis queridos gatos, y de vez en cuando invito a otros de la vecindad, como ves.

El pequeño Muck le contó sus desventuras tras la muerte de su padre y le pidió que por un día le permitiera comer con sus gatos. La vieja, a quien cayó bien el triste relato del pequeño, le permitió quedarse como huésped y le sirvió comida y bebida abundante. Cuando estuvo saciado y repuesto, la mujer le contempló largamente y le dijo:

—Pequeño Muck, quédate a mi servicio: tendrás poco trabajo y estarás bien cuidado.

A Muck le había gustado el guiso de los gatos, así que aceptó y se convirtió en sirviente de la señora Ahavzi. Tenía un cometido fácil, pero delicado: la señora tenía dos gatos y cuatro gatas, a los que el pequeño Muck tenía que cepillar todos los días y ungir con costosos ungüentos. Cuando ella salía, debía cuidar de los gatos, ponerles el plato para comer y por la noche colocarlos en cojines de seda y cubrirlos con colchas de terciopelo. También había en la casa algunos perritos a los que debía cuidar, pero a éstos no tenía que dedicarles tantas atenciones como a los gatos, a los que la señora Ahavzi tenía como a hijos suyos. Por lo demás, Muck llevaba una vida tan solitaria como en casa de su padre, pues fuera de la vieja no veía en todo el día más que perros y gatos. Durante un tiempo le fue bastante bien, tenía siempre qué comer y poco qué hacer; la anciana parecía muy contenta con él. Pero los gatos se fueron haciendo cada vez más traviesos; cuando la dueña salía, saltaban por las habitaciones como posesos, revolvían todo y rompían los objetos que encontraban a su paso. Sin embargo, al oír que ella subía por la escalera, se acurrucaban en sus cojines y luego salían a su encuentro moviendo la cola como si no hubiera pasado nada. La señora montaba en cólera al ver las habitaciones tan estropeadas y se lo achacaba a Muck: por más que éste jurara que no era culpable, creía más a sus gatos, con ese aire tan inocente, que a su servidor.

El pequeño Muck estaba muy triste por no haber encontrado la suerte tampoco allí y decidió dejar el servicio de la señora Ahavzi. Como en su primer viaje había comprobado lo mal que se vive sin dinero, decidió procurarse de algún modo el salario que su ama siempre le había prometido y nunca le había llegado a dar. En la casa había una habitación que permanecía cerrada y cuyo interior nunca había visto. Había oído a veces a la mujer andar allí y hubiera dado cualquier cosa por saber lo que encerraba. Pensando en el dinero para su viaje, cayó en la cuenta de que el ama podría esconder en aquel lugar sus tesoros, pero la puerta estaba siempre bien cerrada y por ello no podía nunca tener acceso a los tesoros.

Una mañana en que ella había salido, uno de los perritos, a quien la dueña trataba siempre con poco cariño y al que él había intentado colmar con toda clase de mimos, le tiró del pantalón como si quisiera indicarle que le siguiera. Muck, que era muy amigo de jugar con los perros, le siguió, viendo que le llevaba al dormitorio de la dueña hasta una puerta pequeña que jamás había visto antes. Estaba medio abierta y el perrito entró seguido de Muck. ¡Cuál no sería su alegría cuando con sorpresa se vio en el aposento que era desde hacía tiempo objeto de sus deseos! Buscó por todas partes algo de dinero, pero no

había más que trajes viejos y vasijas de formas extrañas. Uno de aquellos objetos le llamó la atención entre los demás: era de fino cristal con hermosas figuras talladas. Lo levantó y lo observó cuidadosamente, pero ¡horror!, no había notado que tenía una tapa colocada encima sin sujetar bien. Cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

El pequeño Muck se quedó como petrificado del susto. Ahora estaba decidido su destino: tenía que huir o la vieja le mataría. Inmediatamente decidió marcharse y miró otra vez a su alrededor por si podía servirle alguno de aquellos trastos para su viaje. Le llamaron la atención un par de babuchas grandísimas: no eran bonitas, pero las suyas no soportarían otro viaje; además, le atraían aquéllas, porque llevándolas puestas era de suponer que todo el mundo vería que ya no era un niño. Rápidamente dejó las suyas y se calzó las otras; además, un bastoncillo de paseo con cabeza de león artísticamente tallada le pareció que estaba olvidado en su rincón, así que lo cogió y se apresuró a salir. Corrió a su habitación, se puso la capa y el turbante de su padre, se colgó la daga del cinturón y se dispuso, con toda la velocidad que le permitían sus pies, a abandonar la casa y la ciudad. Por miedo a la vieja, se alejó más y más de la ciudad hasta que casi no podía más. Nunca en su vida había andado con tal velocidad e incluso le pareció que no podía parar de correr, pues una fuerza invisible le impulsaba a continuar. Observó que las babuchas debían tener alguna propiedad especial, pues seguían avanzando y le llevaban consigo. Intentó por todos los medios detenerse, pero no era capaz; con el mayor apuro, se dijo a sí mismo, como cuando se les grita a los caballos: «¡So, so, alto!». Las babuchas se detuvieron entonces, y Muck se echó en el suelo agotado.

Las babuchas le alegraron enormemente. Con sus servicios se había ganado algo que le ayudaría a seguir por el mundo buscando fortuna. A pesar de la alegría, se durmió exhausto, pues el cuerpecillo del pequeño Muck, que tenía que soportar una cabeza tan pesada, no podía aguantar mucho. En sueños se le apareció el perrillo que le había ayudado a conseguir las babuchas y le dijo:

—Querido Muck, todavía no sabes bien cómo servirte de las babuchas: si giras tres veces sobre el talón, podrás volar a donde quieras, y con el bastón encontrarás tesoros, pues donde haya oro enterrado golpeará el suelo tres veces y, si es plata, dos.

Esto soñó Muck. Al despertar reflexionó sobre su extraño sueño y decidió hacer una prueba de inmediato. Se puso las babuchas, alzó ligeramente un pie y comenzó a girar sobre el talón. Pero quien acaso haya intentado hacer esta

proeza tres veces seguidas dentro de una babucha enorme, no se extrañaría de que el pequeño Muck no lo lograra enseguida, sobre todo teniendo en cuenta que su pesada cabeza le tiraba ya hacia un lado, ya hacia otro.

El pobre Muck cayó aparatosamente unas cuantas veces sobre su nariz, pero no cesó en su empeño y acabó por lograrlo. Giró sobre el talón como una rueda, formuló el deseo de dirigirse a la ciudad más próxima, y las babuchas se elevaron por el aire, corrieron con la velocidad del rayo atravesando las nubes, y, antes de que se pudiera dar cuenta de cómo había sucedido, se encontró en un gran zoco donde estaban montados muchos puestos e innumerables personas iban de acá para allá muy ocupadas. Anduvo dando vueltas entre la gente, pero pronto consideró más sensato retirarse a una calle menos transitada, porque en el mercado o bien uno le pisaba la babucha de modo que estuvo a punto de caerse, o bien chocaba alguno con su daga y por poco se libraba de que le golpearan.

Muck se puso a considerar seriamente qué podría hacer para ganarse alguna moneda. Tenía un bastoncillo que le mostraba tesoros ocultos, pero ¿dónde encontraría de inmediato un lugar con oro o plata enterrados? Se habría podido exhibir por dinero, pero era demasiado orgulloso para hacerlo. Recordó entonces la velocidad de sus pies, pensó que tal vez las babuchas podían servirle y decidió ofrecerse como veloz mensajero. Como esperaba que el rey de la ciudad fuera quien mejor recompensara tales servicios, se dirigió a palacio. A la puerta había un centinela, que le preguntó qué buscaba. Al responder que quería ofrecer sus servicios, le envió a buscar al veedor[15] de esclavos. Expresó a éste su pretensión de conseguir un puesto entre los mensajeros reales. El veedor le miró de pies a cabeza y dijo:

—¿Cómo quieres convertirte en correo del rey con tus piernecillas, que apenas miden un palmo? Lárgate, que no estoy para bromear con cualquier loco.

Muck le aseguró que su petición era rigurosamente seria y que estaba dispuesto a competir con el más veloz de los corredores. Al veedor le hizo gracia el asunto y le ordenó prepararse para una carrera aquella misma tarde. Lo llevó a la cocina y se ocupó de que le sirvieran comida y bebida. Él mismo se presentó ante el rey y le habló del pequeño Muck y de su ofrecimiento. El rey era hombre burlón, por lo que le agradó que el veedor de esclavos hubiera retenido al personajillo para divertirse, y le mandó organizar la carrera en una gran pradera detrás del palacio, de modo que pudiera ser vista cómodamente por toda su corte. Le encargó que mientras tanto se tratara al enano con gran deferencia.

El rey contó a los príncipes y princesas que esa tarde iban a tener diversión, éstos se lo contaron a su vez a los servidores, y cuando llegó la tarde estaban impacientes, y todo el que tenía pies se apresuró a ir a la pradera donde se habían dispuesto tribunas para ver correr al enano pretencioso.

Cuando el rey y sus hijos e hijas hubieron tomado asiento en la tribuna, Muck apareció en la pradera e hizo una atenta reverencia ante las reales personas. Al divisar al enano, resonó un grito general de regocijo: nunca habían visto a un tipo así. El cuerpecillo con la cabezota, la capita y los anchos pantalones, la daga larga en el ancho cinturón, los piececitos en las grandes babuchas… ¡Ah, era demasiado cómico como para no reír a carcajadas! Pero el pequeño Muck no se desconcertó por las risas; orgullosamente apoyado en su bastón, se dispuso a esperar a su adversario. Según deseo expreso de Muck, el veedor de esclavos había escogido al mejor corredor; apareció éste, se colocó junto al pequeño y los dos aguardaron con impaciencia la señal. Como estaba previsto, la princesa Amarza agitó su velo, y ambos corredores volaron por la pradera como dos flechas dirigidas a una misma meta.

Al principio, el oponente de Muck llevaba una considerable ventaja, pero, subido en su babuchascarro, Muck le alcanzó, le sobrepasó y estaba ya en la meta desde hacía tiempo cuando el otro aún corría sin aliento. La admiración y el asombro se apoderaron unos instantes de los espectadores; pero, cuando el rey fue el primero en aplaudir, la multitud lanzó una exclamación de júbilo y todos gritaron: «¡Viva el pequeño Muck, el vencedor en la carrera!».

Entretanto habían conducido al pequeño Muck ante el rey. Arrodillado a sus pies, le suplicó:

—Poderoso rey, te he dado sólo una pequeña prueba de mi habilidad. Permite que me asignen un puesto entre tus corredores.

El rey le respondió:

—No. Vas a ser mi correo personal: estarás siempre cerca de mi persona y recibirás cada año cien monedas de oro como pago, y además te sentarás a la mesa de mis servidores principales.

Así creyó Muck haber logrado al fin la fortuna tanto tiempo buscada y se sentía feliz y esperanzado. Le alegraba el favor especial del rey, porque le utilizaba para sus envíos más secretos y urgentes, que realizaba con la máxima precisión y con increíble celeridad.

Pero los demás servidores del rey no estaban nada conformes, porque no les agradaba verse rebajados en la consideración de su señor por un enano que no sabía nada más que correr veloz. Por ello tramaron varias conspiraciones

contra él para hacerle caer, pero todas chocaron con la gran confianza que el rey tenía puesta en su correo mayor secreto, dignidad que había alcanzado en poco tiempo.

Muck, a quien no pasaban inadvertidas estas maniobras en contra suya, no pensaba en la venganza, no, sino en el medio de hacerse más necesario y querido para sus enemigos. Se acordó del bastoncillo, que había olvidado en sus momentos afortunados. Pensó que, si encontraba tesoros, los señores se sentirían más inclinados en su favor. Había oído a menudo que el padre del actual rey había enterrado muchos de sus tesoros cuando el enemigo invadió su país; se decía incluso que había muerto sin haber desvelado el secreto a su hijo. Desde entonces, Muck llevaba siempre el bastón, con la esperanza de pasar por algún lugar donde estuviera enterrado el oro del antiguo rey. Una tarde, el azar le llevó a un sitio apartado de los jardines de palacio, que visitaba poco, ¡e inesperadamente sintió que el bastoncillo se agitaba en su mano y golpeaba el suelo tres veces! Ahora ya sabía lo que esto significaba. Sacó su daga, hizo una señal en los árboles de alrededor y se dirigió veloz al castillo, se procuró una pala y esperó a que llegara la noche para actuar.

El desenterrar el tesoro le costó más trabajo del que había supuesto.

Sus brazos eran débiles, y la pala, grande y pesada. Había trabajado por lo menos dos horas antes de tener cavados un par de pies, pero al fin tropezó con algo duro que sonaba como hierro. Siguió cavando con más afán y pronto descubrió una gran tapa de hierro. Descendió al foso para averiguar qué cubría la tapa y encontró una gran olla llena de monedas de oro. Sus escasas fuerzas no le bastaron para subir la olla, por lo que se escondió en el pantalón y en el cinturón todo lo que pudo; también se llenó la capita. Volvió a cubrir el resto con cuidado y, si no hubiera llevado puestas las babuchas, no hubiera conseguido avanzar: hasta tal punto le pesaba el oro. Llegó a su habitación sin ser advertido y ocultó el oro bajo los cojines de su sofá.

Al verse en posesión de tal tesoro, creyó que su situación cambiaría y que se ganaría muchos protectores y partidarios entre sus enemigos de la corte. Ya en eso podía percibirse que el pequeño Muck no había tenido una educación precisamente esmerada, porque en caso contrario no se hubiera imaginado que lograría auténticos amigos con el oro. ¡Ah, si entonces hubiera preparado sus babuchas y hubiera desaparecido con su capita llena de oro…!

El oro, que desde entonces repartió a manos llenas, despertó la envidia de los demás cortesanos. El cocinero jefe, Ahuli, decía:

—Es un falsificador de moneda.

El veedor de esclavos, Ahmed, decía:

—Ha estafado al rey.

Su enemigo más acérrimo, el tesorero Archaz, que de vez en cuando se permitía meter mano en el tesoro real, dijo:

—Lo ha robado.

Para asegurarse ahora el éxito, se pusieron de acuerdo, y el copero mayor Korchuz se mostró en presencia del rey muy triste y abatido. Hizo gestos de tristeza tan ostensibles que el rey le preguntó qué le sucedía:

—¡Ah! —contestó—. Estoy triste porque he perdido el favor de mi rey.

—¿Qué me cuentas, amigo Korchuz? —le respondió el rey—. ¿Desde cuándo ha dejado de brillar sobre ti el sol de mi favor?

El copero le contestó que colmaba de oro en secreto al correo mayor y no daba nada a sus pobres fieles servidores.

El rey estaba muy sorprendido por la noticia; hizo que le informaran del oro que se entregaba al pequeño Muck, y los conspiradores le llevaron con facilidad a creer que Muck se había apoderado de algún modo de dinero del tesoro. Este giro de las cosas le resultaba especialmente útil al tesorero, que en cualquier caso no gustaba de rendir cuentas. El rey le dio orden de vigilar todos los pasos de Muck para sorprenderle a ser posible en flagrante delito.

La noche que siguió a aquel desafortunado día, cuando Muck, que por su liberalidad veía su arca muy mermada, cogió la pala y se deslizó hasta los jardines de palacio, para aumentar sus reservas a costa del tesoro enterrado, le siguieron de lejos los guardias, guiados por el jefe de cocineros, Ahuli, y Archaz, el tesorero, y en el instante preciso en que se disponía a guardar el oro de la olla en su capa, cayeron sobre él, le ataron y le llevaron inmediatamente a presencia del rey. A éste le había puesto de mal humor la interrupción de su sueño y recibió a su pobre correo mayor secreto con muy poca benevolencia, y de inmediato oyó a los acusadores, que habían colocado a los pies del rey la olla desenterrada, con la pala y la capa llena de monedas. El tesorero afirmó que había sorprendido a Muck con sus guardias, precisamente cuando enterraba la olla con oro.

El rey preguntó luego al acusado si aquello era cierto y de dónde procedía el oro que estaba enterrando.

El pequeño Muck, convencido de su inocencia, aseguró que había descubierto la olla en los jardines y que no quería enterrarla, sino desenterrarla.

Todos los presentes se rieron de su disculpa, pero el rey, encolerizado sobremanera por su supuesto cinismo, exclamó:

—¡Miserable! ¿Quieres engañar a tu rey de esta forma tan burda y estúpida después de haberle robado? ¡Tesorero Archaz, te conjuro a que digas si reconoces esta suma de oro como la que falta en mi tesoro!

El tesorero respondió que estaba seguro, que ese oro y más faltaba desde hacía un tiempo en el tesoro real, y podía jurar que ése era el oro robado.

Entonces el rey ordenó encadenarle y conducirle a una torre, entregando el oro al tesorero para que lo restituyera al tesoro. Encantado por el resultado favorable del asunto, éste se retiró a contar en su casa las relucientes monedas. Sin embargo, nunca habría sospechado aquel malvado que en el fondo de la olla había un mensaje que decía:

> *El enemigo ha invadido mi territorio, por lo cual entierro aquí una parte de mis tesoros; a quien lo encuentre, alcanzará la maldición de su rey si no lo entrega de inmediato a mi hijo.*
>
> El rey Sadi

El pequeño Muck se hacía tristes reflexiones dentro de la prisión. Sabía que la pena por robar al rey era la muerte. Sin embargo, no quería descubrir el secreto del bastoncillo, porque temía con razón que el rey le quitara éste y las

babuchas. Por desgracia, y encadenado como estaba al muro, tampoco las babuchas podían serle útiles, por más que intentara girar sobre el talón. Pero, cuando al día siguiente se le anunció que iba a morir, pensó que era mejor vivir sin su bastón mágico que morir con él; pidió audiencia privada al rey y le reveló su secreto. Desde el principio, éste no dio crédito a su confesión, pero Muck le prometió darle una prueba si accedía a perdonarle la vida. El rey le dio su palabra y por indicación de Muck escondió algo de oro en la tierra y lo buscó con el bastoncillo. En pocos minutos lo encontró, pues el bastón golpeó ostensiblemente la tierra por tres veces. El rey se percató de que su tesorero le había engañado y, según es costumbre en Oriente, le envió un chal de seda para que él mismo se ahorcara. Al pequeño Muck le dijo:

—Te he prometido que vivirás, pero me parece que no sólo posees este secreto del bastón, por lo que permanecerás para siempre en prisión si no confiesas cuál es la causa de tu velocidad en la carrera.

Muck, a quien una sola noche en la torre había privado de cualquier deseo de seguir más tiempo en prisión, reconoció que sus babuchas eran la causa, pero sin revelar el secreto del triple giro sobre el talón. El rey se calzó las babuchas para probar y corrió como loco por los jardines; quería detenerse pero no sabía cómo, y Muck, que no podía privarse de esta pequeña venganza, le dejó correr hasta que cayó al suelo sin sentido.

Al volver de nuevo en sí, estaba irritadísimo con Muck, que le había hecho correr hasta quedar sin aliento.

—Te he dado mi palabra de concederte la libertad y perdonarte la vida, pero dentro de doce horas has de abandonar mi país o te haré ahorcar.

Las babuchas y el bastoncillo quedaron en la cámara del tesoro.

Más pobre que nunca salió del país, lamentando su ingenuidad, que le había hecho creer que tendría un papel importante en la corte. Por fortuna, el país del que le habían desterrado no era muy grande: en ocho horas llegó a la frontera, aunque, privado de sus babuchas, el caminar le resultaba harto duro.

Después de pasar la frontera, dejó el camino transitado para buscar la soledad de los bosques y allí apartarse, puesto que sentía antipatía por todo el género humano. En un bosque espeso encontró un lugar que le pareció muy adecuado para poner en práctica su decisión. Un arroyo claro, rodeado de grandes higueras umbrosas y un césped suave, le invitaba a tenderse, con el propósito de no comer nada más y esperar la muerte. Con tristes reflexiones sobre la muerte se quedó dormido, pero, al despertar, el hambre empezó a atormentarle; pensó que morir así era insufrible, y se puso a mirar alrededor por si podía encontrar algo que llevarse a la boca. Deliciosos higos maduros

colgaban del árbol bajo el que había dormido: subió para coger algunos, los saboreó con deleite y bajó al arroyo para calmar su sed. ¡Pero cuál no sería su asombro, cuando el agua le reflejó su cabeza adornada por dos enormes orejas y una nariz grande y gorda! Sobrecogido, se echó las manos a las orejas y comprobó que medían más de media vara.

—¡Me merezco las orejas de burro —exclamó— por haber pisoteado mi felicidad con las patas como un asno!

Anduvo dando vueltas bajo los árboles y cuando volvió a sentir hambre, tuvo que recurrir otra vez a los higos, pues no había otra cosa comestible en los árboles. Al lanzarse sobre la segunda ración, aunque sus orejas estaban bajo el gran turbante para no parecer demasiado cómico, sintió que éstas habían desaparecido. Volvió inmediatamente al arroyo para convencerse, y así era: sus orejas eran como antes y su larga nariz deformada ya no existía. Entonces se dio cuenta de cómo había sucedido: la primera higuera le había hecho crecer la nariz y las orejas, y la segunda le había curado. Reconoció satisfecho que su buena estrella le ponía en la mano otra vez la posibilidad de ser feliz. De modo que cogió de cada uno de los árboles todos los higos que podía llevar y regresó al país que acababa de abandonar. En el primer pueblo se disfrazó con otra ropa para no ser reconocido y siguió hacia la ciudad donde vivía el rey, llegando al poco tiempo.

Estaban a la sazón en una de esas estaciones en que la fruta madura escasea aún; Muck se sentó cerca de la puerta de palacio, pues desde hacía tiempo sabía bien que el cocinero jefe compraba esas rarezas para la mesa real. No llevaba mucho sentado cuando le vio venir por el patio. Iba inspeccionando la mercancía de los vendedores instalados allí, y en éstas su mirada recayó en la cestita del pequeño Muck.

—¡Ah, un bocado exquisito! —dijo—. Con seguridad será del agrado de su majestad. ¿Qué quieres por el cesto entero?

Muck le puso un precio moderado y pronto cerraron el trato. El cocinero entregó el cesto a un esclavo y siguió con sus compras; Muck se escabulló, porque temía que, cuando la desgracia se manifestara en las cabezas de la corte, querrían buscar y castigar al vendedor.

El rey estaba en la mesa de muy buen humor y se deshacía en elogios de su cocinero jefe por su buena cocina y el cuidado con el que siempre buscaba para él lo más exquisito; pero éste, que sabía el bocado que aún guardaba, sonreía muy amablemente y dejaba caer alguna frase como «Todavía falta lo mejor» o «Si el final es bueno, todo es bueno», de modo que las princesas

estaban impacientes por saber qué traería. Cuando presentó los hermosos y vistosos higos, se escapó un «¡Ah!» general de la boca de los presentes.

—¡Qué maduros, qué apetitosos! —exclamó el rey—. Cocinero, eres un gran tipo y mereces nuestro especial favor.

Diciendo esto, el rey, que solía ser muy parco con tales exquisiteces, con su propia mano distribuyó los higos en la mesa. Dio dos a cada príncipe y a cada princesa, uno a las damas, visires y agás[16], y el resto se lo colocó delante y empezó a devorarlos con gran apetito.

—Pero, por Dios, padre, ¿cómo tienes ese aspecto tan extraño? —exclamó de pronto la princesa Amarza.

Todos miraron asombrados al rey: unas enormes orejas le colgaban de la cabeza y una larga nariz le llegaba hasta más abajo de la barbilla. También se miraban recíprocamente con asombro y horror, pues todos estaban adornados en mayor o menor medida con el mismo tocado.

Muck se había enterado del asunto en el escondite donde se había retirado y se dijo que era el momento de actuar. Con el dinero conseguido por la venta de los higos se había comprado un traje que le daría la apariencia de un sabio. Una larga barba de pelo de cabra completaba el disfraz. Con un saquito lleno de higos se dirigió al palacio real y ofreció su colaboración como médico extranjero. Al principio estaban muy escépticos; pero, cuando dio a comer un higo a uno de los príncipes y las orejas y la nariz volvieron a su ser, todos querían que el médico extranjero los tratara. El rey le tomó de la mano en silencio y le llevó a su aposento: abrió una puerta que conducía a la cámara del tesoro e indicó a Muck que le siguiera.

—Aquí están mis tesoros —dijo—: elige lo que sea y será tuyo si me libras de este ignominioso mal.

A música celestial sonaron estas palabras en los oídos del pequeño Muck. Nada más entrar vio sus babuchas en el suelo y a su lado el bastoncillo. Dio una vuelta por la sala, como si quisiera admirar los tesoros, pero, apenas se acercó a las babuchas, se las calzó rápido, cogió el bastoncillo, se quitó la barba postiza y mostró al pasmado rey el rostro bien conocido del desterrado Muck.

—¡Rey infiel —dijo—, que pagas con ingratitud servicios leales, recibe como castigo bien merecido la deformidad que soportas! Conservarás las orejas, para que te acuerdes todos los días del pequeño Muck.

Después de haber hablado así, giró rápidamente sobre el talón, deseó marcharse y, antes de que el rey pudiera pedir auxilio, había desaparecido. Desde entonces, Muck vive con gran riqueza, pero solo, pues desprecia a los

hombres. La experiencia le ha convertido en un hombre sabio y, aunque su apariencia pueda tener algo de llamativo, más merece tu admiración que tu burla.

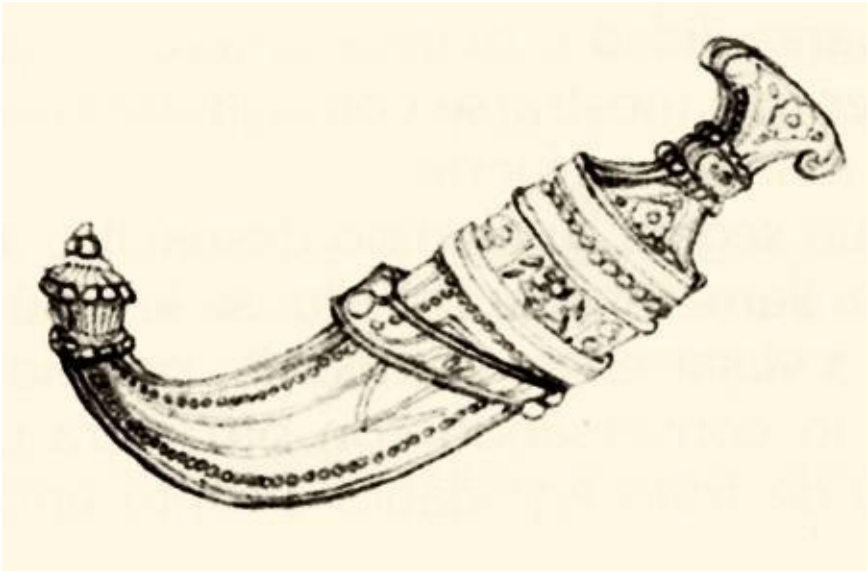
Así me habló mi padre; me arrepentí de mi conducta improcedente con el buen enano, y él me dispensó de la otra mitad del castigo que me había impuesto. Conté a mis compañeros cuál había sido el curioso destino del pequeño y le tomamos tanto cariño que ninguno volvió a molestarle. Al contrario, durante toda su vida le honramos y le hicimos tantas reverencias como al cadí y al muftí[17].

Los viajeros decidieron pasar un día de descanso en el campamento para fortalecerse ellos y los animales, con vistas al resto del viaje. El buen humor del día anterior continuó y se entregaron a todo tipo de juegos. Sin embargo, nada más comer se dirigieron al quinto mercader, Alí Siza, para que cumpliera su compromiso de contar una historia a los demás. Respondió éste que su vida era demasiado pobre en aventuras y por eso quería contarles otra cosa, la Historia del falso príncipe.

Historia del falso príncipe

Érase una vez un honrado aprendiz de sastre llamado Labakán, que aprendía su oficio con un hábil maestro de Alejandría. No se podía decir que Labakán fuera torpe con la aguja: al contrario, podía realizar una labor bastante primorosa; también habría sido injusto tacharlo de vago; pero no todo estaba en orden con aquel aprendiz, pues, si con frecuencia podía pasarse horas seguidas cosiendo hasta que la aguja ardía en sus manos y el hilo humeaba, y entonces conseguía una pieza como ningún otro, otras veces, y esto ocurría desgraciadamente con cierta asiduidad, se sumía en profundas meditaciones y miraba al frente fijamente: su rostro y su figura tenían entonces una expresión tan especial que su maestro y sus compañeros nunca designaban ese estado sino como «Labakán ya ha puesto otra vez su cara noble».

Pero el viernes, cuando las demás gentes volvían tranquilamente a sus casas y al trabajo después de la oración, Labakán salía de la mezquita con un hermoso traje, para el que había ahorrado con grandes sacrificios, y paseaba con andares lentos y majestuosos por las calles y las plazas de la ciudad, y si alguno de sus compañeros le saludaba con un «La paz sea contigo» o con un «¿Cómo estás, amigo Labakán?», entonces respondía con un ademán majestuoso o bien se dignaba asentir solemnemente con la cabeza. Si su maestro le decía en broma: «Contigo han perdido un príncipe, Labakán», se alegraba mucho y contestaba: «¿Así que también vosotros os habéis dado cuenta?». O incluso: «¡Ya lo había pensado yo hace tiempo!».



El honrado aprendiz ya llevaba comportándose de tal modo cierto tiempo, pero su maestro le toleraba tal insensatez porque, por lo demás, era buena persona y un trabajador con talento. Pero un día, Selim, el hermano del sultán, les envió un traje de fiesta para que le hicieran algunos arreglos, y el maestro se lo dio a Labakán, porque éste solía realizar la labor más primorosa. Cuando, al atardecer, el maestro y los aprendices se habían retirado para descansar del esfuerzo del día, una irresistible nostalgia arrastró a Labakán a regresar al taller donde estaba colgado el traje del hermano del sultán. Se quedó mirándolo pensativo durante mucho tiempo, admirando ora el brillo de los bordados, ora los resplandecientes colores del terciopelo y la seda que lo adornaban. No pudo resistirse y se lo probó, y he aquí que le sentaba perfectamente, como si hubiera sido hecho para él. «¿Acaso no soy tan buen príncipe como aquél? —se preguntaba, mientras atravesaba la habitación una y otra vez—. ¿Acaso no ha dicho el propio maestro que yo había nacido para ser príncipe?». Con los ropajes, el aprendiz parecía haberse recubierto también de un espíritu real, no podía pensar sino que era el hijo desconocido de un rey, y como tal, decidió recorrer el mundo y abandonar un lugar donde la gente había sido hasta entonces tan estúpida como para no reconocer su dignidad innata bajo la apariencia de un linaje modesto.

El lujoso traje le parecía enviado por un hada benéfica, por lo que se libró muy bien de desdeñar un regalo tan precioso: recogió su escaso caudal y, favorecido por la oscuridad de la noche, atravesó las puertas de Alejandría.

A su paso, el nuevo príncipe despertó por todas partes admiración, pues el lujoso traje y su presencia grave y majestuosa no eran nada adecuados para un caminante. A las preguntas solía responder con aire misterioso que tenía sus razones. Sin embargo, al percatarse de que resultaba cómico andando a pie,

compró por poco dinero un viejo caballo que le convenía perfectamente, pues con su parsimoniosa tranquilidad y mansedumbre no le pondría nunca en el apuro de tener que mostrarse como jinete consumado, lo cual no era de ninguna manera su fuerte.

Un día en que seguía su camino despacito, a lomos de su *Murua*, que así había llamado a su caballo, se le unió un jinete y le pidió que le permitiera viajar en su compañía, porque el camino se hacía mucho más corto conversando con otro. Era un hombre joven y alegre, guapo y de trato agradable. Pronto entabló una conversación con Labakán sobre de dónde venía y adónde se dirigía, y resultó que también él, como el aprendiz de sastre, viajaba por el mundo sin rumbo fijo. Dijo que se llamaba Omar, era sobrino de Elfi-Bey**[18]**, el infeliz pachá de El Cairo, e iba a cumplir un encargo que en su lecho de muerte le había hecho su tío. Labakán no fue tan sincero sobre sus circunstancias, dando a entender que era de origen noble y viajaba por diversión.

Los dos jóvenes congeniaron bien y continuaron juntos su camino. Al segundo día de viaje, Labakán preguntó a su compañero cuál era el encargo que tenía que cumplir y, para su asombro, se enteró de lo siguiente: Elfi-Bey, el pachá de El Cairo, había educado a Omar desde su más tierna infancia, ya que éste no había conocido a sus padres. Cuando, atacado por sus enemigos y mortalmente herido después de tres combates adversos, Elfi-Bey, el pachá de El Cairo, tuvo que huir, le reveló que no era su sobrino, sino el hijo de un poderoso señor que por miedo a las predicciones de los astrólogos había alejado al joven príncipe de la corte, jurando no volverlo a ver hasta que cumpliera veintidós años. Elfi-Bey no le descubrió el nombre de su padre, sino que le pidió que el quinto día del siguiente mes de Ramadán**[19]**, día en que cumpliría veintidós años, se presentara en la famosa columna de El-Serujah, cuatro jornadas al Este de Alejandría. Allí debería entregar el puñal que él le daba a los hombres que estuvieran junto a la columna, diciendo: «Yo soy el que buscáis». Si contestaban: «Alabado sea el profeta, que te ha preservado», debería seguirlos y le llevarían junto a su padre.

El aprendiz de sastre quedó muy impresionado por este relato. Desde entonces miró con ojos envidiosos al príncipe Omar, irritado porque a éste el destino, aunque ya le había dado por tío a un poderoso pachá, le concedía la dignidad de príncipe, y en cambio a él, si bien le había dotado de todo cuanto se necesita para ser un príncipe, al mismo tiempo, para su escarnio, le había dado una cuna oscura y una vida corriente. Hacía comparaciones entre él y el príncipe: tenía que confesar que era un hombre con rasgos muy

sobresalientes, hermosos ojos vivos, nariz ligeramente curva, actitud cortés, en resumen, con tanto atractivo en su aspecto que cualquiera desearía poseerlo. Pero por muchas excelencias que encontrara en su acompañante, en estas reflexiones reconocía que un Labakán sería aún mejor acogido por el principesco padre que el auténtico príncipe.

Estas consideraciones persiguieron a Labakán todo el santo día, y con ellas se durmió la noche siguiente, pero, cuando despertó por la mañana y su mirada se fijó en Omar, que dormía junto a él, tan tranquilo y soñando con una felicidad cierta, surgió en él la idea de lograr mediante la fuerza o la astucia lo que el destino le había negado; el puñal, la señal para el reconocimiento del príncipe al volver a su casa, se veía en el cinturón del durmiente. Se lo arrebató en silencio con la intención de clavarlo en el pecho de su propietario, pero ante la idea del asesinato retrocedió el alma pacífica del aprendiz: se contentó con envainárselo, montar en el caballo, más veloz, del príncipe, y, antes de que Omar despertara y se viera privado de todas sus esperanzas, el compañero traidor se le había ya adelantado varias millas.

Era el primer día del mes sagrado de Ramadán cuando Labakán había perpetrado el robo. Le quedaban todavía cuatro días para llegar a la columna de El-Serujah, que conocía bien. Aunque esta comarca podía estar como máximo a dos jornadas, se apresuró a llegar porque seguía temiendo que el auténtico príncipe le alcanzara.

Al final del segundo día, Labakán divisó la columna. Estaba en una pequeña elevación en medio de una vasta llanura y podía verse a unas dos o tres horas. Su corazón latió con más fuerza al contemplarla. Aunque en los dos últimos días había tenido tiempo suficiente para pensar en el papel que debía interpretar, la mala conciencia le hacía sentir algo temeroso, pero la idea de haber nacido para príncipe le reconfortaba, de modo que llegó a su meta más satisfecho.

La comarca en torno a la columna de El-Serujah era solitaria e inhóspita, y el nuevo príncipe habría tenido algunas dificultades para alimentarse si no se hubiera abastecido para varios días. Acampó por tanto junto a su caballo, bajo unas palmeras, y esperó allí su destino.

Alrededor del mediodía siguiente, vio venir por la llanura una gran comitiva con caballos y camellos. Se detuvieron al pie de la colina en que estaba la columna y montaron lujosas tiendas; daba la impresión de ser el séquito de un rico pachá o un jeque. Labakán suponía que toda aquella gente se había desplazado hasta allí por su causa, y de buena gana les habría mostrado ya a su futuro soberano, pero dominó sus ansias de presentarse como príncipe, ya que a la mañana siguiente quedarían satisfechos sus deseos más osados.

El sol de la mañana despertó al gozoso sastre para el momento más importante de su vida, que le había de elevar de la categoría de mortal desconocido e insignificante al rango de su principesco padre. Al embridar su caballo para dirigirse a la columna, pensaba en lo injusto de su proceder, en el dolor del hijo del príncipe decepcionado en sus más bellas esperanzas; pero… la suerte estaba echada, no podía deshacer lo hecho y su egoísmo le sugería que era lo suficientemente apuesto como para presentarse como hijo del rey más poderoso. Animado por estas ideas, subió a su caballo, hizo acopio de todo su valor para llevarlo al galope, y en menos de un cuarto de hora llegó al pie de la colina. Desmontó y ató el caballo a uno de los muchos arbustos que allí crecían, se envainó el puñal del príncipe Omar y subió la colina. Al pie de la columna había seis hombres en torno a un anciano de aspecto majestuoso y noble. Un magnífico caftán[20] de brocado en oro, con un chal de cachemir y el turbante blanco adornado con espléndidas piedras preciosas, le distinguían como hombre rico y honorable.

A él se dirigió Labakán, se inclinó profundamente y dijo, mostrando el puñal:

—Yo soy el que buscáis.

—¡Alabado sea el profeta, que te ha preservado! —respondió el anciano con lágrimas de alegría—. ¡Abraza a tu viejo padre, mi querido hijo Omar!

El buen sastre estaba muy emocionado por estas solemnes palabras y, con una mezcla de alegría y vergüenza, cayó en los brazos del viejo príncipe.

Pero sólo un instante había de gozar del éxtasis no enturbiado de su nuevo estado; al separarse de los brazos del anciano, vio un jinete que se aproximaba por la llanura en dirección a la colina. El jinete y su caballo ofrecían una curiosa imagen. El caballo parecía no querer avanzar, por terquedad o por cansancio, y llevaba una marcha atropellada que no era ni paso ni trote, mientras el jinete le obligaba con manos y pies a ir más veloz. Demasiado pronto reconoció Labakán a su caballo *Marva* y al verdadero príncipe Omar, pero el mal espíritu de la mentira había entrado de nuevo en él y decidió

atreverse a defender los derechos usurpados con la frente bien alta, costara lo que costara.

Ya en la lejanía se había visto al jinete hacer señas, y ahora había llegado al pie de la colina, a pesar del mal trote de *Marva*; se arrojó del caballo y se lanzó monte arriba:

—¡Deteneos, quienquiera que seáis, y no os dejéis embaucar por el más indigno impostor; me llamo Omar y ningún mortal se atreverá a usurpar mi nombre!

En los rostros de los presentes se dibujó un profundo asombro por este cambio de situación. Sobre todo el anciano pareció muy afectado, mirando sin comprender ya a uno, ya otro. Con tranquilidad trabajosamente fingida habló Labakán:

—Bondadoso padre y señor, no os dejéis confundir por este hombre, que, por lo que sé, es un aprendiz de sastre de Alejandría privado de la razón, llamado Labakán, que más merece nuestra compasión que nuestra cólera.

Estas palabras pusieron al príncipe fuera de sí; echando chispas de cólera, quería arrojarse sobre Labakán, pero los presentes se interpusieron y le sujetaron, y el príncipe dijo:

—Verdaderamente, mi querido hijo, el pobre hombre está loco; que le aten y le suban a un dromedario: tal vez podamos ayudar al desdichado.

La cólera del príncipe se había apaciguado y se dirigió a su padre llorando:

—Mi corazón me dice que sois mi padre; por la memoria de mi madre os suplico que me escuchéis.

—Oh, que Dios nos proteja —respondió éste—, comienza otra vez a desvariar. ¡Cómo se le habrán ocurrido esas ideas!

Después cogió del brazo a Labakán y bajó la colina apoyado en él; montaron ambos en hermosos corceles enjaezados con ricas gualdrapas y cabalgaron por la llanura a la cabeza del cortejo. Al desdichado príncipe, en cambio, le ataron las manos y le subieron sobre un dromedario; dos jinetes iban continuamente a su lado vigilando sus movimientos.

El anciano era Saaud, el sultán de los wahhabíes[21]. Había vivido muchos años sin descendientes y, después de haberlo deseado tanto tiempo, le nació un príncipe. Sin embargo, los astrólogos a los que consultó qué destino esperaba al niño le auguraron que hasta los veintidós años estaría en peligro de ser suplantado por un enemigo; por ello, para estar bien seguro, el sultán había enviado al príncipe a su antiguo e incondicional amigo, Elfi-Bey, para

que le educara, y durante veintidós dolorosos años se había privado de su presencia.

En el camino, el sultán había referido esto a su supuesto hijo y se había mostrado extraordinariamente satisfecho con su gentileza y su conducta digna.

Cuando llegaron al país del sultán, fueron recibidos con vítores por sus habitantes, pues el rumor de la llegada del príncipe se había extendido como la pólvora por todos los pueblos y ciudades. En las calles por las que pasaban habían dispuesto arcos de flores y ramas espléndidos tapices de todos los colores adornaban las casas, y el pueblo glorificaba a Dios y a su profeta, que les habían enviado un príncipe tan bello. Todo esto llenaba de éxtasis el corazón del orgulloso sastre; tanto más desdichado había de sentirse el verdadero Omar, que seguía a la comitiva atado, en muda desesperación. En medio del júbilo general, nadie se ocupaba de él; el nombre de Omar lo pronunciaban repetidamente miles de voces, pero a él, al que realmente tenía derecho a ese nombre, nadie le tenía en cuenta. A lo sumo, alguno que otro preguntaba a quién conducían atado de ese modo, y en sus oídos resonaba terriblemente la respuesta de sus acompañantes: que era un sastre loco.

El cortejo había llegado a la capital, donde todo se había preparado para recibirle aún con más esplendor que en el resto de las ciudades. La sultana, una venerable anciana, los esperaba con toda su corte en el salón más suntuoso del palacio. El suelo estaba cubierto con una alfombra, y las paredes, adornadas con telas de color azul pálido, que colgaban de grandes broches de plata con borlas y lazos dorados.

Era ya de noche cuando llegó la comitiva, por lo que en el salón había encendidas muchas lámparas redondas de colores, que iluminaban la noche como si fuera el día. Pero con el máximo color y brillo resplandecían en el fondo del salón, donde la sultana estaba sentada sobre un trono. El trono se elevaba sobre cuatro gradas y estaba recubierto con oro y con grandes amatistas. Los cuatro emires más destacados sostenían un baldaquín de seda roja sobre la cabeza de la sultana, y el jeque de Medina la abanicaba con un abanico de blancas plumas de pavo real.

Así esperaba la llegada de su esposo y su hijo, al que no había visto desde su nacimiento, pero que en sueños se le había mostrado tantas veces que le reconocería entre mil. Ahora se oía a la comitiva acercarse, las trompetas y los tambores se mezclaban a los vítores de la multitud, el piafar de los corceles resonaba en el patio del palacio, los pasos de los que venían se oían cada vez más cercanos, las puertas del salón se abrieron y, entre la fila de los

cortesanos, el sultán, de la mano de su hijo, se apresuraba hacia el trono de la madre.

—Aquí te traigo al que tanto tiempo has añorado —dijo.

Pero la sultana le interrumpió:

—¡Éste no es mi hijo! —exclamó—. ¡No son éstos los rasgos que el profeta me ha mostrado en sueños!

He aquí que cuando el sultán se disponía a reprocharle su superstición, la puerta del salón se abrió, y el príncipe Omar irrumpió seguido por sus guardianes, de los que se había librado empleando todas sus fuerzas; sin aliento, se arrojó delante del trono:

—¡Aquí quiero morir! ¡Hacedme matar, padre cruel, pues no soporto más esta deshonra!

Todos quedaron desconcertados por estas palabras, se apiñaron en torno al desdichado, y ya iban a cogerle los apresurados guardias y ponerle las ataduras, cuando bajó del trono la sultana, que había contemplado todo esto en silencioso asombro:

—¡Alto! —dijo—. Éste y ningún otro es el auténtico, a éste es al que mis ojos nunca han visto, pero mi corazón conoce.

Involuntariamente, los guardias habían soltado a Omar, pero el sultán, henchido de cólera, les ordenó encadenar al loco:

—Yo soy el que tiene que decidir —dijo con voz altiva— y aquí no nos regimos por los sueños de las mujeres, sino por señales ciertas e innegables; éste de aquí es mi hijo —y señaló a Labakán—, pues me ha traído la señal distintiva de mi amigo Elfi, el puñal.

—¡Lo que ha hecho es robarlo! —gritó Omar—. ¡Ha abusado de mi confianza sin recelo para traicionarme!

Pero el sultán no escuchó la voz de su hijo, pues estaba acostumbrado en todas las cosas a seguir obstinadamente su criterio; hizo que sacaran a la fuerza del salón al desdichado Omar y él se retiró con Labakán a sus aposentos, lleno de cólera contra la sultana, su esposa, con la que, sin embargo, había vivido desde hacía veinticinco años en armonía.

La sultana, sin embargo, estaba llena de zozobra por lo sucedido y plenamente convencida de que un impostor se había apoderado del corazón del sultán, pues muchos sueños elocuentes le señalaban a aquel desdichado como hijo suyo.

Cuando su dolor se mitigó un poco, se puso a reflexionar sobre el modo de convencer a su esposo de su error. Ciertamente era difícil, pues el que se decía su hijo se había apoderado de la señal para reconocerle, el puñal, y

había oído lo suficiente de la vida de Omar, por lo que él mismo le contó, como para interpretar su papel sin traicionarse.

Mandó llamar a los hombres que habían acompañado al sultán a la columna de El-Serujah, para que le contaran todo con detalle, y pidió consejo a sus esclavas de más confianza. Consideraron varias soluciones y las fueron desechando, hasta que por fin habló Melechsalam, una inteligente circasiana[22]:

—Si he oído bien, respetada soberana, el que ha robado el puñal dijo que el que tú consideras tu hijo es Labakán, un sastre loco.

—Así es —respondió la sultana—. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—¿Y si ese impostor hubiera adjudicado a vuestro hijo su propio nombre? Si es así, hay un medio excelente de descubrir al impostor, que os diré en absoluto secreto.

La sultana acercó el oído, y la esclava le susurró un plan que pareció convencerle, pues se dispuso a hablar con el sultán de inmediato.

La sultana era una mujer inteligente, que conocía bien las debilidades del sultán y sabía utilizarlas. Simuló ante él que cedía y estaba dispuesta a reconocer al hijo, pero con una condición. El sultán, a quien dolía el enfado con su esposa, accedió y ella le dijo entonces:

—Me gustaría someter a ambos a una prueba para que mostraran su habilidad. Otra les haría tal vez cabalgar, batirse o arrojar dardos, pero ésas son cosas que cualquiera sabe. No, yo quiero algo para lo que se necesite ingenio: cada uno de ellos ha de confeccionar un caftán y un par de pantalones, y entonces veremos quién lo hace mejor.

El sultán se echó a reír y dijo:

—¡Vaya, has pensado algo muy inteligente! ¿Mi hijo va a competir con tu sastre loco para ver quién hace el mejor caftán? ¡No, ni hablar!

Ella recordó que había accedido de antemano a la condición, y el sultán, que era un hombre de palabra, acabó por ceder, aunque aseguró que por muy hermoso que hiciera el caftán el sastre loco, no le reconocería como hijo suyo.

El mismo sultán fue a hablar a su hijo y le pidió que se sometiera a las extravagancias de su madre, que ahora deseaba ver un caftán confeccionado por su propia mano. El corazón le dio saltos de alegría al bueno de Labakán: «Si es eso lo que falta —pensó para sí—, la señora sultana estará pronto satisfecha de mí».

Habían dispuesto dos habitaciones: una para el príncipe y la otra para el sastre, donde debían demostrar su arte, y a cada uno le habían entregado un trozo de seda suficiente, tijeras, aguja e hilo.

El sultán sentía mucha curiosidad por saber qué clase de caftán iba a coser su hijo, pero también a la sultana le latía inquieto el corazón pensando si resultaría su ardid o no. Se les habían concedido dos días para terminar su obra; al tercero, el sultán llamó a su esposa y, cuando ésta llegó, envió a buscar los caftanes y a sus dos creadores. Labakán entró triunfante y extendió su caftán ante los asombrados ojos del sultán.

—Mira, padre —dijo—; mira, venerada madre: ¿Acaso no es una obra de arte este caftán? Apostemos con el mejor sastre de la corte si es capaz de coser uno así.

La sultana sonrió y se volvió hacia Omar:

—¿Y qué has fabricado tú, hijo mío?

A disgusto, éste arrojó al suelo la seda y las tijeras:

—Me han enseñado a domar un caballo y a manejar un sable, y mi lanza alcanza su meta a sesenta pasos, pero desconozco las artes de la aguja, que tampoco serían dignas de un pupilo de Elfi-Bey, el gobernador de El Cairo.

—¡Oh, hijo verdadero de mi señor! ¡Ah, poder abrazarte y llamarte hijo! Perdonad, mi esposo y señor —dijo volviéndose al sultán—, que haya utilizado este ardid contra vos: ¿Todavía no veis ahora quién es príncipe y quién es sastre? En efecto, es magnífico el caftán que vuestro señor hijo ha confeccionado, y me gustaría preguntarle con qué maestro ha aprendido.

El sultán estaba sentado en medio de profundas reflexiones, desconfiado, mirando tan pronto a su esposa como a Labakán, que en vano trataba de luchar con la vergüenza y la confusión de haberse traicionado tan estúpidamente.

—Tampoco basta esta prueba —dijo—, pero, gracias sean dadas a Alá, conozco un medio para enterarnos de si me engañan o no.

Ordenó traer su corcel más veloz, montó y cabalgó hasta un bosque que se hallaba no lejos de la ciudad. Según una antigua leyenda, allí vivía un hada benéfica, Adolzaida, que ya a veces había asistido con consejos a los reyes de su dinastía en una situación apurada. El sultán fue a verla.

En medio del bosque había un claro, rodeado de altos cedros. Allí vivía el hada, según la leyenda, y pocas veces pisó el lugar un mortal, pues existía cierto temor, heredado de padres a hijos desde tiempos antiguos.

Cuando el sultán llegó allí, desmontó, sujetó su caballo a un árbol y se colocó en medio, hablando con voz alta:

—Si es cierto que has dado consejos benéficos a mis padres en las situaciones difíciles, no desoigas el ruego de su nieto y aconséjame allí donde la razón humana es demasiado poco perspicaz.

Apenas había pronunciado las últimas palabras, cuando uno de los cedros se abrió y apareció una mujer cubierta con un velo, con largos ropajes blancos.

—Sé por qué has venido a mí, sultán Saaud: tu deseo es justo y por ello te voy a ayudar. Toma estas dos cestitas. Haz que elijan los dos que pretenden ser hijos tuyos; sé que el que es tu hijo auténtico no dejará de elegir la adecuada.

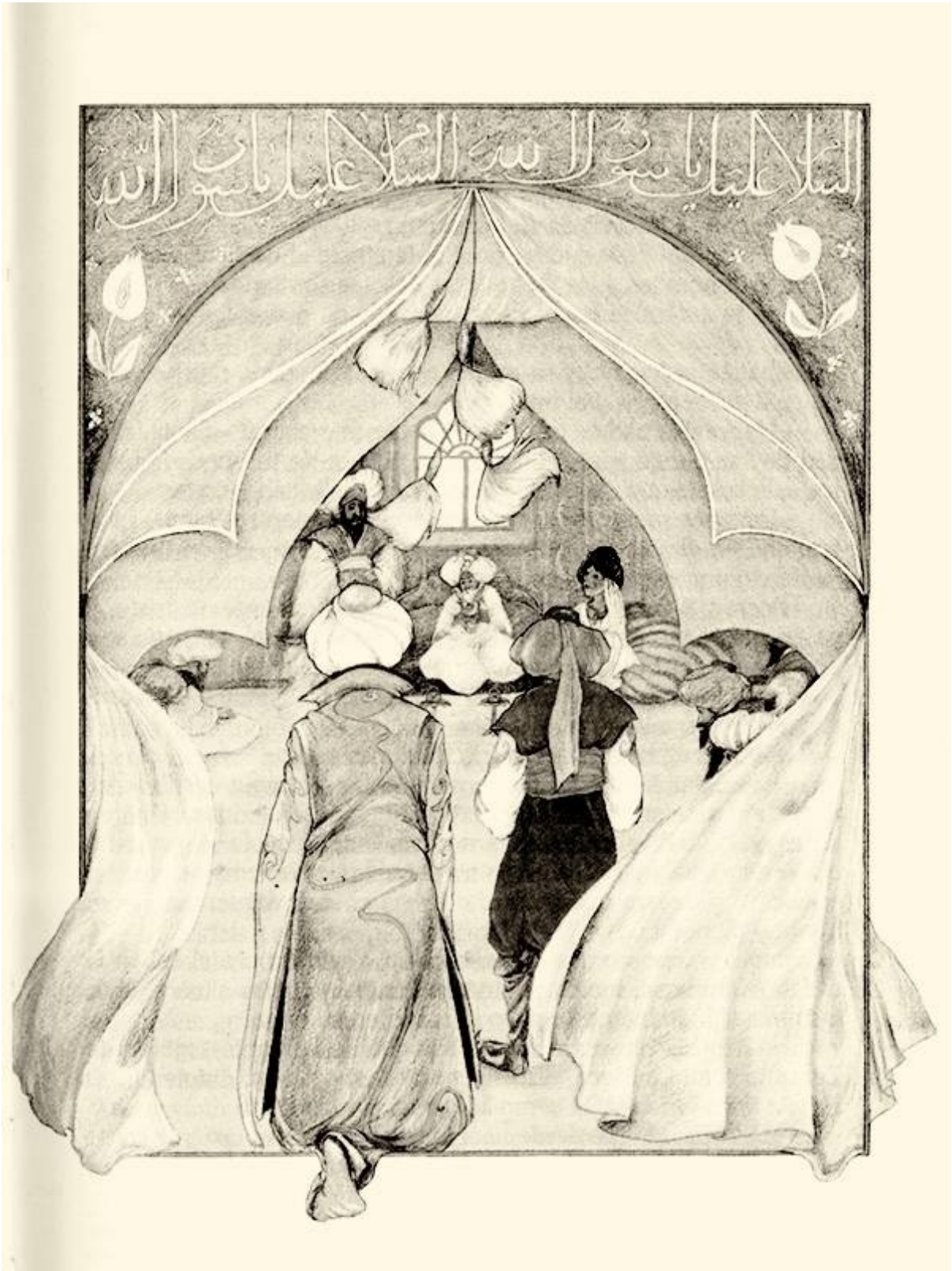
Así habló la velada y le entregó dos cestitas de marfil, adornadas con oro y perlas; sobre la tapa, que el sultán en vano trató de levantar, había inscripciones con diamantes incrustados.

Cuando cabalgaba de regreso, el sultán pensaba qué podría haber en las cestitas, que no lograba abrir; tampoco la inscripción le dio mucha luz sobre el asunto, pues una decía «Honor y gloria» y la otra «Felicidad y riqueza». El sultán consideraba que a él le resultaría difícil la elección entre estas dos cosas, igual de atractivas, igual de seductoras.

De vuelta a su palacio, hizo llamar a la sultana y le comunicó la sentencia del hada; se apoderó de ella la esperanza maravillosa de que el elegido de su corazón escogería la cestita que iba a probar su origen real.

Delante del trono del sultán se colocaron dos mesas, sobre las que el sultán puso con su propia mano las dos cestitas; subió luego al trono e hizo seña a uno de sus esclavos para que abriera la puerta del salón. Una brillante asamblea de pachás y emires del reino, a los que el sultán había convocado, se aproximaron por la puerta abierta y se acomodaron en lujosos cojines situados a lo largo de la pared.

Cuando todos se habían sentado, el rey hizo otra indicación y se introdujo a Labakán. Atravesó el salón con paso orgulloso, se arrodilló ante el trono y dijo:


السلام عليك يا رسول الله السلام عليك يا رسول الله

—¿Qué ordena mi padre y señor?

El sultán se levantó de su trono y dijo:

—¡Hijo mío! Hay dudas sobre la legitimidad de tus pretensiones a este nombre. Una de aquellas cestitas contiene la confirmación de tu auténtica cuna. Elige; no dudo de que elegirás la adecuada.

Labakán se levantó y se acercó a las cestas, dudó mucho tiempo cuál debía elegir y al final dijo:

—Honorable padre, ¿qué puede haber más elevado que la felicidad de ser tu hijo, más noble que la riqueza de tu bondad? Elijo, pues, la cestita que muestra la inscripción «Felicidad y riqueza».

—Después sabremos si has elegido bien; mientras tanto, siéntate ahí, en el cojín, al lado del pachá de Medina —dijo el sultán, haciendo una señal a su esclavo.

Trajeron a Omar; su mirada era sombría, su aspecto triste, y su aparición despertó entre los presentes general simpatía. Se arrojó ante el trono y preguntó qué deseaba el sultán.

Éste le indicó que debía elegir una de las cestitas, y él se levantó y se acercó a la mesa.

Leyó con atención las dos inscripciones y dijo:

—Los últimos días me han enseñado cuán insegura es la felicidad, cuán pasajera la riqueza, pero me han enseñado también que en el pecho del valiente habita un bien indestructible, el honor, y que el astro brillante de la gloria no pasa al mismo tiempo que la felicidad. Y si tuviera que renunciar a una corona, siguen en juego: honor y gloria, yo os elijo.

Puso su mano en la cesta que había elegido, pero el sultán le ordenó detenerse, indicó también a Labakán que se situara junto a su mesa y también éste puso la mano en su cesta.

El sultán hizo traer una copa de agua de la fuente sagrada de Zemzem[23], en La Meca, alzó sus manos en oración, dirigiendo su rostro hacia Oriente, se arrodilló y rezó:

—¡Dios padre, que desde hace siglos conservas puro y legítimo nuestro linaje! No permitas que alguien indigno profane el nombre de los Abasíes[24], y asiste a mi verdadero hijo en esta hora de prueba.

El sultán se levantó y se sentó de nuevo en su trono; una esperanza generalizada dominaba a los presentes, que apenas se atrevían a respirar. Se hubiera podido oír en el salón el vuelo de una mosca: tan quietos y tensos estaban todos; los de atrás alargaban el cuello para poder ver las cestitas por encima de los de delante.

Dijo el sultán:

—Abrid las cestas.

Y éstas se destaparon solas, aunque antes ninguna fuerza era capaz de hacerlo.

En la que Omar había elegido se encontraba una pequeña corona de oro y un cetro sobre una almohadilla de terciopelo; en la de Labakán, una gran aguja y un poco de hilo. El sultán les mandó poner ante él sus cestas; tomó en su mano la coronita y, ¡oh maravilla!, al cogerla, se fue haciendo cada vez más grande hasta alcanzar el tamaño de una auténtica corona. Puso ésta en la cabeza a su hijo Omar, que se arrodilló ante él, y le besó en la frente invitándole a sentarse a su derecha. En cambio, se volvió hacia Labakán y dijo:

—Hay un antiguo proverbio que dice: «Zapatero, a tus zapatos». Parece que tendrás que seguir con la aguja. Aunque no has merecido mi favor, ha intercedido por ti alguien a quien hoy no puedo negar nada: por eso te perdono tu miserable vida, pero, si me permites un buen consejo, date prisa en salir de mi país.

Avergonzado y anonadado como estaba, el pobre aprendiz de sastre no se atrevió a responder nada; se arrodilló ante el príncipe y las lágrimas le llenaron los ojos:

—¿Podríais perdonarme, príncipe? —dijo.

—Fidelidad para el amigo y generosidad para el enemigo es el orgullo de los Abasíes —respondió el príncipe haciéndole levantar—. Vete en paz.

—¡Hijo mío verdadero! —exclamó emocionado el viejo sultán abrazándole.

Los emires y pachás y todos los grandes del reino se pusieron en pie ante su asiento y prorrumpieron en gritos de «¡Salve al nuevo hijo del rey!».

En medio del alborozo general, Labakán se esfumó del salón con su cestita bajo el brazo.

Bajó a los establos del sultán, embridó su caballo *Marva* y cabalgó hacia la puerta en dirección a Alejandría. Toda su vida de príncipe se le antojó un sueño, y únicamente la cestita, ricamente adornada con perlas y diamantes, le recordaba que no había soñado.

Cuando llegó de nuevo a Alejandría, pasó ante la casa de su antiguo maestro: se detuvo, ató su rocín a la puerta y entró en el taller. El maestro, que no le reconoció de inmediato, hizo una gran reverencia y le preguntó en qué podía servirle; pero, cuando miró mejor al recién llegado y reconoció a su viejo Labakán, llamó a sus aprendices y oficiales, y todos se lanzaron sobre el

pobre Labakán, que no esperaba tal recibimiento, y le golpearon con hierros y varas, le pincharon con agujas y le torturaron con las puntiagudas tijeras, hasta que cayó agotado sobre un montón de trajes viejos.

Y, mientras estaba allí caído, el maestro le lanzó un sermón sobre el traje robado; en vano aseguró Labakán que había regresado sólo para restituirlo, en vano le ofreció el triple para pagar los daños: el maestro y sus aprendices volvieron a la carga, le golpearon con fuerza y le echaron fuera. Deshecho y desgarrado, subió a su caballo *Marva* y se dirigió a un lugar de descanso de caravanas. Allí reposó su cabeza cansada y golpeada, y reflexionó sobre las penas de este mundo, sobre los méritos no reconocidos y sobre la vanidad y fugacidad de todos los bienes. Se durmió con la decisión de renunciar a toda grandeza y convertirse en un honrado ciudadano. Y al día siguiente se mantuvo en su decisión, pues las pesadas manos del maestro y de sus aprendices parecían haberle arrancado toda la majestad.

Por un precio elevado vendió su cesta a un joyero, se compró una casa y puso un taller de sastrería. Cuando había arreglado todo bien y había colgado ante su ventana un cartel con la inscripción «Labakán, maestro sastre», se sentó y comenzó a remendar el traje que tan ferozmente le había destrozado su maestro, con la aguja y el hilo que encontró en la cestita. Dejó el trabajo al llamarle alguien, pero, cuando iba a sentarse de nuevo a coser, ¡qué espectáculo se le ofreció! La aguja seguía cosiendo laboriosamente sin que nadie la guiara, dando puntadas finas y delicadas como no había dado el mismo Labakán ni en sus momentos más artísticos.

¡Ciertamente, hasta el mínimo regalo de un hada benéfica es útil y de gran valor! Otra virtud tenía además este regalo, y es que el trocito de hilo no se acababa nunca, por más que la aguja trabajara.

Muchos clientes tuvo Labakán, y pronto fue el más famoso sastre en muchas leguas a la redonda; cortaba las prendas y daba la primera puntada con la aguja, que en un santiamén seguía trabajando sin detenerse hasta que estaba cosida por completo. El maestro Labakán tuvo pronto a toda la ciudad como cliente, pues trabajaba bien y extraordinariamente barato; sólo por una cosa meneaba la cabeza la gente de Alejandría y era porque trabajaba sin ningún aprendiz y a puerta cerrada.

Así se cumplió el oráculo de la cestita que decía «Felicidad y riqueza»: la felicidad y la riqueza acompañaron, si bien en modestas proporciones, los pasos del buen sastre; cuando oía de la gloria del joven sultán Omar, que estaba en boca de todos; cuando oía que aquel valiente era el orgullo de su pueblo, que le amaba, y el terror de sus enemigos, el antiguo príncipe pensaba

para sí que era mejor haber seguido siendo sastre, pues el honor y la gloria son cosas muy peligrosas. Así vivió Labakán, satisfecho de sí mismo, considerado por sus conciudadanos, y si entretanto la aguja no ha perdido vigor, seguirá cosiendo ahora con el hilo de la buena hada Adolzaida.

Con el alba partió la caravana y pronto llegó a Birket el Had o fuente de los peregrinos, desde donde había sólo tres horas de camino hasta El Cairo. Para entonces se esperaba la llegada de la caravana, y los mercaderes tuvieron la alegría de que sus amigos de El Cairo salieran a su encuentro. Entraron en la ciudad por la puerta de Bebel Falch, pues se considera de buen augurio entrar por ella viniendo de La Meca, porque también el profeta la atravesó[25].

En el mercado se despidieron los cuatro mercaderes turcos del extranjero y del mercader griego, y se fueron a casa con los amigos. Zaleuco indicó al extranjero una buena hospedería y le invitó a comer con él a mediodía. El extranjero aceptó y le prometió acudir cuando se hubiera mudado.

El griego había hecho todos los preparativos para agasajar al extranjero, a quien había tomado mucho afecto durante el viaje, y, cuando las bebidas y los manjares estuvieron en la disposición conveniente, se sentó a esperar a su invitado.

Oyó unos pasos lentos y pesados acercarse por el corredor que conducía a su aposento. Se levantó para salir amablemente a su encuentro y darle la bienvenida en la puerta, pero retrocedió horrorizado al abrirla y ver enfrente aquella espantosa capa roja; lanzó otra mirada, pero no, no era una alucinación: la misma figura alta y arrogante, la máscara desde la que le miraban los ojos oscuros, la capa roja con bordados en oro le eran demasiado familiares desde los días más espantosos de su vida.

En el corazón de Zaleuco luchaban sentimientos contrapuestos; hacía tiempo que se había reconciliado con la imagen de este recuerdo y le había perdonado, y, sin embargo, al verlo se abrían de nuevo las heridas; todas aquellas horas atormentadas, de angustia ante la muerte, aquella pesadumbre que había envenenado la flor de su vida, invadieron su alma en un instante.

—¿Qué quieres ahora, horror? —exclamó el griego al ver que la aparición seguía inmóvil en el umbral—. ¡Vete rápido, antes de que te maldiga!

—¡Zaleuco, Zaleuco! —dijo una voz conocida bajo la máscara—. ¿Así recibes a tu invitado?

Luego se quitó la capa y se retiró la máscara: era Selim Baruj, el extranjero.

Zaleuco no parecía aún tranquilo; le resultaba odioso, pues de sobra había reconocido en él al desconocido del Ponte Vecchio, pero venció la antigua costumbre de la hospitalidad, y en silencio hizo seña al extranjero de que se sentara con él a la mesa.

—Adivino tus pensamientos —comenzó éste cuando se hubieron sentado —. Tus ojos me miran sin comprender; hubiera podido callar y no presentarme nunca ante ti, pero te debo una justificación y por ello me he

expuesto a que me maldijeras apareciendo con mi aspecto de antaño. Una vez me dijiste: «La fe de mis padres me manda amarle; además, es más desdichado que yo». Créelo, amigo mío, y escucha mi explicación.

»Tengo que remontarme a muchos años atrás para que puedas entenderme por completo. Nací en Alejandría, de padres cristianos. Mi padre, el menor de una antigua y famosa casa francesa, era cónsul de su país en Alejandría. Desde los diez años me eduqué en Francia, en casa de un hermano de mi madre, y sólo algunos años después de la revolución dejé mi patria para dirigirme con mi tío, que ya no se sentía seguro en la tierra de sus mayores, a buscar refugio junto a mis padres al otro lado del mar. Desembarcamos con la esperanza de encontrar en la casa paterna el descanso y la paz que nos negaba el pueblo revolucionario de los franceses. Pero ¡ay!, en casa de mi padre no encontré todo como esperaba; las tormentas exteriores de esa Europa agitada no habían llegado aún hasta allí y por eso era más inesperado que la desgracia se hubiera apoderado de mi casa. Mi hermano, un hombre joven y lleno de posibilidades, primer secretario de mi padre, se había casado hacía poco con una joven, hija de un noble florentino que vivía en nuestra vecindad. Dos días antes de nuestra llegada, ésta había desaparecido sin que nuestra familia ni su padre pudieran encontrar la más mínima huella de su paradero. Se acabó por creer que se habría aventurado a ir demasiado lejos en un paseo y habría caído en manos de los bandoleros. Esta idea casi habría sido un consuelo mayor para mi pobre hermano que la verdad de la que pronto nos enteramos. La infiel se había fugado con un joven napolitano al que había conocido en casa de su padre. Mi hermano, ofendido al máximo por esta conducta, hizo todo lo posible para castigar a la culpable, pero en vano. Sus intentos, que habían despertado interés en Nápoles y Florencia, sólo sirvieron para coronar su desgracia y la nuestra. El noble florentino regresó a su patria con la pretensión de hacer justicia a mi hermano, pero en realidad fue para perdernos. En Florencia hizo fracasar todos los intentos que mi hermano había hecho y supo servirse tan bien de su influencia, que se procuró por todos los medios que mi padre y mi hermano, declarados sospechosos para su gobierno, fueran llevados a Francia, hechos prisioneros del modo más vergonzoso, y allí cayeran bajo el hacha del verdugo. Mi pobre madre enloqueció y, después de diez largos meses, la muerte la liberó de su terrible situación, que en los días finales había evolucionado a una conciencia plena y clara. Así me quedé solo en el mundo, pero con una única idea que llenaba

mi alma, una idea que me hacía olvidar mi dolor: la llama que mi madre me había transmitido en sus últimas horas.

»Como he dicho, en las últimas horas recobró la razón, me mandó llamar y habló con calma de nuestro destino y de su final. Luego hizo salir a todos de la habitación, se alzó con aire solemne de su lecho de dolor y dijo que podía contar con su bendición si le juraba llevar a cabo algo que iba a encargarme. Conmovido por las palabras de mi madre moribunda, prometí bajo juramento actuar como ella me dijera. Prorrumpió en maldiciones contra el florentino y contra su hija y, con las más terribles amenazas de su maldición, me impulsó a la venganza. Murió en mis brazos. La idea de vengarme ya había surgido en mi corazón, pero ahora despertaba con extraordinaria fuerza. Reuní los restos del patrimonio de mi padre y me juré consagrarme por completo a la venganza o incluso morir.

»Pronto estuve en Florencia, manteniéndome tan de incógnito como me fue posible. Mi plan se había hecho aún más difícil por la situación en que mis enemigos se hallaban. El viejo florentino había sido nombrado gobernador y poseía todos los medios para perderme en cuanto sospechara lo más mínimo. Una casualidad vino en mi ayuda: una tarde vi por la calle a una persona con una librea conocida, con paso inseguro y mirada sombría. El Santo Sacramento *y* Maledetto diavolo**[26]** *me hicieron reconocer al viejo Pietro, un servidor del florentino al que yo había conocido en Alejandría. No tuve ninguna duda: estaba encolerizado con su señor, y decidí servirme de su disposición de ánimo. Pareció muy sorprendido de verme y me contó sus penas. Desde que su señor se había convertido en gobernador, no le agradaba nada de lo que hacía. Mi oro, apoyado en su rabia, le puso pronto de mi parte. Lo más difícil estaba ya logrado. Tenía de mi parte a un hombre que me abriría a cualquier hora la puerta de mi enemigo. Mi plan de venganza maduraba cada vez más rápido. La vida del viejo me pareció de poco valor en comparación con la ruina de mi casa. Debía ver aniquilado lo que le era más querido, su hija Bianca. ¿No había ofendido tan gravemente a mi hermano, no era ella la causa principal de nuestra desgracia? La noticia de que en esos días precisamente iba a contraer matrimonio por segunda vez llegó a propósito a mi corazón sediento de venganza: estaba decidido, ella debía morir. A mí mismo, sin embargo, me horrorizaba el hecho, y a Pietro le suponía escasa decisión. Por ello tratamos de buscar a un hombre que llevara a cabo el proyecto. Entre los florentinos no me aventuraba a sobornar a ninguno, pues nadie se hubiera atrevido a emprender algo así contra el gobernador. Entonces se le ocurrió a Pietro el plan que después yo llevé a*

cabo. Asimismo te propuso a ti por ser el más apropiado como médico y extranjero. Sabes bien cómo sucedieron las cosas. Mi empresa sólo pareció estrellarse contra tu gran prudencia y nobleza. De ahí el incidente de la capa.

»Pietro nos abrió la puerta del palacio del gobernador, y él también nos hubiera conducido otra vez fuera si no hubiéramos huido espantados ante la terrible escena que presenciamos por la puerta entreabierta. Sobrecogido por el horror y el remordimiento, recorrí más de doscientos pasos hasta caer de rodillas en las gradas de una iglesia. Sólo allí me recobré otra vez y mi primera idea fuiste tú y tu terrible destino si te encontraban en la casa.

»Me introduje en el palacio, pero no hallé ni rastro de Pietro o tuyo. La puerta estaba abierta, así que al menos podía esperar que hubieras aprovechado la oportunidad de huir.

»Cuando amaneció, el miedo a ser descubierto y un sentimiento indiscutible de arrepentimiento me impidieron permanecer dentro de las murallas de Florencia. Me fui rápidamente a Roma. Imagínate mi desolación cuando desde hacía unos días allí no se hablaba de otra cosa que de esa historia, añadiendo que habían descubierto al asesino, un médico griego. Volví a Florencia en la mayor desesperación; si mi venganza me parecía ya excesiva, ahora la maldecía porque con tu vida pagaría un precio demasiado alto. Llegué el mismo día en que te cortaron la mano. No hablaré de lo que sentí cuando te vi subir al patíbulo y sufrir tan heroicamente. Al saltar tu sangre a chorro, decidí consagrarme a dulcificar en lo posible el resto de tu vida. Lo que luego sucedió ya lo sabes, sólo me queda decir por qué he hecho este viaje contigo.

»Me pesaba como una carga insoportable el que no me hubieras llegado a perdonar. Por ello me decidí a compartir contigo muchos días y llegar a explicarte lo que hice.

El griego había escuchado a su huésped en silencio y al terminar le respondió con mirada benévola:

—Sabía que debías ser más desgraciado, pues aquel hecho atroz ensombrecerá eternamente tus días como una nube negra. Pero permíteme una pregunta: ¿Cómo llegaste al desierto con esta apariencia? ¿Qué hiciste después de comprarme la casa en Constantinopla?

—Regresé a Alejandría —respondió el interrogado—. El odio contra toda la humanidad llenaba mi pecho; un odio ardiente sobre todo contra las naciones que llaman civilizadas. Créeme, entre mis musulmanes me sentía mejor. Llevaba apenas unos meses en Alejandría cuando se produjo la invasión de mis compatriotas. Sólo veía en ellos a los verdugos de mi padre y

de mi hermano, por lo que reuní a algunos conocidos con mis mismas ideas y me uní a aquellos valerosos mamelucos[27]*, que sembraron tan a menudo el terror en el ejército francés. Al terminar la campaña, no me podía decidir a volver a la vida de la paz. Con mi puñado de amigos de mis ideas, llevé una vida vagabunda y fugitiva, dedicada a la caza y a la lucha. Vivo contento entre esta gente, que me honra como a un príncipe, pues, si bien mis asiáticos no son tan cultos como vuestros europeos, están muy alejados de la envidia y la difamación, el egoísmo y la avaricia.*

Zaleuco agradeció al extranjero su justificación, pero no le ocultó que resultaría más adecuado a su linaje y a su educación vivir en países europeos y cristianos. Cogió su mano y le pidió que se fuera a vivir a su casa, a compartir con él la vida y la muerte.

El invitado le miró emocionado:

—Por esto sé que me has perdonado por completo y que me amas. Te doy las gracias de todo corazón.

Se levantó y permaneció en pie, tan alto, ante el griego, al que casi espantaban sus ojos negros y brillantes, la actitud combativa y la voz profunda y misteriosa de su huésped.

—Tu proposición es hermosa —continuó—, para cualquier otro sería tentadora, pero yo no puedo aceptarla. Ya está mi caballo ensillado, ya me esperan mis servidores. ¡Adiós, Zaleuco!

Los amigos a los que el destino había unido tan extrañamente se abrazaron al despedirse.

—¿Y cómo puedo llamarte? ¿Cuál es el nombre de mi huésped, que siempre vivirá en mi recuerdo? —preguntó el griego.

El extranjero le miró largamente, le apretó la mano una vez más y dijo:

—Me llaman señor del desierto*: soy el bandido Orbasán.*

Almanaque de cuentos
para hijos e hijas de clases cultas
para el año 1827

El jeque de Alejandría y sus esclavos

El jeque de Alejandría, Alí Banu, era un hombre singular. Cuando por la mañana iba por las calles de la ciudad, tocado con un turbante del más delicado cachemir, traje de gala y rico cinturón que valía lo que cincuenta camellos; cuando así iba, a paso lento, majestuoso, con la frente surcada por sombríos pliegues, fruncido el ceño, los ojos entornados, y cada cinco pasos mesando meditabundo su larga barba negra; cuando de esta guisa se dirigía hacia la mezquita para explicar el Corán a los creyentes, como su dignidad exigía, la gente se detenía en la calle, lo seguía con la mirada y hablaba entre sí:

—¡Sí que es un hombre apuesto y majestuoso!

—Y rico, un rico señor —añadía otro asintiendo—. ¿No tiene un castillo en el puerto de Estambul? ¿No tiene bienes y tierras, y cabezas de ganado a miles, y muchos esclavos?

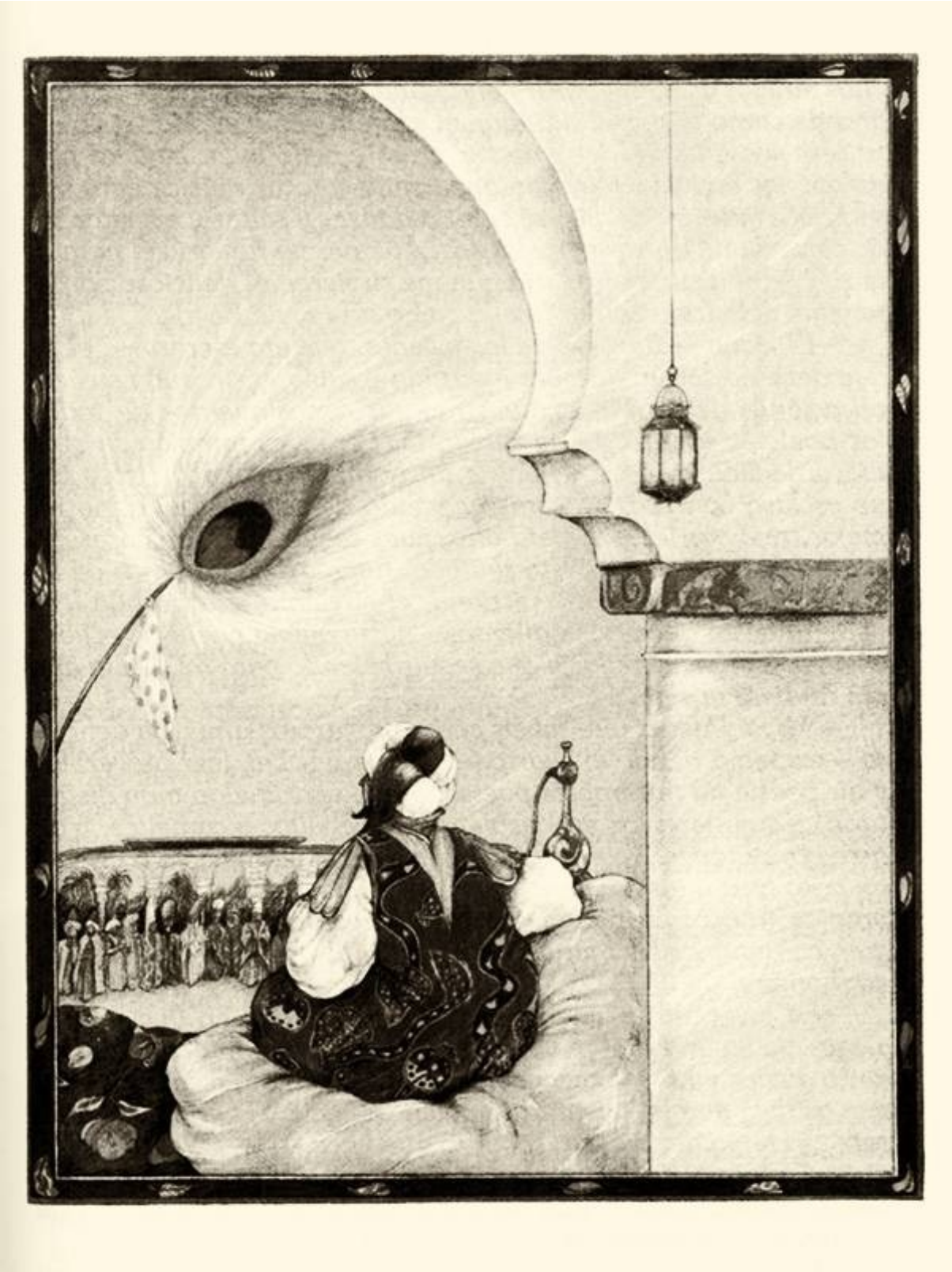
—Sí —dijo un tercero—, y el príncipe tártaro[28] *que llegó no hace mucho, enviado a él desde Estambul por el propio gran señor, que el profeta bendiga, me ha dicho que nuestro jeque está muy bien visto por el reis-efendi, por el kapidshi-bashi*[29]*, por todos, hasta por el mismo sultán.*

—Sí —exclamó un cuarto—, sus pasos llevan la bendición. Es un señor rico y distinguido, pero, pero… ¡Ya sabéis lo que quiero decir!

—¡Sí, sí! —decían los otros bajando la voz—. Es cierto, también tiene su carga que soportar. No me gustaría cambiarme por él; es un señor rico y distinguido, pero, pero…

Alí Banu tenía una casa señorial en el sitio más bello de Alejandría. Ante la casa había una amplia terraza, rodeada de mármol y sombreada de palmeras. Allí se sentaba a menudo al atardecer y fumaba su narguile[30]*. A respetuosa distancia, doce esclavos ricamente ataviados esperaban una señal suya. Uno llevaba el buyo*[31]*; otro sostenía su parasol; un tercero tenía vasijas de oro fino, llenas de delicioso sorbete; un cuarto tenía un ventalle*[32] *de plumas de pavo real para ahuyentar las moscas en torno al señor; otros*

eran cantores y llevaban laúdes e instrumentos de viento para deleitarlo con música cuando lo pidiera, y el más sabio de todos llevaba varios papiros para leerlos ante él.



Pero aguardaban en vano su señal. No pedía música ni canto, no quería oír proverbios ni poemas de sabios poetas de otros tiempos, no quería tomar sorbete ni mascar buyo. Hasta el del abanico de plumas de pavo real hacía vana tarea, pues el señor no se daba cuenta de cuándo una mosca revoloteaba zumbando a su alrededor.

Los que por allí pasaban se detenían a menudo. Se maravillaban de la magnificencia de la casa, de los esclavos ricamente vestidos y del acomodamiento de que todo estaba provisto. Pero, cuando miraban después al jeque y observaban cómo estaba sentado, tan serio y melancólico, bajo las palmas, sin dirigir su mirada a otro sitio que no fueran las nubecillas azuladas de su narguile, meneaban la cabeza y decían:

—En verdad, este hombre rico es un pobre hombre. Él, que tiene mucho, es más pobre que el que nada tiene, pues el profeta no le ha dado el entendimiento para gozarlo.

Así hablaba la gente, se reía de él y seguía adelante.

Una tarde en que el jeque, sentado bajo las palmeras ante la puerta de su casa, rodeado de todo el esplendor de la tierra, triste y solo fumaba su narguile, no lejos de allí unos jóvenes lo contemplaban y reían.

—Verdaderamente —dijo uno—, el jeque Alí Banu es tonto. Si yo tuviera sus riquezas, ya las emplearía de otro modo. Me daría buena vida todos los días. Mis amigos comerían en los grandes aposentos de mi casa, y esas tristes salas estarían llenas de júbilo y risas.

—Sí —replicó el otro—. Eso no estaría nada mal, pero muchos amigos acaban consumiendo una hacienda, aunque sea tan grande como la del sultán, que el profeta bendiga. Mas si yo estuviese sentado así, al atardecer, en este bello lugar bajo las palmeras, los esclavos tendrían que cantar y tocar música para mí, mis bailarines tendrían que venir a danzar y saltar y ejecutar toda clase de números maravillosos. Además yo fumaría el narguile con gran distinción, haría que me sirvieran el delicioso sorbete y me deleitaría con todo ello como un rey de Bagdad.

—El jeque —dijo otro de los jóvenes, que era escritor—, el jeque debe de ser un hombre instruido y sabio, y sin duda sus explicaciones del Corán demuestran sus conocimientos de todos los poetas y escritos de la sabiduría. Pero ¿es también su vida tan ordenada como conviene a un hombre razonable? Hay allí un esclavo con todo un brazo cargado de papiros; yo daría mi mejor traje por leer siquiera uno, pues seguro que son cosas curiosas. ¿Y qué hace él? Está sentado, fuma y deja los libros de lado. Si yo fuera el jeque Alí Banu, el sirviente tendría que leer para mí hasta quedar sin

aliento, o hasta que la noche se echara encima. Y aun así tendría que seguir leyendo para mí, hasta que me rindiera el sueño.

—¡Vaya! Pues sí que sabéis cómo procuraros una vida deliciosa —exclamó riendo el cuarto—. Comer y beber, leer proverbios y oír poesía de miserables poetas. No, yo haría algo muy distinto. El jeque tiene los más espléndidos caballos y camellos, y dinero a montones. Yo en su lugar viajaría, viajaría hasta el fin del mundo, hasta donde viven los mismos moscovitas o incluso los propios francos. Ninguna ruta me parecería demasiado lejana para contemplar las maravillas del mundo. Así haría yo, si fuese ese hombre.

—La juventud es una bella época, y la edad en que uno es alegre —dijo un hombre viejo de apariencia anodina, que estaba junto a ellos y había escuchado sus palabras—. Pero permitidme que os diga que la juventud también es necia y charla sin ton ni son a lo largo del día, sin saber lo que hace.

—¿Qué queréis decir con eso, anciano? —preguntaron los jóvenes, asombrados—. ¿Se refiere a nosotros? ¿Os importa que reprobemos la manera de vivir del jeque?

—Cuando uno sepa algo mejor que el otro, corregirá su error, como lo pide el profeta —replicó el viejo—. El jeque, es verdad, está bendecido con riquezas y tiene todo lo que el corazón anhela, pero tiene motivos para estar serio y triste. ¿Creéis que siempre ha sido así? No, yo llegué a verlo hace más de quince años; entonces era vivaz y enérgico como la gacela, y vivía lleno de alborozo gozando de la vida. En aquellos tiempos tenía un hijo, la alegría de su vida, guapo e instruido, y quien lo veía y oía hablar de él no tenía más remedio que envidiar al jeque por aquel tesoro, pues no tenía aún diez años y era tan culto como apenas otro llegaba a serlo a los dieciocho.

—¿Y se le ha muerto? ¡Pobre jeque! —exclamó el joven escritor.

—Sería un consuelo para él saber que ha regresado a las moradas del profeta, donde viviría mejor que aquí, en Alejandría. Pero lo que habría que saber era mucho peor. Eran los tiempos en que los francos irrumpieron en nuestro país como lobos hambrientos, entrando en guerra con nosotros. Se

habían adueñado de Alejandría, y siguiendo y siguiendo su carrera desde allí, lucharon con los mamelucos. El jeque era un hombre prudente y supo entenderse bien con ellos. Pero ya fuese porque codiciaban sus riquezas o porque él miraba por sus hermanos creyentes, no lo sé a ciencia cierta, el caso es que un día se presentaron en su casa y lo acusaron de haber apoyado en secreto a los mamelucos con armas, caballos y víveres. Por más que demostró su inocencia, de nada le sirvió, pues los francos son un pueblo tosco, duro de corazón cuando lo que le importa es arrebatar dinero. Entonces se llevaron al campamento como rehén a su hijo pequeño, llamado Kairam. Les ofreció mucho dinero por él, pero no lo dejaron en libertad, queriendo forzar a una puja aún más elevada. En esto, les llegó de pronto de su bajá, o lo que fuere, la orden de embarcar. Nadie en Alejandría sabía una palabra de ello, y de pronto estaban en alta mar, llevándose sin duda consigo al pequeño Kairam, el hijo de Alí Banu, pues nunca se volvió a saber nada de él.

—¡Oh, pobre hombre! ¡Cuánto lo ha castigado Alá! —exclamaron a una los jóvenes, mirando compasivos hacia el jeque, que, rodeado de lujo, estaba sentado bajo las palmeras, dolorido y solitario.

—Su mujer, a la que amaba mucho, murió de pesar por su hijo. En cambio él se compró un barco, lo equipó y movió al médico franco, que vive ahí abajo junto a la fuente, a que viajase con él a Frankistán para ir en busca del hijo perdido. Se embarcaron y estuvieron mucho tiempo en el mar, y por fin llegaron al país de los giaurs[33], *aquellos infieles que habían estado en Alejandría. Pero allí estaban sucediendo en aquellos momentos cosas terribles. Habían dado muerte a su sultán, y pachás, ricos y pobres se cortaban las cabezas mutuamente y no había orden en el país. En vano buscaron en todas las ciudades al pequeño Kairam: nadie sabía de él, y el doctor franco aconsejó por fin al jeque que se embarcaran, porque, de no hacerlo, bien podían perder sus propias cabezas. Así regresaron otra vez, y desde su llegada el jeque ha vivido como en el día de hoy, pues con corazón llora la pérdida de su hijo. ¿No ha de pensar cuando come y bebe: «Quizá en este mismo momento mi pobre Kairam estará pasando hambre y sed»? Y, cuando se viste con ricos chales y trajes de gala, como requieren su cargo y su dignidad, ¿no ha de pensar: «Quizá no tenga ahora con qué cubrir su desnudez»? Y, cuando está rodeado de cantantes, bailarines y lectores, sus esclavos, ¿no pensará en ese instante: «Ahora mismo tal vez mi pobre hijo tenga que estar enseñando cabriolas y música a su amo franco como a éste le venga en gana»? Y lo que le causará mayor pesar es creer que el pequeño*

Kairam, tan lejos del país de sus mayores y en medio de infieles que harán mofa de él, renegará de las creencias de sus antepasados, y un día no podrá abrazarlo en los jardines del paraíso. Por eso es también tan clemente con sus esclavos y hace grandes dádivas a los pobres, pues piensa que Alá se lo recompensará y moverá el corazón de sus señores francos a tratar a su hijo con clemencia. Además, cada vez que llega la fecha en que su hijo fue arrebatado, concede la libertad a doce esclavos.

—Ya he oído hablar de eso —replicó el escritor—, pero se cuentan cosas raras. De su hijo no se decía nada, pero sí se rumoreaba que es un hombre singular y, muy en especial, ávido de narraciones. Parece que todos los años hace un concurso entre sus esclavos y al mejor narrador lo deja libre.

—No os dejéis llevar por lo que cuenta la gente —dijo el anciano—. Es como yo digo, lo sé con certeza. Es posible que en ese día aciago quiera distraerse y pida que le cuenten historias, pero si les da la libertad es por su hijo. Mas la tarde está enfriándolo y tengo que seguir. Shalem aleikum[34]*, la paz sea con vosotros, jóvenes señores, y que en el futuro vuestros pensamientos sean mejores para con el buen jeque.*

Los jóvenes dieron las gracias al anciano por sus noticias, miraron de nuevo hacia el afligido padre y siguieron calle abajo, diciendo entre ellos:

—Realmente, no me gustaría ser el jeque Alí Banu.

No mucho tiempo después de que estos jóvenes hubiesen hablado con el anciano sobre el jeque Alí Banu, sucedió que otra vez caminaban por la misma calle a la hora de la oración de la mañana. El anciano y su narración les vinieron a la memoria, y todos se compadecieron del jeque y miraron hacia su casa. Pero cuál no sería su sorpresa al encontrar que toda ella estaba adornada con el mayor esplendor. Desde lo más alto, por donde andaban esclavas en traje de gala, ondeaban banderas y banderolas; los salones de la casa estaban cubiertos con ricas alfombras, que se prolongaban en un tejido de seda colocado sobre los amplios peldaños de la escalera, y hasta en la calle habían dispuesto un paño tan bello y fino, que más de uno podía desear para hacerse un traje de gala o para cubrirse los pies.

—¡Cáspita, cómo ha cambiado el jeque en estos pocos días! —dijo el joven escritor—. ¿Va a dar una fiesta? ¿Quiere poner a prueba a sus cantantes y bailarines? ¡Mirad esas alfombras! ¿Hay uno solo que las tenga tan bellas en toda Alejandría? Y ese paño en el propio suelo, ¡verdaderamente qué mal empleado!

—¿Sabes lo que pienso? —dijo otro—. Seguro que es para el recibimiento de un gran invitado, porque estos preparativos son como los que se hacen cuando un soberano de grandes países o un efendi del gran señor bendice una casa con su visita. ¿A quién podrán esperar hoy?

—¡Mirad! ¿No es nuestro anciano del otro día ese que va por ahí abajo? Ea, él lo sabe todo y podrá informarnos también sobre esto. ¡Eh, anciano! ¿No queréis acercaros un momento?

Así le llamaron, y el anciano se percató de sus señas y fue hacia ellos, al reconocer a los jóvenes con los que había hablado hacía unos días. Llamaron su atención sobre los preparativos de la casa del jeque y le preguntaron si sabía a qué ilustre invitado esperaban.

—¿Creéis quizá —replicó— que Alí Banu celebra una gran fiesta, o que la visita de un gran hombre honra su casa? No es así: hoy es el duodécimo día del mes de Ramadán, como sabéis, y en un día como hoy su hijo fue hecho prisionero.

—Pero ¡por las barbas del profeta! —exclamó uno de los jóvenes—. La apariencia que todo tiene es de bodas y de fiestas, y sin embargo es su famoso día de luto. ¿Cómo explicáis eso? Confesad que no hay duda de que el jeque tiene la cabeza perturbada.

—¿Seguís siendo de tan pronto juicio, mi joven amigo? —preguntó el anciano sonriendo—. También esta vez vuestra flecha era de buen filo y aguda punta, tensa hasta el extremo la cuerda de vuestro arco, y, con todo, habéis errado mucho el tiro. Sabed que el jeque espera hoy a su hijo.

—¿Entonces ha aparecido? —exclamaron con alegría los jóvenes.

—No, y quizá no aparezca en mucho tiempo. Mas sabed que hace ocho o diez años, cuando ya entonces el jeque conmemoraba este día doliéndose y lamentándose, y ponía en libertad a esclavos, y daba de comer y de beber a muchos pobres, ocurrió que también hizo que sirvieran comida y bebida a un derviche que, lleno de cansancio y decaimiento, yacía a la sombra de su casa. Pero el derviche era un santo varón y entendido en profecías y astrología. Una vez reconfortado por la clemente mano del jeque, se acercó a él y le dijo: «Conozco la causa de tu pesar. ¿No es hoy el doce del mes de Ramadán, y no has perdido a tu hijo en un día como éste? Mas consuélate: este día de aflicción se volverá para ti día de fiesta, pues sabe que en un día como hoy alguna vez regresará tu hijo». Así habló el derviche. Sería pecado para cualquier musulmán dudar de las palabras de un hombre semejante. Es cierto que la pena de Alí no quedó así mitigada, pero en un día como hoy siempre

espera el regreso de su hijo, y adorna su casa, sus salones y la escalera, como si Kairam pudiera llegar en cualquier momento.

—¡Maravilloso! —replicó el escritor—. Me gustaría estar allí para ver con qué magnificencia está todo preparado, cómo él mismo se duele en medio de ella, y sobre todo me gustaría escuchar lo que cuentan sus esclavos.

—Nada más fácil —respondió el anciano—. El guardián de los esclavos de esa casa es mi amigo desde hace muchos años, y en días como éste no olvida nunca reservarme un pequeño acomodo en el salón, donde uno pasa inadvertido en medio de los numerosos servidores y amigos del jeque. Voy a hablar con él para que os deje entrar. Como sólo sois cuatro, puede hacerse. Venid a la hora nona a esta plaza y os daré la respuesta.

Así habló el anciano. Los jóvenes le dieron las gracias y se alejaron, impacientes por ver cómo se resolvía todo.

A la hora señalada, llegaron a la plaza situada ante la casa del jeque y allí hallaron al anciano, que les dijo que el guardián de los esclavos había aceptado introducirlos. Inició la marcha, pero no a través de las escaleras y puertas ricamente adornadas, sino por una puertecita lateral, que volvió a cerrar con cuidado después de pasar. Luego los condujo por varios pasillos, hasta que llegaron a la gran sala. En ella había por todas partes una gran aglomeración de gentes. Había hombres ricamente vestidos, respetados señores de la ciudad y amigos del jeque que habían acudido para consolarlo en su dolor. Había esclavos de toda clase y de todas las naciones. Pero en todos traslucía el pesar, porque querían a su señor y se condolían. En un extremo de la sala estaban sentados en un rico diván los amigos más

distinguidos de Alí, y eran servidos por los esclavos. Junto a ellos, en el suelo, estaba sentado el jeque, pues la aflicción por su hijo no le permitía sentarse en la alfombra de la alegría. Tenía la cabeza apoyada en su mano y parecía ajeno a los consuelos que sus amigos susurraban a sus oídos. Frente a él estaban sentados algunos hombres, viejos y jóvenes, en atuendo de esclavos. El anciano hizo saber a sus jóvenes amigos que aquéllos eran los esclavos que Alí Banu libraría aquel día. Entre ellos había algunos francos, y el anciano prestó particular atención a uno de extraordinaria belleza y muy joven todavía. El jeque lo había comprado hacía sólo unos cuantos días a un mercader de esclavos de Túnez a cambio de una gran cantidad, y, a pesar de esto, ya se disponía a dejarlo en libertad, porque creía que cuantos más francos enviara de regreso a su patria, tanto antes liberaría el profeta a su hijo.

Habiéndose servido refrescos a su alrededor, el jeque hizo una señal al guardián de los esclavos. Éste se puso en pie, y en la sala se hizo un profundo silencio. Se acercó a los esclavos que iban a ser puestos en libertad y dijo con voz clara:

—Hombres que hoy seréis libres por la gracia de Alí Banu, mi señor, jeque de Alejandría, haced ahora como es costumbre en este día en su casa y empezad a contar.

Éstos cuchichearon entre sí. Tomó luego la palabra un viejo esclavo y empezó así:

El enano Narizotas

¡Señor! Se equivocan por completo los que creen que sólo ha habido hadas y hechiceros en los tiempos de Harum al-Raschid[35], el soberano de Bagdad, o los que afirman que incluso son falsos los relatos sobre los hechos de los genios y de sus príncipes, que se oyen a los cuentistas en los mercados de la ciudad. Hoy todavía sigue habiendo hadas, y aún no hace tanto tiempo yo mismo fui testigo de un suceso cuyos autores eran sin duda genios, tal como os relataré.

En una importante ciudad de mi amada patria, Alemania, vivía hace muchos años, modesta y sencillamente, un zapatero con su esposa. Instalado en la esquina de una calle, pasaba el día remendando zapatos y zapatillas, y también sabía hacer calzado nuevo, cuando había alguno que podía encargárselo; pero entonces tenía que comprar primero la piel, porque era pobre y no la tenía almacenada. Su mujer vendía verdura y fruta, que plantaba en un pequeño huertecillo delante de su casa, y mucha gente iba con gusto a comprarle, porque era muy limpia y pulcra en el vestir y sabía colocar y exponer la verdura de modo apetecible.

Los dos personajes tenían un guapo mozalbete, de cara agradable, bien proporcionado y, para sus ocho años[36], bastante espigado ya. Solía sentarse junto a su madre en el mercado, y a los cocineros o a las mujeres que habían comprado mucho a la mujer del zapatero les llevaba a casa una parte de la fruta, y pocas veces volvía de uno de estos paseos sin una bella flor, una monedilla o un pastel, pues los señores de estos cocineros veían con agrado que trajeran consigo a casa al guapo mozalbete y siempre le hacían un buen regalo.

Un día, la mujer del zapatero estaba sentada como de costumbre en el mercado, tenía ante sí algunos cestos con col y verdura variada, toda clase de hierbas y semillas, y también, en un cestillo más pequeño, fruta temprana: peras, manzanas y albaricoques. El pequeño Jacob, que así se llamaba el

mozalbete, estaba sentado junto a ella y pregonaba con clara voz las mercancías:

—¡Eh, señores! Mirad qué hermosa col, qué bien huelen estas hierbas; peras y manzanas tempranas. ¡Eh, señoras! Albaricoques tempranos, ¿quién compra? Mi madre lo da barato.

Así voceaba el mozalbete. En esto apareció una mujer vieja que se acercaba por el mercado. Parecía un tanto descontenta y andrajosa, tenía una cara pequeña, afilada, toda arrugada por la edad, ojos enrojecidos y una nariz puntiaguda, en forma de gancho, apuntando resuelta hacia la barbilla. Andaba con un largo bastón y, sin embargo, no se podía decir cómo andaba, porque iba cojeando, resbalando y tambaleándose, como si tuviese ruedas en las piernas y pudiese en todo momento irse de cabeza al suelo dando contra el adoquinado con su afilada nariz.

La mujer del zapatero observaba a la anciana con atención. Hacía ya dieciséis años que todos los días iba a sentarse al mercado y nunca antes había visto a aquella figura singular. Sin querer se sobresaltó cuando la vieja fue cojeando hacia ella y se detuvo junto a sus cestos.

—¿Sois Hanne, la verdulera? —preguntó la vieja con voz desagradable, semejante a un graznido, sacudiendo sin cesar la cabeza a uno y otro lado.

—Sí, soy yo —contestó la mujer del zapatero—. ¿Deseaba algo?

—¡Ya veremos, ya veremos! Mirar hierbecillas, mirar hierbecillas: vamos a ver si tienes lo que necesito —contestó la vieja doblándose ante los cestos.

Y, revolviendo en el cesto de las hierbas con sus feas manos negruzcas, iba cogiendo con los dedos, largos como sarmientos, las hierbas que estaban expuestas con tanta gracia y delicadeza, acercaba unas y otras a su larga nariz y las olisqueaba por diferentes lugares. A la mujer del zapatero se le partía el corazón viendo cómo la mujer andaba con sus hierbas raras. No se atrevía a decir nada, porque el comprador tenía derecho a examinar las mercancías y, además, la vieja le producía un extraño temor. Cuando ésta hubo revuelto todo el cesto, murmuró:

—Mala mercancía, mala hierba, nada de lo que quiero; era mucho mejor hace cincuenta años. ¡Mala mercancía, mala mercancía!

Estas palabras consiguieron disgustar al pequeño Jacob.

—Oye, eres una vieja desvergonzada —exclamó malhumorado—. Primero revuelves con tus asquerosos dedos negros en las buenas hierbas y las aplastas; luego las llevas hasta tu larga nariz, de manera que quien lo haya visto ya no querrá comprarlas; y encima desprecias nuestra mercancía, cuando hasta el cocinero del duque compra aquí todo.

La vieja dirigió una mirada de soslayo hacia el intrépido muchachito, rió de modo repulsivo y dijo con voz ronca:

—¡Hijito, hijito! Como te gusta mi nariz, mi larga y bonita nariz, vas a tener tú también una en medio de la cara hasta más abajo de la barbilla.

Mientras así hablaba, se deslizó hasta el otro cesto en el que estaba expuesta la col. Cogió en su mano los repollos blancos más vistosos, los apretó unos contra otros hasta la saciedad, los volvió a arrojar en desorden al cesto y dijo también esta vez:

—¡Mala mercancía, mala col!

—No muevas la cabeza hacia un lado y otro de manera tan antipática —exclamó el pequeño con aprensión—. Tu cuello es tan delgado como el tallo de una col y bien podría rompérsete; entonces caería tu cabeza en el cesto, y ¿a quién le quedarían ganas de comprar?

—¿No te gustan los cuellos delgados? —murmuró la vieja riendo—. No lo vas a tener: la cabeza habrá de estar metida entre los hombros para que no se desprenda del pequeño cuerpecillo.

—¡No malgaste sus palabras inútiles con el niño, oiga! —acabó por decir la mujer del zapatero, de mal talante por tanto mirar, rebuscar y olisquear—. Si quiere comprar algo, dese prisa, que me ahuyenta a los demás clientes.

—Bueno, que sea como dices —exclamó la vieja con mirada sañuda—, te compraré estos seis repollos; pero mira, tengo que ayudarme con el bastón y no puedo llevar nada: permite a tu hijito que me lleve la mercancía a casa y le daré a cambio una recompensa.

El pequeño no quería ir con ella y se echó a llorar, pues aquella mujer fea le daba miedo, pero la madre se lo ordenó muy seria, porque le parecía un pecado que la mujer vieja y débil cargara sola con aquel peso. Medio lloroso, hizo como le mandaba, recogió a toda prisa en un paño los repollos y siguió a la vieja por el mercado.

Su paso no era muy rápido y necesitó casi tres cuartos de hora para llegar a una parte muy retirada de la ciudad y, por fin, se paró delante de una casita ruinosa. Allí, sacó del bolsillo un gancho viejo y herrumbroso, lo metió con destreza en un pequeño agujero de la puerta y ésta se abrió de golpe con estruendo. ¡Pero qué sorpresa la del pequeño Jacob al entrar! El interior de la casa estaba lujosamente adornado, el techo era de mármol, y las paredes y los utensilios del ébano más bello, incrustado de oro y piedras talladas; el suelo en cambio era de cristal, y tan liso que el pequeño resbalaba, cayendo alguna vez. La vieja sacó del bolsillo un silbato pequeño de plata e hizo sonar una melodía cuyo sonido penetrante se extendió por toda la casa. Al instante

bajaron por la escalera algunos conejillos de Indias; a Jacob le asaltó la sensación, muy curiosa, de que andaban erguidos sobre dos piernas, que en sus dos piececillos llevaban cáscaras de nuez en lugar de zapatos, que se habían puesto vestidos humanos y que hasta en sus cabezas lucían sombreros de acuerdo con la moda más reciente.

—¿Dónde tenéis mis zapatillas, mala gentuza? —exclamó la vieja, golpeándolos de tal modo con el bastón que daban saltos por el aire gimiendo —. ¿Cuánto tiempo he de seguir aquí de esta manera?

Subieron a toda prisa la escalera y volvieron con un par de cáscaras de coco forradas de piel que colocaron con destreza en los pies de la vieja.

Con esto se acabó la cojera y los resbalones. Tiró a un lado el bastón y se deslizó con gran rapidez por el suelo de cristal, arrastrando de la mano al pequeño Jacob. Se paró por fin en una habitación que, adornada con toda clase de utensilios, semejaba casi a una cocina, aunque las mesas de caoba y los sofás, cubiertos de ricas telas, convenían mejor a una sala suntuosa.

—Siéntate, hijito —dijo la vieja con gran amabilidad, empujándolo hacia el extremo de un sofá y colocando ante él una mesa, de manera que ya no podía salir—. Siéntate, has tenido que llevar mucho peso: las cabezas humanas no son tan ligeras, no son tan ligeras.

—Pero, señora, ¡qué cosas tan raras decís! —exclamó el niño—. Es verdad que estoy cansado, pero eran repollos lo que he traído, se los habéis comprado a mi madre.

—¡Ay, qué equivocado estás! —se echó a reír la vieja, destapando la cesta y sacando una cabeza humana que había cogido por el copete.

El niño estaba fuera de sí del terror. No podía entender cómo había ocurrido todo, pero pensó en su madre. «Si alguien llegara a saber algo de estas cabezas humanas —pensó para sí—, seguro que acusarían a mi madre de ello».

—Ahora tengo que darte también algo de recompensa por ser tan obediente —murmuró la vieja—; ten un poquito de paciencia, voy a prepararte una sopita en la que pensarás durante toda tu vida.

Así habló, volviendo a hacer sonar el silbato. Llegaron primero muchos conejillos de Indias con vestidos humanos; se habían puesto delantales de cocina y, al cinturón, cucharones y cuchillos de trinchar. Tras éstos, entró dando brincos un gran número de ardillas; llevaban amplios pantalones turcos, andaban erguidas y en la cabeza llevaban gorritas verdes de terciopelo. Parecían ser los pinches de cocina, porque trepaban con gran rapidez por las paredes y bajaban sartenes y fuentes, huevos y mantequilla, hierbas y harina que llevaban al fogón; junto a éste, la vieja se afanaba entretanto sin parar, yendo y viniendo en sus zapatillas de cáscara de coco, y el niño veía que se tomaba muy a pecho el cocinarle algo bueno. El fuego crepitaba ya cobrando altura, empezó pronto a humear y hervir la sartén, y un agradable aroma se extendía por la habitación. Mientras, la vieja corría, arriba y abajo, las ardillas

y los conejillos le iban a la zaga, y cada vez que pasaba junto al fogón, echaba una mirada metiendo su larga nariz en la olla. Por fin, ésta empezó a hervir a borbotones y a dar silbidos, escapando el vapor hacia lo alto, y la espuma rebosaba derramándose en el fuego. Entonces la vieja la retiró, vertió una parte en una escudilla de plata y la sirvió al pequeño Jacob.

—Ea, hijito, ea; anda, come esta sopica, que luego tendrás lo que de mí te gusta tanto. También te convertirás en un hábil cocinero, que algo habrás de ser, pero hierbecilla, no, la hierbecilla jamás la vas a encontrar… ¿Por qué no la tenía tu madre en su cesto?

El niño, que no entendía bien lo que decía, ponía toda su atención en la sopa, que le sabía muy buena. Su madre ya le había preparado alguna que otra sabrosa comida, pero nunca le había sabido nada tan bueno. De la sopa subía el olor a finas hierbas y especias, además era dulce y agria al mismo tiempo y muy espesa. Mientras se tomaba hasta las últimas gotas de la deliciosa comida, los conejillos de Indias se pusieron a quemar incienso árabe, que quedó flotando en la habitación en nubecillas azuladas; las nubes se hacían espesas, cada vez más espesas, e iban bajando poco a poco, el humo del incienso se apoderaba del niño adormeciéndolo, por más que quisiera hablar, cada vez que pensaba que debía regresar junto a su madre; cuando sacaba fuerzas de flaqueza, caía una y otra vez en el sopor, y, al fin, se quedó dormido de veras en el sofá de la vieja.

Tuvo extraños sueños. Se le antojaba que la vieja le quitaba sus vestidos y le envolvía en una piel de ardilla. Ahora podía dar saltos y trepar como una ardilla; tenía por compañeros a las otras ardillas y a los conejillos, que eran gente obediente y educada, y con ellos estaba al servicio de la anciana. Al principio, sólo lo usaban para los servicios de limpiabotas, es decir, que tenía que untar con aceite y sacar brillo frotando a las cáscaras de coco que la mujer llevaba en lugar de zapatillas. Como en la casa de su padre lo habían acostumbrado a hacer a menudo trabajos similares, acabaron en un santiamén. Más o menos al cabo de un año, siguió soñando, lo pasaron a un trabajo más delicado: junto con las demás ardillas, tenía que coger las partículas de polvo que se veían al filtrarse los rayos del sol y, cuando tenía bastante, pasarlas por el tamiz de un finísimo cedazo. Y es que la mujer tenía este polvillo por la quintaesencia de lo fino, y, como no podía masticar bien, que ya ningún diente le quedaba, mandaba que prepararan el pan con polvillo de sol.

Al cabo de otro año pasó al grupo de los servidores que recogían el agua de beber para la vieja. No vaya a pensarse que para esto mandaba abrir un aljibe, por ejemplo, o que colgaba un tonel en el patio para recoger el agua de

la lluvia. Las cosas se hacían de modo mucho más refinado: las ardillas, y con ellas Jacob, tenían que coger en cáscaras de avellana el rocío de las rosas, y ésta era el agua de beber de la vieja. Como ésta bebía muchísimo, los trabajadores tenían ardua tarea. Pasado un año, lo nombraron para el servicio interno de la casa, con la misión de hacer la limpieza de los suelos. Como eran de cristal y se veía en ellos la mancha más ligera, el trabajo no era poco. Tenía que barrerlos y atarse en los pies un tejido usado, deslizándose encima hacia un lado y otro de la habitación. Por último, al cuarto año fue destinado a la cocina. Era éste un cargo honorífico, al que sólo se podía llegar tras un largo tiempo de prueba. En aquélla sirvió Jacob, ascendiendo desde simple pinche hasta primer pastelero, y alcanzó una habilidad y conocimiento tan fuera de lo común en todo lo que tenía que ver con la cocina que a menudo se asombraba de sí mismo. Las cosas más difíciles, pasteles de doscientas clases distintas de esencias, caldos de finas hierbas compuestos de todas las especias de la tierra, todo lo aprendió, todo lo sabía hacer con rapidez y seguridad.

Así habían pasado alrededor de siete años al servicio de la vieja cuando un día ésta, quitándose las zapatillas de coco y asiendo cesto y bastón para salir, le ordenó que desplumara un pollito, lo rellenara de hierbas y lo asara bien dorado y tostadito, hasta que volviera. Lo hizo según las reglas del arte: retorció el pescuezo al pollito, lo escaldó en agua hirviendo, le arrancó con destreza las plumas, le raspó después la piel hasta que quedó fina y lisa y le sacó las entrañas. Después, empezó a reunir las hierbas con las que había de rellenar el pollito. En la cámara de las hierbas advirtió esta vez, sin embargo, una alacena con la puerta entreabierta, que otras veces nunca había observado. Se acercó curioso para ver lo que contenía y vio que dentro había muchos cestillos de los que salía un olor intenso y agradable. Abrió uno y encontró hierbas de aspecto y color muy especiales. Los tallos y las hojas eran de color gris azulado y arriba tenían una pequeña flor de un rojo encendido orlado de amarillo. Contempló la flor, pensativo, la olió y percibió que exhalaba el mismo aroma intenso que despedía aquella sopa que una vez le había preparado la vieja. Pero el olor era tan intenso que empezó a estornudar y estornudaba cada vez más fuerte y… estornudando acabó por despertar.

Allí estaba, en el sofá de la vieja, y maravillado miró a su alrededor.

«¡Córcholis! ¿Cómo se pueden tener sueños tan vivos? —dijo para sí—. ¡Pero si hubiese podido jurar que estaba hace un instante convertido en una miserable ardilla, en un camarada de los conejillos de Indias y otros bichos, y, encima, en un gran cocinero! ¡Cómo se va a reír mi madre cuando le cuente

todo! ¿Pero no me censurará también que me haya quedado dormido en una casa ajena en lugar de ayudarla en el mercado?».

Con estos pensamientos se daba ánimos para ponerse en marcha. Sus miembros estaban todavía muy entumecidos por el sueño, en especial la nuca, porque no podía mover bien la cabeza hacia los lados. Tuvo que reírse incluso de sí mismo por estar tan amodorrado, ya que a cada momento, antes de lo que esperaba, tropezaba con la nariz en un armario o en la pared, o bien chocaba con ella en una de las jambas de la puerta si se daba la vuelta con rapidez. Las ardillas y los conejillos de Indias corrían gimoteando a su alrededor, como si quisieran acompañarlo; él también les hizo una invitación en serio cuando estaba en el umbral, porque eran animalillos graciosos, pero sobre sus cáscaras de nuez volvieron a entrar con rapidez en la casa, y ya sólo los oía lloriquear en la lejanía.

Era una parte bastante retirada de la ciudad adonde la vieja lo había guiado y apenas sabía cómo hallar la salida de entre las estrechas callejuelas, pues había una gran concurrencia, ya que, al parecer, justo en los alrededores, debía de haber algún enano. Por doquier oía exclamar:

—¡Anda, mirad qué enano tan feo! ¿Y de dónde viene este enano? ¡Ah, pero qué nariz tan larga tiene, y qué hundida la cabeza entre los hombros! ¡Y las manos, qué negras y deformes!

En otro momento, seguro que también habría ido detrás de ellos, porque con gusto hubiera dado cualquier cosa por ver gigantes o enanos, o bien trajes raros y extraños, pero ahora tenía que apresurarse para volver junto a su madre.

Cuando llegó al mercado se sentía muy temeroso, la madre seguía sentada en el mismo sitio y todavía le quedaba bastante fruta en el cesto, así que no podía haber dormido mucho tiempo, pero desde lejos ya le pareció que estaba muy triste, porque no daba voces a los transeúntes para que compraran, sino que tenía la cabeza apoyada en las manos, y cuando estuvo más cerca creyó que estaba más pálida que de costumbre. Dudaba sobre lo que había de hacer; al fin, hizo de tripas corazón, se deslizó por detrás de ella, confiado puso una mano en su brazo y le dijo:

—Mami, ¿qué te pasa? ¿Estás enfadada conmigo?

La mujer se volvió hacia él, pero se echó hacia atrás con un grito de espanto.

—¿Qué me quieres tú, enano repugnante? —exclamó—. ¡Largo! ¡Largo! No puedo soportar esta clase de bufonadas.

—Pero, madre, ¿qué te ocurre? —preguntó Jacob muy asustado—; seguro que no te sientes bien, pero ¿por qué quieres echar a tu hijo de tu lado?

—Ya te he dicho que sigas tu camino —replicó la señora Hanne, enojada —. De mí no consigues tú dinero con tus bobadas, engendro fachoso.

—De verdad que Dios la ha privado de la luz de la razón —se dijo el niño apenado—. ¿Y qué hago para llevarla a casa? Querida mamá, anda, sé razonable; anda, mírame bien: soy tu hijo, tu Jacob.

—¿Habrase visto? Esta burla me está resultando ya demasiado pesada —gritó Hanne a su vecina—. Fijaos en este enano repugnante, se pone aquí, consigue ahuyentarme a todos los compradores, y todavía se atreve a hacer burla de mi desgracia. ¿Pues no me dice, el desvergonzado: «Soy tu hijo, tu Jacob»?

Entonces las vecinas se levantaron y empezaron a insultarlo, poniendo tanto encono como podían, y bien sabéis que las vendedoras de los mercados entienden de eso, y lo reprendían por burlarse de la desgracia de la pobre Hanne, a quien hacía siete años le habían robado a su hermosísimo niño, y amenazaron con abalanzarse todas a la vez sobre él y llenarlo de arañazos como no se fuera de inmediato.

El pobre Jacob no sabía qué pensar de todo aquello. ¿No había ido hoy temprano con su madre al mercado, como acostumbraba, la había ayudado a exponer la fruta, había ido después con la vieja a su casa, se había comido la sopa, había echado un sueñecito y estaba otra vez de vuelta? ¡Y su madre y las vecinas hablaban de siete años! ¡Y lo habían llamado enano repulsivo! ¿Qué había podido sucederle?

Cuando vio que la madre ya no quería saber nada de él, las lágrimas asomaron a sus ojos y afligido bajó la calle hacia la tienda en que su padre remendaba zapatos el día entero. «Voy a ver —pensó para sí—, si él tampoco quiere reconocerme; voy a ponerme a su puerta y a hablar con él». Cuando llegó a la tienda del zapatero, se puso a la puerta y miró hacia dentro. El maestro estaba tan abstraído en su trabajo que ni lo veía, pero cuando una vez echó una mirada hacia la puerta por casualidad, dejó caer al suelo zapato, hilo y lezna, y exclamó horrorizado:

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es esto, qué es esto?

—Buenas tardes, maestro —dijo el pequeño, entrando en la tienda—, ¿cómo os va?

—Mal, mal, pequeño señor —contestó el padre, con gran asombro de Jacob porque al parecer él tampoco lo conocía—. El negocio no quiere salir

adelante. Estoy solo y me voy haciendo viejo, pero un oficial me saldría demasiado caro.

—¿Pero es que no tenéis ningún hijo pequeño que poco a poco os pudiera ir echando una mano en el trabajo? —siguió indagando el muchacho.

—Uno tenía: se llamaba Jacob y ahora tendría que ser un esbelto y ágil mocetón de veinte años, que podría servirme de gran ayuda. ¡Vaya, que ésa sí sería vida! Ya cuando tenía doce años se mostraba diestro y despabilado, entendía un poco del oficio y además era guapo y agradable; me habría atraído una buena clientela, de modo que pronto hubiese dejado de remendar y no habría despachado sino de primera mano. Pero así es este mundo.

—¿Pero dónde está vuestro hijo? —preguntó Jacob a su padre con voz temblorosa.

—¡Sabe Dios! —contestó aquél—. Hace siete años, tanto tiempo ya, nos lo robaron en el mercado.

—¿Hace siete años? —exclamó Jacob horrorizado.

—Sí, pequeño señor, hace siete años; estoy viendo como si fuese ahora a mi mujer cuando llegó a casa, llorando y gritando que el chico no había vuelto en todo el día, que había indagado y buscado por todas partes sin hallarlo. Siempre había pensado y había dicho que así ocurriría; Jacob era un niño hermoso, hay que decirlo, mi mujer estaba no poco orgullosa de él y veía con placer que la gente lo alabara, y a menudo lo mandaba con verdura y otras cosas a casas distinguidas. No había nada malo en ello, todas las veces lo colmaban de regalos, pero yo le decía que tuviera cuidado, que la ciudad era grande y había mucha gente mala, que me cuidara a Jacob. Y como me temía sucedió. Viene una vez al mercado una mujer vieja y fea, regatea con la fruta y la verdura, y al final compra tanto que no lo puede llevar por sí misma. Mi mujer, un alma compasiva, deja que el mozuelo la acompañe y… no lo he vuelto a ver más hasta el momento.

—¿Y de eso hace siete años, decís?

—Siete años hará en primavera. Hicimos que pregonaran su nombre, fuimos de casa en casa y preguntamos; algunos habían conocido al guapo muchacho y le habían cogido cariño y buscaron entonces con nosotros, pero en vano. Y de la mujer que había comprado la fruta tampoco sabía nadie. Una mujer vejarrona, que había vivido ya noventa años, dijo que bien podía haber sido el hada mala Sabehierbas, que cada cincuenta años venía una vez a la ciudad para aprovisionarse de toda clase de cosas.

Así habló el padre de Jacob y se puso a dar grandes golpes en el zapato, tirando hacia arriba del hilo todo lo que podía con ambos puños. Mientras, el

niño fue comprendiendo poco a poco lo que le había sucedido: que no había soñado, sino que había servido siete años como ardilla en la casa del hada mala. La cólera y la pena llenaron tanto su pequeño corazón que estuvo a punto de estallarle. Siete años de su juventud le había robado la vieja, ¿y qué compensación tenía a cambio? ¿Que sabía sacar brillo a zapatillas de cáscara de coco, que sabía hacer la limpieza de una habitación con suelo de cristal? ¿Que había aprendido de los conejillos de Indias todos los secretos de la cocina? Se quedó en el mismo sitio un buen rato meditando sobre su destino. Entonces el padre le preguntó por fin:

—¿Necesitáis quizá algo de mi trabajo, pequeño señor? ¿Tal vez un par de zapatillas nuevas o… —añadió sonriendo— un estuche para vuestra nariz?

—¿Por qué la tomáis ahora con mi nariz? —dijo Jacob—. ¿Por qué tendría que necesitar un estuche para ella?

—Bueno —replicó el zapatero—, a cada cual su gusto, pero sí os diré que, si yo tuviese esa horrible nariz, mandaría hacerme un estuche de charol de color rosa. Mirad, aquí tengo a mano una buena pieza; claro que se necesitaría por lo menos una vara. ¡Pero qué bien protegido estaríais, pequeño señor! Tal que ahora, no necesito verlo, os tropezáis con cualquier jamba, con cualquier coche que queráis evitar.

El pequeño se quedó mudo de horror. Se tocó la nariz, que era gruesa ¡y por lo menos de dos palmos de larga! Así, pues, ¡la vieja había cambiado su figura también! ¿Y por eso no lo conocía entonces su madre? ¿Por eso lo mortificaban llamándolo enano repugnante?

—Maestro —dijo casi llorando al zapatero—, ¿no tenéis a mano algún espejo en que me pueda contemplar?

—Joven señor —replicó el padre con seriedad—, no os ha tocado en suerte precisamente una figura que pudiera haceros vanidoso y no tenéis motivo para miraros a todas horas en el espejo. Dejad ese hábito; es, sobre todo en vuestro caso, una costumbre ridícula.

—¡Pero, por lo que más queráis, aun así permitid que me mire en el espejo! —exclamó el niño—. De veras, ¡que no es por vanidad!

—Dejadme en paz, no tengo ninguno en mi poder; mi mujer tiene un espejito, pero no sé dónde lo esconde. Mas si os tenéis que mirar en el espejo cueste lo que cueste, atravesando la calle vive Urbano, el barbero: tiene un espejo dos veces más grande que vuestra cabeza; miraos allí en el suyo y, ahora, buenos días.

Con estas palabras, el padre lo empujó con gran suavidad fuera de la tienda, cerró con llave la puerta tras él y se volvió a sentar al trabajo.

Entretanto, el pequeño atravesaba la calle muy abatido, en dirección a la tienda de Urbano, el barbero, al que ya conocía bien de tiempos pasados.

—Buenos días, Urbano —le dijo—. Vengo a pediros un favor: que tengáis la bondad de dejarme mirarme en vuestro espejo.

—Con mucho gusto, allí está —exclamó riendo el barbero, y al mismo tiempo los clientes que estaban esperando a que les afeitase la barba rieron con ganas—. Sois un guapo mocito, fino y esbelto, con un cuellecito de cisne, manitas de reina, y una chata naricilla, no puede haber más guapo. Algo vanidosillo estáis por ello, es cierto, pero contemplaos, contemplaos, que no se diga de mí que por envidia no he dejado que os miréis en el espejo.

Así habló el barbero, y risas estruendosas llenaron la barbería. Pero mientras tanto el pequeño había ido junto al espejo y se había mirado. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

«Claro, así no podías reconocer a tu Jacob, querida madre —dijo para sí —. No tenía esta apariencia en los días alegres en que te gustaba lucirlo ante la gente».

Sus ojos se habían vuelto pequeños como los de los cerdos, su nariz era enorme y pendía por delante de la boca hasta más abajo de la barbilla, el cuello parecía que se lo hubiesen quitado por completo, porque su cabeza estaba muy metida entre los hombros y sólo con muy grandes dolores podía moverla a derecha e izquierda. Su cuerpo seguía teniendo la misma estatura de siete años atrás, cuando tenía doce, pero, así como otros crecen en altura desde los doce a los veinte años, él había crecido en anchura; la espalda y el pecho estaban muy encorvados y eran a la vista como un saco pequeño pero lleno hasta reventar; este abultado tronco estaba asentado en unas pequeñas y débiles piernecillas que parecían no poder resistir aquella carga, pero mucho más grandes eran sus brazos, que le colgaban a lo largo del cuerpo; su tamaño era como el de los brazos de un hombre normalmente desarrollado, sus manos eran toscas y parduscas, sus dedos largos y semejantes a patas de araña, y, si los ponía derechos, podía tocar con ellos el suelo sin inclinarse. Así era el aspecto del pequeño Jacob: se había convertido en un enano deforme.

Entonces le vino también a la memoria aquella mañana en que la vieja se había acercado a los cestos de su madre. Todo lo que en aquel momento había criticado en ella, la larga nariz, los dedos feos, todo se lo había infligido a su vez, omitiendo tan sólo totalmente el cuello largo y tembloroso.

—Y bien, ¿os habéis contemplado ya bastante, príncipe mío? —dijo el barbero acercándose a él y examinándolo entre risas—. A fe mía, si uno se quisiera imaginar de la misma manera, no se vería tan raro ni en sueños. Pero quiero haceros una proposición, hombrecito. A mi barbería no le faltan clientes, pero desde hace algún tiempo no hay tantos como yo quisiera. Esto viene de que mi vecino, el barbero Espuma, ha topado con un gigante en alguna parte y le atrae la clientela a la casa. Ahora que, hacerse gigante no es ningún arte que digamos, pero un hombrecito como vuestra señoría, sí, es ya cosa muy especial. Entrad a servir en mi casa, hombrecito. Tendréis morada, bebida, comida, vestidos, de todo tendréis; a cambio, os ponéis por las mañanas a mi puerta e invitáis a la gente a que pase; batís la espuma, acercáis a los clientes la toalla, y tened la seguridad de que ambos sacaremos buen provecho: yo conseguiré más clientes que el otro con su gigante, y todos os darán de buena gana, además, una propina.

El pequeño estaba indignado en su fuero interno por la proposición de servir de reclamo para un barbero, ¿pero no debía soportar con paciencia

aquel insulto? Por eso, dijo al barbero con toda calma que no tenía tiempo para servicios de aquella clase y siguió su camino.

La malvada vieja había contrahecho su figura, pero nada había podido con su espíritu, bien lo sentía, porque sus pensamientos y sentimientos no eran los de siete años atrás, no: creía que durante ese tiempo se había hecho más sabio, más juicioso. Ya no estaba afligido por haber perdido su belleza, ni por su figura deforme, sino por haber sido arrojado como un perro de la puerta de su padre. Por eso decidió hacer otro intento junto a su madre.

Fue a su encuentro en el mercado y le rogó que lo escuchase con calma. Le recordó el día en que se había marchado con la mujer vieja, le recordó cada uno de los incidentes de su infancia, le contó cómo había servido durante siete años de ardilla en la casa del hada y cómo ésta lo transformó porque él la había reprendido en aquella ocasión. La mujer del zapatero no sabía qué pensar. Todo lo que contaba de su infancia se ajustaba a la verdad, pero, cuando dijo que durante siete años había sido una ardilla, exclamó:

—Es imposible y además las hadas no existen.

Al mirarlo sentía repugnancia hacia el enano deforme y no creía que aquello pudiera ser su hijo. Por último, consideró que lo mejor era hablar con su marido sobre el asunto. Así pues, recogió sus cestos a toda prisa y le mandó que fuera con ella. Así llegaron a la tienda del zapatero.

—Mira —dijo dirigiéndose a éste—, esta persona pretende ser nuestro Jacob perdido. Me ha contado todo, cómo nos lo robaron hace siete años y cómo, según dice, fue hechizado por un hada.

—¿Ah, sí? —la interrumpió el zapatero, encolerizado—. ¿Eso te ha contado? ¡Espera, granuja! Yo le he contado todo, hace una hora escasa, ¿y ahora viene a calentarte los cascos? ¿Te han hechizado, hijito? Pues espera, que yo voy a desencantarte.

Diciendo esto cogió un hatajo de correas que acababa de tronzar, dio un salto hacia el pequeño y lo azotó de tal forma en la espaldilla que éste, dando gritos de dolor y llorando, huyó de allí corriendo.

En aquella ciudad había, como en todas partes, pocas almas compasivas dispuestas a socorrer a un desgraciado si al mismo tiempo éste tiene en sí algo de ridículo. Por esta razón, el desdichado enano permaneció sin comer ni beber el día entero y, al atardecer, tuvo que elegir como cobijo para la noche las escaleras de una iglesia, por duras y frías que estuvieran.

Cuando al día siguiente los primeros rayos del sol lo despertaron, se puso a meditar seriamente sobre cómo podría ganarse la vida, puesto que su padre y su madre lo rechazaban. Sentía demasiado orgullo para servir de figura

decorativa para un barbero, no quería colocarse de bufón y dejarse ver por dinero. ¿Qué debía hacer? Entonces cayó de repente en la cuenta de que, como ardilla, había hecho grandes progresos en el arte culinario; creía, no sin razón, que no era desatinado tener la esperanza de poder rivalizar con algún que otro cocinero; decidió sacar provecho de su arte.

Tan pronto como se animaron las calles en aquel lugar y la mañana estuvo bastante avanzada, lo primero que hizo fue entrar en la iglesia y rezar una oración. Luego se puso en camino. El duque, el señor del país, era un conocido comilón y amante de exquisitos manjares, que se desvivía por la buena mesa y trataba de buscar a sus cocineros por todas las partes del mundo. Hacia su palacio se dirigió el enano. Cuando llegó a la puerta exterior, los defensores de ésta le preguntaron por el motivo de su visita, al tiempo que hacían mofa de él. No dándose por aludido, preguntó por el maestro primero de cocina. Riendo, lo llevaron a través de los patios interiores y, por dondequiera que pasaba, los servidores se detenían, miraban hacia él, reían con fuerza y los seguían, de manera que poco a poco un interminable cortejo de seguidores de toda clase iba moviéndose por el palacio escaleras arriba. Los mozos de cuadra arrojaban a un lado las almohazas[37], los de correo corrían cuanto podían, los tendedores de alfombras se olvidaban de sacudirlas, todos se apretujaban y revolvían, había un barullo de gente como si el enemigo estuviese ante las puertas y los gritos de «¡Un enano, un enano! ¿Habéis visto al enano?» llenaban el ambiente.

Entonces apareció en la puerta, con cara furibunda y un enorme látigo en la mano, el veedor de la casa.

—Por amor del cielo, perros, ¿por qué hacéis este ruido? ¿No sabéis que el señor duerme todavía?

Y, agitando el látigo, lo descargó con rudeza en las espaldas de algunos mozos de cuadra y guardianes.

—¡Ay, señor! —exclamaban éstos—. ¿Es que no veis? Aquí traemos a un enano, un enano como no habéis visto otro en vuestra vida.

Cuando divisó al pequeño, el veedor de palacio se contuvo con dificultad para no reír a carcajadas, pues temía perjudicar su dignidad si se echaba a reír. Por eso, arrojó con el látigo a los que quedaban, condujo al pequeño a la casa y le preguntó por el motivo de su visita. Cuando oyó que deseaba ver al jefe de los cocineros, replicó:

—Te equivocas, jovencito: es a mí, al veedor de la casa, a quien debes ver; tú quieres ser enano de cámara del duque, ¿no es así?

—No, señor —contestó el enano—; yo soy un hábil cocinero, ducho en toda clase de comidas raras; os ruego que me llevéis ante el maestro primero de cocina: quizá pueda necesitar de mi arte.

—A cada cual según su voluntad, hombrecillo. Además, eres sin duda un joven poco juicioso. ¡A la cocina! De enano de cámara no hubieses tenido nada de trabajo, y sí cuanta comida y bebida se te antojara, y buenos vestidos. Pero veremos, porque difícilmente llegará tu arte hasta el que se necesita para cocinero de palacio de nuestro señor, y para pinche de cocina eres demasiado bueno.

Diciendo estas palabras, el veedor del palacio lo cogió de la mano y lo condujo a los aposentos del maestro primero de cocina.

—¡Señor! —dijo el enano al llegar, inclinándose tanto que con su nariz tocaba la alfombra a sus pies—. ¿No necesitáis un hábil cocinero?

El cocinero primero lo miró de pies a cabeza y soltó una carcajada.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Tú un cocinero? ¿Crees que nuestros hogares son tan bajos para poder llegar tú con la mirada sólo a uno, aun alzándote sobre las puntas de los pies y estirando mucho la cabeza entre los hombros? ¡Ah, querido pequeño: el que te ha enviado a mí para que te dé trabajo como cocinero te ha tomado el pelo!

Así habló el maestro primero de cocina y se echó a reír con todas sus fuerzas, riendo con él el veedor de palacio y todos los servidores que estaban en la cámara.

Pero el enano no se dejó amilanar.

—¿Qué más da un huevo o dos, un poco de melaza y vino, harina y especias, en una casa en que hay de sobra? —dijo—. Encomendadme la preparación de cualquier manjar exquisito, procuradme lo que se necesita para hacerlo y estará listo con rapidez ante vuestros ojos; y habréis de decir: es un cocinero con todas las de la ley.

Estas y otras palabras pronunció el pequeño, y era de ver cómo al decirlas chispeaban sus ojillos, cómo su larga nariz serpenteaba aquí y allá y sus delgados dedos de araña acompañaban su discurso.

—¡Pues adelante! —exclamó el maestro de cocina, cogiendo del brazo al veedor de palacio—. Adelante, todo sea por la diversión. Vamos a la cocina.

Fueron atravesando varias salas y pasillos y llegaron por fin a la cocina. Ésta era amplia, espaciosa, magníficamente provista; en veinte hogares había fuegos encendidos de continuo; un agua clara, que servía al mismo tiempo de vivero de peces, corría entre ellos; en armarios de mármol y madera estaban dispuestas las provisiones que siempre había que tener a mano, y a derecha e

izquierda había diez salas en las que estaba almacenado todo lo que de exquisito y delicado para el paladar se había inventado en todos los países de Frankistán y hasta en el Oriente. Toda clase de servidores de cocina se apresuraban por doquier y charlaban, atareados con calderos y sartenes, con tenedores y espumaderas; pero, cuando el maestro primero entró en la cocina, quedaron todos inmóviles y sólo se oyó el crepitar del fuego y el murmullo del arroyuelo.

—¿Qué ha ordenado hoy el señor para el desayuno? —preguntó el maestro al preparador primero del desayuno, un viejo cocinero.

—¡Señor! Se ha servido ordenar la sopa danesa con albondiguillas rojas de Hamburgo.

—Bien —siguió diciendo el maestro primero de cocina—, ¿has oído lo que quiere comer el señor? ¿Te atreves a preparar estos difíciles platos? Las albondiguillas no las sacas de ninguna manera, son un secreto.

—Nada más fácil —replicó el enano para asombro de todos, pues cuando era ardilla había hecho a menudo estos platos—, nada más fácil: para la sopa ha de dárseme estas hierbas y aquellas otras, estas especias y aquéllas, grasa de jabalí, zanahorias y huevos; pero para las albondiguillas —dijo en voz baja para que sólo pudieran oírlo el maestro de cocina y el preparador del desayuno—, para las albondiguillas necesito carne de cuatro especies, algo de vino, manteca de pato, jengibre y una hierba que llaman aliviaestómago.

—¡Cáspita! ¡Por san Benito[38]! ¿Con qué mago has aprendido? —exclamó asombrado el cocinero—. Lo ha dicho todo punto por punto, y lo de la hierba aliviaestómago ni nosotros mismos lo sabíamos; pues sí, así saldrán más agradables todavía. ¡Oh, prodigio, esto es lo que se dice un cocinero!

—No lo hubiera creído —dijo el maestro primero de cocina—, pero dejémosle hacer la prueba. Dadle las cosas que pide, vajilla y demás, y dejadle preparar el desayuno.

Se hizo como ordenaba y se dispuso todo en el hogar, pero entonces sucedió que el enano apenas podía llegar al hogar con la nariz. Juntaron un par de sillas, pusieron una losa de mármol encima e invitaron al pequeño portento a que preparase el desayuno. Formando un gran círculo a su alrededor estaban los cocineros, servidores y toda clase de gente, y miraban y se admiraban de la buena mano que se daba para hacer todo con tanta prontitud y destreza, de cómo lo disponía con tanta gracia y primor. Cuando hubo concluido la preparación, ordenó que pusieran ambos aderezos en el fuego y que los dejaran cocer hasta el momento preciso en que él diera una voz; luego, empezó a contar uno, dos, tres, etcétera, y al mismo tiempo que

llegaba a quinientos, exclamó: «¡Alto!». Retiraron las ollas, y el pequeño invitó al maestro de cocina a que probara.

El cocinero mayor hizo que un pinche de cocina le trajera una cuchara de oro, la lavó en el arroyuelo y la entregó al maestro primero de cocina. Éste se acercó al hogar con semblante solemne, tomó de los alimentos, probó, cerró los ojos, chasqueó de placer la lengua y luego dijo:

—¡Delicioso! ¡Por vida del duque que está delicioso! ¿No queréis tomar también una cucharadita, veedor de palacio?

Éste se inclinó, cogió la cuchara, probó, y el placer y el agrado lo pusieron fuera de sí.

—Con todos los respetos hacia vuestro arte, querido preparador del desayuno, sois un cocinero experimentado, pero con tanta finura no habéis sabido hacer ni la sopa ni las albondiguillas de Hamburgo.

El cocinero probó también a su vez, estrechó después la mano del enano lleno de respeto y dijo:

—Pequeño, eres maestro en el arte; claro, la hierba aliviaestómago da a todo un toque muy peculiar.

En aquel instante llegó a la cocina el camarero del duque y comunicó que el señor pedía el desayuno. Pusieron entonces los manjares en bandejas de plata y los enviaron al duque. Mientras, el maestro primero de cocina llevó al pequeño a su habitación para hablar con él. Apenas llevaban allí la mitad del tiempo en que se reza un padrenuestro (ésta es la oración de los francos, ¡oh, señor!, y no dura la mitad del tiempo de la oración de los creyentes), cuando ya vino un mensajero llamando al maestro primero de cocina ante el señor. Vistió con rapidez su traje de gala y siguió al mensajero.

El duque parecía de muy buen humor. Se había comido todo lo que estaba en la bandeja de plata y se estaba limpiando la barba en el momento preciso en que se presentó ante él el maestro primero de cocina.

—Oye, maestro de cocina: hasta ahora siempre he estado muy contento de tus cocineros, pero dime, ¿quién me ha preparado hoy el desayuno? Nunca, desde que ocupo el trono de mi padre, ha estado tan delicioso. Indícame cómo se llama el cocinero para enviarle algunos ducados de regalo.

—¡Señor! Es una historia asombrosa —contestó el maestro primero de cocina y contó cómo aquella mañana temprano le habían presentado a un enano que quería ser cocinero a todo trance y cómo había transcurrido todo.

El duque quedó en extremo admirado, mandó llamar al enano a su presencia y le preguntó quién era y de dónde venía. El pobre Jacob no podía ponerse a decir, desde luego, que había sido hechizado y que había servido

antes de ardilla; pero no faltó a la verdad, contando que ahora estaba sin padre ni madre y que había aprendido a cocinar junto a una anciana. El duque no hizo más preguntas, sino que se divertía admirando la figura singular de su nuevo cocinero.

—Si quieres quedarte en mi casa —dijo—, haré que te entreguen cada año cincuenta ducados, un traje de gala y, además, dos pares de calzas. A cambio, has de preparar tú mismo mi desayuno todos los días, tienes que indicar cómo se ha de hacer la comida de mediodía y, en general, habrás de ocuparte de mi cocina. Ya que todos en mi palacio reciben su nombre de mí, te llamarás Narizotas y ejercerás el cargo de maestro asistente de cocina.

El enano Narizotas se postró ante el poderoso duque de Frankistán, le besó los pies y prometió servirle con fidelidad.

El pequeño quedó así, de entrada, a cubierto de sus necesidades e hizo honor a su cargo, pues se puede decir que el duque fue un hombre totalmente diferente mientras el enano Narizotas permaneció en su casa. De ordinario había mostrado tendencia a tirar con frecuencia a la cabeza de los cocineros las fuentes o las bandejas que le presentaban; incluso una vez, encolerizado, arrojó a la frente del propio maestro primero de cocina una pata de ternera hecha al horno, que no había quedado a su gusto, con tal energía que éste cayó de bruces y hubo de guardar cama tres días. Es verdad que el duque reparaba con algunos puñados de ducados lo que en su cólera hacía, pero aun

así nunca un cocinero había llegado a él con la comida sin que le temblaran las carnes. Desde que el enano estaba en la casa, todo parecía cambiado como por arte de magia. El señor comía ahora cinco veces al día en lugar de tres, para disfrutar a gusto del arte de su pequeño servidor, y con todo, nunca el enfado alteró su semblante, todo lo encontraba nuevo, perfecto, era afable y complaciente, y día a día se iba poniendo más gordo.

A menudo hacía llamar en medio del banquete al maestro de cocina y al enano Narizotas, sentaba a uno a su derecha y al otro a su izquierda, y con sus propios dedos les metía en la boca algunos trozos de los sabrosos manjares, una gracia que ambos sabían apreciar en su justo valor.

El enano era la maravilla de la ciudad. Se suplicaba con encarecimiento el permiso del maestro primero de cocina para ver cocinar al enano, y algunos de los señores más distinguidos habían conseguido incluso del duque que sus servidores pudiesen recibir clases particulares del enano en la cocina, lo cual hacía entrar no poco dinero, porque pagaban al día medio ducado. Y, para tener de buen humor a los demás cocineros, Narizotas les repartía el dinero que los señores tenían que pagar por las clases que daba a sus cocineros.

Así vivió Narizotas, casi dos años, una vida de apariencia holgada y respetado, afligiéndole sólo el pensar en sus padres. Así vivía, sin experimentar nada especial, hasta que ocurrió el siguiente suceso. El enano Narizotas hacía sus compras con especial habilidad y fortuna. Por esta razón, cada vez que el tiempo se lo permitía, iba al mercado él mismo para comprar aves de corral y fruta. Una mañana fue también al mercado de las ocas, en busca de animales muy cebados, como gustaban al señor. Ya había pasado algunas veces de arriba abajo con sus compras. Su figura, que producía risas y burlas muy de lejos, imponía sin embargo respeto, porque reconocían en él al famoso cocinero del palacio del duque, y todas las vendedoras se sentían contentas si volvía hacia ellas la nariz.

Entonces vio que muy al final de una fila, en una esquina, estaba sentada una mujer, que también tenía ocas para vender, pero no pregonaba como las otras su mercancía ni gritaba a los compradores. Hacia ésta se dirigió, midiendo y pesando sus ocas. Eran como las buscaba, y compró tres con jaula, las cargó sobre sus anchos hombros y emprendió el camino de regreso. Al poco, le pareció raro que sólo dos de las ocas graznaban y chillaban, como suelen hacer estos animales; la tercera, en cambio, permanecía encogida, muy callada y ensimismada, gimiendo y dando suspiros como una persona.

«Ésta está medio enferma —se dijo mientras caminaba—. Tengo que darme prisa en matarla y prepararla».

Mas la oca replicó con voz alta y clara:

Si tú me picas a mí,
mi pico te pica a ti;
si tú la vida me apuras,
irás a la sepultura.

Muy asustado, el enano Narizotas puso su jaula en el suelo y la oca lo miró con ojos bellos e inteligentes y suspiró.

—¡Qué demonios! —exclamó Narizotas—. ¿Sabéis hablar, señorita oca? ¡Vivir para ver! Ea, no habéis de temer, que algo de la vida ya sabemos como para emprenderla con un ave tan rara. Mas apostaría que no siempre habéis estado dentro de esas plumas; yo mismo fui en otro tiempo una vil ardilla.

—Tienes razón —replicó la oca— al decir que no he nacido en esta ignominiosa envoltura. ¡Ay! En la cuna no me cantaron que Mimí, la hija del gran Aspavientos, acabaría sus días en la cocina de un duque.

—Tranquilizaos, querida señorita Mimí —la consoló el enano—. Nadie os pondrá la mano encima, tan verdad como que soy un hombre honrado y maestro asistente de cocina de su alteza. Yo os prepararé un corral en mis propias habitaciones, tendréis comida suficiente y dedicaré mi tiempo libre a entreteneros; diré a las otras personas de la cocina que estoy cebando una oca para el duque, con toda clase de hierbas especiales, y tan pronto como se presente la ocasión os pondré en libertad.

Con lágrimas le dio las gracias la oca. El enano, por su parte, hizo como había prometido. Sacrificó las otras dos ocas, pero para Mimí dispuso un corral propio, pretextando que la prepararía de manera muy especial para el duque. No le dio tampoco el pienso habitual para las ocas, sino que le sirvió pasteles y dulces. Cada vez que tenía tiempo libre iba a conversar con ella para consolarla. Uno y otro se contaron su historia y así se enteró Narizotas de que la oca era hija del mago Aspavientos, que vivía en la isla de Gotland**[39]**. Éste había reñido con un hada vieja, que lo había vencido con mañas y tretas y que, por venganza, la había transformado en una oca, y llevándola muy lejos la había traído hasta aquel lugar. Cuando el enano Narizotas, a su vez, hubo contado su historia, dijo la oca:

—Tengo algo de experiencia en estas cosas. Mi padre nos enseñó algunos rudimentos a mí y a mis hermanas: de hecho todo lo que podía comunicar. La historia de la discusión junto al cesto de las hierbas, tu repentina transformación cuando oliste aquella hierbecilla y algunas palabras de la vieja

que me has dicho, me prueban que has sido hechizado con hierbas: cuando halles la hierba que la vieja se sacó de la cabeza para tu hechizo, podrás recobrar la libertad.

Era un escaso consuelo para el pequeño, porque ¿dónde iba a hallar la hierba? En cualquier caso, le dio las gracias y concibió alguna esperanza.

En este tiempo, el duque recibió la visita de un príncipe vecino, amigo suyo. Con tal motivo hizo llamar al enano Narizotas a su presencia y le dijo:

—Ha llegado el momento de demostrar si me sirves con fidelidad y eres maestro en tu arte. Es notorio que el príncipe que me visita es, fuera de mí, quien mejor mesa tiene y es un gran conocedor de la cocina refinada y un hombre sabio. Cuida, pues, de que mi mesa se halle provista de modo que su admiración sea cada día más grande. Además, si no quieres tu desgracia, no debes traer dos veces el mismo plato mientras él esté aquí. Para ello, puedes pedir a mi tesorero cualquier cosa que necesites y, si en el horno has de asar en manteca oro y diamantes, hazlo, que antes prefiero quedarme pobre que enrojecer en presencia suya.

Así habló el duque; a su vez, el enano dijo haciendo una profunda reverencia:

—Sea como decís, ¡oh, señor! Si Dios así lo quiere, haré de manera que todo sea del mayor agrado de este príncipe de sibaritas.

El pequeño cocinero sacó entonces a la luz todo su arte. No escatimó las riquezas de su señor, pero menos aún su propia persona, pues se le veía el día entero envuelto en una nube de humo y fuego, y su voz resonaba sin cesar en la bóveda de la cocina, pues como un señor daba órdenes a los pinches y cocineros inferiores. ¡Señor, yo podría hacer como los camelleros de Alepo, cuando en las historias que cuentan a los viajeros hacen que sus personajes coman en abundancia! Relatan a lo largo de una hora entera todos los manjares que se sirven y despiertan así en sus oyentes gran ansia y hambre aún más grande, de manera que éstos abren sus provisiones sin pensar y preparan una comida haciendo participar con liberalidad a los camelleros; más yo no haré así.

El príncipe huésped llevaba ya catorce días en la casa del duque, con una vida llena de placer y regalo. Cada día hacían no menos de cinco comidas y el duque estaba satisfecho con el arte del enano, pues veía la satisfacción reflejada en la frente de su huésped. Al decimoquinto día, sin embargo, sucedió que el duque hizo llamar al enano a su mesa, lo presentó a su huésped, el príncipe, y preguntó a éste si estaba contento con el cocinero.

—Eres un cocinero maravilloso —contestó el príncipe huésped— y sabes lo que significa comer a pedir de boca. En todo el tiempo que llevo aquí no has repetido ni un solo plato y has preparado todo con mucho acierto; pero

ahora dime: ¿por qué tardas tanto en traer a la mesa el rey de los manjares, el pastel de Bûcheroi?

El enano quedó muy asustado, pues nunca había oído hablar de aquel rey de los pasteles, pero se repuso y contestó:

—¡Oh, señor! Yo tenía la esperanza de que todavía por mucho tiempo vuestro augusto semblante iluminara estos reales, por eso reservaba este plato; pues ¿con qué, si no, os obsequiaría el cocinero el día de vuestra partida, a no ser con el rey de los pasteles?

—¿Cómo así? —replicó el duque riendo—. Y a mí me lo querías reservar quizá hasta el día de mi muerte para obsequiarme en ese momento, porque a mí tampoco me has servido nunca el pastel. Piensa, pues, en otro obsequio de despedida, que mañana presentarás el pastel en la mesa.

—Sea como decís, señor —contestó el enano al retirarse.

Mas no se iba contento, porque el día de su vergüenza y su desgracia había llegado. No sabía cómo hacer el pastel. Se marchó a su cámara y lloró por su suerte. Entonces la oca Mimí, que podía ir a su antojo por el aposento, se acercó a él y le preguntó por el motivo de su pena.

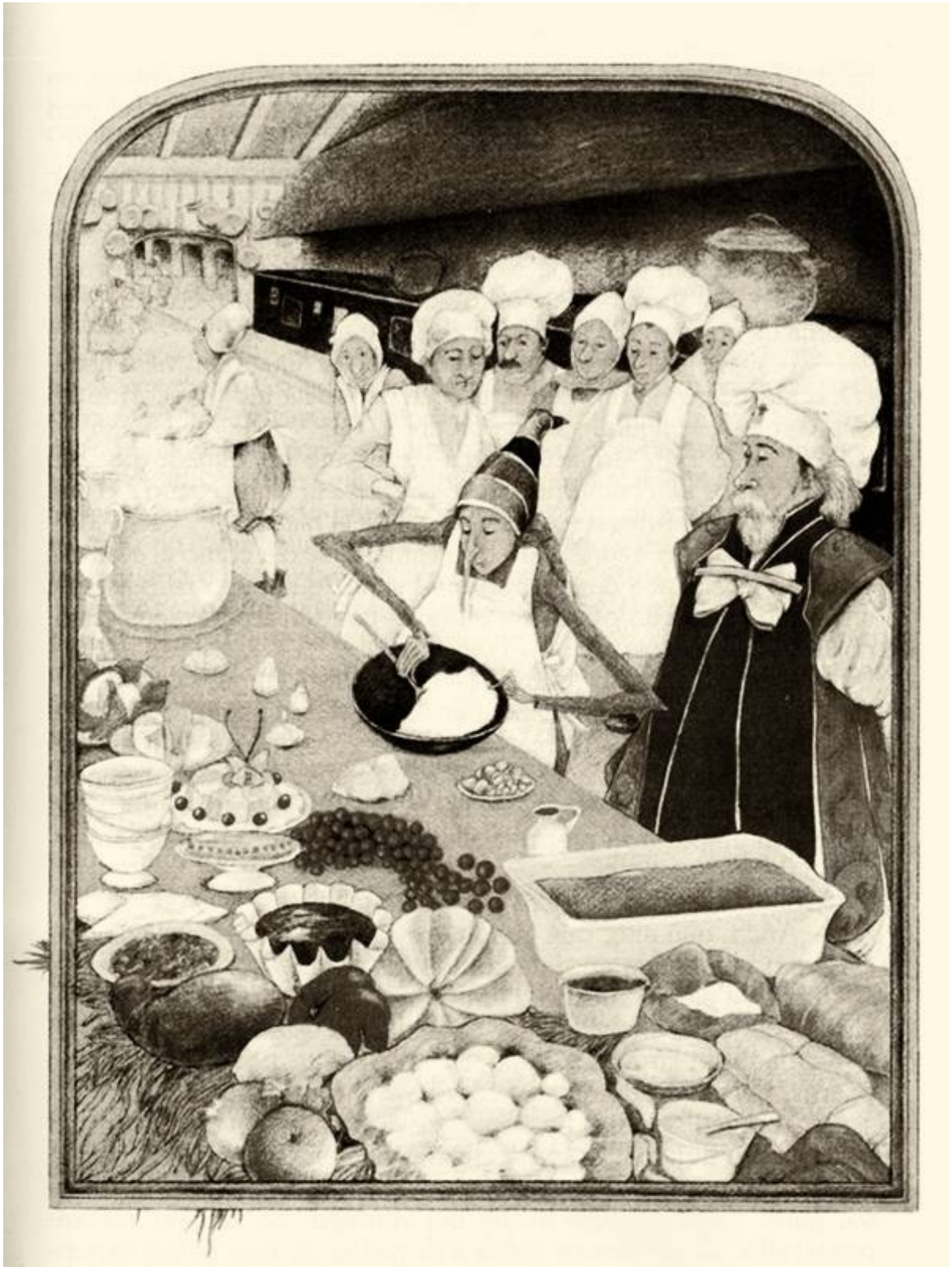
—Enjuga tus lágrimas —contestó la oca al oír hablar del pastel Bûcheroi —. Este plato solía adornar con frecuencia la mesa de mi padre y sé, más o menos, lo que se necesita para hacerlo, coges de esto y de aquello otro, tanto y tanto así, y, si no llegase a reunirse todo lo que de suyo es menester, los señores no tendrán un paladar tan delicado.

Así habló Mimí; el enano dio saltos de alegría, bendijo el día en que había comprado la oca y se dispuso a preparar el rey de los pasteles. Hizo primero una pequeña prueba y vio que sabía muy bueno; el maestro primero de cocina, al que se lo había dado a probar, celebró otra vez su arte ilimitado.

Al día siguiente, puso al fuego el pastel aumentando las proporciones de ingredientes, y caliente, recién sacado del horno, lo envió a la mesa adornándolo con guirnaldas de flores; él a su vez vistió su mejor traje de gala y se dirigió al comedor. En el momento de entrar, el trinchante primero se concentraba en cortar el pastel y hacerlo llegar al duque y a su huésped en una fuentecilla de plata. El duque dio un solemne bocado, puso los ojos en blanco y dijo, no sin antes haber deglutido:

—¡Ah, con razón lo llaman el rey de los pasteles! Pero este enano mío es también el rey de los cocineros, ¿no es cierto, querido amigo?

—La cosa está hecha con finura —sentenció apartando el plato—, pero le falta algo para ser un perfecto Bûcheroi; ya me lo imaginaba yo.



Al oírlo, el duque frunció el entrecejo con disgusto y enrojeció de vergüenza.

—¡Perro, pedazo de enano! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a hacerle esto a tu señor? ¿He de hacer que te corten la cabezota de un hachazo, en castigo por tus malos comistrajos?

—¡Ay, señor, por amor del cielo! Os juro que he preparado el plato según las reglas del arte, ¡no le puede faltar nada! —dijo el enano temblando.

—¡Mentira, bribón! —replicó el duque alejándolo de sí de un puntapié—. Mi huésped no diría entonces que falta algo. ¡A ti mismo voy a hacer que te despedacen y te cuezan en un pastel!

—¡Tened compasión! —exclamó el enano arrastrándose sobre sus rodillas hacia donde estaba el huésped y abrazándose a sus piernas—. Decid, ¿qué falta a este plato para no ser del agrado de vuestro paladar? ¡No permitáis que muera por un puñado de harina y manteca!

—Te será de poca ayuda, mi querido Narizotas —contestó riendo el huésped—. Ya me imaginé ayer que no podrías hacer esta comida igual que mi cocinero. Has de saber que falta una hierbecilla que en esta parte del país no se conoce, la hierba estornudagusto, sin la cual el pastel no alcanza su punto de sabor, y tu señor nunca lo comerá como yo.

Ante estas palabras, el soberano de Frankistán montó en cólera.

—Y bien que lo comeré —exclamó con ojos centelleantes—, porque juro por mi honor principesco que mañana, u os muestro el pastel como lo pedís, o… la cabeza de este pillo en lo alto de una pica a la puerta de mi palacio. Vete, perro: te vuelvo a dar veinticuatro horas de plazo.

Así dijo el duque; el enano, por su parte, se fue de nuevo llorando a su pequeña cámara y se quejó a la oca de su suerte y de que tenía que morir, pues nunca había oído hablar de aquella hierba.

—Si sólo es eso, yo te puedo ayudar, porque mi padre me enseñó a conocer todas las hierbas. De ser otro el momento, quizá no hubieses escapado de la muerte, pero por suerte hay luna nueva y en esta época florece la hierba. Pero, di, ¿hay viejos castaños en las cercanías del palacio?

—¡Sí que los hay! —replicó Narizotas con el corazón más aliviado—. Junto al lago, a doscientos pasos de la casa hay un grupo. Pero ¿por qué precisamente ésos?

—La hierba sólo florece al pie de los castaños viejos —dijo Mimí—, así que no perdamos el tiempo y busquemos lo que necesitas. Cógeme en un brazo y ponme de nuevo en el suelo al aire libre, que voy a buscártela.

Narizotas hizo lo que la oca le había dicho y fue con ella hasta las puertas del palacio, pero al llegar, un guardián de éstas adelantó su fusil y dijo:

—Mi querido Narizotas, eres un hombre acabado: no puedes salir de la casa; tengo órdenes estrictas al respecto.

—Pero a los jardines seguro que sí puedo ir —replicó el enano—. Tened la bondad de enviar a uno de vuestros compañeros al veedor de palacio y que pregunte si no puedo ir a los jardines a buscar hierbas.

Así lo hizo el guardián y fue dado el permiso, pues el jardín tenía altos muros y huir de allí era impensable. Pero una vez que Narizotas hubo llegado al aire libre con la oca Mimí, la puso en el suelo con cuidado y ésta se adelantó con rapidez en dirección al lago donde estaban los castaños. Él la seguía, aunque con el corazón oprimido, porque ésta era ya su única esperanza. Si la oca no encontraba la hierba, era su firme decisión arrojarse al lago antes que dejarse cortar la cabeza. La oca buscaba en vano, deambulaba bajo todos los castaños, levantaba con el pico la más mínima brizna de hierba, pero no aparecía nada, y compadecida y angustiada empezó a llorar: ya iba anocheciendo y cada vez se hacía más difícil distinguir los objetos que los rodeaban.

En esto, la mirada del enano fue a recaer en el lago, y de pronto exclamó:

—Mira, mira allí, queda todavía un árbol grande y viejo: vayamos y busquemos, quizá florezca allí mi dicha.

La oca se puso a dar saltos y se adelantó volando, mientras él corría a la zaga, tan aprisa como podían sus cortas piernas. El castaño arrojaba una gran sombra y lo envolvía la oscuridad, ya no se podía distinguir casi nada; pero entonces la oca quedó de pronto quieta, batió las alas de alegría, después metió rauda su cabeza en la alta hierba y recogió algo que ofreció graciosamente con el pico al asombrado Narizotas diciendo:

—Ésta es la hierba y aquí crece una gran cantidad, así que nunca podrá faltarte.

El enano contempló la hierba pensativo. Le subía de ella un suave aroma que sin querer le recordaba la escena de su transformación; los tallos y las hojas eran de color gris azulado, con una flor encima de color rojo encendido orlado de amarillo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó al fin—. ¡Qué maravilla! Escucha, creo que es la misma hierba que de ardilla me transformó en esta vergonzosa figura. ¿Y si la pruebo?

—Todavía no —suplicó la oca—. Llévate un puñado de esta hierba, vamos a tu habitación, recoge aprisa tu dinero y todo lo que tengas y luego

probaremos las virtudes de la hierba.

Así lo hicieron, regresando a su cámara; se oía cómo el corazón del enano palpitaba de esperanza. Una vez que hubo recogido en un hatillo cincuenta o sesenta ducados que tenía ahorrados, algunos trajes y zapatos, dijo:

—Si Dios quiere, me quitaré de encima esta carga.

Y estiró su nariz, metiéndola en las hierbas y aspirando su aroma. Al punto, todos sus miembros empezaron a crujir y a estirarse, sintió cómo la cabeza se erguía entre sus hombros, bizqueando se miró la nariz y vio que se hacía más y más pequeña, pecho y espalda empezaron a entrar allanándose, y sus piernas se alargaron.

Asombrada, la oca asistía a todo aquello.

—¡Anda, qué alto, qué guapo eres! —exclamó—. A Dios gracias ya no hay nada en ti de como eras antes.

Jacob se alegró mucho y juntó las manos para rezar. Pero su alegría no le hacía olvidar cuán agradecido estaba a la oca Mimí. Es verdad que su corazón estaba impaciente por ir junto a sus padres, pero, llevado de la gratitud, venció este deseo y dijo:

—¿A quién sino a ti he de agradecer que haya vuelto a ser yo mismo? Sin ti, jamás hubiese encontrado esta hierba y así habría tenido que permanecer eternamente con aquella figura o, incluso, quizá morir bajo el hacha del verdugo. Ea, quiero recompensártelo. Voy a llevarte junto a tu padre; él, que es tan experimentado en toda clase de hechizos, te podrá deshechizar con facilidad.

La oca vertió lágrimas de alegría y aceptó su ofrecimiento. Feliz y sin ser reconocido, Jacob salió con la oca del palacio y se puso en camino hacia el mar, hacia la patria de Mimí.

¿Qué más he de seguir contando? Que acabaron venturosos el viaje, que Aspavientos rompió el hechizo de su hija y que, cargado de regalos, Jacob se despidió de él; que regresó a su ciudad natal y que sus padres reconocieron complacidos en el guapo mozo a su hijo perdido, el cual, con los regalos de Aspavientos que se había traído, se compró una tienda y fue rico y feliz.

Tan sólo quiero decir que después de alejarse del palacio del duque se produjo gran agitación, pues, cuando al otro día el duque quiso cumplir su juramento y hacer que le cortaran la cabeza al enano si no había encontrado las hierbas, no pudieron hallarlo en ninguna parte; el príncipe, sin embargo, afirmaba que el duque lo había dejado escapar en secreto para no privarse de su mejor cocinero, y lo acusaba de haber faltado a su palabra. Debido a esto, se originó una gran guerra entre ambos nobles, que en la historia es bien

conocida con el nombre de «guerra de las hierbas». Se libró alguna que otra batalla, pero al final se acabó haciendo la paz, y a esta paz la llamamos en nuestro país «paz del pastel», porque, en la fiesta de reconciliación, el cocinero del príncipe preparó el Bûcheroi, el rey de los pasteles, que el duque comió con muy buen apetito.

Así llevan a menudo las causas más pequeñas a grandes consecuencias. Y ésta es, ¡oh, señor!, la historia del enano Narizotas.

Así habló el esclavo de Frankistán. Después de terminar su narración, el jeque Alí Banu hizo que sirvieran fruta refrescante a él y a los demás esclavos, y, mientras comían, charlaba con sus amigos. Los jóvenes a los que el anciano había introducido se deshacían en elogios del jeque, de la casa y de todo su contenido.

—Es cierto —dijo el joven escritor— que no hay forma más grata de pasar el tiempo que escuchar relatos. Sería capaz de sentarme días enteros así, con las piernas cruzadas, un brazo apoyado en el cojín, la frente descansando en una mano y, si fuera posible, el gran narguile del jeque en la otra, oyendo historias: de este modo, más o menos, me imagino la vida en los jardines de Mahoma.

—Mientras seáis joven y podáis trabajar —dijo el anciano—, tal deseo de inactividad no se podría tomar en serio. Pero os reconozco que hay un encanto especial en oír contar algo. A mi edad, que se aproxima a los setenta y siete años, y con todo lo que ya he oído contar en mi vida, si en una esquina hay un narrador de cuentos y los oyentes formando un gran círculo en torno a él, no desdeño sentarme yo también a escuchar. Uno se introduce en los sucesos que narran, se vive con esas gentes, con esos espíritus encantadores, con hadas y seres semejantes que no encontramos todos los días, y después, estando solos, tenemos material para repetirnos todo, como el caminante que se ha provisto bien antes, cuando ha de atravesar el desierto.

—Nunca he pensado —respondió otro de los jóvenes— en qué residía propiamente el encanto de tales historias, pero me ocurre lo mismo. Ya de niño se me podía hacer callar con un cuento cuando estaba nervioso. Al principio me daba igual de qué se tratara, con tal que contaran algo, que algo sucediera. ¡Cuántas veces he oído sin cansancio aquellas fábulas que inventaron hombres sabios y en las que encerraron la esencia de su sabiduría!: la fábula del zorro y del cuervo necio, del zorro y el lobo[40], docenas y docenas de fábulas del león y de los demás animales. Cuando crecí y traté más a los hombres, ya no me bastaban aquellas historias breves; tenían que

ser más largas y habían de versar sobre los seres humanos y sus extraños destinos.

—Sí, todavía me acuerdo bien de esa época —le interrumpió uno de sus amigos—. Fuiste tú quien nos aficionó a todo tipo de relatos. Uno de vuestros esclavos era capaz de contar tantos cuentos como un conductor de camellos de La Meca a Medina. Cuando terminaba su trabajo, debía sentarse con nosotros en el césped de delante de la casa y le rogábamos una y otra vez hasta que empezaba a contar y seguía contando y contando hasta la noche.

—Y se nos abría —respondió el escritor— un reino nuevo y desconocido, la patria de los genios y de las hadas, poblada de todas las maravillas del mundo de las plantas, con ricos palacios de esmeraldas y rubíes, habitado por gigantescos esclavos, que aparecían a veces al dar la vuelta a un anillo, al frotar la lámpara maravillosa o al pronunciar las palabras de Salomón[41], trayendo deliciosos platos en bandejas de oro. Sin darnos cuenta nos sentíamos transportados a aquel país, acompañábamos a Simbad en sus asombrosos viajes, íbamos por las noches a pasear con Harum al-Raschid, el sabio señor de los creyentes, conocíamos a su visir Giafar[42] tan bien como a cualquiera de nosotros; en una palabra, vivíamos en aquellas historias como se vive de noche en los sueños, y no encontrábamos momento del día más delicioso que la tarde, cuando nos sentábamos en el césped y el viejo esclavo nos contaba cuentos. Pero dinos, anciano, ¿cuál es en realidad el motivo de que entonces nos gustaran tanto las historias y aun ahora no haya para nosotros distracción más agradable?

El revuelo que se produjo en la sala y la llamada de atención del veedor de esclavos impidió al anciano contestar. Los jóvenes no sabían si alegrarse porque iban a oír una nueva historia o sentirse contrariados por haberse visto interrumpida su interesante conversación con el anciano. El segundo esclavo se levantaba ya y empezó a hablar:

Abner, el judío que no había visto nada

¡Señor! Yo he nacido en Mogador, a orillas del gran mar. Cuando el poderosísimo sultán Muley Ismael[43] reinaba sobre Fez y Marruecos, sucedió la historia que tal vez vais a escuchar no sin placer. Es la historia de Abner, el judío que no había visto nada.

Judíos, como sabéis, hay en todas partes, y en todas partes son judíos: astutos, dotados de ojos de lince para la mínima ganancia, más hipócritas cuanto peor son tratados, conscientes de su hipocresía y orgullosos de ella. Sin embargo, Abner, cuando una tarde fue a pasear más allá de las puertas de Marruecos, es la prueba viva de que a veces un judío resulta perjudicado por su astucia.

Camina con el gorro puntiagudo en la cabeza, envuelto en su modesta capa, no excesivamente limpia; de vez en cuando coge a hurtadillas una pizca de rapé de la cajita de oro, que no le gusta dejar ver; se retuerce el bigote y, aunque no deja reposar un minuto los ojos extraviados, que, junto al anhelo de atisbar algo que pueda producir una ganancia, traslucen eterno miedo y preocupación, su aspecto vivaz delata satisfacción. Debe de haber hecho buenos negocios durante el día; y así es. Es médico, es comerciante, es todo lo que entraña ganancia: hoy ha vendido un esclavo con un defecto oculto, ha comprado barato un cargamento de goma y a un hombre rico y enfermo le ha preparado una pócima, seguida no de su curación, sino de su muerte.

Apenas había salido en su paseo de un bosque de palmeras, oyó un gran griterío de gente que corría cerca. Se trataba de un grupo de mozos de cuadra del sultán, con el jefe a la cabeza, que lanzaban miradas inquietas en todas direcciones, como gente que busca con empeño algo perdido.

—Filisteo[44] —le gritó jadeante el que iba a la cabeza del grupo—, ¿no has visto pasar por aquí corriendo un caballo del sultán, ensillado y enjaezado?

Abner respondió:

—No hay otro que galope mejor; delicada y pequeña es su pezuña, sus herrajes son de plata pura, sus crines brillan doradas, semejantes al gran candelabro sabatino de la escuela[45]; tiene quince cuartas de altura, su cola es de tres pies y medio de larga y las camas de su freno son de oro de veintiún quilates.

—¡Es él! —exclamó el escudero mayor.

—¡Es él! —gritó el coro de servidores.

—Es el *Emir* —exclamó un viejo—. Le he dicho mil veces al príncipe Abdalá que debía montar con el bridón; conozco a *Emir* y ya he dicho que lo tiraría y, aunque hubiera tenido que pagar su dolor de espalda con la cabeza, se lo habría avisado. Pero, venga, ¿en qué dirección corría?

—¡Pero si yo no he visto ningún caballo! —respondió Abner sonriendo—. ¿Cómo puedo decir hacia dónde corría el caballo del sultán?

Asombrados por la contradicción, los mozos de cuadra querían seguir insistiendo a Abner, cuando algo les interrumpió.

Por una de esas curiosas casualidades que a veces se dan, precisamente entonces acababa de escaparse también el perrito faldero de la sultana. Un tropel de esclavos negros se acercaba corriendo y gritando desde lejos:

—¿No habéis visto el perrito de la sultana?

—No es un perro lo que buscáis, señores míos, es una perrita.

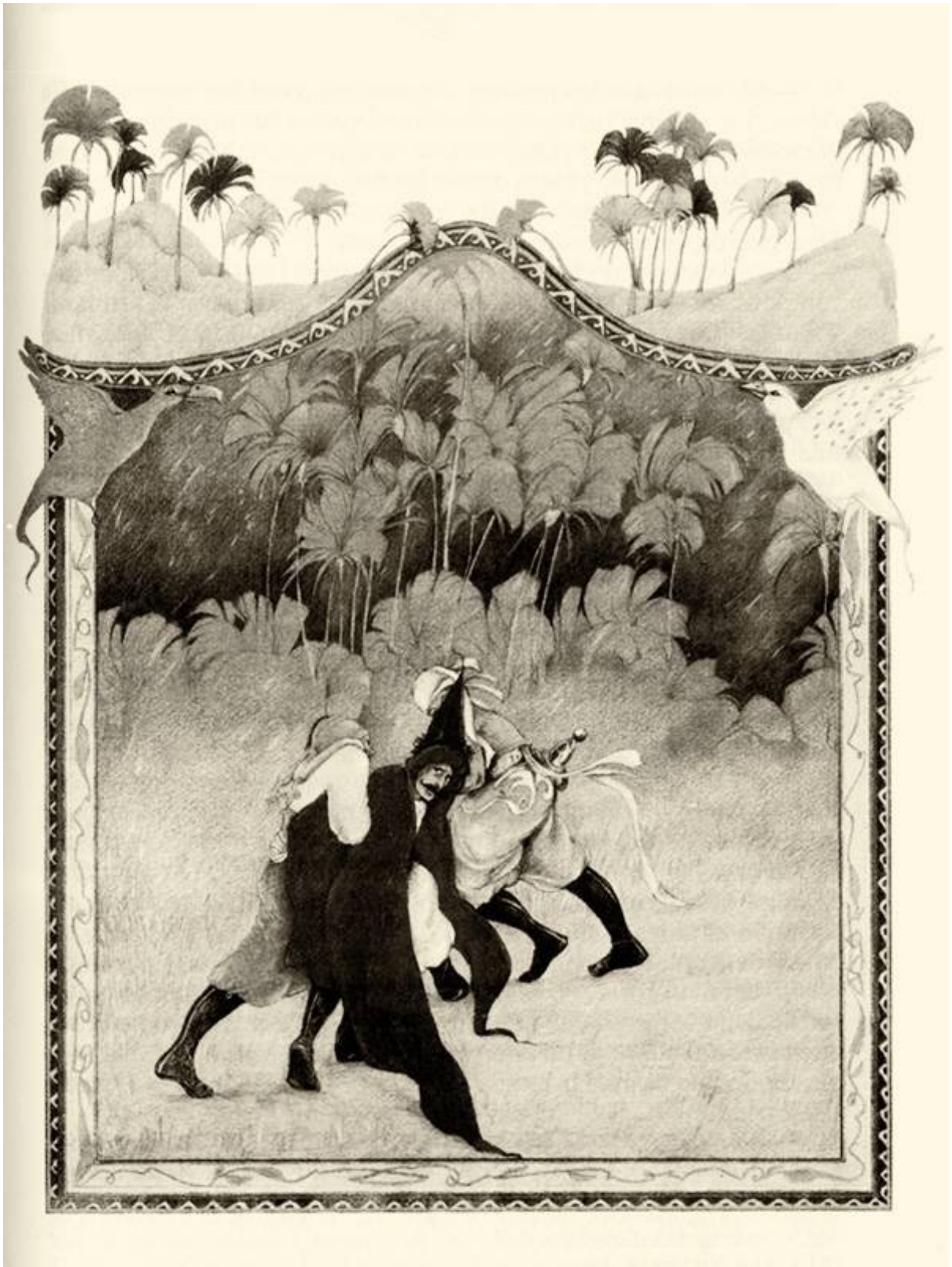
—Así es —exclamó contentísimo el primer eunuco—. ¿Dónde estás, *Aline*?

—Un perrito perdiguero —continuó Abner—, que hace poco ha parido cachorros, con largas orejas y que cojea de la pata delantera derecha.

—¡Sí, sí, es su vivo retrato! —gritaron a coro los negros—. Es *Aline*. La sultana padece ataques en cuanto ha notado su falta. ¿Dónde estás, *Aline*? ¿Qué será de nosotros si volvemos al harén sin ti? Habla rápido, ¿hacia dónde la viste correr?

—No he visto ningún perro, ni sabía que mi sultana, a la que Dios guarde, tuviera un perrito perdiguero.

Los servidores de las caballerizas y los del harén se encolerizaron por la desvergüenza de Abner, que así consideraron al bromear sobre las propiedades reales, y no dudaron ni un instante, por muy inverosímil que fuera, de que él había robado el perro y el caballo. Mientras los demás continuaban su búsqueda, el jefe de los establos y el primer eunuco agarraron al judío, que con una sonrisa entre astuta y temerosa fue conducido a presencia del sultán.



Muley Ismael, enojado al enterarse de lo ocurrido, convocó ante la importancia del asunto al consejo de palacio y lo presidió él mismo. Para comenzar, se castigó al acusado con medio centenar de latigazos en las plantas de los pies. Por más que Abner gritó o gimoteó, protestando inocencia o prometiendo contar todo tal como había sucedido; por más que citó sentencias de las Escrituras o del Talmud; por más que dijo que la inclemencia del rey era como el rugido de un león joven, pero su bondad era como el rocío sobre la hierba, o «No cierres tu mano, si tus ojos y oídos están tapados»[46], Muley Ismael dio la señal y juró, por las barbas del profeta y las suyas propias, que el filisteo pagaría con su cabeza los dolores del príncipe Abdalá y los ataques de la sultana, si no traía de nuevo a los que habían escapado.

Aún resonaban en el palacio del sultán de Marruecos los gritos de dolor del reo, cuando se extendió la noticia de que se había encontrado al perro y al caballo. *Aline* fue sorprendida en compañía de algunos doguillos, elementos muy decentes, pero que para ella, como dama de corte, no eran nada adecuados; y *Emir*, después de cansarse de correr, había encontrado más sabrosa la hierba olorosa de la verde pradera junto al arroyo Tara que la avena real, del mismo modo que un real príncipe agotado por la caza, que se extravía durante una montería, prefiere el pan negro y la mantequilla en la cabaña del campesino a todas las delicias de su mesa.

Muley Ismael pidió a Abner una explicación de su proceder y éste se vio en condiciones de justificarse, aunque un poco tarde, y lo hizo con estas palabras, no sin antes haber tocado tres veces el suelo con la frente ante el trono de su majestad:

—Poderosísimo sultán, rey de reyes, señor de Occidente, estrella de la justicia, espejo de la verdad, pozo de sabiduría, que eres tan brillante como el oro, tan reluciente como el diamante, tan duro como el hierro, óyeme, puesto que se ha permitido a tu esclavo alzar su voz en tu resplandeciente presencia. Juro por el Dios de mis padres, por Moisés y los profetas, que no he visto con los ojos de mi rostro ni a tu sagrado caballo ni al amable perrito de mi bondadosa sultana. Escucha, sin embargo, lo que ha sucedido: para olvidarme de las preocupaciones y el trabajo del día, paseaba por el bosquecillo, donde he tenido el honor de encontrar a su señoría, el caballerizo mayor, y a su merced, el veedor negro de tu bendito harén; entonces observé las huellas de un animal en la fina arena que hay entre las palmeras; yo, que conozco muy bien las huellas de los animales, me di cuenta enseguida de que eran las de un perrito; sobre las pequeñas irregularidades del suelo de arena que había entre las huellas se extendían unos surcos finos y alargados: es una perrita, me dije, y tiene ubres que le cuelgan, luego ha parido crías hace poco tiempo; otras huellas junto a las de las patas delanteras, donde la arena parecía estar ligeramente barrida, me decían que el animal estaba dotado de hermosas orejas que le arrastraban; y al notar que la arena estaba significativamente removida en muchas zonas entre las huellas, pensé: «La pequeña tiene un hermoso rabo de largo pelo, que debe de tener el aspecto de un plumero, y le

gusta dar con él en la arena de cuando en cuando». Tampoco me pasó inadvertido que una de las patas se hundía siempre con menos fuerza en la arena; tampoco podía escapárseme que, por desgracia, la perrita de mi respetable señora cojea, si se me permite decirlo.

»En lo que respecta al corcel de vuestra alteza, sabed que, cuando caminaba por un sendero entre las malezas del bosquecillo, me fijé en las huellas de un caballo. Apenas percibí la pequeña y noble pezuña, la ranilla fina y a la vez fuerte, me dije: "Sin duda es un corcel de la raza chenner, la más elegante de todas". Todavía no hace cuatro meses que mi bondadosísimo sultán ha comprado a un príncipe de Frankistán un grupo de esa raza, y mi hermano Rubén estuvo presente en el trato, y mi bondadosísimo sultán ganó esto y esto otro. Al ver cómo las huellas estaban a una distancia considerable y regular entre ellas, hube de pensar: "Galopa bien y con elegancia; en definitiva, es propio de mi rey poseer un animal así". Y recordé el corcel del que está escrito en el libro de Job: "Golpea el suelo y goza de su fuerza, y se levanta contra el arnés; desprecia el miedo y no se espanta ni huye ante la espada, aunque suene el carcaj, y brillen ambos, el venablo y las lanzas"**[47]**. Y me agaché al ver brillar algo en el suelo, como hago siempre, y veo que era una piedra que había cortado la herradura del corcel en su carrera; me doy cuenta de que ésta debía ser de plata de ley; es lógico que distinga este metal, sea puro o no; la arboleda por la que paseaba tenía siete pies de anchura y en algunos lugares veía que el polvo de las palmeras había sido rozado ligeramente; me dije: "El caballo las ha barrido con la cola, que tiene tres pies y medio de largo". Bajo árboles cuyas copas comienzan a unos cinco pies del suelo, vi hojas recién rozadas; los lomos de su ligereza deben de haberlas desprendido, por tanto tenemos un caballo de quince cuartas; bajo los mismos árboles hay pequeños mechones de crines que brillan como el oro, luego es un alazán tostado. Nada más salir del bosquecillo, mis ojos repararon en una lámina dorada que había en una roca: "Esta lámina deberías conocerla", me dije. ¿Y qué era? La roca había servido de piedra de toque, y en ella había quedado una brizna de oro del espesor de un cabello, como no lo puede hacer más fino ni más agudo el hombrecillo con el haz de flechas sobre los caballos de las siete provincias unidas de Holanda. El metal debía proceder del freno del corcel fugitivo, desprendido al pasar corriendo. Conociendo tu augusta afición al lujo, rey de reyes, se sabe que el más humilde de tus corceles no se dignaría morder en bocado que no fuera de oro. Así ocurrió y cuando…

—¡Por La Meca y por Medina! —exclamó Muley Ismael—. A esto le llamo yo vista; unos ojos así no podrían dañarte, montero mayor, y te

ahorrarían un montón de sabuesos. Tú, ministro del Interior, podrías ver con ellos más que todos tus esbirros y vigilantes. Ea, filisteo: en consideración a tu agudeza, que tanto nos ha gustado, vamos a tratarte con benevolencia: los cincuenta latigazos que has recibido, valen cincuenta cequíes, y te ahorran cincuenta; ahora pagarás sólo otros cincuenta. Saca la bolsa, y en el futuro abstente de burlarte de nuestra real propiedad; por lo demás, permanece nuestra benevolencia hacia ti.

Toda la corte quedó admirada de la agudeza de Abner, pues su majestad había declarado que era un joven inteligente; sin embargo, esto no le redimía de sus dolores y no le consoló de la pérdida de sus queridos cequíes. Mientras los sacaba de su bolsa uno tras otro, sollozando y suspirando, y además los palpaba despidiendo a cada uno con la punta de los dedos, Schnuri, el bufón real, se burlaba de él preguntándole si sus cequíes probaron su autenticidad en la roca en la que el alazán del príncipe Abdalá había probado su freno.

—Tu sabiduría te ha traído hoy gloria —dijo—, pero apostaría otros cincuenta cequíes a que hubieras preferido callar. ¿Pero qué dice el profeta? «A una palabra que se escapa no hay carro que la adelante, ni aunque esté enganchado a cuatro veloces corceles»[48]. Tampoco la alcanza un galgo, señor Abner, aunque no cojee.

No mucho tiempo después de este acontecimiento, tan doloroso para Abner, fue a pasear un día por uno de los verdes valles de las estribaciones del Atlas. Como aquella otra vez, le alcanzó un grupo de hombres armados y el jefe le preguntó:

—¡Eh, buen hombre! ¿No has visto pasar corriendo a Goro, el guardia de corps negro del sultán? Ha huido y debe de haber tomado este camino hacia la montaña.

—No puedo ayudarle, señor general —respondió Abner.

—¡Ah! ¿Pero no eres tú el astuto judío que no había visto al corcel y al perro? No andes con ceremonias: el esclavo ha tenido que pasar por aquí. ¿Acaso no olfateas aún en el aire el olor de su sudor? ¿No ves las huellas de su pie veloz en la hierba crecida? Habla; el esclavo debe de andar por aquí; es único tirando a los gorriones con cerbatana, que es la diversión favorita de su majestad. Habla, o mando que te corten en pedazos ahora mismo.

—No puedo decir que he visto lo que no he visto.

—Por última vez, judío, ¿hacia dónde corría el esclavo? Acuérdate de los latigazos, acuérdate de los cequíes.

—¡Ay, desgraciado de mí! Si estáis absolutamente empeñado en que yo he visto al tirador, corred hacia allí; si no está allí, estará en otra parte.

—¿Entonces, lo has visto? —le gritó el soldado.

—Entonces, sí, señor oficial, puesto que así lo habéis querido.

Los soldados siguieron con presteza en la dirección señalada. Abner se marchó a su casa, íntimamente satisfecho de su astucia. Pero apenas había envejecido veinticuatro horas, cuando un grupo de la guardia de palacio se presentó en su casa y la profanaron, pues era sabbat[49], y lo arrastraron a la presencia del sultán de Marruecos.

—Perro judío —le increpó el sultán—, ¿te atreves a desviar hacia la montaña a los servidores reales que persiguen a un esclavo fugitivo, haciéndoles seguir una pista falsa, mientras el fugitivo se dirige hacia el mar, estando a punto de escapar en un barco español? ¡Apresadlo, soldados! ¡Cien latigazos en las plantas, cien *esquíes* de su bolsa! A medida que se te hinchen las plantas por los latigazos, ha de disminuir la bolsa en la misma proporción.

Ya sabes, ¡oh, señor!, que en el reino de Marruecos son amantes de la justicia rápida, de modo que el pobre Abner fue golpeado y multado sin haberle pedido antes su conformidad. Pero maldijo su destino, que le condenaba a sentir en lo más vivo de sus plantas y en su bolsa cada vez que su majestad tenía a bien perder algo. Además, cuando salía cojeando de la sala, suspirando y refunfuñando entre las risas de los rudos cortesanos, le dijo Schnuri, el bufón:

—Date por contento, Abner, desagradecido. ¿Acaso no es suficiente honor para ti que cada pérdida que sufre nuestro bondadoso señor, a quien Dios guarde, pueda causarte una sensible preocupación también a ti? Prométeme una buena propina, y una hora antes de que el señor de Occidente pierda algo, iré a tu cuchitril de la calle de los judíos y te diré: «No salgas de tu cabaña, Abner, ya sabes por qué: enciérrate en tu cuartucho hasta la puesta del sol, con llave y cerrojo a la vez».

Ésta es, ¡oh, señor!, la historia de Abner, el que no había visto nada.

Cuando hubo callado el esclavo y de nuevo se restableció el silencio en la sala, el joven escritor recordó al anciano que se había interrumpido el hilo de su conversación y le pidió que les explicara dónde residía propiamente el atractivo de los cuentos.

—Ahora os lo voy a decir —respondió el anciano—. El espíritu humano es más ligero y móvil que el agua, que se amolda a todas las formas y penetra en los objetos más sólidos. Es ligero y libre como el aire y como éste se hace más ligero y más puro cuanto más se separa de la tierra. Por ello, en cada hombre hay un impulso a alzarse por encima de lo cotidiano y moverse con más libertad y ligereza en los espacios superiores, aunque sólo sea en sueños. Vosotros mismos, mi joven amigo, decíais que vivíais en aquellas historias, que pensabais y sentíais con aquellos hombres; y de ahí viene la atracción que tenían para vosotros. Al oír las narraciones del esclavo, que sólo eran creaciones que una vez hizo otro, vosotros mismos habéis participado en la creación; no os quedabais en los objetos en torno a vosotros, en vuestros pensamientos habituales, no; lo vivíais al mismo tiempo, erais los mismos a los que les ocurría este prodigio o aquel otro: hasta tal punto acompañabais al hombre del que se os hablaba. Así, al hilo de tal narración, vuestro espíritu se elevaba por encima del presente, que no os parecía tan hermoso ni tan atractivo, así se movía este espíritu en espacios extraños y más elevados con más libertad e independencia, la fábula se convertía para vosotros en realidad o, si lo preferís, la realidad se convertía en fábula, porque vuestra fantasía y vuestro ser vivía en el cuento.

—No os entiendo del todo —respondió el joven comerciante—, pero tenéis razón al decir que vivíamos en las fábulas o las fábulas en nosotros. Bien me acuerdo aún de aquella hermosa época; cuando teníamos ocasión, soñábamos despiertos. Nos imaginábamos habitando islas desiertas e inhóspitas, reflexionábamos sobre lo que debíamos hacer para sobrevivir, y a veces nos construíamos cabañas en la espesa maleza, nos preparábamos una frugal comida de modestos frutos, aunque cien pasos más allá podríamos haber tenido en casa lo mejor; hubo incluso momentos en que esperábamos

la aparición de un hada bienhechora o de un portentoso enano, que se acercaría a nosotros y diría: «La tierra se va a abrir de inmediato; si queréis, podéis descender a mi palacio de cristal y dejaros servir a la mesa lo que mis servidores, los macacos, os ofrezcan».

Los jóvenes rieron, pero reconocieron que su amigo había dicho la verdad.

—Aun ahora —continuó otro—, me sobrecoge en ocasiones este prodigio. Por ejemplo, no me molestaría menos una invención estúpida, si mi hermano llamara a la puerta y me dijera: «¿Sabes ya la desgracia que le ha ocurrido a nuestro vecino, el panadero gordo? Ha tenido tratos con un mago y éste le ha transformado en oso para vengarse; ahora está en su habitación y solloza inconsolable». Yo me enojaría y le tacharía de embustero. Pero mi reacción sería muy distinta si me contaran que el vecino gordo emprendió un largo viaje a un país lejano y desconocido, donde había caído en poder de un mago que lo transformó en oso. Me habría sentido cada vez más inmerso en la historia, habría viajado con el vecino, habría sentido lo mágico y no me habría sorprendido demasiado que se encontrara dentro de la piel de un oso y tuviera que andar a cuatro patas.

Así hablaban los jóvenes; el jeque hizo de nuevo una señal y todos se sentaron. El veedor de esclavos se acercó a los emancipados y les pidió que continuaran. Uno de ellos se manifestó dispuesto, se puso en pie y comenzó a hablar de la siguiente manera:

(En la edición original del almanaque de cuentos de 1827 figuraba en este lugar la historia de «El pobre Esteban», de Gustav Adolf Schöll).[50]

El esclavo había terminado y su relato obtuvo el aplauso del jeque y de sus amigos. Sin embargo, tampoco con esta narración dejó de estar fruncido el ceño del jeque; estaba y siguió estando tan pensativo como antes. Los jóvenes sintieron compasión.

—Y en realidad —dijo el joven comerciante— no puedo entender cómo el jeque hace que le cuenten historias en un día así, y precisamente sus esclavos. Yo, en su lugar, tendría tanta pena que preferiría cabalgar por el bosque y sentarme en un lugar oscuro y solitario, pero de ninguna manera soportaría este alboroto de conocidos y desconocidos a mi alrededor.

—El sabio —respondió el anciano—, el sabio no se deja dominar por su dolor hasta el punto de rendirse por completo ante él. Estará serio, estará pensativo, pero no se lamentará en voz alta o se desesperará. ¿Por qué, si tu interior está oscuro y triste, buscar además la sombra de los cedros oscuros?

Su sombra caerá en tu corazón a través de los ojos y lo hará más sombrío todavía. Debes salir al sol, en el día cálido y luminoso, y con la luz del día y el calor de la luz lograrás la certeza de que el amor de Alá está sobre ti, reconfortante y eterno como su sol.

—Tenéis razón —añadió el esclavo—. ¿Acaso no conviene a un hombre sabio, cuyo entorno está a sus órdenes, alejar en lo posible las sombras del duelo en un día así? ¿Va a refugiarse en la bebida o consumir opio para olvidar el dolor? Yo sigo convencido de que la distracción más conveniente en el pesar y en la alegría es hacer que le cuenten a uno historias, y el jeque actúa muy bien.

—Bien —contestó el joven comerciante—, pero ¿no tiene lectores, no tiene amigos suficientes? ¿Por qué tienen que ser precisamente estos esclavos quienes cuenten los relatos?

—Estos esclavos, querido señor —dijo el anciano—, probablemente han llegado a la esclavitud a través de todo tipo de vicisitudes, y es evidente que no son gente tan poco instruida, como bien habéis comprobado, que no puedan narrar historias. Por si fuera poco, proceden de muchos países y pueblos, y es de esperar que en sus lugares de origen hayan oído y visto algunas cosas prodigiosas que ahora nos sabrán contar. Hay un motivo aún mejor, que me dijo una vez un amigo del jeque, y que os repetiré: estas personas permanecían hasta ahora en su casa como esclavos y no tenían que realizar trabajos muy pesados, pero al fin y al cabo eran trabajos a los que se les obligaba, y es enorme la diferencia entre ellos y los hombres libres. Como es costumbre, no podían acercarse al jeque más que con signos de sometimiento. No podían hablar con él, a no ser que les preguntara, y su respuesta había de ser breve. Hoy son libres; y su primer acto como personas libres es hablar largo tiempo y con libertad ante un público numeroso y ante el que ha sido su dueño hasta este momento. No se sienten menos honrados por ello y su imprevista emancipación se les hace aún más valiosa.

—Mirad —dijo el escritor—, allí se levanta el cuarto esclavo; el veedor ya le ha dado la señal, sentémonos y escuchemos.

—¡Señor! —comenzó a decir el cuarto esclavo—. Cuando aún vivía en Estambul, sucedió allí esta extraordinaria historia.

(En la edición original del almanaque de cuentos de 1827 figuraba aquí la historia de «La cabeza guisada», de James Justinian Morier).

El jeque expresó su aprobación al cuento. Había sonreído alguna vez, cosa que no había sucedido nunca a lo largo del año, y sus amigos lo

interpretaron como un buen presagio. Esta impresión no les había pasado inadvertida a los jóvenes y al anciano. También ellos se alegraron de que, al menos durante media hora, el jeque hubiera estado distraído, pues respetaban su dolor y el luto por su desgracia; sentían que su pecho se encogía cuando lo veían tan serio y sereno, absorto en su aflicción, y se sentían aliviados y alegres al ver disiparse en algún momento la seriedad de su frente.

—Comprendo bien —dijo el escritor— que este relato tenía que producirle una impresión favorable; hay en él tantas cosas asombrosas y cómicas que incluso el santo derviche del monte del Líbano, que aún no ha reído nunca en toda su vida, no habría tenido más remedio que reírse a carcajadas.

—Y, sin embargo —dijo el anciano sonriendo—, no aparecen ni hadas ni magos, ni palacios de cristal ni genios que traen platos maravillosos, ni pájaros fantásticos ni caballos alados.

—Nos avergonzáis —dijo el joven comerciante—, ya que nosotros hablábamos con tanto entusiasmo de aquellos cuentos de nuestra infancia, que aún ahora nos atraen tanto, porque traíamos a colación aquellos momentos en los que el cuento nos cautivaba de tal modo que nos imaginábamos viviendo en él y, como lo apreciábamos tanto, queréis confundirnos y reprendernos de manera sutil, ¿no es así?

—¡De ningún modo! Lejos de mí el reprocharos vuestro amor a los cuentos; es signo de un corazón puro el que todavía podáis sumergiros tan a vuestras anchas en el desarrollo del relato, que no os sintáis rebajados como otros por la idea de que participan en un juego de niños; que no os aburra, y prefiráis prestar oídos a una historia antes que montar un corcel, o adormeceros plácidamente en el diván, o fumar soñadoramente el narguile. Lejos de mí reprocharos esto, pero me alegra que os cautive y deleite también otro tipo de narración, un tipo distinto del que generalmente se llama cuento.

—¿Cómo entendéis esto? Explicadnos con más claridad lo que queréis decir. ¿Un tipo distinto de cuento? —dijeron los jóvenes.

—Creo que hay que establecer una cierta diferencia entre los cuentos y las narraciones que suelen llamarse historias. Si os digo que os quiero contar un cuento, supondréis de antemano que se trata de una aventura que se aparta de lo que sucede en la vida diaria y se mueve en una esfera que no es de naturaleza terrena. Para ser más explícito, en el cuento dais por supuesta la aparición de otros seres distintos de los seres simplemente mortales; intervienen en el destino de las personas que protagonizan el cuento poderes

sobrenaturales como hadas y magos, genios y demonios. Todo el relato adquiere un carácter extraordinario, maravilloso, y puede aparecer más o menos como los tejidos de nuestras alfombras o muchas pinturas de nuestros artistas, que los francos llaman arabescos. Al verdadero musulmán le está prohibido representar en pinturas y estatuas al ser humano, a la criatura de Alá, por lo que en aquellos tejidos se ven árboles y ramas fantásticamente entrelazados con cabezas humanas, hombres que terminan en un pez o un arbusto, en una palabra, figuras que recuerdan a la vida corriente, pero que no son corrientes. ¿Me comprendéis?

—Creo que adivino vuestra idea —dijo el escritor—, pero continuad.

—De este tipo es el cuento: fabuloso, extraordinario, asombroso. Como es ajeno a la vida de todos los días, a menudo tiene lugar en tierras extrañas o en épocas lejanas y ya pasadas hace tiempo. Todos los países, todos los pueblos poseen tales cuentos, tanto los turcos como los persas, los chinos como los mongoles; incluso en Frankistán deben de existir muchos: al menos me habló de ello una vez cierto sabio infiel. No son, sin embargo, tan hermosos como los nuestros, pues en lugar de bellos seres extraordinarios que viven en lujosos palacios, tienen mujeres hechiceras, a las que llaman brujas, gente odiosa y malvada que habita en miserables cabañas y que, en lugar de atravesar el cielo azul en un coche hecho de conchas, tirado por grifos, cabalgan en una escoba a través de la niebla. También tienen gnomos y espíritus, que son seres pequeños y contrahechos y que hacen todo Jipo de conjuros. Así son los cuentos. Algo muy distinto sucede con las narraciones que suelen llamarse historias. Éstas suceden en el mundo real, y lo maravilloso en ellas consiste en la sucesión de lances de fortuna de un hombre que se vuelve rico o pobre, feliz o desgraciado, debido al mero azar o al encadenamiento de las circunstancias, sin que en ese proceso intervengan fórmulas mágicas, maldiciones de brujas o caprichos de hadas.

—Cierto —respondió uno de los jóvenes—; este género de historias se encuentra también en los deliciosos relatos de Scherezade, que se titulan Las mil y una noches. *De este tipo son la mayoría de las referentes al rey Harum al-Raschid y su visir. Salen disfrazados y presencian este o aquel suceso especial, que después se resuelve de manera perfectamente natural.*

—Y, sin embargo, habréis de reconocer —continuó el anciano— que estas historias no son la peor parte de Las mil y una noches. *¡Y qué distintas son, en sus motivos, su desarrollo y en toda su esencia, de los cuentos del príncipe Biribinker*[51]*, de los tres derviches con un solo ojo, o del pescador que saca del mar el cofre con el sello de Salomón! Pero, en definitiva, hay un motivo*

fundamental que da a ambos géneros su encanto propio, y es que vivimos con ellos algo atractivo, extraordinario. En los cuentos, lo extraordinario reside en la intervención de un elemento fantástico en la vida cotidiana del hombre; en las historias, sucede algo según las leyes naturales, pero de modo asombroso e inusual.

—Es extraño —exclamó el escritor— que este acontecer natural de las cosas nos atraiga tanto como lo sobrenatural del cuento. ¿A qué puede deberse esto?

—Esto se debe a la descripción de una persona concreta —respondió el anciano—. En el cuento se acumula de tal modo lo maravilloso y la persona actúa en tan escasa medida por propio impulso, que cada personaje y su carácter sólo pueden presentarse superficialmente. Diferente es en la narración corriente, en la que el modo como cada uno habla y actúa conforme a su carácter es lo principal y lo más atractivo. Así sucede en la historia de la cabeza guisada que acabamos de oír. El desarrollo de la narración no sería llamativo ni sorprendente en su conjunto si no estuviera implicado el carácter de los protagonistas. ¡Qué encantadora es la figura del sastre, por ejemplo! Nos parece tener delante al viejo y humilde cortador de capas. Por primera vez en su vida tiene que hacer un corte esmerado, el corazón les salta de alegría en el pecho a él y a su esposa anticipándose, y lo celebran con café bien negro. ¡Qué contraste el de esta calma apacible con la escena posterior, en la que abren el paquete, curiosos, y ven la horrible cabeza! Y después, ¿no nos parece acaso ver y oír cómo se desliza hasta el minarete, llama a los creyentes a la oración con voz de censura, y al ver al esclavo enmudece de repente como alcanzado por un rayo? ¡Y luego el barbero! ¿Acaso no veis ante vosotros al viejo pecador, charlando mucho al enjabonar a su cliente y bebiendo con afición el vino prohibido? ¿No lo veis cómo sostiene la bacía para el cliente distinguido y toca la cabeza fría? No menos curioso, aunque sólo presentado de pasada, es el hijo del panadero, el joven pícaro, y el cocinero Yanaki. ¿No es el conjunto una serie ininterrumpida de escenas cómicas y no parece producirse de modo muy natural el desarrollo de la historia, por muy extraordinario que sea? ¿Y por qué? Porque cada figura está bien descrita y por su carácter ha de suceder todo como de hecho ocurre.

—Es cierto, tenéis razón —respondió el joven comerciante—. Nunca me he dedicado a pensar seriamente en ello; me he limitado a ver y dejar pasar a mi lado. Si con una me he deleitado, la otra la he encontrado aburrida sin

saber en realidad por qué; pero nos dais con esto una clave que nos descubre el misterio, una piedra de toque para examinar y poder juzgar rectamente.

—Hacedlo siempre —respondió el anciano— y vuestro gozo aumentará si aprendéis a reflexionar sobre lo que escuchéis; pero mirad, de nuevo se levanta otro más para empezar su narración.

Así era; y el quinto esclavo empezó de este modo:

El mono hombre

¡Señor! Soy alemán de nacimiento y he vivido demasiado poco en vuestra tierra como para poder contar un cuento persa o una deliciosa historia de sultanes y visires. Me permitiréis por ello que os narre algo de mi patria, que tal vez os procure alguna diversión. Por desgracia, nuestras historias no son siempre tan distinguidas como las vuestras, ya que no tratan de sultanes o de nuestros reyes, ni de visires y pachás, que entre nosotros se llaman ministros de Hacienda o de Justicia, consejeros y demás, sino que, a no ser que se trate de soldados, en general viven muy modestamente y entre el pueblo.

En la parte meridional de Alemania se encuentra la pequeña ciudad de Grünwiesel, donde nací y me crié. Es una pequeña ciudad como cualquier otra. En el centro, una pequeña plaza de mercado y una fuente; a un lado, el pequeño y viejo ayuntamiento; en torno al mercado, la casa del juez de paz y de los comerciantes más distinguidos, y en unas cuantas calles estrechas viven los demás habitantes. Todos se conocen, todos saben lo que sucede aquí y allá, y cuando el párroco, el alcalde o el médico tienen un plato más en la mesa, a mediodía lo sabe ya todo el pueblo. Por la tarde, las mujeres van de visita, como dicen, y mientras beben un buen café y dulces, charlan sobre el gran acontecimiento: la conclusión es que el párroco probablemente ha jugado a la lotería y ha obtenido mucha ganancia de forma nada cristiana; que el alcalde se deja «untar», o que el doctor ha recibido del boticario algunas monedas de oro por prescribir recetas muy caras. Podéis imaginaros, señor, lo desagradable que debió de ser para un pueblo tan bien organizado como Grünwiesel la llegada de un hombre, de quien nadie sabía qué buscaba, ni de dónde venía, ni de qué vivía. Sin embargo, el alcalde había visto su pasaporte, un documento que entre nosotros han de tener todos.

—¿Hay tanta inseguridad en las calles —interrumpió el jeque al esclavo — que habéis de tener un salvoconducto de vuestro sultán para mantener a raya a los ladrones?

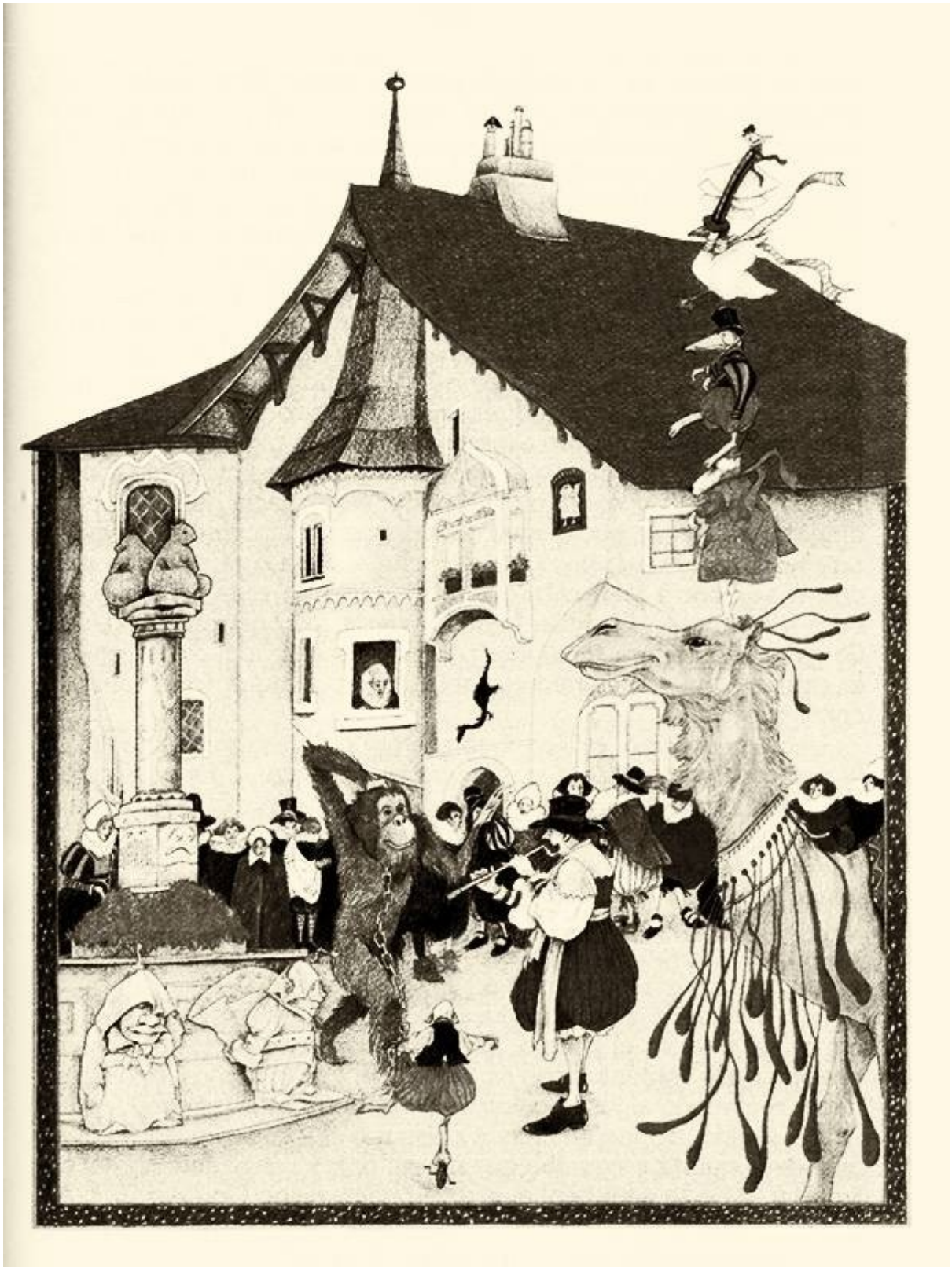
—No, señor —respondió aquél—. Estos papeles no nos protegen de los ladrones, sino que sólo son el medio de que se sepa siempre a quién se tiene delante.

Bueno, pues el alcalde había comprobado su documentación y, tomando café en casa del doctor, había manifestado que estaba perfectamente visada desde Berlín hasta Grünwiesel, pero que algo se ocultaba detrás, pues el hombre parecía sospechoso. El alcalde gozaba en el pueblo de la mayor consideración, por lo que no es extraño que desde entonces el forastero fuera considerado una persona sospechosa. Y su conducta no podía apartar a mis paisanos de esa idea. El forastero alquiló por unas cuantas monedas de oro una casa entera, que hasta entonces había estado vacía, hizo traer un carro lleno de objetos raros, como hornos, estufas, grandes marmitas y cosas por el estilo, y a partir de entonces vivió en completa soledad. Incluso cocinaba él mismo y en su casa no entraba ni un alma, a excepción de un anciano de Grünwiesel que le hacía las compras de pan, carne y verduras; sin embargo, tampoco éste pasó nunca del zaguán, donde el forastero recibía las compras.

Yo era un muchacho de diez años cuando el hombre se instaló en mi ciudad natal y aún hoy me acuerdo, como si hubiera sucedido ayer, de la inquietud que produjo. Por la tarde no acudía a la bolera, como otros hombres, ni por la noche a la posada, para comentar las noticias, como los demás, fumando su pipa. En vano le invitaron a comer o a tomar café el alcalde, el juez de paz, el médico o el párroco, uno tras otro: siempre daba una disculpa. Por eso, unos le consideraban un loco, otros un judío, algunos incluso estaban convencidos de que era un mago o un brujo… Yo cumplí los dieciocho años, los veinte, y todavía le seguían llamando en el pueblo «el señor forastero».

Pero sucedió que un día llegó al lugar una compañía con animales exóticos. Son gentuza vagabunda, que tienen un camello que sabe inclinarse, un oso que baila, algunos perros y monos que tienen una apariencia bastante cómica vestidos con trajes humanos y que hacen todo tipo de extravagancias. Al llegar al pueblo, el grupo suele detenerse en las encrucijadas y plazas, hace una música ruidosa con un pequeño tambor y un silbato, hace saltar y bailar a sus componentes y luego piden dinero por las casas. La compañía que esa vez se dejó ver por Grünwiesel se distinguía por un enorme orangután que tenía casi la altura de un hombre, caminaba a dos patas y sabía hacer toda clase de gracias. La comedia de perros y monos llegó también ante la casa del forastero; al sonar el tambor y el silbato, éste apareció bastante malhumorado

tras la ventana oscura y oxidada por el tiempo. Sin embargo, pronto se tornó más amable; ante el asombro de todos se asomó a la ventana y rió encantado con la actuación del orangután. Incluso les recompensó por la diversión con una moneda de plata tan grande que toda la ciudad habló de ello.



A la mañana siguiente, el grupo se marchó. El camello tenía que llevar muchos cestos, en los que iban sentados cómodamente perros y monos, y detrás del camello iban el camellero y el mono grande. Pero apenas habían pasado unas horas desde que traspasaron la puerta de la ciudad, el señor forastero se dirigió al encargado del correo, con gran asombro de éste, le pidió un coche y salió por el mismo camino que habían seguido los animales. Todo el pueblo estaba disgustado por no poder saber hacia dónde se había dirigido. Ya era de noche cuando el forastero atravesó de nuevo la puerta de la ciudad, pero en el coche viajaba otra persona más, con el sombrero bien calado y un pañuelo de seda en torno a la boca y las orejas. El vigilante de la puerta se consideró obligado a dirigirse al otro forastero para pedirle su salvoconducto, pero éste le contestó muy rudamente, hablando una lengua totalmente incomprensible.

—Es mi sobrino —dijo amablemente el forastero, poniendo en la mano del vigilante algunas monedas de plata—. Es mi sobrino, que hasta el momento entiende poco alemán; ha maldecido un poco en su dialecto por habernos parado aquí.

—Si es vuestro sobrino —contestó el vigilante de la puerta—, puede entrar sin documentación. Sin duda vivirá en vuestra casa, ¿no es cierto?

—Desde luego —respondió el forastero—, y es probable que permanezca bastante tiempo aquí.

El vigilante no puso más inconvenientes, y el forastero y su sobrino entraron en el pueblo. El alcalde y el resto de los vecinos no estaban nada contentos con su actuación. Por lo menos tendría que haber recordado algunas palabras del sobrino, por las que luego se habría sabido fácilmente de qué país eran él y su señor tío. El guardián de la puerta aseguraba que no era ni francés ni italiano; tal vez inglés y, si no se equivocaba, el joven había dicho *God damn*[52]. Así salió del paso él y al mismo tiempo el joven, pues desde entonces sólo se habló en el pueblo del joven inglés.

Sin embargo, tampoco el joven inglés se dejó ver en la bolera ni en la taberna, aunque en otro aspecto dio mucho que hablar a la gente: a menudo sucedía que de la casa del forastero, antes tan tranquila, salían unos gritos terribles y un alboroto tal que la gente se congregaba delante para mirar. Se veía entonces al joven inglés, vestido con una chaqueta roja y pantalones verdes, con el cabello enmarañado y un aspecto horrible, pasar con increíble velocidad delante de las ventanas y correr por todas las habitaciones. Vistiendo una bata roja, el viejo forastero le perseguía con un látigo en la mano; a veces no acertaba, pero a los curiosos de la calle les parecía que

algunas veces debía alcanzar al joven, pues se oían quejidos lastimeros y sonoros latigazos. Ante aquel trato cruel al joven, las mujeres del lugar tomaron partido por él con tanta vehemencia que acabaron por pedir al alcalde que tomara cartas en el asunto. Escribió éste un mensaje al forastero, reprochándole en términos bastante severos el ofensivo trato dado a su sobrino y amenazándolo con poner al joven bajo su especial protección, si se volvían a producir el mismo tipo de escenas.

Nadie se sorprendió tanto como el alcalde al ver cómo se le acercaba el propio forastero, por primera vez en diez años. El anciano explicó su proceder por la recomendación especial de los padres del joven, que se lo habían encomendado para su educación; por lo demás, era un joven inteligente y complaciente, dijo, pero aprendía la lengua con mucha dificultad. Tenía mucho interés en enseñar a su sobrino a hablar alemán con la fluidez suficiente para introducirlo en la sociedad de Grünwiesel, pero esta lengua le resultaba tan difícil que con frecuencia no podía hacer nada mejor que golpearle merecidamente. El alcalde se sintió satisfecho por completo con esta información, aconsejó moderación al anciano y por la noche contó en la cervecería que raras veces había conocido a un hombre tan culto y educado como el forastero.

—Es una lástima —añadió— que frecuente tan poco el trato social; pero creo que cuando el sobrino hable un poco de alemán, visitará a menudo mi *cercle*[53].

La opinión del pueblo cambió por completo sólo a causa de este incidente. Se consideraba al forastero un hombre cortés, deseaban conocerlo más de cerca y les parecía lo más natural que de vez en cuando se escapara de la solitaria casa un grito desgarrador.

—Está dando clase de alemán al sobrino —decían los de Grünwiesel, y ya no se detenían.

Unos tres meses después pareció acabada la enseñanza del alemán, pues el viejo dio un paso adelante. Vivía en la ciudad un francés viejo y decrépito, que daba a los jóvenes clase de baile. El forastero le mandó llamar y le dijo que quería que enseñara a bailar al sobrino. Le dio a entender que éste era muy inteligente, pero algo caprichoso en lo referente al baile; ya había aprendido antes a bailar con otro maestro, pero con pasos tan especiales que no se podían ejecutar así en sociedad. No obstante, el sobrino se tenía por un gran bailarín, aunque su danza no tenía ni la más remota semejanza con el vals o la polca (danzas que se bailan en mi patria, señor), ni siquiera la escocesa o francesa. Le prometió un tálero por hora, y el profesor de baile aceptó complacido encargarse del obstinado pupilo.

No había en el mundo nada más peculiar que aquellas clases de baile, aseguraba el francés. El sobrino, un joven bastante alto y delgado, que tenía unas piernas muy cortas, se presentaba con un frac rojo, bien peinado, con amplios pantalones verdes y guantes de cabritilla. Hablaba poco y con acento extranjero, y al principio era obediente y diestro; pero a veces se lanzaba inesperadamente a dar saltos grotescos, bailaba con los pasos más atrevidos, dejando consternado al maestro de danza; si éste intentaba corregirle, se quitaba los elegantes zapatos de baile y se los arrojaba a la cabeza al francés, poniéndose a andar por la habitación a gatas. Con el alboroto, el viejo salía corriendo de su habitación, con una amplia bata de casa de color rojo y un gorro de papel dorado en la cabeza, y dejaba caer sin compasión el látigo en la espalda del sobrino. Éste comenzaba a gritar horriblemente, saltaba sobre la mesa y la alta cómoda, incluso a las rejas de las ventanas, hablando en una extraña lengua. El viejo, sin embargo, no se desconcertaba, lo agarraba por una pierna, tiraba para abajo, lo vapuleaba y por medio de un broche le apretaba la corbata, con lo cual volvía a comportarse con obediencia y corrección, y la clase de baile proseguía sin obstáculos.

Y cuando el maestro hubo enseñado a su pupilo tanto como para poder introducir la música en las clases, el sobrino estaba como transformado. Se contrató a un músico municipal, que había de sentarse en una mesa en el salón de la solitaria casa. El maestro hacía de dama, con un traje de mujer y un chal hindú que el viejo le hacía ponerse; el sobrino le solicitaba un baile y comenzaba a valsear y danzar con él. Era un bailarín incansable y veloz: no soltaba al maestro, aunque éste gimiera y gritara, tenía que bailar hasta que caía extenuado o hasta que al músico se le quedaba el brazo desfallecido sobre el violín. Estas clases casi acababan con el maestro de baile, pero el tálero que cada vez se le pagaba puntualmente y el buen vino que el viejo le

escanciaba, hacían que siempre volviera, aunque el día anterior hubiera tomado la firme decisión de no volver más a la casa solitaria.

La gente de Grünwiesel veía el asunto de forma muy distinta al francés. Encontraban que el joven tenía mucha disposición para lo social y, ante la gran escasez de hombres, las mujeres se las prometían muy felices por contar para el invierno próximo con un bailarín tan diestro.

Una mañana, las criadas que volvían del mercado informaron a sus señores de un asombroso suceso. Ante la casa solitaria se encontraba un precioso carruaje, tirado por hermosos caballos y con un servidor con rica librea que sostenía las riendas. La puerta de la casa se había abierto y salieron dos señores muy bien vestidos: uno era el viejo forastero y el otro probablemente el joven señor que con tanta dificultad había aprendido alemán y tan rápido bailaba. Ambos subieron al coche, el servidor saltó al pescante y se puso en marcha ¡nada menos que en dirección a la casa del alcalde!

Cuando las señoras oyeron tal cosa de boca de sus criadas, se apresuraron a arrancarse los delantales de cocina y las cofias, no muy limpias, y se lanzaron a la calle.

—Con la mayor probabilidad —decían a su familia, moviendo todo para limpiar la sala de visitas, que al mismo tiempo servía para otros usos—, con la mayor probabilidad, el forastero va a presentar a su sobrino en sociedad. En estos diez años, el viejo chiflado no se había dignado nunca poner los pies en nuestra casa, pero se le perdona por su sobrino, que debe ser una persona encantadora.

Así hablaban, y animaban a sus hijos e hijas a presentarse con su mejor aspecto cuando vinieran los forasteros, a mantenerse erguidos y pronunciar con mayor corrección de la habitual. Y las perspicaces señoras no se habían equivocado, pues el viejo señor visitó las casas una tras otra, acompañado de su sobrino, para presentar sus respetos a la familia.

En general estaban absolutamente encantados con los dos forasteros y lamentaban no haber tenido el placer de conocerlos antes. El anciano se mostró como persona digna y muy razonable, que acompañaba todo lo que decía con una ligera sonrisa, de manera que no se sabía si hablaba en serio o no; pero hablaba sobre el tiempo, sobre la comarca, sobre las diversiones del verano en la taberna del monte, tan ponderado y con tanta prudencia que todos se maravillaban. ¡Ah, pero el sobrino! Admiraba a todos, se ganó todos los corazones. En lo referente a su aspecto, no podía decirse que su rostro fuera bello; la parte inferior, sobre todo la mandíbula, sobresalía demasiado, y el color de la piel era muy oscuro; de vez en cuando hacía toda clase de

muecas, apretaba los párpados y castañeteaba los dientes; sin embargo, el corte de cara les parecía enormemente interesante. No podía haber nada más ágil y dinámico que su figura. La ropa le colgaba del cuerpo de modo un poco raro, pero todo le sentaba bien. Se movía por las habitaciones con gran viveza, se tiraba en un sofá o en un sillón con las piernas estiradas delante. Pero lo que en otro joven se hubiera tenido por ordinario y grosero, se consideraba genialidad en el sobrino.

—Es inglés —decían—, así son todos; un inglés puede echarse en un canapé y dormirse, mientras diez damas no tienen sitio y tienen que quedarse de pie; a un inglés no se le puede tomar esto a mal.

Con el viejo, su tío, era muy obediente, pues cuando empezaba a dar brincos por la habitación o, como le gustaba hacer, a colocar los pies sobre una silla, bastaba una severa mirada para que volviera al orden. ¿Y cómo iban a tomárselo a mal, si en cada casa el tío decía a la señora?:

—Mi sobrino es aún un poco rudo y descortés, pero espero mucho de la compañía, que le formará y educará convenientemente, y os lo recomiendo con el máximo interés.

Así fue introducido en sociedad el sobrino y, durante ese día y los siguientes, todo Grünwiesel no habló de otra cosa que de tal acontecimiento. El viejo señor no siguió tampoco como antes: pareció que su modo de pensar y su vida habían cambiado por completo. Por la tarde iba con el sobrino a la bolera del monte, donde los señores más destacados de Grünwiesel bebían cerveza y disfrutaban con el juego de los bolos. El sobrino se mostró como un consumado maestro en el juego, pues nunca derribaba menos de cinco o seis. A veces parecía apoderarse de él una extraña idea, y podía ocurrírsele lanzarse con la bola a la velocidad de una flecha por encima o por debajo de los bolos, organizando un estrépito disparatado; o bien, cuando había hecho una buena tirada, se lanzaba al suelo de cabeza, sobre sus bien peinados cabellos, y movía las piernas en el aire; o bien, al pasar un carruaje, en un

santiamén se le veía sentado en el techo junto al conductor, haciendo muecas, le acompañaba un trecho y volvía de nuevo con el grupo dando saltos.

Ante tales escenas, el viejo señor solía pedir disculpas por el desenfreno de su sobrino al alcalde y a los demás hombres, pero éstos se reían y lo atribuían a su juventud, afirmando que a esa edad también ellos eran tan inquietos, y sentían una enorme debilidad por el joven saltarín, como lo llamaban.

Hubo también ocasiones en las que se irritaban un poco, pero no se atrevían a decir nada, porque el joven inglés tenía fama en general de ser un modelo de educación e inteligencia. El viejo forastero solía también acudir por la tarde a El Ciervo Dorado, la fonda del pueblo. Aunque el sobrino era un hombre muy joven, actuaba como si ya fuese una persona de edad: se sentaba detrás de su vaso, se ponía unas enormes gafas, sacaba una gran pipa y la encendía, ahumando a todos al máximo. Si se hablaba sobre las noticias de la prensa, sobre guerra y paz, el médico y el alcalde daban sus opiniones, provocando la admiración de los demás señores por sus profundos conocimientos de política: al sobrino se le podía ocurrir opinar todo lo contrario. Daba en la mesa un golpe con la mano, de la que nunca se quitaba el guante, y daba a entender al médico y al alcalde con la máxima claridad que de todo aquello no entendían nada, que había oído estas cosas de muy distinto modo y que tenía un punto de vista más serio. Exponía luego su idea en un alemán particularmente chapurreado, que todos encontraban encantador, con gran irritación del alcalde. Como inglés, tenía que saber todo mejor.

Si el médico y el alcalde, con la cólera que no podían manifestar, se reunían para una partida de ajedrez, el sobrino se volvía hacia ellos, miraba al alcalde por encima del hombro con sus grandes gafas y le criticaba algunas jugadas, diciendo al doctor que tenía que mover de este modo o del otro, de forma que los dos hombres estaban secretamente furiosos. Si el alcalde le ofrecía enfadado jugar una partida para darle su merecido, ya que se tenía por un segundo Philidor[54], el viejo apretaba la corbata del sobrino, que se volvía obediente y cortés y daba jaque mate al alcalde.

Hasta entonces, en Grünwiesel se había jugado a las cartas todas las noches, apostando en cada partida medio cruzado[55]. El sobrino lo encontraba miserable; sacaba sus táleros y ducados y afirmaba que ninguno jugaba tan bien como él; pero los señores, ofendidos de ordinario, lo disculpaban por las enormes sumas que perdía. No tenían escrúpulos en ganarle mucho dinero,

pues, decían, un inglés es rico de familia. Y al mismo tiempo se metían en el bolso los ducados.

Así, el sobrino del forastero logró en poco tiempo la máxima consideración en la ciudad y en los alrededores. Por más que se remontaran en el tiempo, no se recordaba haber visto en Grünwiesel a un joven así, y era el fenómeno más raro que se había observado nunca. No podía decirse que el sobrino hubiera aprendido algo más que baile. El latín y el griego eran para él chino, como suele decirse. En un juego de mesa en casa del alcalde tuvo que escribir algo y se comprobó que no sabía poner ni su nombre; en geografía cometía los más llamativos errores, pues no le importaba confundir una ciudad alemana con una francesa, o una danesa con una polaca. No había leído ni estudiado nada, y el párroco movía la cabeza pensativo ante la absoluta ignorancia del joven. Pero no por eso se consideraba menos excelente en todo lo que decía: era tan impertinente que siempre quería tener razón y el final de todas sus conversaciones era: «Yo lo sé mejor».

Así llegó el invierno, y el sobrino alcanzó aún mayor fama. Cualquier reunión parecía aburrida si no estaba presente, se bostezaba cuando un hombre sensato decía algo; pero, cuando el sobrino en persona decía en mal alemán el más disparatado desatino, todos escuchaban. Resultó que el aventajado joven era también poeta, pues apenas pasaba una velada sin que sacara de su bolsillo algunos papeles y leyera algún soneto a la concurrencia. Hubo quien consideraba malas y sin sentido parte de estas poesías, otra parte les sonaba haberlas leído ya en algún libro. Sin embargo, el sobrino no se amilanaba, leyendo y leyendo, y llamando luego la atención sobre la belleza de sus versos. Al final, obtenía siempre delirantes aplausos.

Pero su mayor triunfo eran los bailes. Nadie era capaz de resistir más tiempo bailando ni con más rapidez, nadie daba saltos más osados y graciosos que él. Su tío lo vestía con el mayor lujo y según la moda más reciente y, aunque la ropa no acababa de adaptársele al cuerpo, se consideraba que vestía maravillosamente. Los hombres se sentían en estos bailes algo molestos por su modo de presentarse. Antes había sido siempre el alcalde quien abría el baile, y los jóvenes más distinguidos tenían derecho a organizar el resto de los bailes; pero, desde que apareció el joven extranjero, todo era distinto. Sin preguntar demasiado, tomaba de la mano a la más destacada dama que estuviese próxima, se colocaba con ella a la cabeza y hacía lo que le parecía, dueño, maestro y rey del baile. Pero, como las mujeres encontraban excelentes y agradables estas formas, los hombres no podían objetar nada, y el sobrino continuó con las atribuciones que él mismo se había tomado.

Tales bailes parecían procurar el máximo regocijo al viejo señor. No quitaba ojo a su sobrino, sonreía siempre y, cuando todo el mundo se apresuraba a elogiar al educado e impecable jovencito, apenas podía contener su alegría, estallaba en una risa divertida y se ponía como loco. Los de Grünwiesel atribuían estos extravagantes estallidos a su gran amor por el sobrino y les parecía bien. Sin embargo, de vez en cuando había de hacer uso de su autoridad paternal, pues en medio de una elegante danza se le podía ocurrir colocarse de un salto en la tribuna donde se hallaban los músicos, arrancar al contrabajo su instrumento y tocarlo rascando horriblemente; o bien cambiaba de improviso, y bailaba apoyándose en las manos y con las piernas por alto. Entonces el tío solía llevarlo aparte, haciéndole severos reproches y apretándole la corbata; así volvía a ponerse muy modoso.

Así se comportaba el sobrino en reuniones y bailes. Pero, como suele suceder con los hábitos, los malos se extienden con más facilidad que los buenos, y una nueva moda llamativa, aunque muy ridícula, tiene en sí algo contagioso para los jóvenes, que todavía no han reflexionado sobre sí mismos y sobre el mundo. Así ocurrió en Grünwiesel con el sobrino y sus extrañas costumbres. Cuando los jóvenes vieron que éste, con sus formas torpes, su risa y su charla ruda, con sus respuestas descorteses a los mayores, cosechaba más aprecio que censura, que incluso parecía muy ingenioso, llegaron a la conclusión de que era fácil convertirse en un tunante ingenioso como él. Habían sido jóvenes trabajadores y aplicados, pero ahora pensaron que de nada servía el saber si con la ignorancia se salía adelante mejor. Dejaron los libros de lado y andaban dando vueltas por calles y plazas. Antes eran obedientes y corteses con todos, esperaban para hablar a que se les preguntara y contestaban con corrección y respeto. Ahora se introducían en el grupo de los hombres, charlaban, manifestaban su opinión e incluso se reían del alcalde en sus narices, cuando decía algo, y afirmaban que todo lo sabían mejor ellos.

Antes, los jóvenes de Grünwiesel sentían aversión por la actitud ruda y ordinaria. Ahora cantaban toda clase de canciones malsonantes, fumaban en enormes pipas y andaban por tabernas de escasa categoría. Aunque vieran muy bien, se compraban grandes gafas, se las colocaban sobre la nariz y se creían así gente madura, pues tenían la apariencia del famoso sobrino. En casa o cuando iban de visita, apoyaban las botas y las espuelas en el sofá, se balanceaban en el sillón o apoyaban las mejillas en las manos, con los codos sobre la mesa, cosa que ahora se consideraba muy atractiva. En vano les decían sus madres y amigos lo improcedente e insensato que era todo aquello; ellos se referían al brillante ejemplo del sobrino. En vano se les argumentaba

que al sobrino, como inglés, había que disculparle cierta rudeza nacional: los jóvenes de Grünwiesel afirmaban su derecho a ser ingeniosamente descarados, como el mejor de los ingleses; en una palabra, que era una pena ver cómo por el mal ejemplo se echaban a perder por completo los hábitos y buenas costumbres de Grünwiesel.

Sin embargo, el gusto de los jóvenes por la vida desordenada y grosera no duró mucho, pues el suceso que sigue cambió rápidamente el panorama. La temporada de invierno en Grünwiesel había de cerrarse con un gran concierto, en el que tocarían en parte los músicos del pueblo y en parte expertos aficionados a la música. El alcalde tocaba con maestría el violonchelo; el médico, el fagot, y el boticario, aunque no tenía auténtica formación, la flauta; algunas jóvenes de Grünwiesel habían aprendido arias y todo estaba muy preparado. El viejo extranjero manifestó que el concierto resultaría así magnífico, pero que sin duda faltaba un dueto; un dueto debía figurar necesariamente en cualquier concierto que se preciara. Se quedaron algo perplejos ante esta afirmación; la hija del alcalde cantaba como un ruiseñor, pero ¿de dónde sacarían a un señor capaz de cantar un dueto con ella? Pensaron recurrir al viejo organista, que en una ocasión había cantado magníficamente como tenor; pero el forastero afirmó que no era necesario, porque su sobrino cantaba de maravilla. No quedaron poco asombrados de esta nueva cualidad del joven; tuvo que hacer una prueba y, aparte de algunas rarezas que se consideraron inglesas, cantó como un ángel. Ensayaron a toda prisa el dueto y al fin llegó la noche en que los oídos de los habitantes de Grünwiesel habían de deleitarse con el concierto.

Por desgracia, el viejo forastero no podría compartir el triunfo de su sobrino por estar enfermo, pero dio algunas indicaciones respecto a su sobrino al alcalde, que le visitó una hora antes del concierto.

—Mi sobrino es un buen muchacho —le dijo—, pero de cuando en cuando se le ocurren toda clase de ideas extrañas y comienza a hacer locuras. Por eso sobre todo siento no poder asistir, ya que delante de mí tiene buen cuidado de comportarse bien, ¡ya sabe por qué! He de decir en su defensa que no lo hace por petulancia, sino que es algo físico, que reside en su naturaleza. Si se le ocurrieran ideas como sentarse en un atril, querer tocar el contrabajo o algo por el estilo, ¿querría usted aflojarle un poco la corbata, o, si tampoco mejora así, soltársela por completo? Ya verá cómo se comporta entonces con respeto y cortesía.

El alcalde agradeció al enfermo su confianza y le prometió hacer lo que le había aconsejado si se presentaba la ocasión.

La sala del concierto estaba llena a rebosar: todo Grünwiesel y sus aledaños se habían reunido allí. Todos los cazadores, párrocos, funcionarios y terratenientes de un radio de tres horas a la redonda se habían apresurado a acudir con su numerosa familia para compartir con los de Grünwiesel tan exquisito goce. Los músicos locales estuvieron magníficos; luego siguió el alcalde tocando el violonchelo, acompañado por el boticario, que tocaba la flauta. Tras ellos, cantó un aria el organista, con gran éxito. No menos aplaudido fue el médico cuando hizo sonar el fagot.

La primera parte del concierto ya había terminado y todos esperaban con curiosidad la segunda, en la que el joven forastero debía interpretar un dueto con la hija del alcalde. El sobrino apareció con un traje impresionante y ya hacía tiempo que había atraído sobre sí la atención de todos los presentes. Sin preguntar mucho, se había colocado en la mejor butaca, reservada para una condesa de las inmediaciones; extendió las piernas delante, mirando a todos con un enorme anteojo, que usaba además de sus grandes gafas, y jugaba con un gran mastín que había introducido en la sala, a pesar de la prohibición de llevar perros. Se presentó la condesa para quien se había dispuesto la butaca, pero el sobrino no hizo ademán alguno de levantarse y cederle el asiento: al contrario, se arrellanó aún más en la butaca y nadie se atrevió a decirle nada. La distinguida dama hubo de sentarse en una silla corriente, entre las demás mujeres del pueblo, y debía estar bastante irritada.

Durante la deliciosa interpretación del alcalde, durante el aria magnífica del organista e incluso mientras el doctor fantaseaba con su fagot y todos contenían la respiración escuchando, el sobrino mandaba al perro traerle el pañuelo o charlaba en voz alta con su vecino, de modo que cualquiera que no lo conociera se asombraba de tales maneras.

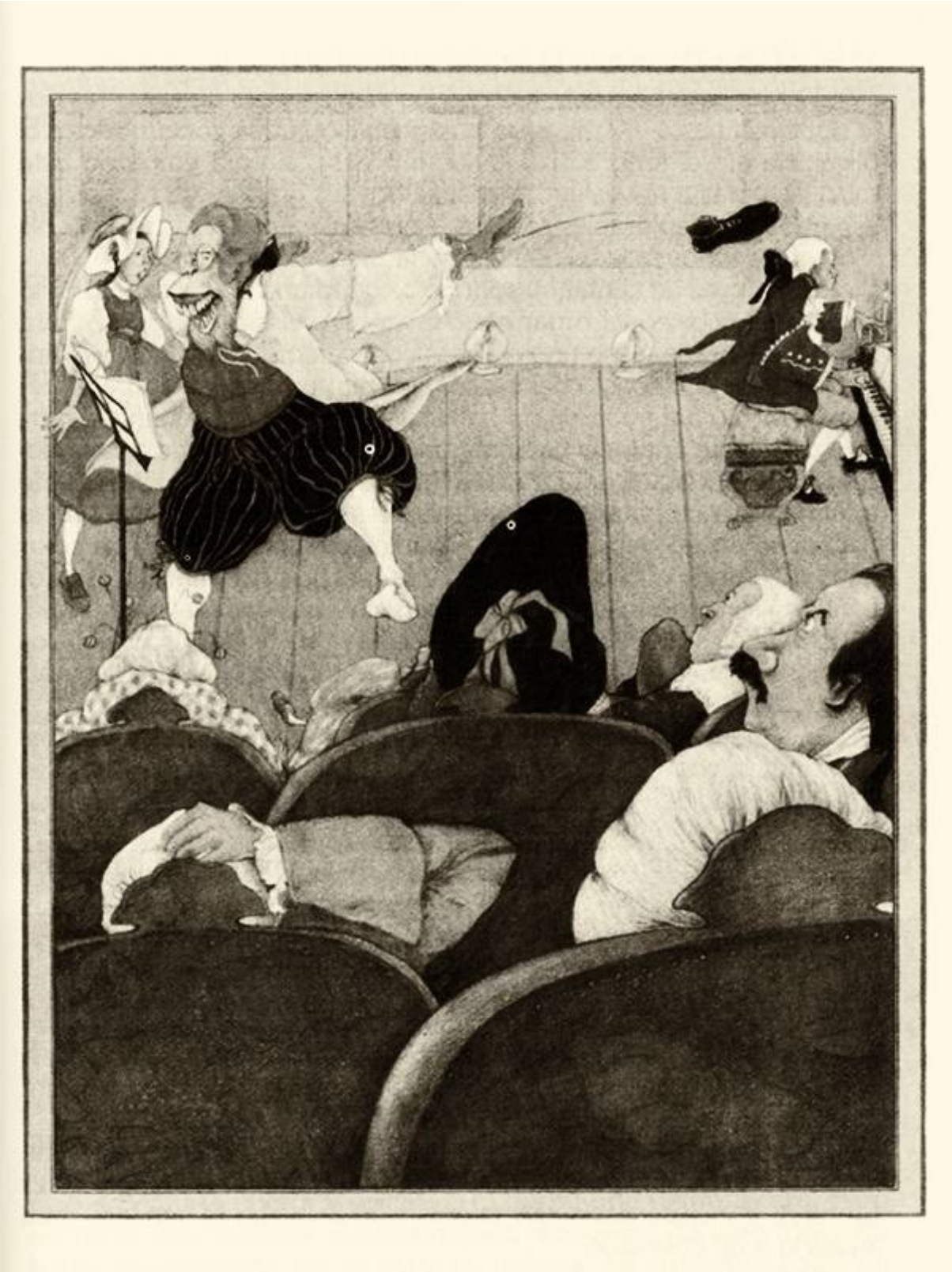
No es de extrañar que todos estuvieran muy impacientes por escuchar la interpretación del dueto. Comenzó la segunda parte; los músicos habían tocado un poco, y el alcalde se dirigió con su hija hacia el joven, le tendió la partitura y dijo:

—¡Mesié! ¿Tendría a bien cantar ahora el dueto?

El joven se echó a reír, rechinó los dientes y dio un salto; los dos le siguieron hasta el atril, ante la expectación de la concurrencia. El organista dio el tono e hizo al sobrino la señal para empezar. Éste miró las notas a través de los cristales de sus grandes gafas y emitió espantosos y deplorables sonidos. Pero el organista le gritó:

—¡Dos tonos más bajo, excelencia, tiene que cantar do!

Pero en vez de cantar, el sobrino se quitó uno de los zapatos y lo arrojó a la cabeza del organista. Al ver esto el alcalde, pensó para sí: «¡Ah, ahora le viene uno de esos contratiempos físicos!». Se dirigió rápido a él, le cogió del cuello y le soltó un poco la corbata, pero el remedio fue peor: ya no hablaba alemán, sino una lengua muy rara que nadie entendía y daba grandes saltos. El alcalde estaba desesperado por aquel desagradable incidente, así que decidió soltarle totalmente la corbata, pues debía molestarle algo. Apenas lo había hecho, se quedó petrificado de espanto: en lugar de piel con color humano, cubría el cuello del joven una piel de color marrón oscuro; continuó saltando más alto y de modo aún más extravagante, se llevó los guantes de cabritilla a los cabellos, tiró y, ¡oh prodigio!, los hermosos cabellos eran una peluca que le tiró a la cara al alcalde, apareciendo su cabeza con la misma piel marrón del cuello.



Se sentó en mesas y bancos, derribó los atriles, pisó los violines y clarinetes, con aspecto de loco.

—¡Agarradlo! —decía el alcalde fuera de sí—. ¡Agarradlo, que ha enloquecido!

Pero no era tarea sencilla, pues se había quitado los guantes y mostraba unas uñas con las que hacía espantosos arañazos en la cara de la gente. Por fin consiguió dominarlo un valeroso cazador; le ató los largos brazos, aunque seguía pataleando con los pies, y riendo y gritando con voz ronca. La gente se congregó alrededor y contemplaban al extraño joven, que no parecía para nada un ser humano. Un erudito que vivía cerca de Grünwiesel y que poseía una gran colección con toda clase de animales disecados se acercó, examinándolo con atención, y exclamó lleno de asombro:

—¡Dios mío, damas y caballeros! ¿Pero cómo traen a este animal a tan distinguida reunión? Es un mono, el *Homo Troglodytes Linnaei*, e incluso daría seis táleros por él, si me lo venden, para añadirlo a mi colección.

¿Quién sería capaz de describir el asombro de los habitantes de Grünwiesel al oír esto?

—¿Cómo? ¿Un mono, un orangután en nuestra reunión? ¿El joven forastero un vulgar mono? —exclamaban mirándose como pasmados por la sorpresa.

No lo querían creer, no daban crédito a sus oídos; los hombres lo miraron más detenidamente, pero, en efecto, era y seguía siendo un simple mono.

—¿Pero cómo es posible? —exclamó la señora alcaldesa—. ¿No me ha leído a menudo sus poesías? ¿No ha venido a comer a mi casa, como cualquier otra persona?

—¿Qué? —exclamaba enfurecida la esposa del médico—. ¿Cómo? ¿No ha tomado café muchas veces en mi casa, hablando doctamente con mi marido y fumando?

—¿Cómo es posible? —exclamaban los hombres—. ¿Acaso no ha jugado con nosotros a los bolos en la bolera del monte y ha discutido sobre política como uno más?

—¿Pero cómo? —se quejaban todos ellos—. ¿No ha participado incluso en nuestros bailes? ¡Un mono! ¿Un mono? ¡Es prodigioso, es magia!

—Sí, es magia y cosa del demonio —dijo el alcalde, recogiendo la corbata del sobrino, o del mono—. Mirad, aquí está todo el encantamiento que lo hacía apreciable a nuestros ojos: hay una amplia tira de pergamino, con toda clase de extraños signos. Creo que es latín. ¿Nadie sabe traducirlo?

El párroco, un hombre culto, que con frecuencia había perdido partidas de ajedrez con el mono, se acercó, leyó el pergamino y dijo:

—Sólo son letras latinas y dice: «El . mono . es . muy . gracioso . sobre . todo . cuando . come . la . manzana». Sí, sí, es un engaño demoníaco, una especie de hechicería —continuó— y debe recibir un castigo ejemplar.

El alcalde era de la misma opinión y se encaminó de inmediato a la casa del forastero, que debía ser un hechicero, y seis guardias llevaban al mono; había que interrogar enseguida al forastero.

Llegaron a la casa solitaria, acompañados de gran cantidad de gente, pues todos querían ver cuál era el desenlace del asunto. En vano llamaron a la puerta: nadie aparecía. En su cólera, el alcalde hizo derribar la puerta y se dirigió al dormitorio del forastero, pero allí no se veía más que el desvencijado mobiliario. El viejo forastero había desaparecido. En su mesa de trabajo, sin embargo, había un gran sobre lacrado, dirigido al alcalde, que éste abrió. Leyó:

Mis queridos grünwieselenses:

Cuando leáis esto, ya no estaré en vuestra ciudad y ya hará tiempo que habréis averiguado la naturaleza y la procedencia de mi sobrino. Tomad la broma que me he permitido gastaros como una buena enseñanza para no forzar a entrar en vuestra sociedad a un extranjero que quiere vivir independiente. Yo me siento demasiado viejo para participar de vuestro eterno parloteo, de vuestras malas costumbres y de vuestra ridícula mentalidad. Por eso amaestré a un joven orangután, al que, como representante mío, habéis tomado tanta simpatía. Buena suerte y aprovechad la lección como podáis.

Los habitantes de Grünwiesel se sintieron no poco avergonzados ante todo el país; su consuelo fue que todo aquello había sucedido por medios no naturales. Los que estaban más avergonzados eran los jóvenes por haber imitado las malas costumbres y hábitos del mono. Desde entonces ya no se sentaban apoyándose en los codos, ni se balanceaban en la silla, se callaban hasta que se les preguntaba, prescindieron de las gafas y volvieron a ser obedientes y modosos como antes. Y si alguno volvía a caer en aquellas costumbres ridículas, los de Grünwiesel decían:

—¡Es un mono!

Pero el mono, que había interpretado tanto tiempo el papel de un joven, fue confiado al erudito que poseía una colección de animales, plantas y minerales; éste lo conservó en el patio de su casa, le daba de comer y lo mostraba como curiosidad a todos los forasteros, y todavía hoy puede vérsele.

Se oyó una carcajada en la sala cuando el esclavo hubo terminado. También rieron los jóvenes.

—Debe haber gente extraña entre esos francos, y ciertamente prefiero estar junto al jeque y al muftí, en Alejandría, que en Grünwiesel, en compañía del párroco, el alcalde y las chifladas de sus mujeres.

—Sin duda tienes razón —respondió el joven comerciante—; en Frankistán no me gustaría estar ni muerto. Los francos son un pueblo rudo, salvaje y bárbaro, y para un turco o un persa culto sería horrible vivir allá.

—Pronto lo vais a oír —aseguró el anciano—. Por lo que me ha dicho el veedor de esclavos, ese bello joven de allí va a contar muchas cosas de Frankistán, pues permaneció allá mucho tiempo, pero es musulmán de nacimiento.

—¿Aquel que está sentado al final de la fila? Verdaderamente, es un pecado que el jeque lo libere. Es el esclavo más hermoso de todo el país; mira ese rostro valeroso, esa mirada inteligente, esa hermosa figura. Puede hacer para él tratos ventajosos, puede servirle de mosqueador o portador de la pipa; desempeñar esa tarea es un entretenimiento y es cierto que un esclavo así es el prestigio de toda una casa. ¿Y sólo después de tres días de tenerlo lo va a liberar? ¡Es absurdo, es un pecado!

—¡No lo censuréis, es el más sabio de todos los egipcios! —dijo el anciano con énfasis—. Ya os dije que lo manumite porque cree ganar con ello la bendición de Alá. Decís que es hermoso y bien constituido, y decís verdad. Pero el hijo del jeque, a quien ojalá el profeta devuelva a la casa paterna, era un bello joven y ahora será grande y bien formado. ¿Va a ahorrar oro y soltar a un esclavo deforme y raquítico, con la esperanza de recibir a cambio a su hijo? En la vida, el que quiere hacer algo, o lo hace bien o no lo hace.

—Y mirad, los ojos del jeque están puestos siempre en ese esclavo. Lo he observado durante toda la tarde. Mientras hablaban, su mirada se dirigía a menudo hacia él y se detenía en los nobles rasgos del liberado. Debe dolerle un poco perderlo.

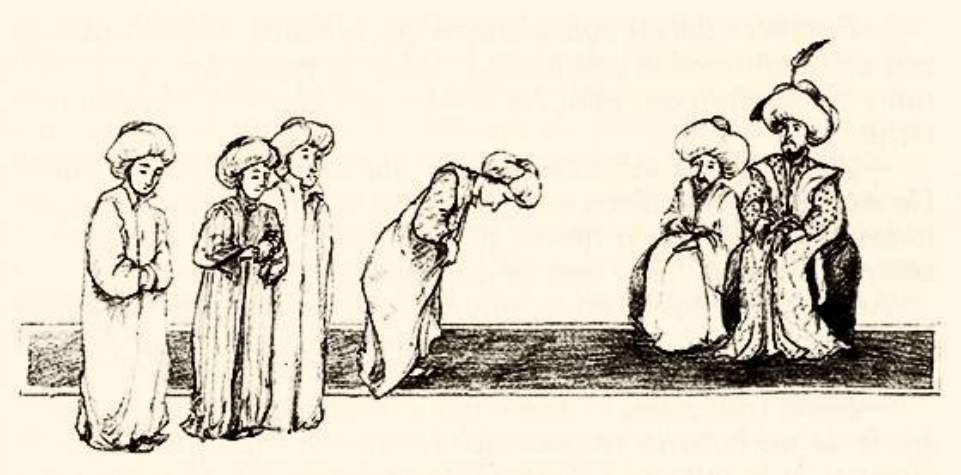
—¡No pienses eso de este hombre! ¿Crees que le pueden doler mil tomanes[56] *a él, que gana cada día el triple? —dijo el anciano—. Si su mirada se detiene con pesar en el joven, es porque piensa en su hijo, que se consume lejos; piensa que tal vez exista un hombre compasivo que lo libere y lo envíe de vuelta con su padre.*

—Debéis tener razón —respondió el joven comerciante— y me avergüenzo de pensar sobre la gente sólo lo más común y menos noble, mientras que vos preferís suponer una noble intención. Y sin embargo, la gente es mala en general, ¿no lo habéis comprobado?

—Precisamente porque no lo he comprobado, me gusta pensar bien de las personas —respondió el anciano—; me ha sucedido como a vosotros: en la vida oí muchas cosas malas de la gente, hube de sufrir en mi persona mucha maldad y comencé a considerar a todos los seres humanos criaturas malvadas. Sin embargo, caí en la cuenta de que Alá, que es tan justo como sabio, no podía tolerar que un linaje tan despreciable habitara la hermosa tierra. Reflexioné sobre lo que había visto, sobre lo que había experimentado y, fijaos, sólo había tenido en cuenta lo malo y había olvidado lo bueno. No había prestado atención si alguien realizaba una obra de misericordia, había encontrado natural que familias enteras vivieran en la virtud y en la justicia; pero en cuanto oía algo malo, lo guardaba en el recuerdo. Entonces comencé a mirar a mi alrededor con otros ojos; me alegraba al ver surgir el bien no tan escasamente como al principio pensaba, advertí menos lo malo o no me llamó tanto la atención. Y así aprendí a amar a los seres humanos, aprendí a pensar bien de ellos, y en muchos años me he equivocado menos veces al hablar bien de uno que al tenerlo por avaro, indecente o impío.

En ese momento, el anciano fue interrumpido por el veedor de esclavos, que se le acercó y le dijo:

—Mi señor, el jeque de Alejandría, Alí Banu, ha advertido con agrado vuestra presencia en la sala y os invita a acercaros y sentaros junto a él.



Los jóvenes se quedaron un poco admirados del honor que iba a recibir el anciano, a quien ellos tenían por un mendigo; cuando se levantó a sentarse junto al jeque, llamaron al guardián de los esclavos y el escritor le preguntó:

—Por las barbas del profeta, te pido que nos digas quién es ese anciano con el que hablábamos y al que el jeque honra así.

—¿Cómo? —exclamó el veedor de esclavos, juntando las manos asombrado—. ¿No conocéis a ese hombre?

—No, no sabemos quién es.

—Pero os he visto alguna vez hablando con él en la calle, y mi señor, el jeque, también lo ha advertido y dijo el otro día que debíais ser jóvenes buenos y honrados para merecer hablar con este hombre.

—¡Pero dinos de una vez quién es! —exclamó el joven comerciante con la mayor impaciencia.

—Venga, no os hagáis los tontos —respondió el guardián de los esclavos —. A esta sala no llega nadie que no haya sido expresamente invitado, y hoy el anciano hizo decir al jeque que vendría con unos jóvenes, si no tenía inconveniente, y Alí Banu le respondió que podía disponer de su casa.

—No nos tengáis más tiempo en la ignorancia; tan cierto como que estoy vivo es que no sé quién es este hombre. Lo hemos conocido por casualidad en la calle y hablamos con él.

—Entonces debéis consideraros afortunados: habéis hablado con un hombre sabio y famoso, y todos los presentes os consideran y os admiran por ello. No es otro que Mustafá, el sabio derviche.

—¡Mustafá! ¿El sabio Mustafá, el que educó al hijo del jeque? Ha escrito muchos libros excelentes, ha hecho muchos viajes por todos los países de la tierra. ¿Con Mustafá hemos hablado? Y además, como si fuera uno de nosotros, con toda sencillez.

Así hablaron los jóvenes, muy avergonzados, pues el derviche Mustafá pasaba por ser el hombre más sabio e instruido de todo Oriente.

—Estad tranquilos —respondió el veedor de esclavos—, alegraos de no haberlo reconocido. No puede soportar que se le elogie y, si lo hubierais llamado una sola vez sol de sabiduría o astro de la ciencia, como es usual con hombres de esta clase, os hubiera dejado de inmediato. Pero ahora tengo que volver con los narradores de hoy. El que viene ahora es natural de Frankistán, veamos lo que sabe.

Así habló el veedor; el hombre al que le había llegado el turno, se levantó y dijo:

—¡Señor! Soy de un país del Norte muy lejano, al que llaman Noruega, donde el sol no hace madurar higos y limones, como en tu bendita tierra, donde sólo unas cuantas lunas iluminan la tierra verde y se recogen escasos frutos. Si te es grato, escucha unos cuentos como los que se narran al calor de la lumbre, cuando el sol de medianoche brilla fuera sobre los campos nevados.

(En la edición original de 1827 figuran en este lugar los cuentos de «La fiesta de los infiernos» y «Blancanieves y Rosarroja», de Wilhelm Grimm).

Aún hablaban los jóvenes sobre estos cuentos y sobre el anciano, el derviche Mustafá. Se sentían no poco honrados de que un hombre tan anciano y notable se hubiera dignado dedicarles su atención e incluso hubiera hablado y discutido varias veces con ellos. En esto, se les acercó el veedor de esclavos y los invitó a ir junto al jeque, que quería hablarles. El corazón empezó a latirles. Nunca habían hablado con un hombre tan distinguido, ni solos ni mucho menos ante tal concurrencia. Sin embargo, se serenaron para no parecer unos atolondrados y acompañaron al veedor. Alí Banu estaba sentado en un lujoso cojín y bebía su sorbete. A su derecha se hallaba el anciano; su modesto traje descansaba sobre ricos cojines y había colocado sus pobres sandalias sobre una espléndida alfombra de bordado persa, pero su noble cabeza y su mirada llena de dignidad e inteligencia indicaban que era digno de sentarse junto a un hombre como el jeque.

El jeque estaba muy serio, y el anciano parecía darle ánimos y consuelo. Los jóvenes creyeron descubrir en la llamada a presencia del jeque un ardid del anciano, que probablemente quería distraer con su conversación al dolorido padre.

—Bienvenidos seáis, jóvenes, a la casa de Alí Banu —dijo el jeque—. Mi viejo amigo ha solicitado el favor de introduciros aquí, pero me irrita un

poco que no os haya presentado antes a mí. ¿Quién de vosotros es el joven escritor?

—Yo, señor, y para serviros —dijo éste cruzando los brazos sobre el pecho y haciendo una profunda reverencia.

—Entonces, os gusta mucho escuchar relatos y leer libros con hermosos versos y sentencias.

El joven se sobresaltó y enrojeció recordando cómo había criticado al jeque hablando con el anciano y había dicho que él en su lugar haría que le cantaran o le leyeran relatos. En aquel instante estaba muy enfadado con el charlatán del anciano, quien sin duda había contado todo al jeque; le lanzó una mirada aviesa y dijo:

—¡Oh, señor! En verdad no conozco ocupación más grata para mí que dedicar el día entero a ello. Educa el espíritu y hace pasar el tiempo. Pero cada uno a su gusto, no censuro a nadie que no…

—Está bien, está bien —le interrumpió el jeque con una sonrisa y se dirigió al segundo, preguntándole quién era.

—Señor, trabajo como auxiliar de un médico y ya he tratado yo mismo a algunos pacientes.

—¡Ah, y sois el que ama la buena vida! —dijo el jeque. De cuando en cuando os complace compartir con buenos amigos la mesa y las cosas gratas. ¿No es verdad que acierto?

El joven estaba abochornado, se sentía traicionado porque el anciano debía haber charlado también sobre él con el jeque. Pero se recobró y dijo:

—¡Oh, sí, señor! Cuento entre los placeres de la vida el poder estar alegremente con buenos amigos. Mi fortuna no alcanza más que para obsequiar a mis amigos con sandía u otras cosas baratas, pero estamos satisfechos y podría pensarse que en cierta medida lo estaríamos más si tuviera más dinero.

Al jeque le gustó esta contestación enérgica y no pudo evitar reírse.

—¿Quién es el joven comerciante? —preguntó luego.

Éste se inclinó ante el jeque con ademán desenvuelto, pues era un hombre de esmerada educación. El jeque le dijo:

—¿Os gusta la música y la danza? ¿Os complace oír tocar o cantar algo a buenos artistas, o ver ejecutar artísticas danzas a los bailarines?

El joven comerciante respondió:

—Bien veo, señor, que el anciano os ha contado todas nuestras ilusiones para divertiros. Si ha logrado alegraros con ellas, me complace que se me haya gastado la broma. En lo que respecta a la música y la danza, no es fácil

que exista algo que alegre tanto mi corazón. Sin embargo, no creáis que os censuro, señor, si a vos no…

—¡Basta, no sigáis! —dijo el jeque, sonriendo y haciendo un ademán con la mano—. Cada uno a su gusto, ibais a decir; pero aquí está el otro: ¿Sois el que tiene tanta afición a viajar? ¿Qué sois, joven?

—Soy pintor, señor —respondió el joven—; pinto paisajes, unas veces en muros, otras en lienzo. Ver tierras extranjeras es ciertamente mi deseo, pues se contemplan allí todo tipo de hermosos paisajes que pueden recogerse. Y lo que se ve y se imita es en general más hermoso que lo que uno mismo inventa.

El jeque contempló a los amables jóvenes y su mirada se hizo más grave y sombría.

—Yo también tuve un hijo muy querido que ahora sería de vuestra edad —dijo—. Podríais ser sus compañeros y amigos, y todos vuestros deseos se cumplirían. Con aquél leería, con ése escucharía música, con éste invitaría a sus amigos y gozarían contentos de las cosas gratas, y con el pintor le enviaría a hermosos países y estaría seguro de que volvería otra vez conmigo. Pero Alá no lo ha querido así y me pliego a su voluntad sin queja. Sin embargo, está en mi mano cumplir vuestros deseos y debéis salir con el corazón alegre de la casa de Alí Banu. Vos, mi sabio amigo, viviréis a partir de ahora en mi casa y dispondréis de mis libros —continuó, volviéndose hacia el escritor—. Podéis comprar los que queráis y consideréis buenos, y vuestra única tarea será, cuando hayáis leído algo verdaderamente hermoso, contármelo. Vos, que gustáis de disfrutar de la buena mesa con los amigos, seréis el encargado de mis diversiones. Yo vivo solo y sin alegría, pero mi deber y mi cargo requieren invitar de vez en cuando a numerosos huéspedes. Os ocuparéis por mí de organizar todo y podréis invitar también a quien queráis de vuestros amigos: se entiende que a algo mejor que sandía. Al joven comerciante es evidente que no voy a arrancarlo de su negocio, que le proporciona dinero y estima; pero todas las noches estarán a vuestra disposición, mi joven amigo, bailarines, cantores y músicos, tantos como queráis. Haced que canten y bailen para vos según vuestro deseo. Y vos —dijo al pintor— debéis visitar países extranjeros y aguzar vuestra vista con esta experiencia. Para el primer viaje, que podéis emprender mañana mismo, mi tesoro os proporcionará mil monedas de oro, junto con dos caballos y un esclavo. Viajad a donde os lleve vuestro deseo y, cuando veáis algo hermoso, pintadlo para mí.

Los jóvenes estaban fuera de sí de asombro, mudos de alegría y gratitud. Querían besar el suelo bajo los pies de su bienhechor, pero éste no se lo

permitió.

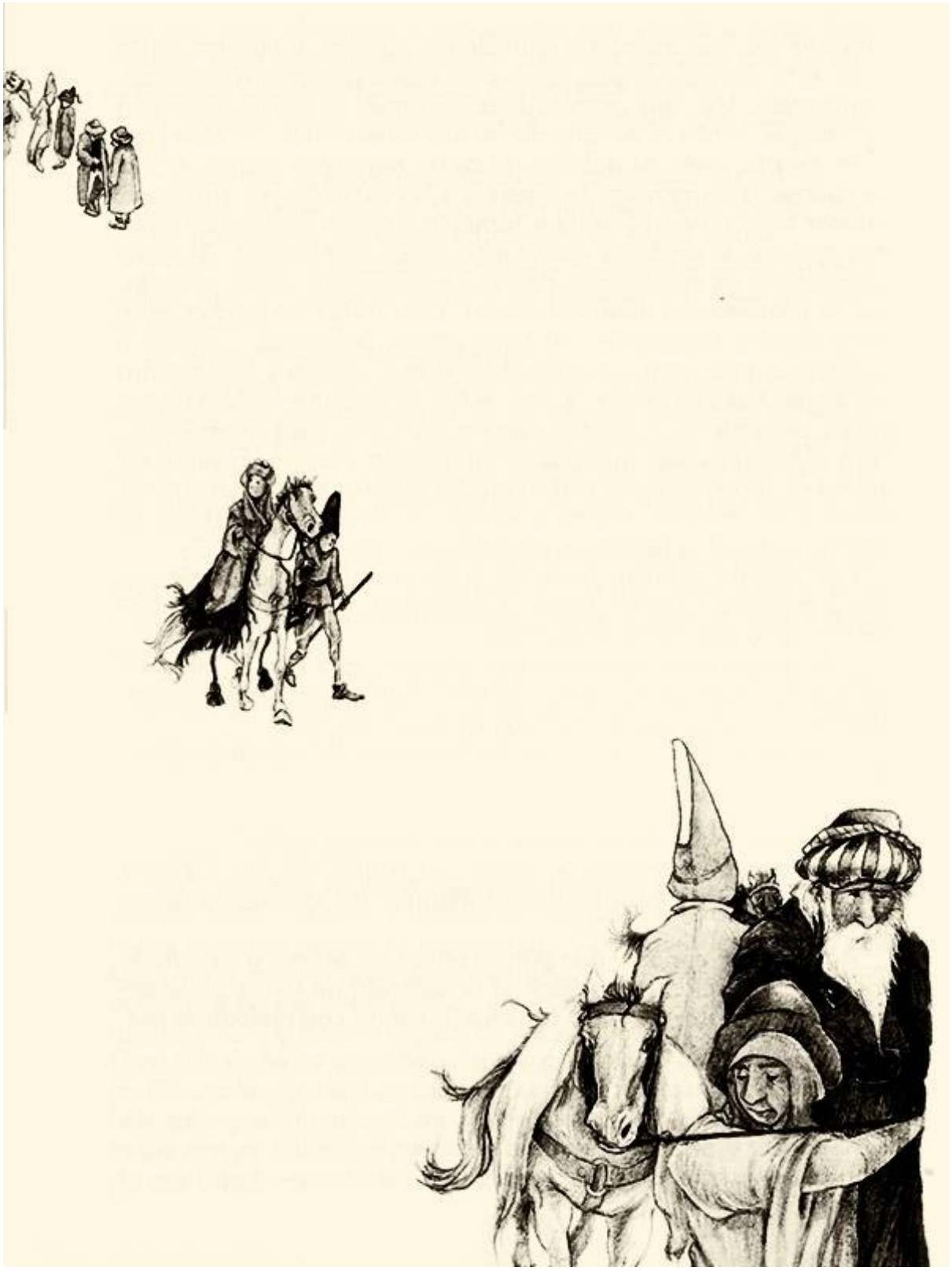
—Si debéis estar agradecidos a alguien, es a este hombre sabio que me habló de vosotros —dijo—. También a mi me ha complacido conocer a cuatro valiosos jóvenes como sois.

El derviche Mustafá rehusó las muestras de agradecimiento de los jóvenes.

—Ved cómo nunca se puede juzgar con precipitación —dijo—. ¿Acaso os he elogiado en exceso a este hombre noble?

—Escuchemos todavía el relato del último de mis esclavos hoy liberados —lo interrumpió Alí Banu, y los jóvenes volvieron a su lugar.

Aquel joven esclavo, que por su porte, su belleza y su mirada noble había atraído tanto hacia sí la atención de todos, se levantó, se inclinó ante el jeque y comenzó a hablar con melodiosa voz.



Historia de Almanzor

¡Oh señor! Los hombres que han hablado antes que yo han narrado toda clase de historias que habían oído en tierras extrañas. He de decir con sonrojo que no conozco ni una sola que merezca vuestra atención. Sin embargo, si no os aburre, voy a contaros el asombroso destino de uno de mis amigos.

En aquel barco pirata argelino, del que fui liberado por vuestra bondadosa mano, había un joven de mi edad, que no me parecía nacido para llevar el traje de esclavo que llevaba. Los demás desdichados del barco eran gentes rudas, con las que yo no podía tratar, o gente cuya lengua no entendía. Por ello, en cuanto teníamos un ratillo libre, me gustaba estar con el joven. Se llamaba Almanzor y, por su acento, era egipcio. Conversábamos muy a gusto y llegamos un día hasta contarnos nuestra historia: la de mi amigo era mucho más asombrosa que la mía.

El padre de Almanzor era un hombre distinguido de una ciudad egipcia cuyo nombre no me dijo. Durante su niñez vivió contento y feliz, rodeado de todo el lujo y la comodidad del mundo. No fue, sin embargo, educado en la molicie, y su espíritu maduró pronto, pues su padre era un hombre sabio que le enseñó la virtud; además, tuvo por maestro a un famoso erudito, que le enseñó todo lo que ha de saber un joven. Almanzor tenía alrededor de diez años cuando los francos llegaron por mar a su tierra e iniciaron la guerra con los suyos.

El padre del muchacho no debió de ser muy favorable a los francos, pues un día, cuando acudía a la oración matinal, llegaron exigiendo como rehén a su esposa en prenda de su fidelidad y, como se negó, se llevaron al hijo a su campamento.

Mientras el joven decía esto, el jeque ocultó su rostro, y en la sala se produjo un murmullo de protesta.

—¿Cómo puede obrar tan neciamente ese joven —exclamaban los amigos del jeque—, ahondando con una historia así en la herida de Alí Banu, en lugar de aplacarla? ¿Cómo puede renovar su dolor en lugar de distraerle?

El propio veedor de esclavos estaba lleno de ira contra el desvergonzado muchacho y le ordenó callar. Pero el joven esclavo estaba muy sorprendido por todo aquello y preguntó al jeque si había en su relato algo que le había disgustado. Ante estas palabras, el jeque se levantó y dijo:

—Estad tranquilos, amigos míos. ¿Cómo puede este jovencito saber algo de mi triste destino, si apenas lleva tres días bajo este techo? Entre los desastres que los francos produjeron, ¿no puede haber una desgracia semejante a la mía, no puede ser incluso que ese Almanzor…? ¡Pero sigue contando, mi joven amigo!

El esclavo hizo una reverencia y continuó:

Almanzor fue llevado al campamento franco. En general, le fue bien allí, pues uno de los generales le hizo ir a su tienda y se divertía con las respuestas del muchacho, que debía traducirle un dragomán[57]; se ocupó de que no le faltara nada en las comidas ni en el vestido. Sin embargo, el niño se sentía muy desgraciado, echaba de menos a su padre y a su madre. Lloró durante muchos días, pero sus lágrimas no conmovieron a aquellos hombres. Se levantó el campamento, y Almanzor creyó entonces poder volver a casa. Pero no fue así. El ejército se trasladó de un lado para otro, luchó contra los mamelucos, llevando siempre al joven Almanzor. Cuando rogaba a los jefes y generales que le dejaran regresar a casa, se negaban y le decían que debía ser garantía de la fidelidad de su padre. Así estuvo mucho tiempo en marcha con el ejército.

Pero un día se produjo un movimiento inesperado entre la tropa, cosa que no pasó inadvertida al muchacho; se habló de recoger, de retirarse, de embarcar, y Almanzor estaba fuera de sí de gozo: cuando los francos volvieran a su patria, podría al fin quedar libre. Con los carros y los animales, se retiraron hacia la costa hasta que se llegaron a ver los barcos anclados. Los soldados se embarcaban, pero se hizo de noche y sólo estaba en las naves una parte pequeña. Aunque hubiera querido estar despierto, porque creía que lo liberarían en cualquier momento, acabó por caer en un profundo sueño, pues cree que los francos le mezclaron algo con el agua para dormirle. Al

despertar, brillaba la luz del día en una pequeña cámara en la que no estaba cuando se durmió. Se levantó de un salto, pero al apoyarse en el suelo cayó: el piso oscilaba una y otra vez, y le pareció que todo se movía y bailaba a su alrededor. Se levantó sujetándose a las paredes para salir de la estancia donde se encontraba.

Había un estrépito y un silbido especial; no sabía si estaba dormido o despierto, pues nunca había visto ni oído nada semejante. Al fin alcanzó una escalerilla, la subió con dificultad y ¡qué horror sintió! Alrededor no había más que cielo y mar: se encontraba en un barco. Comenzó a llorar desconsoladamente. Quería que le devolvieran a tierra, quería arrojarse al mar y nadar hasta su patria; pero los francos le sujetaron y uno de sus jefes le mandó llamar. Le prometió que, si era obediente, volvería pronto a su patria y le explicó que no había sido posible llevarlo a casa desde tierra y, si le permitían regresar, moriría miserablemente.

Los que no cumplieron su palabra fueron los francos, porque el barco siguió navegando varios días, y cuando tocó tierra, no estaban en la costa egipcia, sino en Frankistán. Durante el largo viaje e incluso antes, en el campamento, Almanzor aprendió y hablaba un poco la lengua de los francos, lo cual le resultó muy útil en aquel país donde nadie sabía la suya. Durante varios días fue llevado hacia el interior atravesando el país, y en todas partes se agolpaba la gente para verlo, pues sus acompañantes decían que era hijo del rey de Egipto, que le había enviado a Frankistán para aprender.

Los soldados decían eso para hacer creer al pueblo que habían vencido a los egipcios y que estaban en paz con el país**[58]**. Después de varias jornadas de camino, llegaron a una gran ciudad, meta de su viaje. Allí lo encomendaron a un médico, que lo llevó a su casa y le instruyó en todos los usos y costumbres de Frankistán.

En primer lugar, tenía que llevar los trajes de los francos, que eran muy estrechos y escasos, y mucho menos vistosos que los suyos de Egipto. Ya no debía hacer su reverencia cruzando los brazos: si quería demostrar respeto a alguien, con una mano había de quitarse de la cabeza el horrible sombrero de fieltro negro, que todos los hombres llevaban y que también a él le habían colocado, y con la otra debía dirigirse a un lado y arrastrar el pie derecho. Tampoco debía sentarse con las piernas cruzadas, como es la grata costumbre del Oriente, sino en sillas de patas altas y dejando reposar los pies en el suelo. La comida le causaba no poca dificultad, pues todo lo que quería llevarse a la boca tenía que ponerlo antes en una cuchara de hierro.

El médico era un hombre estricto y malo que atormentaba al muchacho. Si alguna vez se olvidaba y decía a una visita *Salem aleikum*, lo golpeaba con el bastón: lo que tenía que decir era *Votre serviteu*[59]. Ya no podía pensar, hablar o escribir en su lengua, a lo sumo soñar, y tal vez lo habría olvidado si no hubiera vivido en aquella ciudad un hombre que le sirvió de gran ayuda.

Era un hombre viejo, pero muy instruido, que entendía muchas lenguas de Oriente, árabe, persa, copto e incluso chino, un poco de cada una. En aquella tierra pasaba por ser un prodigio de sabiduría y le pagaban mucho dinero por enseñar esas lenguas a otros. Este hombre le hacía ir a su casa alguna vez a la semana, le obsequiaba con frutos exóticos o cosas por el estilo, y el muchacho se sentía como si estuviera en su país. Era un hombre bastante particular: había mandado hacer para Almanzor trajes como los que llevaba en Egipto la gente distinguida y los guardaba en su casa en una habitación especial. En cuanto Almanzor llegaba, le enviaba a dicha habitación con un servidor y hacía que lo vistiera según la costumbre de su país. Entonces entraban en la «pequeña Arabia», que era como llamaban a una sala de la casa del sabio.

La sala estaba adornada con toda clase de árboles, como palmeras, bambúes, cedros jóvenes y otros por el estilo, y con flores que sólo crecen en Oriente. En el suelo había alfombras persas y junto a las paredes había divanes, pero nunca un sillón o una mesa. El viejo profesor se sentaba en un cojín y su aspecto era muy distinto del habitual; llevaba en la cabeza un fino chal turco dispuesto como turbante, se ponía una barba postiza y gris que le llegaba hasta la cintura y que parecía la respetable barba de un hombre importante. Llevaba un traje largo, que le habían hecho de una bata brocada, amplios pantalones turcos, babuchas amarillas y, aunque era habitualmente muy pacífico, esos días ceñía un sable turco y en el cinto llevaba envainado un puñal adornado con piedras falsas. Fumaba en una larga pipa de dos varas y le servían sus criados ataviados asimismo con trajes persas; la mitad de ellos llevaban las manos y el rostro pintados de negro.

Al principio, todo esto le resultaba muy extraño al joven Almanzor, pero pronto comprobó que, si se adaptaba a las ideas del anciano, estas horas le eran muy útiles. Si en casa del doctor no podía hablar ni una palabra de su lengua, aquí la prohibida era la lengua franca. Al entrar, Almanzor tenía que pronunciar el saludo de la paz, al que el viejo persa respondía con toda solemnidad; luego indicaba al joven que se sentara a su lado y comenzaba a hablar persa, árabe, copto y todas las demás lenguas una tras otra: llamaba a esto una conversación oriental culta. Junto a él estaba un servidor o, lo que representaba esos días, un esclavo, que sostenía un voluminoso libro; el libro

era un diccionario, y cuando el anciano no sabía alguna palabra, indicaba al esclavo que buscara de inmediato lo que trataba de decir y continuaba hablando.

Los esclavos traían en vajilla turca sorbete y cosas por el estilo, y si Almanzor quería dar una gran satisfacción al anciano, había de decir que todo estaba servido como en Oriente. Almanzor leía muy bien persa y eso era para el anciano lo más importante. Tenía muchos manuscritos persas, que hacía que el muchacho le leyera; luego leía él con atención y de este modo aprendía la pronunciación correcta.

Ésos eran los días buenos del pobre Almanzor, pues el viejo profesor no le dejaba nunca ir sin regalos y a menudo se llevaba costosas dádivas de dinero o ropas u otras cosas necesarias que el médico no le proporcionaba. Así vivió algunos años Almanzor en la capital de la tierra de los francos y jamás disminuyó la nostalgia de su patria. Cuando tenía alrededor de quince años, ocurrió un suceso que tuvo gran influencia en su destino.

Y fue que los francos eligieron como su rey y señor al primer general de sus ejércitos, el mismo con el que Almanzor había hablado tantas veces en Egipto. Almanzor lo supo y dedujo por las grandes fiestas que había sucedido algo así en la gran ciudad, pero ni se le pasó por la cabeza que el rey era el mismo al que había visto en Egipto, pues aquel general era aún un hombre muy joven. Caminaba un día Almanzor por uno de los puentes sobre el río que atraviesa la ciudad: vio a un hombre con el traje de un simple soldado que contemplaba las olas apoyado en el pretil del puente. Le llamaron la atención sus rasgos y recordó haberlo visto antes. Repasó rápidamente los compartimientos de sus recuerdos y, cuando llegó a la puerta del compartimiento de Egipto, le vino a la memoria que aquel hombre era el general de los francos con el que había hablado a menudo en el campamento y que siempre se había ocupado de él afablemente. No conocía bien su nombre, pero se armó de valor, se le acercó y le llamó como le llamaban los soldados cuando hablaban entre ellos, diciendo con los brazos cruzados sobre el pecho, según la costumbre de su país:

—¡*Salem aleikum*, Petit Caporal**[60]**!

El hombre miró asombrado a su alrededor, contempló al jovencito con mirada severa, tratando de reconocerlo, y al fin dijo:

—¡Cielos! ¿Cómo es posible? ¿Tú aquí, Almanzor? ¿Cómo está tu padre? ¿Qué tal por Egipto? ¿Qué te trae por aquí?

Almanzor no pudo ya contenerse y comenzó a llorar amargamente, diciendo:

—¿No sabes lo que me han hecho los perros de tus paisanos, Petit Caporal? ¿No sabes que desde hace muchos años no he visto la tierra de mis padres?

—No quiero ni imaginarme que te hayan traído raptado —dijo frunciendo la frente.

—¡Ah, por supuesto! —respondió Almanzor—. El día en que vuestros soldados se embarcaron vi mi patria por última vez. Me llevaron con ellos, y un capitán, compadecido de mi desgracia, paga un pupilaje por mí a un maldito doctor, que me azota y me tiene muerto de hambre. Pero escucha, Petit Caporal —continuó con toda sinceridad—: es bueno que te haya encontrado aquí; tienes que ayudarme.

El hombre a quien así hablaba sonrió y le preguntó cómo podía ayudarle.

—Mira —dijo Almanzor—, no sería justo que quisiera pedirte algo; siempre fuiste muy bondadoso conmigo, pero sé que también eres pobre y, aunque eras general, nunca ibas tan bien vestido como los demás; a juzgar por

tu chaqueta y tu sombrero, tampoco debes estar ahora en la mejor situación. Pero los francos han elegido hace poco a un sultán y sin duda conoces a gente que puede acercarse a él, como su agá, el efendi o su pachá, ¿no es así?

—Sí, bueno —respondió el hombre—, ¿pero qué más?

—Podrías hablarles en mi favor, Petit Caporal, para que pidan al sultán de los francos que me deje libre; luego necesitaría algo de dinero para el viaje, pero tienes que prometerme no decir nada ni al médico ni al profesor de árabe.

—¿Y quién es el profesor de árabe?

—¡Ah, es un hombre raro! Pero te hablaré de él otra vez. Si lo oyeran los dos, no podría irme de Frankistán. ¿Querrás hablar en mi favor a los agás? ¡Dímelo francamente!

—Ven conmigo —dijo el hombre—, tal vez pueda serte útil ahora mismo.

—¿Ahora? —dijo el joven asustado—. Ahora no voy por nada del mundo: el doctor me azotaría. He de darme prisa para llegar a casa.

—¿Qué llevas en ese cesto? —le preguntó reteniéndolo.

Almanzor se sonrojó y al principio no quería mostrárselo, pero al fin le dijo:

—Mira, Petit Caporal, tengo que hacer servicios como el más bajo de los esclavos de mi padre. El médico es un hombre avaro y me envía cada día al mercado de las verduras y el pescado, a una hora de nuestra casa, y allí tengo que hacer las compras, entre sucias verduleras, porque vale unas monedillas de cobre más barato que en nuestro barrio. Mira, por este miserable arenque, esta pieza de lechuga y este pedacito de mantequilla tengo que caminar todos los días dos horas. ¡Ah, si mi padre lo supiera…!

El hombre a quien Almanzor decía esto estaba conmovido por la desgracia del muchacho y respondió:

—Ven conmigo y tranquilízate; el doctor no podrá hacerte nada aunque no tenga hoy ni arenques ni ensalada. Anímate y ven.

Diciendo estas palabras, tomó a Almanzor de la mano y lo llevó con él. A pesar de latirle el corazón al pensar en el doctor, había tanta seguridad en las palabras y la actitud del hombre, que se decidió a seguirle. Con el cesto bajo el brazo, recorrió muchas calles junto al soldado. Le pareció extraño que toda la gente se descubriera a su paso, se detuviera y lo mirara. Así lo hizo notar a su compañero, pero éste sonrió y no hizo comentario alguno.

Al fin llegaron a un espléndido palacio, al que el hombre se dirigió.

—¿Vives aquí, Petit Caporal? —preguntó Almanzor.

—Aquí está mi casa —respondió— y quiero presentarte a mi mujer.

—¡Eh, qué bien vives! —continuó Almanzor—. Seguro que el sultán te da alojamiento aquí.

—Esta vivienda la he recibido del emperador, cierto —le respondió el acompañante entrando en el palacio.

Allí subieron por una gran escalera, y en una hermosa sala le dijo que dejara su cesto; entró luego con él en una lujosa estancia donde había una mujer sentada en un diván. El hombre le habló en una lengua desconocida, riendo los dos un poco, y la mujer preguntó a Almanzor en la lengua de los francos muchas cosas sobre Egipto. Al cabo, Petit Caporal dijo al muchacho:

—¿Sabes qué va a ser lo mejor? Te voy a presentar ahora mismo al emperador y voy a hablar en tu favor.

Almanzor se asustó mucho, pero pensó en su desesperación y en su patria y dijo:

—Al desgraciado —les dijo a ambos— le presta Alá un gran coraje en la hora de la necesidad, y tampoco me abandonará a mí, un pobre muchacho. Pero dime, Caporal, ¿tengo que postrarme ante él, tengo que tocar el suelo con la frente, o qué debo hacer?

Los dos rieron otra vez y le aseguraron que todo aquello no era necesario.

—¿Tiene un aspecto imponente y majestuoso el sultán? —siguió preguntando—. ¿Tiene barba larga, tiene una mirada centelleante? Dime qué aspecto tiene.

Su acompañante se echó a reír otra vez y luego respondió:

—Mejor no te lo voy a describir, Almanzor: tú mismo vas a adivinar quién es. Sólo te indicaré como pista que todos en la sala del trono se quitan el sombrero en señal de respeto cuando el emperador está presente; el que conserve el sombrero, ése es el emperador.

Diciendo esto, le tomó de la mano y se dirigió a la sala del trono. Cuanto más se acercaban, más fuerte le latía el corazón, y las rodillas empezaron a temblarle al aproximarse a la puerta. Un servidor abrió la puerta: en un círculo había al menos treinta hombres, todos magníficamente vestidos y cubiertos de oro y estrellas, como en el país de los francos es costumbre de los más distinguidos agás y bajás de los reyes. Almanzor pensó que su acompañante, que estaba vestido de manera tan sencilla, debía ser el menos importante de ellos. Todos tenían la cabeza descubierta y Almanzor empezó a buscar a uno que tuviera el sombrero puesto, pues ése sería el emperador. Buscó en vano: todos tenían el sombrero en la mano, luego el emperador no debía de estar entre ellos. Su mirada se detuvo casualmente en el que le acompañaba y, ¡atención!, éste sí que tenía el sombrero en la cabeza.

El joven se quedó atónito, pasmado. Se le quedó mirando un tiempo y luego dijo, quitándose el sombrero:

—¡*Salem aleikum*, Petit Caporal! Por lo que sé, yo no soy el sultán de los francos, por tanto no me corresponde quedarme con el sombrero puesto; pero tú eres quien lleva el sombrero puesto. Petit Caporal, ¿eres tú el emperador?

—Lo has adivinado —respondió aquél—; y además soy tu amigo. No me atribuyas a mí tu desgracia, sino a un lamentable embrollo, y estate seguro de que vas a volver a tu patria con el primer barco. Vuelve ahora con mi esposa y háblale del profesor de árabe y lo que tú sabes. Los arenques y la lechuga se los voy a enviar yo al doctor, pero tú te quedarás en mi pueblo durante tu estancia aquí.

Así habló el hombre que era el emperador; Almanzor se arrodilló ante él, le besó la mano y le pidió perdón por no haberle sabido reconocer como emperador.

—Tienes razón —le respondió sonriendo—. Cuando se es emperador sólo hace unos días, no se puede llevar escrito en la frente.

Así habló y le indicó que se retirara. Desde ese día, Almanzor vivió feliz y contento. Al profesor, de quien había hablado al emperador, pudo visitarlo algunas veces, pero al doctor no lo volvió a ver. Unas semanas después, el emperador le mandó llamar y le anunció que estaba fondeado un barco con el que quería enviarlo a Egipto. Almanzor estaba fuera de sí de alegría, y bastaron unos días para equiparse: con el corazón lleno de gratitud y colmado de ricos presentes, se despidió del emperador camino del mar y se embarcó.

Pero Alá quiso aún someterle a pruebas: quería fortalecer todavía más su espíritu con la desgracia y no le permitió aún ver las costas de su patria. Otro pueblo franco, los ingleses, estaban entonces en guerra con el emperador por mar. Le quitaban todos los barcos que podían, y así sucedió que, al sexto día de navegación, el barco en el que se encontraba Almanzor fue rodeado y atacado por barcos ingleses; hubo de rendirse, y toda la tripulación fue trasladada a un barco más pequeño que seguía a los demás. Pero en el mar no hay menos inseguridad que en el desierto, donde los ladrones atacan de improviso a las caravanas, matan y saquean. Un barco pirata de Túnez atacó al barco pequeño, al que la tempestad había separado de los mayores, y fue capturado y la tripulación conducida a Argel y vendida.

Almanzor no sufrió una esclavitud tan dura como los cristianos, porque era un musulmán creyente, pero se desvaneció de nuevo toda esperanza de volver a su patria y a su padre. Vivió cinco años en casa de un hombre rico, encargado de cuidar las flores y el jardín. Después murió su dueño sin

herederos cercanos, y sus posesiones fueron repartidas y sus esclavos distribuidos; Almanzor cayó en poder de un traficante de esclavos. Por entonces, éste fletó un barco para vender a sus esclavos a más alto precio en otro lugar. Quiso el azar que yo fuera también de ese traficante y fuera a parar al mismo barco en que se encontraba Almanzor. Allí nos conocimos y allí me relató su extraordinaria historia. Pero, al desembarcar, fui testigo de la más admirable providencia de Alá: nuestro bote nos dejó en la costa de su país, fuimos vendidos en el mercado de su ciudad natal y para terminar, señor, fue su propio padre, su querido padre, quien lo compró.

El jeque Alí Banu estuvo sumido en profunda reflexión durante el relato. Sin querer le había arrebatado, su pecho se estremecía, sus ojos brillaban y a punto estuvo a veces de interrumpir a su joven esclavo; pero el final del relato no pareció tranquilizarle.

—¿Dices que podría tener ahora veintiún años? —comenzó a preguntar.

—Señor, es de mi edad, veintiuno o veintidós años.

—¿Y cuál dijo que era su ciudad natal? Eso no nos lo has dicho aún.

—Si no me equivoco era Alejandría.

—¡Alejandría! —exclamó el jeque—. Es mi hijo. ¿Dónde está, dónde se ha quedado, no decías que se llamaba Kairam? ¿Tiene ojos negros y cabello castaño?

—Así es, y en momentos de confianza, se daba el nombre de Kairam y no el de Almanzor.

—¡Oh, Alá, Alá! Dime: ¿su padre lo compró delante de ti, dices? ¿Dijo que era su padre? Entonces no es mi hijo.

El esclavo respondió:

—Él me dijo: «¡Alabado sea Alá! Después de tan larga desdicha éste es el mercado de mi ciudad natal». Poco después llegó un hombre distinguido y Almanzor dijo: «¡Oh, qué caro regalo del cielo son los ojos! ¡Vuelvo a ver a mi dignísimo padre!». El hombre se acercó a nosotros, miró a unos y otros, y acabó por comprar a aquel a quien había sucedido todo lo que he relatado; éste invocó a Alá, rezó una oración de agradecimiento y murmuró: «Ahora estoy otra vez a las puertas de mi felicidad; es mi propio padre quien me ha comprado».

—Entonces no es mi hijo, mi Kairam —dijo el jeque, conmovido por el dolor.

El joven no pudo ya contenerse más; lágrimas de alegría brotaron de sus ojos y se arrojó a los pies del jeque exclamando:

—Pero es vuestro hijo, Kairam, pues sois vos quien lo ha comprado.

—¡Oh, Alá, un milagro, un gran milagro! —exclamaron los presentes acercándose.

Pero el jeque se puso de pie sin decir palabra y contempló al muchacho, que alzaba hacia él su bello rostro.

—Amigo Mustafá —dijo el viejo derviche—, un velo de lágrimas nubla mi vista y no puedo ver si están impresos en su rostro los rasgos de su madre, que tenía mi Kairam; acércate tú y míralo.

El anciano se aproximó, lo miró largo rato, puso su mano en la frente del joven y dijo:

—Kairam, ¿cuál era la sentencia que el día de la desgracia te confié al llevarte al campamento de los francos?

—¡Mi querido maestro! —respondió el joven, llevando a sus labios la mano del anciano—. La sentencia decía: «Si uno ama a Alá y tiene la conciencia tranquila, no está solo en el desierto del dolor, pues tiene dos compañeros que le consuelan estando a su lado».

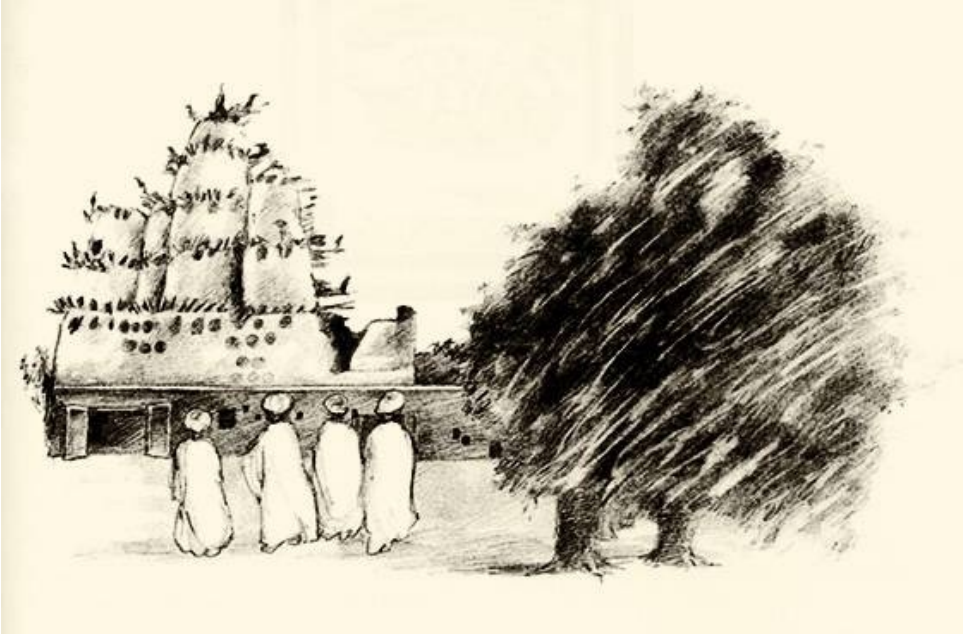
El anciano levantó los ojos al cielo dando gracias, abrazó al joven y se lo presentó al jeque diciendo:

—Aquí está: tan cierto como que lo has llorado diez años, él es tu hijo Kairam.

El jeque estaba fuera de sí de alegría y entusiasmo, y volvía una y otra vez a contemplar los rasgos del recién hallado; no se podía negar que reconocía otra vez la imagen de su hijo como cuando lo perdió. Todos los presentes participaban de su gozo, pues amaban al jeque, y para cada uno de ellos era como si ese día le hubieran regalado un hijo.

Otra vez se llenaron aquellas estancias de cantos y de júbilo, como en los días de felicidad y alegría. Otra vez tuvo el joven que contar su historia, y con más detalle; todos elogiaban al profesor de árabe y al emperador y a todos los que se habían interesado por Kairam. La reunión duró hasta la noche y, cuando partieron, el jeque obsequió con esplendidez a cada uno de sus amigos, en recuerdo perenne de aquel día de felicidad.

Presentó a su hijo a los cuatro jóvenes y los invitó a visitarle siempre; era cosa decidida que leería con el escritor, que haría pequeños viajes con el pintor, que compartiría con el comerciante el disfrute de la música y el baile, y que el otro dispondría para ellos todas las diversiones. También ellos fueron espléndidamente obsequiados y salieron contentos de la casa del jeque.



—¿A quién debemos esto sino al anciano? —decían—. ¿Quién lo hubiera pensado, cuando nos detuvimos ante esta casa y criticamos al jeque?

—¡Y qué fácilmente se nos podía haber ocurrido pasar por alto las enseñanzas del anciano —dijo otro— o incluso burlarnos! Su aspecto era pobre e insignificante, ¡y quién iba a pensar que era aquél el sabio Mustafá!

—¡Qué maravilla! ¿No fue aquí donde expresamos en alta voz nuestros deseos? —dijo el escritor—. Uno quería viajar, otro cantar y bailar, el tercero tener buena compañía, y yo leer y escuchar relatos, ¿y no se han cumplido todos nuestros deseos? ¿No puedo leer todos los libros del jeque y comprar los que desee?

—¿Y no puedo disponer su mesa y organizarle las diversiones más gratas, participando yo mismo? —dijo el otro.

—¿Pues yo? En cuanto mi corazón anhele oír canto o música, o contemplar una danza, ¿no puedo ir y solicitarlo a sus esclavos?

—¡Y yo! Antes de este día era pobre y no podía ni poner un pie fuera de la ciudad, y ahora puedo viajar a donde quiera.

—Sí —dijeron todos—, estuvo bien que siguiéramos al anciano: quién sabe, si no, lo que hubiera sido de nosotros.

Así hablaron y se dirigieron a su casa felices y contentos.

Almanaque de cuentos
para hijos e hijas de clases cultas
para el año 1828

La posada de Spessart[61]

Hace muchos años, cuando en Spessart eran los caminos aún peores y no tan frecuentados como ahora, iban dos mozalbetes atravesando el bosque. Uno de ellos tendría unos dieciocho años y era herrero; el otro, un orfebre, apenas tendría dieciséis, a juzgar por su aspecto, y precisamente hacía entonces su primer viaje por el mundo. Ya había llegado la noche, y las sombras de los gigantescos abetos y de las hayas oscurecían el estrecho sendero por el que los dos caminaban. El herrero avanzaba decidido y silbaba una canción, charlando de vez en cuando con Munter, *su perro; parecía no preocuparse mucho de que la noche no estuviera ya lejos, y sí lo estuviera, en cambio, el albergue más cercano. Pero Félix, el orfebre, echaba a menudo miradas inquietas a su alrededor. Cuando el viento murmuraba entre los árboles, le parecía oír pasos tras él; cuando los matorrales se balanceaban a un lado y otro, y se separaban, creía ver rostros al acecho apostados detrás de los arbustos.*

El joven orfebre, por lo demás, no era supersticioso ni medroso. Entre sus compañeros de Würzburg, donde había hecho su aprendizaje, pasaba por ser un tipo intrépido y nada asustadizo. Pero ese día se sentía excepcionalmente inquieto. Le habían contado muchas cosas de Spessart: dominaba allí una gran banda de ladrones, que había asaltado a muchos viajeros en las últimas semanas, y circulaban incluso algunas historias terribles de asesinatos que habían tenido lugar no hacía mucho. El caso es que temía por su vida, ya que sólo eran dos y nada podrían hacer contra bandidos armados. A menudo se arrepentía de haber seguido al herrero un tramo más, en lugar de quedarse a la entrada del bosque para pernoctar.

—Si me atacan esta noche y pierdo la vida y todo lo que llevo conmigo, será sólo por tu culpa, herrero, pues me has llevado con tu parloteo a este bosque temible.

—No seas gallina —contestó el otro—, un buen artesano no tiene que temer nada. Pues, ¿qué te imaginas? ¿Crees que los señores ladrones de

Spessart nos van a hacer el honor de atacarnos y matarnos? ¿Por qué se van a tomar ese trabajo? ¿Por mi traje de los domingos, que llevo en la mochila, o por la décima parte de un tálero? Hay que viajar con séquito, vestido de seda y oro, para que piensen que merece la pena matarle a uno.

—¡Alto! ¿No oyes como un silbido en el bosque? —exclamó Félix temeroso.

—Es el viento que silba entre los árboles. Sigue caminando rápido, ya no puede quedar mucho más.

—¡Razón tienes en lo del asesinato! —prosiguió el orfebre—. A ti te preguntan lo que tienes, lo comprueban y se llevan hasta tu traje de los domingos, el florín y los treinta cruceros. Pero a mí me matan enseguida, sólo porque llevo oro y joyas.

—¿Y por qué iban a matarte por eso? Si salieran ahora cuatro o cinco de entre la maleza, apuntándonos con los fusiles cargados, y preguntaran cortésmente: «¿Qué lleváis con vosotros, señores?», y nos pidieran: «Descargaos, queremos ayudaros a llevarlo», y otras gentiles frases por el estilo, no harías el tonto si abrieras tu hatillo y pusieras amablemente en el suelo tu chaleco amarillo, el traje azul, las dos camisas y los collares, pulseras y peinetas, y todo lo que tuvieras además: te darías por contento con salvar la vida.

—¿Cómo? —respondió Félix con vehemencia—. ¿Darles el broche de mi madrina, la señora condesa? Antes la vida; antes me dejaría cortar en pedacitos. ¿Acaso no ha ocupado el lugar de mi madre y me ha criado desde los diez años, ha pagado mi aprendizaje, mi ropa y todo lo demás? Y ahora que puedo visitarla y ofrecerle algo hecho con mi esfuerzo, que ella ha encargado a mi maestro, ahora que puedo mostrarle en esta hermosa alhaja lo que he aprendido, ¿voy a entregar todo esto, y encima el chaleco amarillo, que también he recibido de ella? ¡No, antes morir que entregar a esa mala gente la joya de mi señora madrina!

—¡No seas loco! —exclamó el herrero—. Si te matan, la señora condesa no a va recibir por ello su aderezo: sería mejor entregarlo que perder la vida.

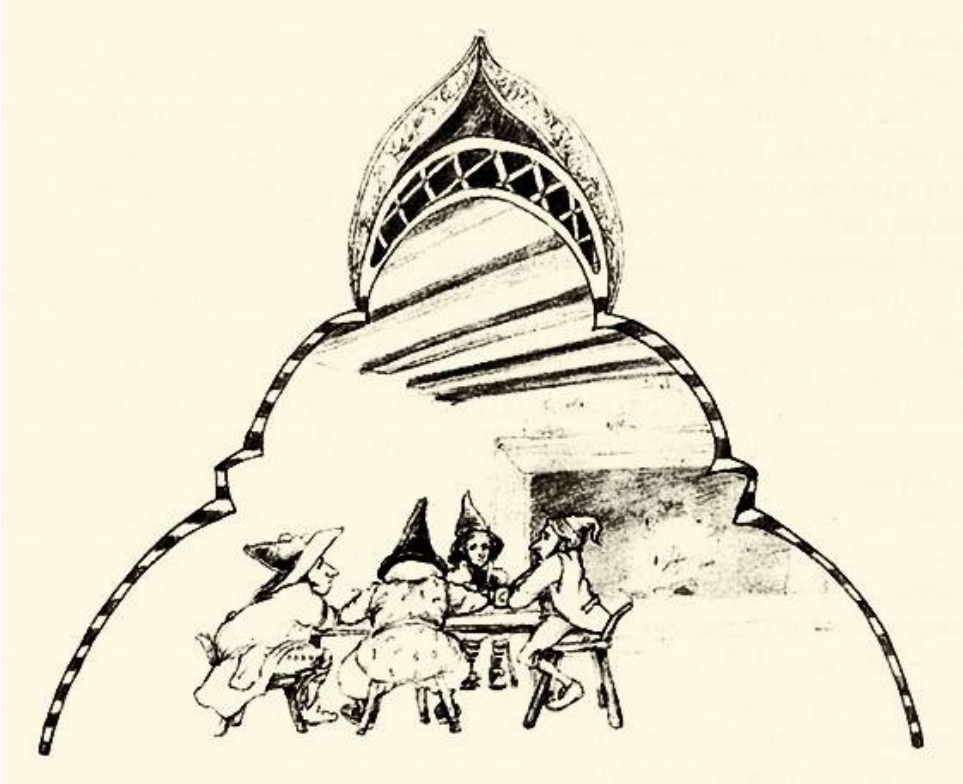
Félix no respondió. La noche había caído ya por completo y a la débil luz de la luna nueva apenas se veía a cinco pasos de distancia. Cada vez estaba más asustado; caminaba muy cerca de su compañero y no estaba muy convencido de si debía aceptar o no sus consejos y sus argumentos. Habían andado casi una hora más cuando vieron a lo lejos una luz. El joven orfebre pensaba que no debían confiarse, que tal vez sería la guarida de los bandidos, pero el herrero le explicó que éstos tienen sus casas o sus cuevas

bajo tierra y que debía tratarse de la posada que les había indicado un hombre a la entrada del bosque.

Era una casa grande, pero baja; delante había un coche y se oía piafar a los caballos en la cuadra. El herrero señaló a su compañero una ventana cuyos postigos estaban abiertos. De puntillas se podía ver el interior de la estancia. En un sillón junto al hogar dormía un hombre que por su ropaje podía ser un cochero, tal vez el dueño del coche parado a la puerta. Al otro lado del fuego estaban sentadas hilando una mujer y una muchacha; apoyado en la pared estaba sentado a la mesa un hombre, con un vaso de vino delante y la cabeza apoyada en las manos, por lo que no podía vérsele la cara, pero por su vestimenta el herrero suponía que debía ser un señor distinguido.

Mientras estaban aún observando, ladró un perro dentro de la casa; Munter, *el perro del herrero, le respondió, y una criada joven apareció en la puerta mirando a los desconocidos.*

Les prometieron cena y habitación para la noche. Entraron, dejando en el suelo los pesados bultos, el bastón y el sombrero, y se sentaron a la mesa con el señor que se encontraba allí. Éste se incorporó al saludarle, y pudieron ver a un joven distinguido que les devolvió amablemente su saludo.



—Tarde estáis en camino —dijo—. ¿No os asusta viajar tan de noche por Spessart? Por mi parte, he preferido dejar mi caballo en esta venta y no continuar cabalgando una hora más.

—¡Habéis hecho bien, señor! —contestó el herrero—. El galope de un hermoso caballo es música celestial para los oídos de esa gentuza y los atrae a una legua de distancia; pero, cuando atraviesan el bosque un par de pobres muchachos como nosotros, gente a quienes los ladrones más bien podrían regalar algo, no mueven ni un dedo.

—Eso es bien cierto —respondió el cochero, quien, despierto por la llegada de los desconocidos, se había acercado también a la mesa—. A un pobre no pueden querer hacerle nada por su dinero; pero hay casos en que han atacado a caminantes sólo por su espíritu sanguinario, o los han obligado a entrar en la banda y servir de criados a los ladrones.

—Pues si así están las cosas en el bosque con esa gentuza, esta casa nos va a procurar escasa protección. No somos más que cuatro y con el criado cinco. Si se les ocurre atacar a diez, ¿qué podríamos hacer contra ellos? Y además —añadió en voz baja—, ¿quién nos asegura que estos venteros son honrados?

—Son buena gente —respondió el cochero—. Los conozco desde hace más de diez años y nunca he observado nada irregular. El marido está pocas veces (se dice que se dedica al comercio de vinos), y la mujer es tranquila y no hace mal a nadie. No les hacéis justicia, señor.

—Y, sin embargo —terció el joven de aspecto distinguido—, yo no desecharía sin más lo que ha dicho. Acordaos del rumor que corre sobre gente que ha desaparecido sin dejar huellas en este bosque: algunos habían dicho que pernoctarían en esta posada. Cuando tras dos o tres semanas no se supo nada de ellos, se preguntó también aquí en la posada, pero no habían visto a nadie. No deja de ser sospechoso.

—¡Sabe Dios! —exclamó el herrero—. En ese caso actuaríamos con más prudencia si acampáramos bajo el árbol más próximo en lugar de entre estas cuatro paredes, donde no se puede huir si nos cierran la puerta, porque las ventanas tienen rejas.

Todos se habían quedado pensativos con estas palabras. No parecía nada improbable que la venta del bosque estuviera en connivencia con los ladrones, ya fuera porque les obligaran o por propia voluntad. La noche les parecía peligrosa, pues habían oído historias de caminantes a los que habían atacado y asesinado mientras dormían. Aunque no les quitaran la vida, algunos de los huéspedes de la posada tenían tan escasos medios que el robo de una parte de sus posesiones habría sido una pérdida muy sensible. Contemplaban sus vasos, sombríos y disgustados. El joven señor anhelaba cabalgar en su corcel por un valle abierto y seguro; el herrero, tener a doce

de sus robustos compañeros armados con estacas como protección; Félix, el orfebre, temía más por la joya de su bienhechora que por su vida. Pero el cochero, que de vez en cuando expulsaba el humo de su pipa con aire pensativo, dijo en voz baja:

—¡Señores! Al menos que no nos ataquen durante el sueño. Yo por mi parte, con tal de que alguno se quede conmigo, voy a permanecer toda la noche en vela.

—Yo también —exclamaron los otros tres.

—Yo no podría dormir —añadió el joven.

—Emprenderemos algo que nos mantenga despiertos —dijo el cochero—. Como somos cuatro, creo que podríamos jugar a las cartas: eso mantiene despiertos y hace pasar el tiempo.

—Yo no juego nunca —respondió el joven señor—, así que al menos yo no podré resistir así al sueño.

—Y yo no sé jugar a las cartas —añadió Félix.

—¿Qué podremos hacer si no jugamos? —dijo el herrero—. ¿Cantar? No resultaría, y además sólo serviría para atraer a esa gentuza. ¿Proponernos unos a otros acertijos y adivinanzas? Eso no dura mucho. ¿Sabéis una cosa? ¿Qué tal si nos contáramos algo? Serio o divertido, real o inventado, mantiene despiertos y hace pasar el tiempo tan bien como las cartas.

—Yo estoy de acuerdo, si estáis dispuestos —dijo el joven señor sonriendo—. Vosotros, los artesanos, recorréis todos los países y podéis contar algo. Cada ciudad tiene sus propias leyendas e historias.

—Sí, sí, algo se escucha —respondió el herrero—. Pero los señores como vos estudian con afán en los libros en que están escritas cosas prodigiosas. Podríais contar algo más sabio y más hermoso que humildes artesanos como nosotros. O mucho me engaño, o sois un estudiante, un sabio.

—Un sabio no —sonrió el joven señor—, pero sí un estudiante que vuelve a casa para pasar las vacaciones. Lo que está en nuestros libros, sin embargo, es menos apropiado para relatarlo que lo que vos oís aquí y allá. Por tanto, empezad a hablar, si los demás están dispuestos a escuchar.

—Más que jugar a las cartas aprecio una hermosa historia —replicó el cochero—. A menudo prefiero recorrer los caminos a un paso más lento y escuchar a alguno que va junto a mí contando una bella narración. Con mal tiempo he llevado a algunos en mi coche, con la condición de que me contaran algo, y siento un gran cariño por un colega mío, creo que sólo porque conoce historias que duran siete horas o más.

—Eso me ocurre a mí —añadió el joven orfebre—, que daría la vida por oír historias, y mi maestro de Würzburg tenía que prohibirme formalmente los libros para que no leyera demasiados cuentos y descuidara por ello el trabajo. Venga, cuenta algo bonito, herrero; yo sé que podrías estar contando hasta que se hiciera de día y no por eso se acabaría tu repertorio.

El herrero bebió un trago para aclararse la voz y luego comenzó así:

La leyenda del florín del ciervo[62]

En la Alta Suabia se alzan aún hoy los muros de un castillo que en otro tiempo fue el mayor de la región: el de Hohenzollern[63]. Se levanta sobre una escarpada montaña redondeada y desde su altura se divisa una amplia comarca. En tierras mucho más lejanas aún de las que se pueden ver desde este castillo, era temido el valiente linaje de los Zollern. Su nombre se conocía y respetaba en todas las tierras alemanas. Hace ya varios siglos, creo que antes de que se inventara la pólvora, vivía en esta fortaleza un Zollern que era hombre de naturaleza singular. No podía decirse que oprimiera excesivamente a sus vasallos, o que viviera en guerra con sus vecinos, pero a pesar de ello nadie se ponía a su alcance, ya fuera por su mirada sombría, por su frente fruncida o por su carácter malhumorado y silencioso. Fuera de los criados del castillo había poca gente que le hubiera oído hablar como otras personas lo hacen, pues, cuando cabalgando por el valle encontraba a alguien que rápidamente se descubría la cabeza y le decía: «¡Buenas tardes, señor conde, qué buen tiempo tenemos hoy!», él contestaba: «¡Disparates!» o «¡Estupideces!». Y si alguien le obstaculizaba a él o a su corcel, si se tropezaba en el camino con un campesino en su carro que no podía apartarse con la suficiente rapidez, descargaba su ira con una lluvia de maldiciones. Nunca se oyó, sin embargo, que en tales circunstancias hubiera golpeado alguna vez a un campesino, pero en la comarca se le conocía como «el torbellino de Zollern».

El torbellino de Zollern tenía una esposa que era todo lo contrario de él: tan suave y amable como un día de primavera. Con sus frases amables y su mirada bondadosa, muchas veces había reconciliado con su esposo a gentes a quienes éste había ofendido con duras palabras. A los pobres les hacía todo el bien que podía y no le arredraba tener que descender de la escarpada montaña días de calor o en medio de las más terribles tempestades de nieve, para visitar a pobres gentes o a niños enfermos. Si el conde se topaba con ella en

tales ocasiones, decía malhumorado: «¡Disparates, estupideces!», y seguía su camino.

A cualquier otra mujer, aquel carácter malhumorado la habría amedrentado o intimidado; alguna habría pensado: «¡Qué me importan a mí los pobres, si mi señor los tiene en esa consideración!»; otra, tal vez por orgullo o desánimo, habría dejado enfriar su amor por un esposo de tan mal carácter, pero no así Hedwig von Zollern. Le seguía amando como antes, trataba de acariciar con su hermosa mano blanca las arrugas de su frente, y le quería y honraba; cuando, pasado un tiempo, el cielo les hizo el regalo de un joven condesito, no mostraba menos devoción por su esposo, al mismo tiempo que dedicaba a su hijito toda la solicitud de una madre cariñosa. Transcurrieron tres años, y el conde veía a su hijo sólo los domingos después de comer, cuando el aya se lo llevaba. Lo miraba entonces fijamente, murmuraba algo para sí y se lo devolvía a la nodriza. Cuando el pequeño aprendió a decir padre, el conde regaló un florín a la nodriza, pero al niño no le hizo ninguna fiesta.

En su tercer cumpleaños, el conde hizo poner a su hijo la primera calza, vistiéndole lujosamente de terciopelo y seda. Pidió luego su caballo y otro hermoso corcel, cogió al pequeño en brazos y comenzó a bajar la escalera con las ruidosas espuelas. Hedwig se sorprendió al verlo. Cuando él partía, estaba acostumbrada a no hacer preguntas sobre adónde iba o cuándo volvería, pero esta vez la preocupación por su hijo le hizo hablar.

—¿Vais a salir a cabalgar, señor conde? —dijo.

No obtuvo respuesta.

—¿Con el pequeño? —siguió preguntando—. Kuno va a pasear conmigo.

—¡Tonterías! —respondió el torbellino de Zollern, siguiendo su camino.

Al llegar al patio, cogió al niño, lo alzó rápidamente hasta la silla, lo ató, subió al caballo y partió al galope en dirección a la puerta del castillo, tomando en su mano la rienda del corcel de su hijito.

Al pequeño le pareció al principio una gran diversión bajar del monte con su padre. Batió palmas, rió y sacudió las crines de su corcel para que corriera más veloz; el conde estaba encantado y exclamó varias veces:

—Podrás hacerte un mozo valiente.

Pero, cuando hubieron llegado al llano y el conde cambió el trote por el galope, el pequeño estaba muerto de miedo. Pidió a su padre, con toda prudencia, que cabalgara más despacio, pero al ir cada vez más rápido y dejarle el fuerte viento casi sin respiración, el pobre Kuno comenzó a llorar bajito, pero se fue impacientando cada vez más y terminó por gritar con todas sus fuerzas.

—¡Disparates, estupideces! —comenzó el padre entonces—. ¡El chico llora en su primer paseo a caballo! Calla o…

En el momento en que iba a infundir ánimos a su hijito con una maldición, su caballo se encabritó. La rienda del otro se le escapó de las manos, trató de dominar al animal, pero, cuando lo hubo logrado y se volvió temeroso hacia el niño, vio cómo su caballo corría solo y sin el pequeño jinete. Por muy duro que fuera el sombrío conde de Zollern, en aquel instante su corazón estaba destrozado; pensó ni más ni menos que su hijito yacía en el camino y se mesó la barba sollozando. Volvió atrás, pero en ninguna parte vio ni rastro de la criatura. Se imaginaba ya que el corcel desbocado le había lanzado a algún foso cercano al camino, cuando oyó una voz infantil que le llamaba por su nombre. Se volvió de inmediato y he aquí que no lejos del camino se hallaba sentada bajo un árbol una anciana acunando al niño en su regazo.

—¿Qué haces con mi hijo, vieja bruja? —gritó el conde lleno de cólera—. Tráelo aquí de inmediato.

—No tan rápido, no tan rápido, excelencia —rió la mujer, que era vieja y fea—, no sea que le suceda alguna desgracia a vuestro orgulloso corcel. ¿Qué hago con el niño, preguntáis? Su caballo pasó corriendo y él iba todavía sujeto por el piececillo, pero su cabello rozaba ya casi el suelo: entonces lo recogí en mi regazo.

—¡Tonterías! —exclamó de mal humor el señor de Zollern—. Devuélvemelo ahora mismo; yo no puedo desmontar, el caballo está asustado y podría atropellarlo.

—Dame un florín —pidió la mujer con humildad.

—¡Qué desastre! —exclamó el conde, arrojándole bajo el árbol unos centavos.

—¡No! Un florín de plata, uno de los del ciervo, me sería muy necesario —continuó.

—¡Un florín de plata! Ni tú misma vales un florín —exclamó el conde—. Rápido, entrégame al niño o azuzo a los perros contra ti.

—¿Sí, eh? ¿Conque no valgo ni un florín? —respondió ella con una sonrisa irónica—. ¡Ea! Veremos si vuestra herencia vale un florín del ciervo; pero esos centavos, guardáoslos.

Y, diciendo esto, arrojó las tres monedillas de cobre al conde con tan buena puntería que todas ellas cayeron justamente en la pequeña bolsa de cuero que todavía tenía en la mano.

Asombrado por tan maravillosa destreza, el conde no pudo decir palabra durante unos minutos, pero su asombro acabó por tornarse en cólera. Cogió su rifle y apuntó a la anciana. Ésta acarició y besó suavemente al pequeño conde, manteniéndolo delante, de manera que la bala le habría alcanzado a él primero.

—Eres un niño bueno —dijo—, sigue así y nada te faltará.

Después lo soltó y, señalando al conde con el dedo, dijo en tono amenazador:

—Zollern, Zollern, me sigues debiendo un florín.

Y se alejó hacia el bosque, apoyada en su bastón de madera de boj y sin importarle las maldiciones del conde. Conrado el Breve bajó temblando de su caballo, subió al pequeño en la silla, se colocó detrás de él y cabalgó hacia su castillo señorial.

Ésta fue la primera y la última vez que el torbellino de Zollern llevó consigo a su hijito a cabalgar. Como había gritado y llorado cuando los caballos iban al galope, le consideró un jovencito débil, del que no se podía sacar nada bueno. Lo veía con disgusto, y cada vez que el niño, que amaba tiernamente a su padre, se sentaba en sus rodillas queriéndole acariciar con cariño, le apartaba diciendo:

—¡Qué desastre! ¡Qué estupidez!

La condesa Hedwig había soportado todos los malos humores de su esposo, pero esta actitud hostil con la inocente criatura le dolía profundamente. Varias veces había enfermado de disgusto cuando el sombrío conde castigaba con dureza al pequeño por alguna falta mínima, y al fin murió en sus mejores años, llorada por sus servidores y por todo su entorno, pero sobre todo por su hijo.

Desde entonces, el conde retiró aún más su afecto al pequeño; se lo encomendó a la nodriza y al capellán para que lo educaran y apenas lo veía, especialmente porque poco después volvió a casarse con una rica joven, que un tiempo después le dio dos hijos mellizos, dos pequeños condes.

El paseo preferido de Kuno era la visita a la vieja que un día le había salvado la vida. Siempre le contaba ella muchas cosas de su madre fallecida y cuánto bien le había hecho. Los servidores y las criadas le aconsejaban a menudo que no fuera junto a la señora Feldheimerin, que así se llamaba la anciana, porque no era ni más ni menos que una bruja, pero el pequeño no la temía, ya que el capellán del castillo le había enseñado que no existen las brujas y que era un invento la historia de que ciertas mujeres pueden hacer hechizos y que cabalgan por el aire en una escoba. La verdad es que en casa

de la señora Feldheimerin veía muchas cosas que no podía comprender: la habilidad con que había lanzado los centavos a la bolsa de su padre la recordaba muy bien; también sabía preparar toda clase de pócimas y pomadas con las que se curaban los hombres y el ganado; pero no era cierto lo que decían de ella, que tenía una sartén que, si la ponía al fuego, se producía una espantosa tormenta. Enseñó al condesito muchas cosas que le fueron útiles, como por ejemplo muchas clases de remedios para caballos enfermos, una pócima contra la rabia de los perros, un cebo para los peces y muchas otras cosas. Acabó por convertirse en su única compañía, pues su nodriza murió y su madrastra no se ocupaba de él.

A medida que sus hermanos crecían, Kuno tuvo una vida aún más triste que antes; ellos tuvieron la fortuna de no caer del caballo en su primera salida, y el torbellino de Zollern los consideró por tanto jovencitos sensatos y hábiles. No los quería más que a ellos, cada día salían a cabalgar juntos, y les enseñó todo lo que sabía. Eso sí, no aprendieron demasiadas cosas buenas: no sabían leer ni escribir, y sus exquisitos hijos no debían tampoco perder el tiempo con eso. Sin embargo, a los diez años sabían ya blasfemar tan terriblemente como su padre, se peleaban y se llevaban entre ellos como el perro y el gato; sólo cuando querían reñir con Kuno se unían y se hacían amigos.

A su madre no le preocupaba mucho esto, pues consideraba cosa sana y recia que los jóvenes anduvieran a la greña; un sirviente se lo hizo notar un día al viejo conde, y éste respondió como siempre: «¡Disparates, tonterías!». Pero se puso a pensar en el modo de que en el futuro sus hijos no se destrozaran recíprocamente, pues seguía recordando la amenaza de la vieja, a quien en su fuero interno consideraba una hechicera consumada, de que ya se vería si su herencia valía un florín. En cierta ocasión en que estaba cazando en los alrededores de su castillo, le llamaron la atención dos montes que por su forma parecían hechos para albergar un castillo, y decidió de inmediato construirlo allí. Para uno de sus hijos levantó el castillo de Schalksberg, llamándolo así por el menor de los mellizos, porque hacía tiempo que, por sus travesuras, éste había recibido de él el nombre de «diablillo». Al otro castillo que construyó quería llamarlo al principio Hirschguldenberg, para burlarse de la bruja que consideraba su herencia de menos valor que un florín, pero se dio por satisfecho con el más sencillo de Hirschberg[64], y así se llaman ambos montes hasta hoy. Quien viaje por el Alb puede verlos todavía.

El torbellino de Zollern tenía al principio el propósito de dejar en su testamento el castillo de Zollern a su hijo mayor, Schalksberg al pequeño Schalk, y al otro Hirschberg, pero su esposa no descansó hasta que lo hubo cambiado.

—El estúpido de Kuno —así llamaba al pobre muchacho, porque no era tan fiero y revoltoso como sus hijos—, el estúpido de Kuno es suficientemente rico sólo con lo que ha recibido de su madre, ¿y además ha de tener el rico y hermoso castillo de Zollern? ¿Y mis hijos no van a recibir más que un castillo cada uno, al que no pertenece sino bosque?

En vano le objetaba el conde que a Kuno no le podía privar injustamente del derecho de primogenitura; pero ella lloró y discutió tanto que el torbellino de Zollern, a quien nadie más se atrevía a oponerse, cedió para que le dejara

en paz y modificó su testamento, dejando Schalksberg al pequeño Schalk; a Wolf, el mayor de los mellizos, Zollern, y a Kuno, Hirschberg, además de la ciudad de Balingen. Poco después cayó gravemente enfermo. Al médico que le comunicó que iba a morir, le dijo: «Tonterías», y al capellán del castillo que le aconsejaba prepararse para un final piadoso, le respondió: «Disparates». Murió blasfemando y jurando rudamente como un gran pecador, igual que había vivido.

Todavía no estaba enterrado su cadáver cuando ya la señora condesa sacó el testamento y, despectiva, dijo a Kuno, su hijastro, que había de probar su sabiduría leyendo él mismo lo que estaba escrito en el testamento, a saber, que ya no tenía nada que hacer en Zollern. Junto con sus hijos, se frotaba las manos de alegría por la hermosa herencia y los dos castillos que le habían arrebatado al primogénito.

Kuno acató sin queja la voluntad del fallecido, pero se despidió con lágrimas del castillo donde había nacido, donde estaba enterrada su buena madre, donde vivía el buen capellán y, muy cerca, su única amiga, la señora Feldheimerin. El castillo de Hirschberg era una construcción hermosa y señorial, pero le resultaba demasiado solitario y ajeno, y pronto enfermaría de nostalgia por Zollern.

La condesa y los mellizos, que tenían ahora dieciocho años, estaban sentados un día en la azotea del castillo mirando el panorama. Vieron a un majestuoso jinete que avanzaba en su corcel, seguido por varios criados y un lujoso carruaje tirado por dos mulas. Estaban discutiendo quién podría ser, cuando exclamó el pequeño Schalk:

—¡Eh, pero si no es otro que nuestro señor hermano de Hirschberg!

—¿El estúpido de Kuno? —dijo la señora condesa asombrada—. ¡Ah, nos va a hacer el honor de invitarnos y ha traído esa hermosa carroza para mí, para llevarme a Hirschberg! ¡No hubiera imaginado yo tanta bondad y tal comportamiento en mi señor hijo, ese estúpido de Kuno! Una cortesía bien vale otra: bajemos a recibirle en la puerta del castillo. Poned cara amable; tal vez nos regale algo en Hirschberg, un caballo a ti, y a ti una armadura; hace mucho que a mí me gustaría tener las joyas de su madre.

—No quiero regalos del estúpido de Kuno —respondió Wolf—, ni puedo tampoco ponerle buena cara. Por mí, que siga pronto a nuestro difunto padre, y entonces heredaríamos Hirschberg y todo lo demás, y a vos, señora madre, os venderíamos baratas las joyas.

—¡Ah, pillo! —se encolerizó la madre—. ¿Conque he de compraros las joyas? ¿Es ése el agradecimiento por haberos conseguido Zollern? Pequeño Schalk, ¿no es cierto que tendré gratis las joyas?

—Gratis es la muerte, señora madre —respondió el hijo riendo—; y, si es verdad que las joyas son tan valiosas como un castillo, no cometeremos la locura de colgarlas de vuestro cuello. En cuanto Kuno cierre los ojos, vamos allá, las repartimos, y mi parte la vendo. Si me dais más que el judío, señora madre, las tendréis.

Con esta conversación habían llegado hasta las puertas del castillo. Con esfuerzo logró la señora condesa reprimir su rabia por el asunto de las joyas, pues en ese instante atravesaba el puente el conde Kuno. Cuando vio a su madrastra y a sus hermanos, detuvo el caballo, desmontó y los saludó cortésmente. Aunque le habían hecho mucho daño, consideraba que eran sus hermanastros y que su padre había amado a aquella malvada mujer.

—¡Ah, está bien que el señor hijo nos visite! —dijo ésta con voz dulce y benévola—. ¿Cómo os va en Hirschberg? ¿Os habéis procurado una carroza? ¡Qué hermosa, ni una emperatriz la desdeñaría! ¡No faltará por mucho tiempo la esposa que viaje en ella!

—Hasta ahora no he pensado en ello, señora madre —respondió Kuno—, y por eso quiero llevarme al castillo otra compañía y he venido con el carruaje.

—¡Ah, sois muy bondadoso y considerado! —le interrumpió la dama inclinándose y sonriendo.

—Porque el padre Joseph, el capellán del castillo, no puede ya viajar bien a caballo —siguió Kuno muy pausadamente—. Quiero llevarle conmigo, es mi antiguo maestro y así lo acordamos cuando dejé Zollern. También quiero que me acompañe la anciana señora Feldheimerin. ¡Dios mío!, ahora es más

vieja que Matusalén y un día me salvó la vida, cuando salí por primera vez a cabalgar con mi difunto padre. Tengo espacio suficiente en Hirschberg y allí habrá de morir —dijo, y atravesó el patio para ir en busca del capellán.

El hidalgo Wolf se mordió los labios de rabia, la señora condesa se puso roja de ira y el pequeño Schalk dijo entre sonoras carcajadas:

—¿Qué me dais por el caballo que he recibido como presente? Hermano Wolf, cámbiamelo por la armadura que te ha regalado. ¡Ja, ja, ja! ¿Quiere llevarse al cura y a la vieja bruja? ¡Menuda pareja! Así podrá aprender griego con el capellán por la mañana, y por la tarde tomar lecciones de brujería con la señora Feldheimerin. ¡Ah, qué golpes tiene el estúpido de Kuno!

—Es una persona vulgar —respondió la señora condesa—, y no deberías reírte, pequeño Schalk. Es una vergüenza para toda la familia, y quedaremos en ridículo ante todos los vecinos cuando se diga que el conde de Zollern ha venido a buscar a la vieja bruja, la Feldheimerin, en una lujosa carroza con tiro de mulas, y la tiene viviendo con él. Eso lo ha heredado de su madre, que andaba siempre con enfermos y gentuza pobre. Su padre se revolvería en la tumba si lo supiera.

—Sí —añadió el pequeño Schalk—, padre diría en su tumba: «¡Disparates, estupideces!».

—¡Sin duda! Ahí viene con el viejo y no se avergüenza de que se apoye en su brazo —exclamó la señora condesa horrorizada—. Vamos, no quiero volver a tropezar me con él.

Se alejaron y Kuno acompañó a su antiguo maestro hasta el puente y le ayudó a subir a la carroza. Una vez que bajaron del monte, se detuvo ante la choza de la señora Feldheimerin y la halló dispuesta a partir, con un hatillo de frasquitos, tarritos y brebajes, además de otros cacharros y su bastoncillo de boj.

No ocurrió, sin embargo, lo que la señora condesa de Zollern había supuesto en su maldad. En todos los alrededores a nadie extrañó la venida del caballero Kuno. Consideraron hermoso y loable que quisiera alegrar los últimos días de la vieja señora Feldheimerin, y elogiaron su piedad por haber acogido en su castillo al viejo padre Joseph. Los únicos que le criticaban y estaban rencorosos eran sus hermanos y la condesa, pero sólo para deshonra propia, pues todo el mundo se escandalizaba de la conducta de los desnaturalizados hermanos, ya que corría el rumor de que vivían en medio de continuas desavenencias con su madre y que entre ellos se hacían el mayor daño posible. El conde Kuno de Zollern-Hirschberg hizo varios intentos de reconciliarse con sus hermanastros, pues le resultaba insufrible que a menudo

cabalgaran cerca de su castillo, pero nunca le hablaran al encontrarse en el bosque o por los campos, saludándole con más frialdad que a un extraño. Pero sus intentos fracasaron y encima se mofaban. Un día se le ocurrió otro modo de ganarse su amistad, pues sabía que eran avaros y codiciosos. Entre los tres castillos, casi en medio, se hallaba un lago que pertenecía al territorio de Kuno. Allí se encontraban los mejores lucios y carpas de todos los alrededores, y no había sido pequeño disgusto para los hermanos, a los que gustaba pescar, que el padre se hubiera olvidado de incluirlo en su parte. Eran demasiado orgullosos para pescar allí sin permiso de su hermano, y tampoco estaban dispuestos a pedírselo con buenas palabras. Pero Kuno sabía cuánto les importaba la alberca, y les invitó un día a reunirse allí con él.

Era una hermosa mañana de primavera, cuando casi al mismo tiempo acudieron los tres hermanos desde los tres castillos.

—¡Eh, fijaos! —exclamó el pequeño Schalk—. ¡Es curioso: he salido de Schalksberg al dar las siete!

—Yo también —afirmaron el hermano de Hirschberg y el de Zollern.

—Entonces, el lago debe estar justamente en medio —continuó el pequeño—. Es bien hermoso.

—Sí, por eso os he convocado. Sé que a ambos os agrada sobremanera pescar y, aunque yo también me divierto a veces pescando, las aguas tienen peces suficientes para los tres castillos, y en sus orillas hay espacio para los tres, incluso si coincidiéramos en la pesca. Por ello quiero que desde hoy estas aguas sean bien común nuestro y que cada uno de nosotros tenga los mismos derechos que yo.

—El señor hermano tiene bondadosos propósitos —dijo el pequeño Schalk con sonrisa irónica—; nos da algo de agua y unos cuantos cientos de peces. Bien, ¿y qué tendremos que dar a cambio? Porque gratis sólo es la muerte.

—Gratis lo tendréis —dijo Kuno conmovido—. Ah, me gustaría veros y hablaros de vez en cuando en este lago; al fin y al cabo, somos hijos de un mismo padre.

—¡No! —respondió el de Schalksberg—. Eso no sería posible, porque no hay nada más molesto que pescar en compañía: uno ahuyenta siempre los peces al otro. Vamos a fijar unos días; por ejemplo, lunes y jueves, tú, Kuno; martes y viernes, Wolf; miércoles y sábado, yo; así estaría de acuerdo.

—Pues yo no —afirmó el huraño Wolf—. No quiero nada regalado ni quiero compartir con nadie. Tienes razón, Kuno, al ofrecernos el lago, pues en realidad todos tenemos igual derecho. Pero echemos a suertes quién lo va a poseer en adelante. Si soy yo el afortunado, siempre podríais pedirme permiso para pescar.

—Jamás lo echaría a suertes —respondió Kuno, apenado por la obcecación de sus hermanastros.

—Naturalmente —rió el pequeño Schalk—. Es muy piadoso y temeroso de Dios el señor hermano, y considera un pecado mortal el juego de los dados. Os propondré otra cosa que no desdeñaría ni el ermitaño más piadoso. Vayamos a buscar cañas y anzuelos para pescar, y el que haya pescado durante la mañana mayor cantidad de peces, cuando la campana de Zollern dé las doce, será el dueño del lago.

—Realmente soy uno solo —dijo Kuno— para seguir luchando por lo que por derecho me ha correspondido en herencia; pero para que veáis que hablaba en serio en lo del reparto, iré a buscar mis trastos de pescar.

Cabalgaron de nuevo, cada uno a su castillo; los mellizos enviaron a toda prisa a sus criados, hicieron levantar todas las piedras viejas en busca de gusanos para cebo de los peces. Kuno cogió su caña de siempre y los cebos

que hacía tiempo le enseñó a preparar la señora Feldheimerin, y fue el primero en aparecer de nuevo en el lugar. Cuando llegaron los mellizos, les permitió elegir los puestos mejores y más cómodos, y lanzó luego su caña. Fue como si los peces reconocieran en él al dueño del lago; comitivas enteras de carpas y lucios acudían y hormigueaban en torno a su anzuelo; los mayores y más viejos apartaban a los menores, a cada minuto sacaba otro más y, cuando volvía a lanzar el anzuelo, veinte o treinta abrían la boca para morder el cebo. Todavía no llevaba dos horas y ya estaba el suelo a su alrededor cubierto de los peces más hermosos; dejó entonces de pescar y fue a ver cómo les iba a sus hermanos. El pequeño Schalk tenía una carpita y dos miserable albures; Wolf, tres barbos y dos pequeños gobios[65], y ambos miraban consternados al lago, pues desde su sitio podían ver la enorme cantidad de peces que Kuno había cogido. Al acercarse Kuno a su hermano Wolf, éste dio un respingo medio encolerizado, rompió la caña en pedazos y la arrojó al lago.

—Me gustaría haber echado cien anzuelos en lugar de uno y que en cada uno se agitara una de esas criaturas —exclamó—; pero por el camino recto no se puede: todo esto es magia y brujería. ¿Cómo podrías tú si no, estúpido Kuno, coger más peces en una hora que yo en un año?

—Sí, sí, ahora recuerdo —continuó el pequeño Schalk—: ha aprendido a pescar con la Feldheimerin, esa bruja malvada; hemos sido tontos al venir a pescar con él, que pronto será maestro de brujas.

—¡Malas personas! —respondió Kuno disgustado—. He tenido hoy tiempo suficiente para comprobar vuestra avaricia, vuestra desvergüenza y vuestra brutalidad. Marchaos y no volváis y, creedme, sería mejor para vuestra alma que fuerais la mitad de buenos y piadosos que esa mujer a la que tratáis de bruja.

—¡No, no es una auténtica bruja! —dijo Schalk riendo despectivo—. Esas mujeres pueden predecir el futuro, pero ella tiene tan poco de adivina como un ganso de cisne. A nuestro padre le dijo que se podría comprar buena parte de su herencia por un florín, es decir, que se arruinaría por completo y, sin embargo, a su muerte tenía en propiedad todo lo que se divisa desde las almenas de Zollern. No es más que una vieja trastornada, y tú, un estúpido.

Después de decir estas palabras, el pequeño se alejó rápido, pues temía el fuerte brazo de su hermano; Wolf le siguió, lanzando todas las maldiciones que había aprendido de su padre.

Entristecido en lo más profundo de su alma, Kuno volvió a casa; veía ahora claramente que sus hermanastros nunca podrían estar en armonía con

él. Se tomó tan a pecho sus duras palabras, que al día siguiente se puso muy enfermo, y sólo el consuelo del respetable padre Joseph y las poderosas pócimas de la señora Feldheimerin lo salvaron de la muerte.

Pero, al enterarse sus hermanastros de que Kuno estaba postrado, celebraron un alegre banquete, y en la euforia del vino se dijeron que, cuando el estúpido de Kuno muriera, el primero en enterarse dispararía todos los cañones para alertar al otro, y que el primero en disparar podría llevar la mejor cuba de vino de la bodega de Kuno. Desde ese día, Wolf mantuvo siempre a un servidor en las proximidades de Hirschberg para vigilar; el pequeño Schalk llegó incluso a sobornar con mucho dinero a un servidor de Kuno para que le avisara con la mayor rapidez cuando su señor estuviera en las últimas.

Sin embargo, este criado era más adicto a su piadoso y benévolo señor que al malvado conde Schalksberg; una noche preguntó con interés a la señora Feldheimerin por el estado de su señor y, al contestarle ésta que estaba perfectamente, le contó la confabulación de los dos hermanos y que a la muerte del conde Kuno querían lanzar cañonazos de júbilo. La anciana se encolerizó sobremanera; enseguida se lo comunicó al conde y, como éste no quería creer en tamaña dureza de corazón por parte de sus hermanastros, le aconsejó hacer la prueba dejando correr la noticia de que había muerto, y entonces se vería si lanzaban cañonazos o no. El conde mandó llamar al sirviente sobornado por su hermano, le interrogó y le ordenó cabalgar hasta Schalksberg y anunciar que su fin estaba próximo.

Al salir velozmente de Hirschberg, le vio el criado del conde Wolf de Zollern, le detuvo y le preguntó adónde se dirigía tan deprisa.

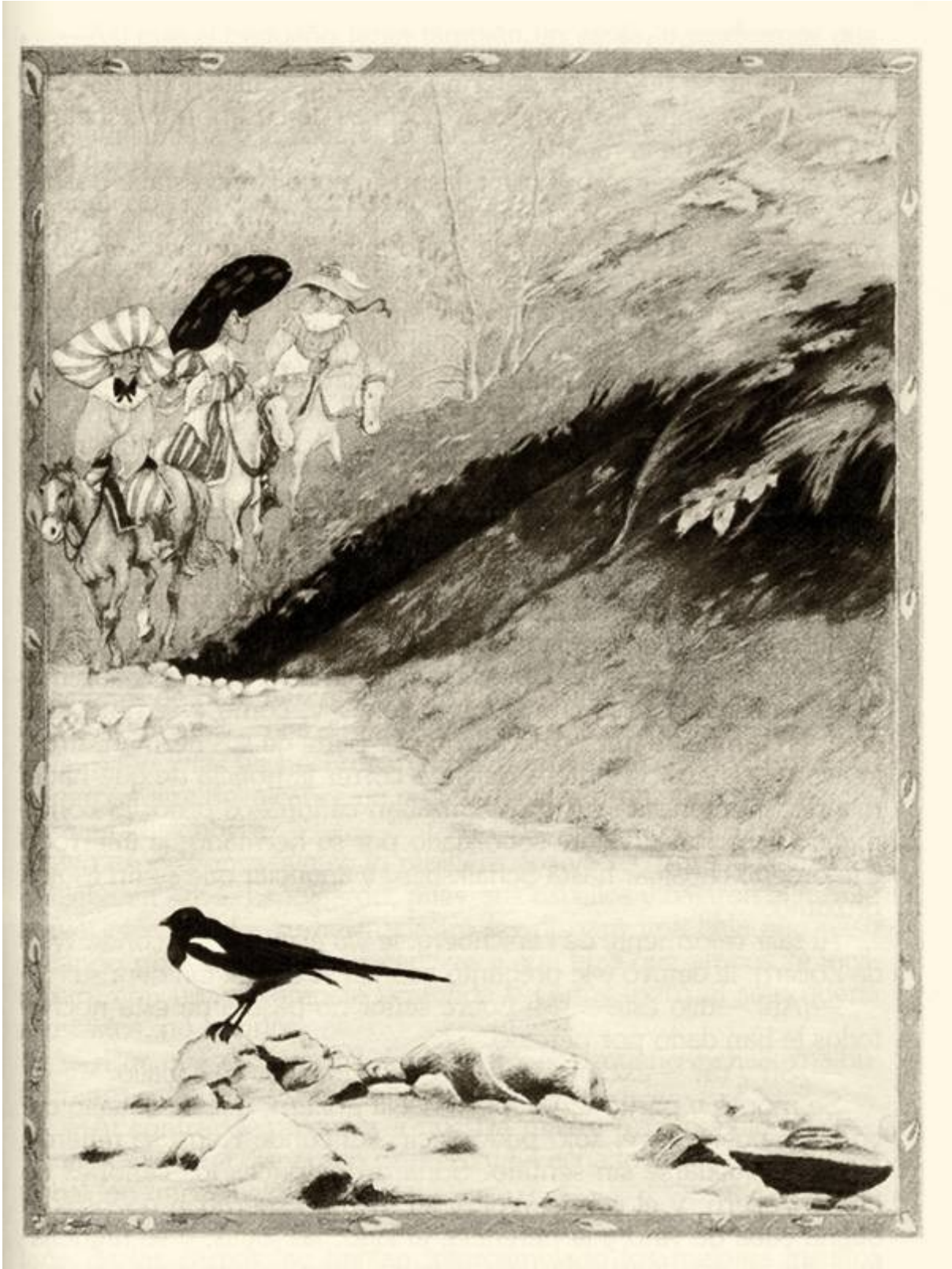
—¡Ah! —dijo éste—. Mi pobre señor no pasará de esta noche: todos le han dado por perdido.

—¿Sí? ¿Ya? —exclamó aquél, corriendo hacia su caballo.

Se montó y partió tan deprisa hacia Zollern, que su caballo cayó a las puertas y él sólo pudo decir: «El conde Kuno se muere», antes de quedarse sin sentido. Sonaron entonces los cañones de Hohenzollern, y el conde Wolf y su madre esperaban gozosos la buena cuba de vino y la herencia, el lago, las joyas, y se regocijaban con el eco fuerte de los cañones. Pero lo que consideraban eco eran en realidad los cañones de Schalksberg, y Wolf dijo sonriendo a su madre:

—Así que el pequeño tenía también un espía, y tendremos que repartir el vino a partes iguales, como el resto de la herencia.

Subió entonces al caballo, pues sospechaba que el pequeño Schalk se le adelantaría y le robaría tal vez algunas exquisiteces del fallecido si llegaba antes.



Junto al lago de las carpas se encontraron los hermanos y ambos se sintieron abochornados, ya que los dos habían tratado de llegar antes que el otro. No hablaron ni palabra sobre Kuno cuando continuaron su camino juntos, sino que deliberaban fraternalmente cómo iban a actuar en el futuro y a quién correspondería Hirschberg. Al llegar al puente y entrar en el patio, vieron a su hermanastro asomado a una ventana, sano y fuerte, pero con la mirada llena de cólera y disgusto. Los hermanos se asustaron mucho al verlo, pensando al principio que era un fantasma y santiguándose; pero, cuando se dieron cuenta de que era de carne y hueso, exclamó Wolf:

—¡Ah, vaya! Creía que estarías muerto, estúpido.

—No es lo mismo aplazar que terminar —dijo el pequeño, que contemplaba a su hermano con mirada venenosa.

Pero éste, con voz atronadora, dijo:

—Desde este momento se han acabado de una vez por todas las relaciones de parentesco entre nosotros. Bien he oído vuestros cañonazos de júbilo; pero, mirad, también yo tengo cinco culebrinas en el patio y las he hecho cargar bien en vuestro honor. Procurad poneros fuera del alcance de mis disparos o probaréis cómo se dispara en Hirschberg.

No esperaron a que se lo repitiera dos veces, porque veían que hablaba en serio. Espolearon, pues, sus caballos y bajaron el monte a cuál más rápido: su hermanastro les disparó una bala que pasó silbando por encima de sus cabezas y que hizo que ambos se inclinaran, con una reverencia profunda y cortés, pero él sólo quería asustarlos, no herirlos:

—¿Por qué disparaste? —preguntó el pequeño Schalk malhumorado—. Yo disparé sólo al oírte, insensato.

—Al contrario, pregunta a nuestra madre —respondió Wolf—. Tú eres quien ha disparado primero y ha echado sobre nosotros este baldón, mozalbete.

El pequeño no se quedó atrás en insultos, y cuando llegaron al lago de las carpas, se habían intercambiado los mejores insultos heredados del torbellino de Zollern y se separaron con odio y disgusto.

Días después, Kuno hizo testamento, y la señora Feldheimerin dijo al capellán:

—Apostaría algo a que no ha escrito ninguna buena nueva a los cañoneros.

Pero por mucha curiosidad que sintiera y por más que le preguntara, él nunca le dijo lo que contenía el testamento; y nunca llegó a saberlo, pues un año después murió la buena mujer; sus pomadas y pócimas no le sirvieron de

nada, pues no murió de ninguna enfermedad, sino por sus noventa y ocho años, que pueden acabar incluso con una persona totalmente sana. El conde Kuno la hizo enterrar no como a una mujer pobre, sino como si hubiera sido su madre; aún más solitario se sintió en su castillo, sobre todo porque el capellán siguió pronto a la señora Feldheimerin.

Sin embargo, no sintió su soledad durante mucho tiempo: el buen Kuno murió a los veintiocho años. Las malas lenguas sostenían que por el veneno que el pequeño Schalk le hizo dar.

Sea como fuere, pocas horas después de su muerte se volvió a oír el estruendo de los cañones y se dispararon veinticinco tiros en Zollern y en Schalksberg.

—Esta vez he tenido que creerlo —dijo Schalk cuando se encontraron en el camino.

—Sí —contestó Wolf—, y, si otra vez sale a insultarnos a la ventana, llevo un rifle que le hará cortés y mudo.

Mientras subían hacia el castillo, se les unió un caballero desconocido seguido de una comitiva. Creyeron que sería tal vez un amigo de su hermanastro que venía a su entierro. Por ello, adoptaron un aire de abatimiento, elogiaron al difunto, se lamentaron de su temprana muerte, y el pequeño Schalk derramó incluso unas lágrimas de cocodrilo. Pero el caballero no les contestó, sino que cabalgaba junto a ellos callado, siguiendo el empinado camino de Hirschberg.

—¡Vamos ahora a ponernos cómodos y a beber vino del mejor, bodeguero! —exclamó Wolf al bajar del caballo.

Subieron la escalera y entraron en la sala, y allí también los siguió el silencioso caballero. Cuando los hermanos se hubieron acomodado en la mesa a sus anchas, se sacó aquél del jubón una moneda de plata y la arrojó sobre la mesa, donde resonó al rodar, y dijo:

—Aquí tenéis ahora vuestra herencia, y es justamente un florín de plata.

Los hermanos se miraron atónitos, se echaron a reír y le preguntaron qué quería decir.

El caballero sacó un pergamino convenientemente sellado, en el que el estúpido Kuno había detallado todas las ofensas que sus hermanastros le habían infligido en su vida, ordenando al final que toda su herencia, excepto las joyas de su difunta madre, se vendiera a su muerte a Württemberg ¡por un mísero florín de plata! Con el dinero de la venta de las joyas de su madre, se construiría en la ciudad de Balingen un asilo.

Entonces los hermanos se asombraron aún más, pero ya no se reían, sino que les rechinaban los dientes, pues nada podían hacer contra Württemberg, y habían perdido la hermosa propiedad, el bosque, los campos, la ciudad de Balingen e incluso el lago de los peces, y no habían heredado más que un miserable florín de plata. Wolf lo guardó altivo en su jubón, no dijo ni sí ni no, se puso el bonete en la cabeza y se marchó insolentemente, sin despedirse del comisario de Württemberg; subió al caballo y se dirigió a Zollern.

Cuando a la mañana siguiente su madre le atormentaba con reproches por haber dejado escapar bienes y joyas, cabalgó hasta el castillo de Schalksberg y le preguntó a Schalk:

—¿Vamos a jugarnos nuestra herencia o a gastarla en bebida?

—Mejor gastarla en bebida —dijo Schalk—, ya que los dos la hemos ganado. Vamos a llegarnos a Balingen y a dejarnos ver allí para fastidiar a la gente, aunque acabemos de perder la ciudad vergonzosamente.

—Y en el Lamm se bebe un tinto que ni el emperador lo tiene mejor —añadió Wolf.

Cabalgaron juntos a Balingen y en el Lamm preguntaron lo que valía la medida de vino y bebieron hasta completar un florín de plata. Se levantó entonces Wolf, sacó del jubón la moneda con el ciervo saltando, la arrojó sobre la mesa y dijo:

—Aquí tenéis vuestro florín, ¿está bien?

El posadero cogió el florín, lo miró por la derecha, lo miró por la izquierda y dijo luego sonriendo:

—Sí, estaría bien si no fuera un florín de plata de los del ciervo: ayer por la noche vino un mensajero de Stuttgart y hoy por la mañana ha dado un pregón en nombre del conde de Württemberg, al que ahora pertenece nuestra ciudad; estos florines están fuera de curso. Dadme otra moneda.

Los dos hermanos se miraron pálidos.

—Paga —dijo uno.

—¿No tienes ninguna moneda? —dijo el otro.

En definitiva, que tuvieron que dejar a deber el florín en la taberna de Balingen. Emprendieron su camino silenciosos y pensativos, y al llegar a la encrucijada desde la que por la derecha se iba a Zollern y por la izquierda a Schalksberg, dijo Schalk:

—¿Y ahora qué? Resulta que hemos heredado menos que nada; y encima el vino era malo.

—¡En efecto! —le respondió su hermano—. Se ha cumplido lo que dijo la Feldheimerin: «¡Veremos si vuestra herencia vale un florín del ciervo!».

Ahora no hemos podido comprar con él ni un jarro de vino.

—¡Qué desastre! —respondió el de Schalksberg.

—¡Qué estupidez! —dijo el de Zollern, y se dirigió a su castillo, hastiado de sí mismo y del mundo.

—Y ésta es la leyenda del florín del ciervo —concluyó el herrero— y debe de ser cierta. El posadero de Dürrwangen, que no está lejos de los tres castillos, se la contó a un buen amigo mío, que a menudo recorría como guía el Alb suabio y siempre se detenía en la posada de Dürrwangen.

Los huéspedes aplaudieron al herrero.

—¡Lo que hay que oír en la vida! —exclamó el cochero—. Verdaderamente, ahora es cuando me alegro de no haber perdido el tiempo jugando a las cartas; así es mucho mejor. Y me he aprendido la historia de tal manera, que mañana podría contarla a mis compañeros sin olvidar ni una palabra.

—Se me ha ocurrido algo mientras hablabais —dijo el estudiante.

—¡Oh, contadnos, contadnos! —pidieron el herrero y Félix.

—Bien —respondió aquél—, es lo mismo que me toque ahora o más tarde; de todas maneras he de contar lo que oí. Lo que voy a contar debió ocurrir una vez de verdad.

Se sienta cómodamente y va a empezar a hablar, cuando la posadera deja a un lado la rueca y se acerca a la mesa.

—Señores, es hora de ir a la cama —dijo—; han dado las nueve y mañana será otro día.

—Ve, pues, a dormir —exclamó el estudiante—. Tráenos otra botella de vino y no te entretendremos más.

—De ninguna manera —exclamó de mal humor—. Mientras haya huéspedes en el comedor, ni la posadera ni los criados pueden irse. En una palabra, señores míos, habéis de iros a vuestras habitaciones. Llevo mucho tiempo en pie, y más allá de las nueve no se puede andar bebiendo en mi casa.

—¡Qué ocurrencia, señora posadera! —dijo el herrero sorprendido—. ¿Cómo puede molestaros que estemos aquí, si hace ya tiempo que dormís? Somos gente de bien y no vamos a llevarnos nada ni a marcharnos sin pagar. Así no permito que me traten en ninguna posada.

La mujer volvió los ojos colérica:

—¿Creéis que voy a cambiar mi modo de vida por cualquier pelagatos de artesano, por cualquier andarín que me dé a ganar doce cruceros? Os digo por última vez que no permito extravagancias.

El herrero quería objetar algo otra vez, pero el estudiante le miró significativamente, guiñando el ojo a los demás:

—Bien —dijo—, si la señora posadera lo prefiere, vamos a nuestras habitaciones. Pero querríamos tener luces para encontrar el camino.

—En eso no puedo serviros —respondió adusta—; los demás encontrarán el camino a oscuras y para vos queda este resto de aquí. No tengo otra cosa en la casa.

En silencio tomó el joven la luz y se levantó. Los otros le siguieron, y los artesanos cogieron sus hatos para llevarlos a la habitación. Siguieron al estudiante, que les iluminaba la escalera.

Al llegar arriba, el estudiante les pidió en voz baja que le siguieran, abrió su habitación y les invitó a entrar.

—Ahora ya no hay duda —dijo—: nos va a traicionar. ¿No os habéis dado cuenta de cuán temerosamente trataba de mandarnos a la cama, cómo nos obstaculizaba cualquier medio de permanecer despiertos y juntos? Realmente piensa que ahora nos vamos a acostar y así se le facilitarán las cosas.

—¿Pero no creéis que todavía podríamos irnos? —preguntó Félix—. En el bosque podríamos salvarnos mejor que aquí en la habitación.

—Las ventanas están enrejadas también aquí —exclamó el estudiante, intentando en vano desenganchar uno de los hierros de la reja—. Nos queda sólo una salida, si queremos irnos, y es la puerta; pero no creo que nos permitan marchar.

—Hay que intentarlo —dijo el cochero—. Voy a probar si es posible llegar hasta el patio. Si lo es, vuelvo a buscaros.

Los demás aprobaron este propósito: se quitó los zapatos y se deslizó de puntillas hacia la escalera; arriba, en la habitación, sus compañeros acechaban temerosos. Y ya había logrado descender la mitad de la escalera sin ser advertido, cuando tras una columna se levantó de repente ante él un dogo enorme, le colocó las patas en los hombros y le enseñó, justo frente a su cara, dos filas de dientes largos y cortantes. No se atrevía a ir ni hacia delante ni hacia atrás, pues al mínimo movimiento, el temible animal saltaría a su cuello. De inmediato comenzó a ladrar, y aparecieron el criado y la mujer con luces.

—¿Adónde vais, qué queréis? —exclamó la mujer.

—Voy a buscar algo al coche —respondió el cochero con temblor en todo el cuerpo, pues al abrirse la puerta había vislumbrado en la habitación algunos rostros oscuros y sospechosos, hombres con rifles en la mano.

—Deberíais haberlo recogido todo antes —dijo la dueña malhumorada—. ¡Ven aquí, Fassan*! Abre la puerta del patio, Jakob, y alumbra a este hombre hasta su carruaje.*

El perro cerró sus fauces, retiró sus patas de los hombros del cochero y se acomodó de nuevo atravesado en la escalera; el criado había abierto la puerta del patio e iluminaba el camino. No podía pensarse en una huida, pero, reflexionando sobre qué iba a recoger en realidad del coche, recordó una libra de velas que tenía que entregar en la ciudad más próxima; la luz de arriba apenas les duraría un cuarto de hora y la necesitaban, se dijo. Buscó, pues, dos velas del coche, se las escondió bajo el brazo e hizo como que sacaba la capa para cubrirse durante la noche, diciéndoselo así al criado.

Regresó contento a la habitación. Contó que el perro vigilaba en la escalera, que había entrevisto a unos hombres, los preparativos que había hecho para tratar de asegurarse y concluyó suspirando:

—No pasaremos de esta noche.

—No lo creo —respondió el estudiante—; no puedo considerar tan loca a esta gente como para acabar con la vida de cuatro hombres por el mínimo botín que obtendrían. Pero no tenemos que resistirnos. Por mi parte, yo pierdo mucho: mi caballo ya lo tienen en sus manos y me costó cincuenta ducados hace apenas cuatro semanas; mi bolsa y mis vestidos se los daría de buena gana, pues en definitiva mi vida me importa más que todo ello.

—Habéis hablado bien —respondió el cochero—; las cosas que perderíais las podéis sustituir con facilidad. Pero yo soy el mensajero de Aschaffenburg y tengo en mi carro toda clase de bienes, y en el establo dos hermosos corceles, mi única riqueza.

—Considero imposible que os ataquen —observó el herrero—; robar a un mensajero levantaría demasiada polvareda en el país. En todo caso, estoy también a favor de lo que dice el señor. Preferiría dar al instante todo lo que tengo y jurar que no diría nada, ni me quejaría nunca, antes que defender mis escasos bienes frente a gente con pistolas y rifles.

Durante la conversación, el cochero había sacado las velas. Las colocó en la mesa y las encendió.

—Con la ayuda de Dios esperaremos lo que nos vaya a suceder —dijo—. Vamos a sentarnos de nuevo y a mantener alejado el sueño hablando.

—Hagámoslo —respondió el estudiante—. Como me tocaba el turno a mí, voy a relataros algo.

El corazón frío

(Primera parte)

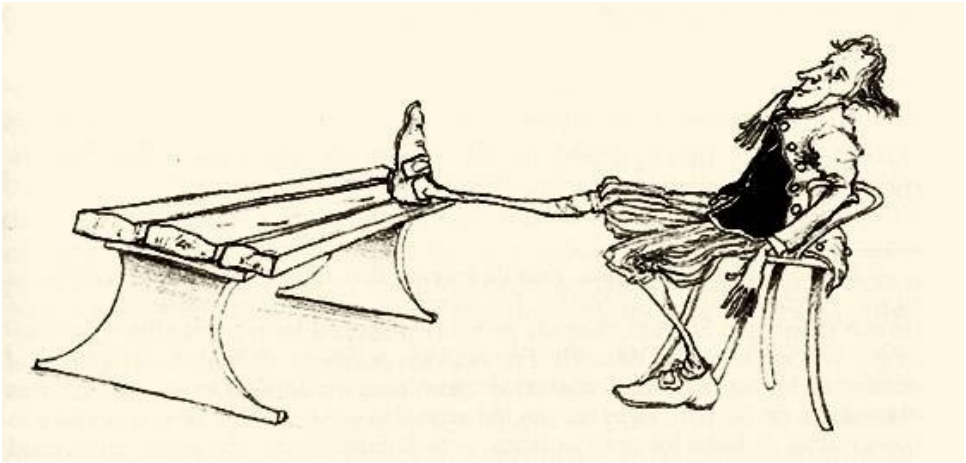
Quien viaje por Suabia no debería olvidarse nunca de echar una ojeada a la Selva Negra; y no por los árboles, aunque no se halle en todas partes tan enorme cantidad de abetos de tan magnífico tamaño, sino por su gente, que de forma curiosa se diferencia de la de los alrededores. Son más altos de lo corriente, anchos de hombros, de miembros vigorosos, y es como si la fragancia robustecedora que se esparce de mañana por entre los abetos les hubiera otorgado desde la juventud una respiración más espontánea, una visión más límpida y una audacia más recia, aunque también más ruda, que la de los habitantes de vegas y llanuras. Y no sólo por el porte y la estatura, sino también por las costumbres y trajes se distinguen de las gentes que viven fuera de la Selva Negra badense. Los hombres se dejan crecer la barba en torno a la barbilla, tal como les sale por naturaleza; sus negros jubones, sus enormes pantalones bombachos plisados, sus medias rojas y los sombreros puntiagudos, rodeados de una amplia arandela, les prestan un aire extraño, pero serio y respetable. Se dedican en general a la vidriería; también fabrican relojes y los envían a medio mundo.

En el otro extremo de la Selva vive una parte de la misma familia, pero su trabajo les ha proporcionado otros usos y costumbres diferentes de los vidrieros. Trafican con su bosque; abaten y talan sus abetos, los envían en balsas por el Nagold al Neckar, y desde la parte alta del Neckar, Rin abajo, hasta llegar a Holanda; y a orillas del mar son bien conocidos los de la Selva Negra y sus largas balsas. Se detienen en todas las ciudades que hay junto al río, y aguardan altivos a que les compren sus maderos y sus tablas. Pero los maderos más largos y fuertes se los venden a un alto precio a los *Mynheers*[66], que construyen barcos con ellos. Por tanto, estos hombres están acostumbrados a una ruda vida vagabunda. Su alegría es navegar aguas abajo sobre sus maderos; su pesar, volver a la orilla. De ahí que su traje de fiesta sea tan diferente del de los vidrieros de la otra parte de la Selva Negra. Llevan

jubones de lino oscuro, tirantes verdes de un palmo de ancho sobre su robusto pecho, pantalones de cuero negro de cuyo bolsillo asoma, como un distintivo, un metro de latón; pero su alegría y su orgullo son sus botas, tal vez las mayores que se llevan en cualquier parte del mundo, pues pueden meterse hasta dos palmos más arriba de la rodilla, y de este modo los armadieros[67] pueden ir de un lado a otro sin mojarse las piernas hasta en aguas de tres pies de profundidad.

Todavía hasta hace poco, los habitantes de la Selva Negra creían en los espíritus de los bosques, y sólo en época reciente ha sido posible arrancarles de esta necia superstición. Pero lo curioso es que los espíritus de los bosques que, según la leyenda, habitan en la Selva Negra, han compartido también esta diferencia de indumentaria. Aseguraban que el Hombrecillo de Cristal, un geniecillo de cuatro pies y medio de altura, no se muestra más que con un pequeño sombrero de ala amplia, con jubón y pantaloncitos bombachos y medias rojas. Michel el Holandés, que ronda por la otra parte de la Selva, tiene que ser un tipo gigantesco, de anchas espaldas, con la indumentaria de los armadieros, y varios de los que lo han visto afirman que no quisieran tener que costear de su bolsillo las terneras cuya piel sería necesaria para sus botas. «Son tan grandes, que un hombre corriente se metería en ellas hasta el cuello», decían, pretendiendo no haber exagerado nada.

Un muchacho de la Selva Negra tuvo una singular aventura con estos genios, como os voy a contar. Vivía en la Selva Negra una viuda, llamada Bárbara Munk; su marido había sido carbonero, y a su muerte, ella fue animando a su hijo, un muchacho de dieciséis años, a dedicarse al mismo trabajo. El joven Peter Munk, un buen mozo, consintió en ello, porque en casa de su padre no había conocido otra cosa que pasarse la semana entera sentado junto al horno de carbón humeante, o ir a vender el carbón a las ciudades, negro y cubierto de hollín, provocando el asco de las gentes. Sin embargo, un carbonero tiene mucho tiempo para pensar en sí mismo y en los otros y, cuando Peter Munk se sentaba junto a su horno de carbón, el silencio profundo del bosque y los árboles sombríos que le rodeaban, hacían llorar su corazón y sentir una vaga añoranza. Algo le entristecía, algo le molestaba, y no sabía bien qué era. Por fin se dio cuenta de que lo que le molestaba era su situación.



—Un carbonero negro y solitario —se decía— es una vida miserable. ¡Qué distinguidos son los vidrieros, los relojeros e incluso los mismos músicos los domingos por la tarde! Y cuando Peter Munk aparece limpio y aseado, con el jubón de fiesta de su padre, con sus botones de plata y flameantes medias rojas, si alguien va detrás de mí y piensa: «¿Quién es ese mozo?», aprobando en su interior las medias rojas y mi caminar elegante, cuando me adelanta y se vuelve a mirar, seguro que dice: «¡Anda, si sólo es Munk, el carbonero!».

También eran objeto de su envidia los armadieros que vivían al otro lado. Cuando estos gigantes de los bosques regresaban con sus vistosos trajes, llevando en botones, hebillas y cadenas un quintal de plata sobre su cuerpo; cuando en actitud indolente presenciaban el baile, proferían maldiciones en holandés y fumaban en interminables pipas de Colonia[68], como los Mynheers más elegantes, el armadiero era para Peter la imagen más acabada del hombre feliz. Y cuando estos seres felices metían las manos en los bolsillos, sacándolas llenas de táleros, y jugaban a los dados, Peter se ponía fuera de quicio y, desconsolado, marchaba lentamente hacia su choza, pues alguna que otra noche de fiesta había podido ver cómo cualquiera de los «señores madereros» perdía en el juego más de lo que el viejo Munk hubiera podido ganar en un año. Entre estos hombres había sobre todo tres a los que Peter admiraba sobremanera. Uno era un hombretón gordo, de cara roja, que pasaba por ser el más rico de los contornos. Le llamaban Ezequiel el Gordo; iba dos veces al año a Ámsterdam, con madera para la construcción, y tenía siempre la suerte de venderla mucho más cara que otros, de modo que, cuando los otros volvían a casa a pie, él podía navegar aguas arriba majestuosamente. Otro era el hombre más alto y escuálido de toda la Selva. Se le conocía por Schlurker el Largo: a éste le envidiaba Munk por su extraordinaria audacia; contradecía a las personas más destacadas, y en la

taberna, cuando no cabía ni un alfiler, necesitaba para él sólo más espacio que cuatro de los hombres más gordos, pues apoyaba los codos en la mesa o estiraba una de sus largas piernas sobre el banco, y nadie se atrevía a protestar, pues tenía muchísimo dinero. El tercero, un chico joven y apuesto, era el mejor bailarín de los alrededores, y de ahí que tuviera el sobrenombre de Rey del Baile. Había sido pobre y había servido como criado en casa de un maderero. De golpe se había hecho inmensamente rico; unos decían que había encontrado una olla llena de dinero bajo un viejo abeto; otros afirmaban que no lejos de Bingen, en el Rin, había pescado un fardo con monedas de oro, con ayuda del arpón que suelen usar los gancheros para pescar, y que el fardo formaba parte del gran tesoro de los Nibelungos[69] que está allí enterrado. En resumidas cuentas, se había enriquecido de repente y era considerado como un príncipe por jóvenes y viejos.

En estos tres hombres pensaba a menudo Peter Munk, el carbonero, cuando estaba sentado solo en el bosque. Es cierto que los tres tenían un defecto fundamental, que los hacía odiosos a la gente, ya que los habitantes de la Selva Negra son gente bonachona, y era su avaricia inhumana, su crueldad con los deudores y los pobres; pero ya se sabe lo que sucede con estas cosas: por muy odiados que fueran por su avaricia, no dejaban de gozar de prestigio por su dinero, pues ¿quién podía tirar como ellos las monedas como si el dinero cayera de los abetos?

—No puedo seguir así —se dijo un día Peter muy afligido, porque la víspera había sido fiesta y todo el mundo había estado en la taberna—. Como no logre prosperar pronto, voy a hacerme yo mismo algo malo. ¡Si fuese respetado y rico como Ezequiel el Gordo, o tan audaz y poderoso como Schlurker, y si pudiera arrojar a los músicos táleros en vez de cruceros, y fuera tan famoso como el Rey del Baile! ¿De dónde puede sacar el dinero?

Repasó toda clase de medios para lograr dinero, pero ninguno pareció satisfacerle; al final recordó también las leyendas de hombres que en épocas pasadas se habían enriquecido con la ayuda de Michel el Holandés o del Hombrecillo de Cristal. En los tiempos en que aún vivía su padre, solían venir de visita a menudo otras gentes humildes: en esas ocasiones se hablaba largo y tendido de personas ricas y del modo como se habían enriquecido; muchas veces desempeñaba un papel importante en ello el Hombrecillo de Cristal; por cierto que, si se esforzaba, casi podría recordar todavía los versos que era necesario recitar en la colina de los abetos, en medio del bosque, para que aquél apareciese. Empezaban así:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos…

Pero, por mucho que estrujaba su memoria, no podía recordar ningún verso más. Pensó con frecuencia si debería preguntar cómo eran las palabras mágicas a éste o a aquel anciano; pero cierta timidez le hacía siempre desistir de traicionar sus pensamientos o simplemente supuso que la leyenda del Hombrecillo de Cristal no debía de ser muy conocida, y que muy pocos se sabían el dicho, pues en la Selva no había muchos ricos, y además, ¿por qué, si no, no habían probado suerte su padre y las otras pobres gentes? Por fin, llevó a su madre en cierta ocasión a que le hablara del Hombrecillo de Cristal, pero ella le contó lo que ya sabía: tampoco conocía más que la primera estrofa del dicho y acabó por decirle que el geniecillo sólo se aparecía a aquellos que hubieran nacido en domingo, entre las once y las dos. Que él precisamente vendría que ni pintado para el asunto, si conociera el dicho, pues había nacido un domingo a las doce del mediodía.

Al oír esto, el carbonero Peter Munk se puso fuera de sí de alegría y de ansia por emprender la aventura. Le pareció bastante saber una parte del conjuro y haber nacido en domingo para que el Hombrecillo se le apareciera. Por eso un buen día, después de vender su carbón, no encendió otro horno, sino que se vistió con el jubón de fiesta de su padre, se puso unas medias rojas nuevas y el sombrero de los domingos, cogió el bastón de endrino, que medía cinco pies, y se despidió de su madre:

—Tengo que ir a la ciudad, a la prefectura, pues pronto sortearán para el ejército y voy a advertirle otra vez al prefecto que sois viuda y yo vuestro único hijo.

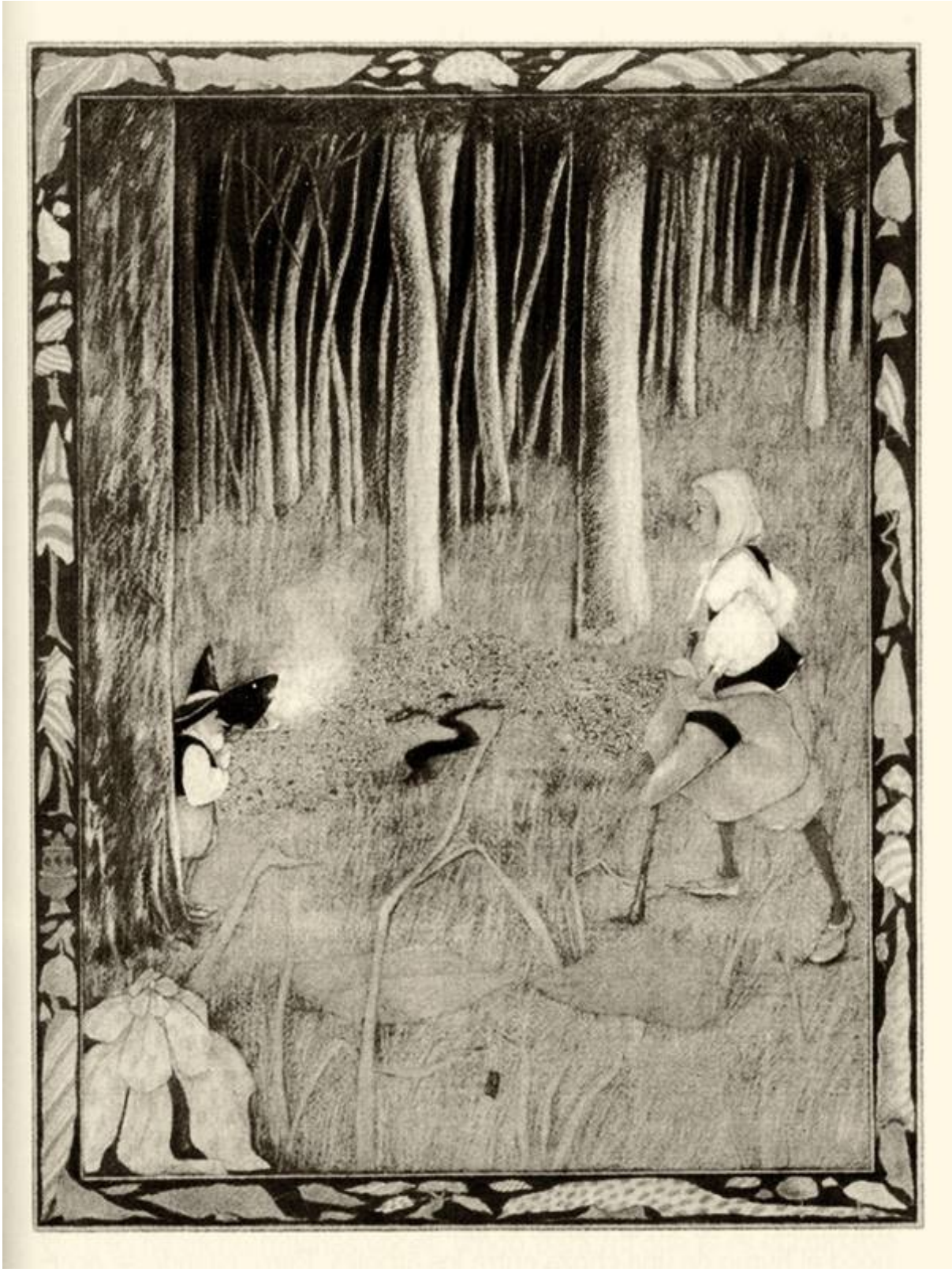
La madre elogió su propósito; sin embargo, Peter se puso en camino hacia la colina de los abetos. La colina de los abetos está situada en lo más alto de la Selva Negra. Por aquel entonces, no existía en dos leguas a la redonda ni un pueblo, ni siquiera una choza, porque las gentes supersticiosas creían que aquel paraje era peligroso. Por altos y majestuosos que allí se levantaran los abetos, se talaba a disgusto la madera en aquella zona, pues con frecuencia a los leñadores que allí trabajaban les había saltado el hacha del astil, cayéndoles a los pies, o los árboles se habían desplomado verticalmente y al caer habían derribado y herido a los hombres, y hasta causado su muerte; por otra parte, los más hermosos árboles de aquel lugar no hubieran podido

emplearse más que para leña, ya que los armadieros jamás admitían en su balsa ni una rama de la colina de los abetos, pues corría el rumor de que, cuando un abeto de la colina se hallaba entre los demás en el agua, traía la desgracia al hombre y a la madera. De ahí que la arboleda de la colina de los abetos fuera tan alta e impenetrable que en pleno día era casi de noche. Peter Munk experimentó allí una sensación de terror, pues no oía más voz ni más pasos que los suyos, ningún hachazo; hasta los mismos pájaros parecían evitar la espesura de los abetos.

El carbonero Peter Munk había alcanzado en aquel momento el punto más alto de la colina de los abetos y se hallaba ante un abeto de enorme tamaño, por el que cualquier armador holandés hubiera pagado allí mismo varios cientos de florines. Pensó que era probable que viviera allí el Tesorero. Se quitó su gran sombrero de los domingos, hizo una profunda reverencia ante el árbol, carraspeó y dijo con voz temblorosa:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos…

Mientras pronunciaba estas palabras vio con gran sobresalto una extraña y diminuta figura que asomaba por detrás del corpulento abeto; le pareció como si hubiera visto al Hombrecillo de Cristal, tal como le habían descrito: el juboncillo negro, las diminutas medias rojas, el sombrerito, todo correspondía; creyó haber visto hasta la carita pálida, pero delicada y astuta, de la que se hablaba. Pero ¡ah!, tan rápido como apareció el Hombrecillo, se esfumó otra vez.



—Señor de Cristal —gritó Peter después de dudar algo—: sed indulgente y no me tengáis por loco. Señor de Cristal, si pensáis que no os he visto, os equivocáis de medio a medio. ¡Os he visto asomar por detrás del árbol!

Tampoco hubo respuesta: sólo en algún momento creyó percibir por detrás del árbol una risa ahogada, ronca. Su impaciencia terminó por vencer el miedo que hasta entonces le había detenido.

—¡Espera, mocito! ¡Pronto vas a estar en mis manos! —gritó.

Y de un salto se plantó detrás del abeto; pero allí no estaba el Tesorero del verde bosque de abetos; sólo una graciosa ardillita trepaba veloz por el árbol.

Peter Munk sacudió la cabeza: se dio cuenta de que había llevado el conjuro hasta un cierto grado y de que tal vez le faltaba sólo una rima para completar el dicho, de modo que podría atraer con ella al Hombrecillo de Cristal. Pero por más que pensó no encontró nada. La ardillita se dejó ver en las ramas inferiores del abeto, y le pareció que le provocaba o se burlaba de él. Se componía, enroscaba su bonita cola, le contemplaba con ojos astutos, pero Peter acabó por sentir casi miedo de estar a solas con el animal, pues la ardillita ya le parecía tener una cabeza humana y llevar un sombrero de tres picos, ya era como una ardilla cualquiera, sólo que en las patas traseras llevaba medias rojas y zapatos negros. Era, en suma, un animal divertido, pero Peter se estremeció de horror, pensando que allí había gato encerrado.

Peter se marchó con pasos más rápidos que los que había traído. La oscuridad del bosque de abetos pareció hacerse cada vez más negra, los árboles se erguían cada vez más impenetrables y Peter empezó a sentir tal terror que salió disparado de allí y sólo se tranquilizó al oír en la lejanía el ladrar de unos perros y distinguir al poco el humo de una choza entre los árboles. Pero, cuando se acercó y vio los trajes de la gente de la choza, descubrió que por miedo había tomado precisamente la dirección opuesta y había topado con los armadieros en lugar de con los vidrieros. Las gentes que vivían en la choza eran leñadores: un anciano, su hijo, el dueño de la casa y algunos nietos ya mayores. Acogieron con simpatía a Peter el carbonero, que les pidió albergue, sin preguntarle su nombre ni dónde vivía. Le dieron de beber sidra y por la noche sirvieron un gran urogallo, el manjar más exquisito de la Selva Negra.

Después de la cena, el ama y sus hijas se sentaron con sus ruecas en torno al gran fuego que los muchachos alimentaban con la más selecta resina de abeto; el abuelo, el huésped y el amo fumaban mientras contemplaban a las mujeres; los chicos se ocupaban en hacer tenedores y cucharas de madera. Fuera, en el bosque, bramaba el huracán azotando los abetos; aquí y allá se

oían golpes violentos y a menudo parecía como si se desgajaran árboles enteros y se desmoronaran con estrépito. Los chicos querían salir a corretear audaces por el bosque para contemplar aquel espectáculo terriblemente hermoso, pero el abuelo los retuvo con gesto grave y palabras severas.

—Yo no aconsejaría a nadie que traspasara ahora la puerta —les gritó—. ¡Por Dios que jamás volvería! Michel el Holandés está talando un nuevo tronco en el bosque.

Los pequeños le miraron asombrados. Puede que ellos ya hubieran oído algo sobre Michel el Holandés, pero pidieron al abuelita que les hablase de él con detalle. También Peter Munk, que apenas había oído algo sobre Michel el Holandés en la otra parte de la Selva, se unió a su petición y preguntó al anciano quién era aquél y de dónde venía.

—Es el señor de estos bosques y, si a vuestros años no sabéis esto todavía, deduzco que venís de más allá de la colina de los abetos o incluso de más lejos. Os voy a contar lo que sé de Michel el Holandés y lo que cuenta de él la leyenda. Hace unos cien años (así lo contaba al menos mi abuelo) no había en el mundo pueblo más honrado que los habitantes de la Selva Negra. Hoy día, desde que hay tanto dinero en la región, los hombres son desleales y malos. Los domingos, la gente joven baila y se divierte, blasfemando que es un horror. En otros tiempos era muy distinto y, aunque Michel el Holandés esté mirando ahora mismo por esa ventana, lo digo y lo he dicho muchas veces: tengo para mí que él es el culpable de toda esta corrupción. Vivía hace cien años, aún más, un rico maderero que tenía muchos criados; traficaba Rin abajo hasta la desembocadura, y su negocio era fecundo, pues era un hombre piadoso. Una noche llegó hasta su casa un hombre como jamás había visto. Su vestimenta era como la de los mozos de la Selva Negra, pero le sacaría por lo menos la cabeza a cualquiera de ellos. Nunca hubiera creído que podía existir un gigante tal. Pidió trabajo en casa del maderero, y éste, considerándolo suficientemente fuerte y apto para trabajos duros, ajustó con él el salario y llegaron a un acuerdo. Michel era un obrero como el maderero no había tenido jamás. En la tala de árboles valía por tres y, mientras que seis cargaban con un extremo, él solo llevaba el otro. Cuando había cortado madera durante medio año, se presentó un día ante su señor y le habló así:

»—Ya he partido aquí bastante madera; ahora quisiera también ver adónde van a parar mis troncos. ¿Qué pasaría si me dejaseis ir alguna vez en la balsa?

»El maderero respondió:

»—Yo no quiero servirte de estorbo, Michel, si quieres ver un poco de mundo. La verdad es que, si para el corte de maderas necesito gente fuerte como tú, en las armadías, en cambio, todo es cuestión de habilidad, pero sea por esta vez.

»Y así fue: la armadía con la que él debía partir constaba de ocho troncos, que además eran de los más grandes. Pero ¿qué ocurre? La noche anterior, el largo Michel trajo al río otros ocho maderos más, tan gruesos y largos como nadie los había visto jamás, y los llevó uno a uno al hombro con la misma agilidad que si se tratara de un gancho para los troncos, de modo que todos se quedaron espantados. En qué sitio los había talado, todavía hoy no lo sabe nadie. El maderero se alegró en el alma cuando los vio, pero calculó lo que podrían valer aquellas planchas. Michel dijo:

»—Bien, éstos son para navegar yo; en esas pequeñas astillas de ahí me es imposible avanzar.

»Su amo quiso regalarle como recompensa un par de botas de armadiero, pero él las tiró a un lado y sacó otro par como no se había visto hasta entonces; mi abuelo aseguraba que pesaban cien libras y medían cinco pies.

»La armadía partió. Y, si antes Michel había provocado la admiración de los leñadores, ahora les tocó asombrarse a los armadieros, pues la armadía, en vez de deslizarse lentamente por el río, como hacían suponer sus enormes maderos, voló como una flecha en cuanto llegaron al Neckar. Como el Neckar hacía una revuelta y en otras ocasiones a los armadieros les había costado trabajo mantener la armadía en el centro para no encallar en un banco de arena o de guijarros, Michel saltaba cada vez al agua y de un empujón movía la balsa a derecha o izquierda, de modo que pasaba deslizándose sin peligro. Si venía un tramo recto, Michel saltaba al primer tronco, lo hacía ir a toda vela, clavaba su enorme gancho en los guijarros, y con un solo impulso la armadía volaba de tal forma que la tierra y los árboles parecían pasar como una exhalación. De este modo, en la mitad del tiempo que otras veces se necesitaba, llegaron a Colonia, a orillas del Rin, donde solían vender su carga. Pero entonces dijo Michel:

»—¡Buenos comerciantes estáis hechos! ¡Pues sí que entendéis bien vuestros intereses! ¿Acaso creéis que los de Colonia necesitan para ellos toda esta madera que viene de la Selva Negra? No: os la compran a vosotros por la mitad de su valor para venderla más cara en Holanda. Vendamos por tanto los maderos pequeños aquí y vayamos a Holanda con los grandes. Lo que saquemos por encima del precio habitual será para nosotros.

»Así habló el astuto Michel y los demás estuvieron de acuerdo; unos, porque les gustaba que los llevaran a Holanda, para conocer el país; otros, por amor al dinero. Tan sólo hubo uno que fue honrado y quiso disuadirlos de exponer a un peligro las mercancías de su amo o de estafarle con un precio más alto, pero no le escucharon y olvidaron sus palabras. Sin embargo, Michel el Holandés no las olvidó. Navegaron con la madera por el Rin, aguas abajo. Michel gobernaba la armadía y la condujo velozmente a Rotterdam. Allí se les ofreció el cuádruple del precio inicial y, sobre todo, pagaron un dineral por los maderos de Michel. Cuando los de la Selva Negra vieron tanto dinero, no cabían en sí de alegría. Michel hizo el reparto: una parte, para el maderero; las otras tres, para los hombres. Y éstos se sentaron en las tabernas con marineros y gente de mal vivir, despilfarraron y perdieron su dinero; en cuanto al hombre honrado que quiso disuadirlos, Michel el Holandés lo vendió a un tratante de esclavos, y no se ha vuelto a oír hablar de él nunca más. Desde entonces Holanda fue el paraíso de los mozos de la Selva Negra, y Michel el Holandés, su rey. Durante mucho tiempo los madereros nada supieron del negocio. Imperceptiblemente fueron llegando de Holanda dinero, blasfemias, malas costumbres, bebidas y juego.

»Cuando el asunto salió a relucir, no se encontró a Michel el Holandés en ninguna parte, pero eso no quiere decir que haya muerto; desde hace cien años trasguea por el bosque, y se cuenta que ya ha ayudado a muchos a enriquecerse, pero a costa de sus pobres almas; no quiero decir más. Lo cierto es que todavía, en noches de tormenta como ésta, en la colina de los abetos, donde no se debe cortar leña, él elige por todas partes los abetos más hermosos, y mi padre le vio quebrar y derribar como si fuera una caña uno de cuatro pies de grueso. Con éstos obsequia a los que se apartan de la ley y acuden a él; a medianoche llevan los troncos al agua y rema con ellos hacia Holanda. Pero, si yo fuera rey y señor de Holanda, le abatiría a balazos, pues todos los barcos que tengan un solo madero de Michel el Holandés han de irse a pique por fuerza. De aquí viene que se oiga hablar de tantos naufragios, pues, de no ser así, ¿cómo podría zozobrar en el mar un barco bonito, imponente, tan grande como una catedral? Tantas veces como Michel el Holandés, en una noche de tormenta, tala un abeto en la Selva Negra, salta de la costura del barco uno de sus maderos viejos; el agua penetra y el barco se va a pique con toda la tripulación. Ésta es la leyenda de Michel el Holandés, y verdad es que todo lo malo de la Selva Negra procede de él. ¡Ah, puede hacerle a uno rico —añadió misteriosamente el anciano—, pero no quisiera tener nada suyo! Por nada del mundo querría estar en el pellejo de Ezequiel el

Gordo o de Schlurker el Largo. También debe de haberse sometido a él el Rey del Baile.

La tormenta había amainado durante el relato del viejo; las muchachas encendieron tímidamente los candiles y se marcharon; los hombres pusieron encima del banco, junto al hogar, un saco de hojas como almohada para Peter y le desearon buenas noches.

Peter Munk no había tenido nunca pesadillas como aquella noche; a veces creía que el gigantesco y sombrío Michel el Holandés abría bruscamente las ventanas de la habitación y con su brazo enormemente largo introducía una bolsa llena de monedas de oro, que agitaba de tal manera que producía un sonido agradable y argentino; otras veía de nuevo al pequeño y amable Hombrecillo de Cristal cabalgar por todo el cuarto sobre una gran botella verde, y creía volver a oír su risa ahogada, como en la colina de los abetos; entonces le zumbaba otra vez en el oído izquierdo:

¡Hay en Holanda mucho oro:
podéis tener cuanto queráis!
Sólo por un precio irrisorio,
¡oro, oro, oro!

Luego oía otra vez en su oído derecho la cancioncilla del Tesorero del verde bosque de abetos y una suave voz susurraba:

—Carbonero tonto, Peter Munk, carbonero tonto, no sabes hacer rimar un romance con «abeto», y eso que has nacido en domingo al dar las doce. ¡Rima, tonto, rima!

Gimió, suspiró en sueños, se esforzó por encontrar una rima, pero, como no había hecho ni una en su vida, su esfuerzo durante el sueño fue vano. Sin embargo, cuando se despertó con los primeros arreboles de la mañana, su sueño le pareció extraño; se sentó ante la mesa con los brazos cruzados y reflexionó sobre las insinuaciones que le resonaban aún en los oídos: «Rima, carbonero tonto, rima», se decía, golpeándose la frente con los dedos, pero no quería salir ninguna rima. Mientras seguía así sentado, con la mirada sombría, perdida, y pensaba en una rima como «abeto», pasaron tres jóvenes ante la casa, y uno de ellos cantó al pasar:

En la montaña permanecí
y miré al valle donde nací.
Por última vez allí la vi.

Por el oído de Peter cruzó como un relámpago, se levantó velozmente, se precipitó fuera de la casa, pues pensaba que no había oído bien, se lanzó en pos de los tres muchachos y, al vuelo, agarró rudamente por el brazo al cantor:

—Alto, amigo —gritó—, ¿qué habéis rimado con permanecer? Haced el favor de decirme lo que habéis cantado.

—¿A ti qué te importa? —objetó el de la Selva Negra—. Yo puedo cantar lo que me dé la gana. Y suelta ahora mismo mi brazo o…

—No, ¡tienes que decirme lo que has cantado! —chilló Peter, casi fuera de sí, agarrándole todavía más fuerte; pero los otros dos, al verlo, no se lo pensaron mucho y a violentos puñetazos arremetieron contra el pobre Peter y le zurraron de lo lindo, hasta que el dolor le hizo soltar la ropa del tercero y, agotado, cayó de rodillas.

—Ahora ya tienes tu merecido —dijeron ellos riendo—, y aprende, insensato, a no agredir en medio del camino a gente como nosotros.

—¡Ah, ya lo creo que he aprendido! —respondió Peter gimiendo—. Pero, ya que me he ganado las bofetadas, tened la bondad de decirme claramente lo que ha cantado ése.

Volvieron ellos a reírse y se burlaron de Peter; pero el que había cantado la canción, se la repitió, y se marcharon cantando y riendo.

—¡Así que *nacer*! —dijo el desgraciado aporreado, levantándose penosamente—. *Nacieron* con *abeto*. Ahora, Hombrecillo de Cristal, vamos a volver a tener unas palabras.

Entró en la choza, cogió su sombrero y su largo bastón, se despidió de los habitantes de la choza y emprendió su camino de vuelta a la colina de los abetos. Marchaba despacio y meditando, pues tenía que inventarse un par de versos. Por fin, al adentrarse en el paraje de la colina de los abetos donde los árboles se hacen más altos e impenetrables, resultó que Peter encontró la rima y dio un salto de alegría. En aquel momento salió de detrás de los abetos un hombre gigantesco, vestido de armadiero y con un gancho como un mástil en la mano. Peter Munk casi cayó de rodillas al ver que se le acercaba a paso lento, pues pensó que no era ni más ni menos que Michel el Holandés. La imponente figura permaneció silenciosa. Peter, tembloroso, le miraba de reojo, de cuando en cuando. Era cierto que le llevaba la cabeza al hombre más alto que Peter había visto, su cara no era ya joven ni tampoco vieja, pero estaba llena de bolsas y arrugas; llevaba un jubón de lino, y las enormes botas, que sobresalían por encima de los pantalones de cuero, eran bien conocidas de Peter por la leyenda.

—Peter Munk, ¿qué haces en la colina de los abetos? —preguntó por fin el rey de la Selva, con voz profunda y estremecedora.

—Buenos días, paisano —contestó Peter, queriendo mostrarse imperturbable, pero temblando de pies a cabeza—. Voy a casa por la colina de los abetos.

—Peter Munk —replicó aquél, lanzándole una mirada terrible y penetrante—, tu camino no pasa por este bosque.

—Bueno, no precisamente —dijo éste—, pero, como hoy hace calor, pensé que aquí se estaría más fresco.

—No mientas, carbonero Peter —gritó Michel con voz atronadora—, o te derribaré con mi estaca. ¿Crees que no te he visto mendigar al pequeño? —añadió más suavemente—. Venga, venga, que eso fue una tontería y lo bueno fue que no conocieras el dicho. El pequeño es un miserable, no da mucho, y a quien se lo da, no estará muy contento con su suerte. Peter, eres un pobre diablo y me das pena. Un buen mozo, valiente, que bien podrías hacer algo en la vida, ¡y tienes que andar carboneando! Mientras otros se sacan de la manga grandes táleros o ducados, tú apenas si puedes gastar unos céntimos. ¡Eso sí que es una vida miserable!

—Es cierto, tenéis razón: una vida miserable.

—A mí eso no me importa —prosiguió el imponente Michel—, pues ya he sacado de apuros a algún buen mozo; no serías tú el primero. Anda, di, ¿cuántos cientos de táleros necesitas para empezar?

Al decir esto, agitó las monedas en su enorme bolsillo, que volvió a sonar como en el sueño de aquella noche. Pero el corazón de Peter palpitó, temeroso y dolorido, ante aquellas palabras. Sintió frío y calor: Michel el Holandés no tenía aspecto de dar dinero por compasión, sin exigir nada a cambio. Recordó

las misteriosas palabras del anciano acerca de los hombres ricos y, acosado por un miedo y una inquietud inexplicables, exclamó:

—Muchas gracias, señor, pero no quiero tener nada que ver con vos; ya os conozco.

Y salió corriendo a más no poder. Pero el genio del bosque se le acercó a enormes zancadas y murmuró, sordamente y en tono amenazador:

—Todavía te has de arrepentir, Peter; sobre tu frente está escrito, se lee en tus ojos; tú no puedes rehuirme. No corras tanto, oye al menos una palabra razonable; allí está ya mi límite.

Pero, cuando Peter oyó esto y vio una pequeña zanja ante él, a poca distancia, se apresuró aún más para rebasarla, de modo que Michel tuvo que acabar por correr más, persiguiéndole con amenazas y maldiciones. Con un salto desesperado el joven pasó por encima de la zanja, pues vio que el genio del bosque levantaba la mano con su gancho y trataba de alcanzarle con él. Llegó finalmente al otro lado; el gancho se hizo astillas en el aire, como contra un muro invisible, yendo a caer junto a Peter un trozo largo.

Lo levantó triunfante para lanzárselo al oso Michel el Holandés, pero en ese momento sintió removerse en su mano el trozo de madera, y vio con horror que lo que sostenía en la mano era una serpiente enorme, que con la lengua espumosa y ojos fulgurantes se revolvía contra él. La soltó, pero se había enroscado en torno a su brazo y se acercaba cada vez más a su cara balanceando la cabeza. En aquel preciso momento, un enorme urogallo cayó como una tromba, atrapó la cabeza de la serpiente con el pico y se elevó con ella por los aires. Michel el Holandés, que había visto todo desde la zanja, aulló, gritó y maldijo, cuando la serpiente fue arrebatada como por algún poder.

Agotado y tembloroso continuó Peter su camino. El sendero se hacía más escarpado, el paraje más agreste, y Peter se encontró pronto junto al enorme abeto. Como el día anterior, repitió su reverencia ante el invisible Hombrecillo de Cristal y luego comenzó:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos:
sólo dejas que te vean
los que en domingo nacieron.

—La verdad es que no te ha salido bien del todo, pero por ser tú, Peter Munk, el carbonero, puede pasar —dijo a su lado una voz suave y fina.

Peter miró alrededor sorprendido y, bajo un hermoso abeto, vio sentado a un hombrecillo viejo, con jubón negro, medias rojas y un gran sombrero en la cabeza. Tenía una carita menuda y amable, y una pequeña barba tan sutil como una telaraña; fumaba en pipa de cristal azul, cosa que resulta un espectáculo extraño, y, cuando Peter se acercó más, vio para asombro suyo que la vestimenta, zapatos y sombrero del Hombrecillo también eran de cristal de colores, pero elástico como si aún estuviera caliente, pues se amoldaba a cualquier movimiento del hombrecillo como un paño.

—Te has encontrado con el rufián de Michel el Holandés, ¿eh? —dijo el Hombrecillo tosiendo un poco entre cada palabra—. ¡Bien te ha querido atemorizar! Pero le he hecho soltar su palo mágico y no lo va a recuperar nunca.

—Sí, señor Tesorero —respondió Peter, con una profunda reverencia—. Tuve mucho miedo. Pero, por cierto, vos habéis sido el señor urogallo que ha mordido de muerte a la serpiente. Os lo agradezco muchísimo. Pero he venido para que me aconsejéis: me va muy mal y tengo muchas dificultades. Un carbonero no puede llegar muy lejos; como todavía soy joven, pensaba que podría llegar a algo mejor; pero, cuando veo a menudo dónde han llegado otros en poco tiempo, sin ir más lejos Ezequiel y el Rey del Baile, que tienen dinero como agua…

—Peter —le interrumpió el Hombrecillo con la máxima seriedad, lanzando a distancia el humo de su pipa—, Peter, no me hables de ésos. ¿De qué les sirve lo que han conseguido, si aquí tienen apariencia de ser felices unos años, para ser después tanto más desgraciados? No debes despreciar tu oficio: tu padre y tu abuelo fueron gente honrada y también lo ejercieron, Peter Munk. Quiero pensar que no es el apego a la ociosidad lo que te trae a mí.

Peter se asustó de la gravedad del Hombrecillo y enrojeció.

—No —dijo—. Sé muy bien que la ociosidad es madre de todos los vicios, señor Tesorero del bosque de los abetos, pero no podéis tomar a mal que otro oficio me guste más que el mío. Mirad, un carbonero es en definitiva algo insignificante en este mundo; los vidrieros, los armadieros, los relojeros y todos los demás son más distinguidos.

—Con frecuencia es mayor la caí da cuanto más alto se ha subido —respondió algo más amable el pequeño señor del bosque de los abetos—. ¡Los hombres sois una raza extraña! Rara vez está uno satisfecho por completo con la posición en que ha nacido y en la que se ha criado; si fueras vidriero, querrías ser maderero; y, si fueras maderero, te gustaría el oficio de

guardabosque o la casa del prefecto. ¿Y de qué sirve esto? Pero bueno, si prometes trabajar bien, te voy a ayudar a conseguir algo mejor. Peter. A todo hombre nacido en domingo que sabe cómo encontrarse conmigo, suelo concederle tres deseos. Los dos primeros son libres. El tercero, si es disparatado, puedo denegarlo. Así que pide algo ahora; pero, Peter, pide algo bueno y provechoso.

—¡Ah, y cuán excelente sois, Hombrecillo de Cristal! ¡Con razón se os llama Tesorero, pues en vuestra casa están los tesoros! Bueno, ya que puedo desear lo que mi corazón anhela, quiero, en primer lugar, saber bailar mejor aún que el Rey del Baile y llevar siempre tanto dinero a la taberna como él.

—¡Insensato! —respondió el Hombrecillo encolerizado—. ¡Que deseo tan estúpido es ése: saber bailar bien y tener dinero para el juego! ¿No te avergüenzas, estúpido, de engañarte así respecto a tu felicidad? ¿De qué os servirá a ti y a tu pobre madre que sepas bailar? ¿De qué te servirá tu dinero, si según tu deseo es sólo para la taberna y, como el del desdichado Rey del Baile, se queda allí? Así vuelves a quedarte sin nada para toda la semana y a estar en la miseria como antes. Todavía te concedo otro deseo, pero trata de pedir con más sensatez.

Peter se rascó detrás de la oreja y, después de dudar dijo:

—Pues deseo la vidriería más hermosa y rica de toda la Selva Negra, con su equipo completo, y dinero para dirigirla.

—¿Nada más? —preguntó el Hombrecillo con aspecto preocupado—. ¿Nada más, Peter?

—Podríais añadir todavía un caballo y un carro…

—¡Ah, carbonero estúpido! —exclamó el Hombrecillo, arrojando disgustado contra un abeto corpulento la pipa de cristal de modo que se rompió en mil pedazos—. ¿Caballos, carros? ¡Juicio, te digo yo, juicio, sano sentido común y entendimiento debieras haber pedido en vez de caballitos y carros! Ea, no te pongas tan triste: cuidaremos de que no se vuelva en perjuicio tuyo, pues el segundo deseo no era tan descabellado. Una buena vidriería sustenta bien a su dueño; con que hubieras llevado también inteligencia y juicio, los carros y los caballos habrían venido por añadidura.

—Pero, señor Tesorero —respondió Peter—, me queda otro deseo. Podría pedir juicio, si consideráis que es tan absolutamente necesario.

—De ninguna manera. Todavía te verás en algún apuro y te alegrarás de que aún te quede un deseo. Y ahora ponte en camino hacia casa. Aquí tienes —dijo el geniecillo del bosque sacando una bolsita—, aquí tienes dos mil florines: con éstos basta, y no vuelvas a pedirme dinero, pues entonces tendría

que colgarte del abeto más alto. Desde que vivo en el bosque, así lo he hecho siempre. Hace tres días ha muerto el anciano Winkfritz, que tenía la gran vidriería del bosque de abajo. Ve allí mañana temprano y haz una oferta por la industria, como es justo. Pórtate bien, sé trabajador, y de vez en cuando te visitaré y te ayudaré con mi consejo y mi apoyo, puesto que no has pedido juicio. Pero, y esto te lo digo muy en serio, tu primer deseo fue malo. Guárdate de andar por la taberna; a la larga, Peter, todavía no le ha hecho bien a nadie.

Mientras decía esto, había sacado una nueva pipa del más bello cristal marfileño, la rellenó de piñas de abetos secas y se la metió en su pequeña y desdentada boca. Sacó después un enorme espejo ustorio[70], se puso al sol y encendió su pipa. Cuando hubo terminado, le dio cordialmente la mano, le hizo algunas advertencias en el camino, fumó y echó el humo cada vez con más rapidez, desapareciendo por fin en una nube de humo que despedía olor a auténtico tabaco holandés y que en lentos anillos flotó sobre las copas de los abetos.

Cuando Peter volvió a casa, encontró a su madre muy preocupada por él, pues la buena mujer se temía que su hijo hubiera sido alistado como soldado; pero éste volvía contento y de buen humor, y le contó cómo en el bosque había encontrado a un buen amigo que le había prestado dinero para empezar otro trabajo distinto. Aunque su madre vivía desde hacía ya treinta años en la carbonería y estaba acostumbrada a ver gentes ennegrecidas por el hollín, como todas las molineras lo están al rostro enharinado de su marido, fue lo bastante vanidosa para despreciar su antigua posición en cuanto su Peter le hizo vislumbrar una posición más brillante, y dijo:

—Sí, como madre de un hombre que posee una vidriería, no tengo nada que ver con ésta y la otra, y en lo sucesivo me sentaré delante en la iglesia, donde se coloca la gente bien.

Su hijo llegó pronto a un acuerdo con los herederos de la vidriería. Conservó a los obreros que allí trabajaban, y mandó que día y noche se produjera vidrio. Al principio le gustó el oficio; solía acudir tranquilamente a la vidriería, por donde se movía con paso elegante y las manos metidas en los bolsillos, mirando aquí y allá, diciendo esto o lo otro, de lo cual se reían muchas veces, y no poco, los obreros. Su mayor placer era ver soplar el vidrio, y a veces se ponía él mismo al trabajo y formaba las figuras más curiosas con la masa blanda todavía. Sin embargo, pronto le resultó insufrible el trabajo: al principio empezó por ir una hora al día nada más a la cabaña; luego, cada dos días, y finalmente, sólo una vez a la semana, con lo que los operarios hacían lo que querían. Pero todo esto no venía más que de frecuentar la taberna. El domingo, después de volver de la colina de los abetos, entró en la taberna, y en ese momento saltaba a la pista el Rey del Baile; también Ezequiel el Gordo estaba sentado ante el jarro de cerveza y se jugaba táleros reales. Peter se metió rápidamente la mano en el bolsillo para ver si el Hombrecillo de Cristal había mantenido su palabra y, ¡oh prodigio!, su bolsillo estaba rebosante de oro y plata; las piernas se le iban solas a bailar y brincar; cuando terminó el primer baile, se colocó con su pareja a la cabeza,

junto al Rey del Baile, y, si éste daba un salto de tres pies, Peter llegaba hasta cuatro; y, si marcaba pasos caprichosos y hacía filigranas, Peter daba tales vueltas y piruetas con los pies, que todos los espectadores quedaban casi fuera de sí, de regocijo y asombro. Cuando se supo en la pista que Peter había comprado una vidriería, cuando vieron que cada vez que pasaba bailando junto a los músicos les echaba unas moneditas, el asombro fue inmenso. Unos creían que habría encontrado un tesoro en el bosque, otros pensaban que habría heredado, pero todos le respetaban ahora y le tenían por un hombre afortunado sólo porque tenía dinero. Aquella misma noche perdió en el juego veinte florines y, con todo, seguía sonando su bolsillo, como si todavía hubiera dentro cien táleros.

Cuando Peter vio cómo le consideraban, no cabía en sí de gozo y orgullo. Despilfarró el dinero a manos llenas y lo repartió entre los pobres en abundancia, sabiendo cómo le había agobiado a él antes la pobreza. Las habilidades del Rey del Baile quedaron oscurecidas por las asombrosas capacidades del nuevo bailarín y desde entonces Peter llevó el sobrenombre de Emperador del Baile. Los jugadores más arriesgados del domingo no apostaban tanto como él, pero tampoco perdían tanto. Y, cuanto más perdía, más ganaba. Todo sucedía como se lo había pedido al Hombrecillo de Cristal. Había deseado tener en el bolsillo tanto dinero como Ezequiel el Gordo y era precisamente con él con quien perdía su dinero. Si perdía de una vez veinte o treinta florines, los volvía a tener en el bolsillo tan pronto como Ezequiel se los embolsaba.

Poco a poco fue sobrepasando en la vida licenciosa y en el juego a los tipos más disipados de la Selva Negra, y le llamaban con más frecuencia Peter el Jugador que el Emperador del Baile, pues ahora jugaba además casi todos los días de trabajo. De ahí que su vidriería decayera cada vez más por causa de la insensatez de Peter. Mandaba que se hiciera todo el vidrio posible, pero con la choza no había comprado el secreto de dónde venderlo mejor. Terminó

por no saber qué hacer con toda aquella cantidad de cristal y por venderlo a los buhoneros a mitad de precio, sólo para pagar a sus trabajadores.

Una noche volvía de la taberna a su casa y, a pesar de haber bebido mucho vino para animarse, pensaba con horror y pena en la ruina de su negocio. De repente notó que alguien caminaba junto a él, miró a su alrededor y, ¡oh sorpresa!, era el Hombrecillo de Cristal. Entonces montó en cólera, jurando y perjurando que el Hombrecillo era el culpable de toda su desgracia.

—¿Qué hago yo ahora con el caballo y el carro? —exclamó. ¿De qué me sirve la vidriería y todo el vidrio? Incluso cuando era un miserable carbonero vivía más alegre y no tenía preocupaciones. Ahora no sé cuándo vendrá el prefecto a tasar mi hacienda y embargarme por deudas.

—¿Ah, sí? —respondió el Hombrecillo de Cristal—. Así que soy yo culpable de que seas desgraciado… ¿Es éste el agradecimiento a mis favores? ¿Quién te mandó ser tan insensato en tus peticiones? ¿Querías ser vidriero y no sabías dónde vender el vidrio? ¿No te dije que debías pedir con más prudencia? Sensatez, Peter, e inteligencia es lo que te ha faltado.

—¿Qué dices de sensatez e inteligencia? —exclamó aquél—. Soy tan inteligente como cualquiera y te lo demostraré, Hombrecillo de Cristal.

Y, diciendo esto, agarró salvajemente por el cuello al Hombrecillo y gritó:

—¡Ahora te tengo, Tesorero del verde bosque de abetos! Y ahora quiero hacer mi tercera petición, que me tendrás que conceder. Quiero aquí, en el acto, doscientos mil táleros de plata y una casa y… ¡ay! —gritó sacudiendo la mano, pues el Hombrecillo del Bosque se había transformado en vidrio incandescente y le quemaba en ella como fuego chispeante. Pero del Hombrecillo no se veía ni rastro.

La mano hinchada le recordó durante varios días su ingratitud y su insensatez, pero después acalló su conciencia y se dijo que, aunque le vendieran la vidriería y todo lo demás, le quedaba Ezequiel el Gordo y que, mientras éste tuviera dinero los domingos, a él no le faltaría.

¡Sí, Peter! Pero ¿y si él no lo tiene? Así sucedió un día y, por cierto, resultó un curioso problema de cálculo. Sucedió que un domingo llegó Peter en coche a la taberna. Las gentes sacaban la cabeza por la ventana y uno dijo:

—Ahí viene Peter el Jugador.

Y el otro:

—Sí, el Emperador del Baile, el rico vidriero.

Un tercero movió la cabeza diciendo:

—Con dinero ya puede hacerse eso; pero se habla mucho de sus deudas y en la ciudad andan diciendo que el prefecto no tardará en embargarle.

Mientras tanto, el opulento Peter saludó con elegancia y solemnidad a los parroquianos que estaban en las ventanas, bajó del coche y gritó:

—Buenas tardes, posadero de El Sol. ¿Está ya aquí Ezequiel el Gordo?

Y una voz grave exclamó:

—¡Adelante, Peter! Tu puesto te está reservado: nosotros ya estamos jugando.

Peter entró en la taberna, se metió enseguida la mano en el bolsillo y se percató de que Ezequiel debía de estar bien provisto, pues su bolsillo estaba lleno hasta arriba.

Se sentó a la mesa con los demás, jugó y unas veces perdió, otras ganó. Jugaron hasta que los hombres de bien se marcharon a casa, cuando se hizo de noche, y siguieron jugando a la luz del candil hasta que otros dos jugadores dijeron:

—Bueno, basta ya: tenemos que volver a casa con la mujer y los hijos.

Peter el Jugador desafió a Ezequiel a quedarse. Durante un buen rato, éste se resistió, pero al fin exclamó:

—Bueno, voy a contar mi dinero y vamos a jugar a los dados con una apuesta de cinco florines, pues menos es un juego de niños.

Sacó la bolsa, contó y encontró cien florines: Peter supo lo que tenía sin necesidad de contar lo suyo. Pero, si antes había ganado, ahora Ezequiel perdía una vez tras otra, maldiciendo espantosamente. Tan pronto como él hacía parejas. Peter también las hacía, y siempre dos puntos más altas. Ezequiel puso al fin los dos últimos florines sobre la mesa y gritó:

—Otra vez, y aunque vuelva a perder, no voy a dejarlo. ¡Si es así, me prestas de tus ganancias, Peter, que un hombre bueno ayuda a otro!

—Todo lo que quieras, incluso si fueran cien florines —exclamo el Emperador del Baile, contento de haber ganado.

Ezequiel agitó los dados e hizo quince.

—¡Trío! —gritó—. ¡Veremos ahora!

Peter hizo dieciocho. Y una voz ronca, conocida, dijo a su espalda:

—Bien, esto era lo último.

Se volvió: tras él estaba el gigantesco Michel el Holandés. Atemorizado. Peter soltó el dinero que ya había retirado. Ezequiel el Gordo no vio al genio del bosque y exigía que Peter le adelantase diez florines para jugar. Como en sueños, Peter se metió a mano en el bolsillo, pero no había dinero; buscó en el otro y dio la vuelta a la chaqueta, pero no cayó ni un céntimo, y entonces reparó en su primer deseo: tener siempre tanto dinero como Ezequiel el Gordo. Todo se había desvanecido como el humo.

El tabernero y Ezequiel le miraban sorprendidos mientras él buscaba sin poder encontrar el dinero. No le querían creer que ya no tuviera más; pero cuando ellos mismos registraron sus bolsillos, se encolerizaron y juraron que Peter el Jugador era un mago malvado que por arte de magia había mandado a su casa todo el dinero ganado y además el suyo. Peter se defendía enérgicamente, pero las apariencias estaban en su contra. Ezequiel dijo que iba a contar la terrible historia a toda la gente de la Selva Negra, y el ventero le prometió ir al día siguiente muy de mañana a la ciudad para denunciar por hechicero a Peter Munk y añadió que ya vería cómo le quemaban. A continuación se abalanzaron furiosos sobre él, le arrancaron el jubón del cuerpo y lo arrojaron a la calle.

Ni una estrella brillaba en el cielo cuando Peter se dirigía abrumado hacia su casa, pero aun así reconoció a una figura oscura que caminaba junto a él y que al fin dijo:

—Estás acabado, Peter Munk: toda tu gloria ha terminado. Esto te lo podría haber dicho yo en aquella ocasión en que no quisiste nada conmigo y acudiste al estúpido del enano de cristal. Ya ves de qué sirve desdeñar mi consejo. Pero prueba una vez conmigo: me compadezco de tu destino; nadie se ha arrepentido de haberse dirigido a mí: y, si no te arredra el camino, mañana estaré todo el día en la colina de los abetos, si me llamas.

Peter sabía muy bien quién le hablaba, pero se quedó sobrecogido. No contestó nada, sino que salió corriendo hacia su casa.

Al llegar a este punto, el narrador fue interrumpido por un ruido producido delante de la venta. Se oyó un carruaje, varias voces pidieron luz y golpearon la puerta enérgicamente entre los ladridos de varios perros. La alcoba que les habían asignado al cochero y a los artesanos daba al camino, y los cuatro corrieron a ver lo que ocurría. A la incierta luz del farol, todavía lograron ver un gran carruaje que se había detenido ante la puerta; en ese momento, un hombre corpulento ayudaba a descender del coche a dos mujeres cubiertas con velos, y vieron al conductor con librea desenganchando los caballos, mientras un sirviente bajaba el equipaje.

—¡Alabado sea Dios! —suspiró el cochero—. Si estos salen sanos y salvos de esta posada, tampoco habrá peligro para mi coche.

—¡Silencio! —susurró el estudiante—. Tengo la sospecha de que no somos nosotros los que estamos amenazados, sino estas damas Probablemente los de abajo estaban ya informados de su viaje. ¡Si pudiéramos advertirles! Pero ¡atención!, en toda la venta no hay más que una habitación decorosa para las damas, la que está junto a la mía. Allí van a conducirlas. Quedaos tranquilos en esta cámara, voy a tratar de avisar al sirviente.

El joven se deslizó fuera de su aposento; apagó las velas y dejó encendido sólo el candil que le había dado la posadera. Luego permaneció a la escucha junto a la puerta.

Pronto subió la escalera la posadera acompañada de las señoras; con palabras suaves y amables las condujo a la alcoba de al lado. Aconsejó a sus huéspedes acostarse pronto, porque estarían agotadas del viaje. Luego volvió abajo. Poco después el estudiante oyó pasos pesados de hombre subiendo la escalera. Abrió con cuidado la puerta y por una rendijilla vio al hombre corpulento que había ayudado a las señoras a bajar del coche, llevaba atuendo de cazador y un cuchillo de monte a la cintura: sin duda era el escudero o el acompañante de las damas. Viendo el estudiante que había subido sin compañía, abrió rápidamente la puerta y le indicó que entrara.

Asombrado, éste se acercó y, antes de que pudiera preguntar qué quería de él, le susurró:

—¡Señor! Habéis entrado esta noche en una guarida de ladrones.

El hombre se asustó, pero el estudiante le hizo aproximarse a la puerta y le contó lo sospechoso que les parecía el establecimiento.

El cazador se quedó muy preocupado al oír aquello; contó al joven que las señoras, una condesa y su dama de compañía, querían al principio viajar durante toda la noche, pero a una media hora de la posada habían encontrado a un caminante que les había abordado y preguntado hacia dónde se dirigían; le informaron de que tenían intención de atravesar durante la noche el bosque de Spessart, pero él se lo había desaconsejado por ser en aquel momento de una extrema inseguridad.

—Si apreciáis el consejo de un hombre honrado —había añadido—, desistid de esa idea. Hay una venta no lejos de aquí; por mala e incómoda que pueda ser, es preferible pasar allí la noche antes que arriesgarse a un peligro innecesario en esta noche oscura.

El hombre que se lo había aconsejado parecía muy honrado y digno, de modo que la condesa decidió detenerse a descansar en la posada por miedo a un asalto.

El cazador creyó su deber advertir a las damas del peligro que las amenazaba. Fue a la otra habitación y poco después abrió la puerta que comunicaba la habitación de la condesa con la del estudiante; la condesa, una señora de unos cuarenta años, se dirigió al estudiante pálida de miedo y le pidió que le repitiera todo otra vez. Discutieron luego qué podrían hacer en tan difícil situación, y se decidió ir a buscar con el mayor sigilo a los dos sirvientes, al cochero y a los artesanos para, en caso de ataque, poder al menos hacer causa común.

Una vez hecho esto, cerraron la habitación de la condesa, que daba al corredor, y atrancaron la puerta con la cómoda y las sillas. Ella se sentó con su acompañante en la cama, y los dos sirvientes montaron guardia junto a ella. Los otros huéspedes llegados antes y el cazador se sentaron en torno a la mesa, en la alcoba del estudiante, con la decisión de hacer frente al peligro. Serían las diez de la noche, y en la casa estaba todo tranquilo, y todavía no había la menor traza de que los huéspedes fueran a ser molestados. El herrero dijo:

—Para permanecer despiertos lo mejor sería que hiciéramos lo de antes: contar cualquier tipo de historia que sepamos; y, si el señor cazador no tiene inconveniente, podríamos continuar.

El cazador no sólo no tenía nada en contra, sino que para mostrar su disposición prometió narrar algo él. Comenzó así:

La suerte de Said

En los tiempos de Harum al-Raschid, el señor de Bagdad, vivía en Basora un hombre llamado Benasar. Tenía una fortuna suficiente para poder vivir holgadamente y tranquilo, sin tener que ejercer el comercio o establecer algún negocio. Incluso cuando le nació un hijo no se apartó de su modo de vida.

—¿Por qué habría de comerciar y traficar a mi edad? —decía a sus vecinos—. ¿Para poder dejar en herencia a Said quizá mil monedas más, si me fuera bien, y mil menos, si me va mal? Donde comen dos, comen tres, dice el refrán, y con tal de que llegue a ser un joven bueno, no carecerá de nada.

Así hablaba Benasar y, en efecto, fue fiel a sus palabras, pues no educó a su hijo para el comercio o para ejercer un oficio, sino que le hizo leer con él los libros de los sabios; y, como en su opinión nada convenía más a un joven, fuera de la sabiduría y el respeto a la edad, que un brazo diestro y el valor, le hizo ejercitarse pronto en las armas, y enseguida pasó Said entre sus compañeros e incluso entre jóvenes mayores por un gran luchador; en la equitación y la natación no tenía rival.

Cuando tenía dieciocho años, su padre lo envió a La Meca, a la tumba del profeta[71], para cumplir en dicho lugar con el deber de la oración, tal como es costumbre y precepto. Antes de partir, su padre le hizo venir ante él, elogió su conducta y le dio buenos consejos y dinero, diciendo luego:

—¡Una cosa más, Said, hijo mío! Soy un hombre que se alza por encima de los juicios de la plebe. Me gusta escuchar las historias de genios y hechizos, porque me hacen pasar el tiempo agradablemente, pero estoy muy lejos de creer, como hacen tantas gentes ignorantes, que estos genios, o los que sean, tienen influencia sobre la vida y las acciones de los hombres. Pero tu madre, que murió hace ahora doce años, creía en ellos como en el Corán; en determinado momento, y después de hacerme jurar que no se lo revelaría más que a su hijo, me confió que ella estaba en contacto con un hada desde su nacimiento. Yo me reí, pero he de admitir que cuando naciste tú, Said,

sucedieron algunas cosas que me maravillaron. Durante todo el día había llovido y tronado, y el cielo estaba tan oscuro que no se podía leer sin luz. Pero hacia las cuatro de la tarde me dijeron que había nacido mi hijo. Me dirigí presuroso a los aposentos de tu madre, para ver y bendecir a mi primogénito, pero todas sus criadas estaban ante la puerta y a mis preguntas respondieron que en aquel momento nadie podía entrar en la habitación; que Zemira, tu madre, había hecho salir a todas porque quería estar sola. Llamé a la puerta, pero en vano, porque permaneció cerrada.

»Mientras permanecía ante la puerta en medio de las criadas, un poco disgustado, el cielo se despejó repentinamente como nunca había visto; lo más asombroso era que sólo sobre nuestra querida ciudad de Basora apareció un arco celeste, pero en derredor se mantenían las nubes negras, sacudidas por serpenteantes relámpagos. Mientras contemplaba aún con curiosidad este fenómeno, se abrió la puerta de mi esposa; hice esperar fuera a las criadas y entré solo en la habitación para preguntar a tu madre por qué se había encerrado. Al entrar, me sorprendió un aroma tan penetrante a rosas, claveles y jacintos que casi me mareé. Tu madre me hizo verte y enseguida me señaló un pequeño silbato de plata que llevabas en torno al cuello, en una cadenita de oro tan fina como la seda:

»—Ha estado aquí la bondadosa mujer de la que te hablé una vez —dijo tu madre— y ha hecho este regalo a tu hijo.

»—¿Ha sido entonces la hechicera quien ha mejorado el tiempo y ha dejado tras ella el aroma de rosas y claveles? —dije yo, sonriendo incrédulo —. Podría haberle regalado algo mejor que este silbatito, por ejemplo una bolsa de oro, un caballo o algo por el estilo.

»Tu madre me suplicó que no me burlara, porque las hadas se irritan con facilidad y cambian su bendición en maldición.

»Hice lo que me pedía y callé, ya que ella estaba débil, y no volvimos a hablar del singular suceso hasta seis años más tarde, cuando sintió que iba a morir, a pesar de lo joven que era. Me dio entonces el silbatito y me encargó que te lo diera cuando cumplieses veinte años, pues no debía apartarte de mí ni un minuto antes. Ella murió y aquí tienes el regalo —continuó Benasar, sacando de una cajita un silbatito de plata en un larga cadena dorada—: te lo entrego al cumplir los dieciocho, en lugar de los veinte, porque vas a emprender un viaje, y yo tal vez me haya reunido con mis seres queridos, ya muertos, antes de que regreses a casa. No veo ningún motivo razonable para que permanezcas aquí dos años más, como deseaba tu madre en su angustia. Eres un joven bueno y habilidoso, manejas las armas tan bien como uno de

veinticuatro años, y por ello te considero hoy tan maduro como si hubieras llegado ya a los veinte. Y ahora vete en paz y, en la fortuna y la desdicha que el cielo vaya a depararte, piensa en tu padre.

Así habló Benasar de Basora al dejar partir a su hijo. Said se despidió de él conmovido, se colgó al cuello la cadena, ocultó el silbatito en el cinturón, montó en su caballo y cabalgó hacia el lugar en el que se daba cita la caravana hacia La Meca. En poco tiempo se reunieron ochenta camellos y muchos cientos de jinetes. La caravana emprendió la marcha, y Said dejó atrás la puerta de Basora, su ciudad natal, que no volvería a ver en mucho tiempo.

Le distrajo al principio la novedad de un viaje así y la profusión de cosas nunca vistas que se le presentaban, pero cuando se aproximaban al desierto y el paisaje se hacía cada vez más solitario e inhóspito, comenzó a reflexionar también sobre las palabras con las que Benasar le había despedido.

Sacó el pequeño silbato, lo examinó por todas partes y por fin se lo llevó a la boca para probar si emitía un sonido claro y hermoso. Pero ¡atención!, no sonaba. Hinchó las mandíbulas y sopló con todas sus fuerzas, pero no pudo producir ni un solo sonido; disgustado con el inútil regalito, lo volvió a guardar en el cinturón. Sin embargo, pronto se concentraron otra vez sus pensamientos en las misteriosas palabras de su madre. Había oído algo de genios, pero nunca que éste o aquel vecino de Basora hubiera estado en relación con un espíritu sobrenatural, sino que las leyendas sobre estos seres se situaban siempre en tierras muy lejanas y, según creía, en la actualidad no se producían tales fenómenos, o los genios habían cesado de visitar a los hombres e influir en su destino. Aunque pensaba así, seguía dispuesto a intentar creer en cualquier cosa misteriosa y sobrenatural que le hubiera podido ocurrir a su madre; sucedió así que casi durante un día entero fue a lomos de su caballo como en un sueño, sin tomar parte en las conversaciones de los viajeros ni prestar atención a sus cantos o sus risas.

Said era un joven apuesto; su mirada era osada y valiente, su boca llena de valor y, aun siendo muy joven, había en todo su aspecto una cierta dignidad, como no se encuentra a menudo a esa edad, y la gracia con la que cabalgaba, con facilidad, pero seguro y con todas las armas, atrajo hacia él las miradas de algunos de los viajeros. Agradó en especial a un anciano que cabalgaba a su lado y que trató de poner a prueba también su inteligencia. Said, que había sido educado en el respeto a la edad, respondió con humildad, pero con inteligencia y sensatez, de modo que satisfizo sobremanera al anciano. Pero, como la mente del joven estaba ya durante todo el día ocupada en un solo objeto, sucedió que pronto se llegó a una conversación sobre el misterioso

reino de los genios, y Said preguntó al anciano si creía que había espíritus, benéficos o maléficos, que protegerían o perseguirían a los seres humanos.

El anciano se acarició la barba, movió la cabeza a un lado y a otro y dijo:

—No se puede negar que tales historias se han dado, aunque hasta hoy yo no he visto ni a un enano ni a un genio gigantesco, ni a un mago ni a una hechicera.

El anciano comenzó a relatarle tantas y tan maravillosas historias, que la cabeza le daba vueltas y no pensaba sino que todo lo sucedido en su nacimiento, el cambio del tiempo, el suave aroma de rosas y jacintos, era un presagio de gran fortuna, y él estaba bajo la especial protección de un hada poderosa y bondadosa, y que el silbatito le había sido regalado nada menos que para llamarla en caso de necesidad. Durante toda la noche soñó con castillos, caballos encantados, genios y demás, y vivió en un auténtico mundo mágico.

Sin embargo, al día siguiente habría ya de comprobar cuán vanos son todos los sueños, ya se sueñe dormido o despierto. Durante la mayor parte del día, la caravana había avanzado con lentitud, yendo Said siempre al lado de su viejo compañero, cuando en la lejanía se percibieron sombras oscuras. Algunos las consideraron montañas de arena, otros nubes, otros una caravana, pero el anciano, que ya había hecho varios viajes, gritó que había que ponerse en guardia porque se trataba de una banda árabe de ladrones. Los hombres cogieron sus armas, las mujeres y las mercancías se situaron en el centro, y todo se dispuso para el ataque. La masa oscura se desplazaba despacio sobre la llanura y parecía una gran bandada de cigüeñas cuando emigran a lejanas tierras. Se acercaron cada vez más rápido, y apenas se habían distinguido los hombres y las armas, cuando llegaron con la velocidad del viento y se lanzaron contra la caravana.

Los hombres se defendieron con valentía, pero los bandidos eran más de cuatrocientos y los rodearon por todas partes, mataron a muchos de lejos y atacaron luego con lanzas. En ese terrible momento, Said, que había luchado valientemente entre los primeros, recordó su silbato, lo sacó rápidamente, llevándoselo a los labios y soplando, pero… lo dejó caer otra vez apesadumbrado, pues no emitió el menor sonido. Irritado por aquella cruel desilusión, disparó e hirió en el pecho a un árabe que destacaba por su rica vestimenta; vaciló éste y cayó del caballo.

—¡Por Alá! ¿Qué habéis hecho, joven? —exclamó a su lado el anciano—. ¡Ahora sí que estamos todos perdidos!

Y en efecto: apenas vieron los ladrones caer a aquel hombre, lanzaron un grito espantoso y atacaron con tal saña, que pronto acabaron con los pocos hombres que aún no habían sido heridos. Said se vio rodeado en un instante por cinco o seis. Manejaba la lanza con tal destreza que nadie osaba acercarse. Finalmente, uno se detuvo, colocó una flecha en el arco y se disponía a disparar cuando otro le hizo señas. El joven se preparaba para defenderse del nuevo ataque, cuando uno de los árabes le lanzó sobre la cabeza un lazo, y por más que se esforzó por romper la cuerda, todo fue en vano: el lazo quedaba cada vez más apretado, y Said se vio apresado.

Al cabo, los componentes de la caravana estaban muertos o prisioneros, y los árabes, que no pertenecían a una sola tribu, se repartieron los prisioneros y el resto del botín, y partieron, una parte hacia el sur, los otros hacia el oeste. Junto a Said cabalgaban cuatro hombres armados, que le miraban a menudo con terrible ferocidad y deseos de aniquilarlo; pensó que el hombre al que había abatido sería importante, tal vez un príncipe. La esclavitud que le amenazaba era más dura que la muerte, por lo que con callada alegría deseó atraerse las iras de toda la horda, pues creía que en el campamento no sería otra su suerte que la de ser sacrificado. Los hombres vigilaban todos sus movimientos, y en cuanto miraba a algún sitio le amenazaban con sus lanzas. Pero en un momento en que el caballo de uno tropezó, giró rápidamente la cabeza y vio con alegría al viejo, su compañero de viaje, al que había creído muerto.

Al fin divisaron a lo lejos árboles y tiendas; al acercarse, una auténtica riada de niños y de mujeres les salió al paso; pero, apenas intercambiaron unas palabras con los bandidos, estallaron en un horripilante lamento, y todos se volvieron hacia Said, alzando los puños contra él y maldiciéndole.

—Es él —gritaban— el que ha matado al gran Almanzor, el más valiente de todos los hombres; tiene que morir, y arrojaremos su carne como presa a los chacales del desierto.

Con palos y piedras, con lo que tenían a mano, se abalanzaron sobre Said con tal furia que los mismos bandidos hubieron de interponerse.

—¡Fuera, chicos! ¡Fuera, mujeres! —exclamaron apartando a la multitud con las lanzas—. Ha abatido al gran Almanzor en el combate y debe morir, pero no a manos de una mujer, sino por la espada de un valiente.

Cuando llegaron a un lugar vacío entre las tiendas, se detuvieron. Los prisioneros fueron encadenados de dos en dos, el botín se retiró, pero Said fue encadenado él solo y conducido a una gran tienda. Allí estaba un anciano ricamente vestido, cuyo aspecto solemne y orgulloso revelaba que era el jefe

de la horda. Los hombres que conducían a Said se presentaron ante él abatidos y con la cabeza baja.

—El lamento de las mujeres me dice lo que ha sucedido exclamó aquel hombre majestuoso, mirando a la fila de los ladrones y vuestro aspecto me lo confirma. Almanzor ha caído.

—Almanzor ha caído —respondieron los hombres, pero he aquí, Selim, señor del desierto, a su asesino. Lo traemos para que decidas cómo ha de morir. ¿Hemos de asaetearlo de lejos, arrojarle nuestras lanzas, ahorcarlo o hacer que lo destrocen los caballos al galope?

—¿Quién eres? —preguntó Selim mirando amargamente al prisionero, que se hallaba ante él dispuesto a morir, pero valeroso.

Said respondió a esta pregunta con brevedad y sinceridad.

—¿Has matado a mi hijo a traición? ¿Le has atacado por detrás con una flecha o una lanza?

—¡No, señor! —contestó Said—. Lo he matado de frente, en lucha abierta, en el ataque a nuestra caravana, porque él ya había matado a siete de mis compañeros ante mis ojos.

—¿Es como dice? —preguntó Selim a los hombres que le custodiaban.

—Sí, señor; ha matado a Almanzor en lucha abierta —dijo uno de los interrogados.

—Entonces, lo que ha hecho no ha sido ni más ni menos que lo que habríamos hecho nosotros: ha atacado y ha matado al enemigo que quería privarle de la libertad y de la vida. ¡Liberadle enseguida de sus cadenas!

Los hombres lo contemplaron perplejos y pusieron manos a la obra vacilantes y de mala gana.

—¿Entonces no va a morir el asesino de tu hijo, del valiente Almanzor? —preguntó uno, lanzando miradas iracundas a Said—. ¡Deberíamos haberlo matado nosotros en el momento!

—¡No debe morir! —exclamó—. Voy a acogerlo en mi propia tienda, lo elijo como mi parte correspondiente del botín, y será mi servidor.

Said no halló palabras para demostrar su agradecimiento al anciano, pero los hombres abandonaron la tienda murmurando y, cuando comunicaron la decisión del anciano Selim a las mujeres y a los niños que se habían congregado fuera esperando el castigo de Said, se produjo un clamor y un griterío terrible; gritaban que vengarían con la de su asesino la muerte de Almanzor, ya que su propio padre no quería ejercer la venganza.

El resto de los prisioneros se repartió entre la banda, dejando libres a algunos más ricos para obtener dinero con su rescate; a otros se les envió

junto a los rebaños como pastores, y algunos, que antes habían dispuesto de diez esclavos para su servicio, tuvieron que realizar ahora las tareas más humildes del campamento. No así Said: ¿Fue su aspecto valeroso y noble o el encantamiento misterioso de un hada bienhechora lo que le granjeó el favor del viejo Selim? No podría decirse, pero el caso es que Said vivió en su tienda más como un hijo que como un sirviente. Sin embargo, la incomprensible inclinación del anciano le atrajo la enemistad de los demás criados. Por doquier encontraba miradas hostiles y, cuando andaba solo por el campamento, oía a su paso maldiciones y blasfemias: incluso a veces volaron flechas junto a su pecho, que obviamente le habían dirigido, pero que no le alcanzaron; él lo atribuía sólo al pequeño silbato que seguía llevando siempre y que le protegía. Muchas veces se quejó a Selim de estos atentados contra su vida, pero éste intentó en vano descubrir a los asesinos, pues toda la banda parecía estar confabulada en contra del extranjero protegido. Un día le dijo Selim:

—Esperaba que tal vez sustituyeras al hijo que he perdido a manos tuyas. Ni tú ni yo somos culpables de que no haya podido ser; todos están enconados contra ti, y ni yo puedo ya protegerte en el futuro, pues ¿de qué nos serviría a ambos castigar al culpable una vez que te hubieran asesinado a traición? Por ello, cuando vuelvan los hombres de su incursión, les diré que tu padre me ha enviado dinero para rescatarte y haré que algunos fieles a mí te acompañen por el desierto.

—¿Pero puedo fiarme de alguno, fuera de ti? —preguntó Said turbado—. ¿No me matarán en el camino?

—Te protegerá el juramento que han de hacerme —respondió Selim con gran seguridad.

Unos días después regresaron los hombres al campamento y Selim cumplió su palabra. Regaló al joven armas, ropas y un caballo; reunió a sus belicosos hombres y escogió cinco para acompañar a Said, haciéndoles jurar solemnemente que no iban a matarlo en el camino, y le despidió con lágrimas en los ojos.

Los cinco cabalgaron por el desierto con Said, sombríos y silenciosos; el joven veía cuán a disgusto cumplían el mandato, y no le preocupaba poco que dos de ellos hubieran estado presentes en el ataque en que había matado a Almanzor. Llevarían unas ocho horas de camino cuando oyó Said que murmuraban entre sí y que su aspecto se ensombrecía aún más. Se esforzó por oír y se dio cuenta de que hablaban en un lenguaje que sólo empleaba aquella horda y además sólo en ocasiones de peligro o en secreto. Selim, que había

planeado tener para siempre en su tienda al joven, había empleado algunas horas en enseñarle esta jerga secreta. Sin embargo, lo que oyó en aquel momento no era nada alentador.

—Éste es el lugar —decía uno—: aquí atacamos a la caravana y aquí cayó el más valeroso de los hombres a manos de este jovencito.

—El viento ha borrado las huellas de su caballo —prosiguió otro—, pero yo no lo he olvidado.

—¿Y para vergüenza nuestra va a permanecer con vida y libre la mano agresora? ¿Cuándo se ha oído que un padre no haya vengado la muerte de su único hijo? Selim se hace viejo e infantil.

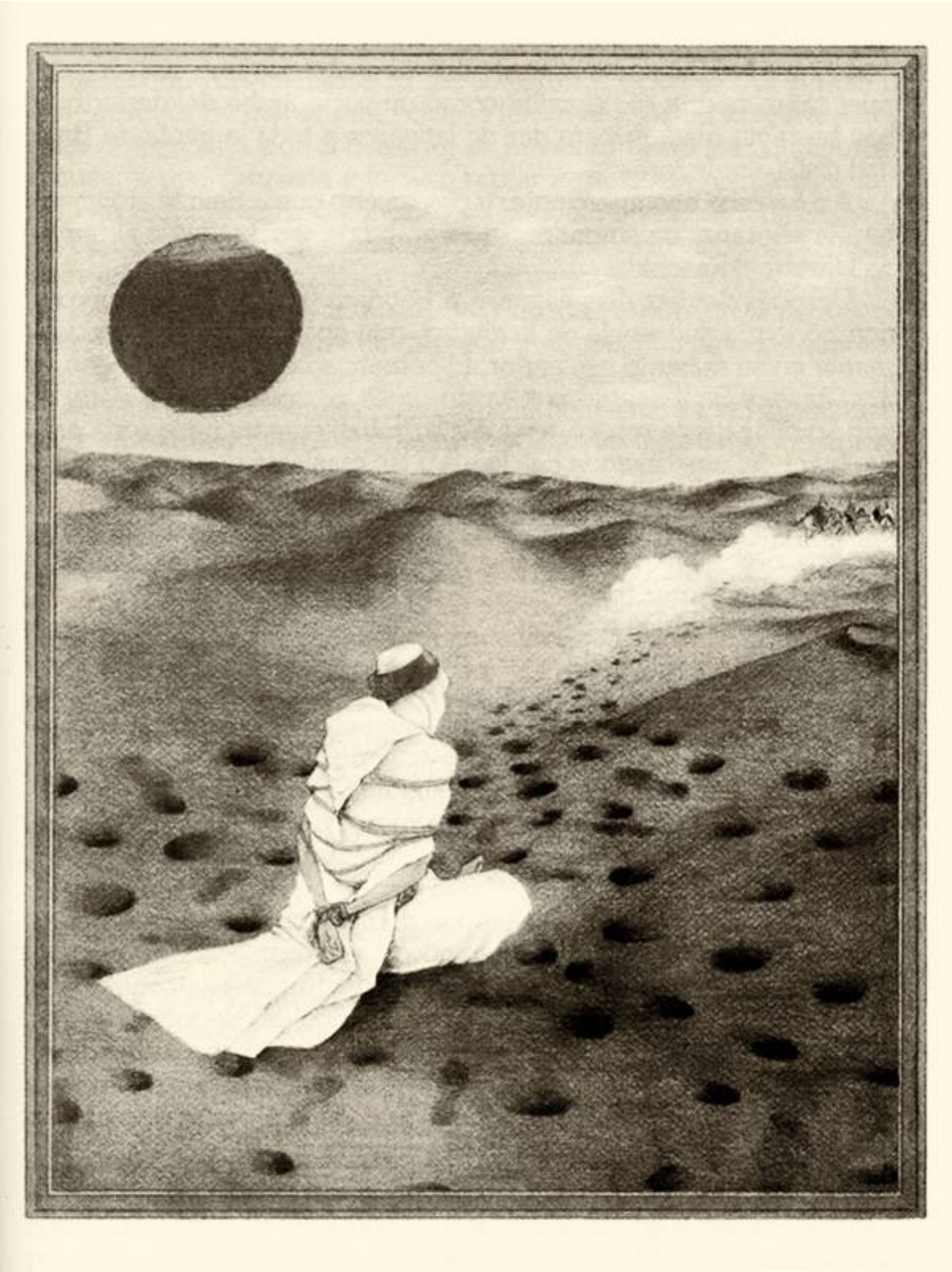
—Y si el padre no cumple con su obligación —añadió el cuarto—, es deber de los amigos vengar al amigo caído. Debemos hacerlo aquí, en este lugar. Así es ley y costumbre desde los tiempos más antiguos.

—Pero hemos jurado al viejo que no lo mataríamos, no podemos romper nuestro juramento —exclamó el quinto.

—Es cierto —corroboraron los demás—, lo hemos jurado, y el asesino escapará libre de las manos de sus enemigos.

—¡Alto! —exclamó uno, el más lúgubre de todos—. El viejo Selim tiene una buena cabeza, pero no es tan inteligente como se cree. ¿Le hemos jurado que llevaríamos a este jovencito a un lugar concreto? No; sólo nos hizo prestar juramento respecto a su vida y ésta se la perdonaremos. Pero el sol abrasador y los dientes cortantes del chacal tomarán a su cargo nuestra venganza. Lo dejaremos atado precisamente en este lugar.

Así habló el bandido, pero ya hacía unos minutos que Said se había preparado para su final, y cuando aquél estaba aún pronunciando las últimas palabras, apartó a un lado su caballo, lo espoleó vivamente y huyó por la llanura como un relámpago. Los cinco hombres se quedaron un momento perplejos; pero, acostumbrados a tales persecuciones, se repartieron a derecha e izquierda y, mejores conocedores como eran del modo más conveniente de cabalgar por el desierto, pronto alcanzaron al fugitivo, se dirigieron contra él y, al escapar éste hacia un lado, se encontró con otros dos enemigos de frente y el quinto a su espalda. El juramento de no matarlo les hizo abstenerse de usar las armas; también en esta ocasión le echaron un lazo por detrás, le hicieron desmontar y le golpearon sin compasión, atándolo de pies y manos, y abandonándolo en la arena ardiente del desierto.



Said les pidió misericordia, les prometió a gritos un gran rescate, pero se levantaron riendo y se marcharon. Todavía durante unos momentos oyó el galope ligero de sus corceles, pero después se consideró perdido. Pensaba en su padre, en el dolor del anciano cuando su hijo no regresara a casa; pensaba en su propia desdicha y en lo pronto que iba a morir, pues nada tenía más seguro que su espantosa muerte de sed en la arena abrasadora o que un chacal le destrozaría. El sol siguió subiendo cada vez más y le quemaba la frente; con infinito trabajo logró soltarse al fin, pero el alivio fue escaso. Con los esfuerzos, el silbato había caído de su traje. Hizo intentos hasta que pudo cogerlo con la boca; sus labios lo tocaron al fin e intentó soplar, pero en su espantosa situación tampoco le sirvió. Desesperado, dejó caer la cabeza, y el sol abrasador acabó por hacerle desmayarse. Cayó en un profundo sopor.

Muchas horas después un ruido cercano despertó a Said; notó enseguida que algo le tocaba el hombro y lanzó un grito de horror, pues creyó ni más ni menos que un chacal se había aproximado para devorarlo. Luego le tocaron las piernas, pero sintió que no eran las garras de una fiera, sino las manos de un hombre que le manipulaba con cuidado y que hablaba con otros dos o tres.

—Está vivo —murmuraban—, pero os toma por enemigos.

Por fin, Said abrió los ojos y vio el rostro de un hombre pequeño y grueso, con ojos pequeños y una larga barba, que le hablaba amistosamente, ayudándolo a incorporarse; le proporcionó comida y bebida, y le contó, mientras se recobraba, que era comerciante, de Bagdad, y que se llamaba Kalum-Beck; se dedicaba al comercio de chales y tejidos finos para mujeres. Había hecho un viaje de negocios y ahora estaba de regreso. Lo había visto tendido en la arena medio muerto: su suntuoso traje y la piedra reluciente de su puñal le habían llamado la atención; había hecho lo posible por reanimarle y lo había logrado. El joven le agradeció que le hubiera salvado la vida, pues bien veía que sin la intervención de aquel hombre habría sucumbido a una muerte terrible; y, como no tenía modo de continuar su camino ni tenía intención de caminar a pie y solo por el desierto, aceptó agradecido un sitio en uno de los camellos pesadamente cargados del comerciante, y decidió dirigirse en primer lugar con él a Bagdad, en la idea de que tal vez podría unirse allí a algún grupo que viajara a Basora.

Durante el camino, el comerciante contó a su compañero de viaje algunas cosas sobre el imponente soberano de los creyentes, Harum al-Raschid. Se refirió a su amor a la justicia y a su agudeza, a cómo sabía dirimir los procesos más extraños de la manera más asombrada y sencilla. Entre otras, le contó la historia de la tinaja de aceitunas y la del cordelero[72]: historias que todos los niños conocen, pero que Said admiraba en gran manera.

—Nuestro señor —continuó el comerciante—, nuestro señor es un hombre admirable. Mucho os engañáis si pensáis que duerme como el resto de la gente. Dos o tres horas al amanecer, eso es todo. Bien lo sé, porque Messur, su primer secretario, es primo mío y, aunque es tan callado como una tumba en lo que respecta a los secretos de su señor, por nuestro parentesco deja caer de vez en cuando alguna insinuación, cuando ve que uno está desquiciado casi de curiosidad. En lugar de dormir como los demás, el califa recorre de noche las calles de Bagdad y rara vez pasa una semana en la que no tenga alguna aventura; pues habéis de saber, como se deduce de la historia de la tinaja de aceitunas, que tan cierta es como la palabra del profeta, que no hace sus salidas con la guardia y a caballo, con toda la pompa de cien portadores de antorchas, como podría hacer si quisiera, sino que se pasea vestido de comerciante, de marino, de soldado o de muftí, y observa si todo está bien y en orden. De ahí que en ninguna ciudad el comportamiento sea más cortés que en Bagdad con cualquier loco con que uno se tropiece; pues tanto podría ser el califa como un sucio árabe del desierto, y hay bastante madera para dar de latigazos a toda la gente de Bagdad y sus alrededores.

Así hablaba el comerciante, y por mucho que a Said le atormentara la añoranza de su padre, se alegraba de ver Bagdad y al famoso Harum al-Raschid.

Después de diez días llegaron a Bagdad, y a Said le asombró y admiró la magnificencia de la ciudad, que entonces estaba precisamente en su máximo esplendor. El comerciante le invitó a ir con él a su casa, y Said aceptó con gusto, pues por primera vez entre el barullo de la gente reparó en que allí probablemente nada sería gratis, fuera del aire, el agua del Tigris y las escaleras de una mezquita para pasar la noche.

Al día siguiente de su llegada, cuando acababa de vestirse y reconocía que bien podía dejarse ver por Bagdad con el suntuoso atuendo guerrero y tal vez atraería sobre sí algunas miradas, entró el comerciante en su habitación. Observó al bello joven con taimada sonrisa, se acarició la barba y dijo:

—¡Eso está muy bien, joven señor! ¿Pero qué vais a hacer? Sois un soñador, me imagino, y no pensáis en el día siguiente. ¿O acaso tenéis suficiente dinero para vivir de acuerdo con la ropa que lleváis?

—Querido señor Kalum-Beck —dijo el joven enrojeciendo confundido—, evidentemente no tengo dinero, pero tal vez si me prestarais algo podría regresar a casa, y mi padre os lo reembolsaría con toda seguridad.

—¿Tu padre, pillo? —exclamó el comerciante riendo a carcajadas—. Creo que el sol te ha quemado el cerebro. ¿Piensas que voy a creerme palabra por palabra todo el cuento que has contado en el desierto, de que tu padre es un hombre rico de Alepo[73], que eres hijo único, lo del ataque de los árabes, que viviste con la banda, y todo lo demás? Ya me indignaban tus descaradas mentiras y tu desvergüenza. Sé que en Alepo todos los ricos son comerciantes, he estado ya en tratos con todos ellos y tendría que haber oído hablar de un tal Benasar, aunque sólo tuviera una fortuna de seis mil tomanes. Así que o es inventado que eres de Alepo, o tu padre es un pobre diablo, a cuyos hijos vagabundos no prestaría ni una monedilla de cobre. ¡En cuanto a lo del desierto…! ¿Cuándo se ha oído que, después de que el sabio califa Harum al-Raschid asegurara las rutas comerciales por el desierto, se hayan atrevido los bandidos a saquear a una caravana e incluso raptar a personas? Sería algo sabido en todo mi camino e incluso en Bagdad, donde se reúnen gentes de todas partes del mundo, pero no se ha oído ni palabra. ¡Ésta es la segunda mentira, joven desvergonzado!

Pálido de cólera y disgusto, Said quería responder al pequeño mezquino, pero éste gritaba más alto y se ayudaba además con las manos.

—Y la tercera mentira, descarado embustero, es la historia del campamento de Selim. El nombre de Selim es bien conocido entre todos los que nunca han visto a un árabe, pero él es famoso por ser el bandido más temible y cruel, y tú te atreves a contar que has matado a su hijo y no te han cortado en pedazos en el momento; incluso llevas tu osadía hasta decir algo increíble: que Selim te protegió de su banda, te acogió en su tienda y te dejó marchar sin rescate, en lugar de colgarte del primer árbol que se le ocurriera, él, que a menudo ha colgado a viajeros sólo por ver qué caras tenían una vez colgados. ¡Ah, repugnante mentiroso!

—Sólo puedo asegurar que todo es cierto —exclamó el joven— por mi alma y por las barbas del profeta.

—¿Qué? ¿Vas a jurar por tu alma? —gritó el comerciante—. ¿Por tu alma negra y mentirosa? ¿Quién te creerá? ¿Y por las barbas del profeta, tú, que no tienes barba? ¿Quién confiará en ti?

—Evidentemente no tengo testigos —continuó Said—, pero ¿no me habéis encontrado atado en una terrible situación?

—Eso no me prueba nada. Estás ataviado como un ladrón de categoría, y es fácil que hayas atacado a alguno que era más fuerte que tú, te redujo y te ató.

—Querría ver a uno o incluso a dos que me dominaran y me ataran, a no ser que me ataran por detrás la cabeza con un lazo. Sin duda que en vuestro bazar no podéis saber lo que una persona sola puede hacer siendo experto en el manejo de las armas. Pero me habéis salvado la vida y os estoy agradecido. ¿Qué queréis que haga ahora conmigo? Si no me ayudáis, tendré que mendigar y no puedo pedir caridad a ninguno de mis iguales. Me dirigiré al califa.

—¿Sí? —dijo el comerciante sonriendo irónicamente—. ¿Ni más ni menos que a nuestro bondadosísimo señor vais a dirigiros? ¡A eso llamo yo mendigar magníficamente! Pensad, joven y distinguido señor, que el camino hasta el califa pasa por mi primo Messur, el primer secretario, y que una palabra mía basta para informarle de cuán magníficamente sabéis mentir. Pero me da lástima tu juventud, Said. Puedes mejorar, puede hacerse algo contigo. Te voy a tomar en mi negocio: allí servirás un año; y, si pasado éste no quieres permanecer conmigo, te pago tu salario y te dejo ir a donde quieras, a Alepo o a Medina, a Estambul o a Basora; por mí, incluso a la tierra de los infieles. Te doy de plazo hasta mediodía para pensarlo; si aceptas, bien; si no, hago cuentas de los gastos del viaje que he pagado y la plaza en el camello, me quedo con tus ropas y todo lo que tengas en pago de mis gastos, y te echo

a la calle; entonces puedes pedir al califa o al muftí, en la mezquita o en el bazar.

Con estas palabras dejó el malvado al desdichado joven. Said le miró lleno de desprecio. Estaba indignado por la maldad de aquel hombre, que le había llevado con él y le había traído a su casa para tenerle en su poder. Trató de ver si podía escapar, pero la ventana estaba enrejada y la puerta cerrada. Por fin, y después de haberse revuelto mucho contra la idea, decidió aceptar, para empezar, la propuesta del comerciante y servirle en su tienda. Veía que no le quedaba otro remedio mejor, pues aunque huyera no llegaría a Alepo sin dinero. Pero se propuso pedir protección al mismo califa en cuanto le fuera posible.

Al día siguiente, Kalum-Beck condujo al nuevo servidor a su tienda en el bazar. Mostró a Said todos los velos, los chales y las demás mercancías que vendía, y le indicó cuál sería su cometido: consistía en que Said, vestido como el servidor de un comerciante y ya sin su atavío de guerrero, estaría de pie ante la puerta del establecimiento con un chal en una mano y un precioso velo en la otra, llamando la atención de los hombres o mujeres que pasaran, mostrando las mercancías, diciendo su precio e invitando a la gente a comprar; ahora podía explicarse Said por qué Kalum-Beck le había destinado para ese servicio: él era un viejo feo y pequeño, y si se hubiera puesto a la puerta de la tienda y hubiera llamado a la gente, algún vecino o alguien que pasara hubiera hecho algún chiste sobre él, los muchachos se habrían burlado y las mujeres le llamarían espantapájaros; pero todos veían con agrado a Said, joven y esbelto, que atraía a los clientes con sus buenos modales y sabía sostener con gracia y habilidad chales y velos.

Cuando vio Kalum-Beck que los clientes de su tienda aumentaban desde que Said estaba a la puerta, se puso más amable con el joven, le daba de comer mejor que antes y estaba atento a que sus ropas le dieran un aspecto apuesto y elegante. Pero a Said le conmovieron poco tales pruebas de los sentimientos más benévolos de su señor, y durante todo el día e incluso en sueños no pensaba sino en el modo de regresar a su ciudad natal. Un día en que se había vendido mucho en la tienda y todos los repartidores que entregaban las mercancías a domicilio estaban ya ocupados, entró en la tienda una mujer a comprar algunas cosas. Eligió enseguida lo que quería y pidió que alguien le llevara a casa lo comprado a cambio de una propina.

—Dentro de media hora os lo enviaré todo —respondió Kalum-Beck—. Sólo tenéis que esperar un rato o tomar algún otro porteador.

—¿Sois un comerciante y queréis que otros repartidores se ocupen de vuestros clientes? —exclamó la mujer—. Entre el gentío, ¿no puede escaparse con mi paquete cualquiera de esos rapaces? ¿A quién reclamaría entonces? No: vuestro deber es hacer que lleven mi paquete a casa, según los derechos del comprador, y a vos puedo y quiero reclamarlo.

—¡Pero esperad sólo media hora, respetable señora! —dijo el comerciante, cada vez más asustado—. Todos mis servidores están ahora fuera.

—Mal establecimiento es el que no tiene siempre algunos servidores de más —respondió la mujer enfadada—. Pero ahí hay un joven ocioso. Vamos, joven, coge mi paquete y llévamelo.

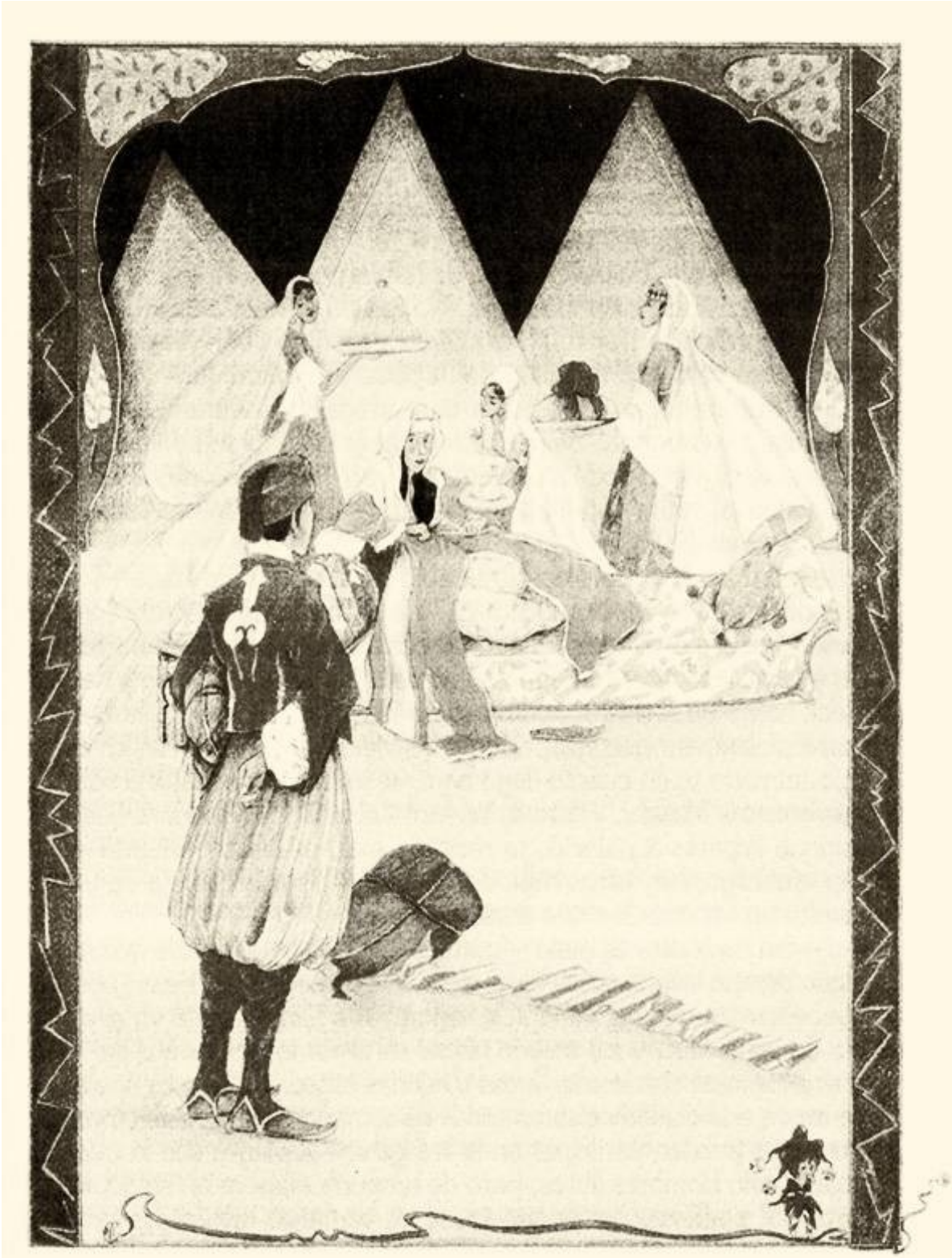
—¡Alto, alto! —exclamó Kalum-Beck—. Es mi hombre anuncio, mi pregonero, mi imán. No puede abandonar el umbral.

—¿Y qué? —respondió la vieja, colocando el paquete sin más bajo el brazo de Said—. Sois un mal vendedor y malas las mercancías que no se anuncian por sí solas y necesitan un rapaz ocioso como éste para anunciarse. Vamos, chico: hoy te vas a ganar una propina.

—Vete en nombre de Arhimán[74] y todos los malos espíritus —murmuró Kalum-Beck a su imán— y cuídate de volver pronto. Esta vieja bruja sería capaz de ponerse a gritar por todo el bazar, si me negara por más tiempo.

Said siguió a la mujer, que caminaba por el bazar y por las calles a un paso más ligero del que podría esperarse de su edad. Se detuvo al fin ante una espléndida casa, llamó y las puertas se abrieron; subió por una escalera de mármol e indicó a Said que la siguiera. Llegaron a una sala amplia y de altos techos, más lujosa y magnífica de lo que Said había visto nunca en su vida. La anciana se sentó agotada en un diván, dijo al joven que dejara el paquete, le alargó una monedita de plata y le mandó marchar.

Estaba ya en la puerta, cuando una voz clara y fina le llamó por su nombre. Sorprendido de que le conocieran allí, se volvió y vio que una hermosísima dama, rodeada de muchas esclavas y servidoras, estaba sentada en el diván en lugar de la anciana. Said, mudo de asombro, cruzó los brazos e hizo una profunda reverencia.



—¡Said, mi querido joven! —dijo la dama—. Mucho lamento los sucesos que te han traído a Bagdad, pero éste es el único lugar en que tu suerte se resolvería, en caso de que dejaras la casa de tu padre antes de los veinte años. ¿Tienes todavía tu pequeño silbato?

—Por supuesto que sí —exclamó alegre, sacando la cadena dorada—. ¿Y vos sois tal vez el hada bondadosa que me hizo este regalo cuando nací?

—Yo era la amiga de tu madre —respondió el hada— y soy también tu amiga mientras sigas siendo bueno. ¡Ay, si tu padre, ese hombre imprudente, hubiera seguido mi consejo…! Te habrías evitado muchos padecimientos.

—Así tendría que ser —respondió Said—. Sin embargo, hada bondadosísima, haced soplar un enérgico viento del nordeste en vuestro carro de nubes y conducidme en unos minutos a Alepo, junto a mi padre: allí permaneceré los seis meses que me quedan hasta cumplir los veinte años.

—Tienes una buena manera de hablarnos —le respondió—, pero no es posible, mi pobre Said. No me es posible ahora hacer nada extraordinario por ti. Ni siquiera he podido liberarte de Kalum-Beck; está bajo la protección de tu poderosa enemiga.

—¿Entonces no sólo tengo una amiga bienhechora, sino una enemiga? —preguntó Said—. Creo haber notado su influencia más de una vez. ¿Pero podéis protegerme con vuestro consejo? ¿No debo acudir al califa y pedirle protección? Es un hombre sabio, me protegerá de Kalum-Beck.

—Sí, Harum es un hombre sabio —respondió el hada—, pero por desgracia es un hombre nada más. Confía en su primer secretario Messur como en sí mismo, y tiene razón, porque le ha probado y le ha encontrado fiel. Pero Messur confía en tu amigo Kalum-Beck como en sí mismo, y en eso no tiene razón, pues Kalum es un mal hombre, aunque sea pariente de Messur. Además, Kalum es un tipo taimado y, en cuanto llegó aquí, se inventó una historia sobre ti que contó a Messur, y éste se lo contó al califa, de manera que a ti, aunque llegaras a palacio, te recibiría mal, pues no confiaría en ti. Sin embargo, hay otros métodos y modos de acercarse a él, y está escrito en las estrellas que ganarás su favor.

—Sin duda esto es malo —dijo Said pesaroso—. Tendré que seguir algún tiempo siendo esclavo del miserable Kalum-Beck. Pero ¿podríais concederme un favor, venerable señora? Me han educado en el ejercicio de las armas, y mi mayor placer es el torneo en el que se lucha enérgicamente con lanzas, arcos y agudas espadas. Los más nobles jóvenes de esta ciudad celebran todas las semanas uno de estos torneos. Pero sólo pueden participar en la liza gentes ataviadas con la máxima gala, y sólo hombres libres, pero de ninguna manera

un sirviente del bazar. Si pudierais hacer que todas las semanas tuviera un caballo, ropas y armas, y que mi cara no se reconociera tan fácilmente…

—Es un deseo digno de ser expresado por un joven noble —dijo el hada —. El padre de tu madre era el hombre más valiente de Siria y parece que has heredado su espíritu. Fíjate en esta casa. Aquí hallarás cada semana un caballo y dos escuderos a caballo, además de armas y vestidos, y un agua que al lavarte la cara con ella resultarás desconocido para todos los ojos. Y ahora, Said, que te vaya bien. Persevera y sé inteligente y virtuoso. Dentro de seis meses sonará tu silbato, y los oídos de Zulima estarán abiertos a su tono.

El joven se separó de su maravillosa protectora con agradecimiento y veneración; se fijó en la casa y en la calle con exactitud, y volvió a la tienda.

Cuando Said regresó al bazar, llegó en el momento preciso para apoyar y salvar a su amo y señor, Kalum-Beck. Había una gran multitud delante de la tienda, chiquillos que bailaban en torno al comerciante, que se mofaban y reían del viejo. Éste estaba ante la tienda temblando de rabia y en un gran apuro, con un chal en una mano y un velo en la otra. Esta singular escena siguió a un incidente que había tenido lugar después de la marcha de Said. Kalum se había colocado a la puerta, en lugar de su apuesto ayudante, y había invitado a la gente a entrar, pero nadie estaba dispuesto a comprar a aquel tipo viejo y feo. Entraron entonces en la tienda dos hombres, que querían comprar regalos a sus esposas. Habían estado ya algunas veces rebuscando y se habían ido, y precisamente ahora se los vio acercarse de nuevo mirando a todas partes.

Kalum-Beck, que los había observado, quiso aprovechar la ocasión y exclamó:

—¡Aquí, señores míos, aquí! ¿Qué buscáis? ¿Hermosos velos, hermosas mercancías?

—Buen hombre —respondió uno de ellos—, tus mercancías pueden ser muy buenas, pero nuestras esposas son algo extravagantes, y en la ciudad se ha hecho habitual no comprar los velos en otro lugar que no sea la tienda donde trabaja el apuesto Said. Llevamos ya media hora dando vueltas para buscarlo y no lo encontramos. Si puedes decirnos dónde hallarlo, te compraremos otra vez.

—*Allahit Allah!*[75] —exclamó Kalum-Beck, sonriendo amablemente—. El profeta os ha conducido al lugar adecuado. ¿Ibais a buscar la tienda del apuesto Said para comprar velos? Entrad, que ésta es su tienda.

Uno de los hombres se rió de la figura fea y pequeña de Kalum-Beck y de su afirmación de que era el apuesto anunciante de la tienda, pero el otro creyó

que Kalum quería burlarse de él y no dejó de responder, deshaciéndose en improperios. Kalum-Beck se puso fuera de sí. Acudió a sus vecinos para que le sirvieran de testigos de que a ninguna otra tienda se la llamaba la del apuesto vendedor. Los vecinos, sin embargo, que le envidiaban por la numerosa clientela que desde hacía algún tiempo tenía, no quisieron saber nada del asunto, y los dos hombres arremetieron contra el viejo mentiroso, como le llamaron. Kalum se defendió más con sus gritos e insultos que con los puños, atrayendo a la tienda a una buena cantidad de gente; media ciudad le conocía como un tipo avaro y grosero, y todos los presentes se permitieron darle empujones; uno de los dos hombres le agarraba ya de la barba, cuando le cogieron del brazo y con un solo empujón le lanzaron al suelo, de modo que su turbante cayó y sus babuchas salieron por los aires.

La multitud, que probablemente habría visto con regocijo maltratar a Kalum-Beck, protestó ruidosamente; el compañero del que había sido derribado se volvió para ver al que había osado tirar a su amigo al suelo; pero, cuando vio delante a un joven alto y fuerte, con los ojos echando chispas y aspecto valeroso, no se atrevió a atacarle, porque además Kalum, a quien le pareció librarse milagrosamente, apuntaba al joven y gritaba:

—¿Qué más queréis, señores? ¡Ahí está, ése es Said, el apuesto vendedor!

La gente congregada reía, porque sabía que Kalum-Beck hacía un momento estaba perdido injustamente. El hombre tirado al suelo se levantó avergonzado y siguió adelante con su compañero, sin comprar chales ni velos.

—¡Oh, tú, estrella de los vendedores, corona del bazar! —exclamó Kalum cuando entraba en la tienda con su vendedor—. A esto le llamo yo llegar a tiempo de verdad, a esto le llamo yo poner la mano en la llaga; el hombre estaba por tierra, como si nunca le hubieran sostenido las piernas, y yo… yo no habría necesitado nunca más un barbero para arreglarme y peinarme la barba, con que hubieras llegado sólo dos minutos después. ¿Cómo puedo pagarte?

Solamente había sido el sentimiento inmediato de la compasión lo que había guiado la mano y el corazón de Said; ahora, al desvanecerse ese sentimiento, casi se arrepentía de haber evitado unos buenos golpes al malvado aquél: una docena menos de pelos de la barba, pensaba, le habrían hecho diferente doce días, benigno y diferente. Intentó en todo caso aprovechar la disposición favorable del comerciante y le pidió que, en señal de agradecimiento, le concediera una tarde libre a la semana para poderla emplear en pasear o en lo que fuera. Kalum aceptó, pues sabía que su servidor forzado era demasiado razonable para huir sin dinero y buenas ropas.

Pronto había logrado Said lo que quería. El miércoles siguiente, el día en que se reunían en una plaza de la ciudad los jóvenes de las familias más distinguidas para ejercitarse en el manejo de las armas, le dijo a Kalum que quería tener esa tarde libre y, en cuanto le hubo dado su permiso, fue a la casa donde vivía el hada y llamó a la puerta, que se abrió de inmediato. Los servidores parecieron avisados con anticipación de su llegada, pues, sin preguntarle qué deseaba, le hicieron subir a una hermosa estancia; allí le proporcionaron primero el agua para lavarse la cara que debía hacerle invisible. Humedeció su cara con ella, se miró luego en un espejo y casi ni él mismo se reconoció, pues ahora estaba tostado por el sol, llevaba una hermosa barba negra y parecía diez años mayor de lo que en realidad era.

Lo condujeron después a otra habitación, donde encontró un atavío completo y lujoso, digno de llevarlo el propio califa de Bagdad el día en que pasaba revista a su ejército con todo el brillo de su majestad. Además de un turbante del más delicado tejido, con un broche de diamantes y largas plumas de garza, y un traje de pesada seda roja adornado con rosas bordadas en plata, encontró Said una coraza de anillas plateadas, tan finamente trabajada que se adaptaba a cualquier movimiento del cuerpo y, sin embargo, era tan fuerte que ni la lanza ni la espada podían atravesarla. Completaba su atavío guerrero una espada damascena en una vaina ricamente decorada, con una empuñadura cuya piedra preciosa consideró Said de valor incalculable. Cuando volvió a aparecer en la puerta perfectamente ataviado, uno de los servidores le tendió

un pañuelo de seda y le dijo que se lo enviaba la dueña de la casa: si se enjugaba con él la cara, la barba y el color oscuro desaparecerían.

En el patio de la casa había tres hermosos caballos. Said monto el más hermoso, y sus servidores los otros dos. Galopó contento al lugar donde debían tener lugar las competiciones. Por la magnificencia de su atavío y de sus armas, atrajo todas las miradas, suscitando un murmullo general de admiración cuando estuvo en el centro de la multitud. Era una brillante congregación de los jóvenes más valientes y nobles de Bagdad; incluso se veía girar los corceles y agitar las lanzas a los hermanos del califa. Cuando Said entró y pareció que nadie le reconocía, el hijo del gran visir cabalgó hacia él con algunos de sus amigos, preguntándole cuál era su nombre y su procedencia. Said explicó que se llamaba Almanzor y procedía de El Cairo; que estaba haciendo un viaje y había oído hablar tanto de la valentía y la destreza de los jóvenes nobles de Bagdad, que no vaciló en contemplarlas y conocerlas de cerca. A los jóvenes les agradaron los buenos modales y el carácter valeroso de Said-Almanzor, le proporcionaron una lanza y le dieron a elegir su grupo, pues todos los participantes se habían distribuido en dos grupos para combatir individualmente y por bandos.

Si el aspecto de Said había llamado la atención, les admiro más aún su extraordinaria habilidad y destreza. Su caballo era más veloz que un rayo y su espada se movía todavía con más rapidez. Arrojo la lanza tan fácilmente, tan lejos y con tanta precisión como si fuera una flecha disparada desde un arco seguro. Venció a los más valientes de sus oponentes y al final de la competición era reconocido en general como el vencedor, de modo que uno de los hermanos del califa y el hijo del gran visir, que habían luchado en el bando de Said, le pidieron que compitiera con ellos. Alí, el hermano del califa, fue vencido por él; el hijo del gran visir resistió tan valientemente, que después de una larga lucha consideraron mejor posponer para la vez siguiente la decisión sobre la victoria.

Al día siguiente, en todo Bagdad no se hablaba más que del apuesto, rico y valiente extranjero. Todos los que le habían visto, e incluso los vencidos por él, estaban maravillados de su noble actitud, e incluso en su presencia, en la tienda de Kalum-Beck, se habló de él y sólo se lamentaban de no saber nadie dónde vivía. La vez siguiente halló en la casa del hada un traje aún más lujoso y armas todavía más espectaculares. Esta vez se había reunido medio Bagdad e incluso el califa asistía a la competición desde un balcón. También él admiró al extranjero Almanzor y, cuando los juegos hubieron terminado, colgó de su cuello una moneda de oro conmemorativa, con una cadena dorada, para testimoniarle su admiración. No podía menos de suceder que esta segunda victoria, aún más brillante, suscitara la envidia de los jóvenes de Bagdad.

—¿Va a venir un extranjero a Bagdad —decían entre ellos— a privarnos de fama, gloria y triunfo? ¿Se podrá vanagloriar en otros lugares de que entre la flor de los jóvenes de Bagdad no ha habido ninguno que pudiera rivalizar con él ni de lejos?

Así hablaban y decidieron caer sobre él cinco o seis, como si fuera un accidente.

A la agudeza de Said no le pasaron inadvertidos estos signos de despecho. Vio cómo se reunían en un rincón y murmuraban, señalándole con malas caras; suponía que nadie estaba muy bien dispuesto hacia él, a excepción del hermano del califa y el hijo del gran visir, e incluso éstos le importunaban con sus preguntas sobre dónde podían encontrarle, en qué se ocupaba, qué le había gustado en Bagdad y otras cosas por el estilo.

Dio la curiosa casualidad de que uno de los que miraba a Almanzor con más hostilidad y parecía peor dispuesto hacia él, no era otro que el hombre al que hacía unos días había derribado en la tienda de Kalum-Beck,

precisamente cuando se disponía a arrancarle la barba al desdichado comerciante. Este hombre le miraba cada vez con más atención y envidia; Said le había vencido algunas veces, pero eso no era motivo suficiente para tal animadversión, y Said se temía ya que pudiera haberle reconocido por su aspecto o su voz como servidor de Kalum-Beck, un reconocimiento que le expondría al escarnio y la venganza de aquella gente. El golpe que los envidiosos le habían asestado fracasó por su destreza y valor, así como por la amistad con que le habían honrado el hermano del califa y el hijo del gran visir. Cuando éstos vieron que estaba rodeado al menos de seis, que intentaban derribarle del caballo o desarmarlo, acudieron en su socorro, separaron al grupo y amenazaron a los jóvenes que tan deslealmente habían actuado con arrojarles del terreno de la liza. De este modo había ya demostrado Said su valor para asombro de la ciudad de Bagdad, cuando una noche, al volver a casa desde el lugar de la liza, oyó unas voces que le resultaron familiares. Delante de él iban despacio cuatro hombres que parecían deliberar sobre algo. Said se acercó en silencio y oyó que hablaban el dialecto de la banda de Selim en el desierto y sospechó que los cuatro se disponían a perpetrar algún latrocinio. Su primera intención fue retirarse de los cuatro, pero pensó que podría tal vez evitar algo malo y se acercó aún más para escuchar.

—El de la puerta ha dicho claramente que es la calle de la derecha del bazar —dijo uno—. Con seguridad tiene que pasar por ahí esta noche con el gran visir.

—Bien —respondió otro—. Al gran visir no le temo: es viejo y no precisamente un héroe; pero el califa llevará una buena espada y no me fío: seguro que le siguen furtivamente diez o doce de su guardia.

—Ni uno —respondió un tercero—. Siempre que alguien lo ha visto y reconocido de noche, iba solo con el visir o con algún ayudante. Esta noche nos apoderaremos de él, pero no debe sucederle nada.

—Creo que lo mejor será echarle el lazo sobre la cabeza; no hemos de matarle, ya que por su cadáver darían un rescate mínimo y además no estaríamos seguros de recibirlo.

—Entonces una hora antes de medianoche —dijeron a la vez, y se separaron, yéndose cada uno por su lado.

Said quedó no poco afectado por este golpe. Decidió ir rápidamente al palacio del califa y advertirle del peligro que corría. Pero, después de haber atravesado varias calles, recordó las palabras del hada, que le había dicho lo mal que le habían hablado de él al califa. Pensó que tal vez se reirían de su

información o que podrían interpretarla como un intento de congraciarse con el señor de Bagdad, de manera que volvió sobre sus pasos y consideró más conveniente confiar en su buena espada y salvar él en persona al califa de las manos de los bandidos.

Así que no regresó a la casa de Kalum-Beck, sino que se sentó en las escaleras de una mezquita y esperó allí a que se hiciera totalmente de noche; se dirigió luego a la calle cercana al bazar que habían citado los ladrones y se escondió tras el saliente de una casa. Llevaría allí una hora más o menos, cuando oyó que se acercaban lentamente dos hombres; al principio pensó que serían el califa y el gran visir, pero uno de ellos dio una palmada y al instante otros dos se apresuraron silenciosamente desde la calle del bazar. Cuchichearon un instante y luego se distribuyeron; tres se escondieron no lejos de él y el otro recorría la calle arriba y abajo. La noche era muy oscura, pero tranquila, y Said tenía que fiarse casi exclusivamente de su fino oído.

Habría pasado otra media hora, cuando se oyeron pasos por el bazar. El ladrón también debió de oírlos y se deslizó junto a Said en dirección al bazar. Los pasos se acercaron, y ya podía Said distinguir unas figuras, cuando el ladrón dio una palmada e inmediatamente salieron los tres emboscados detrás. Los asaltantes debían estar armados, pues percibió el sonido de espadas que entrechocaban. Al punto sacó su espada damascena y se lanzó sobre los ladrones al grito de «¡Abajo los enemigos del gran Harum!».

Con el primer golpe derribó a uno y luego atacó a otros dos que en aquel momento estaban a punto de lanzar una cuerda al cuello de un hombre y desarmarle. Golpeó ciegamente la cuerda para romperla, pero cayó con tanta fuerza sobre el brazo de uno de los ladrones que le cortó la mano; el bandido

cayó de rodillas con un grito espantoso. Se volvió entonces contra Said el cuarto, que había luchado con otro hombre: Said estaba todavía luchando con el tercero, pero el hombre al que le habían lanzado la cuerda, tan pronto como se vio libre, sacó su puñal y se lo clavó en el pecho al que le atacaba por un lado. Al ver esto, el que quedaba arrojó su sable y salió huyendo.

Said no pasó mucho tiempo sin saber a quién había salvado, pues el más alto de los dos hombres se acercó y dijo:

—Una cosa es tan extraordinaria como la otra: este ataque a mi vida o mi libertad y la misteriosa ayuda y salvación. ¿Cómo sabíais quién era yo? ¿Habéis sabido del ataque de estos hombres?

—Señor de los creyentes —respondió Said—, pues no dudo que lo eres, iba yo hoy por la tarde por la calle de El Malek detrás de unos hombres cuyo extraño y secreto dialecto aprendí una vez. Hablaban de hacerte prisionero y matar al respetable hombre que es tu visir. Como era demasiado tarde para advertirte, decidí acudir al lugar donde se proponían asaltarte para ayudarte.

—Te estoy agradecido —dijo Harum—, pero no es bueno permanecer en estos lugares; toma este anillo y ven mañana con él a mi palacio. Hablaremos más sobre ti y tu ayuda, y veremos cómo puedo recompensarte mejor. Ven, visir, no es bueno permanecer aquí; pueden volver.

Así habló y, después de haber puesto un anillo en el dedo del joven, quería llevarse de allí al visir, pero éste le rogó que esperara un poco; se volvió y entregó al asombrado joven una pesada bolsa, diciendo:

—Joven, mi señor el califa puede haceros todo lo que quiera, incluso su sucesor; yo puedo hacer poco, y lo que puedo hacer, mejor hoy que mañana: por eso acepta esta bolsa. Esto no es el pago de mi agradecimiento. Cuando tengas algún deseo, acude a mí sin dudarlo.

Ebrio de felicidad, volvió Said a casa a toda prisa. Pero fue mal recibido. Debido a su larga ausencia, Kalum-Beck había estado al principio malhumorado y luego preocupado, pensando que podía perder fácilmente el hermoso reclamo de su tienda. Le recibió con insultos, bramando y maldiciendo como un loco. Said, que había echado una ojeada a la bolsa y había encontrado que contenía auténticas monedas de oro, pensó que ahora podría volver a su patria incluso sin el don del califa, que sin duda no sería menor que el agradecimiento de su visir. Y no se contuvo, sino que le explicó claramente que no se quedaría ni una hora más en su casa. Al principio, Kalum-Beck se asustó mucho, pero luego rió burlonamente, diciendo:

—¡Canalla vagabundo, miserable pobretón! ¿Adónde vas a ir si te quito la mano de encima? ¿Dónde vas a tener comida y un techo?

—Eso no debe preocuparos, señor Kalum-Beck —respondió Said altivo —. Que os vaya bien; a mí no me volveréis a ver.

Así habló y se dirigió a la puerta ante la mirada de mudo asombro de Kalum-Beck. A la mañana siguiente, después de haber meditado bien sobre la cuestión, envió a sus repartidores e hizo que buscaran por todas partes a Said. Buscaron en vano durante bastante tiempo, pero al fin regresó uno diciendo que le había visto salir de una mezquita y dirigirse a un lugar de descanso de caravanas; pero que estaba muy cambiado: llevaba un hermoso traje, un puñal y un sable con lujoso turbante.

Al oír esto, Kalum-Beck empezó a proferir juramentos y exclamó:

—¡Me ha robado y por eso se ha comprado vestidos! ¡Ay, soy un hombre engañado!

Acudió luego al prefecto de policía y, como se sabía que era pariente de Messur, el primer secretario, no le resultó difícil conseguir de él algunos auxiliares de policía para prender a Said. Entre tanto. Said se encontraba en un lugar de parada de caravanas, poniéndose de acuerdo tranquilamente con un comerciante, al que había encontrado allí, sobre un viaje a Alepo, su ciudad natal. De repente se lanzaron sobre él unos cuantos hombres y, a pesar de su resistencia, le ataron las manos a la espalda. Les preguntó qué les autorizaba para tal atropello y le respondieron que actuaban en nombre de la policía y de su amo legítimo, Kalum-Beck. Inmediatamente apareció el horrible hombrecillo, insultando y despreciando a Said; le metió la mano en el bolso y, ante el asombro de los presentes y con un grito de triunfo, mostró una gran bolsa con oro.

—¡Mirad! ¡Todo esto me lo ha ido robando poco a poco, el malvado! — exclamó.

La gente le miraba con reprobación y decía:

—¡Ay, tan joven aún, tan apuesto y sin embargo tan malo! ¡Al juez, al juez con él, para que reciba su castigo!

Lo llevaban a rastras en medio de una gran multitud de todas las clases sociales, que exclamaba:

—¡Ved al apuesto empleado del bazar! Ha robado a su amo y se ha dado a la fuga. Doscientas monedas de oro le ha robado.

El prefecto de policía recibió al prisionero con rostro sombrío. Said quería hablar, pero el funcionario le ordenó callar y sólo escuchó al comerciante. Le mostró la bolsa y le preguntó si le había sido robado aquel oro. Kalum-Beck lo juró, pero su perjurio sólo le procuró el oro, pero no a su apuesto ayudante, que para él valía mil monedas de oro, pues el juez sentenció:

—Según una ley que mi todopoderoso señor, el califa, ha dictado hace tan sólo unos días, todo robo que supere las cien monedas de oro y se perpetre en el bazar será castigado con el destierro para siempre a una isla desierta. Este ladrón llega en el momento justo, hace el número veinte de tales ladrones, por lo que mañana se los embarcará y conducirá a la isla.

Said estaba desesperado; suplicó al funcionario que le escuchara, que le permitiera hablar sólo unas palabras con el califa, pero no obtuvo ni la mínima compasión. Kalum-Beck, arrepentido ahora de su juramento, habló también en su favor, pero el juez respondió:

—Tienes tu oro, así que date por satisfecho: vete a tu casa y mantente tranquilo; si no, te castigaré con una multa de diez monedas de oro por cada contradicción.

Kalum guardó silencio abatido, pero el juez hizo una señal y se llevaron a Said.

Le llevaron a un calabozo oscuro y húmedo; diecinueve desgraciados estaban allí echados en la paja y le recibieron como a un compañero de infortunio, con rudas carcajadas y maldiciones al juez y al califa. Por muy terrible que fuera el destino que le amenazaba y espantosa la idea de ser desterrado a una isla desierta, halló algún consuelo en librarse al día siguiente de aquella espantosa prisión. Mucho se engañaba, sin embargo, al creer que su situación mejoraría en el barco. Los veinte condenados fueron arrojados a la bodega, donde no se podía ni estar de pie, y allí se golpearon y se pelearon por los mejores lugares.

Levaron anclas, y Said lloró amargas lágrimas cuando empezó a moverse el barco que le llevaba fuera de su patria. Sólo una vez al día se les repartía un poco de pan, fruta y una bebida de agua azucarada, y había tal oscuridad en la bodega, que había que traer luz cada vez que los condenados comían. Casi cada dos o tres días se encontraba algún muerto entre ellos, de tan insano como era el aire en aquella cárcel sobre el agua, y Said sólo resistió por su juventud y su buena salud.

Catorce días llevaba ya en el mar, cuando un día las olas bramaron con más fuerza y en el barco surgieron movimientos y carreras desacostumbrados.

Said supuso que amenazaba tormenta; incluso le resultaba agradable la idea, pues tenía la esperanza de morir.

El barco se movía con más violencia y acabó por detenerse con un estampido terrible. Desde la cubierta llegaban gritos y sollozos que se mezclaban con el fragor de la tempestad. Al fin volvió la tranquilidad, pero al mismo tiempo uno de los prisioneros descubrió que el agua estaba entrando

en el barco. Golpeaban la trampilla para que los sacaran, pero nadie respondía. Como el agua penetraba cada vez en mayor cantidad, unieron sus fuerzas y consiguieron levantarla.

Subieron la escalera, pero arriba ya no hallaron a nadie. Toda la tripulación del barco se había salvado en los botes. La mayoría de los condenados cayeron en la desesperación, pues la tormenta se hacía más violenta, y el barco reventaba y se hundía. Durante unas horas todavía permanecieron en la cubierta e hicieron su última comida con los restos que se encontraban en el barco; luego la tormenta se recrudeció, el barco fue arrancado del arrecife en el que había encallado y se quebró.

Said se había sentado a horcajadas sobre el mástil y así siguió, agarrado con más fuerza, cuando el barco se estrelló. Las olas le lanzaban de un lado a otro, pero él resistía, remando con los pies siempre hacia arriba. Así estuvo nadando durante una media hora en continuo peligro de muerte; de pronto se acordó del silbato de la cadenita, que seguía llevando al cuello, y quiso probar otra vez si sonaba. Con una mano se sujetó bien y con la otra se lo colocó en la boca y sopló: se produjo un sonido claro y alegre, y la tempestad cesó de inmediato, las olas se alisaron como si se hubiera vertido aceite encima. Apenas se había calmado su respiración y se había vuelto para ver si por alguna parte se avistaba tierra, cuando el mástil sobre el que se sujetaba comenzó a dilatarse y moverse de modo extraño, y con no poco susto observó que ya no cabalgaba sobre un madero, sino sobre un enorme delfín. Momentos después se tranquilizó al observar que el delfín continuaba nadando veloz, pero tranquilo en la misma dirección. Atribuyó su extraordinario salvamento al silbato de plata y al hada benéfica y expresó su más apasionado agradecimiento en alta voz.

Su maravilloso caballo le llevó sobre las olas con la velocidad de una flecha, y antes de llegar la noche vio tierra y reconoció un ancho río en el que el delfín continuaba nadando. Contra corriente avanzaba más despacio y, para no desmayarse, Said, que recordaba por antiguos cuentos cómo había que pedir, tomó de nuevo el silbato y sopló fuerte, deseando una buena comida. Al instante se detuvo el pez y del agua surgió una mesa, tan seca como si hubiera permanecido ocho días al sol y provista de exquisitos y abundantes manjares. Said aprovechó la oportunidad como es debido, pues su ración durante el cautiverio había sido escasa y mala; cuando se hubo saciado, dio las gracias y la mesa se hundió; tocó el costado del delfín, y de inmediato éste continuó nadando río arriba.

El sol comenzaba a bajar ya cuando Said divisó en el horizonte oscuro una gran ciudad cuyos minaretes le pareció que tenían semejanza con los de Bagdad. Su recuerdo de Bagdad no era muy agradable, pero su confianza en su hada benefactora era tan grande, que estaba convencido de que nunca le dejaría volver a caer en manos del desvergonzado Kalum-Beck. Como a una milla de la ciudad y cerca del río, divisó una espléndida casa de campo y, con gran sorpresa suya, el pez se dirigió hacia allí.

En la terraza de la casa se hallaban varios hombres lujosamente vestidos, y en la orilla vio Said una gran cantidad de sirvientes: todos le miraban y aplaudían admirados. El delfín se detuvo junto a la escalera de mármol que del agua conducía al palacio de recreo, y apenas había puesto Said el pie en la escalera, el pez desapareció sin dejar huellas. Enseguida bajaron la escalera algunos servidores, que le invitaron en nombre de su señor a ir a su lado y le ofrecieron ropas secas. Se vistió rápidamente y siguió a los sirvientes a la terraza, donde encontró a tres hombres; el más alto y apuesto de los tres vino a su encuentro amable y benévolo.

—¿Quién eres tú, admirable extranjero —dijo—, que dominas a los peces del mar y los diriges a derecha e izquierda, como haría el mejor jinete con su corcel? ¿Eres un mago o un hombre como nosotros?

—¡Señor! —respondió Said—. Las últimas semanas han sido muy penosas para mí, pero si os complace os hablaré de ello.

Y comenzó a contar a los tres hombres su historia desde el momento en que abandonó la casa de su padre hasta su milagrosa salvación. A menudo fue interrumpido con signos de asombro, pero, cuando hubo finalizado, el dueño de la casa, que tan amablemente le había recibido, dijo:

—¡Creo en tus palabras, Said! Pero nos cuentas que en la competición ganaste una cadena y que el califa te regaló un anillo. ¿Puedes mostrárnoslos?

—He guardado ambos junto a mi corazón —dijo el joven— y sólo con mi vida hubiera dado tan preciadísimos regalos, pues considero mi más gloriosa y hermosa acción haber librado al gran califa de las manos de sus asesinos.

Y al mismo tiempo sacó la cadena y el anillo y se los enseñó.

—¡Por las barbas del profeta! ¡Es éste, es mi anillo! —exclamó el hombre más apuesto—. Abracémosle, gran visir, pues éste es nuestro salvador.

Said estaba como en un sueño cuando los dos le abrazaron, pero inmediatamente se arrojó al suelo y dijo:

—Perdona, señor de los creyentes, que haya hablado así ante ti, pues no eres otro que el gran Harum al-Raschid, el gran califa de Bagdad.

—Eso soy, y además tu amigo —respondió Harum—: desde este momento va a cambiar tu triste destino. Sígueme a Bagdad, quédate en mi corte como uno de mis colaboradores más dignos de confianza, pues aquella noche mostraste verdaderamente que Harum no te es indiferente, y no me atrevería a someter a esa prueba a cualquiera de mis cortesanos más fieles.

Said dio las gracias al califa; le prometió quedarse para siempre, después de haber hecho un viaje junto a su padre, que estaría afligidísimo por él, y el califa lo consideró justo y razonable. Pronto subieron a los caballos y llegaron a Bagdad aún antes de la puesta del sol. El califa hizo que asignaran a Said en palacio una larga serie de habitaciones magníficamente decoradas y le prometió además construir para él una casa propia.

En cuanto se enteraron del suceso, los antiguos hermanos de armas de Said, el hermano del califa y el hijo del gran visir, se apresuraron a acudir. Le abrazaron agradeciéndole la salvación de sus seres queridos y le pidieron que fuera su amigo. Mudos de asombro se quedaron cuando éste les dijo, sacando la cadena que recibió como premio en la competición, que era su amigo hacía tiempo, y les recordó diversos detalles. Siempre le habían visto moreno y con larga barba, y después de contar cómo y por qué se había disfrazado y hacer traer armas afiladas para demostrar sus palabras, luchando con ellos y probándoles así que era Almanzor, el valiente, le abrazaron otra vez con júbilo y se consideraron afortunados de tener un amigo semejante.

Al día siguiente, precisamente cuando Said estaba sentado junto al gran visir con Harum, entró Messur, el primer secretario, y dijo:

—Señor de los creyentes, si puede ser, quisiera pedirte un favor.

—Quiero oírlo primero —respondió Harum.

—Fuera está mi querido primo Kalum-Beck, un conocido comerciante del bazar —dijo—. Tiene un asunto singular con un hombre de Alepo, cuyo hijo servía en casa de Kalum-Beck, pero después le robó y huyó, nadie sabe adónde. El padre reclama su hijo a Kalum, pero él no lo tiene en su poder. Por ello desea y pide el favor de que, en virtud de tu gran conocimiento y sabiduría, intervengas en el conflicto entre el hombre de Alepo y él.

—Seré juez —respondió el califa—. Dentro de media hora pueden entrar en la sala de juicios tu señor primo y su contrario.

Después de haberse marchado Messur dando las gracias, dijo Harum:

—No es otro que tu padre, Said, y, como por fortuna ahora me he enterado de cómo ha sido todo, quiero juzgar como Salomón. Tú, Said, ocúltate tras el cortinaje de mi trono, hasta que yo te llame, y tú, gran visir,

manda buscar al jefe de policía malo y precipitado; le necesitaré durante el interrogatorio.

Ambos hicieron lo que les ordenó. El corazón de Said latió más de prisa al ver entrar en la sala con paso vacilante a su padre, pálido y abatido, y le llenó de tal indignación la imperceptible sonrisa confiada de Kalum-Beck, al susurrar algo al oído de su primo, el primer secretario, que habría querido lanzarse contra él desde detrás de las cortinas, pues a aquel hombre malvado debía sus mayores dolores y preocupaciones.

Había en la sala muchas personas que querían escuchar las sentencias del califa. Tras tomar asiento en su trono el soberano de Bagdad, pidió silencio el gran visir y preguntó quién se presentaba ante su señor como demandante.

Kalum-Beck se adelantó con aire osado y dijo:

—Estaba yo hace unos días a la puerta de mi tienda en el bazar, cuando un pregonero, con una bolsa en la mano, y este hombre pasaron junto a mi almacén anunciando: «Una bolsa de oro a quien pueda dar noticias de Said de Alepo». El tal Said había estado a mi servicio y por eso exclamé: «¡Aquí, amigo! Yo puedo ganarme la bolsa». Este hombre, ahora tan hostil conmigo, se acercó y me preguntó amablemente qué sabía. Le respondí: «¿Sois acaso Benasar, su padre?», y, cuando asintió gozoso, le conté cómo había encontrado al joven en el desierto, le había salvado, cuidado y llevado a Bagdad. Con la alegría me regaló la bolsa, pero cuando el insensato oyó lo que le seguí contando, que su hijo había estado a mi servicio y me había jugado una mala pasada, robándome y huyendo, no quiso creerlo y desde hace unos días está airado conmigo, reclama su hijo y su dinero, y no puedo darle ninguna de las dos cosas, pues el dinero lo he ganado por la noticia que le di y a su desnaturalizado hijo no puedo traerlo.

Habló después Benasar. Describió a su hijo, dijo cuán noble y virtuoso era, y que nunca podría ser tan infame como para robar. Pedía al califa que investigara minuciosamente.

—Espero —dijo Harum— que hayas denunciado el robo, como es obligado, Kalum-Beck.

—¡Naturalmente! —exclamó aquél sonriendo—. Lo conduje ante el prefecto de policía.

—¡Que traigan al prefecto de policía! —ordenó el califa.

Ante el asombro general, éste se presentó de inmediato, como traído por arte de magia. El califa le preguntó si se acordaba de aquel asunto y éste respondió afirmativamente.

—¿Escuchaste al joven y confesó su robo? —preguntó Harum.

—No; era tan obstinado que no quería declarar ante nadie que no fuerais vos en persona —respondió el juez.

—Pues yo no recuerdo haberlo visto —dijo el califa.

—¡Ah, pero entonces tendría que enviaros todos los días un montón de esa gentuza que os quiere hablar!

—Sabes que mi oído está abierto para todos —respondió Harum—, pero probablemente las pruebas del robo eran tan claras que no era necesario traer al joven a mi presencia. ¿Tenías testigos de que el dinero que te fue robado te pertenecía, Kalum?

—¿Testigos? —preguntó éste, palideciendo—. No, testigos no tenía, y bien sabéis, soberano de los creyentes, que una moneda de oro se parece a otra. ¿Cómo podría tener testigos de que esas monedas faltaban en mi bolsa?

—¿Y cómo supiste entonces que te pertenecían a ti precisamente? —preguntó el califa.

—Por la bolsa en que estaban —respondió Kalum.

—¿Tienes aquí esa bolsa? —siguió aquél preguntando.

—Aquí la tenéis —dijo el comerciante, sacando la bolsa y alargándosela al gran visir para que se la diera al califa.

El visir exclamó con fingido asombro:

—¡Por las barbas del profeta! ¿Y dices que esta bolsa es tuya, perro? Esta bolsa es mía, y fui yo quien se la dio con cien monedas de oro a un valiente joven que me libró de un gran peligro.

—¿Puedes jurarlo? —preguntó el califa.

—Tan cierto como que un día iré al paraíso —respondió el visir—, pues mi propia hija la ha cosido.

—¡Ah! ¿Entonces —exclamó Harum— estabas mal informado, prefecto de policía? ¿Por qué creíste que la bolsa pertenecía a ese comerciante?

—Él lo juró —respondió temeroso.

—¿Has jurado, pues, en falso? —gritó el califa con voz de trueno dirigiéndose al comerciante, que estaba ante él pálido y tembloroso.

—¡Alá, Alá! —exclamó éste—. Ciertamente no quiero decir nada contra el soberano gran visir, que es hombre digno de crédito, pero la bolsa me pertenece y el indigno Said me la robó. Mil tomanes daría por ver aquí a Said.

—No sé qué tienes con ese Said —dijo el califa—. Di adónde hay que enviar a buscarlo para que declare ante mí.

—Lo he enviado a una isla desierta —dijo el prefecto de policía.

—¡Oh, Said! ¡Mi hijo, mi hijo! —exclamó el desdichado padre llorando.

—¿Entonces confesó el delito? —preguntó Harum.

El prefecto de policía palideció; miraba aquí y allá, y al fin dijo:

—Si mal no recuerdo, sí.

—¿Luego no lo sabes con seguridad? —continuó el califa con voz terrible —. Preguntémosle a él. Ven aquí, Said, y tú, Kalum-Beck, paga cien monedas de oro, porque está aquí ahora.

Kalum y el prefecto creían estar viendo a un fantasma: se arrojaron al suelo y suplicaron:

—¡Misericordia, misericordia!

Benasar, casi fuera de sí de alegría, cayó en los brazos de su hijo perdido. Con estricto rigor preguntó entonces el califa:

—Prefecto de policía: aquí está Said. ¿Confesó?

—¡No, no! —gimió éste—. Sólo escuché el testimonio de Kalum, porque era un hombre más digno de crédito.

—¿Para eso te he puesto como juez de todos, para que escuches sólo a los hombres importantes? —exclamó Harum al-Raschid con justa cólera—. Te destierro veinte años a una isla desierta en medio del mar; allí podrás meditar sobre la justicia. Y tú, hombre despreciable, que ayudas al moribundo no para salvarle, sino para hacerle tu esclavo, pagarás como has dicho mil tomanes, porque lo has prometido si Said acudía para ser tu testigo.

Kalum se regocijó de salir por tan poco dinero del mal trago y se disponía incluso a dar las gracias al benévolo califa, pero éste continuó:

—Por haber jurado en falso respecto a las cien monedas de oro, recibirás cien latigazos en las plantas de los pies. Además, Said escogerá si se queda con toda tu tienda y contigo como porteador, o si se contenta con diez monedas de oro por cada día que te sirvió.

—¡Dejad marchar al miserable, califa! —exclamó el joven. No quiero nada suyo.

—No —respondió Harum—, quiero que te desagravie. Elijo en tu lugar las diez monedas de oro diarias, y tú contarás los días que estuviste en sus garras. Ahora llevaos a los miserables.

Se los llevaron, y el califa condujo a Benasar y a Said a otra sala, donde él mismo contó su increíble salvamento gracias a Said. Sólo fue interrumpido de vez en cuando por los sollozos de Kalum-Beck, que en esos momentos contaba en el patio sus queridísimas monedas al ritmo de los latigazos en las plantas de los pies.

El califa invitó a Benasar a vivir con Said en su palacio de Bagdad. Después de aceptar, regresó a su casa para trasladar su gran capital.

Said vivió como un príncipe en el palacio que le regaló el agradecido califa. El hermano del califa y el hijo del gran visir eran sus asiduos, y en Bagdad se hizo proverbial el dicho: «Me gustaría ser tan bueno y tan feliz como Said, el hijo de Benasar».

—Con esta distracción no tengo ni pizca de sueño, aunque tuviera que quedarme sin dormir dos o tres noches, o más incluso —dijo el herrero cuando hubo terminado el cazador—. Y ya lo he confirmado a menudo. Hace tiempo estuve trabajando de oficial con un fundidor de campanas. El patrón era un hombre rico y nada avaro, pero precisamente por eso nos extrañó un poco que en una ocasión en que tuvimos un gran trabajo se mostrara tan tacaño. Estábamos refundiendo en la nueva iglesia una campana, y los aprendices y oficiales teníamos que pasar la noche junto al horno para conservar el fuego. No creíamos sino que el maestro abriría su cuba especial y nos serviría el mejor vino. Pero no fue así. Sólo cada hora se servía un trago, y en cambio comenzó a contar toda clase de historias sobre sus andanzas y su vida; luego le tocó el turno al oficial mayor y así sucesivamente, y ninguno de nosotros llegó a estar soñoliento, pues todos escuchábamos con avidez. Antes de que nos diéramos cuenta se hizo de día. Entonces nos dimos cuenta del ardid del maestro, que nos había querido mantener despiertos hablando. Pues cuando la campana estuvo lista, no escatimó el vino y nos compensó por lo que nos había faltado aquella noche.

—Era un hombre sabio —respondió el estudiante—. Nada como hablar para remedio contra el sueño. Por eso no quería quedarme solo esta noche, porque hacia las once no soy capaz de vencer el sueño.

—Eso han pensado también los campesinos —dijo el cazador—; en las largas noches de invierno, cuando las mujeres y las muchachas hilan a la luz del candil, no se quedan solas en su casa porque se dormirían en medio de la labor, sino que se reúnen en grandes grupos para trabajar y se cuentan historias.

—Sí —recordó el cochero—, a veces son tan atroces que asustan mucho, pues hablan de espíritus que aparecen en la pradera, de duendes que de noche dan golpes en las habitaciones, y de fantasmas que asustan a hombres y ganados.

—Entonces es evidente que no tienen la mejor de las diversiones —aseguró el estudiante—. Yo, lo reconozco, no hay cosa que aborrezca más

que las historias de fantasmas.

—¡Ah, yo pienso todo lo contrario! —exclamó el herrero—. A mí me resulta muy agradable una historia auténticamente de miedo. Es como cuando llueve, mientras se duerme a cubierto. Se oyen las gotas caer sobre las tejas y uno se siente caliente lejos de la humedad. Lo mismo ocurre al oír hablar de fantasmas con luz y en compañía: uno se siente cómodo y a gusto.

—¿Pero y después? —dijo el estudiante—. Cuando se ha escuchado a alguien que tenga la ridícula superstición de los fantasmas, ¿no se morirá de espanto cuando esté solo y en la oscuridad? ¿No pensará en todo lo horroroso que ha escuchado? Cuando pienso en mi infancia, todavía hoy me inquietan esas historias de fantasmas. Era yo un muchacho vivo y despierto, y tal vez algo más travieso de lo que mi nodriza hubiera querido. No conocía ella mejor medio de hacerme callar que asustarme. Me contaba toda clase de terribles historias de brujas y malos espíritus y saltaba, me susurraba: «¿Oyes, hijito? Ahora el muerto va escalera arriba, escalera abajo. Lleva la cabeza bajo el brazo, pero le brillan los ojos como luceros; tiene garras en lugar de dedos; y, si uno se topa con él en la oscuridad, te retuerce el cuello».

Los hombres se rieron de estas historias, pero el estudiante continuó:

—Yo era demasiado joven para poder ver que todo eso era mentira e invención. No me asustaba el mayor perro de caza, derribaba a todos mis compañeros de juegos, pero, cuando me encontraba en la oscuridad, apretaba los ojos de miedo, pues creía que entonces se me acercaría el muerto. Llegué incluso a no querer salir solo y sin luz cuando estaba oscuro, y mi padre me castigó a veces cuando notó esa mala costumbre. Durante mucho tiempo no pude librarme de ese miedo infantil, y sólo por culpa de mi insensata nodriza.

—Sí, es una grave falta —observó el cazador— llenar la cabeza de los niños con tales locuras. Puedo asegurarles que he conocido hombres valientes y enérgicos, cazadores que no se arredraban ni ante tres enemigos, que, cuando de noche habían de estar al acecho de la caza en el bosque, de repente les abandonaba todo el valor, pues tomaban un árbol por un temible fantasma, un arbusto por una bruja, o unas luciérnagas por los ojos de un monstruo que los espiaban en la oscuridad.

—Y no sólo para los niños —contestó el estudiante— considero dañinos e insensatos los cuentos de esta clase, sino para todos, pues ¿qué persona razonable hablaría sobre la existencia de cosas que de hecho no viven más que en el cerebro de un loco? Por ahí es por donde andan, y por ningún sitio más. Pero sobre todo estas historias son muy nocivas entre la gente del

campo. Allí, inevitablemente, se cree a pies juntillas en esta clase de locuras, y esta creencia se nutre entre las hilanderas y en la taberna, donde se sientan todos apretados y con voz temerosa cuentan historias horripilantes.

—¡Sí, señor! —respondió el cochero—. Puede que tengáis razón. Alguna desgracia se ha producido ya por esos cuentos, e incluso mi propia hermana perdió la vida lamentablemente por esto.

—¿Cómo? ¿Por historias así? —exclamaron los otros asombrados.

—En efecto, por una historia así —continuó aquél—. En el pueblo donde vivía nuestro padre, existe aún la costumbre de que las mujeres y las muchachas se sienten juntas a tejer en las noches de invierno. Los muchachos acuden también y cuentan algo. Una noche en que se hablaba de fantasmas y apariciones, los chicos contaban cosas sobre un viejo tendero que había muerto hacía diez años, pero que no hallaba reposo en la tumba. Cada noche removía la tierra que tenía encima, subía de su tumba, se deslizaba despacio y tosiendo hasta su tienda, como hacía en vida, y pesaba azúcar y café murmurando:

A medianoche tres cuartos, tres cuartos;
una libra pesan de día.

»Muchos afirmaban haberlo visto, y las mujeres y las jovencitas empezaron a sentir miedo. Mi hermana, una muchacha de dieciséis años, quiso ser más lista que las demás y dijo:

»—Eso no me lo creo; el que está muerto, no vuelve nunca más.

»Así habló, pero, por desgracia, sin convencimiento, pues ya había sentido miedo a menudo. Uno de los muchachos le dijo:

»—Si así lo crees, no tendrías miedo de él. Su tumba está a dos pasos de la de Catalina, que ha muerto últimamente. Atrévete a ir al cementerio, corta una flor de la tumba de Catalina y tráenosla; así creeremos que no tienes miedo del tendero.

»Mi hermana sentía vergüenza de que los demás se rieran y dijo:

»—¡Oh, eso no es nada para mí! ¿Qué clase de flor queréis?

»—En todo el pueblo no crecen rosas blancas más que allí. Tráenos un ramo de ésas —respondió una de sus amigas.

»Ella se levantó y se fue, y todos elogiaron su coraje, pero las mujeres meneaban la cabeza diciendo:

»—¡A ver cómo sale!

»Mi hermana se dirigió al cementerio. Brillaba la luna, y ella sintió un estremecimiento al dar las doce y abrir la puerta del camposanto. Pasó por algunas tumbas que conocía, y su corazón latía más y más violentamente cuanto más cerca estaba de las rosas blancas de Catalina y de la tumba del tendero fantasma.

»Ya estaba allí; se arrodilló temblando y cortó las flores. Creyó oír un ruido cercano, se volvió y a dos pasos empezó a removerse la tierra de la sepultura y lentamente se alzó una figura. Era un hombre viejo, pálido, con un gorro de dormir blanco sobre la cabeza. Mi hermana se quedó aterrada; miró otra vez para convencerse de que había visto bien, pero cuando el de la tumba empezó a decir con voz gangosa: "Buenas noches, joven. ¿Adónde vas tan tarde?", se apoderó de ella un terror mortal. Se levantó corriendo, y saltando por encima de las tumbas corrió a la casa. Contó casi sin aliento lo que había visto y estaba tan débil que hubo que llevarla a nuestra casa. De nada nos sirvió enterarnos al día siguiente de que fue el enterrador quien estaba arreglando una tumba y habló a nuestra pobre hermana. Antes de enterarse, cayó enferma con unas fiebres altísimas, de las que murió a los tres días. Ella misma había cortado las rosas blancas para su corona mortuoria.

El cochero guardó silencio y de sus ojos cayó una lágrima, mientras los demás le miraban conmovidos.

—Así es que la pobre criatura murió víctima de esa creencia ingenua —dijo el orfebre—. Recuerdo ahora una leyenda que me gustaría contaros y que por desgracia tiene que ver con un lamentable suceso como ése:

La gruta de Steenfoll

(Leyenda escocesa)

En una de las islas rocosas de Escocia vivían hace muchos años dos pescadores en feliz armonía. Los dos estaban solteros, no tenían parientes, y su trabajo común, aunque llevado de distinta manera, los alimentaba a ambos. En edad se aproximaban bastante, pero en personalidad y carácter no se parecían entre sí más que un águila y una vaca marina.

Gaspar Strumpf era un hombre bajito, gordo, con una cara ancha y gorda como la luna llena y ojos bondadosamente risueños, a los que parecían ajenos la tristeza y la preocupación. No sólo era gordo, sino también dormilón y perezoso, y por ello tenía a su cargo los trabajos de la casa: cocinar, hacer el pan, tejer redes de pesca para ellos y para vender, y también una gran parte del cultivo de su terrenito. Su compañero era justo lo contrario: alto y delgado, con gran nariz aguileña y ojos penetrantes; era conocido como el pescador más activo y afortunado, el escalador más emprendedor en la búsqueda de pájaros y plumón, y el agricultor más trabajador de las islas, al mismo tiempo que el comerciante más ávido de ganancias del mercado de Kirkwall[76]; pero, como sus mercancías eran buenas y su comercio sin engaños, todos gustaban de tratar con él; así que Wilm Falke, como le llamaban sus paisanos, y Gaspar Strumpf, con el que compartía sus ganancias de buen grado a pesar de su codicia y de haberlas ganado con esfuerzo, no sólo se alimentaban bien, sino que estaban incluso en el buen camino para lograr un cierto grado de bienestar. Pero no era sólo ese bienestar lo que agradaba al espíritu codicioso de Falke: quería hacerse rico, muy rico, y como pronto se dio cuenta de que por el camino corriente del trabajo no iba muy de prisa eso de enriquecerse, acabó por considerar que había de lograr la riqueza por medio de algún azar de la fortuna, y así, en cuanto esta idea tomó posesión de su ánimo, tremendamente voluntarioso, no volvió a pensar en nada más y comenzó a hablar de ello con Gaspar Strumpf como de una cosa

cierta. Éste, para el que lo que Falke decía era como el Evangelio, se lo contó a los vecinos y pronto se extendió el rumor de que Wilm Falke se había vendido realmente al Malo por dinero o había recibido una oferta del príncipe de los infiernos.

Al principio, Falke se reía de esos rumores, pero poco a poco le gustó la idea de que cualquier espíritu pudiera revelarle una vez la existencia de un tesoro, y dejó de protestar ya cuando sus paisanos le tomaban el pelo con el asunto. Desde luego continuaba con su ocupación, pero con menos empeño, y muchas veces perdía gran parte del tiempo que antes dedicaba a pescar o a otros trabajos útiles en la búsqueda inútil de alguna aventura con la que hacerse rico de repente. Quiso su desgracia que, estando un día en una orilla desierta, mientras contemplaba el mar agitado con una esperanza determinada, como si hubiera de venirle de allí su gran oportunidad, una enorme ola hiciera llegar hasta sus pies una bola amarilla, una bola de oro, entre un montón de musgo y piedras.

Wilm se quedó como encantado: resultaba que sus esperanzas no habían sido sueños vanos y el mar le había regalado oro, oro hermoso y puro, probablemente los restos de una pesada barra que las olas habían ido desgastando en el fondo del mar hasta reducirla al tamaño de una bala de escopeta. Y ahora veía claro que tiempo atrás, en algún lugar de aquella costa, tenía que haber naufragado un buque ricamente cargado y que él estaba predestinado a recobrar los tesoros enterrados en el seno del mar. Éste fue, en adelante, su único anhelo; ocultando cuidadosamente su hallazgo incluso a su amigo, para que nadie más estuviera sobre la pista de su descubrimiento, descuidó todo lo demás y pasó días y noches en aquella orilla, sin arrojar su red para recoger peces, sino una pala adecuada para buscar oro. Sin embargo, no encontró más que pobreza, pues él ya no ganaba nada, y los esfuerzos perezosos de Gaspar no bastaban para alimentarlos a los dos. En busca de mayores tesoros desapareció no sólo el oro encontrado, sino que poco a poco se esfumó toda la propiedad de los dos mozos. Pero del mismo modo que Strumpf había dejado antes que Falke lograra la mejor parte de su sustentó sin decir nada, soportó ahora calladamente y sin queja que su absurda actividad los privara de ella. Precisamente esta benévola tolerancia de su amigo fue lo que le espoleó aún con más fuerza a continuar en su búsqueda incesante de riqueza. Y lo que le impulsaba aún más era que, siempre que se echaba a descansar y sus ojos se cerraban para dormir, algo le susurraba al oído una palabra que creía percibir muy claramente y que siempre le parecía la misma, pero que nunca lograba recordar. No sabía lo que tenía que ver esta

circunstancia, por extraña que fuese, con su empeño, pero sobre un carácter como el de Wilm Falke tenía que actuar todo, y también este misterioso susurro le ayudó a reafirmarse en la creencia de que le estaba destinada una gran dicha, que sólo esperaba encontrar en un montón de oro.

Un día le sorprendió en la orilla en la que había encontrado la bola de oro una tormenta tan violenta que le impulsó a buscar refugio en una gruta próxima. La gruta, a la que los lugareños llaman la gruta de Steenfoll, consiste en un largo corredor subterráneo que se abre al mar por dos salidas, dejando así un paso libre a las olas, que se precipitan constantemente por él con gran estruendo y llenas de espuma. La gruta es accesible sólo por un sitio, por una grieta de la parte superior. Wilm se deslizó a duras penas por ésta y a unos doce pies de profundidad se sentó en una roca saliente, debajo de un peñasco; con las olas que rompían a sus pies y la furiosa tempestad sobre su cabeza, se sumió en los pensamientos habituales, es decir, en los del buque naufragado y cuál podría haber sido, pues a pesar de sus intentos, y ni siquiera preguntando a los más viejos del lugar, no había podido averiguar nada sobre algún barco que se hubiera hundido en aquel sitio. Ni él mismo sabía cuánto tiempo permaneció allí sentado, pero cuando al fin salió de su ensimismamiento descubrió que la tormenta había pasado. Precisamente se disponía a subir, cuando desde las profundidades se dejó oír una voz, y la palabra *Car-mil-han* resonó con toda claridad en sus oídos. Se levantó aterrado y miró al abismo vacío.

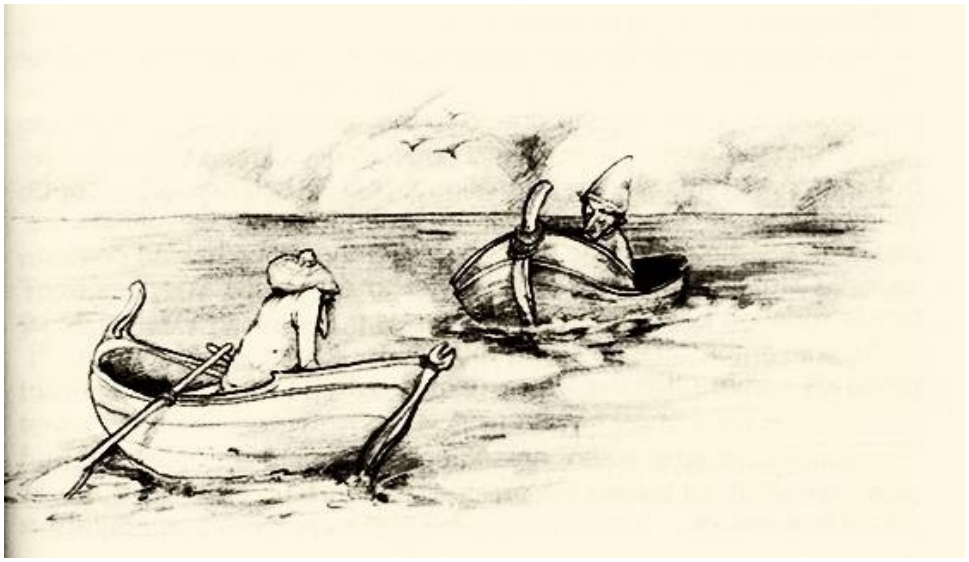
—¡Santo Dios! —gritó—. Es ésa la palabra que me persigue en mi sueño. ¿Qué puede significar?

—*¡Carmilhan!* —sollozó de nuevo la voz que salía de la gruta, cuando ya había sacado un pie de la grieta.

Como un corzo atemorizado huyó hacia su cabaña.

Wilm no era nada cobarde: la situación le había sorprendido, pero la codicia era demasiado fuerte en él para que cualquier peligro aparente le pudiera asustar como para no seguir avanzando por su arriesgado camino. Cierta noche, frente a la gruta de Steenfoll, buscando tesoros a la luz de la luna con su pala, ésta quedó enganchada en algo. Wilm tiró con todas sus fuerzas, pero la masa permaneció inmóvil. Entre tanto se levantó viento, y el cielo se cubrió de nubes oscuras; el bote se balanceaba con fuerza y amenazaba volcar. Wilm tiró y tiró hasta que cedió la resistencia, y al no sentir peso creyó que la cuerda se había roto. Precisamente cuando las nubes iban a juntarse y a ocultar la luna, apareció en la superficie una masa negra y redonda y sonó la palabra que le perseguía; «*¡Carmilhan!*». Quiso cogerla a

toda prisa, pero con la misma velocidad con que extendió el brazo desapareció en la oscuridad de la noche, y la tormenta que estalló en ese preciso momento le obligó a buscar refugio bajo una roca cercana. Allí se durmió agotado, para sufrir otra vez en el sueño, atormentado por una imaginación desenfrenada, e martirio que le causaba su incesante ansia de riqueza. Despuntaba el día y caían los primeros rayos del sol sobre la superficie del mar, tranquila entonces, cuando de lejos vio venir algo hacia él. Pronto distinguió un bote y una figura humana dentro; pero lo que despertó su máximo asombro fue que la barca se movía sin velas ni remos y con la proa dirigida hacia la orilla, sin que la figura sentada en ella pareciera preocuparse lo más mínimo del timón, en caso de que lo hubiera. El bote se iba acercando y por fin se detuvo junto a la barca de Wilm La persona que lo ocupaba resultó ser un hombrecillo pequeño, apergaminado y viejo, que iba vestido de lienzo amarillo, se cubría con un gorro de dormir rojo y puntiagudo, y estaba sentado como un cadáver momificado, con los ojos cerrados e inmóvil. Después de haberle llamado y empujado en vano, iba a atar una cuerda al bote y remolcarlo, cuando el hombrecillo abrió los ojos y empezó a moverse de un modo que llenó de miedo incluso al osado pescador.



—¿Dónde estoy? —preguntó en holandés después de un profundo suspiro.

Falke, que había aprendido algo de esa lengua con los pescadores holandeses de arenques, le dijo el nombre de la isla y le preguntó quién era y qué le había traído hasta allí.

—Vengo a ver el *Carmilhan*.

—¿El *Carmilhan*? ¡Por el amor de Dios! ¿Y que es? —exclamo el pescador, ansioso.

—No contesto a preguntas que se me hagan de ese modo respondió el hombrecillo con evidente miedo.

—Bueno, pero ¿qué es el *CarmiIhan*?

—El *Carmilhan* no es nada ahora, pero antes fue un hermoso barco, cargado con más oro del que nunca ha transportado ninguna embarcación.

—¿Dónde naufragó? ¿Cuándo?

—Fue hace cien años; dónde, no lo sé con exactitud. Vengo a buscar el lugar y a pescar el oro perdido; si quieres ayudarme, partiremos lo que encontremos.

—De todo corazón. Basta con que me digas lo que he de hacer.

—Lo que tienes que hacer exige coraje; tienes que ir inmediatamente antes de la medianoche al paraje más agreste y solitario de toda la isla; lleva una vaca, a la que sacrificarás allí, y haz que alguien te envuelva en su piel recién desollada. Tu acompañante ha de tenderte luego en el suelo y dejarte solo, y antes de que suene la una en el reloj sabrás dónde están los tesoros del *Carmilhan*.

—De ese modo cayó en la perdición el viejo Engrol, con cuerpo y alma —exclamó horrorizado Wilm—. Eres el espíritu maligno —continuó, remando apresurado para alejarse—. ¡Vete al infierno! ¡No quiero nada contigo!

Mientras se alejaba, el hombrecillo rechinó los dientes, le insultó y le maldijo. Pero el pescador, que había empuñado los dos remos, pronto se puso fuera del alcance de su voz y, después de doblar una roca, también de su vista. Sin embargo, el descubrimiento de que el espíritu maligno intentaba aprovecharse de su codicia y atraerle con oro a sus redes no curó al pescador deslumbrado; por el contrario, pensaba utilizar la información del hombrecito amarillo sin entregarse al Malo; al continuar su pesca en busca de oro en la costa solitaria, descuidó el bienestar que ofrecía la rica abundancia de peces en otros lugares del mar, así como todos los demás medios a los que antaño había aplicado su actividad, y se hundió cada día más con su compañero en la más profunda pobreza, hasta que a menudo llegó a faltarles lo más imprescindible para vivir. Aunque esta ruina debía atribuirse por completo a la obstinación y a la codicia equivocada de Falke, y el mantenimiento de ambos recaía ahora solamente sobre Gaspar Strumpf, éste no le hizo nunca el más mínimo reproche, e incluso le testimoniaba siempre la misma sumisión y la misma confianza en su entendimiento superior que en los tiempos en que sus empresas tenían siempre éxito. Esta circunstancia no hacía sino aumentar

los sufrimientos de Falke, pero le impulsaba aún más a buscar oro, porque con ello esperaba poder compensar también a su amigo de las privaciones presentes. El maldito susurro de la palabra *Carmilhan* le seguía persiguiendo en sueños. Por fin, la necesidad, la esperanza defraudada y la codicia le llevaron a una especie de locura, de modo que al fin decidió hacer lo que le había aconsejado el hombrecillo, aunque sabía por la antigua leyenda que con ello se entregaba a los poderes de las tinieblas. Todas las advertencias de Gaspar fueron inútiles. Cuanto más le imploraba éste que desistiera de su desesperado propósito, más violentamente se empeñaba Falke. Y aquel hombre bueno y débil terminó por acceder a acompañarle y ayudarle a realizar sus planes.

Los corazones de los dos se contrajeron dolorosamente cuando ataron una cuerda a los cuernos de una hermosa vaca, su última propiedad, a la que habían criado desde ternera y que siempre se habían negado a vender porque no podían decidirse a verla en manos extrañas. Pero el espíritu maligno, que se había apoderado de Wilm, ahogó en él todos sus mejores sentimientos, y Gaspar no era capaz de resistirse en nada. Era en septiembre, y ya habían comenzado las largas noches del largo invierno escocés. Las nubes nocturnas rodaban pesadamente, empujadas por el áspero viento de la tarde, y se amontonaban como montañas de hielo en Maelström[77]; profunda sombra llenaba las gargantas entre la montaña y las húmedas turberas, y los turbios lechos de los ríos aparecían negros y espantosos como bocas del infierno. Falke iba delante y Strumpf le seguía, tan confiado e inconsciente, horrorizado de su propia muerte, la muerte que había de llegarle de la misma mano que hasta entonces le había dado el alimento. Llegaron con dificultad al estrecho y pantanoso valle de la montaña, cubierto aquí y allá de musgo y brezo, sembrado de grandes piedras y rodeado de una cadena de montañas que se perdía en la niebla gris. Por un suelo pantanoso que cedía bajo sus pies, se aproximaron a una gran roca que se alzaba en medio y de la que salió volando hacia las alturas un águila graznando asustada. La pobre vaca mugió sordamente, como si reconociera los horrores del paraje y el destino que le aguardaba. Gaspar se volvió para limpiarse las lágrimas que corrían rápidas. Miró abajo por la abertura de la roca que habían subido y desde la que se oía el estruendo del mar en los rompientes, y luego arriba, hacia las crestas de las montañas, sobre las cuales se había extendido un nublado negro como el carbón, del que llegaba de vez en cuando un sordo murmullo. Cuando de nuevo volvió la vista hacia Wilm, éste había atado ya a la piedra a la pobre vaca y se erguía con el hacha levantada, en vías de sacrificar al buen animal.

Esto era demasiado para su resolución de someterse a la voluntad de su amigo. Con las manos juntas se hincó de rodillas.

—¡Por amor de Dios, Falke! —gritó con la voz de la desesperación—. ¡Compadécete de ti, compadécete de la vaca! ¡Compadécete de ti y de mí! ¡Salva tu alma! ¡Salva tu vida! ¡Y, si has de tentar así a Dios, espera hasta mañana y sacrifica mejor otro animal en lugar de nuestra querida vaca!

—¿Estás loco, Gaspar? —gritó Wilm como loco, sin dejar de blandir el hacha—. ¿Voy a salvar a la vaca y morirme yo de hambre?

—No tienes que morirte de hambre —respondió Gaspar con firmeza—. Mientras me queden las manos, no te morirás de hambre. Trabajaré para ti de la mañana a la noche. ¡Pero no pierdas tu alma y deja que viva el pobre animal!

—Entonces coge el hacha y ábreme la cabeza —gritó Falke en tono desesperado—; no pienso moverme de este sitio hasta que no tenga lo que deseo. ¿Puedes sacar tú por mí los tesoros del *Carmilhan*? ¿Pueden tus manos conseguir algo más que las misérrimas cosas imprescindibles para la vida? Pero sí pueden terminar con mis sufrimientos. ¡Venga, haz que sea yo la víctima!

—¡Wilm, mata a la vaca y mátame a mí! No me importa, sólo me importa tu salvación. Éste es el altar picto[78], y el sacrificio que quieres ofrecer pertenece a las tinieblas.

—No sé nada de eso —exclamó Falke riendo salvajemente, como alguien decidido a no querer saber nada que pudiera apartarle de su propósito—. Gaspar, estás loco y me vuelves loco a mí… Pero ahí tienes —continuó lanzando lejos el hacha y cogiendo el cuchillo de la roca, como si quisiera atravesarse con él—, conserva la vaca en mi lugar.

Gaspar se acercó inmediatamente a él, le arrancó de la mano el instrumento asesino, empuñó el hacha, la blandió en el aire y la dejó caer con tal violencia sobre la cabeza del querido animal, que éste se desplomó muerto a los pies de su amo.

Un relámpago, acompañado de un trueno, siguió a aquella rápida acción, y Falke se quedó mirando fijamente a su amigo, con los ojos con que un hombre miraría asombrado a un niño que se hubiera atrevido a hacer lo que él mismo no osaba. Pero Strumpf no parecía asustado por el trueno, ni desconcertado por el asombro anonadado de su compañero, sino que, sin decir palabra, se arrojó sobre la vaca y comenzó a desollarla. Cuando Wilm se hubo recobrado un poco, le ayudó en aquella faena, pero con tan visible repugnancia como antes se había mostrado ansioso de ver cumplido el

sacrificio. Durante la tarea se había concentrado la tormenta, el trueno retumbaba estruendosamente en la montaña, y espantosos relámpagos serpenteaban en derredor de la piedra y sobre el musgo de la quebrada, mientras el viento, que no había alcanzado aún aquella altura, llenaba los valles inferiores y la costa con su salvaje ulular. Y cuando la piel estuvo por fin desprendida, los dos pescadores se encontraban calados hasta los huesos. Extendieron la piel sobre el suelo, y Gaspar envolvió y ató fuertemente en ella a Falke, tal como éste se lo había mandado. Sólo después, cuando había terminado, rompió el pobre hombre el prolongado silencio y, mirando compasivamente a su trastornado amigo, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Puedo hacer todavía algo por ti, Wilm?

—Nada más —respondió el otro—. Adiós.

—Adiós —contestó Gaspar—. Que Dios sea contigo y te perdone como yo lo hago.

Tales fueron las últimas palabras que Wilm le oyó, pues al momento desapareció en la oscuridad siempre creciente. Y en aquel mismo instante estalló una de las tormentas más terribles que Wilm había visto jamás. Comenzó con un relámpago, en el que Falke creyó ver no sólo las montañas y las rocas cercanas, sino también el valle a sus pies, con el espumante mar y los islotes rocosos dispersos por la costa, y entre ellos un extraño barco sin mástil, que inmediatamente volvió a desaparecer en la más terrible oscuridad. Los truenos se hicieron ensordecedores. Una gran cantidad de piedras rodaba montaña abajo y amenazaba alcanzarlo. La lluvia caía en tal cantidad que inundó en un instante el angosto valle pantanoso con una avenida que no tardó en subir hasta los hombros de Wilm; por fortuna, Gaspar le había echado con la parte superior del cuerpo recostada en una elevación del terreno; de otro modo se habría ahogado. El agua subió cada vez más arriba, y cuanto más se esforzaba por escapar de su peligrosa situación, más le envolvía la piel. En vano llamó a gritos a Gaspar. Gaspar estaba muy lejos. No se atrevió a invocar a Dios en el peligro, y un escalofrío se apoderó de él cuando quiso implorar a los poderes a cuyo dominio se sentía entregado.

Ya le entraba el agua en los oídos, ya rozaba el borde de sus labios.

—¡Dios mío, estoy perdido! —gritó al sentir que se precipitaba sobre su cara un raudal de agua.

Pero en el mismo instante penetró débilmente en sus oídos un rumor como de una cascada cercana, y en el acto quedó su rostro de nuevo al descubierto. La corriente se había abierto paso a través de las rocas. Y, como al mismo tiempo había cedido un poco la lluvia y había disminuido la profunda

oscuridad del cielo, cedió también su desesperación y pareció volver a él un rayo de esperanza. Aunque se sentía agotado por tan prolongada agonía y deseaba ardientemente ser liberado de su actividad, el objeto de sus desesperadas ansias no había sido aún alcanzado, y con la desaparición del peligro de muerte inmediata volvió también a su pecho la codicia con todas sus furias. Convencido de que había de aguantar en su situación si quería alcanzar su objetivo, se mantuvo quieto y, de frío y cansancio, cayó en un sueño profundo.

Habría dormido unas dos horas cuando le sacó de su feliz inconsciencia un viento frío que soplaba sobre su rostro y un sonido como de olas del mar. El cielo se había oscurecido de nuevo; un relámpago como el que había precedido a la primera tormenta iluminó otra vez la zona en torno a él. Creyó ver el extraño barco en lo alto de una ola, muy cerca de la roca de Steenfoll, y luego pareció hundirse repentinamente en el abismo. Seguía mirando fijamente al fantasma, cuando de improviso se alzó desde el valle una tromba de agua gigantesca y le lanzó con tal violencia contra una roca que perdió el sentido. Cuando volvió en sí, el temporal se había calmado y el cielo estaba sereno, pero aún continuaban los relámpagos. Yacía al mismo pie de la montaña que rodeaba el valle, y se sentía tan destrozado que apenas podía moverse. Oía el rumor más sosegado del oleaje y entre medias, una música solemne como un cántico litúrgico. Aquellos sones eran tan débiles al principio que los tuvo por una alucinación. Pero seguían dejándose oír, cada vez más claros y cercanos, y acabó por parecerle reconocer en ellos la melodía de un salmo que el verano pasado había oído a bordo de un barco holandés dedicado a la pesca del arenque.

Por último, percibió incluso voces y le pareció que hasta distinguía las palabras de aquel cántico. Las voces sonaban ahora en el valle y, cuando Wilm se hubo arrastrado trabajosamente hasta una piedra, en la que apoyó la cabeza, vio con claridad un cortejo de figuras humanas del que partía la música y que se dirigía hacia él. El dolor y la angustia se reflejaban en los rostros de aquellas gentes, cuyas ropas parecían chorrear agua. Al llegar junto a él su canto cesó. A la cabeza venían varios músicos, luego varios marineros y detrás de éstos un hombre alto y robusto, con un traje anticuado, ricamente guarnecido de oro, una espada al costado y en la mano una larga y gruesa caña de Bengala[79] con puño dorado. A su izquierda iba un negrito que de cuando en cuando tendía a su señor una larga pipa, a la cual daba él mismo unas cuantas chupadas solemnes y seguía luego andando. Derecho como una vela, se detuvo delante de Wilm, y a su lado se situaron otros hombres menos

ricamente vestidos, todos con su pipa en la mano, pero ninguna parecía tan rica como la que era llevada detrás del hombre grueso. Detrás de ellos se colocaron otras personas, entre ellas varias mujeres, algunas de las cuales llevaban niños en brazos o de la mano, todas con trajes lujosos, pero extraños. Cerraba el cortejo un grupo de marineros holandeses, cada uno de los cuales tenía la boca llena de tabaco de mascar y entre los dientes una pequeña pipa oscura, que fumaban en sombrío silencio.

El pescador contempló con espanto aquella singular reunión; pero la expectación de lo que allí iba a sobrevenir mantuvo firme su coraje. Durante largo tiempo permanecieron así a su alrededor, y el humo de sus pipas se elevaba sobre ellos como una nube, entre la cual brillaban las estrellas. El círculo se estrechó cada vez más en torno a Wilm, el fumar se hizo cada vez más intenso, y más gruesa la nube que se elevaba de las bocas y las pipas. Falke era un hombre valiente y arrojado, y se había preparado para lo extraordinario, pero al ver acercarse cada vez más hacia él a aquella multitud incomprensible, como si quisiera aplastarle con su masa, perdió el valor; gruesas gotas de sudor brotaron de su frente y creyó morir de miedo. Pero imagínense su terror cuando, al volver por azar los ojos vio junto a su cabeza al hombrecito amarillo, sentado allí tieso y erguido, tal como lo había visto la primera vez, sólo que ahora, como por mofa de toda la reunión, tenía también una pipa en la boca. En medio del miedo mortal que se apodero de él, exclamo volviéndose hacia la persona que iba en cabeza:

—En nombre de aquel a quien servís, ¿quién sois? ¿Qué queréis?

El hombre corpulento dio tres chupadas a la pipa con más solemnidad que nunca, la entregó después a su criado y respondió con tremenda frialdad:

—Yo soy Aldret Franz van der Swelder, comandante del barco *Carmilhan*, de Ámsterdam, que al regreso de Batavia[80] naufrago en esta costa rocosa; éstos son mis oficiales, ésos mis pasajeros y aquéllos mis valerosos marineros: todos ellos se ahogaron conmigo. ¿Por qué nos has sacado de nuestras profundas moradas del mar? ¿Por qué has perturbado nuestro descanso?

—Quisiera saber dónde se encuentran los tesoros del *Carmilhan*.

—En el fondo del mar.

—¿Dónde?

—En la cueva de Steenfoll.

—¿Cómo he de conseguirlos?

—Un ganso se sumerge en la sima en pos de un arenque. ¿Acaso no valen tanto los tesoros del *Carmilhan*?

—¿Cuánto conseguiré de ellos?

—Más de lo que nunca vas a gastar.

El hombrecito amarillo sonrió burlón y todo el grupo rió estrepitosamente.

—¿Has terminado? —siguió preguntando el capitán.

—Sí. Que te vaya bien.

—Que te vaya bien. Hasta la vista —respondió el holandés, volviéndose para marcharse.

Los músicos se pusieron de nuevo a la cabeza, y todo el cortejo se alejó en el mismo orden en que había venido y con el mismo canto solemne, que se hizo cada vez más apagado e impreciso hasta que, al cabo de un tiempo, se perdió por completo en el ruido del oleaje. Entonces Wilm recurrió a sus últimas fuerzas para aligerarse de sus ataduras y al fin consiguió soltarse un brazo, con el que desató todas las cuerdas que lo envolvían, y se desembarazó completamente de la piel. Sin mirar atrás, corrió a su cabaña y encontró al pobre Gaspar Strumpf caído en el suelo, rígido y sin sentido. Con gran esfuerzo le hizo volver en sí, y el buen hombre lloró de alegría al ver de nuevo ante él al amigo de juventud que creía perdido. Pero aquel rayo de esperanza desapareció rápidamente cuando supo por Wilm la desesperada empresa que se proponía acometer.

—Preferiría precipitarme en el infierno que contemplar por más tiempo estas paredes desnudas y esta miseria… Me sigas o no, yo me voy.

Con estas palabras, Wilm empuñó una antorcha, un eslabón y una cuerda y salió presuroso. Gaspar corrió tras él tan de prisa como pudo y lo encontró ya en la roca en la que antes había hallado protección contra la tormenta, dispuesto a descolgarse por la cuerda en la negra sima fragorosa. Cuando vio que todas sus advertencias no hacían la menor impresión a aquel hombre enloquecido, se dispuso a bajar detrás de él, pero Falke le mandó quedarse y sostener la cuerda. Con enorme esfuerzo, para el cual sólo la más ciega codicia podía dar el valor y la energía suficientes, se descolgó Falke a la gruta y llegó por fin a un peñasco saliente, bajo el que se precipitaban las olas, negras y coronadas de blanca espuma. Miró ansiosamente a su alrededor y por fin vio relucir algo en el agua, justo a sus pies. Dejó la antorcha en el suelo, se tiró abajo y cogió algo pesado que consiguió sacar. Era una cajita de hierro llena de monedas de oro. Anunció a su compañero lo que había encontrado, pe ro no quiso de ninguna manera prestar oídos a sus ruegos de que se contentara con aquello y subiera. Falke consideraba que aquello no era más que el primer fruto de sus largos esfuerzos. Se lanzó otra vez abajo… En el mar resonó una estruendosa carcajada y nunca más se volvió a ver a Wilm Falke.

Gaspar volvió a casa solo, convertido en otro hombre Las extrañas conmociones que su débil cabeza y su corazón sensible habían soportado trastornaron sus sentidos. Dejo que todo se arrumara a su alrededor y andaba errante día y noche, sin rumbo, con la mirada fija ante sí, compadecido y evitado por todos sus anteriores conocidos. Un pescador pretende haber reconocido a Wilm Falke en la orilla, en una noche de tempestad, acompañado de la tripulación del *Carmilhan*. Y aquella misma noche desapareció también Gaspar Strumpf.

Lo buscaron por todas partes, pero en ninguna se pudo encontrar ni rastro de él. Corre la leyenda, sin embargo, de que se le ha visto varias veces con Falke entre la tripulación del barco encantado, que desde entonces se apareció regularmente en ciertos días junto a la gruta de Steenfoll.

—Hace mucho que ha pasado la medianoche —dijo el estudiante cuando el joven orfebre hubo terminado su relato—. Ahora ya no hay peligro, y yo, por mi parte, estoy tan soñoliento que aconsejaría a todos que se acostasen y durmiesen confiados.

—Antes de las dos yo no estaría tranquilo —respondió el cazador—; es proverbial que de las doce a las dos es tiempo de ladrones.

—También lo creo yo —observó el herrero—, pues, si nos quieren robar algo, no hay tiempo más adecuado que después de medianoche. Por lo tanto, creo que el estudiante podría seguir con su relato, que aún no ha terminado del todo.

—No me niego —dijo éste—, aunque nuestro vecino, el señor cazador, no ha oído el principio.

—Tendré que imaginármelo; empezad —exclamó el cazador.

—Bien, pues…

Iba a empezar, cuando fue interrumpido por el ladrido de un perro; todos contuvieron la respiración y escucharon. Inmediatamente, uno de los sirvientes de la condesa salió corriendo de la habitación de ésta, diciendo que unos diez o doce hombres armados venían hacia la posada.

El cazador cogió su fusil, el estudiante su pistola, los artesanos sus bastones y el cochero se sacó del bolso un cuchillo largo. Así se quedaron mirando expectantes.

—¡Vamos a la escalera! —dijo el estudiante—. Dos o tres de esos canallas, por lo menos, van a morir antes de apoderarse de nosotros.

Entregó otra pistola al herrero y les aconsejó que sólo dispararan uno después de otro. Se situaron junto a la escalera. El estudiante y el cazador se atravesaron; a un lado, junto al cazador, se colocó el valeroso herrero, inclinándose sobre la barandilla y apuntando con su pistola hacia el medio de la escalera. El herrero y el cochero estaban detrás, dispuestos a hacer de las suyas si se llegaba al cuerpo a cuerpo. Así permanecieron unos minutos en silenciosa espera; al fin se oyó abrir la puerta de la casa y creyeron percibir el rumor de varias voces.

Se oyeron luego pasos de varios hombres aproximarse subiendo por la escalera y en el primer tramo aparecieron tres hombres que no iban preparados en absoluto para el recibimiento que les esperaba. Al doblar el rellano, gritó el cazador con voz estentórea:

—¡Alto! Un paso más y sois hombres muertos. Apuntad bien, amigos, y no falléis.

Los ladrones se sobresaltaron, retrocedieron y hablaron con los otros. Poco después, volvió uno y dijo:

—¡Señores! Sería una locura por vuestra parte querer sacrificar la vida en vano, pues somos bastantes como para dominaros por completo. Retiraos, que nadie va a sufrir ningún daño; no queremos quitaros ni un centavo.

—¿Qué queréis entonces? —exclamó el estudiante—. ¿Pensáis que vamos a confiar en gentuza como vosotros? ¡De ningún modo! Si queréis venir a buscar algo, hacedlo, por Dios, pero al primero que ose acercarse le quemo la frente de tal manera que nunca volverá a tener un dolor de cabeza.

—Entregadnos voluntariamente a la dama —respondió el ladrón—. Nada le va a suceder; vamos a conducirla a un lugar cómodo y seguro. Su gente puede regresar y pedirle al señor conde que la rescate por veinte mil florines.

—¿Cómo podemos permitir que nos hagan esas proposiciones? —respondió el cazador, rechinando los dientes de cólera y tendiendo el arma—. Voy a contar hasta tres y, si al decir tres no estás abajo, disparo: uno, dos…

—¡Alto! —gritó el ladrón con voz atronadora—. ¿Es costumbre disparar a un hombre desarmado que trata pacíficamente con vosotros? Puedes matarme de un disparo, estúpido, y, en primer lugar, no habríais hecho ninguna heroicidad, pero, además, aquí hay veinte de mis compañeros que me vengarían. ¿De qué le serviría a la señora condesa que quedarais por el suelo muertos o heridos? Creedme: si viene con nosotros sin resistencia, será tratada con consideración; pero si no dejas el arma en paz antes de que cuente tres, a ella le puede ir mal. ¡Dejad las armas: uno, dos, tres!

—Con estos perros no hay que bromear —murmuró el cazador, siguiendo la orden del ladrón—; es verdad que no afecta a mi vida, pero, si disparo a alguno, la dama sería tratada con más dureza. Voy a pedir consejo a la condesa. Danos —continuó en voz alta—, danos una tregua de media hora, para preparar a la condesa: se moriría si se enterara tan de repente.

—Concedida —respondió el ladrón, ordenando inmediatamente a seis hombres vigilar el final de la escalera.

Abatidos y confundidos siguieron los desdichados viajeros al cazador hasta la habitación de la condesa. Estaba tan cerca y habían hablado tan alto

que a ella no se le había escapado ni una sola palabra. Estaba pálida y temblaba violentamente, pero parecía muy decidida a resignarse a su destino.

—¿Por qué voy a poner en peligro tan inútilmente la vida de tantos valientes? —dijo—. ¿Por qué exhortaros a una defensa absurda, a vosotros que de nada me conocéis? No; veo que no hay más solución que seguir a esos miserables.

Todos estaban conmovidos por el coraje y la desgracia de la dama; el cazador suspiraba y juraba que aquel ultraje era para él un golpe mortal. El estudiante se maldecía a sí mismo y a su estatura de seis pies.

—Si tuviera una estatura de media cabeza menos y no tuviera barba —exclamó—, sabría qué hacer: que la señora condesa me dejara ropa suya y estos canallas se enterarían demasiado tarde del error cometido.

También en Félix había causado honda impresión la desgracia de la dama. Toda su persona le resultaba tan entrañable y familiar, que sentía como si su madre, muerta a edad temprana, se encontrara en tan terrible situación. Se sentía tan exaltado, tan valeroso, que con gusto habría dado su vida por la de ella. Cuando el estudiante pronunció aquellas palabras, le vino una idea a la cabeza; olvidó todo temor, toda reserva, y pensó sólo en salvar a la mujer.

—Si sólo es eso —dijo adelantándose, tímido y ruborizado—, si sólo hace falta para salvar a la señora un cuerpo pequeño, un rostro barbilampiño y un corazón valeroso, tal vez yo no sea inútil. En nombre de Dios, poneos mi traje, colocad sobre vuestros hermosos cabellos mi sombrero, poneos a la espalda mi mochila y seguid vuestro camino como Félix, el orfebre.

—¿Vas a hacer eso, corazón de oro? ¿Vas a ponerte los vestidos de mi señora y salvarla? Dios te ha inspirado, pero no puedes ir solo; yo iré contigo, me quedaré junto a ti, como tu mejor amigo y, en tanto que tenga vida, no podrán hacerte nada.

—También yo me voy contigo, ¡tan cierto como que estoy vivo! —exclamó el estudiante.

Costó mucho convencer a la condesa de este plan. No podía soportar la idea de que un extraño se sacrificara por ella. Se imaginaba la rabia de los ladrones, en caso de que más tarde llegaran a descubrir el engaño. Sin embargo, al fin se impusieron los ruegos del joven, en parte, y en parte también el convencimiento de que, si ella se salvaba, recurriría a todo para liberar a sus salvadores. Accedió. El cazador y los demás viajeros acompañaron a Félix a la habitación del estudiante, donde se puso rápidamente la ropa de la condesa. El cazador le colocó además algunos

cabellos postizos de la camarera y un sombrero de señora; todos aseguraban que nadie le reconocería. Incluso el herrero juró que, si le encontraba por la calle, se descubriría de inmediato y ni siquiera se le pasaría por la cabeza que estaba haciendo una reverencia a su valeroso compañero.

Mientras tanto, y con ayuda de su doncella, la condesa se había provisto de ropa de la mochila del joven orfebre. El sombrero calado hasta la frente, el bastón de viaje en la mano y la mochila, un poco aligerada, a la espalda la hacían totalmente desconocida y, en cualquier otro momento, los viajeros se habrían reído no poco de aquella mascarada. El nuevo artesano dio las gracias a Félix con lágrimas en los ojos y prometió su pronta ayuda.

—Tengo sólo un ruego —respondió Félix—: en la mochila que lleváis a la espalda hay una cajita. Guardadla cuidadosamente, pues, si se pierde, yo sería desgraciado para los restos. He de llevársela a mi madre adoptiva y…

—Gottfried, el cazador, conoce mi castillo —respondió ella—. Todo se os devolverá intacto, pues espero que vengáis vos mismo, noble joven, para recibir el agradecimiento de mi esposo y el mío propio.

Antes de que Félix pudiera responder, se oyeron las voces roncas de los ladrones que venían de la escalera; decían que había expirado el plazo y que todo estaba listo para la partida de la condesa. El cazador se dirigió a ellos y les explicó que él no abandonaría a la dama y prefería ir con ella a donde fuera antes que presentarse ante su señor sin su esposa. El estudiante dijo también que quería acompañarla. Deliberaron sobre la cuestión y al fin accedieron, con la condición de que el cazador dejara sus armas inmediatamente. Ordenaron asimismo que los demás viajeros se mantuvieran tranquilos cuando se llevaran a la condesa.

Félix dejó caer el velo extendido sobre su sombrero, se sentó en un rincón con la frente apoyada en la mano, y en esta postura de profundo abatimiento esperó a los ladrones. Los viajeros se habían retirado a la otra habitación, pero de modo que podían vigilar lo que ocurría. El cazador parecía triste, pero andaba atento a todo lo que ocurría en el otro extremo de la habitación que la condesa ocupaba. Después de llevar unos minutos allí, se abrió la puerta y entró en la estancia un hombre apuesto y magníficamente vestido, de unos treinta y seis años. Llevaba una especie de uniforme militar, una condecoración en el pecho y un largo sable: en la mano sostenía un sombrero, adornado con bellas plumas. Nada más entrar él, dos de sus hombres ocuparon la puerta.

Hizo ante Félix una profunda reverencia; parecía algo cohibido en presencia de una dama de tan alto rango y comenzó varias veces antes de conseguir hablar ordenadamente.

—Distinguida señora —dijo—, hay situaciones en las que es preciso ser paciente. Una de éstas es la vuestra. No creáis ni por un instante que voy a olvidar el respeto debido a una dama tan destacada. Tendréis todas las comodidades y no os podréis quejar de nada que no sea tal vez el sobresalto que habéis tenido esta noche.

En este punto se detuvo, como esperando una respuesta, pero, como Félix persistía en su silencio, continuó:

—No veáis en mí a un ladrón común o a un estrangulador. Soy un hombre desdichado, a quien acontecimientos adversos han llevado a esta vida. Queremos alejarnos para siempre de esta comarca, pero necesitamos dinero para irnos. Hubiera sido fácil para nosotros atacar a comerciantes o algún coche correo, pero entonces tal vez habríamos causado la desdicha perpetua de mucha gente. El señor conde, vuestro esposo, ha recibido hace seis semanas una herencia de quinientos mil táleros. Pedimos para nosotros veinte mil florines de esa cantidad, en realidad una exigencia moderada y justa. Por ello, tendréis la bondad de escribir ahora mismo una carta a vuestro esposo, en la que expongáis que os retenemos y que procure el pago lo antes posible, o en caso contrario… Ya me comprendéis, nos comportaríamos con vos de forma más dura. El pago no se aceptará, si no es con el sello de la más estricta reserva y hecho por un solo hombre.

La escena era observada con la más tensa atención por todos los huéspedes de la posada del bosque, pero sobre todo con muchísimo miedo por parte de la condesa. Temía que en cualquier momento pudiera delatarse el joven que se había sacrificado por ella. Estaba muy decidida a rescatarlo a un precio muy alto, pero igualmente firme estaba en la idea de no dar por nada del mundo un paso con los ladrones. En el bolso del traje del orfebre encontró un cuchillo. Lo mantenía en su mano crispada, dispuesta a matarse antes que sufrir tal ultraje. No menos miedo tenía el propio Félix, aunque le animaba y consolaba la idea de que era una acción valerosa y digna de un hombre ayudar a una mujer desvalida y acosada. Sin embargo, temía delatarse con cualquier gesto o con su voz. Su temor aumentó cuando el ladrón habló de que tenía que escribir una carta.

¿Cómo debía escribir? ¿Qué tratamiento había de dar al conde, qué forma a la carta para no descubrirse?

Su miedo llegó al máximo cuando el jefe de los ladrones le colocó delante papel y pluma, y le pidió que se retirara el velo y escribiera.

Félix no sabía lo bien que le iba el traje con el que se había vestido: de haberlo sabido, no habría tenido el más mínimo temor a ser descubierto. Cuando al fin se vio obligado a retirarse el velo, el hombre del uniforme, impresionado por la belleza de la dama y sus rasgos valerosos, algo masculinos, parecía contemplarla aún con más respeto. A la mirada aguda del joven orfebre no se le escapó esto; tranquilizado de que al menos en ese terrible momento no hubiera que temer un descubrimiento, tomó la pluma y escribió a su supuesto esposo en la forma que había leído una vez en un libro antiguo. Escribió así:

> Esposo y señor mío:
>
> En medio de la noche he sido detenida de repente en mi viaje, desdichada de mí, por gentes a las que no puedo suponer ninguna buena intención. Me van a retener en tanto que vos, señor conde, no entreguéis por mi rescate la suma de veinte mil florines.
>
> La condición añadida es que de ningún modo denunciéis el asunto a las autoridades ni busquéis su ayuda, y que enviéis el dinero a la posada de Spessart; en caso contrario, me amenaza un cautiverio largo y duro.
>
> Os ruega una pronta ayuda vuestra desdichada
>
> ESPOSA.

Tendió la curiosa carta al jefe de los ladrones, quien la leyó y aprobó.

—De vuestra decisión depende —continuó— que os acompañe vuestra camarera o vuestro cazador. A una de estas personas la enviaré con la carta a vuestro señor esposo.

—El cazador y este señor me acompañarán —contestó Félix.

—Bien —respondió aquél, yendo hacia la puerta y llamando a la camarera—, decidle a esta mujer lo que debe hacer.

Apareció la camarera temblorosa. También Félix palideció al pensar en lo fácilmente que podría delatarse también ahora. Pero un misterioso coraje, que le daba fuerzas en aquellos momentos críticos, volvió a inspirar sus palabras.

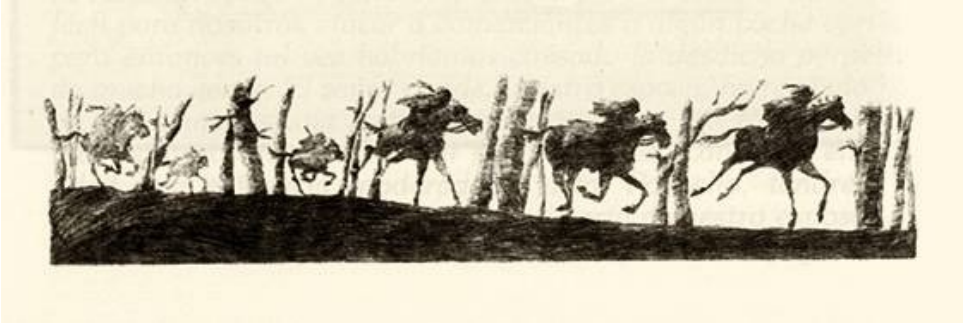
—No tengo nada más que encargarte —dijo— sino que ruegues al conde que me arranque tan pronto como sea posible de esta desdichada situación.

—Y además —continuó el ladrón—, que recomendéis al señor conde expresamente la mayor exactitud, que lleve todo en silencio y no intente nada contra nosotros mientras su esposa esté en nuestras manos. Si no, nuestros

espías nos informarían con la suficiente antelación y entonces no respondo de nada.

La temblorosa camarera prometió hacer así todo. Le recomendaron que pusiera en un hatillo algún traje y algo de ropa interior para la condesa, ya que no podía cargar mucho equipaje y, cuando se hubo hecho esto, el capitán de los ladrones, con una inclinación, pidió a la condesa que le siguiera. Félix se levantó, seguido del cazador y el estudiante, y los tres bajaron la escalera acompañados por el jefe de los ladrones.

Delante de la posada había muchos caballos; al cazador se le asignó uno, y para la condesa estaba dispuesto otro, un animal pequeño y hermoso, provisto de silla de montar femenina. Al estudiante le entregaron otro. El capitán ayudó a montar al joven orfebre, le sujetó y subió a su corcel. Se situó a la derecha de la dama, a cuya izquierda se puso otro de los ladrones; del mismo modo rodearon al cazador y al estudiante. Después que el resto de la banda subió a sus caballos, el jefe dio la señal de marchar con un silbato agudo, y toda la comitiva desapareció pronto en el bosque.



Tras su partida, el grupo reunido en la habitación de arriba se fue recobrando del susto. Como suele suceder después de una gran desgracia o un peligro repentino, tal vez habrían estado incluso más alegres, si no les hubiera atormentado el pensar en los tres compañeros que habían visto llevarse ante sus ojos. Se deshicieron en elogios del joven orfebre, y la condesa derramó lágrimas de emoción al pensar que debía tanto a quien nunca había favorecido antes, a quien ni siquiera conocía. Era un consuelo para todos que el heroico cazador y el astuto estudiante le hubieran acompañado y que le pudieran consolar, si el joven se sentía desgraciado, e incluso les rondaba la idea de que el templado cazador pudiera encontrar algún modo de escapar. Luego se pusieron a deliberar qué harían. Como no se había hecho ningún juramento a los ladrones, la condesa decidió volver de inmediato junto a su esposo y, sobre todo, tratar de descubrir el lugar donde se hallaba el prisionero para rescatarle; el cochero prometió cabalgar hacia

Aschaffenburg y denunciar lo sucedido ante el juzgado, para que persiguieran a los ladrones. El herrero se disponía a continuar su viaje.

Los viajeros no volvieron a ser molestados durante la noche. Reinaba una calma mortal en la posada del bosque, que había sido hacía poco escenario de tan terribles escenas. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente los servidores de la condesa se dirigieron a la posadera con intención de disponer todo para la partida, volvieron rápidamente diciendo que habían hallado a la posadera y a sus criados en una situación apurada: estaban atados en la taberna y pedían ayuda.

Los viajeros se miraron asombrados ante la noticia.

—¿Cómo? ¿Entonces esta gente no es culpable? ¿Hemos dudado de ellos sin razón y no eran cómplices de los ladrones?

—Apostaría mi vida —respondió el cochero— a que teníamos razón. Esto no es más que un engaño para que no se los pueda acusar. ¿No recordáis el aspecto dudoso de los mozos? ¿No recordáis cómo quería bajar y cómo no me soltaba el perro amaestrado, cómo la posadera y el mozo aparecieron al mismo tiempo y preguntaron malhumorados qué es lo que tenía que hacer todavía? Sin embargo ha sido una suerte para nosotros, al menos para la señora condesa. Si la taberna no hubiera tenido un aire sospechoso y si la posadera no nos hubiera producido desconfianza, no habríamos permanecido juntos y despiertos. Los ladrones nos habrían sorprendido durante el sueño, o por lo menos habrían vigilado nuestra puerta y no habría sido posible el cambio del valiente joven.

Todos fueron de la misma opinión que él y decidieron denunciar ante la autoridad también a la posadera y a su gente. Sin embargo, para mayor seguridad, no querían infundir ninguna sospecha en aquel momento. Así pues, los criados y el cochero bajaron a la taberna, les soltaron las ataduras y se mostraron tan compasivos y compungidos como les fue posible. Para ganarse a sus huéspedes, la posadera les cobró una pequeña cantidad a cada uno y los invitó a volver muy pronto.

El cochero pagó su cuenta, se despidió de sus compañeros de aventuras y emprendió el camino. Tras él se pusieron en marcha los dos artesanos. A pesar de que el hatillo del orfebre era ligero, a la frágil dama le pesaba no poco. Mucho más pesaroso estaba su corazón, sin embargo, cuando a la puerta le tendió la posadera su mano criminal para despedirla.

—¡Eh, qué joven sois! —exclamó mirando al delicado muchacho—. ¡Tan joven y ya corriendo mundo! Seguro que sois un tipo echado a perder, al que

el maestro ha arrojado fuera del taller. Pero, en fin, por lo que a mí respecta, hacedme el honor de volver y buen viaje.

La condesa no se atrevió a responder, temblando de miedo, no le fuera a delatar su voz. El herrero lo notó, cogió a su compañero del brazo, dijo adiós a la posadera y entonó una alegre cancioncilla avanzando hacia el bosque.

—¡Ahora es cuando me siento segura! —exclamó la condesa cuando se hubieron alejado unos cien pasos—. Creía que la mujer iba a reconocerme y hacerme apresar por sus criados. ¡Ah, cómo quisiera daros las gracias a todos! Venid también a mi castillo: allí podréis reuniros con vuestro compañero de viaje.

El herrero aceptó y, mientras estaban aún hablando, les adelantó el coche de la condesa. Rápidamente se abrió la puerta, y la dama entró veloz; saludó otra vez al joven artesano y el coche siguió adelante.

A esa misma hora, los ladrones y sus prisioneros llegaban al campamento de la banda. Habían cabalgado a trote ligero por un intransitable camino del bosque; no cambiaron palabra alguna con sus prisioneros, y entre ellos sólo cuchicheaban de vez en cuando, si cambiaba la dirección del camino. Por fin se detuvieron ante una profunda garganta. Los ladrones desmontaron y su jefe ayudó a bajar al orfebre de su caballo, pidiendo disculpas por lo duro y rápido de la cabalgada, y preguntando si la «noble señora» no estaba demasiado afectada.

Félix respondió, lo más delicadamente que pudo, que deseaba reposar, y el capitán le ofreció su brazo para conducirla a la garganta. Bajó por una cuesta muy pronunciada; el sendero que llevaba abajo era tan estrecho y escarpado que el guía hubo de sostener a veces a su dama para protegerla del peligro de caer. Al fin llegaron abajo. A la débil luz del día que despuntaba, Félix vio ante sí un valle pequeño y estrecho de cien pies de extensión como máximo, situado al fondo de una caldera formada por rocas que se elevaban a gran altura. En aquel barranco habían construido entre seis y ocho chozas pequeñas de tablas y árboles cortados. Desde las cuevas miraban curiosas algunas mujeres sucias, y un tropel de diez perrazos y sus innumerables rapaces saltaban gritando y ladrando en torno a los recién llegados. El capitán llevó a la presunta condesa a la mejor de las chozas y le dijo que estaba destinada exclusivamente a su uso; a petición de Félix, permitió que el cazador y el estudiante se quedaran con él.

La cabaña estaba cubierta con pieles de corzo y esteras, que debían servir al mismo tiempo de pavimento y de asiento. Los únicos objetos de aquel palacio condal eran unos cántaros y jarros, una carabina de caza y en

un rincón de atrás una yacija construida con unas cuantas maderas y cubierta con mantas de lana, a la que no se podía dar el nombre de cama. Fue entonces cuando los tres prisioneros, solos en aquella miserable choza, tuvieron tiempo para pensar en su extraña situación. Félix, que ni un instante se había arrepentido de su noble acción, temía sin embargo por su futuro en caso de ser descubierto e iba a desahogarse con lamentos en voz alta. El cazador se le acercó rápido y le susurró:

—Por Dios, estate tranquilo, querido muchacho. ¿Acaso no crees que nos espían?

—Por cualquier palabra o por el tono de tu lenguaje podrían llegar a sospechar —añadió el estudiante.

Al pobre Félix no le quedó más remedio que llorar en silencio.

—Creedme, señor cazador —dijo—, no lloro por miedo a los ladrones o por temor ante esta miserable choza, no; es una pena muy diferente la que me aflije. ¡Con qué facilidad puede olvidar la condesa lo que le he dicho de prisa, y considerarme entonces un ladrón, siendo para siempre un desgraciado!

—¿Pero qué es lo que te angustia así? —preguntó el cazador, asombrado del comportamiento del joven, que hasta el momento se había conducido con tanto valor y firmeza.

—Escuchadme y me daréis la razón —respondió Félix—. Mi padre era un hábil joyero de Nuremberg y mi madre había servido antes como camarera con una distinguida señora; cuando se casó con mi padre, recibió una espléndida dote de la condesa a la que había servido; ésta siguió siempre en contacto con mis padres y, cuando yo vine al mundo, fue mi madrina y me obsequió con generosidad. Pronto murieron mis padres, y casi al mismo tiempo a causa de una epidemia, y yo me quedé solo y abandonado. Iban a llevarme al orfanato, pero mi madrina se enteró de nuestra desgracia, se hizo cargo de mí y me envió a una casa donde me criaron. Cuando llegué a la edad apropiada, me escribió preguntándome si quería aprender el oficio de mi padre. Me sentí contento y acepté, de modo que me encomendó a mi maestro de Würzburg para el aprendizaje. Tenía disposición para el trabajo y pronto progresé tanto, que me firmaron el testimonio de haber realizado mi aprendizaje y pude prepararme para ir a correr mundo. Se lo comuniqué a mi señora madrina y rápidamente me contestó que ella me daría el dinero para mi viaje. Envió también unas maravillosas piedras preciosas y me pidió que las convirtiera en un hermoso broche, que se lo llevara yo mismo como prueba de mi maestría y recibiría el dinero para viajar. En toda mi vida no

he visto jamás a mi madrina y podéis suponer cómo lo deseaba. Trabajé día y noche en la joya, y me quedó tan hermosa y graciosa, que causó admiración incluso a mi maestro. Cuando estuvo terminada, la puse en el fondo de mi mochila, me despedí del maestro y emprendí el camino hacia el castillo de mi madrina. Entonces aparecieron —continuó, rompiendo a llorar— esos hombres despreciables y destruyeron todas mis esperanzas. Pues si la señora condesa perdiera la joya u olvidara lo que le dije y tirara la miserable mochila, ¿cómo me presentaría ante mi bondadosa madrina? ¿Con qué me acreditaría? ¿Cómo sustituiría las piedras? El dinero del viaje está también perdido y parecería además una persona desagradecida, que con tanta ligereza entregó lo que se le había confiado. Y. en definitiva, ¿me creerán cuando refiera el asombroso suceso?

—Sobre esto último, estate tranquilo —respondió el cazador—. No creo que la condesa pueda perder vuestro broche; y, si así fuera, con seguridad se lo restituirá a su salvador y prestará su testimonio sobre estos sucesos… Ahora os dejamos durante algunas horas, pues verdaderamente necesitamos dormir, y después de las fatigas de la noche también os será necesario a vos. Después, olvidemos por unos momentos nuestra desgracia en la charla o, mejor aún, pensemos en nuestra huida.

Se fueron y, al quedarse solo, Félix trató de seguir el consejo del cazador.

Cuando pasadas unas horas volvió el cazador con el estudiante, halló a su amigo reconfortado y más animado que antes. Contó al orfebre que el capitán le había recomendado la máxima atención a la dama y que dentro de pocos minutos vendría una de las mujeres que había visto en las chozas para traer café a la señora condesa y ponerse a su disposición para lo que gustara. Para que no los molestaran, decidieron no aceptar esta deferencia y, cuando llegó la gitana, vieja y fea, trayendo el desayuno y preguntando con sonriente amabilidad si no tenía nada más que pedirle, el cazador la hizo salir de la cabaña. El estudiante explicó luego lo que había visto del campamento de los ladrones.

—La choza en la que os encontráis, bellísima condesa, parece destinada en principio al capitán. No es tan espaciosa, pero si más hermosa que las demás. Además de ésta hay otras seis, en las que viven las mujeres y los niños, pues rara vez hay por aquí más de seis ladrones. Uno vigila no lejos de esta choza, el otro abajo, junto al camino de subida, y un tercero tiene su puesto de vigilancia arriba, a la entrada del barranco. Cada dos horas son sustituidos por los otros tres. Por añadidura, cada uno tiene al lado dos perros grandes, y todos ellos están tan despiertos que no puede ni ponerse el

pie fuera de la choza sin que te apunten. No tengo esperanza de que podamos escapar.

—No me pongáis triste ahora que me siento más valiente tras el sueñecillo —respondió Félix—. No abandonéis la esperanza y temed su deslealtad, de manera que será mejor que hablemos de otra cosa y no estemos llenos de pesar con demasiada anticipación. Señor estudiante, en la taberna habéis comenzado a narrar algo: continuad ahora, pues tenemos tiempo para charlar.

—Apenas recuerdo lo que era —respondió el joven.

—Contabais la leyenda de El corazón frío *y os quedasteis en que el posadero y los demás jugadores ponían en la calle a Peter el carbonero.*

—Sí, ahora lo recuerdo —respondió—. Pues, si queréis seguir escuchando, continuaré:

El corazón frío

(Segunda parte)

En la mañana del lunes, cuando Peter fue a su vidriería, estaban allí, además de sus obreros, otras gentes a las que no se mira con buenos ojos: el prefecto y tres alguaciles. El prefecto dio los buenos días a Peter y le preguntó qué tal había dormido; a continuación, sacó una larga lista en la que figuraban los acreedores de Peter.

—¿Podéis pagar o no? —preguntó el prefecto con mirada severa—. Y abreviad, que no tengo mucho tiempo que perder, y en la torre ya han dado las tres.

Peter se acobardó, declaró que no tenía nada más y dejó al prefecto tasar la casa, la vidriería y la cuadra, el carro y los caballos. Mientras los alguaciles y el prefecto andaban de un lado para otro, inspeccionando y tasando, pensó que la colina de los abetos no estaba lejos y que, si el pequeño no le había ayudado, probaría esta vez con el grande. Corrió hacia la colina de los abetos, tan rápido como si le vinieran pisando los talones los alguaciles; al pasar corriendo por el lugar en que por primera vez habló con el Hombrecillo de Cristal, sintió como si una mano invisible le detuviera, pero se soltó con violencia y siguió corriendo hasta el límite en el que ya antes se había fijado. No bien hubo gritado, casi sin aliento: «¡Michel el Holandés! ¡Michel el Holandés!», ya tenía delante al enorme armadiero con su vara.

—¿Vienes? —le dijo riendo—. ¿Han querido arrancarte la piel y vendérsela a tus acreedores? Venga, tranquilízate; todas tus desgracias vienen del pequeño Hombrecillo de Cristal, de ese separatista santurrón. Cuando se regala, hay que regalar bien, y no como ese tacaño. Pero ven —continuó dirigiéndose al bosque—, sígueme a mi casa; allí vamos a ver si llegamos a un acuerdo.

«¿Llegar a un acuerdo? —pensó Peter—. ¿Qué puede querer de mí, qué puedo tratar con él? ¿Tengo que servirle o qué querrá?». Al principio anduvieron cuesta arriba por un escarpado sendero y de repente se detuvieron

ante un desfiladero rocoso, oscuro e impenetrable. Michel el Holandés bajó saltando como por una suave escalinata de mármol; Peter casi se desmayó, pues cuando aquél llegó abajo se hizo tan grande como la torre de una iglesia y le gritó, tendiéndole un brazo largo como una lanzadera, con la mano tan ancha como la mesa de una taberna:

—Siéntate sin más en mi mano y agárrate a los dedos para no caerte.

Temblando, Peter hizo lo que le ordenaba, se sentó sobre la mano y se agarró al pulgar del gigante.

Descendieron muy hondo, pero, para asombro de Peter, allí no había más oscuridad; al contrario, pareció como si en el desfiladero aumentara la claridad del día y los ojos de Peter no la pudieron soportar por mucho tiempo. A medida que Peter bajaba, Michel se empequeñeció otra vez y, ya con su tamaño primitivo, se detuvo ante una casa, tan pequeña o tan buena como pudieran tenerla los labradores ricos de la Selva Negra. La estancia a la que Peter fue conducido no se diferenciaba de las de otras gentes más que en lo solitaria que parecía.

El reloj de madera de la pared, la enorme estufa de azulejos, los amplios bancos, los utensilios de cocina sobre los vasares estaban allí como en

cualquier otra parte. Michel le indicó un lugar tras la gran mesa, salió luego y volvió enseguida con un jarro de vino y vasos. Sirvió vino y a continuación se pusieron a charlar. Michel el Holandés habló de los placeres del mundo, de países lejanos, de hermosos ríos y ciudades, de modo que Peter acabó por sentir una gran nostalgia y se lo dijo abiertamente al Holandés.

—Tienes en todo el cuerpo fuerza y valor para emprender algo y, sin embargo, te han podido hacer temblar un par de latidos del estúpido corazón. ¿Y las ofensas a la honra y el infortunio o cosas por el estilo van a preocupar a un tipo inteligente como tú? ¿Lo ha sentido tu cabeza cuando hace poco te llamaba uno estafador y ladrón? ¿Te dolió el estómago cuando vino el prefecto a echarte de la casa? Dime, ¿qué es lo que te ha dolido?

—El corazón —dijo Peter, apretando con la mano su pecho palpitante, pues se sentía como si su corazón se removiese angustiado.

—Tú has despilfarrado, no me lo tomes a mal que te lo diga, muchos cientos de florines con mendigos indeseables y demás gentuza: ¿de qué te ha servido? Te desearon bendiciones y salud. ¿Y estás más sano por eso? Con la mitad del dinero derrochado habrías mantenido a un médico. ¡Bendiciones! ¡Menuda bendición es verse embargado y desahuciado! ¿Y qué te impulsaba a meterte la mano en el bolsillo tantas veces como un mendigo te tendía su sombrero andrajoso?… Tu corazón, siempre tu corazón, y no tus ojos ni tu lengua, no tus brazos ni tus piernas, sino tu corazón. Como bien se dice, te lo has tomado demasiado a pecho.

—Pero ¿cómo puede uno acostumbrarse a que no sea así? Hago todo lo posible por contenerle, pero mi corazón late y me duele.

—Desde luego que tú, pobre diablo —exclamó riéndose—, no puedes hacer nada; pero dame a mí esa cosa estúpida que no hace más que latir, y vas a ver lo a gusto que te quedas.

—¿Mi corazón, a vos? —gritó Peter horrorizado—. ¡Entonces tendría que morir en el acto! ¡Eso nunca!

—Es cierto que, si uno de vuestros señores cirujanos pretendiera sacarte el corazón del cuerpo, tendrías que morir. Pero conmigo es diferente; anda, entra y convéncete tú mismo.

Al decir esto se levantó, abrió la puerta de una habitación e hizo entrar a Peter. Su corazón se encogió violentamente al traspasar el umbral, pero no le prestó atención, porque el espectáculo que se le presentaba era singular y sorprendente. Sobre varios estantes de madera había vasos llenos de un líquido transparente y en cada uno de los vasos había un corazón; había unas etiquetas pegadas en los vasos y nombres escritos en ellas, que Peter leyó con

curiosidad; allí estaba el corazón del prefecto de F., el corazón de Ezequiel el Gordo, el corazón del Rey del Baile, el corazón del guardabosque mayor; había seis corazones de especuladores de trigo, ocho de oficiales de reclutamiento, tres de agentes de cambio. En suma, era una colección de los corazones más relevantes en veinte lugares a la redonda.

—¡Mira! —dijo Michel el Holandés—. Todos éstos han desdeñado los padecimientos y preocupaciones de la vida; ninguno de estos corazones late ya con angustia o pesar, y los antiguos propietarios se sienten bien al tener fuera de casa al inquieto huésped.

—¿Y qué llevan ahora en el pecho? —preguntó Peter, que se sentía casi desmayado por todo lo que había visto.

—Esto —le respondió, tendiéndole un corazón de piedra que sacó de un cajón.

—¿Sí? —contestó Peter, sin poder evitar un escalofrío que le recorrió la piel—. ¿Un corazón de mármol? Pero, escuchad, señor Michel el Holandés, eso debe de resultar muy frío dentro del pecho.

—Es evidente, pero de un frescor bastante agradable. ¿Por qué tiene que ser caliente un corazón? En invierno el calor no te sirve de nada; entonces es más útil un buen licor de cerezas que un corazón caliente, y en el verano, cuando todo es ardiente y bochornoso, no sabes cómo refresca un corazón así. Y lo dicho, en un corazón tal no late el miedo, la angustia, el terror o la compasión, ni otras miserias.

—¿Y eso es todo lo que podéis darme? —preguntó Peter malhumorado—. ¡Espero dinero y queréis darme una piedra!

—Bien, creo que por el momento tendrías bastante con cien mil florines. Si los mueves con habilidad, pronto llegarás a ser millonario.

—¿Cien mil? —gritó contento el pobre carbonero—. No latas tan desenfrenado en mi pecho, que muy pronto vamos a terminar el uno con el otro. Bien, Michel, dadme la piedra y el dinero, y podéis sacar de la caja la intranquilidad.

—Ya pensaba yo que eras un muchacho razonable —contestó el Holandés sonriendo amablemente—. Ven, bebamos otra vez, y luego te entregaré el dinero.

Se volvieron a sentar en el aposento a beber vino, y bebieron y bebieron hasta que Peter cayó en un sueño profundo.

Peter el carbonero se despertó con el alegre son de la corneta de un postillón y, ¡oh, maravilla!, se encontraba en un hermoso coche que corría por una amplia carretera, y cuando se asomó fuera del carruaje vio tras sí, en el

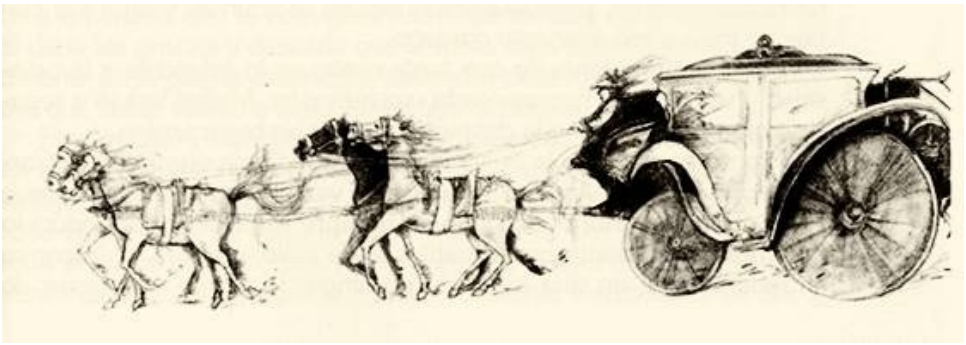
horizonte lejano y azul, la Selva Negra. Al principio no podía creer que fuera él quien iba sentado en el coche, pues tampoco sus vestidos eran los que llevaba la víspera. Sin embargo, se acordaba de todo con tanta claridad, que terminó por abandonar sus reflexiones y exclamó:

—Yo no soy otro que Peter Munk el carbonero, eso está claro.

Se asombró de no sentir nada de melancolía al dejar por primera vez su tierra tranquila, los bosques en los que había vivido tanto tiempo. Ni siquiera pudo hacer brotar de sus ojos una lágrima ni suspirar al pensar en su madre, que ahora estaba desamparada y en la miseria. Todo le era indiferente.

—¡Claro, es natural! —se dijo luego—. Las lágrimas y los suspiros, la nostalgia y la tristeza provienen del corazón y, gracias a Michel el Holandés, el mío es frío y de piedra.

Se puso la mano sobre el pecho y allí había absoluta tranquilidad, nada se agitaba. Se dijo que, si con los cien mil mantenía su palabra tan bien como con lo del corazón, era seguro que se alegraría. Comenzó a registrar el coche. Encontró prendas de vestir de todo tipo que pudiera desear, pero no dinero. Por fin encontró en una bolsa muchos miles de táleros de oro y cheques contra casas comerciales de todas las grandes ciudades. «Ahora tengo todo lo que quería», pensó. Y sentado cómodamente en un rincón del carruaje, marchó por el mundo.



Peter viajó durante dos años. Desde su coche contemplaba las casas a derecha e izquierda; cuando se paraba, se limitaba a mirar el escudo de la posada, callejeaba después por la ciudad y hacía que le mostraran las más bellas curiosidades. Sin embargo, nada le alegraba: ni cuadros, ni casas, ni la música, ni el baile; su corazón de piedra no se interesaba por nada, y sus ojos y sus oídos eran insensibles a todo lo bello. No le había quedado más que el placer de comer, beber y dormir; así vivía, viajando sin rumbo por el mundo: comía para subsistir y dormía por aburrimiento. A veces recordaba que había sido más alegre y más feliz cuando aún era pobre y tenía que trabajar para ganarse la vida. Entonces, toda vista hermosa sobre el valle, la música y el

canto le habían deleitado; durante horas enteras había esperado impaciente la sencilla comida que le llevaba su madre al horno de carbón. Cuando pensaba en el pasado, le resultaba muy raro no poder ahora ni siquiera reír, cuando en otros tiempos se había reído por la más mínima broma: contraía la boca por mera cortesía, pero su corazón no reía al mismo tiempo. Sentía que estaba muy tranquilo, eso sí, pero contento no se sentía. No fue la nostalgia ni la tristeza, sino el tedio, el vacío y la vida sin alegrías lo que al fin le hizo volver a su patria.

Cuando llegaba desde Estrasburgo y divisó los bosques espesos de su tierra, cuando por primera vez volvió a ver aquellas vigorosas figuras, aquellos rostros afables, leales, de las gentes de la Selva Negra, cuando sus oídos percibieron los ecos patrios, fuertes, profundos, pero melodiosos, se echó mano rápidamente a su corazón, pues la sangre hervía con más fuerza, y creyó que tenía que alegrarse y llorar al mismo tiempo, pero… ¿cómo podía ser tan estúpido? Sin duda, tenía un corazón de piedra, y las piedras están muertas y ni ríen ni lloran.

Su primera visita fue a Michel el Holandés, que le recibió con la amabilidad de antaño.

—Michel —le dijo—, ya he viajado y he visto todo, pero resulta que todo es una estupidez y no he hecho más que aburrirme. En definitiva, esa cosa vuestra de piedra que llevo en el pecho, es cierto que me preserva de algunas cosas: nunca me encolerizo, nunca estoy triste, pero tampoco me alegro nunca y me parece como si sólo viviera a medias. ¿No podríais hacer un poco más emotivo el corazón de piedra? O mejor, devolvedme mi viejo corazón; en veinticinco años me había acostumbrado a él y, aunque de vez en cuando hacía alguna tontería, era un corazón alegre y feliz.

El genio del bosque se echó a reír fiera y ásperamente.

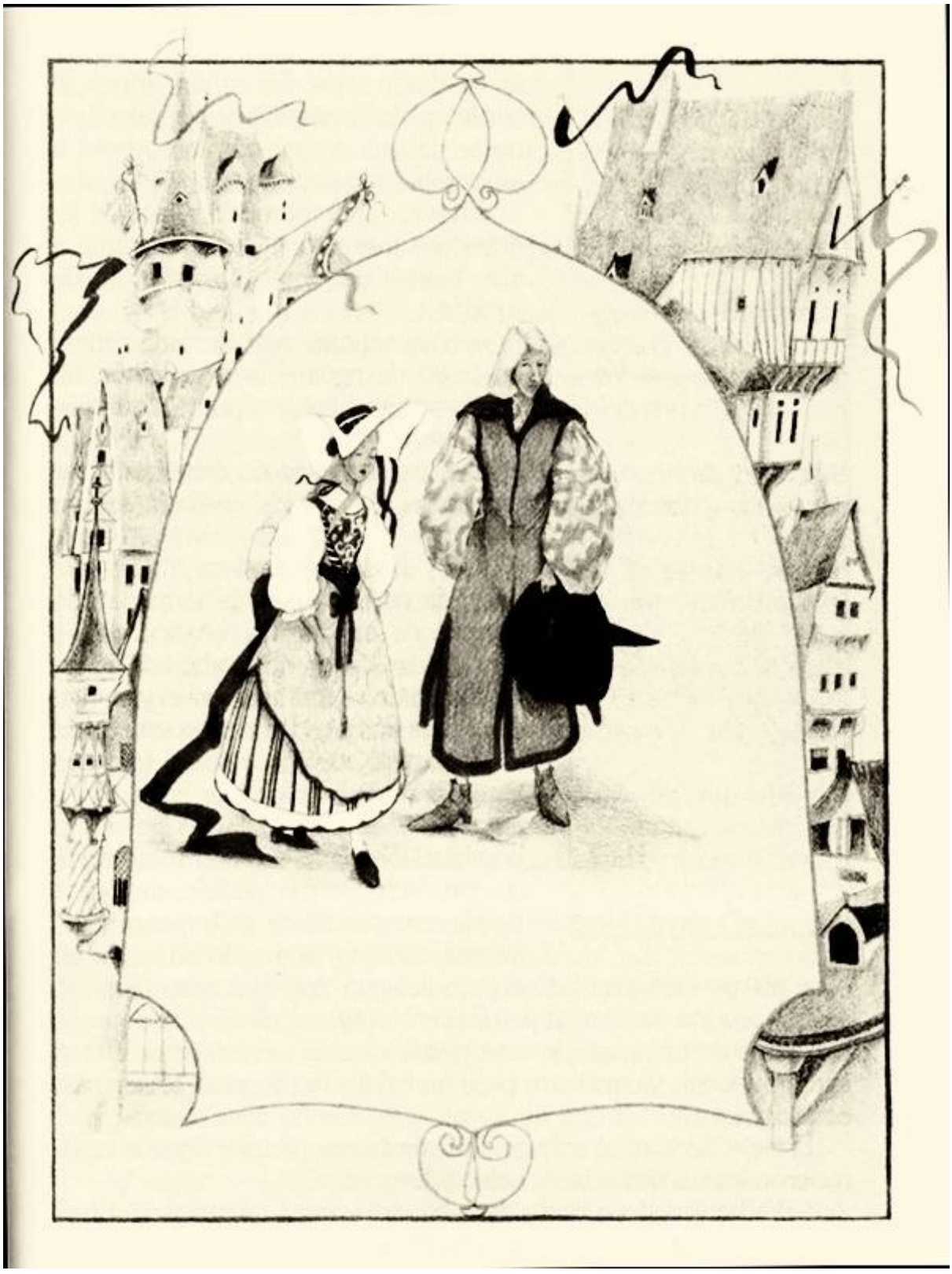
—Cuando te mueras, Peter Munk —contestó—, no te faltará. Entonces volverás a tener tu corazón blando y compasivo, y podrás sentir lo que proceda, alegría o dolor, pero aquí arriba ya no puede ser tuyo Por cierto, Peter, que has viajado, pero tal como vivías no podía aprovecharte. Establécete ahora aquí, en cualquier lugar de la Selva; construyete una casa, cásate, acrecienta tus riquezas; sólo te ha faltado trabajo, porque al estar ocioso te aburrías y ahora le culpas de todo a ese inocente corazón.

Peter se dio cuenta de que tenía razón en lo referente a la ociosidad y se propuso hacerse cada vez más rico. Michel volvió a regalarle cien mil florines y le despidió como a un buen amigo.

Pronto se supo en la Selva Negra la noticia de que Peter el Carbonero o Peter el Jugador estaba otra vez allí, y aún más rico que antes. También ahora ocurrió lo de siempre. Cuando se vio reducido a la miseria, le plantaron de patitas en la calle, y ahora, al hacer su entrada triunfal en una tarde de domingo, le dieron apretones de manos, ponderaron su caballo, le preguntaron por su viaje y, cuando volvió a jugarse táleros de plata con Ezequiel el Gordo, se le tuvo en tan alta estima como antes. Ahora no se dedicó a la vidriería, sino al comercio de la madera, aunque sólo en apariencia. Su comercio principal era con cereales y dinero. Media Selva Negra le iba siendo deudora, pero él sólo prestaba dinero al diez por ciento o vendía grano al triple de su valor a los pobres que no le podían pagar al contado. Ahora tenía buena amistad con el prefecto. Y, si alguien no le pagaba al señor Munk justo en la fecha exacta, allí se dirigía el prefecto con sus esbirros, tasaba la hacienda, la vendía de inmediato y echaba al padre, a la madre y al hijo al bosque. Al principio, esto le causaba algún disgusto al rico Peter, pues los pobres embargados asediaban en masa su puerta, los hombres pedían indulgencia, las mujeres trataban de ablandar su corazón de piedra y los niños imploraban de rodillas un trocito de pan. Pero una vez que se procuró un par de magníficos mastines, terminó todo aquel concierto de gatos, como él lo llamaba. Silbaba y azuzaba a los perros y entonces los mendigos huían en desbandada gritando. El mayor fastidio se lo producía la «vieja». Ésta no era otra que la señora Munk, la madre de Peter. Se había quedado en la miseria al serle vendida su hacienda y, cuando su hijo volvió rico, no había vuelto a ocuparse de ella. Ahora, vieja, débil y enferma, venía a veces con su bastón ante la casa. No se atrevía a entrar, pues ya en una ocasión su hijo la había echado a la calle, pero le dolía tener que vivir de la caridad de otras personas, cuando su propio hijo habría podido proporcionarle una vejez tranquila. Pero el corazón de piedra no se conmovía nunca a la vista de las facciones pálidas y bien conocidas, de la mirada suplicante, de las manos marchitas tendidas, de la figura decrépita. Cuando llamaba los sábados a su puerta, él, malhumorado, se sacaba del bolsillo una moneda de seis, la envolvía en un papel y mandaba a un criado que la entregase fuera. Escuchaba su temblorosa voz al darle las gracias y desearle que le fuese bien en este mundo; la oía alejarse de la puerta despacito, tosiendo, pero lo único que pensaba era que había vuelto a despilfarrar seis céntimos.

Finalmente, Peter concibió también la idea de casarse. Sabía que en toda la Selva Negra cualquier padre le hubiera dado con gusto a su hija; pero su elección era difícil, pues quería que también en este caso se elogiase su

fortuna y su inteligencia; por ello cabalgó por toda la Selva mirando por todas partes, y ninguna de las bellas jóvenes de la Selva Negra le pareció bastante hermosa. Por fin, y después de haber buscado en vano por todos los bailes a la más bella, oyó un día que la más hermosa y virtuosa de todo el bosque era la hija de un pobre leñador. Llevaba una vida tranquila y apartada, cuidaba con maña y solicitud la casa de su padre y no se dejaba ver jamás en el baile, ni siquiera por Pentecostés o para la verbena. Cuando Peter oyó hablar de aquella maravilla, decidió pedir su mano y se dirigió a la choza que le habían indicado. El padre de la hermosa Lisbeth recibió con asombro al distinguido señor y se sorprendió más aún al oír que era el rico señor Munk y que quería convertirse en su yerno. No lo dudó mucho, pensando que su pobreza y sus preocupaciones iban a terminar; accedió sin preguntar a la hermosa Lisbeth, y la buena niña fue tan obediente que se convirtió sin protestar en la esposa de Peter Munk.



Pero a la desdichada no le fue tan bien como se había imaginado. Creía conocer bien la organización doméstica, pero no podía hacer las cosas a gusto del señor Munk: ella tenía compasión de la gente pobre y, como su marido era rico, pensaba que no sería ningún pecado dar unos céntimos a una pobre mendiga o una copita a un anciano. Pero un día en que el señor Peter Munk se dio cuenta de esto, dijo con mirada torva y voz bronca:

—¿Por qué derrochas mi riqueza con bribones y vagabundos? ¿Has aportado a la casa algo que puedas regalar? Con el palo de mendigo de tu padre no hay ni para calentar una sopa y tú derrochas el dinero como una princesa. Si te vuelvo a sorprender otra vez, te enterarás del peso de mi mano.

La hermosa Lisbeth lloraba en su habitación por los duros sentimientos de su marido y a menudo deseaba estar en su hogar, en la pobre cabaña de su padre, antes que vivir en casa de Peter, rico, pero avaro y duro de corazón. ¡Ah!, si hubiera sabido que tenía un corazón de mármol y que no podía amarla a ella ni a ninguna otra persona, no le habría extrañado. Pero ahora, cada vez que se sentaba junto a su puerta y pasaba un mendigo, se quitaba el sombrero y empezaba su cantinela, ella cerraba los ojos para no ver la miseria, apretaba las manos para no meterlas involuntariamente en el bolsillo y sacar un simple cruzado. Así ocurrió que la bella Lisbeth adquirió mala fama por toda la Selva y se dijo que era todavía más avara que Peter Munk. Pero un día estaba sentada delante de su casa hilando, mientras susurraba una canción, pues estaba alegre porque hacía buen tiempo y el señor Munk se había ido a cabalgar por el campo. Por el camino apareció un hombrecillo anciano, con un saco grande y pesado, y ella le oyó jadear ya desde lejos. La señora Munk le contemplaba pensativa y pensaba que no se debería cargar con tanto peso a un hombre tan anciano.

En esto, el hombrecillo se acercó jadeando e inseguro y, al llegar frente a ella, casi se desplomó bajo el peso de su saco.

—¡Ay, señora, por caridad, dadme un trago de agua —le dijo—, que no puedo seguir y estoy a punto de morirme de sed!

—A vuestra edad no deberíais llevar una carga tan pesada —dijo la señora Munk.

—Sí, desde luego, si no tuviera que hacer de recadero para ganarme la vida a causa de mi pobreza —respondió—. ¡Ah, una mujer tan rica como vos no sabe cuánto dolor trae la pobreza y lo bien que sienta un trago fresco con este calor!

Al oír esto, corrió a la casa, tomó un jarro del vasar y lo llenó de agua. Pero, al volver y estar sólo a unos pasos del hombrecillo y verle, sentado

sobre el saco, tan decrépito y miserable, sintió una íntima compasión de él y pensó que, después de todo, su marido no estaba en casa; así que dejó a un lado el jarro de agua, cogió un vaso y lo llenó de vino, colocó encima un pan de centeno y se lo llevó al anciano.

—Bueno, un trago de vino puede que os siente mejor que el agua, pues sois ya anciano; pero no bebáis tan de prisa y, además, comed pan.

El viejecillo la miró sorprendido, hasta que gruesas lágrimas aparecieron en sus viejos ojos, bebió y luego dijo:

—Ya he llegado a viejo, pero he visto pocas personas que fueran tan compasivas y supieran repartir sus limosnas tan bella y cordialmente como vos, señora. Por ello os irá muy bien en este mundo; un corazón así no queda sin recompensa.

—No, y la recompensa la va a tener al momento —gritó una voz terrible.

Y, al volverse, vieron al señor Munk con la cara congestionada.

—¿Incluso el mejor de mis vinos se lo das a los mendigos y mi vaso es para los labios de los vagabundos? ¡Pues toma tu recompensa!

Lisbeth se arrojó a sus pies y le pidió perdón, pero el corazón de piedra no conocía la compasión. Peter dio la vuelta a la fusta que tenía en la mano, y con el puño de madera de ébano golpeó tan fuerte la hermosa frente, que cayó exánime en los brazos del anciano. Al verlo Peter, fue como si en el momento se arrepintiese; se inclinó para mirar si aún tenía vida, pero el hombrecillo dijo con una voz bien conocida:

—No te molestes, carbonero; era la flor más hermosa y con más encanto de toda la Selva Negra, pero la has destruido y ya no volverá a florecer.

—¿Así que sois vos, señor Tesorero? Bien, lo pasado, pasado está, y así tendría que ocurrir. Espero que no me denunciéis por asesino ante los tribunales.

—¡Desdichado! —replicó el Hombrecillo de Cristal—. ¿Qué ganaría con mandar a la horca tus mortales despojos? No son los tribunales mortales los que has de temer, sino otros y más severos, pues has vendido tu alma al diablo.

—Si he vendido mi corazón —chilló Peter—, ha sido sólo por culpa tuya y de tus tesoros; tú, espíritu pérfido, me has llevado a la perdición, me has incitado a buscar ayuda de otro y sobre ti cae toda la responsabilidad.

Apenas había dicho esto, cuando el Hombrecillo de Cristal creció y se hinchó, se hizo muy alto y ancho, y sus ojos diríase que eran tan grandes como platos, y su boca era un horno encendido y de ella salían llamas fulgurantes. Peter cayó de rodillas y ni su corazón de piedra le libró de que sus miembros temblaran como una hoja. Con garras de buitre, el genio del bosque le atrapó por el cuello, le volteó como hace un remolino de viento con las hojas secas y le lanzó al suelo de modo que todas sus costillas crujieron.

—¡Gusano! —gritó con una voz que sonaba como un trueno—. Podría aniquilarte si quisiera, pues has ofendido al señor de la Selva. Pero, por esta mujer muerta, que me dio de comer y de beber, te doy ocho días de plazo. Si no te conviertes al bien, vendré y reduciré tus huesos a polvo, y morirás en pecado.

Era ya de noche cuando algunos hombres que pasaban vieron al rico Peter Munk echado en el suelo. Le volvieron de un lado y otro y trataron de ver si aún respiraba, pero fue en vano. Al fin uno entró en la casa, trajo agua y le roció con ella. Peter volvió a respirar profundamente, gimió y abrió los ojos, miró largo rato a su alrededor y preguntó luego por Lisbeth, pero ninguno la había visto. Dio las gracias a los hombres por su auxilio, se arrastró hasta su casa y buscó por todas partes, pero la señora Munk no estaba ni en la bodega ni en el desván; era amarga realidad lo que él había tenido por un mal sueño. Como estaba completamente solo, le vinieron raros pensamientos; no se asustaba de nada, porque su corazón era frío; pero, al pensar en la muerte de su esposa, le vino a la mente su propia muerte y lo cargado que iba a morir, cargado pesadamente con las lágrimas de los pobres, con sus miles de súplicas que no lograron ablandarle el corazón, con las quejas de los miserables contra los que había azuzado su perro, cargado con la callada desesperación de su madre, con la sangre de la buena y hermosa Lisbeth. Ni siquiera podría dar cuenta a su anciano padre, cuando viniera a preguntarle: «¿Dónde está mi hija, tu mujer?». ¿Cómo iba entonces a soportar las preguntas de ese Otro a quien pertenecen todos los bosques, mares, montañas y… las vidas de los hombres?

También estuvo atormentado durante el sueño y a cada momento le despertaba una voz dulce que le llamaba: «¡Peter, Peter, búscate un corazón más cálido!». Y, al despertar, volvió a cerrar rápido los ojos, porque por la voz debía de ser Lisbeth la que le gritaba esta advertencia. Al día siguiente fue a la taberna para distraer su imaginación y encontró al gordo Ezequiel. Se sentó a su lado, hablaron de esto y lo otro, del buen tiempo, de la guerra, de los impuestos y, finalmente, también de la muerte y de cómo aquí y allá había

muerto alguno de repente. Peter le preguntó entonces al Gordo qué opinaba de la muerte y de lo que vendría después. Ezequiel le contestó que el cuerpo lo enterraban, pero el alma subía al cielo o bajaba a los infiernos.

—¿Entonces se entierra también el corazón? —pregunto Peter impaciente.

—Pues claro, también se le entierra.

—¿Y si uno no tiene su corazón? —continuó Peter. Al decir esto, Ezequiel le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres tomarme el pelo? ¿Piensas que yo no tengo corazón?

—¡Oh, corazón tienes suficiente! Pero duro como una piedra —replicó Peter.

Ezequiel le miró sorprendido, volvió la cabeza para ver si alguien lo había oído y dijo luego:

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿O es que acaso tampoco late el tuyo?

—Ya no late, por lo menos aquí en mi pecho —contestó Peter Munk—. Pero dime, puesto que ahora ya sabes lo que quiero decir, ¿qué pasará con nuestros corazones?

—¿Y a ti qué te importa, compañero? —preguntó Ezequiel riendo—. Tienes de todo de sobra y eso basta. Precisamente, lo cómodo de nuestros corazones fríos es que no nos sobrecoge el miedo ante tales pensamientos.

—Es cierto, pero a pesar de todo se piensa en ello y, aunque ahora yo no conozca el miedo, sé muy bien lo mucho que me asustaba el infierno cuando era todavía un muchacho inocente.

—Bueno, no es que nos vaya a ir bien —dijo Ezequiel—. Una vez pregunté sobre este asunto a un maestro de escuela, y me dijo que después de la muerte se pesarían nuestros corazones para ver el peso de nuestros pecados. Los ligeros suben, los pesados se hunden, y yo pienso que nuestras piedras tendrán un buen peso.

—Desde luego —respondió Peter—, y a veces incluso me resulta incómodo que mi corazón se quede tan impasible y totalmente indiferente mientras pienso en estas cosas.

Así hablaron, pero la noche siguiente Peter oyó la voz familiar susurrarle cinco o seis veces al oído: «¡Peter, búscate un corazón más cálido!». No sentía arrepentimiento por haberla matado, pero, cuando decía a los criados que su mujer estaba de viaje, pensaba siempre: «¿Adónde puede haberse ido de viaje?». Así habían pasado seis días, y por la noche seguía oyendo la voz y pensaba continuamente en el genio del bosque y en su terrible amenaza. Pero en la mañana del séptimo día saltó de la cama y gritó:

—¡Pues sí, veré si me puedo buscar uno más cálido, pues esta piedra indiferente de mi pecho sólo me hace la vida aburrida y monótona!

A toda prisa se puso sus mejores galas, subió a su caballo y se dirigió hacia la colina de los abetos.

En la colina de los abetos, donde la arboleda era más impenetrable, desmontó, ató el caballo y se dirigió con paso rápido a la cima de la colina. Cuando estuvo delante del enorme abeto, comenzó a recitar:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos:
sólo dejas que te vean
los que en domingo nacieron.

Entonces apareció el Hombrecillo de Cristal, pero no amable y cordial como antaño, sino sombrío y triste. Llevaba un trajecito de cristal negro y del sombrero le caía un largo crespón de luto. Peter sabía muy bien por quién llevaba luto.

—¿Qué quieres de mí, Peter Munk? —preguntó con voz sorda.

—Me queda todavía un deseo, señor Tesorero del Bosque —respondió Peter con los ojos fijos en el suelo.

—¿Pueden acaso desear los corazones de piedra? Tú tienes todo lo que necesitas para tu mal corazón y difícilmente podré cumplir tu deseo.

—Pero me habéis concedido tres deseos; aún me sigue quedando uno.

—Pero puedo negártelo si es disparatado —continuo el genio del bosque —; pero, venga, escucharé lo que quieres.

—Pues sacadme la piedra muerta y dadme mi corazón vivo —dijo Peter.

—¿He sido yo quien ha hecho el trato contigo? —pregunto el Hombrecillo de Cristal—. ¿Soy Michel el Holandés, el que regala riqueza y corazones fríos? Allí, en su casa, has de buscar tu corazón.

—¡Ah, él no lo devuelve jamás! —respondió Peter.

—Por malo que seas, me da lástima de ti —dijo el Hombrecillo después de pensar un poco—. Puesto que tu deseo no es disparatado, al menos no puedo negarte mi ayuda. Escucha, pues. Tu corazón ya no lo puedes conseguir por la fuerza, pero sí con una treta; y tal vez no será tan difícil, pues Michel sigue siendo tonto, aunque se imagina que es tremendamente inteligente. Vete a verlo y haz lo que voy a decirte.

Y le informó de todo, dándole una crucecita de cristal:

—No puede atentar contra tu vida y te dejará libre si se la colocas delante y rezas. Cuando hayas conseguido lo que has pedido, vuelve otra vez junto a mí, en este lugar.

Peter tomó la crucecita, grabó en su memoria todas las palabras del Hombrecillo y continuó su camino hasta la casa de Michel el Holandés. Pronunció su nombre tres veces y de inmediato se presentó el gigante.

—¿Has matado a tu mujer? —le preguntó con una risa espantosa—. También yo lo hubiera hecho: ha dado tus riquezas a los mendigos. Tendrás que marcharte fuera del país por algún tiempo, pues se armará ruido cuando no la encuentren. ¿Necesitas dinero y vienes a buscarlo?

—Lo has adivinado —contestó Peter—; y esta vez será mucho, pues hasta América hay mucho camino.

Michel se adelantó y le llevó hasta su cabaña; allí abrió un arca en la que había mucho dinero y sacó cartuchos enteros de oro. Mientras los contaba encima de la mesa, Peter dijo:

—Eres un charlatán, Michel: me has engañado con eso de que tenía una piedra en el pecho y tú tenías mi corazón.

—¿Y no es así? —preguntó Michel atónito—. ¿Sientes el corazón? ¿No está frío como el hielo? ¿Tienes miedo o pesadumbre, puedes arrepentirte de algo?

—Sólo has paralizado mi corazón, pero lo tengo todavía en el pecho, y Ezequiel también; él me ha dicho que nos has engañado. No eres capaz de arrancarle a uno el corazón del pecho sin peligro. En ese caso tendrías que entender de brujería.

—Pues yo te aseguro —gritó Michel malhumorado— que Ezequiel y tú, y todos los ricos que han pactado conmigo, tienen un corazón frío como el tuyo, y su verdadero corazón lo tengo aquí en mi cámara.

—¡Vaya, cómo ensartas las mentiras! —se echó a reír Peter—. Engaña a otro con eso. ¿Crees que en mi viaje no he visto docenas de esos juegos de manos? Los corazones que tienes ahí en tu cámara son imitaciones de cera. Eres un hombre rico, eso lo confieso, pero no sabes de brujerías.

El gigante se encolerizó y abrió bruscamente las puertas de la cámara.

—Entra y lee todas las etiquetas, y aquélla, mira: ése es el corazón de Peter Munk. ¿Ves cómo palpita? ¿Se puede hacer eso con cera?

—¡Pues es de cera! —respondió Peter—. Así no late un verdadero corazón, yo tengo el mío todavía en el pecho. ¡No, tú no puedes hacer hechicerías!

—¡Te lo voy a probar! —gritó encolerizado—. Vas a comprobar por ti mismo que éste es tu corazón.

Lo cogió, rasgó el jubón de Peter, sacó una piedra de su pecho y se la mostró. Después cogió el corazón, lo sopló y se lo colocó con cuidado en su lugar. Peter sintió al instante cómo latía y pudo otra vez alegrarse de ello.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Michel sonriendo.

—Es cierto que tenías razón —dijo, sacando con cautela la crucecita del bolsillo—. ¡No hubiera creído que se podía hacer una cosa semejante!

—¿Verdad? Ya ves que puedo hacer hechicerías; pero ven, que voy a colocarte otra vez la piedra dentro.

—Despacio, Michel —exclamó Peter, dando un paso atrás y presentándole la crucecita—. Te he cazado como a ratón con queso y esta vez eres tú el engañado.

Al mismo tiempo se puso a rezar lo primero que se le ocurrió. Michel se hizo entonces más y más pequeño, cayó retorciéndose hacia todos los lados como un gusano, gimió y se lamentó, y todos los corazones guardados empezaron a palpitar y a latir, de tal manera que se oía un sonido como en el taller de un relojero. Peter se asustó, le embargó una misteriosa inquietud y, lanzándose fuera de la cámara y de la casa, llevado por el miedo, trepó por la pared de la roca al oír cómo se levantaba Michel, pataleaba y se encolerizaba lanzando terribles maldiciones. Ya arriba, corrió hacia la colina de los abetos. Se desencadenó una terrible tormenta, caían los rayos a su derecha y a su izquierda partiendo los árboles, pero llegó sano y salvo a la morada del Hombrecillo de Cristal.

Éste estaba sentado al pie del abeto y fumaba una pequeña pipa, pero parecía más contento que antes.

—¿Por qué lloras, carbonero Peter? —preguntó—. ¿No has conseguido tu corazón? ¿Está todavía el frío en tu pecho?

—¡Ah, señor! —se lamentó Peter—. Cuando llevaba todavía el corazón de piedra no lloraba nunca, mis ojos estaban secos como la tierra en julio; ahora, el viejo corazón casi se me quiere partir por lo que he hecho. A mis deudores los arruiné, azuzé los perros contra pobres y enfermos, y vos sabéis muy bien… ¡cómo cayo mi fusta sobre su hermosa frente!

—¡Peter! ¡Has sido un gran pecador! —dijo el Hombrecillo—. El dinero y la ociosidad te pervirtieron hasta que tu corazón se convirtió en piedra y ya no conoció la alegría, ni el dolor, ni el arrepentimiento, ni la compasión. Pero el arrepentimiento reconcilia y, si supiera que tu vida te duele de verdad, podría hacer aún algo por ti.

—No quiero nada más —contestó Peter dejando caer abatido la cabeza—. Para mí ha terminado todo. Mi vida ya no puede alegrarme. ¿Qué puedo hacer yo solo en este mundo? Mi madre no me perdonará jamás lo que le he hecho: tal vez la he enviado a la tumba, ¡monstruo de mí! Y Lisbeth, ¡mi mujer!… Es preferible que me matéis, señor Tesorero, y así acabará de una vez mi desdichada vida.

—Bien —replicó el Hombrecillo—, si no quieres más que eso, puedes tenerlo; tengo a mano mi hacha.

Muy tranquilo se quitó de la boca su pipa pequeña, la golpeó para vaciarla y se la guardó. Luego se levantó despacio, yéndose detrás de los abetos. Peter se sentó a llorar sobre la hierba: su vida ya no le importaba y esperaba el golpe mortal con paciencia. Poco después, oyó unos pasos ligeros a su espalda y pensó que ya se acercaba.

—¡Vuelve la cabeza, Peter Munk! —le gritó el Hombrecillo.

Se enjugó las lágrimas de los ojos, se volvió y vio ¡a su madre y a Lisbeth, su esposa, que le miraban cariñosamente! Dio un salto de alegría.

—¿No estás muerta, Lisbeth? Y también vos estáis aquí, madre: ¿me habéis perdonado?

—Ellas quieren perdonarte —dijo el Hombrecillo de Cristal—, pues sientes verdadero arrepentimiento y hay que olvidarlo todo. Vuelve ahora a casa, a la choza de tu padre y sé carbonero como antes. Si eres bueno y

honrado, honrarás tu oficio, y tus vecinos te querrán y te respetarán más que si tuvieras diez toneladas de oro.

Así habló el Hombrecillo de Cristal y se despidió de ellos.

Los tres le alabaron y le bendijeron, y marcharon a su hogar.

La lujosa casa del rico Peter ya no existía. Un rayo la había incendiado y había ardido con todos sus tesoros. Sin embargo, la choza paterna no estaba lejos. Se dirigieron hacia allí, sin preocuparse ¡Y cómo se asombraron al llegar a la choza! Se había convertido en una hermosa casa campesina, y todo era en ella sencillo, pero bueno y pulcro.

—¡Esto lo que ha hecho el buen Hombrecillo de Cristal! —exclamó Peter.

—¡Qué lindo! —dijo Lisbeth—. Me siento mucho más a gusto que en la gran casa, con tantos criados.

Desde entonces, Peter Munk fue un hombre trabajador y honrado. Estaba satisfecho con lo que tenía; se dedicó a trabajar sin cesar y así llegó a ser rico por su propio esfuerzo, y a la vez respetado y querido en toda la Selva. Ya no reñía con su mujer, respetaba a su madre y daba limosna a los pobres que llamaban a su puerta. Cuando pasado un tiempo, Lisbeth dio a luz un hermoso niño Peter marchó a la colina de los abetos y pronunció sus versos. Pero el Hombrecito de Cristal no apareció.

—¡Señor Tesorero! —exclamó en voz alta—. Escuchadme: sólo quiero pediros que seáis el padrino de mi hijito.

No hubo respuesta. Sólo una pequeña ráfaga de viento soplo por entre los abetos e hizo caer en la hierba algunas piñas.

—Me llevaré esto de recuerdo, ya que no habéis querido dejaros ver —exclamó Peter, metiéndose las piñas en el bolsillo, y se fue a su casa.

Ya allí, cuando se quitó el traje de fiesta y su madre vacío los bolsillos y se disponía a meter el jubón en el arcón cayeron cuatro espléndidos cartuchos de dinero, y al abrirlos resulto que eran táleros badenses, auténticos, sin uno solo falso entre ellos. Y aquél fue el regalo de padrino del Hombrecillo del bosque de los abetos para el pequeño Peter.

Así vivieron tranquilos y ocupados, y después, cuando Peter Munk tenía ya el cabello gris, decía a menudo:

—Es mejor contentarse con poco que tener oro y riquezas, pero un corazón frío.

Habrían pasado ya cinco días, y Félix, el cazador y el estudiante seguían prisioneros de los ladrones. Recibían buen trato del capitán y sus subordinados, pero deseaban verse libres, pues cuanto más tiempo transcurría, más crecía su temor a ser descubiertos. En la tarde del quinto día, el cazador explicó a sus compañeros de fatigas que estaba decidido a escapar aquella noche, aunque le costara la vida. Animó a sus compañeros a tomar la misma decisión y les mostró cómo podían llevar a cabo la huida.

—Del que está más próximo a nosotros me encargo yo; es un caso de necesidad, y la necesidad no conoce leyes: tiene que morir.

—¿Morir? —exclamó Félix asustado—. ¿Queréis matarlo?

—Estoy completamente decidido, si llega el caso, para salvar dos vidas humanas. Sabed que he oído murmurar a los ladrones con aire preocupado que se los busca por el bosque, y las viejas delatan en su cólera la mala intención de la banda, reniegan de nosotros y dan a entender que, si los ladrones fueran pillados, habríamos de morir sin compasión.

—¡Dios del cielo! —exclamó el joven horrorizado, ocultando la cara entre las manos.

—Todavía no nos han puesto el cuchillo al cuello —continuó el cazador —, así que adelantémonos. Cuando oscurezca, me deslizo hasta el puesto de guardia más cercano, le llamo, le digo en voz baja que la condesa se ha puesto muy enferma repentinamente y, al volver la cabeza, le golpeo. Entonces voy a buscaros, muchacho, y con el segundo puede suceder lo mismo; en cuanto al tercero, siendo dos lo tenemos fácil.

Al pronunciar estas palabras, el cazador tenía un aspecto tan terrible que a Félix le daba miedo. Iba a intentar hacerle desistir de aquel sangriento plan, cuando la puerta de la choza se abrió suavemente y entró rápidamente una figura. Era el capitán. Cerró otra vez con cuidado e hizo señas a los prisioneros de que es tuvieran callados. Se sentó luego junto a Félix y dijo:

—Señora condesa, estáis en una mala situación. Vuestro esposo no ha seguido las instrucciones: no sólo no ha mandado el dinero, sino que ha alertado a las autoridades de los alrededores para que envíen hombres

armados por todo el bosque a detenerme a mí y a mi gente. He amenazado a vuestro esposo con mataros si hacía algún intento de apresarnos. Sin embargo, o debe de importarle poco vuestra vida o confía en nuestros juramentos. Vuestra vida está en nuestras manos, según nuestras leyes está sentenciada. ¿Qué tenéis que objetar?

Los prisioneros miraban al suelo abatidos, no sabían qué responder, pues Félix se daba cuenta de que el descubrimiento de su engaño le pondría aún en mayor peligro.

—Me es imposible —continuó el capitán poner en peligro a una dama que tiene todo mi respeto. Por ello quiero haceros una propuesta para que os salvéis, es la única salida que os queda: voy a huir con vos.

Ambos le miraron con sorpresa y asombro, pero él continuo hablando:

—La mayoría de mis compañeros están decididos a marchar a Italia y enrolarse en una banda muy grande. Yo, por mi parte, no estoy dispuesto a estar a las órdenes de otro, y por eso no voy a emprender nada con ellos. Con tal de que me deis vuestra palabra, señora condesa, de que vais a hablar en mi favor y utilizar vuestras poderosas relaciones para protegerme, puedo liberaros antes de que sea demasiado tarde.

Félix guardó silencio, molesto; su noble corazón se resistía a exponer adrede a un peligro al hombre que quería salvarle la vida, peligro del que luego no podría librarle. Como seguía callado, el capitán continuó:

—Actualmente se buscan soldados por doquier; con cualquier servicio me contentaré. Sé que tenéis mucho poder, pero no quiero más que vuestra promesa de que haréis algo por mí en este asunto.

—Bien, os prometo hacer lo que yo pueda y esté en mi mano para seros útil. En vuestro comportamiento hay un consuelo para mí: que vos mismo y por propia voluntad os retiréis de esta vida de bandidaje.

El capitán besó conmovido la mano de la bondadosa dama y le susurró que estuviera preparada dos horas después de anochecer, dejando luego la cabaña tan sigilosamente como había venido. Los prisioneros respiraron más libremente después de su partida.

—¡Realmente, Dios le ha ablandado el corazón! ¡De qué modo tan asombroso van a salvarnos! ¿Cómo podría haber imaginado que en el mundo sucedería algo semejante y que tendría una aventura así?

—¡Verdaderamente maravilloso! —respondió Félix—. No obstante, ¿he hecho bien engañando a ese hombre? ¿De qué puede servirle mi protección? Decidme, cazador, ¿no significa llevarle a la horca el no confesarle quién soy?

—¡Ah! ¿Cómo podéis tener semejantes escrúpulos, querido muchacho —terció el estudiante—, después de haber interpretado tan magistralmente vuestro papel? No, no os angustiéis por eso, no es más que legítima defensa. Ha cometido un desmán al querer sacar ignominiosamente de su camino a una doble dama y, si no hubiera sido por vos, quién sabe qué habría sido de la vida de la condesa. No habéis hecho nada malo. Además, creo que en los tribunales será muy apreciado que se entregue él mismo, siendo el cabecilla de estos maleantes.

Esta última idea consoló al joven orfebre. Las horas siguientes las vivieron alegres, pero al mismo tiempo llenos de inquieta preocupación por el resultado del plan. Ya era de noche cuando el capitán entró un momento en la choza, dejó en el suelo un bulto de ropa y dijo:

—Señora condesa, para facilitar nuestra huida es necesario que os pongáis esta ropa de hombre. Preparaos, que dentro de una hora iniciaremos la marcha.

Dicho esto, dejó a los prisioneros, y el cazador hubo de hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—Será el segundo disfraz —exclamó—, y juraría que éste os estará aún mejor que el primero.

Abrieron el hatillo y hallaron un bonito traje de cazador con todos sus accesorios, que le sentaba magníficamente a Félix. Después de ponérselo, el cazador quiso dejar en un rincón de la choza los vestidos de la condesa, pero Félix no lo consintió: los reunió en un hatillo pequeño y explicó que quería pedirle a la condesa que se los regalara y que los guardaría como recuerdo de aquellos días asombrosos.

Por fin llegó el capitán. Estaba armado por completo y trajo al cazador la escopeta que le había quitado y municiones. Al estudiante también le dio una escopeta y a Félix le trajo un cuchillo de monte, con el ruego de que se defendiera en caso necesario. Fue una suerte para los tres que estuviera muy oscuro, pues las miradas expresivas con que Félix recibió las armas habrían indicado al ladrón su verdadera situación. Al salir cautelosamente de la choza, observó el cazador que el puesto de guardia habitual, junto a la choza, no estaba ocupado esta vez de modo que era posible pasar junto a las cabañas sin ser advertidos. Además, el capitán no fue por el sendero habitual que conducía del desfiladero al bosque, sino que se acercó a una roca que estaba ante ellos, casi vertical y al parecer inaccesible. Al llegar allí el capitán les señaló una escala de cuerdas que estaba sujeta a la roca. Se echó el fusil a la espalda y subió el primero; luego dijo a la condesa que le

siguiera, ofreciéndole su mano para ayudarla. El cazador subió el último. Detrás de la roca apareció un sendero, por el que echaron a andar con rapidez.

—Este sendero —dijo el capitán— lleva al camino de Aschajfenburg. Allí nos dirigiremos, pues sé con exactitud que vuestro esposo, el conde, se encuentra ahora en ese lugar.

Siguieron en silencio, el ladrón siempre delante y los otros tres detrás. Tres horas después se detuvieron El capitán invitó a Félix a sentarse en un tronco de árbol para descansar. Saco pan y una cantimplora con vino añejo y los ofreció a los fatigados caminantes.

—Creo que antes de una hora nos encontraremos con el cordón que los soldados han establecido por el bosque. Os ruego que, llegado el caso, habléis con el jefe de los soldados y exijáis que me den buen trato.

Félix asintió, aunque se prometía escaso éxito por su intervención. Descansaron aún como una media hora y reanudaron la marcha. Habrían andado ya otra hora y se acercaban al camino; la luz aumentaba, y ya rayaba el alba sobre el bosque, cuando sus pasos fueron detenidos por un súbito: «¡Alto deteneos!». Se pararon, y cinco soldados los rodearon, indicándoles que les siguieran y explicaran al comandante mayor adónde se dirigían. No habían andado ni cincuenta pasos, cuando vieron varios fusiles a derecha e izquierda entre la maleza. El bosque parecía ocupado por abundante tropa. El comandante estaba bajo un árbol con varios oficiales y con otros hombres, y justamente cuando iba a empezar su interrogatorio sobre su procedencia y su destino, uno de los hombres se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Dios mío, qué veo! ¡Si es Gottfried, nuestro cazador!

—¡Sí, señor delegado! —respondió el cazador con voz risueña—. ¡Soy yo, y salvado milagrosamente de las manos de los maleantes!

Los oficiales se sorprendieron de verlo allí, pero el cazador rogó al comandante y al delegado que le siguieran aparte un instante y les refirió brevemente cómo se habían salvado y quién era el tercero que los acompañaba a él y al joven herrero.

Contento, el comandante dio la orden de trasladar al importante prisionero; condujo ante sus camaradas al joven orfebre y le presentó como el heroico muchacho que había salvado a la condesa con su valor y serenidad: todos estrecharon admirados la mano de Félix, le elogiaron y no se cansaban de oírles contar su aventura a él y al cazador.

Entre tanto se había hecho totalmente de día. El comandante decidió acompañar él mismo hasta la ciudad a los liberados; fue Con ellos y con el delegado de la condesa hasta el próximo pueblo, donde estaba su coche, en el que Félix viajó con él, mientras el cazador, el estudiante, el delegado y muchos otros acompañantes cabalgaban delante y detrás de ellos. Así llegaron triunfalmente a la ciudad. Por la comarca se había extendido como un reguero de pólvora el rumor del secuestro en la posada del bosque y el sacrificio del joven orfebre, y con la misma celeridad corrió ahora de boca en boca la historia de su liberación. Por ello no era de extrañar que en la ciudad estuvieran las calles por las que pasaban llenas de gentes que querían ver al héroe. Todos se apretujaban al pasar el coche.

—Ése es —exclamaban—, vedle en el coche al lado del oficial. ¡Viva el valiente orfebre!

Y mil voces que respondían al unísono llenaban el aire:

—¡Viva!

Félix estaba sorprendido y conmovido por el estrepitoso júbilo de la multitud. Aún más conmovedora, sin embargo, fue la escena que le esperaba en el ayuntamiento de la ciudad. Un hombre de mediana edad, con rico atavío, le recibió junto a la escalera y le abrazó con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo podría recompensarte, hijo mío? —exclamó—. Me has dado mucho cuando estaba a punto de perder algo inmenso Has salvado para mí a la esposa y para mis hijos a la madre, pues su fragilidad no habría soportado el horror de la prisión.

Era el esposo de la condesa quien pronunciaba estas palabras. Por mucho que Félix se resistiera a aceptar una recompensa por su sacrificio, el conde parecía dispuesto a insistir en ello. El joven recordó entonces el desdichado destino del capitán de los ladrones; le contó cómo le había salvado y cómo propiamente había intentado salvar a la condesa. El conde, conmovido no tanto por la acción del capitán como por la nueva prueba de la generosidad de Félix, demostrada al hacer este ruego, prometió hacer todo lo posible por salvar al capitán.

Ese mismo día, el conde condujo al joven orfebre, acompañado por el valiente cazador, a su castillo, en el que la condesa esperaba con ansiedad las noticias, preocupada por la suerte del joven que se había sacrificado por ella. ¿Quién podría describir su alegría, cuando su esposo entró en la estancia llevando de la mano a su salvador? No cesaba de preguntarle y darle las gracias; hizo traer a sus hijos y les presentó al joven de gran corazón a quien su madre tanto debía, y los pequeños cogieron su mano, y

para él fue la más hermosa recompensa por sus padecimientos en las noches sin sueño de la cabaña, el tierno agradecimiento infantil y el que le aseguraran que para ellos no había en toda la tierra nadie más querido que él después de su padre y de su madre.

Cuando pasaron los primeros momentos del alegre reencuentro la condesa hizo una señal a un criado, que al poco trajo la ropa y la conocida mochila que Félix había encomendado a la condesa en la posada del bosque.

—Aquí está todo lo que me disteis en aquellos terribles instantes —dijo, sonriendo benévola—. Es el encantamiento con que me cubristeis para confundir a mis perseguidores. Otra vez está a vuestra disposición, pero quisiera proponeros que me dejéis esta ropa como recuerdo de vos y a cambio aceptéis la suma que los ladrones fijaron para mi rescate.

Félix quedó atónito ante la cuantía del regalo; se resistía a aceptar una recompensa por lo que había hecho por propia voluntad.

—Respetable condesa —dijo conmovido—, yo no puedo aceptar esto. El traje será para vos, como deseáis, pero la suma de la que habláis no puedo aceptarla. Como sé que queréis recompensarme con algo, guardadme el favor, en lugar de otra recompensa, y si llegase el caso de necesitar vuestra ayuda, contad con que os la pediría.

Todavía le insistieron mucho, pero nada hizo cambiar la decisión del joven. La condesa y su esposo se rindieron al fin y ya iba el criado a llevarse el traje y la mochila, cuando se acordó de la joya que había olvidado por completo con la emoción de tantas escenas jubilosas.

—¡Alto! —dijo—. Me permitiréis que tome solamente una cosa de mi mochila, señora, y el resto es todo vuestro.

—Disponed de todo —dijo—; aunque me gustaría guardar todo en recuerdo vuestro, tomad aquello de lo que no queráis desprenderos. Sin embargo, me gustaría preguntaros qué es lo que apreciáis tanto para no poder dejármelo.

Mientras hablaban, el joven había abierto la mochila y había sacado una cajita de tafilete rojo.

—Todo lo que sea mío, podéis tenerlo —respondió sonriente—, pero esto pertenece a mi querida madrina; yo mismo lo he hecho y he de llevárselo. Es un broche, señora —continuó abriendo la cajita y mostrándoselo—, un broche en el que he puesto a prueba cuanto sé.

Ella tomó la cajita, pero, apenas la hubo mirado, retrocedió impresionada.

—¿Cómo? ¿Estas piedras? —exclamó—. ¿Y decís que están destinadas a vuestra madrina?

—Sí, en efecto, mi señora madrina me envió las piedras preciosas, yo he hecho la joya y voy a llevársela en persona.

La condesa le contemplaba emocionada; de sus ojos brotaban lágrimas.

—¿Entonces tú eres Félix Perner, de Nuremberg? —exclamó.

—Así es; pero ¿cómo sabéis tan pronto mi nombre? —preguntó el joven mirándola atónito.

—¡Oh, divina providencia! —dijo conmovida a su asombrado esposo—. Es Félix, nuestro ahijado, el hijo de nuestra doncella Sabina. ¡Félix! Yo soy la que buscas, de modo que sin saberlo has salvado a tu madrina.

—¿Cómo? ¿Sois vos, pues, la condesa Sandau, que tanto ha hecho por mí y por mi madre? ¿Y es éste el castillo de Mayenburg, al que yo me dirigía? ¡Cómo agradezco a la buena suerte que me haya reunido tan asombrosamente con vos! ¡Así he podido testimoniaros en la acción mi gran agradecimiento!

—Has hecho más —respondió ella— de lo que yo haya podido hacer por ti. Mientras viva, intentaré mostrarte la infinita deuda de todos nosotros para contigo. Mi esposo será tu padre; mis hijos, tus hermanos, y yo, tu madre abnegada; esta joya, que te trajo a mí en los momentos de mayor desesperación, será mi mejor adorno, pues siempre será recuerdo de ti y tu heroica acción.

Así habló la condesa, y cumplió su palabra. Protegió generosamente al afortunado Félix durante sus viajes, y cuando regresó como maestro consumado en su arte, le compró una casa en Nuremberg y la instaló por completo; en su mejor pieza no eran pequeño adorno los cuadros magníficamente pintados que representaban escenas de la posada del bosque y de la vida de Félix entre los ladrones.

Allí vivió Félix, siendo un consumado orfebre, y la fama de su arte se extendió junto con la asombrosa historia de su heroísmo y le atrajo clientes de todo el imperio. Muchos extranjeros, cuando iban por las calles de la hermosa ciudad de Nuremberg, preguntaban por el taller del famoso maestro Félix para verlo y admirarlo, pero también para encargarle una hermosa joya. Las visitas más agradables para él, sin embargo, eran las del cazador, las del herrero, las del estudiante y las del cochero. Siempre que este último iba de Würzburg a Fürth se presentaba en casa de Félix; el cazador le traía casi todos los años regalos de la condesa; el herrero, tras haber recorrido todos los países, se instaló con el maestro Félix. Un día le visitó también el estudiante, que se había convertido en un hombre importante en el gobierno, pero que no tenía a menos cenar con el maestro Félix y el herrero. Recordaron todas las escenas vividas en la posada del bosque, y el antiguo estudiante contó que habían vuelto a ver al capitán de los ladrones en Italia;

se había rehabilitado por completo y servía al rey de Nápoles como valiente soldado.

Félix se alegró al oírlo. Sin aquel hombre tal vez no habría estado en tan peligrosa situación, pero sin él tampoco habría podido escapar de las manos de los ladrones. Y así fue como el valiente maestro orfebre solamente tenía recuerdos amables e idílicos cuando pensaba en La posada de Spessart.

Apéndice

La época

En su corta existencia, el escritor suabo Wilhelm Hauff (1802-1827) apenas una vez se alejó de su Württemberg natal, mientras que sus coordenadas profesionales le perfilan una silueta burguesa (preceptor de una familia prestigiosa, responsable de la sección cultural de un diario) coronada por un prometedor matrimonio, al cabo efímero. Este aparente estatismo en lo espacial no se corresponde con la marcha, velocidad incluso, con que la historia gustó de alterar las formas políticas de su país, protagonista del vertiginoso fresco que exhibe la disolución del Imperio Romano Germánico, la ocupación napoleónica de Alemania, y su ulterior redefinición político-territorial en menos de dos décadas. Nada más descriptivo de esta situación es que Württemberg sea ducado en su nacimiento y reino a su muerte.

Consecuencias de la expansión napoleónica

De sobra es conocida la circunstancia que condicionó este intervalo histórico: la expansión napoleónica en Europa, y las relaciones y reacciones que suscitó en esa amalgama de estados de diversa identidad, embridados al título oficial, entonces más nominal que sentido, de «nación alemana» («Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana» es la traducción más correcta del dominio). Dentro del juego de estrategias de ese tablero, Bonaparte logró ganarse los apoyos de algunos de los territorios oscurecidos en mayor o menor medida por el peso político y específico de los reinos de Prusia y Austria, principales adversarios de sus pretensiones. Este protectorado napoleónico, la Confederación del Rhin (1806), cobijó y favoreció especialmente a Württemberg, Baden, Hesse-Darmstadt y Baviera, cinturón fronterizo francogermano que se mantuvo fiel hasta su decadencia militar. De hecho, el ducado de Württemberg, que se beneficiaría de esa dependencia en varios aspectos (anexiones territoriales en detrimento de Austria y reformas legales modernizadoras) hasta el punto de obtener en 1805 de Francia la categoría de reino independiente del Sacro Imperio (disuelto un

año después), no tardó en unirse a Austria y Prusia en la sexta coalición en octubre de 1813, tras la derrota napoleónica en Leipzig. Su participación en la Guerra de Liberación le valió el reconocimiento como miembro de la Confederación Germánica (1815), con su condición real garantizada e incluso aumentados sus límites.

Tras las reformas bajo el protectorado y, una vez finalizada la contienda, la constitución liberal en el marco del Congreso de Viena, Württemberg evolucionó desde su estructura semifeudal hasta mayores índices de burguesía urbana, aún en aras de industrialización. Al igual que otros estados de la extinta confederación napoleónica, su nueva y favorable situación estimuló el rescate y recreación de unas raíces que acudirían como subrayado de sus particularidades. De modo que el interés por el folclore ligado al despertar nacional que se producía en la Prusia de los Grimm y Brentano, y que lideraría la pretensión de una unidad ale mana como reacción a la invasión francesa, hasta cierto punto se manifestaba aquí como consecuencia de los beneficios de esa impronta, aunque los fines acabaran por converger.

La singularidad de Württemberg

En realidad, este controvertido Württemberg decimonónico prolongaba una constante histórica de conflictos con el entorno en cerrada defensa de sus intereses, especialmente en el ámbito de influencia de los Habsburgo. Se hace oportuno, al efecto de comprender posteriormente alguna de las claves de la literatura de Hauff, el que recordemos brevemente estos procesos. Condado desde el siglo XI, había constituido una parte relevante del ducado de Suabia hasta la desaparición de éste en el siglo XIII. Su vínculo con los Hohenstaufen, la Casa Ducal, lo señalan como su verdadero sucesor, aunque los Habsburgo intentasen reconstruir el ducado en beneficio propio, intenciones que sofocaría Eberhard I el Ilustre (1279-1321). Al filo de la Edad Moderna, uno de sus descendientes, no menos ilustre, Eberhard V el Barbudo (1455-1496), obtendría del emperador Maximiliano la categoría de ducado (1495) tras fundar la Universidad de Tübingen y radicar la capitalidad en Stuttgart, que en adelante vería nacer no pocos hijos destacados, como nuestro Hauff. Como consecuencia de graves tensiones territoriales, el sobrino del primer duque de Württemberg, Ulrico I (1498-1550), sufriría la oposición de la Liga Suaba, formada por los estados generales de la región para preservar el equilibrio, cuya victoria determinó que el ducado quedase expulsado de ella y entregado a Carlos V (1520); merced a ello, la Casa de Austria se aseguraba la hegemonía en el sur germano. Así y todo, Ulrico lo recuperaría en 1524, en

calidad de vasallo de Austria, aunque habría de añadir más leña al fuego permitiendo la entrada de la Reforma en sus dominios. Federico I (1593-1608) liberaría el territorio del dominio austríaco, quedando de esta forma definidas claramente dos áreas suabas: la protestante, representada por Württemberg y Baden, y la católica, aliada de Austria. Aún proporcionaría Württemberg nuevas cotas de protagonismo al prestar apoyo a Francia y Suecia durante la Guerra de los Treinta Años, beligerantes con el Sacro Imperio, aunque acabaría ocupado por éste en 1634, hasta la normalización que acudió con la Paz de Westfalia.

Tales tonalidades independientes y sorpresivas de Württemberg, acaso la Suabia más genuina, tienden a reproducirse en la personalidad de algunos de sus hijos: Kepler, Hegel, Hölderlin, Hesse… Es célebre a este respecto la referencia del último en el capítulo tercero de *Bajo las ruedas* (1906) a una tradición suaba, no ya de políticos, sino de filósofos y teólogos, profetas y herejes, un pueblo al que caracteriza «desde tiempos inmemoriales un gusto por la forma bella y la poesía soñadora, del que brotan de vez en cuando poetas y escritores que no son precisamente de los peores»; es el espíritu de las baladas que recrearían Ludwig Uhland o Gustav Schwab; el tono y la forma que destilan las páginas más inspiradas de las narraciones de Hauff, las mismas que se convertirían en selecciones para el estudio de los escolares, determinantes en su vocación de lectura, tal como atestigua el mismo Hesse en su artículo «El mundo de los libros» de 1952.

La mengua del nacionalismo romántico

No conviene deslindar el reborde del paisaje literario suabo de las capas del romanticismo alemán al que, al margen de turbulencias históricas, pertenece. Suele conceptuarse, así, la llamada Escuela Suaba, la de Justinus Kerner, Ludwig Uhland, Gustav Schwab y el mismo Hauff como una etapa final en límites germánicos. Si a la primera fase, la de los Schlegel y Novalis, correspondía a principios de siglo un predominio de lo teórico y experimental, y al segundo período, testigo de las Guerras de Liberación, una vindicación nacional a través de la exhumación de las esencias folclóricas, baladas, leyendas y cuentos (tal es el caso ejemplar de Grimm), sin embargo, los compromisos estéticos, incluso «épicos», de Uhland o Hauff revelan una concepción más centrada en la sugestión poética, inquietante en algún caso, pero con frecuencia humorada y sentimental, relajada de exigencias abstractas y compromisos *contra mundu*.

La censura en los textos

Hay que añadir que, una vez superado el conflicto, en los salones del Congreso de Viena empieza a percibirse con

de tono exaltado y panfletario

cautela los excesos nacionalistas y los delirios irracionales, mal acordados con una reorganización europea nivelada sobre fieles y contrapesos que eviten los riesgos de megalomanía territorial. Su principal artífice, el austríaco príncipe de Metternich, consigue imponer gracias a los decretos de Carslbad, integrados en el Acta Final de Viena (1820), la censura en los textos de tono exaltado y panfletario, así como la vigilancia en los estudios medios y superiores ante la alarma creada por las revueltas juveniles en Prusia, prefiguradoras de las escaramuzas revolucionarias europeas de los años treinta y cuarenta. Esto es algo que no iba a dejar de influir en la observación recelosa de ciertas estéticas cargadas de connotaciones, aún populares. De alguna manera, cuando Hauff escribe sus cuentos en la segunda mitad de los años veinte no es «políticamente correcto», por emplear un término manido. Adelante veremos cómo parece ser consciente de la inoportunidad y cómo se jacta de disfrazar su publicación a fin de que alcance a los pequeños receptores; es este un momento que se pretende aislado, acotado y tranquilo como la habitación de un hogar burgués. Hauff no llegará a ver ni a vivir el estallido, no formará parte de la reacción de la «Joven Alemania» de Heine; pero tampoco del sarcasmo último, del final del sueño.

El autor

Sus lecturas preferidas

Stuttgart, 29 de noviembre de 1802; Stuttgart, 18 de noviembre de 1827; tales son los vértices que tensan un bucle de 25 años, cuyos tres últimos vibran en desconcertante intensidad creadora. Hijo de una familia acomodada (su padre, August Friedrich Hauff, fue alto funcionario), tuvo contacto con la cultura desde muy niño. A la muerte del progenitor, cuando Hauff contaba siete años, se desplaza junto a la madre y hermanos a Tübingen, al hogar donde aguarda uno de esos abuelos semiliterarios orlado por una fabulosa biblioteca; allí contrastará con su hermano mayor, Hermann. Parece ser que los caracteres de los pequeños resultaban disímiles a primera vista, al punto de que el rector de la «Schola Anatolica», donde eran instruidos, llegó a comentar que no entendía cómo dos manzanas tan distintas pudiesen colgar del mismo árbol. Si bien Hermann brillaba en la disciplina y en la aplicación en las ciencias, a cuyo estudio dedicaría su vida profesional, en el caso de Wilhelm tal virtud perdía brillo en beneficio de viajes a mundos más imaginativos, incubados en la biblioteca del abuelo, que gustaba de la

compañía del XVIII inglés, concretamente Harry Fielding y Oliver Goldsmith, y los manes domésticos de Goethe y Schiller; aunque lo que más afectara su sensibilidad serían los libros caballerescos del Barón Friedrich de la Motte-Fouqué (acaso la trilogía dramática *Sigurd el matador de dragones*, de 1810, el célebre relato *Ondina*, de 1811, o la novela *El anillo*, de 1812), con el que llegaría a tratarse. Es aquí donde se aboceta su perfil de escritor inquieto, donde se alientan las ideas de libertad y virtud, donde se empieza a amar el mapa de las hadas y otros elementales en los accidentes de una delicada salud que, como en tantos y tantos casos, va a favorecer el sedimento de sus simientes.

Su etapa universitaria

En 1817 prosigue sus estudios durante tres años como interno en el convento de Blaubeuren, también tocado por el ala de lo maravilloso gracias a la leyenda de otra ondina, la hermosa Lau, personificación de la corriente que comunica la laguna exterior con la bodega del edificio, y a la que Eduard Mörike dedicaría un memorable cuento en *El hombrecillo apergaminado de Suttgart* (1852). Tras esta preparación, Hauff continúa su cauce académico, como proyección natural en un estudiante württembergués de letras en el siglo XIX, en la Universidad de Tübingen, donde cursa Filosofía y Teología. En este prestigioso centro, en cuyas aulas han atendido Hölderlin, Hegel y Schelling, pero también alumnos más cercanos a Hauff como Schwab y Mörike, su ensimismamiento cede algo de terreno a la camaradería de selectos compañeros con los que, bajo el mote entre marcial y festivo de «La Compañía», rivaliza en juegos de ingenio crítico y lecturas de poemas; unos referentes que no predisponen precisamente a la vocación de párroco, pero que proyectan otras de las claves que salpicarán la futura obra: el uso censor del humorismo y la capacidad lírica.

Enlace matrimonial, primeros trabajos y muerte

En 1824, Hauff concluye sus estudios, pero un año antes se ha producido un acontecimiento que vuelve a competir ventajosamente con lo académico. En un viaje a Nördlingen conoce a su prima Louise, un golpe amoroso que le hará practicar la escritura en copiosa correspondencia durante su último año universitario, y que desembocará en 1827 en un polémico enlace, debido a la oposición de familiares y amigos. Gracias a la intervención de uno de estos, consigue emplearse en Stuttgart como profesor particular de los hijos del Ministro de Guerra, general von Hügel, entre 1824 y 1826. En ese mismo año, mejorada su posición económica, realiza un viaje por Europa. A su regreso, la suerte sigue sonriéndolo; obras primerizas como la primera

parte de los *Extractos de las memorias de Satán*, *El hombre en la luna* y *Lichtenstein* consiguen que se hable de él; en enero de 1827 es nombrado director de la sección cultural del *Morgenblatt* (*Periódico de la Mañana*); en noviembre nace su hija. Pero la voluble fortuna decide marcar a Hauff con un estigma netamente romántico que contrapese su ascenso burgués; hay quien lo atribuye al efecto de la coincidencia de las muertes sucesivas de tres amigos de la infancia, el caso es que sucumbe a una inopinada crisis que se lo lleva el 18 de ese mes con el algo casual diagnóstico de «fiebre nerviosa». No sin cierto misterio, cabe encontrar en su literatura ciertos momentos proféticos algo inquietantes, como el personaje de la desgraciada princesa Sofía de su fatalista novela corta *Othello*, que fallece en la flor de la vida a consecuencia de una afección nerviosa; o uno de sus versos de su *Lied* «Aurora, que iluminas mi camino hacia la temprana muerte», que hace considerar a *Anneliese von der Lippen* (*El cuento fantástico alemán*, Buenos Aires, Adiax, 1978) que tal vez la presintiera, y que quizás por ello desarrollara una febril actividad literaria en tres años (1825-1827), equivalente a la completa de otros que vieron encanecer sus cabellos.

La obra

Merece lugar específico el análisis de los relatos que Hauff publica en formato de almanaque y que corresponden al contenido de este libro, por lo que emplazo al lector a seguirlo en el último apartado del apéndice; pero no quiero dejar de mencionar aquí que el *Almanaque de cuentos para 1826, para hijos e hijas de clases cultas*, junto a sus primeras composiciones poéticas[81], supone un lírico debut literario; esta colección será continuada por dos más, la última póstuma. El resto de la producción lo conforman una serie narrativa que queda trunca, dos novelas de considerable extensión y un grupo de otras breves, publicadas primero en revistas. Un conjunto que se caracteriza por una prosa ágil, feliz en la caracterización y singularmente cómoda en los terrenos de la evocación histórica y el escalpelo satírico. En cuanto a los ejemplos poéticos, en conjunto serán recuperados más tarde.

Extractos de las memorias de Satán

Hablemos primero de la serie de *Extractos de las memorias de Satán* (1826 y 1827). Se trata de su principal obra satírica y, lamentablemente, como ocurre con buena parte de sus títulos, no contamos con traslado español; pero, para ir haciendo boca e incitar a traductores curiosos, baste señalar que su originalidad radica en la manera en que aparece en escena el

maligno. Resulta ser un refinado caballero (antecedente de «El jugador generoso» de Baudelaire) que se pasea por los salones frívolos que tan bien conocía el Hauff preceptor de familia aristocrática, y que, como anota Von der Lippen, hará buenas migas con el Judío Errante hasta el punto de acompañarlo a un esnobista té literario; o visita al mismo Goethe a fin de censurarle su tratamiento de Mefistófeles, licencia intertextual un tanto cervantina o «nivolesca» que probablemente no hiciera excesiva gracia al genio de Weimar, ocupado en las concienzudas pinceladas de la segunda parte de *Fausto*.

El hombre en la luna

El éxito de la primera parte de las memorias diabólicas, firmadas por un misterioso «****f» (cuya autoría queda develada en el mismo año, en la rúbrica de *Othello*: «Por W. Hauff, autor de *Las memorias de Satán*»), tiene su rostro negativo en la polémica originada con la edición de *El hombre en la luna*, igualmente en 1826 (aunque alguna fuente la adelanta a fines de 1825). Con ella Hauff satiriza las novelas, muy populares entonces, de Carl Heun, infladas por los tópicos del romanticismo más sentimental y arbitrario. El lóbrego deambular del conde polaco Emil von Martiniz, perseguido por el espectro del novio de su hermana, a quien ha matado injustamente (e indirectamente, del disgusto, a ésta y a su madre), hasta llegar al Hotel de la Luna en la ciudad de Freilingen, donde encontrará el amor que le despeja de sus maldiciones, fue considerado en su momento como una imitación seria y no una parodia. Sin embargo, los excesos disparatados del texto, el propio juego de palabras de un título tan connotativo, relacionado con el prosaico hotel, y el hecho de firmar con un anagrama (H. Clauren) del aludido escritor, parecen barrer las dudas. Al menos, no le cupo ninguna al propio Carl Heun, quien puso, y ganó, una denuncia a la casa editora.

Lichtenstein, *una novela histórica*

Queda visto que, dejando de lado los cuentos infantiles, la sátira constituía el recurso narrativo dominante de Hauff, a raíz de lo cual su nombre ya no le era indiferente al público ni obviado en los corrillos literarios; no obstante, aún faltaba una obra que le proporcionara un reconocimiento *per se*; los lectores no necesitaron esperar mucho tiempo; el salto se producía en el mismo año con el título de *Lichtenstein*, una novela histórica que respondía a las expectativas de los consumidores de las obras de Walter Scott. El autor escocés había creado un género, el vivero de la novela romántica por excelencia, coral, nacional, con modelos como *Rob Roy* (1818) o *Ivanhoe* (1819). Se dice que Hauff, con esta tentativa, alcanza a ser su máximo

discípulo en Alemania. Una sucinta relación de sus valores justifica la mayoritaria recepción y las críticas favorables: por un lado, la esmerada documentación en los textos de Thetingeis, Grutius, Stumphardts o Schradius; y por otro, unos personajes sabiamente delineados y un asunto que no podía dejar indiferente al suabo medianamente ilustrado y con latido patriótico. La trama estaba ambientada en los albores de la Edad Moderna, en la lucha entre la Liga Suaba y el ducado de Württemberg, ilustrada sobre un fresco inconfundible de amoríos, lealtades y traiciones. La pintura heroica de Ulrico I reconquistando Stuttgart o el testimonio nacional cifrado en la inclusión de algunas muestras dialectales, contribuye ron a rotular en letras de molde las iniciales del joven escritor. En otro orden de cosas, solapadamente Hauff volvía a sugerir una crítica literaria. Si antes se mofaba de los excesos de un escritor actualmente desconocido, ahora subraya con su homenaje en *Lichtenstein* a un autor que se ha convertido en universal.

1827, tras la publicación de su *Almanaque* correspondiente, vería en las calles la segunda entrega de los *Extractos de las memorias de Satán* y unas *Fantasías en la cantina municipal de Bremen*, donde la óptica observadora y suave humor de Hauff quedan realzados con el pretexto de unos recuerdos de viaje.

Nouvellen, *sus novelas cortas*

En cuanto a las novelas cortas, las seis perlas de *La mendiga del Pont des Arts*, *Süss, el judío*, *Othello*, *La cantante*, *Los últimos caballeros de Marienburg* y *Retrato del Emperador* se publicarían póstumamente en 1828, reunidas en tres volúmenes bajo el título genérico de *Novellen*, aunque las más hubieran aparecido aisladas en prensa y alguna colección[82]. El tono general es de un cierto sentimentalismo que rehuye la extremosidad, acorde con el gusto de la burguesía receptora; pero no por ello deja de acusar aquí y allá rasgos de cierto atrevimiento, como la lucha entre razón y superstición en *Othello*, donde tras cada representación de la ópera de Rossini en un indeterminado ducado alemán, fallece un aristócrata; la visualización romántica de la pobreza en *La mendiga del Pont des Arts*, una de las vivas impresiones de su periplo parisino; el escrúpulo religioso en las relaciones amorosas en *Süss, el judío*; y, particularmente, un curioso eco de la ambigua relación de Württemberg en los conflictos con Francia en *Retrato del Emperador*, donde un alemán que profesa un encarnizado odio a Bonaparte y, por extensión a todo lo francés, descubre finalmente, gracias a un retrato, que el joven capitán que años atrás le salvó la vida y que suponía la única excepción de su odio, es el mismo Napoleón.

Enfilemos ahora un escueto acercamiento a sus relatos, no sin antes detenernos en describir mínimamente la tradición de cuentística moderna a la que pertenece.

Una cadena de cuentos hasta Hauff

Es gracias al saludable ejercicio de la curiosidad, el interés por la lengua vernácula y sus manifestaciones orales, como complemento ingenuo y no menos humanista a la cultura académica, el que maestros renacentistas como Erasmo o Mal Lara estudiaran y recopilaran los refranes populares, vertiéndolos al latín o glosándolos a la manera de vehículo erudito. Estamos en el siglo XVI, que ve editar en nuestro suelo el *Lazarillo*, con su sabor casi documental, o *El buen aviso y portacuentos* de Timoneda (editor para más señas de romances viejos), donde dichos y cuentos populares, como el de la «lechera», se cosen al «escribir como pronuncio» del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, y van a enlazar con la exuberancia de expresiones populares de Sancho en el *Quijote*. Probablemente, el libro *El cuento de los cuentos* del italiano Giambattista Basile (publicado entre 1634 y 1636) no es sino otra derivación barroca de esa tendencia, con todo lo que supone de «vuelta de tuerca» del nuevo estilo respecto al precedente. Basile recoge los relatos populares que se narran y vocean en las plazas, los reproduce en su mismo dialecto napolitano a la par que los distorsiona como lo haría un Quevedo, a fuer de un humor implacable, articulado con maneras escatológicas, invenciones lingüísticas, expresiones más groseras que vulgares e hipérboles. Libro que gozó de animada vida editorial en los primeros años (titulado también *Pentamerón* por su semejanza estructural con la obra de Boccaccio, cincuenta cuentos relatados en cinco jornadas), perdió pujanza conforme el propio dialecto fue cayendo en desuso, y, a decir verdad, sólo encontró o reencontró al lector italiano con la presentación y traducción de Benedetto Croce en 1924. Esta aparente divagación tiene sentido si consideramos *Lo cunto de li cunti* como la primera colección europea de cuentos de hadas en lo que a rescate y elaboración artística se refiere; no en vano, en el apéndice crítico de los *Cuentos de niños y del hogar* de los Grimm (tercer tomo, 1822), se ha de destacar esta preeminencia. La mención oficia de reclamo que impulsa la traducción del libro en Europa, sobre todo en Alemania e Inglaterra, mientras que un colega y amigo de Jakob Grimm como Clemens Brentano refundirá parte del relato-marco y algunos de los «enmarcados» de Basile en sus *Cuentos para niños* o «italianos», publicados póstumamente por Jakob Görres en 1847. Y merece la pena hacer hincapié en el concepto de «refundir», ya que aunque las fábulas de «Cenicienta», «La Bella Durmiente»

o «El gato con botas» habitan ya en el tesoro napolitano bajo otros nombres y disfraces, su tono no es precisamente el adecuado para receptores infantiles (por ejemplo, el hecho de que en «La gata Cenicienta» de Basile, la heroína asesine a su madrastra siguiendo el consejo de su maestra).

La literatura francesa

Pero a Grimm y Brentano los hemos de recibir más adelante, en las latitudes en que interesa fijar a Hauff. Porque para hablar con propiedad del nacimiento de una literatura feérica para uso indistinto de adultos y niños, es obligado desplazarse a la Francia del Rey Sol y a los gustos cortesanos imperantes, empezando por los del propio monarca y su ministro Colbert. En un delicioso artículo sobre *Madame* d'Alnoy (recogido en *Baldosas amarillas*, Madrid, Celeste, 2001), Luis Alberto de Cuenca trae a colación la nostalgia de Luis XIV por los relatos fabulosos que le contaban sus nodrizas, y el interés de su factótum por recibir a aquellos que le regalaran con narraciones del estilo de «Piel de asno». Pero la visita más asombrosa sería la del diplomático y arabista Jean Antoine Galland, encargado de enriquecer el Gabinete y Biblioteca colbertianos con objetos y documentos orientales, a su regreso de Estambul con el manuscrito árabe de *Las mil y una noches*, que iba a traducir y publicar entre 1707 y 1717; este suceso contaminaría la corte de arabescos y viajes fantasmagóricos, narrados por Scherezade, la genuina maestra del suspense. Pocos años atrás, en 1697, un hombre de confianza de Colbert, el académico Charles Perrault, se decide a publicar, si bien con el recurso de firmar con el nombre de uno de sus hijos, unos *Cuentos de antaño*, ocho prosas (con moralejas obligadas, rebajadas con algo de humor) donde se desliza por primera vez en negro sobre blanco «Caperucita roja» y comparecen «La Bella Durmiente», «Cenicienta», «El Gato con botas» o «Pulgarcito»; todo tras la publicación de un trío de cuentos en verso tres años antes, entre los que se riza en rimas «Piel de asno», tal vez a petición de Colbert. Podría decirse que en las postrimerías del Absolutismo francés, en el ambiente del «Gran Siglo», se extiende con rapidez una auténtica epidemia de hadas. Perrault, que con bastante probabilidad desconocía la obra de Basile, recicla relatos de la tradición popular europea adaptándolos con atavíos galantes, pero él, que en la polémica entre Clásicos y Modernos, frente a Boileau, defiende la última causa y exhibe en el mismo año de sus primeros cuentos una *Apologie des femmes* (esas damas que acceden por primera vez a cierto protagonismo cultural y que, como es lógico, se sitúan en dicha partida), debe intuir que a ellas corresponde la responsabilidad de difundir un género que contaría con más de invención que de recopilación. *Madame*

D’Alnoy oficiaría de pionera, la incansable polígrafa que contribuye a la fijación de la fórmula con colecciones como *Cuentos de hadas* (1697) y *Nuevos cuentos o las hadas a la moda* (1697), toda una declaración de principios. Entre los mojones más significativos de la corriente destacan *Madame* de Villeneuve, quien en sus *Cuentos marinos* (1740) introduce la primera versión, extensa en demasía, de *La bella y la bestia*, y *Madame* Le Prince de Beaumont, dispuesta a adaptar, reducir y fijar la historia tal como se ha popularizado, a raíz de su inclusión en el *Magasin des enfants* (1756), donde entre los argumentos en que no sigue a De Villeneuve destaca el que la transformación final del personaje suceda tras la noche de bodas.

El «eterno femenino»

La «Grandeza» de Francia por tanto se alivia, descansa en lo pequeño; Versalles, la corte y sus circunstantes se decoran y se afanan en ese gusto. El Rococó difumina la gravedad y perfila motivos con alas de cupidos en la decoración (la otra «corte», la de Venus, la de la mujer ilustrada e ilustradora) y con alas de hada en la literatura. El «eterno femenino» regenta y domina los salones donde se comunican noticias, rumores volátiles y, ¿por qué no?, nuevos cuentos. *El Gabinete de las hadas*, majestuoso compendio de Charles-Joseph de Mayer, publicado entre 1785 y 1789, supone de algún modo el resumen y corolario de esta fiebre, aun que no, desde luego, del subgénero. Pero es que 1789 va a traer consigo otras modas y otras preocupaciones para los cortesanos franceses, ya bien sabidas. Carmen Bravo Villasante, en su prólogo a *La historia del Califa Cigüeña y otros cuentos* de Hauff (Palma de Mallorca, José. J. de Olañeta, 1988), anota, sin precisar, que alguna narración del württembergués guarda relación con este *Cabinet*. A Hauff le llegó, por tanto, páginas volanderas de dicha tradición cortesana; como también fue un soplo femenino, el de la señora de Hügel, el que le persuadió para publicar los cuentos con que había fascinado a sus hijos.

La literatura popular alemana

Pero dejemos ahora Francia y sus momentos inciertos y sumerjámonos en las brumas germánicas y el remozamiento de sus expresiones folclóricas, que los efectos de la Revolución de 1789 y su proyección napoleónica colaborarían a estimular. Si hay una conexión alemana con la materia feérica a la francesa es el profesor de instituto I. K. A. Musäus, que, tras anudar unos cuantos relatos de «amas de cría» en los *Cuentos populares alemanes* (1782-1787), va a reforzarlos cargando las tintas maravillosas, convencido de que la nueva corriente de hadas podría suponerle un negocio rentable. Pero la mala fortuna persigue al maestro y ni el resultado le libró de su indigencia ni acertó con la

moda, aparte de que el caprichoso destino decidiera su fallecimiento en el mismo año de la publicación. Un lector ocasional de sus relatos iba a ser Johann Gottfried Herder, quien le dedicaría una necrológica compasiva y amable. Ese discurso levanta a la vez acta de desahucio de aquella perspectiva, pues el modo de enfrentarse a las tradiciones folclóricas por parte de Herder resulta rigurosamente opuesta; él, como sus amigos Goethe y Schiller, avanza por la antesala del romanticismo, y su aliento y opiniones son los que van a influir en los siguientes antólogos. El nuevo acercamiento a las expresiones populares diferirá del humanismo renacentista en virtud de un idealismo que bebe del mito; en la primera parte de *Sobre el origen del lenguaje* (1772), Herder argumenta que el lenguaje humano en sus inicios supone la poetización del natural de todas las criaturas, un diccionario de almas, un incansable fabulador, poesía en sentido lato. De ahí que las muestras, los fósiles vivos que el filólogo ha de reunir sean bien baladas, canciones populares o remotas fábulas transmitidas de generación en generación. En parejo sentido de correlación de ambos géneros, Novalis, en uno de sus fragmentos, considera el cuento como *canon* poético, de donde se desprende que la poesía ha de participar de su esencia. La segunda generación romántica añadiría el ansia por desenterrar de ellos insignias nacionales, raíces que como la de la mandrágora (uno de los tópicos de las leyendas) se expresen. Cuando Jakob Joseph Görres, crítico contra Napoleón desde su tribuna en *El Mercurio Renano* (1814-1816), saca de la imprenta los *Libros populares alemanes* (1807), está poniendo en práctica todos estos supuestos; leyendas, poemas épicos de los siglos XV y XVI se presentan, se sintetizan, se vulgarizan; los héroes germanos resucitan en el mismo prólogo. La empresa está dedicada a Clemens Brentano, entusiasta intermediario que le transfiere los documentos de la mina en que están escarbando los Grimm y que, junto a Ludwig Achim von Arnim, aristócrata prusiano no menos «bonapartófobo», anda recopilando en tres volúmenes (*El cuerno maravilloso del zagal*, 1806-1808) un rimero de cantos populares donde no faltan las nanas ni sobra el poso de las viejas virtudes, lejanas consejas anónimas, subrayadas por comentarios eruditos. Utilizando el mismo sistema de exégesis y documentación oral, extremándolos si cabe, los hermanos Jakob y Wilhelm Grimm exploran y reproducen la materia del cuento germánico, con pretensiones más puristas y mínima intervención (fieles a la letra y el espíritu de Herder), en otra obra tripartita (*Cuentos de niños y del hogar*, 1812-1822) que se erige no sólo en documento de una tradición que se intuye en peligro, sino también de una gesta cultural principiada en el período de la humillada

Prusia que ha sufrido la ocupación y reacciona contra Francia, y concluida en su primera versión tras el Acta Final de Viena. Sin embargo, en estos cuentos alemanes igualmente transitan Blancanieves, la Bella Durmiente o Caperucita, declarando su universalidad. Al margen de recopilaciones posteriores más o menos plausibles, es esta antología de los célebres hermanos la que crítica y público han asimilado como *summa* del cuento folclórico, y con mucha mayor ventura en la circulación que el *Gabinete de las hadas*, menos palpitantes pese a todo. Prescindo de aludir aquí al cuento fundamentalmente artístico a lo Hoffmann, cuya producción entre 1815 y 1821 se documenta casi por completo en el paisaje interior y en las voces del propio abismo, la cara oscura de la cuentística romántica que a los niños no es preciso mostrar. Pero sin llegar a ese grado de sabia turbación, tanto Ludwig Tieck, en el primer grupo romántico, como el propio Von Armin y Josep von Eichendorff más adelante (incluso, los hijos de la emigración francesa, el citado Fouqué y Adalbert von Chamisso) brindarán unas narraciones de propia cosecha que no buscarán al receptor infantil (tampoco lo perseguían primordialmente Grimm o Görres), sino un lector romántico, aficionado a las licencias entre realidad y fantasía, las sombras espectrales y la dimensión incomprensible de una naturaleza y un pasado de improviso fabulosos. Los sugerentes títulos de Tieck, *El monte de las runas* (1802); Von Armin, *Isabel de Egipto* (1811); o Eichendorff, *La estatua de mármol* (1819), manifiestan con su éxito este bizarro gusto.

La «Escuela Suaba»

En el ocaso del período romántico alemán, aun con el dudoso didactismo de esta aseveración, se sitúa tradicionalmente a la «Escuela Suaba», relacionada con los nombrados Uhland y Schwab. Son seguidores de Brentano, Grimm y Görres en cuanto al estudio, hallazgo y restauración del humus folclórico, especialmente en los restos de la delicada transmisión textual. Uhland adquirirá renombre en la recreación de las baladas medievales, con especial interés en los gestos patrióticos, el estatus cuasimágico del trovador y un uso de lo maravilloso que viaja de lo sugerente a lo humorístico; pero sobre todo gracias a la áulica ornamentación del pasado, donde los héroes nacionales se vuelven más míticos si cabe, pero también próximos a costa del empleo de la anédota, como en *El espino blanco del conde Eberhard* (1811) o *El copero de Limburg* (1816). Schwab compondrá igualmente baladas según este estilo, aunque también divulgará antiguas leyendas en otros *Libros populares alemanes* (así titulados en su segunda edición) entre 1836 y 1837. Ambos serán amigos de Hauff, más

veteranos que él, pero al que sorprendentemente deben sobrevivir. Schwab editará la obra completa de nuestro autor en 1830, como herencia de un artista que había recreado, más que restituido o imitado, motivos y substratos heterogéneos de las obras de narrativa menor de las que había sido testigo en tan breve segmento de tiempo. Lector esponjoso, fue cautivado a la vez por las leyendas regionales y los miríficos apólogos de Oriente, y así en cierto modo, determinado a seguir esos modelos con un insólito componente de mezcla, conjunción y libre gusto difícilmente repetibles.

Los cuentos en Almanaque

El sigiloso recurso con que introduce Hauff la primera entrega de sus relatos infantiles resulta tan ingenioso como sorprendente. El *Almanaque de Cuentos para 1826, para hijos e hijas de clases cultas* se abre con un preámbulo simbólico, «La Narración Almanaque», según el cual la reina Fantasía, a fin de impedir que su hija («Narración» o «Cuento»), caída en desgracia a consecuencia de un cambio de modas, sea interceptada por la censura de unos «guardianes inteligentes», la disfraza con las trazas del «Almanaque»; de esta guisa, algo vergonzosa para la princesa, confía en que podrá burlarlos. Sin embargo, los vigilantes la descubren, si bien la niña, ni corta ni perezosa, defiende su lugar en el mundo con los vaporosos argumentos de «figuras multicolores, caravanas con hermosos corceles, caballeros con lujosos atavíos, tiendas sobre la arena del desierto, pájaros y naves en procelosos mares, bosques tranquilos y plazas, y calles populosas, batallas y nómadas pacíficos»; relación tan poco digna de alarma acaba por dormir a los censores, momento en que, con la animosa ayuda de un padre cómplice, atraviesa el umbral.

El papel que juegan estos cuentos

Se trata, desde luego, de un prefacio elocuente. El asunto es comprender qué nos quiere mostrar. De sobra sabemos que estos cuentos gozarían de estimación y éxito, y que en los años treinta aún se publicarían colecciones fabulosas. Entonces, ¿qué papel jugaban esos guardianes inteligentes?, ¿un simple cambio de moda justificaba esta introducción transversal? Puede que la causa responda a cierto cierre de filas en el radio de acción de la censura de Metternich sobre la prensa, publicaciones y actividades juveniles a partir de 1820, tal como recordé más arriba, y al dominio del criterio de universalidad liberal sobre el de la fiebre de las particularidades nacionales que habían conducido precisamente ensayos, poemas y cuentos. Tal vez por ello «Narración» despliega unos atributos caracterizados por lo lejano, lo exótico y la tranquilidad de los bosques, en un catálogo que me he permitido

reproducir, ya que sintetiza cumplidamente los lugares comunes de la cuentística de Hauff. No es arriesgado aventurar una segunda conjetura respecto a la «coartada» del disfraz del *Almanaque*, que se dice dirigido «a hijos e hijas de clases cultas» (cultura es aquí equivalente a instrucción). Como es obvio, Hauff no está practicando ahora malas artes «clasistas» (en 1826 Marx apenas tenía ocho años), aunque desde nuestra actualidad así parezca. No está siendo «selectivo», sino acariciando «la moda»; conviene destacar que el famoso *Morgenblatt*, del que nuestro autor se hará cargo un año después, goza de un apéndice semejante: *Periódico de la mañana para clases cultas*. Carezco de la información que permita relacionar un medio con el otro; mas es posible deducir que en los tiempos en que se extiende por toda Alemania la doctrina pedagógica del estadista prusiano Humboldt, basada en un espíritu neo-humanista que tan determinante sería en la mejora educativa de todos los estratos, hasta el punto de propiciar la mano de obra más instruida de Europa, sintagmas como el citado y otros similares no serían extraños en medios de comunicación de gran tirada o que evitaran caer en sospecha.

Proliferación de los Almanaques

No deja de llamar menos la atención el empleo de la forma «Almanaque», que a la princesa le resulta algo indigno, aunque lujoso. Habría que recordar que este tipo de publicación responde en realidad a otro subgénero incubado en los salones del Siglo de las Luces, y que nada tiene que ver con los más habituales (calendarios y predicciones climatológicas al uso), aunque de ellos derivaran tal vez por corrupción o hallazgo rococó. Pionero en la carrera de estos anuarios temáticos fue el galo *Almanaque de las Musas* (1765), florilegio de las composiciones de poetas nuevos, correspondientes al año anterior, y cuya fama condujo a la edición de un homónimo alemán cinco años más tarde. No dejó de haber «almanaques» teatrales, musicales, históricos, etc., a manera de resúmenes descriptivos o receptores de las obras; y ni siquiera tótems como Goethe y Schiller escaparon a su vehículo bien a causa de litigar en polémicas literarias, bien con el fin de divulgar alguna de sus piezas como *La novia de Corinto*, o *El guante*, respectivamente, en el *Almanaque de las Baladas* durante el último lustro del siglo XVIII. Aún «almanequearían» Wilhelm Schlegel, Tieck o Novalis en los primeros años de la centuria siguiente, sin que se pueda decir que el canal conociera después mayores momentos de gloria, al menos hasta Hauff. De ahí tal vez que la princesa «proteste demasiado», no por considerar que haya de compartir viaje con compañeros prosaicos y plebeyos (los guarismos del día a día, los

pronósticos) que no era el caso, sino posiblemente porque se sometía a un transporte ya en decadencia.

La estructura

En cuanto a la estructura, constatemos que el fallecimiento de Hauff dejó el número de sus almanaques en un reparto canónico de tres. Cada uno de ellos responde a una fórmula fija: A partir de un relato-marco donde por diversas circunstancias se reúne un grupo de personas, se van desgranando a través de distintas voces las correspondientes historias: seis en el primero; ocho en el segundo (aunque sólo cuatro sean de Hauff); y otros cuatro en el tercero (a pesar de que la holgada extensión de «El corazón frío» y su división en dos partes sugiera la equivalencia con dos relatos). Hay que decir que el «relato-marco» no se conforma en ningún momento con ser mero soporte del retablo, sino que puede complicarse con la historia de alguno de los cuentos, en beneficio de la sorpresa final del lector. Igualmente, en estas molduras Hauff se afana por demostrar la utilidad de las fantasías (tal vez pensando en el celo de padres y «guardianes» instruidos): Son amigas del descanso de la jornada («La caravana», primer *Almanaque*); mitigan la tristeza («El jeque de Alejandría y sus esclavos», segundo *Almanaque*), y ayudan a mantenerse alerta cuando es preciso no dormir («La posada de Spessart», tercer *Almanaque*); pero con ello no hace sino aludir a una tradición proverbial (como bien data Juan Vernet en su edición *de Las mil y una noches*, en el argumentar del *Libro del índice* de Muhammad b. Ishaq b. al-Nadim, de pleno siglo x, se cuenta cómo Alejandro Magno gustaba de escuchar estos cuentos nocturnos para no romper su vigilia). Con relación a los temas, puede observarse una singular simetría en los tres conjuntos. Si en el primero domina la materia orientalizante (con la mínima excepción de que en «La historia de la mano cortada» parte de la trama transcurre en Florencia), remitirá en el segundo, donde hay paridad en la representación de los cuentos de carácter árabe y los de asunto europeo, aunque el marco continúe siendo oriental; y prácticamente desaparecerá en el tercero; aquí la proporción es inversa a la del de 1826, pues salvo «La suerte de Said», el resto de relatos, incluyendo el marco, se sitúan en la Europa legendaria. A simple vista cabe colegir que el autor, al que imaginamos impactado con la traducción alemana de 1823 de *Las mil y una noches*, acusaría un fenómeno de causa-efecto que explica la primacía de este influjo en el primer Almanaque, pero declinante en los otros. Hauff, devorador de libros y grafomaníaco, capaz de remedar a Heun y de rendir tributo a Scott, queda prendado del hechizo de Scherezade, aunque no es su testimonio el de un simple y feliz imitador; sus cuentos

«orientales» dan alguna vez la sensación de palimpsestos, pues enlazados con los motivos exóticos se enredan los de la tradición europea. Es una ingeniosa amalgama que apunta a una concepción abierta y mestiza del cuento. ¡Qué mayor fidelidad a la misma esencia del género! Algunas de estas combinaciones pueden rastrearse en y entre líneas de la primera colección.

El protagonismo del primer Almanaque

Su contenido ha sido sin lugar a dudas el más divulgado. Ya a mitad del siglo XIX se encuentran traducciones en Inglaterra y Francia con el traslado del título del relato-marco: *The Caravan* o *La caravane* (en España habría que esperar a los primeros años del siglo XX, bajo títulos alusivos al primer cuento: *El Califa Cigüeña*). Este curso favorable se debe a la fama en Alemania de estas piezas exóticas, descritas y narradas con admirable facilidad, y a que la relación entre las partes resulta mejor trabada que en los otros; también, por si fuera pequeño mérito, en virtud de un personaje misterioso, a medio camino entre el caballero y el maldito, con el poderoso nombre de Orbasán.

El relato-marco describe el viaje de una caravana de cinco mercaderes que regresa de una visita a La Meca a través del desierto; la comitiva se cruza con un jinete ricamente vestido y de aire señorial, Selim Baruj, que dice haber escapado de unos bandoleros y que les pide lo acepten en su compañía hasta Bagdad con la promesa de recompensarlos, ya que es hijo del Gran Visir. Pronto se gana la confianza del grupo, y al escuchar las quejas de tedio del comerciante más joven, propone distraer las horas de descanso con el arte del relato. El propio Baruj inicia la ronda con la «Historia del Califa Cigüeña»; al día siguiente tomará el relevo el anciano Ahmed con un recuerdo de su vida, no menos fantástico, «Historia del barco fantasma»; otro turno corresponde al huraño Zaleuco con la «Historia de la mano cortada», que se refiere a la suya propia; Leza aportará otro recuerdo, «El rescate de Fátima»; el joven Muley narrará un hecho supuestamente verídico que le confió su padre, «Historia del pequeño Muck»; y por último, Ali Siza preferirá relatar el cuento de la «Historia del falso príncipe».

La presencia de un patrón moral

El colorido vestuario de estas narraciones, la vibrante vivacidad de su prosa, ya las ha disfrutado el lector. Transformaciones mágicas que merced a un verbo latino o la ingesta de higos mágicos entusiasman o castigan a califas y reyes; marinos espectrales; ambiciosos que son capaces del crimen por superar su condición; imprevistos y juegos de identidades que cambian una vida… Todo ello queda tejido con hilos sutiles, musicales, sobre

un evidente patrón moral que castiga y advierte de la codicia, la crueldad, la traición y la vileza, y recompensa «amor fraterno, inteligencia y entusiasmo» (anhelo social expresado en «El rescate de Fátima»). Respecto a lo primero, estos apólogos orientalizantes reproducen dictados de la cuentística tradicional (abundan en *Las mil y una noches* ejemplos de repulsa de los bienes mundanos y de ensalzamiento del espíritu generoso) que sancionan los excesos de los príncipes, pero igualmente las pretensiones impropias de los plebeyos; todo en su sitio y en su medida, perspectiva medieval y burguesa al mismo tiempo. Sin embargo, la fraternidad y el entusiasmo se nos antojan enseñas de un romanticismo en estado puro aún no sofocado por la «moda». Pero es igualmente romántico en su misantropía el «pequeño Muck», el enano deforme con voluntad vigorosa, estragado al fin del contacto con el mundo; y lo es la imponente figura del bandolero Orbasán, quien en «El rescate de Fátima» hace gala de una inusitada nobleza.

Si la «Historia del Califa Cigüeña» y la «Historia del falso príncipe», primero y último de la tanda, son los únicos relatados a modo de fábulas y matizados con cierto humor, la «Historia del barco fantasma» y la «Historia de la mano cortada» resultan los más siniestros; el uno abarca el terror, pues el asesinato de un hombre de espíritu acarrea una maldición ultraterrena a la tripulación; y el otro, de apariencia extraña pero realista, manifiesta en más de un sentido una condición nuclear. Por un lado es el único con final abierto, pues ha de ser completado por la conclusión del relato-marco, y al mismo tiempo, al figurar justo en la mitad de las relaciones, ayuda a componer una estructura geométrica fascinante, un arabesco sólo visible al final. Resumamos brevemente que contiene las peripecias de un médico griego, el mismo narrador Zaleuco, por las evocadoras calles de Florencia; deudor de un módulo de aprendizaje que Hauff va a repetir en otros relatos (pérdida de estatus inicial o muerte del padre, ansia por conocer mundo, fatigas…), el argumento queda enseguida alterado por un acontecimiento radical e inaudito, de apariencia fabulosa (algún ejemplo hay en el modelo oriental; recuérdese la historia de Harum al-Raschid con el joyero —noches 286-294— donde el legendario Califa cree verse a sí mismo y su séquito cruzando el Tigris); en este caso, un desconocido envuelto en una capa roja elige a este recién llegado para proponerle un arriesgado negocio: seccionar la cabeza de su hermana muerta para hacer llegar al menos una parte de sus restos a sus familiares, pero en realidad le complicará en un repugnante crimen, pues la mujer sólo está durmiendo; a partir de aquí los acontecimientos corren deprisa: desaparición del extraño, persecución del médico, castigo público

con la pérdida de su mano izquierda… «El rescate de Fátima» es el cuento que hábilmente tapona la herida de este final inconcluso. Es un relato de corte bizantino (separaciones, secuestros, viajes por mar, confusión de identidades, reconocimiento y reencuentros), pero en realidad se articula para presentar al personaje de Orbasán en su ambigüedad y grandeza, como ayudante del protagonista. Tras dos cuentos algo pintorescos que suavizan la tensión, se cierra el relato-marco. Zaleuco quiere regalar al elegante invitado con un festín, pero quien se le presenta es el sujeto florentino enrollado en la fatídica capa. Es el momento de las revelaciones y el reajuste, pues un cuento se ha introducido en otro: todo es debido a un plan de venganza de un descendiente de la aristocracia francesa, que ha sufrido primero la persecución revolucionaria y más tarde la toma de Alejandría por Bonaparte (estos datos contextualizan de improviso la mayor parte de las historias, que no arraigan en una época difusa, sino que contemporizan con el lector de 1826), y finalmente la traición de quienes han acabado con sus familiares en el exilio. Atormentado por el remordimiento y por el infortunio en que ha sumido al mercader griego, ha dedicado parte de su fortuna a enriquecerle, y ahora ha interceptado la caravana para explicarle sus razones y requerir su perdón, pues el Salim Baruj solicitante de auxilio no es más que un disfraz. Ahora que Zaleuco y el lector han comprendido las claves, queda pendiente el remache tradicional-burgués, el broche perfecto destinado a reintroducir en la civilización al fugitivo conde (rango que se sugiere en «La mano cortada»); no obstante Hauff se reserva otra sorpresa. El huésped rechaza el ofrecimiento porque no es otro que el imponente Orbasán, amo del desierto. Con ello, aparte de impresionar con maestría un cierre, el escritor (más fronterizo de lo que se supone, como Orbasán) descubre los trazos hasta ahora invisibles del arabesco, ligados a la relevancia de este personaje. Es el primero que ha sido presentado al lector en el relato-marco; es el que propone contar las historias y, de hecho, narra la primera; queda introducido en «La historia de la mano cortada» como conde y en «El rescate de Fátima» como Orbasán; se alude a él como peligro potencial (jefe de bandidos del desierto) en un momento del relato-marco, y su voz finalmente cierra el discurso.

Armonía entre dos tradiciones folclóricas, Oriente y Occidente

Hay que reconocer que el hecho de que este bandolero esconda en realidad a un aristócrata galo disuelve algo de su magia; pero por ello es preferible asumirlo como un signo de armonía entre dos tradiciones folclóricas, dos extracciones diversas, Oriente y Occidente. Debajo del bandido racial puede ocultarse un noble, del mismo modo que cabe la

influencia de la materia árabe respira la del folclore autóctono; de ahí que se produzcan destellos felices de antinomias que se resuelven con naturalidad; y no nos produce extrañamiento que un hada socorra a un Sultán («Historia del falso príncipe»); o que un manuscrito oscuro y una palabra mágica en latín sean sinónimos de inteligibilidad para un árabe («Historia del Califa Cigüeña»), ese «mutabor» que es capaz de tramudar naturalezas con la inefable cadencia de su sonido, y donde al margen de su significado convencional de futuro en pasiva de *mulo* («seré cambiado») notamos cómo su líquida final refuerza la palabra en el plano de la impresión; su silabeo sugiere la fuerza enigmática de un conjuro. En resumen, un niño puede no saber qué significa *mutabor*, pero al mismo tiempo no olvidarse jamás de la palabra, que es probablemente lo que pretendía Hauff: Descubrirle su hechizo, la magia en sí misma.

El segundo Almanaque

El siguiente Almanaque presenta, ya hemos dicho, elementos de transición, visibles en el equilibrio entre historias orientales y europeas: «El enano narizotas» y «El mono hombre» pertenecen a este grupo, y «Abner, el judío que no había visto nada» y la «Historia de Almanzor», al primero. Destaca frente a su predecesor en la dosificación de lo fantástico, que sólo concierne al primer cuento, y en el menor número de obras originales, compensadas con la presencia de ejemplos de Gustav Adolf Schöll, James Justinian Morier y los Grimm, sin saber hasta qué punto se trata de iniciativa del autor o de política editorial. En cuanto al relato-marco, en esta ocasión las voces narrativas las transporta un grupo de esclavos que son liberados por el jeque de Alejandría en el duodécimo día del Ramadán, fecha en que fue raptado su hijo por invasores franceses (nueva alusión a la campaña napoleónica en Egipto contra intereses británicos, entre 1798 y 1799). Con esta medida de gracia, practicada un año tras otro, confía en que Alá le devuelva a su heredero, de ahí que la manumisión se engalane con la pompa de una fiesta de recibimiento; la única exigencia impuesta a los liberados es que, como primer ejercicio de hombres libres, narren una historia procedente de sus tierras originarias. Con todo, lo más jugoso de este molde es el contrapunto que dispensa el diálogo de unos muchachos asistentes a la ceremonia con un anciano, y en el que Hauff desliza su poética respecto a la narración breve.

A la manera platónica, pues el sabio va distinguiendo con bisturí cartesiano lo que diferencia un «cuento» de una «historia» (sin que ninguno sea prioritario sobre el otro), y cuál es el secreto por el que estas narraciones

embelesan. La razón es que elevan el espíritu por encima del nivel ordinario y hacen partícipe de su creación al que lo escucha —una visión indiscutiblemente actual—, a tal punto que le sugiere que la fábula puede transformarse en realidad y la realidad en fábula (supuestos que vienen de Novalis). En lo referente a la diferenciación genérica, el viejo es tajante en una máxima que es de una condensación ejemplar: «En los cuentos, lo extraordinario reside en la intervención de un elemento fantástico en la vida cotidiana del hombre; en las historias, sucede algo según las leyes naturales, pero de modo asombroso e inusual»; en los primeros, los protagonistas tienden a ser planos y supeditarse al mecanismo general, y en las segundas, el carácter del personaje es de capital importancia. A este propósito se intercalan en consonancia —en la trama, sendos relatos de dos esclavos— «El pobre Esteban», de Schöll, y «La cabeza guisada», de Morier. No son de todos modos autores familiares para el lector español, especialmente en el primer caso; de la obra de Morier sí hay alguna traducción de *Las aventuras de Hadjí Babá de Ispashán* (1824), novela «picaresca» con que el escritor diplomático renovó en Europa el interés por Persia, y en cuyo capítulo XLV se narra el periplo de esa cabeza cercenada que de forma imprevista pasa a través de varias manos inocentes: un sastre, un barbero, un panadero y un griego, todos temerosos de que se les atribuya el crimen. Inspirada en la historia de *El jorobado, el judío, el superintendente y el cristiano* (noches 25-32), donde el molesto equipaje es un cadáver completo, resulta el ejemplo favorito de Hauff, pues hace comentarla y celebrarla al sabio como ejemplo de «historia», mientras que el anterior, del que se deja suponer su género fantástico, apenas arranca un comentario de aburrimiento de uno de los jóvenes. También en la reflexión de otro de ellos Hauff destaca la serie de aventuras del Califa Harum al-Raschid y su visir Chafar en *Las mil y una noches* como paradigma de tales historias (que no son, como sentencia el sabio, «la peor parte» del libro), haciendo hincapié en cómo brujuleando de incógnito fuera de palacio, los protagonistas son testigos de sucesos extraordinarios que después revelan su normalidad; es también un modelo de «carácter» que fascinaría a otro escritor, Robert Louis Stevenson, en cuyos personajes de la primera parte de *Las nuevas Mil y una noches* (1882), el príncipe Florian y el coronel Geraldine, así como los acontecimientos en que se ven envueltos, se trasluce el homenaje a esta fuente concreta. Los últimos cuentos «extra» del *Almanaque* corresponden a la colección de Grimm, donde el más conocido es «Blancanieves y Rosarroja», variante que cuenta con un enano a guisa de adversario y con un príncipe hechizado en oso como adyuvante, es decir, más

próxima a los motivos de *La bella y la bestia* que a los del popular de la princesa y los hombrecillos del bosque.

«El enano narizotas», la excepción frente al prototipo

El especial relieve de esta acepción de «historia» en el relato-marco cohonesta con el hecho de que la mayoría de las narraciones de Hauff en este conjunto correspondan a su prototipo, a excepción de «El enano narizotas». En compensación, este resulta ser un relato maravilloso admirable, una conjunción de no pocos recursos del folclore que el autor combina con soltura y que hubiera interesado a un formalista como Vladimir Propp en el caso de no ser un cuento artístico. En él están representados los mitemas del joven que ha de superar penosas pruebas, la maldición de un hada negativa («maga-raptora», por seguir la terminología de Propp), el viaje al trasmundo representado por la casa de la bruja, con no pocos símbolos mortuorios («… el techo era de mármol, y las paredes y los utensilios del ébano más bello») o el objeto mágico (el silbato de la hechicera). En el plano del «mensaje» se aprecian los valores de la superación de una desgracia sobrevenida a través del empeño y la solidaridad (la ayuda de la hija de un mago metamorfoseada en oca, y que ejerce aquí una función similar a la de la lechuza en la «Historia del Califa Cigüeña»). Tanto «Abner, el judío que no había visto nada» como «El mono hombre» descubren rasgos de comicidad que aligeran esta zona central en beneficio del interés de los comentarios intercalados del anciano y los jóvenes; el primer cuento, por encima de manidos perfiles peyorativos que alguna vez se encuentran en *Las mil y una noches*, ofrece un ejercicio de «ciencia deductiva» que se adelanta a los hallazgos de Sherlock Holmes; mientras que en el segundo se desarrolla una sátira contra la decadencia del comportamiento de los jóvenes y el esnobismo social en una pequeña ciudad alemana, so pretexto de la broma de un forastero. El último relato, «Historia de Almanzor», se liga al argumento del relato-marco, pues no es sino la relación de los avatares del hijo del jeque tras su rapto, y el descubrimiento del muchacho, el mismo orador, ante su padre. Al margen de los ingredientes de novela bizantina que reviven en otra prosa de Hauff, tal vez lo significativo sea la introducción de Napoleón Bonaparte en modo parecido a como se significa en la *nouvelle* de *El retrato del emperador*. Las únicas muestras de amabilidad que recibe Almanzor en la primera parte de su cautiverio en Egipto las recibe de un joven general, al que años después encontrará en Francia sin saber que se trata del nuevo emperador; así, su reconocimiento irá acompañado de un rápido auxilio para que pueda regresar a su patria. No es difícil adivinar en ello el delicado

equilibrio de un narrador que ha de manifestar una reacción contra la expansión del ejército francés como enemigo (ya patente en la peripecia de Orbasán) en el nuevo estado de cosas, pero que no puede reprimir el fervor romántico hacia una figura de innegable «carácter», aun con haber sido su motor visible.

Cuentos póstumos: el tercer Almanaque

El *Almanaque* que Hauff preparó para 1828 y no llegó a ver impreso se distingue del anterior en que a excepción de «La leyenda del florín del ciervo», el resto de las narraciones («El corazón frío», «La suerte de Said» y «La gruta de Steenfoll») entran en la categoría de «cuentos» según la diferenciación aludida, además de no forzar a competir ante la atención del lector relatos propios con ejemplos ajenos; así como diverge del primero en tanto priman los motivos de la tradición europea salvo en el caso de «La suerte de Said». El relato-marco, «La posada de Spessart», se ambienta en el noroeste de la región de Suabia, por tanto en coordenadas alemanas, y si bien no es atravesado por ninguno de los cuentos, como sucedía con sus predecesores, los supera en acción y complicación argumental, aunque los siga en el esquema de concitar varias voces narrativas y de dibujar comentarios sobre la poética del cuento.

El relato-marco contiende con los relatos que enlaza

Con los mimbres funcionales de un relato-marco, Hauff arma aquí una «historia de aprendizaje» que contiende en interés y calidad con los relatos que enlaza. Un resumen de su contenido evidencia el talento con que resuelve su trama sin renunciar a lo segundo. Recordemos a esos dos caminantes, un orfebre y un herrero (caracteres gremiales que nos retrotraen a la Edad Media) a los que la noche sorprende en un camino umbrío, célebre por las emboscadas; encuentran una posada donde coinciden con un estudiante y un cochero; el grupo sospecha de la buena fe de los dueños, así que deciden pasar la noche en vela con la ayuda de relatos estimulantes. El primero será «La leyenda del florín del ciervo», evocación suaba de remotos tiempos, donde en la escenificación de una disputa entre derechos linajudos, vuelve a focalizarse el triunfo de la virtud sobre la codicia; sigue «El corazón frío», otro paradigma de argumento iniciático que queda interrumpido por la llegada de nuevos forasteros —un tanto a la manera de la venta hospitalaria de la primera parte del *Quijote* (la suspensión de la lectura de *El curioso impertinente* por el lance de los pellejos de vino, los viajeros que se van sumando al grupo…)—, que no son otros que una condesa con su dama de compañía y un herrero a quienes un hombre del camino ha aconsejado que

pernocten en la venta en previsión de peligros. Con esta noticia arrecia el temor de que se anda planeando un asalto, por lo que se vuelve a la estrategia del «cuentacuentos» con «La suerte de Said» y, a fin de alejar más el sueño, la estremecedora historia de «La gruta de Steenfoll». Pero a su conclusión irrumpe en la posada una banda de ladrones que buscan secuestrar a la dama; los capitanea un gentil individuo, movido por el infortunio a este tipo de vida (una variante morigerada de «Orbasán»), por lo que concede a la condesa un tiempo para prepararse. El grupo decide que el joven orfebre ocupe su lugar disfrazado con ropas femeniles, de modo que, acompañado por el cazador y el estudiante, cabalga con los forajidos hasta su campamento (allí concluirá «El corazón frío» para atenuar la tensión). A partir de entonces se precipita el desenlace. El conde, alertado por la condesa y la comitiva, dirige su tropa hacia el bosque; mientras, el jefe de los raptores, arrepentido, comunica a los secuestrados que los ayudará a escapar con otro procedimiento de camuflaje a cambio de que intercedan por él. El final feliz no se hace esperar. En el palacio del conde, el joven orfebre no sólo será correspondido por la gratitud sino reconocido, gracias a unas joyas, como ahijado de la condesa. En cuanto a la solución del personaje del capitán de los ladrones, que acaba rehabilitado al servicio del rey de Nápoles, se observa otra variación de «Orbasán», aunque aquí con un broche más a tono con las expectativas burguesas y, ¿a qué negarlo?, las exigencias habituales del género.

«La suerte de Said», el relato «extraño»

El relato «extraño» en esta última colección es, curiosamente por su argumento árabe, «La suerte de Said», y con no menos sorpresa reproduce en ciertos puntos el cuento —en su sentido engañoso— que Orbasán refiere a los mercaderes al inicio de «La caravana». Un muchacho que deja su Basora natal, camino de la Meca, es asaltado en el desierto por unos bandidos cuyo jefe, un tal Selim —¿una coincidencia inconsciente?, recuérdese que es el nombre fingido de Orbasán—, se muestra generoso y compasivo frente a la fiereza de sus secuaces, que acabarán por desatender sus órdenes y abandonan al infeliz en el mar de arena. En adelante se pone en funcionamiento una cadena de hechos que recorren la fortuna de su rescate por un viejo mercader, el infortunio de que éste lo maltrate en Bagdad, la visita de su hada protectora, el éxito en un torneo, la amistad con el Califa Harum al-Raschid —que Hauff introduce como máximo homenaje a las *Noches*— debido a un arriesgado acto de valentía, la ineptitud de sus funcionarios que condenan a Said al destierro marino (segmento paralelo al de Salim y su banda), su naufragio, su salvación mediante un silbato mágico

donado por el hada, y su regreso a la corte del Califa, quien lo reconoce por el anillo que le regaló tras defenderlo en uno de sus paseos nocturnos. Se aprecian por tanto no pocos lugares comunes de los cuentos de hadas, tal como acontece en otras historias de Hauff, pero ligados con tal seguridad que parecen nuevos. Unas gotas de ironía actualizan el relato, especialmente al principio, cuando se ponen en duda los relatos maravillosos dentro de uno de ellos.

«El corazón frío», el que mejor enlaza con la tradición leyendaria suaba

Otro ejercicio distanciador se manifiesta cuando, tras cierta desaprobación de los cuentos de miedo en el relato-marco, se argumenta esta impropiedad con un breve ejemplo y a continuación se da paso a «La gruta de Steenfoll (Leyenda escocesa)», propiamente de esa clase. De nuevo Hauff se revela como un hábil creador de atmósferas y personajes, censor de la ambición por la riqueza y conocedor de motivos folclóricos, aquí la envoltura del protagonista en la piel de un animal para descubrir un misterio (evidente huella chamánica que no pasa desapercibida). Queda por último llamar la atención sobre «El corazón frío»; su división en dos partes, al margen de responder a un recurso literario de suspense, sirve para subrayar la importancia de esta narración, una de las más conocidas y reconocidas de Hauff. En él roza la perfección su familiaridad con los tópicos venerables de la tradición: el papel de estas narraciones en la comunidad; la mágica potestad de sus canciones; el camino ritual o ascenso del protagonista, humilde hijo de carbonero, previa internación en el bosque, y su acuerdo con lo maravilloso; el dilema entre bien (el Hombrecillo de Cristal) y mal (Michel el Holandés); su decadencia hasta llegar al crimen de la mujer que lo ama, y su posterior redención; todo, con más fuerza que en los anteriores si cabe, se pinta con tan aparente espontaneidad que podría confundirse perfectamente con esos relatos sencillos y sabios de lejano origen, y prácticamente en calidad de tal sigue siendo hoy día celebrado en Alemania. En un nivel particular, éste es el texto en que el autor más y mejor canta los paisajes y costumbres de su patria chica, la Suabia legendaria, la Selva Negra tan agradecida para las situaciones extraordinarias. En otro más general y pese a cierto regusto burgués empeñado en la alabanza del trabajo modesto y menosprecio del ocio (esos bailes que tan poco parecían agradar a Hauff), ilustra la reacción del romántico contra los poderosos enfermos de riqueza, que no pueden escuchar un corazón que han vendido; a no ser que, como a Peter Munk o más tarde a Scrooge, les sea dada la oportunidad de reparar el error.

para adolescentes y para sus padres

Las edades de los protagonistas de los cuentos que hemos ralamente recordado rondan una edad adolescente, la estación de los «hijos cultos», sus lectores potenciales. Pero resulta evidente que también cautivaron a sus padres, y que volverán a imantar a unos y otros toda vez que torne a asomar en ellos el rostro encantador de la hija de la reina Fantasía. Y ésta es una nueva ocasión para reproducir el hechizo. Al igual que los cuentos de Perrault, de *Madame* Le Prince de Beaumont, de los Grimm, de Andersen, de Wilde, absueltos ya de los usos y coyunturales objetivos de sus inventores y captores, los de los *Almanaques* dominan un solo mundo de referencia, pues de algún modo todos los cuentos caben en un cuento y toda la fuerza de la fantasía en la sugestión de una palabra. A contrapelo de una efímera moda racionalista, Wilhelm Hauff resumió y mezcló elementos de diversas tradiciones de cuentos, que en el fondo algunos saben y otros sospechamos que son la misma, ya que los relatos viajan tanto o más que sus personajes. Son en definitiva la obra de un lector asombrado, que nos contagia su asombro con innegable acierto.

Alfredo Arias

Bibliografía

[1] *El Califa Cigüeña y otros cuentos* (sólo «El Califa Cigüeña», «La libertad de Fátima» y «El falso príncipe»; se especifica en la portada que son «narrados» por Ramón María Terreiro, y ciertamente cabe entenderlos como versiones, pues Terreiro se permite licencias personales en algunos acontecimientos), Madrid, La Lectura, 1916. La primera traducción completa del primer *Almanaque* es responsabilidad de Carmen Gallardo de Mesa en *Cuentos*, Madrid, Calpe, 1920.

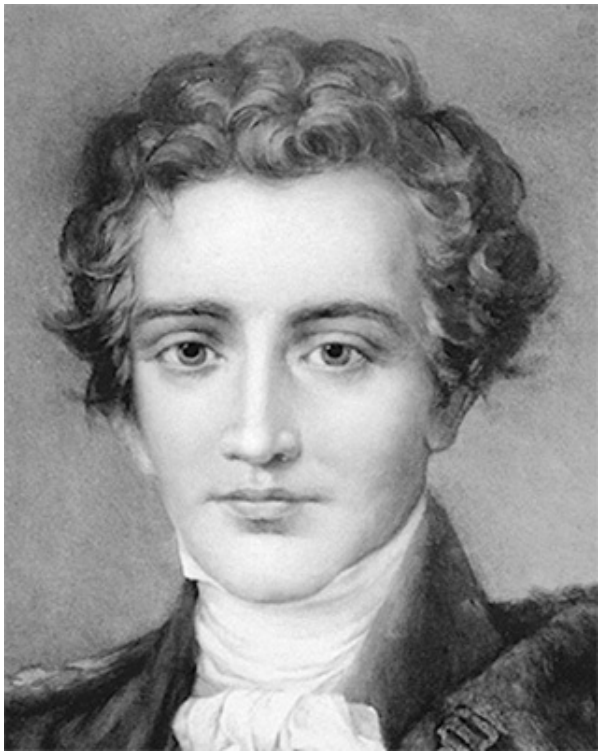
[2] *Corazón de piedra* (suelto, en bilingüe: alemán-español), traducción de María del Carmen Manzanares, Madrid, Alhambra, 1961. La primera traducción completa de los cuentos de los tres *Almanaques* se debe a Elena Bombín Izquierdo en *Cuentos completos de Wilhelm Hauff*, Madrid, Anaya, 1994.

[3] *La cantante* (suelto), no se especifica la traducción, Madrid, Dédalo, (s.a.). *Othello* (suelto), traducción de H. C. Lipp, Astri, Molins de Rei (Barcelona), 2000.

Nota: Se ha ordenado la cronología de las primeras ediciones de Hauff siguiendo las notas de Reiner Schlichting a *Hauffs Werke in zwei Bänden*, Berlín y Weimar, Aufban-Verlag, 1979, t. II; y la descrita en la edición de Casar Flaishen en *Hauffs Werke*, Stuttgart y Leipzig, Deutsche Verlags - Anstalt, 1890; en cuanto a *Der Mann im Monde*, que Flaishen coloca tras *Lichtenstein*, y que incluso alguna fuente sitúa en 1825, he optado por seguir el criterio general de datarla en 1826, antes de la aparición de la otra novela. En cuanto a la data de los *Almanaques*, doy la del año de edición expresa en ellos, aunque su publicación tuviera lugar a finales del precedente, tal como precisa Schlichting. Respecto a las ediciones primerizas de Hauff en España, se han tenido en cuenta los fondos bibliográficos habituales y repertorios como *The National Union Catalog* de la Biblioteca del Congreso de Washington.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1824	*Kniegs - und Volkslieder*.	Canciones de guerra y populares.
1826	*Mährchen - Almanach auf das Jahr 1826, für Söhne und Töchter gebildeter Stände*.	Almanaque de cuentos para el año 1826 para hijos e hijas de clases cultas.[1]
1826	*Mitteilungen aus den Memoiren des Safan, I Teil*.	Extractos de las memorias de Satán. Primera parte.
1826	*Der Mann im Monde, oder Der Zug des Herzens ist des Schicksals Stimme*.	El hombre en la luna o El impulso del corazón y la voz del destino.
1826	*Lichtenstein. Romantische Sage au der wüittembergischen Geschichte*.	Lichtenstein. Leyenda romántica de la historia de Württemberg.
1827	*Mährchenalmanach für Söhne und Töchter gebildeter Stände auf das Jahr 1827*.	Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas para el año 1827.
1827	*Mitteilungen aus den Memoiren Des Satan. II Teil*.	Extractos de las memorias de Satán. Segunda parte.
1827	*Phantasien im Bremer Rathskeller. Ein*	Fantasías en la cantina municipal de Bremen. Un obsequio otoñal para

	Herbstgeschenk für Freunde des Weines.	Bremen. Un obsequio otoñal para amigos del vino.
1828	*Mährchenalmanach für Söhne und Töchter gebildeter Stände auf das Jahr 1828*.	Almanaque de cuentos para hijos e hijas de clases cultas para el año 1828.[2]
1828	*Novellen*.	Novelas cortas.[1]
1828	*Phantasien und Gedichte*.	Fantasías y poemas.



WILHELM HAUFF (1802-1827) nació en Stuttgart, hijo de un jurisconsulto. Tras la muerte del padre, se trasladó con su madre y hermanos a Tubinga. Estudió Teología y Filosofía en esta ciudad, pero sus frecuentes lecturas y un viaje por el Rhin le llevaron por el camino literario. Al tiempo que empezó a escribir, trabajó como tutor de los hijos del barón von Hügel en Stuttgart. Animado por la señora Hügel, Hauff publicó su *primer almanaque de cuentos* en 1826. Este año sería clave para el joven poeta y escritor, pues dejaría su trabajo, viajaría por Europa, y escribiría las novelas Lichtenstein, inspirada en su admirado Walter Scott, *El hombre en la luna*, una parodia de las novelas sentimentales de su tiempo, y la inacabada *Memorias de Satán*, que recuerda a E. T. A. Hoffmann. En todas ellas hay reminiscencias de Tieck, de Jean Paul y de Brentano, los grandes románticos de la época, pero su originalidad da un toque especial a sus creaciones. En 1827 se convirtió en redactor del *Morgenblattes* de Cotta.

Hauff murió unos días antes de cumplir veinticinco años. En 1928 se publicaría su *tercer almanaque de cuentos*, entre los que está «El corazón frío», su pieza más famosa y, según Hugo von Hoffmanstahl, el cuento más hermoso de la literatura alemana. Wilhelm Hauff es tan famoso y admirado en Alemania como Andersen o los hermanos Grimm.

Notas

[1] Publicados en la colección «Laurín» de esta misma editorial. <<

[2] *Almanaque*: Calendario provisto de citas de poesía e ilustraciones que, posteriormente, se convirtieron en la parte fundamental del mismo, renunciándose finalmente al calendario. <<

[3] En alemán, *Märchen*, que significa literalmente «cuento». Es éste uno de los casos en que las lenguas resultan intraducibles: *Märchen* en alemán es neutro, y tiene gran similitud fonética con *Mädchen*, que también es neutro y significa «muchacha». Para que «cuento» se convirtiera en una encantadora doncellita, no quedaba más remedio que recurrir a «Fábula» o «Narración». Ésta última nos ha parecido la menos inadecuada. <<

[4] «Me convertiré en», «seré cambiado». (En latín en el original). <<

[5] De *crotorar*, producir la cigüeña su peculiar sonido al hacer chocar rápidamente la parte superior del pico con la inferior. <<

[6] Religioso musulmán que ha hecho voto de pobreza. <<

[7] Protagonista de una extensa narración de viajes interpolada en *Las mil* y una *noches*. Los siete viajes de Simbad están llenos de aventuras maravillosas en el mar Rojo y en el océano Índico, y algunos episodios presentan sorprendentes analogías con pasajes de la *Odisea*, *por* lo que se ha creído que tal vez existió una versión árabe, actualmente perdida, de esta obra. <<

[8] Para los árabes, los francos eran los habitantes de Francia, a la que llamaban Frankistán, y, por extensión, como verá el lector más adelante, los habitantes de Europa occidental. <<

[9] Antigua moneda germánica de plata. <<

[10] Moneda de oro acuñada en varios estados de Europa, especialmente en Venecia, y que, admitida en el comercio de África, recibió de los árabes este nombre. <<

[11] «Señor». (En italiano en el original). <<

[12] Entre los musulmanes, juez encargado de administrar justicia. <<

[13] En el imperio otomano, persona que obtenía algún mando superior, como el de la mar, o el de alguna provincia en calidad de virrey o gobernador. Hoy es título honorífico en algunos países musulmanes. <<

[14] Gran almirante de la flota turca. <<

[15] Criado de confianza que en las casas de los grandes vigilaba al despensero en la compra de bastimentos. En este caso, se trata del encargado de los esclavos. <<

[16] En la antigua Turquía, el *agá* era un oficial de la corte del sultán, generalmente militar. <<

[17] Jurisconsulto musulmán con autoridad pública, cuyas decisiones son consideradas como leyes. <<

[18] *Bey* era un título que se daba a los oficiales superiores del ejército otomano y a los altos funcionarios de la administración. Este título, inferior al de bajá, se concedía a los gobernadores de provincias y también a los soberanos vasallos del sultán, tales como el bey de Túnez. <<

[19] Noveno mes del año musulmán, consagrado al ayuno, que dura desde el amanecer hasta la puesta del sol. <<

[20] Vestimenta que cubre el cuerpo desde el cuello hasta la mitad de la pierna, sin cuello, abierta por delante, con mangas cortas y usada por mujeres y hombres musulmanes. <<

[21] Miembros de una secta reformista fundada por Muhammad ibn Abdl al-Wahhab en el siglo XVIII, que quería restablecer el islamismo en su primitiva pureza. <<

[22] Natural de Circasia, antiguo nombre de la región situada al norte del Cáucaso. <<

[23] Manantial sagrado junto a la Kaaba, en la gran mezquita de La Meca. Mahoma otorgó el perdón de los pecados a todo el que bebiera de él. <<

[24] Dinastía fundada por Abu-l-Abbás, descendiente de Abbás, tío de Mahoma, que destronó a los califas omeyas de Damasco en el año 750 y trasladó la corte a Bagdad. <<

[25] Hauff no tiene en cuenta que la ciudad de El Cairo fue fundada en el año 640, es decir, ocho años después de la muerte de Mahoma, ocurrida en el 632. <<

[26] «Maldito diablo». (En italiano en el original, al igual que *Santo Sacramento*). <<

[27] Los mamelucos constituían una milicia de esclavos que, desde el siglo XIII, desempeñaron un papel muy importante en la historia de Egipto. Durante la expedición de Napoleón a este país, destinada a cortar a los británicos la ruta de la India, éste ocupó Alejandría el 1 de julio de 1798 y dispersó a los mamelucos en las pirámides el 21 del mismo mes. <<

[28] Los tártaros constituían un conjunto de pueblos de origen turco y mongol que invadieron el occidente europeo en el siglo XII. <<

[29] *Reis-efendi* era, hasta 1836, el título usual del ministro de Asuntos Exteriores de Turquía. Efendi era, además, un título utilizado por los turcos que se ponía detrás del nombre propio y que se daba a los sabios, dignatarios religiosos, magistrados y gente instruida. *Kapidshi-bashi era* el título del supervisor de los kapidshi, es decir, los guardianes de las puertas del serrallo en la corte turca. <<

[30] Pipa para fumar muy usada por los orientales, compuesta de un largo tubo flexible, de un recipiente en que se quema el tabaco y de un vaso lleno de agua perfumada, a través de la cual se aspira el humo. <<

[31] Mixtura hecha con el fruto de la areca, hojas de betel y cal de conchas, que se masca en algunos países orientales. <<

[32] Abanico. <<

[33] Término genérico aplicado a los infieles. De hecho, lord Byron compuso en 1813 un poema titulado *Giaur o El infiel, en* el que se narran las aventuras de una joven esclava, Leila, atada y arrojada al mar por la sola sospecha de una infidelidad a su señor, el turco Hassan. Un joven veneciano, Giaur, venga a su amante matando a Hassan.

A continuación habla de las «cosas terribles» que estaban sucediendo en Frankistán: el lector habrá adivinado sin duda que está refiriéndose a la Revolución Francesa. <<

[34] Saludo de los mahometanos, algo así como «La paz sea con vosotros». <<

[35] *Harum al-Raschid* (766-809), señor de Bagdad, es el más célebre califa abasí, por su proverbial amor a la justicia y magnanimidad. Mantuvo relación con Carlomagno, a quien probablemente envió regalos a la corte de Aquisgrán. Por otra parte, es el héroe de muchas narraciones de *Las mil* y *una noches*. <<

[36] Más adelante, el lector comprobará que el autor se contradice, pues dirá que el muchacho tenía en ese momento doce años, y no ocho. <<

[37] Instrumento que se compone de una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelas de dientes menudos y romos, y de un mango de madera o asa, que sirve para limpiar las caballerías. <<

[38] San *Benito* de Nursia (*c.* 480-547), fundador de la orden benedictina, que se regiría por los principios de su regla y se desarrollaría en el vasto monasterio de Montecassino, levantado por él sobre las ruinas de un templo pagano. <<

[39] Isla sueca del mar Báltico. <<

[40] La fábula del zorro y del cuervo necio, del zorro y el lobo: Fábulas de Esopo y Fedro. <<

[41] El bíblico rey Salomón pasaba en Oriente no sólo por sabio, sino incluso por mago. <<

[42] *Giafar al-Barmachi*, personaje de *Las mil y una noches*, que aparece casi siempre al lado de Harum al-Raschid, del que es confidente, íntimo amigo y visir favorito. <<

[43] *Muley Ismael* (1646-1727), sultán de Marruecos; forzó a los ingleses a abandonar Tánger, arrebató la Mamora a los españoles, pero fracasó ante Ceuta. Concluyó un tratado comercial con Luis XIV y emprendió la construcción de palacios y fortalezas en su capital, Mequínez. <<

[44] Los filisteos eran un pueblo de la antigüedad de origen todavía desconocido que, a principios del siglo XII a. C., participaron en la invasión de Egipto por parte de los pueblos del mar. Posteriormente ocuparon la costa sur de Palestina, formando una confederación de cinco ciudades. Fueron los peores enemigos de los hebreos en la época de los Jueces, y las principales noticias que de ellos se tienen proceden del Antiguo Testamento. Sometidos a vasallaje por los judíos en época de David (siglo X a. C.), pagaron luego tributo a los imperios mesopotámicos, quedando semitizados por su larga convivencia con los hebreos y perdiendo todo su carácter propio en la época helenística. Por ello, Abner se siente ofendido al ser llamado filisteo. Despectivamente, se llama filisteo a una persona despreciable. <<

[45] Aquí se refiere a la sinagoga judía. <<

[46] «Como rugido de león la indignación del rey; su favor, como rocío sobre la hierba» (*Proverbios* 19,12). También la cita del Talmud tiene resonancias bíblicas: cf. *Deuteronomio* 15,7.11; *Isaías* 33,15. El Talmud es una vasta obra de la literatura religiosa judía, cuya recopilación comenzó en el siglo II d. C. Su objeto es dar a conocer la ley oral, complemento indispensable de la Torá, la ley escrita, en cuanto que ésta no indica todas las precisiones necesarias en la observancia de los preceptos. <<

[47] Job 39,21-23. <<

[48] Aunque atribuida al «profeta», la cita no pertenece al Corán. Es posible que la tomara, libremente, de un epigrama de Wilhelm Müller (1794-1827), que dice:

CLASEBLOQUECURSIVA

Palabra que el labio suelta

no la vuelves a coger,

ni aunque unzas cuatro caballos

tras ella a todo correr.

FINCLASEBLOQUE <<

[49] Sábado judío; día de fiesta entre los judíos. <<

[50] Tanto esta narración de Schöll, como la de Morier y las dos de Wilhelm Grimm, que aparecen más adelante, se suprimieron definitivamente del *Almanaque* a partir de la edición de 1832. Véanse las páginas 14-15 del Prólogo de la presente edición. <<

[51] Estos cuentos y los siguientes pertenecen a *Las mil y una noches*. <<

[52] Literalmente, «Dios maldito». (En inglés en el original). <<

[53] «Círculo». (En francés en el original). <<

[54] François André Danican, más conocido por el sobrenombre de *Philidor* (1726-1795); compositor francés, perteneció desde muy joven a la capilla del rey en Versalles. Realizó numerosos viajes por diversos países de Europa, principalmente por su condición de primer jugador de ajedrez del mundo. Escribió un *Análisis del juego de ajedrez*, y a partir de 1759 se dedicó al teatro. Por su sentido dramático y el carácter expresivo que supo imprimir a la orquesta, se le puede considerar como un compositor adelantado a su época. <<

[55] Moneda antigua de plata o de vellón que tenía una cruz en el anverso. <<

[56] El tomán era una antigua moneda de oro de Persia; había medios y dobles tomanes. <<

[57] Intérprete oficial de lengua árabe, persa o turca en los países de Oriente. El propio Hauff lo traduce al principio de la «Historia de la mano cortada» (cf. pág. 55). <<

[58] Tras vencer a los mamelucos en las Pirámides el 21 de julio de 1798, Napoleón fue derrotado en la primera batalla de Abukir (1 de agosto) por el almirante Nelson, el cual destruyó la escuadra francesa. Bloqueado en un país hostil, a pesar de su audaz política de excavaciones y de grandes obras públicas y de las hábiles declaraciones respecto al islam, rechazó el ataque de los turcos en Siria, pero no logró apoderarse de San Juan de Acre (primavera de 1799); vuelto a Egipto, rechazó hacia el mar un ejército turco desembarcado por los ingleses en la segunda batalla de Abukir (25 de julio). Al ver que la aventura no tenía salida, Bonaparte abandonó a su ejército en Egipto y regresó a Francia, donde el Directorio estaba agonizando. Finalmente, las tropas francesas abandonaron Egipto tras ser vencidas en la tercera batalla de Abukir (8 de marzo de 1801) por el general inglés Abercromby, quien desembarcó y tomó la plaza. <<

[59] «Vuestro servidor». (En francés en el original). <<

[60] «Pequeño Cabo». (En francés en el original). Como se verá más adelante, se trata de Napoleón, que era apodado así por sus soldados. <<

[61] Este macizo montañoso situado en el borde noroeste de la cuenca de Suabia y Franconia, con numerosos bosques y valles, era aún temido como guarida de ladrones y bandoleros en la época de Hauff. <<

[62] Antigua moneda de Württemberg, conocida por el ciervo dorado que tenía en una de sus caras y que servía como insignia de armas de este antiguo estado alemán. <<

[63] Este castillo se encontraba en ruinas en vida de Hauff y fue restaurado a mediados del siglo XIX. <<

[64] *Schalksberg* significa «Monte del diablillo»; *Hirschguldenberg*, «Monte del florín del ciervo», y *Hirschberg*, «Monte del ciervo». <<

[65] El *albur*, o mújol, es un pez teleósteo del suborden de los acantopterigios, de unos 70 cm de largo, que abunda principalmente en el Mediterráneo y cuyas huevas y carne son muy estimadas. El *barbo* es un pez de río, fisóstomo, que crece hasta unos 60 cm de largo, tiene cuatro barbillas en la mandíbula superior y otras dos, más largas, a uno y otro lado de la boca, y es comestible. El *gobio* es también un pez teleósteo, del suborden de los acantopterigios, del que se conocen varias especies, algunas de las cuales son abundantísimas en las aguas litorales españolas y en las fluviales mezcladas con las de mar. <<

[66] «Señores míos». (En holandés en el original). Denominación burlesca de los holandeses. <<

[67] Personas que conducen las armadías o balsas de troncos. <<

[68] Pipas de color blanco típicas de esta ciudad. <<

[69] En la mitología germánica, raza de enanos, denominados así por el nombre de su rey, Nibelung (Hijo de la Niebla). Estuvieron en posesión de grandes riquezas, de las que se apropió Sigfrido, después de haber matado a los reyes Schilbung y Nibelung y vencido al enano Alberich. Entonces los guerreros de Sigfrido adoptaron el nombre de los vencidos; pero cuando el tesoro pasó a manos de los burgundios, tras el asesinato de Sigfrido, estos últimos tomaron a su vez el nombre de nibelungos y lo conservaron en todos los poemas heroicos de la Edad Media. *Bingen* es una ciudad alemana que se encuentra en la confluencia del Nahe y del Rin, a la entrada de la Brecha heroica del Rin. <<

[70] Espejo cóncavo que, puesto de frente al sol, refleja sus rayos y los reúne en el punto llamado foco, produciendo un calor capaz de quemar, fundir y hasta volatilizar los cuerpos allí colocados. <<

[71] La tumba de Mahoma se halla en Medina y no en La Meca. <<

[72] Historias pertenecientes a *Las mil* y *una noches*. <<

[73] Al principio de este cuento se dice que Said vivía en Basora y, en cambio, a partir de ahora, en Alepo. <<

[74] Principio del mal en la religión zoroástrica, enfrentado a Ahura-Mazda (Ormuzd), principio del bien. Habita en las tinieblas y acaudilla el ejército de los daeva, de los druj, de los monstruos y de los demonios enemigos de los amsaspends. <<

[75] «¡No hay más Dios que Alá!». (En árabe en el original). Fórmula con la que se expresa la creencia en un solo Dios. <<

[76] Ciudad escocesa, capital del condado de las Oreadas, en la costa nordoriental de la isla Pomona. <<

[77] Torbellino debido a corrientes de marea que se producen en un canal del archipiélago noruego de las Lofoten, entre el islote Mosken y la isla Moskenes, en el que dificulta la navegación. <<

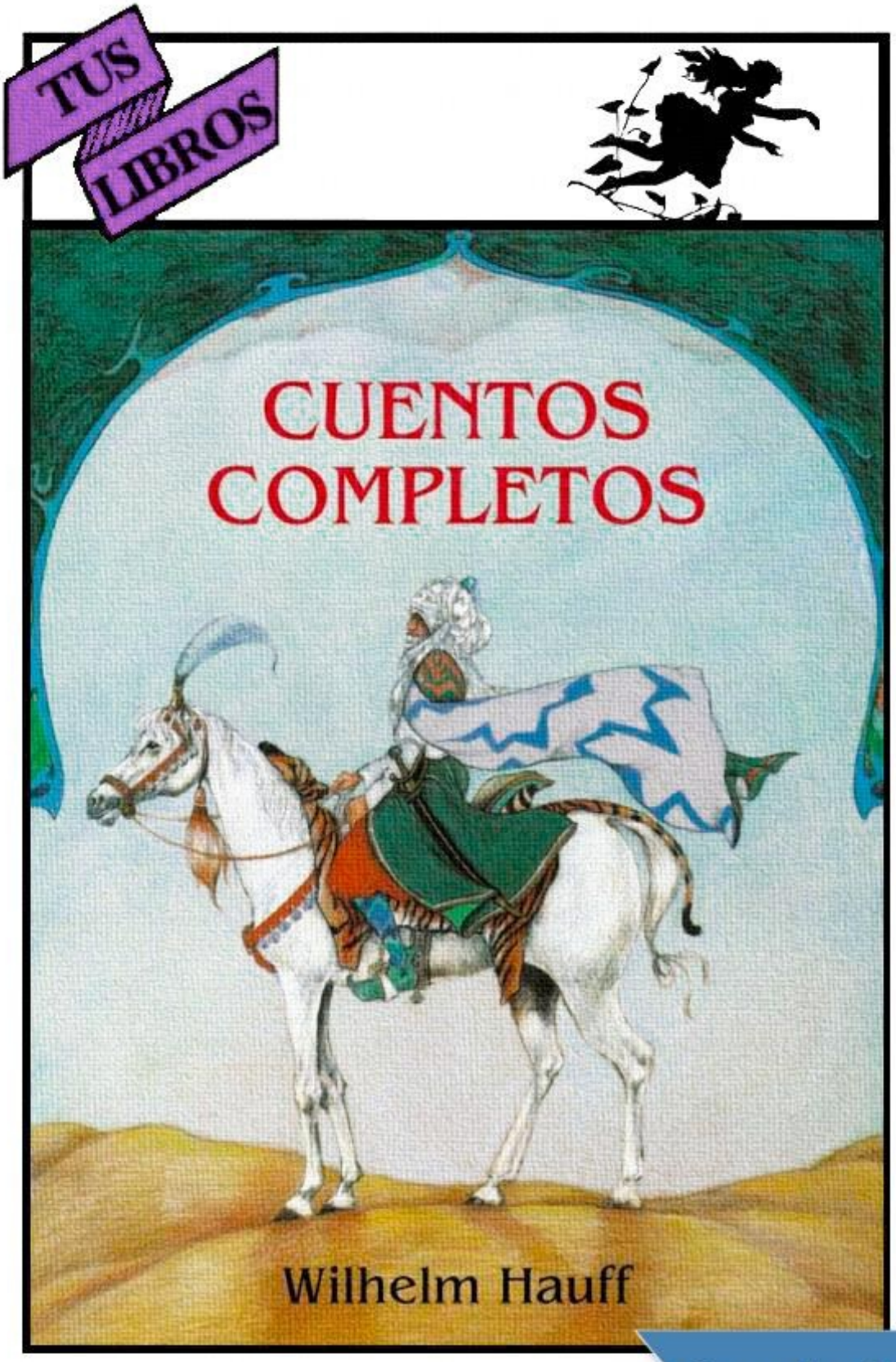
[78] Los pictos eran un pueblo, probablemente precelta, de Escocia o quizás incluso de las Islas Británicas. Junto con los escotos, eran los temibles vecinos de la Bretaña romana durante el Bajo Imperio. Su nombre procede del vocablo latino *picti* (pintados), ya que se pintaban el cuerpo con vivos colores. <<

[79] La *caña de Bengala*, también llamada de la India o rota, es una planta de la familia de las palmas, característica de los bosques de la India y otros países de Oriente, y de su tallo se hacen bastones. <<

[80] Antigua capital de Java; es la actual Yakarta. <<

[81] En *Canciones de guerra* y *populares*, antología de su responsabilidad (Stuttgart 1824). <<

[82] *Othello*, en *Aben dzeitunq* (*Diario Vespertino*), 1826, números 66-76; *La cantante* y *Los últimos caballeros de Marienburg*, en *Frauentaschenbuch für* 1827, y en 1828, respectivamente (*El Libro de Bolsillo de las Mujeres*, publicación de *La Motte-Fouqué* con Joseph von Eichendorff también como colaborador); *Süss, el judío*, precisamente en *Morgenblatt* (*Periódico de la Mañana*), 1827, números 157-163, 165-170 y 172-182; y *Retrato del Emperador*, en *Taschenbuch für Datnen auf* 1828 (*El libro de Bolsillo para las Damas*). <<



Lectulandia